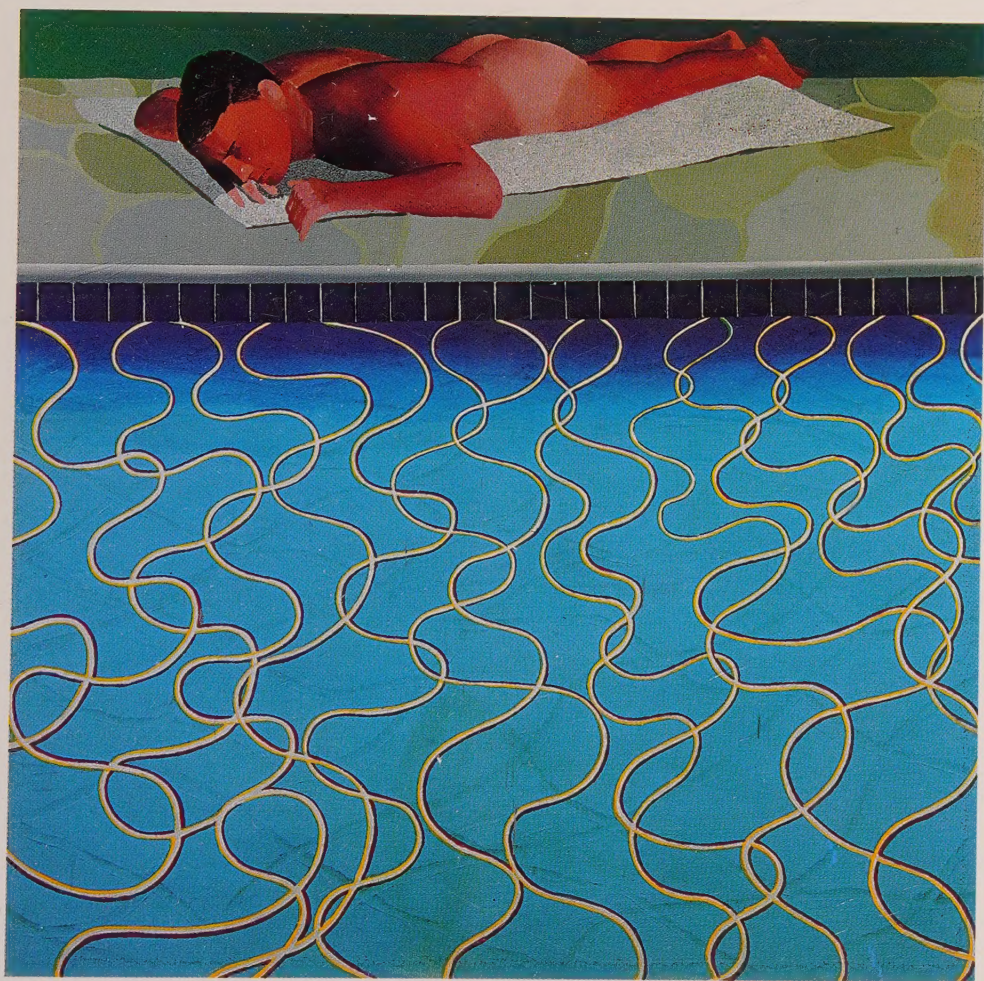


ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN

LA SOLEDAD
DEL NADADOR



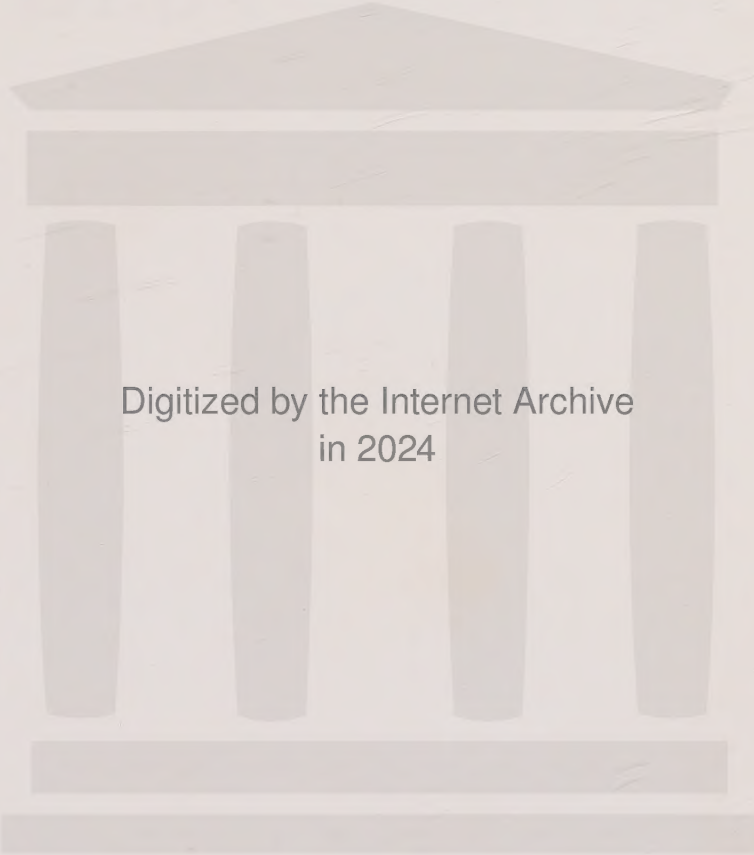
3 9001 03571 8595



P E I S A

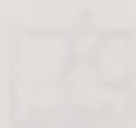
Abelardo Sánchez León
nació en Lima, Perú, en 1947. Poeta,
sociólogo, periodista y profesor
universitario, estudió sociología
en la Universidad Católica de Lima
y en la Universidad de Nanterre,
París. En 1980 obtuvo la beca
Guggenheim y en 1989 dictó
cursos y conferencias en Cornell
College, Iowa. En la actualidad
trabaja en el Centro de Estudios
y Promoción del Desarrollo (DESCO)
y colabora regularmente
en las revistas *Caretas*, *Debate*
y *Quehacer*.

Ha publicado los siguientes
poemarios: *Poemas y ventanas*
cerradas (1969), *Habitaciones*
contiguas (1972), *Rastro de caracol*
(1977), *Oficio de sobreviviente*
(1980), *Buen lugar para morir* (1984),
Antiguos papeles (1987) y *Oh túnel*
de la herradura (1995). En 1991
publicó la novela *Por la puerta falsa*
y en 1993 una antología de sus
crónicas periodísticas, titulada
La balada del gol perdido.



Digitized by the Internet Archive
in 2024

ABELARDO ESTEYRÓN
LA SOLEDAD
DEL NADADOR



ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN

LA SOLEDAD DEL NADADOR



Lima / Perú

La soledad del nadador

© 1996, Abelardo Sánchez León

© 1996, PEISA

Promoción Editorial Inca S.A.

Av. Dos de Mayo 1285, San Isidro

Lima 27, Perú

ISBN: 9972-40-034-4

Prohibida la reproducción parcial o total de las características gráficas de este libro. Ningún párrafo de esta edición puede ser reproducido, copiado o transmitido sin autorización expresa de los editores. Cualquier acto ilícito cometido contra los derechos de Propiedad Intelectual que corresponden a esta publicación será denunciado de acuerdo al D.L. 822 (Ley sobre el Derecho de Autor).

Diseño de carátula:

Basado en la pintura *Sunbather* (1966) de David Hockney;
Museum Ludwig, Colonia.

Composición y diagramación:

PEISA

Impresión:

Editorial Escuela Nueva S.A.

R.I. 15-10985-G

Lima, Perú

Este libro es vendido bajo la condición de que por ningún motivo, sin mediar expresa autorización de los editores, será objeto de utilización económica alguna, como ser alquilado o revendido.

A mi hijo Ignacio.

A la memoria maravillosa de mi hijo Gabriel.

Ésta es una obra de ficción. Como bien dice el escritor mexicano Fernando del Paso, la razón por la cual algunos de sus personajes podrían parecerse a personas de la vida real, es la misma por la cual algunas personas de la vida real parecen personajes de novela.

*Es un viejo. Exhausto y derrotado,
arruinado por la edad y los excesos,
con su andar lento cruza la calleja.
Mas cuando entra en su casa
por esconder su miseria y su vejez,
piensa en lo que aún le resta de juventud.*

C. P. CAVAFIS

*Continúan las jornadas extenuantes
de natación. ¿A dónde me conducirá esto?
La única ventaja que he obtenido hasta
el momento es la desaparición del insomnio.
La contrapartida es la falta de vida interior.
En mí siempre la reflexión ha estado unida
a un estado de salud precario, a la falta
de sueño, a ese exceso de energía no empleada
que ahora la natación acapara y destruye.
El culto del sol, del aire, del nudismo
no conviene evidentemente a mis designios.
El espíritu celoso de las prerrogativas
concedidas al cuerpo ha decidido callarse.*

JULIO RAMÓN RIBEYRO

*¿A dónde fue la luz del día?
¿De dónde vienen las tinieblas?
Me voy debilitando de año en año.
Esta angustia del tiempo fugacísimo
hace más prematura mi vejez.*

WEI YIN WU

I

Esa noche, como todas, desde hacía cuarenta años, Benjamín Hassler daba inicio a la segunda etapa de su sueño. Si la naturaleza no estaba dispuesta a ofrecerle espontáneamente sus dones, consideraba legítimo recurrir a los medios artificiales para alcanzar sus propósitos. Todo en su vida había sido, pensándolo bien, un artificio; su sueño, su musculatura, su resistencia, su tenacidad para mantenerse conservado, ahora que alcanzaba los setenta y cuatro años de esta maldita edad.

Tanteaba en el pasadizo que separaba el dormitorio de la sala, lugar donde se encontraba, en un rincón, la *kitchenette* del apartamento. No lo conocía bien, pues recién esa tarde, luego de un extenso y agotador recorrido por aquella zona de la ciudad, se decidió por el Gold Coast, cuyo balcón, y ésa era la razón que anduvo buscando, daba directo al mar. Desde allí podría contemplar salir al sol por esa raya tensa que era el horizonte, porque a diferencia de las costas del Pacífico, el sol no se acostaba en esa sábana de nubes de sangre; al contrario, surgía de ella airoso y con desenfado.

Logró distinguir el interruptor y encender la luz. Al abrir los ojos dejó definitivamente atrás la espesura de un sueño turbado, jaloneándolo entre épocas sin tiempo. Reconoció la mesa en la que había instalado los objetos que formaban parte de una ancestral ceremonia repetida con maniática obsesión. Se trataba de un conjunto de elementos que le permitían alejarse y acercarse de la vigilia, llevándolo y trayéndolo de los territo-

rios del sueño, donde se sentía tan cómodo como un faquir sobre clavos, malos recuerdos: épocas confusas, varias caras, unas competencias deportivas que intentaban recobrar su sentido, sus ganas, para ser luego enterrados una y otra vez con los ojos, el pecho y los recuerdos en blanco. Un frasco de café descafeinado, un tazón, un cake Sara Lee, y allí, junto, pequeña e insignificante, pero potente y concentrada, la otra mitad de esa pastilla que lo trasladaba como diera lugar al olvido, privándolo a los escasos minutos de ser ingerida, ensombreciéndole el cerebro y sacándolo de los asuntos pendientes.

A los treinta y cuatro años de edad empezó a ingerir la pastilla con el propósito de llegar a ese sueño esquivo, y a los treinta y dos todavía nadaba, incluso llegó a competir en el Sudamericano de Buenos Aires, allá por 1947. Tremendo manganzón le había gritado mi madre en aquella oportunidad, pero a él qué le importaba, si era capaz de darse un chapuzón y sacarse algunos de los clavos que conservaba en su organismo: aunque sea un clavo, una tachuela, una espinita que hiere conforme avanza el tiempo.

Rohypnol, un hipnótico contra disomnias. La posología ya no le interesaba; letra muerta, letra impresa, la guardaba en la memoria como en su piel. «Al cabo de unos días la mayoría de los pacientes ha recobrado el hábito del sueño, de manera que se podrá suspender el tratamiento, si bien aminorando paulatinamente la dosis.» ¡Mentira! ¡Una gran mentira! Pero poco importaba, nada importaba, todo estaba de más, ya que a los setenta y cuatro años consideraba a la muerte una compañera, así como en la juventud fue sólo una idea y en la infancia una simple y escueta palabra. Cómo iba a imaginar que ese orden no se fuera a cumplir... La muerte, si lo pescaba, lo haría con la bondad con que se suele recoger a un individuo al borde de la otra orilla. No era, de ninguna manera, un naufrago en las inmensidades del océano, arrancado de pronto y sin consulta de su casa, de sus planes, amigos, mujeres, incluso sueños. La suya no era una vida trunca. En ninguno de los sentidos y po-

sibilidades. Las vidas breves carecen de recuerdos, y Benjamín Hassler viviría con todos sus recuerdos a cuestas, si no fuera por esta pastilla milagrosa que lo llevaba al sueño artificial, pero qué importaba, qué importaba...

En esta oportunidad su viaje carecía de una meta fija; no tenía motivo o un estímulo preciso. Toda su existencia había sido trazada mediante metas en el corto, mediano y largo plazo. Programaba su vida y le daba un sentido a partir de la meta que se fijaba. No recuerdo que me haya dicho nada. Me dejó en el contestador esta escueta información: «Iré a Fort Lauderdale por unas semanas. Necesito descanso y tiempo para estar con mis pensamientos».

A mí, francamente, me tomó por sorpresa. Habíamos estado conversando de lo más normal durante las últimas semanas y hasta se animaba a visitarnos un rato en nuestro departamento alquilado en Las Palmeras. María Pía se ganaba lentamente su confianza, y su nieto, el travieso e intelectual hijo mío, lo miraba todavía como quien contempla la cara ausente de un viejo. Claro que le gustaba darse su escapada a los Estados Unidos, sobre todo para enfrascarse en un duelo con las tranquilas aguas de la piscina olímpica del Hall of Fame, pero siempre que viajaba lo hacía conmigo. En esta oportunidad simplemente desapareció. Por un instante pensé que la razón de su viaje era visitar a su hermano Alfonso, que estaba solo desde de la muerte de su esposa Carmela.

Las veces que iba de viaje a los Estados Unidos era siempre para participar en esas competencias de natación de gente vieja, tan vieja como él, asidas al hálito de luz mediante movimientos sincronizados, que las transportaba de un extremo a otro de la piscina como expresión de una rutina que, para muchos, era un acto de locura, una obsesión, una testarudez, la manifestación explícita de la vanidad, la egolatría y el egoísmo.

Recuerdo que la última vez que fuimos para hacernos presentes en una de esas competencias fue en Kentucky, en las afueras de uno de esos pueblitos casi sin *downtown*, en medio

de un bosque. Estaba feliz de la vida, porque estas carreras de viejo le sacaban del hígado un orgullo que yo ya había dado por muerto. La gringuita que atendía el local le había advertido que de los ciento veinte ganadores del Derby, del famosísimo Derby de Kentucky, noventa caballos nacieron allí, en sus praderas, en las llanuras de Kentucky, y solamente cinco de los caballos ganadores provenían de La Florida y cuatro de Virginia. Pero Unbridled, el último que ganó, no había nacido en Kentucky.

—Ése debe ser mi nombre, entonces. Llámame Unbrid... —le había dicho en esa oportunidad Benjamín Hassler a la gringuita que lo miraba casi con la boca abierta—. Porque de otro modo, me hubiera quedado en casa.

A esa hora de la madrugada solía sentirse cómodo. Cómodo porque estaba a solas, con su amable soledad, cual rinoceronte en la medianoche abierta de la sabana. Protegido por una camiseta, pero desnudo de la cintura para abajo, tomó asiento y se dispuso a desordenar la mesa del desvelo. A qué vine, pudo haberse preguntado, pero optó, de eso estaba seguro, por dejar para otro momento ese tipo de interrogantes. Había hecho suyos varios de los hábitos sedentarios de los ancianos; viejo, mejor viejo, muchísimo mejor, porque desde el momento en que ingresó a formar parte del batallón de los de la tercera edad, supo distinguir perfectamente a un viejo de un anciano. Viejo y enfermo, dos veces viejo. Viejo, enfermo y sin plata, tres veces viejo. El viejo difícilmente escapa a la conciencia de serlo; a diferencia del joven, vive perennemente su situación, que es toda la situación, pues toda la situación se reduce a los momentos que le recuerdan sus limitaciones y la extensa lista de actividades que ya no está en capacidad de hacer.

Le acomodaba la cocina, ambiente en el cual jamás hay colocado un espejo, y allí nunca podría observar cómo ese ritual del insomnio lo avejentaba todavía más. En la cocina se movía a su regalado gusto. Era un chanco libre de todas las costum-

bres que mi abuelo intentó implantar durante su infancia, adolescencia, juventud, adultez, vejez, porque si siguiera viviendo, hasta de viejo lo tendría torturándolo con las reglas de la vida social. Encogido, sorbía el café y se llenaba la boca con el cake Sara Lee, dejando al aire, colgando o descolgándose, sus testículos. Era cuestión de una hora con las justas. Excederse significaba prolongar la vigilia y arriesgar el retorno al lecho, viviendo en una especie de limbo que él mismo caracterizaba como minutos robados o una breve irrupción en los territorios de la muerte: labios que le susurraban unas canciones lejanas, como de infancia. Debe ser el mar. Debía ser ese sonido arrastrado que llega a como dé lugar a la orilla, y se repite para remarcarnos que no se ha ido o que jamás se irá.

Se aproximó a la ventana, corrió la cortina con los dedos y decidió abrir la puerta de vidrio y llegar hasta el balcón. Un aire caliente, detenido, lo cogió de sorpresa, anunciándole que a esa hora la ciudad entera dormía como machos y hembras pasándose, a través de la respiración, la intimidad de sus alientos. La soledad de la noche le hincó por un instante las costillas. La soledad del ritual lo turbó por unos segundos y entendió que este viaje sería diferente de los anteriores; que estaría abandonado no solamente a esa hora de la madrugada, sino durante el día y la noche de su estancia en Fort Lauderdale. Descubrió también que ésa podría ser la razón de su viaje: aprender a estar verdaderamente solo, y nada mejor para ello que la excelente piscina olímpica contigua al Hall of Fame. Era verdad que se consideraba a sí mismo un cobarde por haber partido sin dar explicaciones y ni siquiera haberse despedido. Una partida a la medianoche, como quien se libera de algo, un tormento, un cálculo mal hecho, un compromiso que pudiera agarrarlo del cuello o de los huevos y colgarlo con una serie de consecuencias imprevistas. No se atrevió a dar la cara. No se había atrevido a mostrarla. Y la única cara digna ahora estaba en esa piscina de aguas transparentes en su cloro matinal.

En una oportunidad, cuando logró convencerlo de que vol-

viera a las prácticas de natación, aun sabiendo que era un ejercicio aburrido, en el cual nunca pude sobresalir, le tocó en suerte competir en esa piscina. Era un ambiente sumamente grato a la vista. En verdad, eran dos piscinas, una de competencia y otra de calentamiento. Un enorme trampolín se alzaba al borde de una de ellas como una torre desnuda. Esa piscina, cuya limpieza parecía extenderse también a su cuerpo, le devolvía una seguridad que no lograba adquirir en tierra. En tierra era un verdadero viejo. Un verdadero anciano. Confundía la izquierda y la derecha. Cometía el mismo error mil veces. Repetía el error. Se cansaba caminando. Le costaba hablar, mantener el hilo de la voz, conservar el discurrir de sus pensamientos.

Acostumbraba burlarse de sí mismo y se comparaba con un pez como si su piel fuese de una textura áspera, plagada de escamas superpuestas. Nada de cambio de piel en su caso; se trataba, por el contrario, de una misma piel, una piel que asimilaba nuevas capas de grasa, de mierda, de recuerdos y de olvidos. Esa piel se hacía más resistente al tiempo, más testaruda que su voluntad y más amarga que su saliva. Su saliva estaba como seca en esa agua limpia de cloro y artificio. Esa inmensa piscina olímpica, artificial y generosa, se le presentaba agradable a la hora en que la podían utilizar los viejos.

Benjamín Hassler cuidaba su piel. La cubría con cremas para quitarle esa sequedad propia de los viejos. Esa piel seca y descolgada, pegada al hueso. Antes y después de los entrenamientos rociaba un líquido blanco que desaparecía absorbido hacia los interiores de ese hilo cutáneo. Piel remojada, amenazada siempre por el sol, plagada de manchas y lunares y atada a su osamenta. En la piscina de su Academia, en Lima, acostumbraba protegerse el rostro con un inmenso sombrero de paja, cada vez que practicaba sus ejercicios de pateo. Me daba risa y ternura contemplar cómo movía sus dos piernas delgadas, como si fuesen pejerreyes nerviosos, tratando de adquirir una fuerza que ya no llegaría jamás a esas extremidades, tan

alejadas de los bombeos del corazón. La nariz y los labios estaban protegidos por una crema transparente. Tapaba su desnudez con esas cremas brillosas y radiantes a la hora del sol. Y cubría sus ojos con un enorme anteojito de lunas ahumadas.

Si la piel era la misma, y lo definía en aquello que le era más propio, sabía perfectamente que su vida de hoy no era en absoluto como la de ayer y mucho menos como la de antes de ayer. Felizmente no hay espejos en la cocina. El del dormitorio lo cubría con una toalla y el del baño lo asumía como un reto de valientes, sacando pecho y sumiendo la barriga. Se miraba cara a cara como si fuese un espejo de cantinas viejas del centro histórico de su ciudad, y así se recortaba el bigotito. O teñía de un color marrón claro su cabellera, ya escasa, replantada con esos tratamientos costosos y absurdos y ridículamente artificiales. Varios amigos suyos se operaban íntegros todas las partes extras de sus cuerpos. Párpados, pómulos, papadas, cuellos, patas de gato, de pavo, de gallo, así como los nervios que se expresaban en los gestos más elocuentes del rostro. A su edad, decía, no había mucho tiempo que perder. Estarse en la cama dos o tres semanas postoperatorias era un lujo a los setenta y cuatro años de esta maldita edad.

La otra mitad de la pastilla empezó de pronto a surtir efecto. Regresó del balcón y dejó de lado ese calor estable en el aire. Las palmeras del Atlantic Boulevard estaban intactas. Era tan tarde, tan una hora muerta, entre la noche que se marchó y el día que no se abría del todo, que no hubo ningún ruido que indicara juventud, ritmo o movimiento.

De pronto le llegó el olor del cloro de la piscina olímpica cercana al Hall of Fame. El Rohypnol... El bendito Rohypnol... Los brazos rítmicamente empezaban a introducirse como remos en un canal de aguas estancadas. Trastabillaba. Tropezó con ese mueble horrible, gringo, que adornaba la sala y era, vaya uno a saberlo, un sofá-cama. Agarrándose de la pared imaginó el balcón lejísimos, abierto, transparente, capaz de recoger todos los olores que le arrojara el mar. Siguió avanzan-

do, alcanzó la mesa de la *kitchenette*, esquivó una de las sillas y empezó a girar la cabeza hacia uno de los costados, aspirando el aire del mundo en bocanadas que luego arrojaría bajo el agua, hasta que logró llegar a su cama. Ese espacio blanco y desordenado no era un carril... No estaban esos dos andariveles que le ordenaban y le trazaban el camino, para no desviarse o extraviarse u olvidarse, nada de nada. Era la cama del Gold Coast, la cama del hotelito que tenía balcón con vista al mar, pobretón pero digno; además, nadie vendría a visitarlo.

Se sintió cómodo como cuando se desplazaba entre los dos andariveles, de los modernos, esos que impiden que el agua se traslade hacia el carril contiguo, que lo incomode, remezca o maltrate. El efecto de la pastilla no lo mantuvo del todo dormido, y de un brazo, carajo, viejo cabrón, que anhela dormir como jovenzuelo haragán y descreído, la pastilla lo trasladaba a la piscina Nipón, en Lima, donde no existían andariveles y uno se extraviaba y terminaba irremediabilmente perdido en un extremo de esas aguas sin reciclaje. La piscina Nipón era oscura, turbia, sin artificios. Mi padre me contó tantas veces cómo ponía latas de leche atadas a una piedra para que le indicaran el camino correcto. El camino que encontraba en el agua y no en tierra.

La bendita pastilla le juntaba en un segundo, como se gana o se pierde una carrera de las buenas, esas de 100 metros, caray, el tiempo de su vida, y le puso de golpe un manto blanco en la cabeza. No distinguía las paredes del cuartito del hotel, daba vueltas, tumbos, no estaba Sonia para guiarlo hasta su cama cuando lo encontraba en ese estado horrible, espantoso, te ves espantoso, Benjamín, le decía, y se le aparecieron entonces claras esas líneas de uno de los escritores de la época cuando leía, la ya famosa memoria de los tiempos inmemoriales de los viejos, porque ahora todo se le escapaba de las manos y de las piernas y de los sesos... Repetía las palabras casi dormido y casi despierto: «Pero ahora me ocupo de la construcción del futuro. El tiempo me va forjando poco a poco...» Y tropezaba

contra ese mueble estúpido puesto en mitad de camino... «Al niño no le asusta la idea de que le están... o estén... (siempre dudó de las traducciones españolas), estén... transformando pacientemente en anciano.»

Era un anciano, maldita sea, maldita seas, era ya un anciano, y casi se despierta de un tropezón contra el tiempo de esa pared que se le puso como una zancadilla en el medio, entre la salita y el dormitorio. Era el anciano que fue hace muchísimos años un niño, y un joven, y un muchacho, y un joven señor, un caballero, un hombre entrado en años, muchos años entrados en un hombre, setenta y cuatro años por si no entendió, un viejo, un viejo, un anciano, había recorrido por fin el camino que debía ser recorrido.

De vuelta a la cama del Gold Coast empezó a sentir esa placidez del desplazamiento entre las aguas de cloro, en su carril, entre los dos andariveles de la limpia piscina olímpica del Hall of Fame. Sus brazos entraban al agua como dos paletas que crean color, hacia las losetas del fondo. Del fondo de la piscina, donde no hay vida como sí ocurre con el fondo del mar: marejada de almas en pena, ramajes, excrementos, niveles indescriptibles de vidas mínimas. En el fondo de la piscina solamente podía existir la sombra del cuerpo que se desplaza. Hacia allí introducía esas dos paletas que eran sus dos extremidades, después de haberlas levantado, inclinando el codo en un triángulo perfecto, para convertir en un ritual, en secreto, mediante esa pausada respiración, el movimiento que lo acercaba y alejaba simultáneamente de sí mismo.

Era el Rohypnol, un sueño dentro de una pastilla colorada, el camino que lo conducía a la memoria de la muerte. El mecanismo por el cual podía echarse en una cama durante ocho horas como si fuese un mozalbete, sin tener conciencia de todo ese barullo que era la realidad en movimiento, y que cada vez prescindía más de él, de sus formas, de sus movimientos, de su carácter y del sentido de su vida: la vida, Benjamín Hassler, simplemente pasa por el carril del costado y le importa un

rábano si te duele o no el estómago, si defecaste o no esta mañana de acuerdo a tu rigurosa rutina deportiva o si hiciste el tiempo con el cual piensas vencer en la próxima competencia.

A la mañana siguiente, el sol, por fin, impaciente, ingresó a la habitación después de haberse posado en el balcón, recorrida la sala y atisbado la *kitchenette*. Benjamín Hassler despertó a las siete. Por supuesto que hizo su gimnasia diaria, esa especie de estiramiento, como si fuese gato. Como los gatos, exactamente. En los viejos todo se pone rígido, menos el miembro importante. Benjamín Hassler se estiraba durante veinte minutos. Luego se fue al baño, defecó como siempre a su hora, una vez al día, pero bien, sereno, zafándose y limpiándose y aligerándose. Gozó de su duchazo mientras preparaba mentalmente el desayuno, y nada mejor que un desayuno gringo en Gringolandia, en ese corazón artificial que es Fort Lauderdale, el balneario gringo de Miami, que se fue al diablo como se fue a la porra tu ciudad, con su balneario Ancón y los alelujos. Pero poco importaba a esa hora de la primera mañana, con ese sol inocente posado de lleno en el balcón, el día libre, con las ganas de llamar y visitar a Dicky Wieland, la única persona que podría acompañarlo en este viaje interior.

Nada mejor que un desayuno gringo para un estómago deportivo. Su padre había sido un excelente gourmet, incluso cocinero, con su elegante mandil para las ocasiones de intimidad. Benjamín, no. Su estómago deportivo fue un desastre en su juventud, producto quizá de los nervios. Antes de cada competencia se le aflojaban los intestinos. Todo el estómago se removía y perdía las fuerzas que, artificialmente, había logrado incorporar en su organismo. O eran las amebas. Las miserables amebas que durante el torneo Sudamericano de Lima le impidieron vencer a los ecuatorianos en 1938. Para ese entonces el Rohypnol ya había desaparecido. Pero ese Sudamericano del '38 perturbó sus gestos con la brevedad de una brisa que se cuela por la ventana abierta del balcón. La mierda del Rohypnol le trastocaba las fechas y el nombre de los deportistas. El

Sudamericano del '38 fue en Lima, en la piscina Nipón que se tiraron abajo cuando remodelaron el Estadio Nacional. En esa ocasión, Carpayo, ese nadador del puerto, no se presentó a las pruebas de 100 y 200 espalda y yo tuve que nadarlas, qué carajo, cuando no era mi estilo. El rival... el rival se llamaba «Grillo» Gilbert. Era un ecuatoriano... Yo hubiera ganado de no ser por las amebas que contraí apenas llegué a Lima.

Todo estómago deportivo debe estar alterado por los nervios deportivos, porque si bien la calma es un requisito indispensable en una competencia, una dosis de nervios resulta necesaria para vencer. «El segundo, pierde.» Benjamín Hassler entendía que en el deporte, como en la vida, los nervios son útiles para comprometerse seriamente en algo, sea lo que fuere, como una demostración viva de que lo que se hace importa de veras, y como es importante le afloja el estómago o le altera el sueño.

En este viaje venía dispuesto a establecer una rutina, pero estaba consciente, a su vez, de que la preocupación que lo traía hasta Fort Lauderdale no lo dejaría en paz. La rutina, esta vez, era más importante que nunca. La rutina deportiva que ordena el día y la noche, así como las semanas y los meses y los años. En esta oportunidad no venía a competir. Me había llamado profundamente la atención la premura de esa decisión, sobre todo a estas alturas de su vida, en que se tomaba toda una vida para una decisión que no formaba parte de su rutina.

Cuando iba a competir a los Estados Unidos yo acostumbraba acompañarlo. Recuerdo muy bien que todas las horas estaban dedicadas a un único fin: a la causa. Vencer. Ganar la carrera de los 100, 200, 400 metros libre. Era consciente de que entre los ocho competidores, uno solo podía vencer. Los siete restantes son perdedores. Nunca supe a ciencia cierta si este lema lo aplicaba fuera de los límites de la piscina, pues vaya uno a saber si su vida era, juntando los episodios, un éxito o un fracaso.

Acababa de terminar el desayuno y estiró su cuerpo apo-

yando la espalda en el respaldar de la silla. En ese momento decidió llamar a su único amigo verdadero en Fort Lauderdale: Dicky Wieland, un compatriota suyo, amigo de escuela, excelente atleta, con el propósito de iniciar su temporada en esta ciudad de sol y mar con un paseo en lancha, almorzar algo frugal y departir con él en medio del mar.

Dick Wieland era la única persona que le gustaba visitar. Los otros habitantes de esa mole elegante que era el condominio del Sea Ranch acostumbraban solamente chismear. Les encantaba hurgar en las heridas de su país, y mientras más lejano lo veían ellos se concebían a sí mismos en mejor estado de ánimo. Delataban una extraña felicidad viviendo fuera. Los compatriotas que no podían escaparse, zafarse o simplemente salir de ese pobre y triste país, eran un verdadero motivo de pena, pero sobre todo de compasión.

Hizo tiempo en el balcón contemplando cómo el sol calentaba gradualmente los cuerpos de aquellas personas que llegaban a la playa. Entre el balcón y la arena estaba el Atlantic Boulevard, una arteria de doble sentido que atravesaba la ciudad de sur a norte, dando lugar a una especie de malecón. Vehículos del año transitaban sin gracia ni aventura. En la estrecha franja de arena divisó a personas de diversa edad y textura que buscaban un sitio ni muy cerca ni muy lejos de sus ocasionales vecinos.

Cuando estuvo dentro del auto alquilado, encendió la ventilación y olvidó, por fin, ese aire caliente que embrutecía a la gente. «En esta ciudad la gente entra a la casa o al auto y se pone más ropa encima. No se la quita.» Emprendió el camino opuesto al Hall of Fame, y contemplando un cielo sin nubes se dirigió pausadamente hacia el Sea Ranch. Dicky Wieland estuvo feliz con su llamada y lo esperaba hacia el mediodía.

Benjamín Hassler cruzó varios boulevares —el de Las Olas y otros— hasta desembocar en una zona verde, de amplios jardines, con una hilera de palmeras hacia ambos lados de la avenida que luchaban palmo a palmo contra los numerosos

avisos comerciales. Recordaba una frase que Dicky Wieland le había dicho en una oportunidad: «este país es capaz de vender su alma. En las casas deberían anunciar que la esposa también está en venta».

Benjamín Hassler no podía distraerse ante tanto anuncio, mucho de lo mismo, en una repetición monocorde de un producto o servicio multiplicado hasta el infinito. Con los años había perdido la vista y el olfato, pero sobre todo el don de la orientación. Por eso repasaba las indicaciones que ya Dicky Wieland le había remachado por teléfono. De pronto, felizmente, distinguió el Public, aquel supermercado incorporado al conjunto comercial, incorporado, a su vez, al conjunto de tiendas, bancos, farmacias y locales de toda índole, marco de referencia que lo situaba cerca del Sea Ranch. Pero vaya uno a saber dónde estaba el bloque C, si junto o lejos del bloque A o B, para introducir el vehículo con cuidado, hablar con el portero, ordenar que lo guardaran en la cochera subterránea, y pasar después, recién, al vestíbulo, hablar ahora sí con el recepcionista, dejarse revisar, que lo mirara por la pantallita del televisor interno de seguridad, que lo mostraría en su recorrido una vez que saliera del ascensor y se dirigiera al departamento del señor Dick Wieland, ubicado en el piso catorce.

—Dick Wieland —repitió el recepcionista—. ¿De parte de quién?

—Benjamín Hassler.

—¿Hassler? ¿Es usted alemán?

—No.

—¿Latino?

—Germano. Pero de América Latina. Si quiere le doy más pelos y señales...

Descolgó un auricular y preguntó por el señor Dick Wieland.

—Mister Wieland... Mister Hassler está en la recepción.

Lo hizo pasar y le indicó el lugar de los ascensores, ubica-

do al otro extremo de ese inmenso espacio sin dueño, como si fuese la introducción a un montón de vidas que se apiñan anónimas en sus veintitantos pisos. Después de caminar al costado de un inmenso espejo que lo mostró como un viejo excelentemente bien conservado, vestido con una camisa roja, pantalón y zapatos blancos, sin medias, por supuesto, esperó a que una de las numerosas puertas se abriera.

Dick Wieland lo esperaba en el corredor con la puerta de su departamento abierta. Lo miró bien, lo tasó agarrándolo de los hombros, y luego lo abrazó con fuerza. Y es que era fuertísimo para sus setenta y cinco años clavados, este campeón nacional de salto largo, cuyo récord se mantuvo imbatible por casi más de cuatro décadas.

—Maricón, estás mejor que nunca. ¡Pasa, pasa! Leonor está feliz con la idea de verte.

Benjamín Hassler tropezó con una luminosidad que no dejaba en ese aposento ninguna duda ni sombra en la ambigüedad. Su esposa lo había calificado de huachafo nuevo rico, que en su afán de ser un gringo rico y no un rico latino, decoró sus interiores con mármol, con dorados por todos los rincones, y con mucho espejo, Ben, mucho espejo para tener buen gusto.

En esos espejos Benjamín Hassler tuvo que mirarse directo a la cara, y asumir que Dicky estaba mucho mejor conservado que él. Siempre supo que Dicky era fuertísimo, desde las épocas del club Lawn Tennis de la Exposición, cuando le ganaba al mundo entero boxeando, saltando, corriendo, menos nadando. En el agua, nadie se sentía más cómodo que Benjamín Hassler. Nadie era mejor que él.

Cuando pasó fugazmente la mirada por el ventanal de la sala, el sol, el aire, la arena, la sal del mar y el mar hasta el fondo del celeste intenso, le hacían hola con la mano y confirmaban que el precio del departamento ubicado en el piso catorce de ese lujoso condominio del Sea Ranch, valía lo que valía, porque todo el interior, a pesar de los imbéciles que ha-

bía dentro, tenía, además, sol, aire, arena y la sal de ese mar ardoroso.

—¡Mar! —exclamó Dick Wieland—. Así no me dejan extrañar el Pacífico de nuestra recordada ciudad. Mi querido Benny... Mi querido maricón, qué bien conservado que estás. Pero acá te voy a poner como torpedo, vas a ver. Vas a sentir este mar calentito, como para nosotros, los viejitos. Al mar lo tengo acá, como el poto de una negra. Negra de La Victoria, no de estas que te pasan toda la enfermedad a la primera. Las negras de nuestra época... Ben...

Benjamín Hassler hizo el recorrido de ley. Conocía el departamento, lo conocía de memoria, porque antes había venido incluso con su esposa, ya en las finales de su relación, porque con ella iba, más bien, a esa casa huachafísima, cuando Dicky vivía con sus hijos; después llegó a venir con Ruth. Dick Wieland la aceptaba porque siempre fue un caso raro de marginal, que no se iba a andar con las tonterías de esa sociedad metida en los departamentos iluminados del Sea Ranch. Benjamín Hassler empezó el recorrido por el bar, aunque era prácticamente abstemio, una especie de tienda incorporada que al abrirse mostraba los licores del mundo entero.

—Hasta pisco hay, maricón. Y mi Cartavio por si llegan cholos al paraíso.

Puso un disco láser de Roberto Ledesma: «una voz de verdad entre tanto rosquete con gallos», y lo llevó del brazo por un pasillo desde donde se ingresaba a varios dormitorios; guardó silencio, hizo un gesto y abrió, por fin, la puerta del fondo, la puerta del dormitorio de la reina, ¡donde habita la reina del Sea Ranch, maricón!

—Leonor —exclamó—, ya llegó Ben.

Leonor era una mujer de unos setenta años que tuvo el mérito de acompañar a Dicky desde cuando era el pobretón más osado de la ciudad: hijo ilegítimo, vendedor de cualquier yuca, un gringo más fuerte que un álamo, colorado, con más colegios que pendejos —el Alemán mientras pudo, el Gua-

dalupe, el Anglo— y ahora, ahorita, ahoritita, maricón, un humilde millonario blanquito, latino, de tres millones de dólares, bermuda colorinche, camisa abierta, lancha como corresponde, y su Leonor, ¡mi Leonor!, su amada esposa en este recorrido de setenta y cinco años, que pasó como todo, un torpedo, caray.

—Primero su ron, después el paseo en lancha —explicó Dicky Wieland—. Y con bastante hielo y Coca-Cola para que no se me maree este maricón.

Mientras tanto, Benjamín Hassler besaba a Leonor y le decía que la encontraba excelente; luz, felicidad, salud, y Dicky estaba como un caballo de fuerte.

—Como un burro querrás decir: nada en la mitra, largo el pájaro y llenos los bolsillos. El burro sabe dónde está el pienso, Ben... No olvides eso, no lo olvides nunca.

Leonor reía de sus ocurrencias sin perder la compostura.

—Tengo un televisor así de grande, Ben, en este aprendizaje gringo de embrutecerse de a pocos. A mí no me cuesta trabajo como bien sabes. ¡Qué República ni República! ¡Ni cine Central! Esta pantalla es más grande que el écran del Drive-In en la Córpac.

Regresaron a la sala y acercándose a la ventana le mostró a la distancia un mar como si estuviese dormido, casi sin límites.

—Es todito mío. Y lo puedes ver desde acá, de acá y de acá. Durante el desayuno, el almuerzo y la comida. Se parece a una hembrita.

Leonor los había dejado a solas y ya estaban en la pequeña repostería bebiéndose el primer ron de la mañana, bien cargado a la Coca-Cola y al hielo. Sacó de la despensa un trozo de queso sin sabor, pero sin colesterol, explicándole que había que cuidarse, maricón.

Lo miró con esos ojillos pícaros que fueron, desde su adolescencia, su santo y seña. No es que anhelara conocer más sobre la personalidad de su amigo, que para la gran mayoría resultaba compleja y para él, en cambio, un alma simple y

transparente, como la de todo buen deportista. Dicky Wieland se jactaba diciendo que los deportistas eran los únicos, de esta especie humana, que pensaban claro y decían lo que pensaban; y si no era mucho ni profundo, era, al fin, lo que era. Por eso le preguntó a boca de jarro, como si se tratara de dos jovencitos:

—Y, ¿todavía se te para...?

Benjamín Hassler rió.

—Cuenta, pues. ¿Sí o no?

—Tengo una compañía.

—¿Una qué...? Estamos hablando de mujeres, Benny, no de negocios.

—Una mujer. Tengo una mujer, Dicky.

—¡Qué bien! Pero: ¿sí o no? ¿Se te para o no? Ésa es la pregunta. Ésa es la única pregunta, porque yo también tengo una mujer, yo tengo una esposa, una madre de mis hijos, pero eso no guarda relación con la pregunta fundamental: ¿se te para o no...?

—Se llama Sonia. Tiene veintiocho años.

—¡Viejo verde! ¡Eres un maravilloso viejo verde! Supongo que con ese estímulo estarás como cañón. Y por qué no la has traído a Fort Lauderdale. ¿O piensas encontrarte con otras de veinticinco?

Benjamín Hassler intentó explicarle que era muchísimo mejor ser un viejo verde que un viejo de mierda. O una mierda a secas. O un viejo seco. O un tronco seco, que aunque se riega no brota, como canta el valse, Dicky, gringo criollo, porque lo que es a mí, el vals criollo me tiene sin cuidado.

—Es que te falta calle, Ben. Te falta un poquito de Barrios Altos. Por lo menos tuviste la plaza Washington donde matabamos juntos, pero calle, lo que se llama calle...

—Calle... ¿Qué entiendes por eso, Dicky?

—Falta de plata, eso es lo que es calle. Porque calle tipo Quinta Avenida por los Nueva Yores me la paso por los forros. Calle quiere decir haberlas pasado mal, como las pasé

yo, pobre hasta los calzoncillos y las cangallas, pero con amigos como tú, esos que la vida te regala para que no pienses que todo es negro. Pero sí que era bien grone, sí que lo era... Ahora, no me dirás que te la saca toda...

—Sé defenderme. No te preocupes —le dijo Benjamín Hassler.

—Claro, ni que fuera cojudo. Pero no vayas a creer que por una muchachita voy a dejar como tú a la mujer de mi vida, a la compañera de todo este trayecto que me ha traído hasta acá, a la madre de mis hijos y a la amiga de mis amigos.

—De tu círculo social, querrás decir —precisó un poco sin que esa fuera su intención—. No creas que resulta fácil cambiar un círculo social por otro. Por algo será un círculo, un círculo cerrado, donde nadie entra ni sale.

—Vaya, vaya... —carraspeó Dick Wieland—. Me había olvidado de que te habías convertido en un deportista intelectual. Pero me gusta. Siempre me gustó la pelea. La de los valientes, la brava, y ésta, media de rosquetes, pero de todos modos pelea. O sea que me estás diciendo que soy un maricón. Que me muero de miedo de sacar los pies del plato. De tirarme una canita por allí.

—No digo nada, Dicky, pero piensa que si te vengo a ver es porque eres mi amigo, y te respeto. Yo no soy un libertino ni un relajado. Sólo te digo que tengo una mujer, que ella se llama Sonia, y tiene veintiocho años.

—Sí, huevón. Crees que nací ayer y en San Isidro. Pero ni vayas a pensar que está enamorada de ti.

—Eso no se sabe nunca —intentó corregirlo Benjamín Hassler—. El sentimiento romántico es difícil de explicar.

—El sentimiento romántico, pero qué huevada es ésa. Ni te enamores —levantó la voz Dicky Wieland— porque si es así, te quitará tu plata y te dejará calato en la calle y no en la cama como corresponde.

—Lo que pasa, Dicky, y no lo digo por ti, es que puedo despertar envidia. Porque da envidia, no me digas que no, ver a

un viejo con una mujer de veintiocho años. No tiene que ser rica. Solamente su juventud despierta envidia. Solamente su juventud, Dicky. Basta ver a un viejo con una muchacha que podría ser mi... para...

—Un viejo enamorado da pena. Un viejo enamorado es capaz de cualquier cosa. Qué repugnancia me da ver a un viejo templado y celoso, inseguro, siempre a la defensiva, siempre atrasado. ¿O crees que una muchacha puede enamorarse de un viejo?

—Digo que...

—¡No seas pues huevón! —lo interrumpió bruscamente Dicky Wieland—. Eso no ocurre ni en las películas. ¿O has visto alguna en que una hembra se tiempe de un viejo? ¿Crees que una mujer joven va a acariciar a un viejo por gusto? ¿O por placer? ¡No me jodan, pues!

Benjamín Hassler trató de poner en orden sus pensamientos. La noche anterior no fue del todo mala, porque había logrado conciliar el sueño gracias al Rohypnol ingerido en dos tandas, como ya era su costumbre ancestral, una antes de acostarse y la otra en la madrugada. Pero el viaje, el calor, la cama, habían hecho de la noche un momento pesado. No estaba del todo descansado y, además, su voz, el bajísimo timbre de su voz, casi un hilo, fue siempre superado con creces por la de sus interlocutores. Sí: sí, caray, pensó: esas frases las escribió el autor de *El Principito*, ese librito de dibujos que mi hijo le regaló a Benny IV por su cumpleaños. El niño que acepta que lo estén convirtiendo en anciano, que asume el destino de llegar a ser irremediablemente un viejo. Punto. Punto, Dicky: un viejo que estira los brazos para aferrarse a algo, aunque me respondas, porque conozco tu cabrona respuesta, que para eso el hombre ha hecho el gran invento: el dinero. La plata, mi querido Benny.

De pronto logró organizar esa idea que le gustaba tanto y que acostumbraba utilizar como argumento sólido y a la vez gracioso.

—Si tienes una mujer joven que está contigo porque te

quiere, la gente siempre dirá: ¡qué envidia! Y si está contigo porque todavía se te para, siempre dirá: ¡qué envidia! Y si está contigo porque tienes dinero, siempre dirá: ¡qué envidia! ¿Ves? La razón no importa. El asunto es tenerla.

No podían evitarlo; cada vez que se reencontraban, estaban en la obligación de preguntarse si su potencia sexual estaba o no vigente, porque a quien en sus mejores años fue un atleta, ser un viejo tenía que parecerle una cruel parodia del cuerpo. No todos llegan a viejos. Benjamín Hassler era muy consciente de que serlo era una experiencia bastante singular en su país, en el cual los que sobrevivían al primer, segundo o tercer escalón, morían de adultos, gordos o flacos, panzones o fofos, atorados de nicotina y licor.

Los dos habían tenido una juventud envidiable. Durante esos años la vida reposaba en la salud del cuerpo, y si bien el de Benjamín Hassler no fue naturalmente fuerte, logró a través de la natación y el gimnasio una musculatura bastante desarrollada. Dicky Wieland sí que fue fuerte. Y lo seguía siendo. Sin mayores esfuerzos saltaba y corría con gran destreza, mientras que Benjamín Hassler se vio obligado a entrenar con una disciplina y un rigor pocas veces vistos para salir airoso en las competencias.

Dicky lo abrazaba y lo insultaba: quien no te insulta a la cara, no es un verdadero amigo. No lo olvides, Ben. Ah, Dicky, el gringo colorado, el que nunca le corrió a nadie, a ningún zambo, a ningún ricachón, lograba mantener esa inocencia en su rostro, convirtiéndose en la única persona digna de ser visitada en aquel lujoso condominio del Sea Ranch.

—Allá tú que querías ser campeón —lo increpó de pronto—. Yo me divertí, eso fue todo. Si no, a ver, a qué tanta pastilla, tanto insomnio, tanta angustia, tanta competencia ridícula... ¿A quién quieres demostrarle que todavía no eres un viejo, Ben?

—Soy campeón; eso es lo único que sé de mí mismo. Lo soy, y nadie me lo quita.

—Pero de viejos... Así no vale. ¡Y a quién demonios le importa, además! En este país, a nadie le importa nada. Salvo el dinero, claro está. Un campeón que no recibe una millonada, es un viejo hazmerreír, Benjamín. Aquí a nadie se le ocurre correr por las puras, a menos que sean todos esos viejos tarados que se levantan a hacer su *jogging*, al borde del mar.

—Soy campeón para mí... Pero eso no importa ahorita. Ahora tengo otras cosas en qué pensar...

—Ajá, pensar, esto sí que se pone bueno. Y se puede saber en qué estás pensando, mi querido maricón, porque es verdad, Benny —y Dick Wieland descubrió de pronto en su voz un tono plagado de interrogantes—, esta vez no has venido a competir. La última vez que viniste a Fort Lauderdale para una competencia fue hace...

—Hace unos seis años. Fue cuando reaparecí. Cuando mi hijo logró convencerme de que retornara a las prácticas de natación.

—Y tu querido hijo... ¿sigue tan cojudo como antes? Perdon, Ben, pero los dos sabemos que si no es maricón, lo parece. ¡Lee y lee! Pierde el tiempo trabajando en un lugar en donde nunca va a hacer dinero. ¿Qué le pasó a ese muchacho? ¡Hasta parecía comunista en una época! ¿Sigue en la cancillería?

—Eso pasó hace mucho tiempo. Se le ocurrió que me harían bien estas competencias, y considero que acertó. Me hacen bien. Enfrento a viejos, en mi condición de viejo. Como te podrás dar cuenta, tan tonto no soy para ser un nadador.

—Será que esta sociedad me ha envenenado el alma. Porque aquí, Ben, siempre quieren robarte; siempre, utilizando todas las maneras posibles. ¿Que qué hago acá...? Muy simple: cuido mi dinero. Hago lo que no hace tu hijo, y tú estás olvidando hacer. Dinero que no es cuidado, dinero que desaparece. Ésa es una verdad aquí y en la Cochinchina. Aquí conservo mi plata. Aquí tengo a mi mujer, mi lancha, este departamento lorcho. ¡Y esta vista al mar de la puta madre! Pero

todos los días suena el bendito teléfono ofreciéndote mil formas de invertir tu dinero y multiplicarlo. Todos son unos desgraciados. Lo que quieren, en el fondo, es robarte, porque cuando tienes más de tres millones de dólares estás en el club, en la guía, en la lista selecta de los que tienen más de tres millones de dólares, y si no te los pueden robar en la calle, intentan sacártelos de la cuenta bancaria. Pero, a un cholo como yo, ¡su mamá!

Benjamín Hassler lo escuchaba con interés. Y Dicky estaba embaldado, como era su costumbre.

—Aquí la vaina funciona igual que en nuestro país, pero como uno se mueve solamente en el círculo de los que tienen más de tres millones de dólares, no se da cuenta de lo que sucede a su alrededor. En este condominio tienes de todo, no necesitas salir ni para darle una mirada al mundo. O cruzas la calle, y allí está el Public. Los negros andan con los negros, los rosquetes con los rosquetes, los gringos con los gringos y los latinos con los latinos. ¡Allá tú si te metes con ellos!

—Estás contento, entonces...

—Claro, maricón. ¿Cuándo has visto a alguien que con tres millones de dólares en su cuenta bancaria esté triste, angustiado o deprimido? ¿Cuándo, en cambio, has visto a un maricón contento? Con suerte, sí, pero contento... lo que se dice contento.

Rió, le dio una palmada y se percató de que hacía un buen rato que los dos habían consumido los vasos de ron con Coca-Cola. Antes de salir al paseo en lancha decidió preguntarle si había logrado hacer fortuna.

La intromisión le incomodó a Benjamín Hassler; en parte, porque le recordaba a su padre, a aquel hijo de alemán que se convirtió en banquero y que veía el mundo a través de la ventanilla del dinero, de ese billete que carece de escrúpulos, de olor, de sabor, de inteligencia, y entra y sale del bolsillo de las personas sin que ellas se percaten necesariamente de ello.

—Mi padre fue un banquero. Debes recordarlo.

—¡Claro que lo recuerdo! Pero no olvides que no me invitaban a tu casa.

—Yo sí. Siempre fuiste mi amigo, Dicky.

—Tú sí. Es verdad que tu padre daba miedo, por esa razón quizá la gente guardaba una prudente distancia. Lo recuerdo yendo con todos ustedes a la vermouth del Metro; parecían un clan protegiendo su dinero. No te molestes, pero ése es mi punto de vista y, como sabrás, viejo rosquete, el mundo es entendido desde el sitio que uno ocupa. Clara, tu esposa, piensa que soy un huachafo. Pero no se imagina lo que yo hubiera dado por entrar al comedor de tu casa en Arenales, cómo habría sido, tan grande y tan lleno de finas porcelanas...

—Qué importan sus opiniones, Dicky. Mi hijo, aunque lo consideres un tonto, me dice que en el Perú de ahora no hay progreso sin huachafería, porque los huachafos son los únicos que apuestan y ponen su plata en el país.

—O sea que de paso me criticas... Que no me la juego por mi patria, que me llevo todo mi dinero fuera de los peligros del terrorismo, de los comunistas, de los apristas y de las parentelas de corrupciones... Mira, mi querido maricón, a mí este billete me ha costado la salud.

Este país no es otra cosa que un sistema organizado del robo, continuó Dicky Wieland. Sí, mi querido Benjamín, abre los ojos y desahuévate. O las pastillas, como empiezo a creer, te están embruteciendo. Acá, a las muchachas les encantan las personas como yo, pero no vayas a creer que les gusto por mi cuerpo. Bajando una vez de la lancha y con Leonor al costado, una gringuita, un bombón de lo rica que era, bronceada de pies a cabeza, con un taparrabo maravilloso, me dijo con total desenfado: «me encantan los hombres que bajan de una lancha y llevan un Rolex en la muñeca». Tuve que reírme. Y es que el Rolex tenía su historia, porque tú sí que debes acordarte, porque si tú no te acuerdas, nadie se acuerda en el Lawn Tennis.

En el Lawn Tennis de la Exposición, hace un montón de años, Dick Wieland era un vendedor estrella entre sus propios

amigos. Vendía de todo. Un día, Benjamín Hassler le compró su terno porque Dicky necesitaba de ese dinero ya, ahora, porque de otro modo me van a cobrar unas deudas, y Benjamín se lo compró. Estaba necesitado, entiendes...

—Yo vivía comprando y vendiendo, hasta te vendí mi terno, pero una vez tuve que vender mi Rolex. Sí, tenía mi Rolex, aunque llevado pobremente. Ese reloj era toda mi identidad. La contraseña necesaria para entrar al club y defenderme de mis hermanos que no querían ni verme a leguas. Y tuve que venderlo. No cualquier Rolex, ¡mi Rolex! Pero apenas pude se lo volví a comprar. Y por el mismo precio.

Benjamín Hassler reía recordando esos episodios que fueron gran parte de su juventud y primera adultez. La piscina del Lawn Tennis de la Exposición llevaba su nombre, y allí, sin proponérselo, empezó su pequeña pero honrada y placentera fortuna: la enseñanza de la natación a un grupo de niños, a la hora del almuerzo. Aquella aventura, ese afán de llevar adelante su vocación, se convirtió en una academia de natación, en una manera de ganarse la vida, ya no nadando, pero sí al borde de una piscina, donde la brisa se siente por la manera como remueve el agua estancada en su cloro.

—La mentira es la primera regla en este país. ¿Quieres una mujer? Pues ¡paga! Mira lo cabrón que es... Mira cómo tiene de todo para todos los gustos, y si tu bolsillo es de la puta madre, digo, si tu cuenta bancaria es de la puta madre, tienes acceso a la tarjeta azul. Esa tarjeta es una verdadera llave maestra que te permite pertenecer a un club de caballeros, previas consultas y entrevistas. Sabrás, Benjamín, que en este país no todas las personas que tienen dinero son unos caballeros. Allá tampoco, pero nos quieren hacer creer el cuento de que todos los que pertenecen al club Nacional lo son. Y eso que en ese club la gente va a comer o al turco. Porque la biblioteca la tienen de adorno.

El punto de partida está en tener más de tres millones de dólares. Ésa es la puerta principal, el inicio de la historia. To-

do aquello que pertenece al universo previo, al mundo de la infancia, al colegio de donde vienes, tu barrio, tus amigos, tus mujeres, son pura huevada. Tres millones, y estás en casa. Pero eso tampoco es todo. Te hacen exámenes médicos, psicológicos, clínicos, por aquello del sida, el famoso chancro de nuestra época en el legendario 20 de Setiembre, porque como vas a salir con pimpollos, para que no se te dé por torturarlas, pegarles, maltratarlas, la lista es enorme, debes aprobar un riguroso examen médico y de la cabeza.

Después, eres rey. No como el de la ranchera cantada por José Alfredo Jiménez o Alan García; eres rey de verdad, sin necesidad de rendirle cuentas a nadie. La tarjeta va acompañada de un número telefónico donde puedes pedir un variadísimo menú de amplias posibilidades. De todo, piensa en lo que se te ocurra, maricón, incluso en maricones. ¡De todo! Adolescentes, putañeras, mañosas, damitas, niñitas de mamá, escolares. Cuando aceptas la oferta, firmas un contrato; un contrato de verdad, del cual no puedes salirte ni un milímetro. Estás completamente amarrado a lo que el contrato dice. Y eso sí, tienes que cumplirlo. Eres un rey inglés... Se dan casos de viejos como tú o yo que las prefieren como damas de compañía, como señoritas bamba, puro adorno para las reuniones de negocios, cuando hay que salir a cenas o a largas travesías en esas embarcaciones por el Mediterráneo. Gringuitas lindas que podrían ser nuestras hijas. Unas verdaderas señoritas. Las hay también elegantes, elegantísimas, refinadas. Fuera y dentro de la cama. De todo, maricón. Imagina. Imagina, nomás...

Hay las gringuitas que te acompañan en cruceros por el Caribe o el Mediterráneo; nada de culear con ellas si no lo deseas y si no está en el contrato. Hay viejos mañosos, como tú o yo, llenos de billete, que mean y cagan billete, a quienes les gusta verlas, sentir las a su costado, contemplar su sonrisa, su cuerpo desnudo o tenerlas echadas en la cama, pero sin tocarlas o tocándolas nomás o brincándoselas; todo, de todo hay, según contrato. Rey, pero rey inglés.

O a jugar a que te enamoras de ella. O solamente la punti-ta. O toda la rata. Y las damitas son unas damitas en la cubierta y unas forajidas en el camarote. Cinco, diez, quince, veinte días sin hablar de dinero ni intercambiando ningún cochino billete, a menos que sea para la propina. Es tu amor, si juegas a que es tu amor, a que te enamoras, a que se enamora... Tu amor de veinte años... Templadísima de un viejo como tú... Pero eso sí, si juegas al amor, nada de enamorarse. Prohibido enamorarse, eso siempre está en el contrato. Después, a los meses, como la cuenta del teléfono, pagas y ni cuenta te das. No has tocado plata en ningún instante; ni en el momento del viaje ni a la hora de cancelar, porque te la arranchan directamente de tu cuenta, de esa cuenta que ni manejas y está en la bóveda, al fondo de un banco, bien metida en los intestinos de un banco, en el subsuelo del suelo, esa cuenta que te ha permitido ser amado por un bombón de la puta madre...

Leonor llegó justo a tiempo y anunció que se iba de compras y que los dejaba a solas para que disfrutaran de este día en lancha. Era verdad: el día estaba impecable; sin lluvia, sin sol excesivo, como para ellos dos. Las aguas del mar sin remolinos y el cielo medio encapotado, pero diáfano, con esa resolana traicionera que les exigía colocarse gafas ahumadas.

—Y algo de cremas. No se olviden de las cremas —les aconsejó Leonor—. Y lleven sombrero. Algo para la cabeza. Siempre es bueno.

Durante los primeros tramos del recorrido en lancha, acostumbrándose al viento que refrescaba los ambientes de la embarcación, Benjamín Hassler trataba de recordar la trama de aquel libro que yo, en un afán de que entendiera lo que le sucedía en la vida, por decir algo, le había recomendado. Con los años olvidaba rápidamente nombres, fechas, citas, lugares, situaciones. Su memoria no era capaz de retener casi nada, con excepción de los tiempos en que descomponía sus entrenamientos o las marcas necesarias para vencer en una determinada prueba. Lo atormentaba, aunque con humor, la coladera

que era su cerebro. Y decía, riéndose, que podía ver una película en la televisión miles de veces porque no se acordaba del argumento.

Recuerdo que leyó ese libro con relativo interés ya que trataba de un intelectual o un escritor... de un biógrafo, eso, un biógrafo, que se enamoró de una muchacha muchos años menor que él. Bueno, no estoy seguro yo tampoco si el biógrafo se enamoró en serio o si el argumento del libro abordaba tan sólo una relación extraconyugal, porque las relaciones extraconyugales tienen muy poco que ver con el amor o con el hecho de enamorarse. El biógrafo le llevaba más de treinta años a la muchacha. Esa diferencia que mi padre pudo haber juzgado en un momento humillante, incluso vergonzosa, le pareció de pronto normal, cuando a él le ocurrió algo similar.

Detestaba la idea de ser viejo. Por más que yo le explicara con toda la paciencia del mundo que diera gracias a la vida por ser capaz de sostenerse con sus propias fuerzas y no depender humana ni económicamente de nadie, no lo lograba calmar. Ser viejo era una humillación. Porque Sonia sin pretenderlo, aun ofreciéndosele como lo hacía, con la paciencia y habilidad que le agradaba a Benjamín Hassler, lo avejentaba aun más. Una mujer joven como Sonia avejenta siempre a un viejo. Aunque no se lo proponga.

En el libro ése, recuerdo, el biógrafo logra escaparse con la chica y llega a Venecia durante uno de sus terribles inviernos. El biógrafo había inventado unas conferencias relacionadas con su oficio, mintiéndole a su esposa, una adorable mujer de su casa, para vivir una vida que no fuera la suya, ya que la única manera de vivir otra vida cuando uno ha permanecido atado a su esposa es mandándose cambiar con otra mujer, porque si es nueva abre otras puertas y otras ventanas. En Venecia la muchacha humilla al biógrafo, lo hace sentirse viejo, absurdo, fuera de lugar. Un viejo siempre se siente fuera de lugar. En verdad, un viejo está de más. Sobra. Si la gente no tuviera modales, lo arrimaría de un solo resoplido. Ese biógrafo esta-

ba fuera de su casa, de su mujer, de su país, de su rutina, de su capacidad de recrear vidas escribiendo acerca de otras personas, siempre interesantes, reelaboradas, mediante esa pluma diestra, directa, como era su estilo.

—Escribía sobre otras vidas...

—¿Qué...?

—Era biógrafo. ¡Ya me acordé!

—¿Quién, maricón? Te doy un trago y te me mareas. Aguarda a que estemos en el mar.

—Recordaba un libro que me recomendó Benny.

—Recuerdas huevadas. Piensa, si quieres, en el sol, en el mar, en la lancha. Pero pensarás por gusto, porque están al alcance de tu mano. Puedes tocarlos. Hasta al sol puedes tocarlo en Fort Lauderdale.

Dick Wieland desembocó a la grandeza de un océano tibio y ligero, carente de fronteras, que invitaba a mirar en lontananza y a sentirse como si el presente, el pasado y el futuro se fusionaran en una perfección extraordinaria, muy cercana al olvido. A lo lejos, como dándole la espalda, se distinguía la silueta de unos edificios.

—Acá no entran maricones —exclamó Dick Wieland.

Y aceleró de golpe hasta aproximarse a los cien kilómetros por hora. Benjamín Hassler arrojó la gorrita de capitán que llevaba puesta, se cogió fuerte, y decidió recibir las bocanadas de un viento furioso poniendo la cara al frente como si fuese un boxeador incapaz de defenderse de una paliza.

Durante el recorrido por el canal la lancha anduvo a la velocidad permitida; en eso los gringos no se andan con vainas. Dick Wieland lo sacaba de su ensimismamiento, de sus lecturas a la volada, de la vida ridícula de aquel biógrafo, mostrándole diversos tipos de casas y embarcaciones. A los dos lados del canal se sucedían una serie de viviendas que eran, más bien, mansiones al estilo clásico de La Florida. Enormes casas de un solo piso, rodeadas de jardines, llenas de ventanales, sin ningún sentido de la privacidad.

—Acá tiran a vista y paciencia de todo el mundo. Tiran contigo si se aburren adentro. Tiran por tirar. Y después se van al mar, como nosotros.

Difícilmente se podía uno imaginar una vida estrecha, llena de recovecos, de lúgubres corredores. Esas viviendas estaban diseñadas para ser habitadas por jóvenes parejas; incluso, si las habitaban viejos como ellos dos, lo harían con bermudas, shorts, zapatillas o sandalias. Algo le quedaba, sin embargo, del biógrafo ése: la apatía ante su propia vida encerrada en una casa de campo en el estado de Nueva York, acompañado por la rutina de escribir sobre existencias ajenas.

Dick Wieland detuvo la lancha y se dispuso a servir el segundo trago de ron con Coca-Cola, tal como estaba planificado. Como buen gringo, este latino sabía distribuir el trabajo y el placer. En Lima, sus hijos administraban el negocio a conciencia, mientras él, en Fort Lauderdale, cuidaba su dinero. Había adquirido la costumbre de actuar como un verdadero cancerbero y se paraba a la entrada de la bóveda sin necesidad de estar armado. El sistema, palabra que llegó a comprender en su cabal significado, se encargaba de protegerlo, pero ese mismo sistema, si llegaba a descuidarse o a pestañear con demasiada frecuencia, le robaría íntegro.

El tenue movimiento del agua empezó a marear a Benjamín Hassler. Ambos decidieron, entonces, tirarse de cabecita al mar y fue allí, rozando la tibieza del agua, que recordó, por fin, esa escena tan desagradable en la que se vio envuelto el biógrafo. Se acordó, carajo, del biógrafo paseando con la muchacha en la góndola y mientras él le contaba la historia de esa histórica ciudad, en sus narices, ella le echaba unas miradas al joven que movía lentamente su remo, protegido por ese pañuelito colorado alrededor del cuello. A Benjamín Hassler le aterraba mostrar en carne viva las flaquezas de la vejez. Entre la potencia de la juventud y el aplomo de la adultez había desarrollado una terrible sensibilidad a las debilidades propias de la vejez, no tanto físicas, que ya resultaban obvias, sino psi-

cológicas, cómo decirlo, espirituales, estructurales: titubeos, dudas, incoherencias, trastabilleos, todo eso que le daba al viejo su perfil más nítido. El biógrafo los encontró a los dos algunas horas más tarde tirando en la habitación del hotel; los encontró revolcándose en el piso, cara a cara, y tropezó con la mirada de ella que parecía decirle: «culeamos, idiota, y en el suelo, no en tu cama».

—¡Agua calientita! —exclamó Dick Wieland—. ¡La que le gusta a los tiburones!

Los dos se sentían perfectos, inyectados de una súbita dosis de vitalidad, y soportaban, sin esfuerzo, el calor del sol sobre sus hombros. Una vez en cubierta, Dick Wieland cogió su vaso de cartón y se refrescó con los restos del ron con Coca-Cola. La lancha se bambolecaba ligeramente.

—Sonia es que me dijiste, ¿no? ¿Ése es su nombre de batalla o el firme...? Cuenta, Benny.

—Sí, tiene veintiocho años. Y así se llama. Se llama Sonia y se apellida Valverde. Así de simple. Valverde Yon.

—Veintiocho años de pendeja. A esta edad no nos vamos a leer las cartas entre dos viejos, aunque tú eras medio blanquito allá por la plaza Washington.

—Mira quién habla... Si yo soy gringo, tú qué rayos eres. Veintiocho años. Nada más. Es una mujer de veintiocho años.

—No seas pues cojudo, Benjamín.

—No tengo lancha. No tengo Rolex.

—Pero tienes plata. Algo tendrás que te la quiere sacar. En los Estados Unidos no hay un solo gringo que conquiste a una mujer menor de treinta años ni por su físico ni por su labia.

—Yo tengo la necesaria, y no la tengo para apiñarla, como tantos, como Cucho Rávago o Francisco Noriega.

—Algo más que poco, diría yo, porque si no cómo llegas hasta acá...

—Algo... Algo tengo, y gracias a la natación, aunque parezca mentira. Y eso que tengo gastos, tengo que mantener a tres mujeres.

—Bueno: ya sé que no le pagas, ¿pero cómo te la saca...?

—Cómo que cómo me la saca. Si de sacar se trata, todos nos sacamos la plata unos a otros. Yo tengo que pasarle su mesada a Clara, a mi esposa, a mi esposa legal de la cual no me he divorciado ni me divorciaré, como bien sabes, porque a mí ya me da lo mismo. Tengo que darle a Ruth... Ruth es...

—Yo sé quién demonios es Ruth. Ruth Ostolaza es muy conocida e incluso apetecida por algunos pillos del Sea Ranch.

—A Ruth Ostolaza no puedo abandonarla... A ella también le doy su mesada.

—Y a quién más reparte regalos este Papá Noel un poquito chupado, porque te están chupando la sangre estas sanguijuelas, mi querido maricón. Así no es el negocio. La cosa es tirar. El asunto se reduce a tener una mujer que no joda, que no tengas que mantenerla y te dé por lo menos sexo, si no puede regalarte una de esas sonrisas californianas, limpias con su Kolynos y sus gotitas de agua salada en la punta de la nariz.

—Son compromisos que deben asumirse.

—¿Eso es todo? ¿Ésa es la filosofía de tu vida? ¿Cornudo o cojudo? No has pensado en una tercera vía, una tercera posibilidad... Vamos, campeón, búscate un nuevo récord, pero en el terreno de las mujeres. Si fueras parte de mi empresa, diría que estás dando pérdidas.

—Felizmente no soy una empresa, y mis compromisos son consecuencia de una vida.

—Y qué vida... Cualquiera diría que eres un mujeriego, pero según mi humilde punto de vista, das más de lo que recibes. O cargas con los muertos. Eres el Miguel Grau de los romances, Benny, todo un caballero de las camas, no les pagas porque detestas a las putas, pero las mujeres te cuestan carísimo. Miguel Grau se la pasaba recogiendo náufragos mientras le bombardeaban el tarro.

Dicky Wieland se sirvió el del estribo; uno más, el último, y luego a casita, a almorzar algo rico. Pero no lo podía creer:

Benjamín, como un idiota, tenía una vida plagada de compromisos que para él eran asuntos terminados.

—Y en ese cuadro —le preguntó, medio desconcertado, medio curioso, cogiéndose los cabellos pegados a las sienes— qué lugar ocupa Sonia Valverde; Valverde, me dijiste...

—Cómo que qué lugar...

—A buen entendedor poquísimas palabras: ¿cuánto le pasas? ¿Cuál es su mesada? ¿A qué banco le giras el cheque? Tienes el número de su cuenta... Tú has sido bancario, Benny, hijo de financista, además, hijo del mandamás del Banco Alemán y del Hipotecario, fundador del Wiese, sabes bien de qué te hablo.

—Pareces acomplejado, Dicky. Nunca has hablado en ese tono. ¿Te preocupa algo...? ¿Por qué tanta curiosidad? Deja que la vida fluya, ¿o sientes comezón cuando nos estamos acercando a los ochenta, cuando ya la vida es un libro requeteleído, y te han quitado de los cinco sentidos por lo menos cuatro? Gocemos del tiempo. Está mucho mejor de lo que pronosticaba Leonor. Pero déjame decirte, ya que me lo preguntas: nada. No le doy un centavo.

—¡A mí...! Sácame de la curiosidad...

—Bueno, le he comprado una casita por la Conquistadores.

—¿En San Isidro...?

—Una casita en una quinta, cerca del Olivar y de un callejón.

—Alemán rosquete, eso fue lo que siempre fuiste. Le pones una casa y me cuentas que la cosa es gratis; puro amor.

—Forma parte de una estrategia: así la mantengo lejos, como hice con Ruth. Le compras una casita y no la tienes pegada como lapa. Conservas tu independencia. Yo no quiero volverme a casar como mi hermano Herman. Yo no tengo una personalidad que vaya de la mano con el matrimonio. Una sola vez, y punto. Y por descuido, ni siquiera por error. Me agarraron tercio, recién desembarcado de Alemania. No entiendo a quienes reinciden.

—Entonces, tu estrategia forma parte de los costos de la inversión. Me gusta la idea. Franco, si lo asumes de ese modo, nos engañamos todos y todos somos felices.

—Herman se ha llenado de problemas. Su segundo matrimonio, como resulta lógico, es en sí mismo un inmenso problema. Yo prefiero tenerla en su quinta, y saber a qué hora llega y a qué hora se marcha. Si quieres, en ese sentido sí que somos viejos.

—Ya que no tienes el coraje de responderme, mi querido Chaplin, descríbeme a tu Oona o pasemos a asuntos que competen a nuestra noble edad. ¿Te funciona el estómago? —Dicky Wieland lo cacheteó cariñosamente, dándole ligeras palmadas en las mejillas—. Amigazo, amigo del alma, como nos decíamos en el Tennis, cómo va esa próstata, esa vejiga llena de excelentes sentimientos... El otro día, cuando estuve en Lima, tropecé con Alfredo Umlauff y está excelente ese viejo... Parece que los alemanes tienen pita para rato, aunque hayan nacido en el parque Hernán Velarde.

Dicky Wieland estiró, entonces, los brazos, contempló algunas nubes que recorrían distraídamente el cielo impecablemente azul, y lanzó un grito como si fuera Tarzán:

—Si esto no es vida, qué es vida, maricón...

II

Benjamín Hassler nunca le había pegado a su esposa. Nunca le puso la mano encima. Ni siquiera la insultó. No le gritó un carajo durante los veinticinco años que compartieron el mismo techo. No le levantó la voz, pero eso sí: le fue metódica y sistemáticamente infiel. Durante su noviazgo, precoz y formal, interrumpido por un viaje de estudios a Alemania; inmediatamente después de su luna de miel, durante todos los años de vida conyugal, fue sencillamente así: sistemáticamente, sin pausa y sin tregua, un esposo infiel.

Apenas regresó de Alemania se vio envuelto —ésa fue la maldita palabra empleada por mi madre— en una relación clandestina con Maruja Montenegro. Los dos trabajaban en ese banco en el cual tuvo que anclar por ser un muchacho que dejaría muy pronto de serlo, para convertirse, sin darse cuenta, en un joven con aires de adulto. Su vida, sin saberlo, porque nadie es capaz de saberlo, estaba en el umbral de los grandes cambios: se convertiría en la presa codiciada de las hembras, porque llegaba a la edad en la cual los hombres empiezan a preocuparse por la billetera y poner su barba y cabeza en remojo. Mi padre, qué duda cabe, ingresaba al universo chirriante de las instituciones eslabonadas: un trabajo, un noviazgo, un matrimonio.

Regresaba con la palabra gloria dicha a regañadientes. Cuatro años de estudios abandonados de medicina lo dejaban en una posición desairada entre la fortaleza de un cuerpo disciplina-

damente trabajado y la necesidad de emplearse para ganarse la vida. No era ése exactamente su caso, pero su padre no lo dejaría sin hacer nada. Explicaba con cierta cordura que su vocación no era la medicina, porque a él le gustaba la salud, no la enfermedad. Contaba con un argumento sólido, capaz de convencer a aquellos impertinentes que le formulaban la pregunta, pero, sobre todo, él mismo podía legitimarse ante sus amigos y familiares. Especialmente ante mi madre, que necesitaba sus propios argumentos para verlo como un hombre que no era un fracasado y que estaba en la disposición y en la capacidad de asumir responsabilidades, como casarse, por ejemplo, y con ella, claro.

Pero regresaba con una espina clavada en la garganta, en el pecho y en el corazón: con la posibilidad no concretada de obtener una medalla olímpica. Una medalla olímpica que hubiera sido capaz de compensar todas las frustraciones, los proyectos truncos, las posibilidades desviadas. También regresaba a casa con el recuerdo de un amor que podría ser otoñal, si no fuera porque él estaba en su mejor momento atlético, con una aria curiosamente sosegada y comprensiva.

Sin darle tiempo a que lo pensara dos veces o que se fuera acostumbrando de a pocos a la atmósfera húmeda de la ciudad, mi abuelo lo puso a trabajar en el banco. Lo envió al fondo de un sótano a revisar los archivos y allí se hubiera quedado a no ser por un impulso de sobrevivencia que lo obligó a pedirle que lo sacara de allí, tarde o temprano.

La fortaleza de su padre fue siempre su peor enemigo. Su fortaleza era de ese tipo que viene de adentro, no recreada en los gimnasios, sino insuflando hígado y corazón, ejercitada en la tarea de salir adelante sin ayuda alguna en este mundo hostil, sin varas ni tarjetazos. Porque ésa fue su característica; cierto, propia de su historia, de su biografía, pero funcionaba como una máquina engrasada en su cerebro: la característica de un europeo huérfano a los catorce años sumido en una tierra de ventiscas ignotas, tierra en la cual puso un pie para quedarse, y el otro para morir.

Benjamín Hassler jamás pudo ser más fuerte que su padre. Lo intentó desde que tuvo quince años, cuando descubrió, por culpa del médico de la familia, que era un joven con leves dolencias al corazón, que no debería practicar, por ninguna razón, deporte alguno. A los quince años era un muchacho esmirriado, enfermizo, al que todos le pegaban. Sus dos hermanos menores se las ingeniaban, a través de la lectura, para defenderse de los ataques adolescentes. Pero él, el mayor, que llevaba como nombre el mítico Benjamín de su abuelo y de su padre, solamente reconocía en el cuerpo la voz del alma; en el movimiento de los músculos el rítmico desenfreno de la voluntad. Eso podía tener un nombre, y un nombre bastante desagradable: complejo de inferioridad. Pero eso qué carajo le importaba. Las mejores metas se conciben como una compensación brutal. Si él logró ser un verdadero campeón de las piscinas, se debía a que en El Pellejo lo consideraban un esmirriado, un flaquito de porquería al que todos le podían pegar.

Dick Wieland lo defendió durante los años que estuvieron juntos en el Colegio Alemán, pero en el Banco Alemán no lo defendía ni su propio padre. Le era imposible imaginar a alguien necesitado de una ayuda o un consejo. Creía, y era imposible convencerlo con otros argumentos, que le había dado a su hijo mayor las oportunidades que se merecía. Los estudios en Alemania fueron costeados por mi abuelo, mes a mes, y a su vuelta le mostró los papeles en los cuales, disciplinadamente, había puesto las cuentas de los costos de hospedaje, alimentación y distracción. Mi padre nunca pudo discutir fríamente sobre estos puntos con él; y si los recuerda, ya sea porque lo marcaron o tatuaron, no lo sé, constituye uno de los temas y momentos de su vida que menos conozco. El padre que yo conozco pertenece a la época de los veranos soleados de mi infancia, cuando trabajaba al borde de su propia piscina.

Se enredó con Maruja Montenegro, según Clara Hamann. Como si fuera una tabla en alta mar, su cuerpo se le ofreció para el descanso y la fuga, con la descabellada idea de que po-

dían escaparse los dos de esa humedad insoportable que era la atmósfera general del sótano del banco. Le dio su tórax como apoyo. Y le propuso que se dejara llevar por las corrientes de un mar picado entre los archivos y los estantes, ignorando que Clara Hamann había colocado una escalera para sacarlo de allí, pero sólo a él.

Maruja Montenegro era una empleada como mi padre, pero sin un padre como el de él. Las palabras Directorio, Gerencia General, Gerencia Financiera, las escuchaba, claro que las escuchaba, esta muchachita pretenciosa, pero como lejanos martillazos en sus oídos, sin la nitidez con que las percibía Benjamín Hassler. Benjamín Hassler sí las oía, y lo hacía con respeto, porque estaba convencido de que esas palabras eran las únicas boyas salvadoras que, al fin y al cabo, podrían ser más útiles que el tablón ofrecido tan maravillosamente por Maruja Montenegro. Ese tablón, que era su propio cuerpo resplandeciente por la luminosidad de su juventud, dispuesto a funcionar como el instrumento más eficaz de salida de ese espacio donde la colocó su padre como una manera de complementar los ingresos familiares. Y para que fuera aprendiendo de la vida, tal como se lo dijo en su oportunidad:

—Es tiempo de que aprendas de la vida, Maruja. He conseguido, después de muchos contactos, un trabajo para ti en el Banco Hipotecario. Es una oportunidad que no debes desperdiciar.

Su juventud e inexperiencia resultaron fundamentales para los planes de Clara Hamann, porque Benjamín Hassler ni siquiera sospechó de las intenciones que podría tener Maruja Montenegro. Esas intenciones quizá nunca las tuvo, porque Maruja Montenegro no estaba en condiciones de tener intenciones. Quizá lo que sentía era amor. O una atracción por este joven deportista, semifinalista en la Olimpiada de Berlín, acabadito de llegar al país, que acababa de ingresar al banco, al sótano donde la depositaron después de esa conversación tan tonta y larga con el Jefe de Personal, porque hijita, le explicó

su padre, el Jefe de Personal sabe dónde debes estar, y la colocó en ese sótano donde la única luz que podía existir era la presencia de Benjamín Hassler, quien llegó una buena mañana invernal para hacerle compañía, permitirle soñar y disponerla a que le ofreciera su cuerpo: tabla salada, sumergida en el mar, saliendo del mar, brillante, bajo un cielo gris, lleno de pecas.

Clara Hamann gritaba hacia todos los vientos y hacia todas las personas que quisieran escucharla, que qué intenciones tendría esa muchachita pretenciosa, si trabajaba en un sótano. Ese topo, esa rata, ese bicho, con sus patitas en puntas de pie, caminando entre los charcos y las aguas provenientes de antiguas cañerías, tendría que ser un animalejo, si es que soportaba andarse por allí, en una cloaca: una mujerzuela, una cualquiera.

Para Benjamín Hassler no lo era. No lo podía ser. Equivocadamente, pensaba que ese tablón era el primer peldaño de una larguísima escalera que lo conduciría, con paciencia y voluntad, hasta el despacho del Directorio. No para trabajar en ese lugar, Benjamín Hassler tenía muy en claro que él no servía para trabajar en un banco, sino para tener las llaves que lo sacaran de allí. Benjamín Hassler no podría convertirse en su padre. En el otro Benjamín, como quizá deseaba Clara Hamann y sospechaba Maruja Montenegro; en ese señor robusto, de mediana estatura, rostro severo, ceño fruncido, escaso cabello, con un bigotito como si fuera un trazo de aguarrás. Lo que no sabía mi padre, y menos Maruja Montenegro, es que en esa escalera solamente había sitio para una persona.

Maruja Montenegro no tenía intenciones. Qué intenciones podía tener esa pobre muchachita metida en un sótano, arrugando sus mejores años, hasta que vio llegar a Benjamín Hassler como si fuera un álamo de fuerte, tímido y confiado al mismo tiempo, sobriamente vestido, con un bigotito que usaba por primera vez.

Clara Hamann, en cambio, sí tenía intenciones. No soy un

experto en mujeres, pero algo he leído, y algo conozco a través de mi propia esposa. Clara Hamann tuvo su intención, de eso estoy seguro, desde el momento en que lo conoció, cuando ella tenía catorce años. Veía a los Hassler jugar en aquella plaza Washington, ubicada en la periferia de la ciudad. Benjamín caía en cada encontronazo, y ese muchacho colorado, porque rubio no era, blanco sí, se moría de la risa y siempre lo recogía del suelo. Ese muchacho era un verdadero toro, pero pobre. Eso se veía a la distancia, se olía, y Clara Hamann, de excelente olfato, lo descartó desde el primer momento. Además, se decían cosas feas de él. Parecía que era la consecuencia inesperada de una aventura de su padre, conocido por todos los señores socios del club Lawn Tennis de la Exposición.

Una mujer con intenciones, como Clara Hamann, sabe muy bien que la única fuerza verdadera es la que no se ve a primera vista. Aquella que está en uno de los bolsillos o, mejor aun, en un banco. Y en el banco donde trabajaba el papá de Benjamín Hassler parecía ser que había mucha fuerza; mucha fuerza apiñada en columnas de oro, en barras de oro, muchas columnas, muchas barras, en esos sótanos que tenían unas puertas pesadas, difícilísimas de abrir, que giraban lentamente cuando se abrían, y se abrían solamente si se conocía la clave, una clave maravillosa y maratónica, compuesta por una serie de números complicados que, combinándose de determinada manera, eran capaces de abrirla sin rechinar y sin necesidad de tener la fuerza de ese muchacho colorado que jugaba con los Hassler en la plaza Washington.

Maruja Montenegro, en cambio, merodeaba por la estantería con la finalidad de archivar documentos anillados con dos garfios de acero y protegidos por una dura tapa de cartón negro. Esos archivadores eran capaces de dar cabida a una papelería gigantesca que graficaba la evolución de un caso, generalmente la evolución financiera de una institución o los préstamos concedidos a personas naturales. Naturales, qué querrá decir, siempre me lo pregunté durante mis estudios de leyes en

la Universidad Católica. Intuía que no se refería a la naturalidad; luego, entendí que las cosas no suelen ocurrir naturalmente, ni siquiera en la forma en que Benjamín Hassler la abordaba, porque eso es lo que realmente hacía: buscaba la manera de treparse a ese tablón perdido en alta mar, completamente mojado y transpirando bajo un sol candente, sin rumbo, perfectamente salado.

Pero para Clara Hamann el asunto estaba claro. Ella, dale que te dale, insistía en propalar la versión de que lo atraparon como se coge una mansa paloma en un jardín recién regado, pero lo cierto era que Benjamín Hassler la abordaba como se aborda un buque capaz de trasladarnos de un continente a otro. Entre los estantes, Maruja Montenegro también habría de hacer lo suyo: su figura menuda se desplazaba revoloteando por los archivos y levantaba un polvillo que se le quedaba en la falda. Lo distraía y lo hacía pensar, sin proponérselo, en Ethel, en aquella alemancita de la cual se enamoró este sudamericano de nombre alemán y acento sudamericano.

Sin duda, Maruja Montenegro era un estorbo para las intenciones de Clara Hamann, porque una intención debe colocarse en determinado lugar y perspectiva y ser capaz de detectar quién y cómo mueve los hilos en sentido contrario. «Por un pantalón, una mujer mata.» De eso estaba convencida, como muy pronto se convenció de que para abrir la puerta de la bóveda tenía que estar arriba, muy lejos de la puerta, y mientras más lejos estuviera la abriría con mayor certeza. Puso la escalera, contó los escaños, la midió, calculó la distancia y lo instó, palabra de contenido cabal: instarlo para instalarlo, poniendo el hombro en caso de necesitar ayuda o colocándole el culo por la cara si caía, refregándoselo si requería de su olor vital y polvoriento como una fragancia que da ánimos cuando el hombre empieza a ceder y necesita de un impulso, no de una razón, de un resorte, abriéndoselo sonrojado y raso en toda la potencia de su juventud.

No iba a permitir que Maruja Montenegro lo dejara en el

sótano de por vida, porque qué pretende, sí, qué pretende esa muchachita barata, sin perfume o con mucho perfume, sin idiomas, sin apellido, si no es robármelo. ¡El bicho ése era una ladrona! Una pretenciosa porque no se puede ascender desde un sótano, a no ser que se inmiscuya, eso, inmiscuirse donde no le corresponde y utilizando esa escalera que es la de él y no de ella, puesta allí por mí, con estas manos y estas lágrimas, en caso de que mi futuro suegro se vaya a olvidar o enferme e ignore que dejó a su hijo, al mayor, a quien lleva su nombre, en un sótano de porquería.

Nunca he hablado mucho con mi padre sobre Maruja Montenegro ni sobre la suerte que corrió después. Pareciera ser que esa época de su vida estuviera guardada en un oscuro lugar de su memoria. Pero algo sale cuando yo, por curiosidad malsana, las pocas veces que hemos podido conversar, le traigo a la mente su vida durante esos años.

Maruja Montenegro era una especie de lucecilla que alumbraba la sordidez del sótano, y parecía que se arreglaba exclusivamente para alegrarle la vida a ese muchachote distraído, puesto allí para que ella se maquillara y ciñera bien su vestido. Ella siempre llegaba puntual y se retiraba a la hora exacta. Su escritorio estaba a un costado de la entrada, y su sola presencia tenía el reflejo de una luna extraviada. Benjamín Hassler tardó unos meses en percatarse de su presencia. Levantaba poco la cabeza ya que intentaba reconocer en cada uno de esos documentos algún indicio de vida, una experiencia que valiera la pena, y no lo encontraba. Los archivadores eran espantosos, sucios, voluminosos y los papeles amarillentos que contenían se multiplicaban como un absurdo sin límite. Maruja Montenegro le cruzaba las piernas. Se subía su poquito el mandil o su mameluco o su guardapolvos, ese uniforme azul con el cual protegía su ropa de la humedad del sótano. Benjamín Hassler representaba para ella el buen partido, el hombre que necesitaría del aroma de una mujer para salir de allí, alzar vuelo, sentar cabeza y conocer de primera mano el remezón del ardor sexual.

Maruja Montenegro intuía la presencia de Clara Hamann. No la conocía, porque ella jamás descendió al sótano, ni siquiera tuvo la mínima intención o una pizca de curiosidad por saber cómo era el lugar en el que Benjamín Hassler cayó directo, después de haber vivido más de cuatro años en Alemania. Cuando tomaba su ducha, cuando desayunaba junto a sus padres, cuando tomaba su colectivo de la Cuba a la Arequipa y de la Arequipa al Centro de la ciudad, Maruja Montenegro pensaba en Benjamín Hassler, en el momento en que él levantara la cabeza y tropezara con su cara, con su tórax, con sus hermosas pantorrillas. Maruja Montenegro estaba segura de que ese día llegaría.

Maruja Montenegro claro que aceptó la invitación de Benjamín Hassler a almorzar en el café de la esquina. Ésa era la primera iniciativa en serio de mi padre, después de levantar la cabeza y superado las posteriores miradas coquetas y los encuentros casuales entre los anaqueles. En lugar de ese refrigerio a la volada, se sentaron en unas sillas tiesas alrededor de una mesita coja, en un ambiente cargado, pero al menos mejor iluminado. Benjamín Hassler cedía a la tentación de acercarse de a pocos a su mundo.

Para Clara Hamann había solamente un mundo, y el resto, en caso de existir, lo ignoraba. Benjamín Hassler, en cambio, aprendió desde muy chico de la existencia de numerosos mundos, muchos de los cuales no tenían nada que ver entre sí, carecían de un denominador común, y otros, en cambio, se juntaban y se acoplaban con gran naturalidad, separándose en ocasiones y uniéndose en los momentos más inesperados. Maruja Montenegro sería, sin duda, la sinfonía del Nuevo Mundo; jovencita, desconcertada, parada delante de él en el sótano del Banco Hipotecario.

Me contaba, por ejemplo, que su despertar sexual fue estimulado por Anita, la cocinera negra de la casa de Arenales, que entre risas se dejaba levantar la falda y permitía que los tres Hassler metieran la cabeza para oler todo lo que allí había

que oler: una fragancia humedecida por el calor con aroma a cebollas y nabos. Anita reía estrepitosamente cada vez que Benjamín o sus dos hermanos o sus amigos pasaban por la cocina, la rozaban, le levantaban la falda e introducían la cabeza como en una gruta caliente para absorber las gotas del sudor depositadas entre sus muslos. Ninguno se había acostado con ella. En todo caso, mi padre nunca lo hizo. Jugaba con ella. Empezaba a conocer a la mujer que se escondería siempre detrás de una blusa apretujada, y de una falda enorme, pero para darles sitio, hacerles un lugar allí donde una vez que se entra ya no se desea salir.

Los salones y el comedor de la casa también fueron mundos donde Benjamín Hassler y sus dos hermanos lograron conocer precozmente las ansias de las mujeres. A Benjamín le encantaba el cuerpo de una de sus tías, la Negra Carrizales, cuando se escondía entre la cortina de terciopelo del inmenso comedor. Lograba descubrir los diseños esenciales de su cuerpo. El inicio de sus muslos, la apretada cadera, el temblor de sus senos. Pero, sobre todo, su agitación controlada.

Benjamín Hassler también recordaba perfectamente a la sobrinita de don Isidro de Garnica, aquel español al que le encantaba visitar Lima durante el verano, y que vivía con las ganancias de unas acciones que mi abuelo manejaba con bastante destreza. La casa de Arenales se llenaba de una arrechura abrumadora cuando llegaba con esa viveza en los ojos, un ligero escote, un vestido casi transparente y sin medias. Le encantaba Lima. Nos llevaba unos seis años, un montón de años, los necesarios para establecer una pícara relación de malos entendidos. Yo la cogía todita bajo la mesa del comedor, mientras mi hermano Herman clamaba con los ojos que era su turno. En el cine la sobrinita era estupenda. Se sentaba al medio, entre Herman y yo, y remaba a dos manos masturbándonos simultáneamente. En casa, no existía corredor, pasadizo o cuarto que no fuera testigo de una apretada, una empujada, un beso furtivo. Aquellos lejanos veranos en Arenales estaban abrasados de su olor.

La piscina El Pellejo fue otro de los mundos frecuentados por Benjamín Hassler cuando contaba recién quince años. En esa piscina de aguas oscuras, al final de la avenida Grau, cuyos vestuarios de madera se picaban y rajaban bajo el sol y entre el polvo de una ciudad sin lluvias, descubrió todo un camino hacia el mundo democrático de la fuerza deportiva. En esa piscina no hubo distingos de clase, raza, creencias, costumbres o religión. En esa piscina todo ser viviente que supiera patallar y chapotear era bienvenido. Entre ellos, los tres hermanos Hassler. Dicky Wieland los acompañaba en esas caminatas de su casa a El Pellejo, un poco como dándoles confianza, un poco como protegiéndolos, y siempre haciéndolos reír.

La primera vez que mi padre compitió en El Pellejo fue en 1931. Se trataba de un torneo Novicios. Le ganó Alfonso «Chaqueta» Fernández con un tiempo de mierda en los 50 libras: creo que puso 35". Él salió segundo con 37". Y tercero Leopoldo Erausquin con 42". Fue la primera vez que llegó a esa piscina inmundada, cuya agua oscura te atrapaba como un trauma. «Un chiquillo del Lawn Tennis fue la revelación.» Era la época de Francisco Vílchez, cuando bate el récord nacional de los 200 y los 50 libre. Increíble, mira esta foto, seas quien seas: toda esa gente bien vestida, al borde de la piscina, era el público. Sí; el público se ubicaba en el mismo borde, porque no vayas a creer que El Pellejo tenía tribunas.

Sin duda, Dicky Wieland fue uno de los principales mundos en los cuales Benjamín Hassler metería su cabeza y sus intestinos, sobre todo su hígado y su corazón, pero prácticamente el modo de vida de Dicky Wieland se lo impidió. No del todo, pero no le permitió que llegara hasta su casa y conociera a su madre, a su legendaria madre, porque ni siquiera llegó a saber cómo se llamaba.

Dicky Wieland vivía con su madre, eso era bien cierto, pero en una casa que nunca nadie conoció, porque jamás dijo dónde quedaba y no invitó a persona alguna. Parecía quedar cerca, porque Dicky siempre estaba a la hora de los encuen-

tros, de los trayectos y de las responsabilidades asumidas. Era maniáticamente puntual. Se paraba en la puerta de la casa de Arenales y esperaba que fuesen las cinco de la mañana para ir caminando hasta El Pellejo. Nosotros no sabíamos quién era su madre; si era bella o fea o esbelta o desgarbada. Si tenía genio o no. Carácter. Personalidad. La imaginábamos bella porque el señor Wieland era todo un señor adinerado y guapo, socio del club Lawn Tennis de la Exposición, que era el lugar donde lo veíamos, y de cuándo acá un gringo guapo y adinerado se mete con una negra gorda o fea. Además, no podía ser negra ni chola, porque Dicky era un gringo colorado, fuerte, pendejo, a pesar de las mil formas en que sus hermanos lo ponían fuera, aun sabiendo que compartiría con ellos su herencia, porque Dicky era tan Wieland como el resto de la familia. En eso, el señor Wieland se había comportado como un verdadero señor alemán o, más bien, como decían en el club Lawn Tennis de la Exposición, como un verdadero cojudo, a menos que esa hembra, esa señorita, nadie la conocía, pues, esa señora, haya sido una verdadera mujer.

Y su madre, estoy seguro, debe haber sido una extraordinaria mujer. Ignoramos su apariencia, pero no su carácter. Un día, cuando Dicky Wieland llegó a la plaza Washington con la cara magullada, producto de la paliza que le propinó un grupo de muchachos, no quiso dar explicaciones. Todos le pedíamos que nos dijera cómo fue. Que contara...

—Ni que fuera rosquete. A los niños no hay que contarles nada, porque van y lo dicen.

—Ya, pues, Dicky —insistió mi hermano Alfonso.

Pero el más hábil de todos fue mi hermano Herman, quien le prometió un lonche de los buenos en la repostería de nuestra casa, y servido por Anita, además, para que le metiera toda la cabeza en el culo, si eso quería.

Dicky Wieland lo pensó un rato. Supe que lo estaba pensando porque su rostro se volvía paulatinamente más y más colorado, casi bañándose en sangre.

—Chancay con queso. Y un montón de mermelada. Y su tasada a la Anita. Hoy está con su faldón amarillo. Ese enorme, el que parece bandera.

Dicky aceptó.

—Me había escondido bajo mi cama porque me estaban persiguiendo por todo el barrio, y no pregunten, carajo, dónde vivo; me había escapado, había logrado fugarme por una de las esquinas, correr a tranco largo, hasta que llegué a casa. Una especie de quinta, para que se hagan una idea, pero no insistan, carajo; estos desgraciados la tasaron, tocaron la puerta y el timbre, casi enloquecen a mi madre. Yo seguía escondido bajo la cama. Estaba encerrado en mi dormitorio. Bajo llave. Encerrado. Y ella misma se encargó de abrirles, cuando notó que yo no respondía a sus preguntas. Ella les abrió la puerta, y escuché su voz, escuché su voz. «Allá, al fondo. La puerta del fondo es su cuarto.» Y estos desgraciados no se movían de allí. No necesitaron llamarme. Yo sabía que estaban en el pequeño corredor, cerca del baño, esperando a que saliera. «Esperen, nomás. Va a salir. Dicky: tus amigos te están esperando en el corredor.» Eran cuatro desgraciados que me estaban esperando en mi propia casa, y me sacaron la ñoña. Me destrozaron la cara. Casi me rompen las costillas. Mi madre se fue a la calle para no oír mis gritos.

Hizo una pausa, y añadió:

—Eso es todo, niñitos. Ahora vamos a tomar ese lonche y tasar a la buena de Anita.

—Ojalá no esté mi madre —susurró Herman.

—Tu mamá no para por la repostería.

Ese día, Dicky Wieland, de golpe, aprendió dos lecciones: que hay que dar la cara en los momentos de peligro, y que su madre no estaría cuando la necesitara. Sabemos que Dicky la odió, pero sabemos, también, que la respetó por el resto de sus días.

Si su madre se metió con el señor Wieland, me podría preguntar, es porque tuvo la valentía de jugarse íntegra por una

sola carta: ese hombre, aquel hombre que sería tan sólo un momento durante su vida. Debía entender que ese momento la definía y que definiría su destino. Si tenía un destino, ése sería su destino: ella, a su manera, lo cincelaba a su buen entender. Si calculó, si hizo una multiplicación rápida, concentrando en una experiencia la dilatada aventura de atrapar a un hombre que no atraparía, sino que la dejaría con un hijo que llevaría, eso sí, su nombre, y que tendría educación cuando se acordara de él y dejaría de tenerla cuando se olvidara, pero que jamás tendría una situación; una situación, no, pero un apellido, sí, un apellido para que hiciera de él lo que considerara posible o justo, y para eso estoy yo, su madre, para defenderlo, protegerlo, cuidarlo. Para enseñarle lo que es un nombre cuando no se tiene padre... Si ésa fue la decisión, podría preguntarme, si fue un acto de valor o una irresponsabilidad y, sin duda, saberlo me daría una pista para descubrir quién demonios pudo haber sido la madre de Dicky Wieland, el viejo amigo de mi padre, que tan poca estima tiene por mi persona. Sobre todo para saber si la madre de Dicky Wieland estaba en capacidad de decidir, de tomar una posición, si tenía poder de negociación o si tan sólo era una ricura, un hembrón o una hembra, para levantarla y dejarla caer. Podría imaginar sus rasgos físicos elementales. El color de su piel. Si su cabellera era lacia, rizada, larga o frondosa. El tamaño y forma de sus piernas. La dimensión de su corazón. Podría... pero Dicky Wieland se llevó todo ese secreto a la tumba.

Maruja Montenegro evitaba mirarlo de frente porque Benjamín Hassler miraba a todos lados y, de paso, la miraba a ella. Lo hacían y no lo hacían en ese ambiente de movimientos rápidos, pedidos constantes, idas y venidas. Era un café de gente de trabajo, como ellos dos, pero sin la mínima intención de mirarse. Su cuello no era en esta oportunidad solamente el soporte elegante de su cabeza; también lo hacía girar de arriba abajo o, sin percatarse, hacia los costados. Las piernas las cruzaba indistintamente bajo la mesa. Y las manos eran su supli-

cio. ¡Qué hacer con las manos, con los dedos, con las uñas! Hincaba el mantel, escarbaba en uno de los agujeros, juntaba migajas. Cuando quedaban quietas montaba una sobre otra, y como si fuesen dos palomas acariciándose, se ponían a jugar con la sortija. No se atrevía a abrir la boca, a pronunciar una palabra y escucharla tenue y tensa entre el ajetreo de los platos y las tazas. Hablar sería preguntarle sobre algo, y qué otra cosa podría ser ello sino su vida misma, su vida real, fuera de los linderos del sótano, antes del sótano o peor aun, sobre el tamaño de la escalera por donde él, y no ella, subiría hasta hacer un forado en el techo para no dejar huella en ese pantano donde se hundiría inevitablemente. No era del todo consciente de por qué aceptó su invitación tan de pronto, tan natural, tan espontánea, y estaba ahora sufriendo allí sentada con ese joven apuesto, demasiado fuerte, pero en el fondo, y ése debía ser su encanto, tímido, reservado, un poquito tartamudo.

No podían hablar del sótano porque justamente salieron de allí para reconocer, durante una hora exacta, durante la hora del refrigerio, las bondades de un clima que insinuaba un calorcito de mediodía. Una hora para saber quiénes eran ellos dos, como si la verdad saliera a conocer el color de un sol desteñido que se dejaba estar en las fachadas de cemento de los edificios del centro de la ciudad. Saber quiénes eran podría alejarlos del todo. Vieja y maldita consigna: el sótano o nada; esa atmósfera enrarecida o la posibilidad de perderlo en el instante mismo en que lo conocía. El sótano o la posibilidad de amarse a hurtadillas en un hotelucho, sin decidirse a bajar de la cama porque el recinto es húmedo y pétreo, oscuro y distante, lleno de anaqueles, lavabos, colchas y una cortina densa y enredada intentando ocultarlos de la vida misma, como si fuese un velo diseñado a sus formas o un mantón que los atrapaba en el instante del orgasmo como si fuese una mortaja. Porque matrimonio y mortaja del cielo bajan... Y en ese hotel solamente se consumaría la mortaja, no el matrimonio, Maruja.

Soportaban el silencio creado por ellos mismos y descubrían en su aroma la ansiada intimidad. Supo en ese momento, en su primera salida, que estaba casi derrotada. Supo que no tendría escalera, porque todavía no había pensado seriamente en la posibilidad de salir de ese sótano a través de tremenda escalera, que hasta alfombrada parecía. Maruja Montenegro no tenía la edad en que pudiera imaginarse a ella misma, como la señora Elenita Grau, trabajando en ese banco de por vida, durante toda su vida, como si hubiese sido viuda siempre. La señora Grau era, en esos momentos iniciales, una simpática y educada señora que cayó en desgracia trabajando en ese banco, secretaria de esos señores abogados que jamás cortejarían a esa viuda delgada y bonachona, llena de modales, manías y cariñosas sonrisas.

Maruja Montenegro supo en ese cafetín que ella no tendría escalera. En su corazón, y podía palparlo, solamente sentía pasión por ese muchacho que dejaba de serlo y se encaminaba, a ciegas, hacia su destino. Le quedaba su pulpa, su sexo escondido como último recurso capaz de atraerlo por un momento, breves instantes, para luego dormir exhaustos agotada la pasión. El control de su sexo le daba la sensación de un extraño poder. ¡Que bebiera de su concha el extracto maravilloso y recibiera el estímulo necesario para subir por esa escalera hacia el cielo de un hogar perfecto y aburrido! Desde su pantano, Maruja Montenegro escanciaría el último resto. Déjalo ir, Maruja, para que quede desentumecido con tu recuerdo y vaya donde vaya quede atado a tu cuerpo casi eterno.

Me es difícil recordar con claridad las fechas, me dijo una vez mi padre, pero Maruja Montenegro fue mi primera gran diferencia en cuestión de edades. Podría decir que ella me acostumbró a mantener con las mujeres la distancia básica que le permite a uno sentirse no más viejo, sino más sabio. Yo la conocí cuando tenía veinticuatro años y ella solamente dieciocho. ¡Era un pimpollo! Pichoncita. Una niñita que ingresó por vara y necesidad al Banco Hipotecario cuando se mudó a

la calle Coca, donde antes estuvo el Banco Alemán. Después me casé a los veintiocho y tú naciste cuando tenía treinta años.

Debió decirme —pero nunca lo hizo— que Maruja Montenegro le iluminó la vida en esos momentos en que nadar era ya para él un mal agradecido recuerdo, y hacerlo un papelón, como que lo fue, a juicio de mi madre, cuando reforzó a la selección nacional en algunos torneos. Maruja Montenegro le ponía los ojos en los suyos, y luego se le entregaba todita porque sí, con su pelo negro chivillo recortado.

De regreso de mi luna de miel, la citaba en un café cercano al banco o en un restaurante o directamente en un hotel, porque yo mantuve una relación con ella, me dijo mi padre, que duró seis años; cuatro de soltero y dos de casado. La recogía del sótano en mi automóvil, regalo de boda de mi padre, y la amaba con la ternura que significa sacar a una muchacha que vive y muere en un sótano, despojándola del polvillo acumulado en los hombros de su uniforme; el polvillo ruin de los archivos, de los anaqueles, donde, al fin, terminaría por archivar yo mi propia relación.

Pero no fue así como sucedió, Benny. Maruja Montenegro me dejó el mismo día en que supo por mi propia boca que Clara, tu madre, estaba embarazada.

—Esa carnecita con alma —me dijo al enterarse.

Y no la vi más. Como si se la hubiese tragado la tierra.

III

Parado sobre uno de los diez poyos de la piscina olímpica del Hall of Fame, a esa hora abierta a mitad de mañana, miraba fijo cómo se contorneaban imperceptiblemente los andariveles. Benjamín Hassler aspiraba y arrojaba el aire mientras estiraba los brazos hacia el cielo y movía con rapidez las piernas. Lucía una trusa ajustada y un gorro. Todos los agujeros, menos el del culo, como solía decir, estaban tapados. La piel remojada en aceite y los labios protegidos con una crema contra los rayos del sol. Para eso había venido hasta acá... ¿Para eso? ¿Para arrojarle a una piscina transparente y excelentemente cuidada?

Reconocía, de eso sí estaba seguro, el placer maravilloso de arrojarle a una piscina sin gente. Es más, le encantaba reconocer la paz en una piscina completamente deshabitada, y sentir que el único movimiento se producía al compás de sus brazos y piernas. El motivo de su viaje bien podría haber sido reconocer el fragor del agua sobre su cuerpo, un cuerpo aerodinámico, sumergido lo necesario y sintiendo que surcaba murallas de agua abiertas a su paso. Pero... ¿cómo sentir esa sensación a los setenta y cuatro años, ahora que su piel se ponía flácida y se amontonaba de a pocos por el vientre y la cintura? Su cuerpo desgastaba toda su energía en el agua y estaba delgado, chupado, retraído: los hombros pegados a los huesos, los pectorales hundidos, las piernas como dos sacuaras. Lo peor de esa evolución es que estaba cada vez más bajo. Ya no medía

un metro setenta. Desde hacía unos años empezó su proceso inverso; en lugar de crecer, de mejorar, de hacer cada semana, cada mes y cada año mejores marcas, le sucedía lo contrario: con el mismo esfuerzo no lograba establecer el tiempo de la vez pasada. Y ahora venía lo peor: su cuerpo se empaquetaba en una forma que aun conservando una silueta, era compacta, una cajita de regalo cabrón.

El cronómetro le recordaba implacablemente que el tiempo que lograra plasmar el año pasado no lo podría repetir este año; que 1990 no era exactamente igual a 1989, aun si se ejercitara con la misma pasión y disciplina. Benjamín Hassler trataba por ello de no recordar, y ésa era una suerte entre los viejos. Los recuerdos se le pulverizaban entre los sesos como una coladera. Es cierto: los malditos recuerdos aparecían de la manera más disparatada y caótica; no guardaban relación con un momento específico, pero cada vez que se paraba en ese poyo de la piscina olímpica del Hall of Fame, y contemplaba la pureza de su agua bañada en cloro, no podía dejar de pensar en el fiasco que fue la Olimpiada del '36, en Berlín. En ese entonces contaba con veinte años y estaba en el esplendor de su carrera, clandestina, es cierto, sin entrenador, solitaria, expuesta en ese preciso mes de la olimpiada a competir con los mejores del mundo. Esos 5 minutos 5 segundos y 5 décimas en los 400 metros libre los hacía ahora cualquiera de esos adolescentes pichiruchis de la piscina temperada del club Regatas, con quienes debía compartir de mala gana los espacios, si deseaba entrenar ese viejo loco que se preparaba para participar en torneos de pequeñas aldeas de los Estados Unidos. En Berlín estaba en 4 minutos, 48 segundos. Podía dar fe. Fe en sí mismo. Y en el Sudamericano del '38, en Lima, la ganaron en 5 minutos y 7 segundos. ¡Amebas de porquería! Mala suerte. 5... ¡5 qué, caray...!

Vaya que sí, pararse en ese poyo a esa hora de la mañana en la compañía de otros viejos, viejos y viejas, retardando su muerte, conservados en el formol de este cloro, moviendo sus

extremidades con una lentitud espantosa, sobre todo cuando lo hacían de espaldas como cucarachas remojadas en vinagre, mirando al cielo y clamando: «unos segundos más, Oh Señor, *Oh My Lord* —gringos cojudos— para despedirme del placer de la vida». Las tribunas estaban vacías y acababa de recoger, por curiosidad, el programa del reciente torneo nacional de los Estados Unidos realizado allí, justamente, la semana pasada. En la pista que miraba desde la altura del poyo había estado uno de esos gringos gigantes pulverizando sus propios récords. Pero logró sonreír. Y recordó lo que le decía a Dicky Wieland:

—Yo soy el único peruano al que los gringos le tienen miedo. Porque los peruanos se churretean apenas ven a un gringo.

Claro, pensaba, yo fui el mejor de mi país, el mejor en el continente, y no me dejaron ser el mejor del mundo esos nazis maricones.

—Qué pasa, Benjamín, parece que todavía te molesta el tema de Berlín. ¡Hace cincuenta y cuatro años que pasó! Te vas a volver loco. Gánales a estos viejos cojudos, y vive la vida. ¡La vida está fuera de la piscina!

Gozaba recordando cómo atolondraba a los gringos cuando lo veían entrar en uno de esos recintos deportivos, casi gritando: «¡he venido a ganar! ¿Que para qué he venido...? ¡A ganar...!»

La última vez que tuve que acompañarlo, el torneo se realizaba en un pueblito sin ciudad, en las afueras, en medio de un bosque rodeado de autopistas. Dormimos en Miami, en el hotel del aeropuerto, y luego tomamos el avión doméstico a la primera hora de la mañana. Llegamos a la capital del estado de Kentucky, donde los afiches, pulcramente ubicados en el hall, anunciaban la famosa carrera de caballos. Los pocos amigos que dejó en Lima pensarían que se comería todos los pollos del Kentucky Fried, porque lo peor era que todos ellos ignoraban que en uno de los pueblos aledaños, ni siquiera tan aledaño, se desarrollaría el torneo Masters' de los Estados Unidos 1989 de natación.

—Su nombre —le dijo en esa oportunidad una gringuita encantadora. Estaba con un uniforme que incluía su gorrito. A los gringos les encanta ponerle un gorrito a todas las chicas que se encuentran detrás de un mostrador, y esta gringuita tenía un encantador gorrito que hacía juego con su sonrisa.

—Su nombre —repitió con la misma gracia. Ella estaba allí para ser gentil, contratada solamente por los días que durara el torneo, que ya empezaba a incomodar a las personas que acostumbraban frecuentar esa piscina para distraerse sin la necesidad imperativa de competir, como lo hacían estos idiotas; pero, bueno, para todos los gustos hay...

La piscina, como es obvio, ofrecía tal cantidad y variedad de actividades, que Benjamín Hassler pensó que se podría vivir de por vida dentro de una de ellas, del mismo modo que su hermano Alfonso y su esposa Carmela se pasaban la mayor parte del tiempo en la cama. Unas horas estaban destinadas para los ancianos (los malditos ancianos) que se jaraneaban en el agua sin conciencia alguna de la fealdad de sus cuerpos; otras para los jóvenes empresarios que disponían de horarios más flexibles, otras para los nadadores competitivos y, por fin, para la comunidad. La piscina era una verdadera colmena de pronto interrumpida en su rutina por este torneo Masters' que traía a gente de lugares tan lejanos como el de este viejito simpático y coquetón.

—Benjamín Hassler —respondió con una mirada coqueta y tratando de impactar a la gringuita.

La gringuita se la agradeció y le preguntó casi simultáneamente:

—¿De dónde viene?

—De lejos. De South America.

No se iba a andar con esas molestias de explicarle a una gringuita maravillosa si venía del Ecuador, del Perú o de Colombia.

—Eso sí que queda lejos. Y... para qué ha venido...

—A ganar. He venido a ganar.

—¿Usted viene por las competencias, entonces?

—Por supuesto. ¡A ganar!

Ella le regaló la más grande de sus sonrisas, cosa que no le quedaba, porque estaba acostumbrada —se lo enseñaron— a sonreír, solamente a sonreír gentilmente. La risa podía ser entendida como una burla de mal gusto. Pero ella se rió en su cara. Y lo hizo de manera tan graciosa y natural, que a Benjamín Hassler no le quedó más remedio que alabar el perfecto estado de su dentadura, luego el de su rostro —sin una sola mancha o acné— y casi el de su cuerpo, porque fijo que se trataba de una gringuita naturista, buenamoza, casi una campesina de... cómo se llamaba este... pueblo... No; no he venido a ver las carreras del Derby de Kentucky ni comeré ese maldito pollo...

Entonces, la gringuita se asustó y dejó súbitamente de reír. Pero Benjamín Hassler ya estaba tranquilo. Se había inscrito en los 50, en los 100, en los 200 y en los 400 metros estilo libre, su estilo. En todas las distancias. Para vencer en todas esas pruebas. Cuando volteó, con sus papeles en la mano, encontró a la gringuita inscribiendo a otra persona; esta vez se trataba de un gringo de verdad, que sacaba un cúmulo de tarjetas de crédito mientras ella le sonreía con la exacta naturalidad de siempre, pero sin que destapara esa risa que sonó a carcajada y sacó de sus casillas a todos los que estaban en el hall de la entrada. Por un momento, a Benjamín Hassler le pareció el eructo de un quaker con miel del desayuno.

La gringuita conservaba aún ese encanto de las gringas cuando combinan, con total naturalidad, la inocencia y la malicia en una misma mirada y en un cutis transparente de lo blanco, siempre dispuesta a regalar una sonrisa. Ya yo le había advertido de los cambios en la cultura americana, y de que se andara con cuidado, porque ahora, por sólo lanzarle una de esas miradas arrechas latinas, lo demandaban por acoso sexual. Pero esta gringuita está bien pagada y puesta allí para sonreír como las gringuitas de antes, las de Iowa, el corazón palpitante

del continente, dispuestas a las bromas y a las citas ciegas y a ver qué pasa, siempre y cuando no terminen violadas en las grandes autopistas.

Benjamín Hassler se sentó en uno de los asientos blancos característicos de casi todos esos centros deportivos, a esperar a que yo llegara del hotel. Estos torneos lo deprimían de una manera peculiar. Por ejemplo, cuando encontraba a un olímpico de su época, a un nadador americano que sí había participado con éxito en Berlín o logró acercarse a la gran final. Frecuentemente tropezaba con brasileños y argentinos, incluso con alemanes, y se reconocían por el apellido y se miraban de arriba abajo con cierto espanto. Pero nunca se topó con Jack Medica.

¡Las cosas en que pensaba...! Ahora era un viejo amateur haciendo calistenia encima de uno de esos poyos con todas las tribunas vacías, dispuesto a detener el cronómetro en el único tiempo válido: en la autoestima, la dignidad, en las ganas de intentar, por todos los medios, de seguir vivo. ¿De qué vale ser viejo si uno va a ser una mierda? ¿De qué vale ser viejo si uno va a ser tratado como una mierda? Una mierda, y punto. Viejo-viejo, nada más.

Técnicamente ya era viejo desde hacía catorce años. Calculaba, como era su costumbre, los períodos de la existencia; las etapas, las famosas etapas, los ciclos, con su cronómetro bien a la mano y colgando de una soguilla alrededor del cuello. Conservaba la maldita costumbre de cronometrar todos los movimientos de su rutina. Cuánto demoraba de su casa al club Regatas. Del club Regatas a su casa. Vestirse, defecar, entrenar, almorzar, la hora de la siesta, la hora de esperar a Sonia. Sonia llegaba a eso de las ocho de la noche. Desde el instante en que se levantaba, hasta un minuto antes de su llegada, su vida estaba fragmentada por el implacable rigor de su cronómetro.

Catorce años de viejo, vaya uno a saber cuál es el propósito de la vida. Yo le había explicado en varias oportunidades que se diera con una piedra en el pecho, porque en uno de mis

viajes al Canadá francés me llevaron de visita por varios asilos. Era terrible. Unas edificaciones cerradas en sí mismas y rodeadas de nieve alojaban a personas durante treinta años. De los sesenta hasta los noventa. Si esos viejos holgazanes se las pasaban de cantores entre esos muros de lamentos interminables, y ni cáncer les daba, eran capaces de durar como roedores bajo el témpano. ¡Treinta años viviendo como viejos en un asilo! ¡Que se diera con una piedra en el pecho...!

Mi padre había fragmentado su vida en períodos y etapas. Ahora vivía la última. La primera: cinco años de niño, recibiendo y soportando traumas. Conservaba fijas las ideas básicas de Freud: esos primeros cinco años cobijaban todo el resto. Después no había nada que hacer. Sus buenos cinco años de caca. Luego, diez de adolescente, intentando no ser más ese niño idiotizado que los médicos descartaron de por vida atribuyéndole un soplo al corazón, y mandándolo al colegio Santa Rosa de Chosica. Diez años sin desarrollar muscularmente. Diez años temerosos y absurdos. De allí hasta los veinticinco, cuando lo maniatan a uno entre cojudeces bien o mal servidas, cuando es hora de ponerse de pie y le dicen: «bueno, muchacho, tu sangre fresca tiene que contaminarse con el carajo de la basura». ¡Y allí es cuando arranca la adultez! En mi caso, con Clara metida en la casa y en la cama y en el baño y en la cocina. Clara era la calentura de la vida doméstica. Maruja Montenegro se había esfumado durante esa época y Ruth acechaba. Sonia, ¡ah mi vejez sagrada!, mi pobre vejez sagrada. Y de los veinticinco hasta los sesenta, estaba la adultez instalada con su terno, su ceño, sus canas, sus monederos y cuentas bancarias; ínfulas, intereses, aspiraciones, la gran y terrible adultez, cuando la muerte aparece con toda su gloria y nos amenaza: que soy capaz —nos susurra— de arrancarte esos bienes por los cuales darías tu vida y matarías. Bien que sí. Que lo sé. Matarías por unas horas embriagado de reconocimiento. Hasta los sesenta; sus puta madre treinta y cinco años, y ya, entonces, viejo, muévete viejo de la jijuna, los se-

senta llegan como un chubasco. Pero pocos saben lo que es ser viejo desde hace catorce años. Pocos, pero los hay: Enrique León de la Fuente tiene unos ochenta y cuatro extraordinarios. César Miró. Luis Nieto. Estuardo Núñez. Intelectuales del carajo, sin hacer deporte, octogenarios, estupendos, y se mueven solos y no dependen de nadie.

No podía quejarse. Le repetía todo el tiempo que no podía quejarse, que no era justo hablar así, que mirara alrededor, en este mismo momento que mirara alrededor, cuánto gringo viejo, cuánta gringa mutilada por diversas enfermedades se las tenían que ver solos, porque sus hijos aquí los abandonaban en esas casas geriátricas, y era, entonces, que sosteníamos la misma conversación de siempre.

—Pensarás que soy un viejo dilapidador. Que me gasto toda la plata en Sonia. Que no guardo para mayo. Que no pienso en ti, mi único hijo.

—Viejo —le respondía— no seas tonto. Es tu vida, y a mí, felizmente, no me va mal. Soy yo quien debe ayudarte cuando no las tengas todas contigo.

No me quedaba más remedio que mirarlo con un poco de compasión, con ese sentimiento que la vieja tía, la Negra Carrizales acostumbraba llamar «la impaciencia del corazón», cuando ya no se quiere a una persona espontánea y naturalmente, sino por lástima. Mi padre siempre despertó en mí un sentimiento de dignidad, puesto que se trataba de un hombre muy bien conservado y ahora de un viejo que se defendía con las uñas de las dentelladas de la vejez. Ganaba su plata y gastaba su plata; me invitaba a los viajes, y mantenía en la práctica a tres mujeres: y solito su alma, sin jubilación, sin recoger dinero puntual de ninguna ventanilla. Ninguno de los dos nos chantajeábamos con el dinero, porque ni a él ni a mí nos faltaba. ¡Y felizmente! Ya conocía algunos amigos y colegas que chantajeaban a sus padres cuando los veían sin liquidez, como se dice, sin billete fresco y, en el mejor de los casos, con una serie de muebles, pero sin un cobre. Entonces, el mocoso, co-

mo que se vengaba de su padre, y lo torturaba soltándole un escoge, viejo, o tienes para la jamonada o la peluquería, si todavía conservas la pretensión de gastar el dinerito que te queda en arrancarte los pelos de la cabeza. Se lo decía con los ojos, se lo hacía sentir, pero eso ya era suficiente.

Sé muy bien que le fastidiaba ser asaltado por esos pensamientos, especialmente cuando subía al poyo, porque un nadador sube al poyo como si éste fuese una montaña. Se sube, no se trepa ni se encarama; uno sube como si subiese a un tron: una pierna primero y luego la otra, sin tocarlo con las manos, limpiamente. Pensar en todas esas cosas, y no en la sensación de tropezar con el agua, era una verdadera limitación.

Pero era cierto. Asociaba la piscina con la personalidad de su padre, que nunca le facilitó que pudiera dedicarse de lleno a su verdadera vocación. Su padre se negó a adelantarle una parte de su herencia para invertirla en una academia de natación. Simplemente no quiso. En esos años estaba abandonado a su destino: ni nadador ni médico ni banquero. ¡Era un oficinista, carajo! ¡Un empleado bancario! No estuvo en el sindicato porque era el hijo del gerente general del Banco Alemán, mierda, y luego del Banco Central Hipotecario. Qué verdadero desperdicio, metido en un sótano y en toda esa canchaleta que empezaba a ponzoñarle el corazón cada vez que lo recordaba. Y sí que lo recordaba. Su padre se fue a la tumba pensando que vegetaría como empleado bancario. ¡Ni siquiera fue capaz de imaginar mi futuro!

Le explicó en todos los tonos que cachueleando con unos niños y conmigo en la piscina del Lawn Tennis de la Exposición hacía hasta un poquito más que con las ocho horas del banco. Pero nada.

Nunca entendió. Y a mí me importaba ya muy poco lo dura que había sido su vida. La manera como logró amasar una fortuna y tener conciencia del dinero, esa conciencia no me interesaba un carajo, porque el dinero tiene sentido solamente si le permite a uno obtener lo que desea. Y si no se lo per-

mite carece de importancia. Además, le encantaba repetir su sentencia: «el dinero es un accidente en la vida del hombre». No significa que sea más inteligente. Después, por supuesto, tuve que verlo como todo hijo: agonizando, gimiendo, quejándose, muriendo. Un cáncer al colon lo cogió como un jovencito se coge al culo de una hembra. Después, las complicaciones. Se propagó por las marejadas interiores y el doctor que te dice en la cara como un sopapo:

—Tu padre tiene entre cuatro y doce meses de vida. Digamos seis. Me fastidia tratar con terminales.

¿Conocen la historia? ¿La conocen? ¿Les suena familiar? La mía ocurrió en 1953, cuando yo, que todo lo cronometro, tenía mis buenos treinta y siete años, fuerte como un animal, ejercitado para postergar la vejez y compartiendo, por supuesto, a Clara con Ruth. Mi padre duró, como lo anunció el médico, seis meses. No acostumbro ir a visitarlo al cementerio. En verdad, los muertos se van quedando abandonados mientras transcurre el tiempo, y cada vez son menos las razones que existen para ir allá a verlo bajo tierra, como es mi caso, en el Cementerio Británico. Curioso, porque era un hijo de alemán, bien alemán.

Brújula y cronómetro, esas son mis dos herramientas para comunicarme con la realidad. Brújula, para saber dónde demonios están el sur o el norte, sobre todo en estas autopistas salpicadas de anuncios. Cronómetro, para atestiguar cuánto demoro en trasladarme de acá hasta allá. Es una verdadera manía. Todos mis movimientos están cronometrados, cuando, en verdad, soy consciente de que muchísimo mejor me comporto en el agua que en la tierra.

Pero ahora estoy parado sobre este poyo número cuatro, el de los campeones, ése donde los jueces ubican, bien erguido, en medio de los otros competidores al del mejor tiempo. ¡El número cuatro! Y aún no he cronometrado el tiempo que ya llevo sobre él, porque jamás podremos introducirnos al tiempo del cerebro, ni saber cuánto demora en recorrer un tiempo

extenso en segundos, cual brazadas cronometradas, hasta la décima final. En la época de Berlín me gustaba, después de los 400 metros libre, la distancia de los 1 500, la más larga, la de verdadero fondo. Esa distancia requiere desdoblarla en trozos, todos iguales, todos exactos. Si la piscina es de 25 metros, se trata de sesenta interminables piscinas. Pero existen las vueltas para sacarle provecho al asunto. Y si las piscinas son olímpicas, de 50 metros, son treinta. Todas exactas. Monótonas como las carreras de fondo, solitarias. Ahora que ese ruso ha bajado los 15 minutos, quiere decir que cada 100 metros, o sea esos quince cienes han sido pasados en 1 minuto cada uno: como un delfín, como un tiburón, metiendo tu aletazo a la hora de las vueltas, empujándote bien, la cabeza entre los brazos, saliendo y respirando, hasta la otra vuelta. Quince cienes en 1 minuto cada uno. Y uno de los cienes, el primero o el último o los dos, en menos de 1 minuto. Así logró Salnikov bajar los 15 minutos en su propio cronómetro. Pero yo ni siquiera la pude nadar en Berlín. ¡Ni chance me dieron!

Mi hijo tiene su platita. No mucha, ni mucho menos, y sé que Dicky piensa de él muy mal, como si fuese un verdadero cojudo. Yo lo quiero, imposible no quererlo, un padre debe querer a su hijo, aunque pueda no caerle simpático. Algunos piensan que me salió medio comunista, pero ésa es una verdadera estupidez, porque yo mismo, de joven, tenía mis ideales; quién no los tiene, y cuando estudiaba en Alemania odiaba verdaderamente a ese movimiento nazi y a ese enano con sus bigotitos cómicos, pero realmente malignos. Benny no está mal. Ha representado al país en Arica, en Quito, dos misiones difíciles, y en Washington. Está casado y tiene un hijito que pronto empezará a nadar, porque no hay Hassler que no sepa nadar. Es una seña de identidad.

Él está haciendo su carrera... su carrera diplomática en la cancillería. De a pocos, pero bien. Yo siempre le enseñé acerca «del placer de hacer las cosas bien». En cambio yo, yo ya no tengo nada válido que realizar. Lo que debí hacer, se hizo.

Ahora lo que hago no es otra cosa que una repetición, un refrito, porque idiota no soy, como piensa Dicky: competir en torneos de viejos es una reverenda cojudez de viejos, en esos torneos que despiertan entre los mas jóvenes expresiones como «es un mérito para su edad». En el Perú ser viejo es un lujo, como tener casa o automóvil. O salud. O dinero. En mi patria, mi patria, vaya tontería, cualquier cosa es un lujo. Y ser viejo puede ser un lujo o una verdadera desgracia.

Mi padre sufrió lo suyo, lo humanamente suyo, y para eso no hay que echarle la culpa a la sociedad, a la gente, al gobierno, a la vida o a Dios. Menos aun a la familia, a los amigos o al barrio. Sufrió con ese cáncer perforándole las entrañas durante seis meses. Cupertina, la empleada de casa, debió haberlo consolado durante esas noches en que ni los calmantes lo sosegaban. «Murió con dignidad. Llevó su dolor con dignidad.» Como si la capacidad de soportar el dolor fuese un asunto de buena o mala educación o atributo de las razas. «Ese alemanzote sí que se las tuvo que ver con el diablo durante esos seis meses», como si sufrir tuviera alguna relación con una secreta culpa. Nadie, en este mundo, sabe lo de nadie. Si es o ha sido verdaderamente bueno o malo. Yo ni sé si mi padre merecía sufrir como lo hizo. El dolor parece ser una condición esencial, porque nadie, si uno mira bien a los costados, se salva. Esta misma piscina, donde hace solamente una semana se realizó el torneo nacional de los Estados Unidos, ahora parece la corte del Señor de los Milagros. ¡Viejos y viejas nadan como si estuvieran en silla de ruedas! Porque la natación es uno de los pocos deportes que los médicos recomiendan. Se puede practicar a los diez, a los quince, a los treinta, a los cincuenta y a los ochenta años, como receta, como terapia muscular, y no necesariamente como velocidad, juventud, éxito, récords que se pulverizan.

¿Sabe cuánto dinero tengo en el banco, en los Estados Unidos? Me lo han preguntado en el Sea Ranch. En el Sea Ranch viven peruanos de una sola condición social, un solo tipo de

peruano, una sola raza de peruano: la que tiene más de tres millones de dólares en su cuenta bancaria. Hurra... ¡Chahuííí, chahuááá, que viva, que viva, que viva el Perú! El mismo Dicky Wieland indagó en pleno mar que cuánta plata tenía depositada. Recuerdo, cuando trabajaba en el Banco Alemán, que venía una persona a hacer un depósito. Venía a depositar. Eso me sonaba a defecar; se aproximaba a la ventanilla a dejar sus porquerías en un paquete que ocultaba un montón de billetes ordenados en una serie de fajos que, juntos, se parecían a depósitos a depositar. En el Sea Ranch es una especie de contraseña. De tanto a tanto... Yo entro como el invitado de Dick Wieland. Soy su invitado, no su amigo. Me saludan, me conocen, me reconocen, entre tanto trago que se han metido desde el mediodía hasta las seis, en que hacen una siesta, se bañan y se visten y vuelven a saludarse, como si estuvieran en Ancón. Les encanta el Perú a la distancia. «Contigo a la distancia o dime con quién andas y te diré quién eres.» El invitado de Dick Wieland, eso es lo que soy. Ellos no conocen la palabra amigo, porque eso lo aprendí yo cuando trabajaba en el banco —la amistad en medio de las cuentas, los préstamos y las deudas y los pagarés—, porque allí me las pasé, a ver, a ver, mi querido cronómetro, cuántos, cuántos años: de 1940 a 1954, sus catorce años clavados en el Banco Hipotecario; y si añadido el año que estuve en el Banco Alemán, quince, quince años, caray. De los veintitrés a los treinta y siete años.

Mi dinero lo hice, no me va a creer, de la natación, porque ella fue una manera de vida. Nadé yo, enseñé a nadar a otros, forjé campeones, tuve a mi cargo la única posta campeona que la historia del país recuerda, allá, en Viña del Mar, 1956: Eduardo Villarán, Raúl Risso, Ismael Merino y Raúl Modenesi, y en ese orden, por si acaso, porque los dirigentes que no saben nadar y deciden cómo colocar a los nadadores de una posta, consideraban que lo adecuado era ordenarlos del peor al mejor, cuando lo que yo pretendía era ir siempre adelante y no tropezar con los movimientos del agua, apretar a las finales

y dejarle el remate al más sereno. ¿Le interesa? ¿Le interesa esta historia? La gente del Sea Ranch bosteza en mi cara si arranco con estos recuerdos de viejo. Técnicamente no la encontrará registrada en ningún compendio, pero me pertenece.

Aspiró un poco de aire, agitó nuevamente los brazos, dio circulación a sus piernas moviéndolas como si fuesen las numerosas extremidades de un cangrejo. Definitivamente, no había nadie que lo conociera por esos lares. ¿Quién podría mirarme? Nadie me conoce ni me reconoce ni me saluda... Soy un viejo solitario que ha sacado su ticket mensual para nadar dos horas diarias desde el 8 de julio hasta el 8 de agosto de 1990, muy tarde, demasiado tarde, ya lejos de Berlín, de Lima, de Guayaquil, pero eso no lo podrá entender jamás la señora encargada de la matrícula, por más que se halle rodeada de todos los héroes del Hall of Fame y oiga retumbar en sus oídos los alaridos de Johnny Weissmuller en la sala de la clínica, totalmente loco, creyéndose Tarzán de por vida, y su hijo especulando con ese grito desgarrador entre el follaje de un recuerdo que es selva y es set en Hollywood.

Todavía no se había arrojado; seco, todavía todo era todavía en ese breve momento que pende en el aire, porque encima del poyo la vida es toda una posibilidad antes de que en minutos o en segundos quede consumada en esa carrera. Todavía estaba allí antes de recorrer la absurda distancia, frente a la gran piscina y detrás del trampolín, evitando recordar la historia del día anterior y ese desenlace tan desagradable del paseo en lancha con Dick Wieland. Pero resulta muy difícil olvidar una historia como ésta, y, sobre todo, sus consecuencias.

Dicky estaba contento y repetía mil y mil veces que ellos dos, a diferencia de los jóvenes de ahora, no sabían y les importaba un rábano saberlo, si eran o no pintones, mirándose al espejo. Sí eran guapos, guapos sí, ¡pero por peleadores! Dicky recordaba las peleas sin distinguir lugar, raza o razón, cuando salían o entraban del colegio, o en aquel recorrido de madrugada hacia la piscina del Pellejo, saludando siempre a Pancho, el

elefante del Zoológico de la Exposición, porque en Lima todos conocían a Pancho, la ciudad entera hablaba de él o lo mencionaba a la pasada como si fuese una persona; o cuando se desviaban un pequito de la Grau y agarraban la calle del 20 donde estaban las putas detrás de unas ventanas, como si fuera Rotterdam, sentadas en un sofá Luis algo, carajo, bien trajeadas o luciéndose en ropa interior. En ese momento, cuando Dicky recordaba, y recordaba mil y mil veces, la vez que le metió un trompazo a un señorón de esos que salía gritando lisuras y dándoselas de listo, fue cuando apareció esa lancha rozándonos y echándonos el agua encima. Y para colmo, carajo, riéndose.

Éramos dos viejos a la deriva en ese mar calientito, rodeados de tiburones. Tomábamos del mar las ganas de vivir, rememorando. En eso regresó y otra vez pasó rozándonos por uno de los costados y salpicándonos íntegros.

—¡Gringos maricones! —les gritó Dicky—. ¡Gringos concha de sus madres!

Los gringos regresaron y se pusieron al costado, tas con tas, con el ceño fruncido. Eran dos gringos bronceados, jóvenes, acompañados de dos gringuitas casi calatas, doradas por ese sol que te saca el pellejo, con una dentadura blanquita, unas tetitas lindas, no muy grandes, y con las pecas necesarias.

—¿Puede repetir lo que dijo, señor?

—Tírate a tu madre si no tienes otra cosa que hacer... *¡fuck you!*

Los gringos eran tres veces más jóvenes que nosotros. Uno de ellos, acercando el mentón y agarrándose una de las orejas, nos volvió a decir:

—Que qué cosa había dicho... Que la repitiera, por Dios santo...

En ese preciso momento, Dicky, con el gringo a tiro de piedra, le arrojó un escupitajo en plena cara, directo a los ojos. Inmediatamente se trepó a la embarcación y le conectó un puñetazo en la mandíbula, y el gringo cayó de espaldas, por la

borda, conmocionado. Dicky profirió insultos y ni miró al par de hembritas. Regresó a nuestra lancha, encendió el motor y nos marchamos.

Atravesando el canal, rumbo al embarcadero, nos detuvo una lancha de la policía. Entre la maraña de palabras proferidas por Dicky intenté intervenir argumentando que éramos dos viejos, por si no se habían percatado, que nos paseábamos pacíficamente en el mar. Si la policía no llegaba a entender que los gringos eran muchísimo más jóvenes, y nosotros dos viejos, algo andaba mal. Me hicieron callar. Casi me esposan cuando nos sacaron de la lancha ordenándonos que subiéramos a la suya. El asunto era con Dicky. Los jóvenes, cobardemente, nos habían denunciado y ya nos esperaban en el local de la policía. Una vez allí nos topamos con los dos muchachos. Las chicas, prudentemente, no estaban, aunque habían dejado sus nombres y sus direcciones y unas versiones en que calificaban a Dicky de salvaje extranjero.

Discutieron por espacio de media hora hasta que Dicky guardó silencio. El problema central no estaba en la diferencia de edades, ni en el hecho de que un par de ancianos vieran peligrar su salud por ser molestados, sino en el simple hecho de que Dick Wieland hubiese golpeado al gringo en su lancha, en su propiedad, porque la lancha era como una vivienda rodante, y la situación se parecía al ingreso ilegal a una propiedad. La propiedad, Dicky, la propiedad y no la edad. Ante ese argumento no le quedaba más remedio que arreglar el lío con dinero o asumir un juicio doméstico, pero sumamente molesto e ingrato. Porque el dinero vale más que la propiedad, Benjamín, el dinero es como una propiedad volátil. No te ata, y tampoco te deja suelto. El gringo aceptó retirar la denuncia a cambio de siete mil dólares. ¡Siete mil dólares! Para el médico, para la policía, probablemente, para seducir aun más a la de la tanga color carne y para sangrar a estos dos viejos idiotas.

—Qué vergüenza que a uno le pegue un viejo, y todavía lo denuncie. —Dicky lo dijo casi susurrando, al momento de salir.

Pero tuvieron que hacer las paces, obligados por la autoridad.

—A tu edad debes controlarte —le dije.

—Vamos, maricón, mientras tú nada idiotizándote en clo-ro los sesos, yo vivo en el mar. ¿Acaso conoces las leyes del mar? Dinero... La ley es la del dinero. Te estoy hablando de la selva del mar; de sus olas, de sus vendavales, de sus espumas erizadas, oleajes, del mar, de eso, Ben, que tú no conoces por andar metido en esa piscina protegida del Hall of Fame. De piratas, te estoy hablando de este país, mi querido maricón. De corsarios. Sobre todo en La Florida, su lugar de origen, su tierra natal, de Tampa, donde festejan la llegada del pirata José Gaspar que da origen a la Fiesta de Gasparilla, y se sumergen los buzos en busca de sus tesoros como si fuesen hienas bien encasquetadas. En Tampa los caballeros se disfrazan de piratas y juegan a que buscan los tesoros bajo el mar, cuando los muy pendejos tienen su dinero guardado en el banco. En el banco, Benjamín. Y después hacen un corso con guaripole-ras, como esas dos gringuitas, siempre riquitas e inocentes, y una comida de etiqueta con mozos y una mesa inmensa repleta de vasos y platos descartables. Sí... Creo que estoy contento en los Estados Unidos. Estoy en mi salsa. Es como el Lawn Tennis, pero acá te lo gritan a la cara: «viejo rechucha, salte de mi camino, no interrumpas. ¡Viejo de la guayaba!»

En unos cuantos minutos su rostro empezó a recobrar el color acostumbrado, porque estaba rojo como un tomate. Y me dijo:

—¿Quieres que compremos un par de muchachitas para olvidar este mal rato? Si quieres, hasta buscamos a las dos ratas que estaban en la lancha con los gringos...

—Creo que no, Dicky. Leonor nos espera en el departamento.

—Creo que no... —lo remedó Dicky Wieland—. ¿O eres como Francisco Noriega que se mete al show de las veinte muchachitas calatas cuando todas se calatean fuera, a pleno

sol? Ese huevo frito de Francisco Noriega se la pasa mirando todo el show de las calatas en la matiné, mientras su esposa hace la siesta. Merece que le saquen cuernos. Pero esa vieja carece de imaginación.

En el embarcadero, mientras los muchachos se encargaban de amarrar bien la lancha, Dicky me cuadró:

—¿Cómo le pagas a Sonia? No me vas a decir que a la vez el asunto te sale gratis, si cuando eras joven pagabas en el 20...

—Calma, Dicky, ya pasó. Estás exaltado.

—¿O cómo la recompensas? No digo por los servicios, digo por la ternura, por la miradita, por el hecho de estar al lado tuyo. Por la fantasía. ¿Ves? Yo también puedo ser comprensivo, puedo ser poeta, romántico, huevón. Porque acá la cosa es mucho más transparente. El gringo se comió mi puñetazo por siete mil dólares. Acá te roban de una manera o de otra. Fijo que nos tasó como dos viejos en el mar, sin el delfín ese de la leyenda y con muchos tiburones alrededor. Dos viejos millonarios y maricones. Y a desplumarlos se ha dicho. Fácil. Muy fácil. Todos nos robamos según nuestros modos de vida.

Benjamín Hassler se acomodó una vez más el gorro y arrojó los gajos a la piscina. El agua era demasiado cristalina y el cloro tan moderno que no la teñía ni siquiera de un verde claro. Ese cloro tampoco irritaba los ojos. El agua lo esperaba. Midió la línea negra, tensa como un araño al medio de los dos andariveles, su carril, su sendero hacia una eventual cascada. Tomó impulso, se dejó sentir y luego dio la primera brazada, la gran brazada, con la cual se empieza hasta alcanzar el ansiado cansancio.

IV

Maruja Montenegro no estaba en capacidad de ver a su alrededor. Lo que sucedía a su alrededor era lo que verdaderamente pasaba, y tendría, a la larga, que sucederle a ella también. Ciertamente que Benjamín Hassler disponía de un margen mayor de flexibilidad, un margen que, incluso, podía ampliarse hasta confines desconocidos. Maruja Montenegro, en cambio, se desenvolvía en un solo camino. Ni imaginar, ni pensar por un segundo que el alrededor no le pertenecía o que no estaba en ese alrededor.

Benjamín Hassler no se guardaba muchas cosas para sí mismo; su corta vida era una mezcla perfecta entre lo privado y lo público. Lo privado daba luz y energía al personaje público, y sus triunfos deportivos, prácticamente nacionales, incentivaban una riqueza privada de inusitadas proporciones. La ciudad, durante esos años, era una aldea grande. Su fotografía estaba en todas las secciones deportivas de los diarios, saludando con uno de los brazos a las tribunas o posando en una de las escalinatas, mostrando esa musculatura húmeda y esa amplia sonrisa de dientes blancos y cuidados.

Maruja Montenegro tenía un mundo alrededor trazado por las urbanizadoras de la época, que imaginaban, probablemente, a muchachas como ella: lindas, frágiles, pequeñas, de cabellera negra y recortada. Su vida era exclusivamente privada. La componían sus padres y su hermanito menor. Siempre menor y siempre hermanito, como una sonaja, un cuadrito que apa-

recía desde la salita, un niño malcriado que la hacía reír, la incomodaba y la sonrojaba. Su privacidad se trasladaba al sótano de ese banco en donde trabajaba a conciencia, como le enseñaron en su familia y en su colegio. El recorrido asumía, de pronto, un carácter privado, pues era siempre el mismo, de ida y vuelta, mirando por la ventana del ómnibus, primero, y del colectivo, después.

Qué tenía que hacer ese universo con la luz que irradiaba Benjamín Hassler... si la vida de ese deportista, esa disposición por habitar en los exteriores contrastaba enormemente con la oscuridad de un corredor de quinta que daba a una pista maltratada por los vehículos públicos, los comerciantes, los muchachos, en un barrio en el cual era obligación llevar una vida de entre casa, porque esos hombres a su alrededor eran un peligro, no conducían a nada bueno, era necesario alejarla de ellos, qué intenciones tendrían... Maruja Montenegro recordaba sus dos últimos años escolares sentada a la puerta de su casa, con la puerta abierta, recibiendo a los muchachos del barrio, ni fuera ni dentro: en el umbral, en el lindero, en la puerta.

Mi abuelo, como buen banquero, fue un agente urbanizador bastante preclaro para una época en que la ciudad necesitaba de un segundo empujón de crecimiento, luego de ese arañazo que fue la expansión hacia el extremo sur. La ciudad, como un adolescente en crecimiento, requería revestir toda esa musculatura que quedaba suelta y dispersa a su interior. Nuevas ropas, nuevas áreas, nueva gente, nuevo movimiento en busca de un espacio. Los alrededores de la ciudad empezaban a poblarse, incorporaban nuevos intereses y empeños, y en ese mundo por hacerse, siempre abierto, escasamente habitado, Benjamín Hassler vivió durante su infancia por la Arenales, cerca de la plaza Washington, y por los feudos de la familia Ayulo, en San Isidro, una vez que contrajo matrimonio con la muchacha que lo espió de chico, que lo esperó durante cuatro años mientras realizaba sus estudios de medicina en Alemania, y que lograra, luego, capturarlo en esa época en que fungió de

empleado bancario, cuando estuvo en el sótano y luego en la sección ésa y en la otra, en los pisos intermedios de esa edificación ubicada en el centro de la ciudad.

La ciudad, en todo caso, la estaban construyendo a su manera los bancos, y entre ellos mi abuelo Hassler cumplía un papel preponderante. Creaba urbanizaciones de valor inusitado, tumbaba viejas casonas de hacienda, compraba tierras, vendía viviendas, imaginaba grupos y clases sociales, a quienes separaba, juntaba o vinculaba. No existían alrededores alrededor de su mundo; solamente inmediaciones, amplios espacios en semilibertad, semirústicos, que se disponían a incorporarse naturalmente a la vorágine de una ciudad que empezaba a modificar la distribución de sus barrios y acoplar a nueva gente. Circunstancias sí había, pero las circunstancias las hace y las deshace uno mismo: nos acompañan, son nuestra sombra y tienen el aire a cosa móvil y modificable. Esto le resultaba grato a un espíritu como el de Benjamín Hassler que entendía al cuerpo como la esencia de la persona; un cuerpo compacto acostumbrado a vivir en el presente, sin pasado, con un futuro por construir, tal como se construía la casa en que habitaría de casado, en ese barrio que se iba construyendo al mismo ritmo al que se construían las casas de las nuevas familias en esta parte nueva de la ciudad.

Benjamín Hassler era, a su manera, un «niño de sociedad», aunque sabía muy bien, por herencia, biología y formación, que lo suyo era otra cosa. El ancestro alemán le venía del forro de su ser, de un abuelo que falleció en las selvas bolivianas antes de tiempo, dejando abandonados a su esposa y a su único hijo, que a fuerza de empeño se hizo banquero. ¿Qué cuernos era él...? Un niño de sociedad le sonaba una reverenda huevada. Los europeos, como acostumbraba decirme, no le entraban al mundo de las formas, porque el deporte los convierte en personas limpias. Si hacemos un repaso, constataremos que en este país de holgazanes, de futboleros de televisión, de trago y cigarros, solamente las mujeres de raíz europea practicaban

deporte: Karin Junet, Karin Horning, Edith Noeding, Sheila Allison. Y Julia Sánchez, le refutaba yo, la negrita más rápida que un cuchillo.

Imposible intentar explicarle esos sentimientos a Maruja Montenegro. Ella tampoco lo entendería. Miraría a Benjamín Hassler sin entender esa sensación de libertad que respiraba por sus poros, como si estuviera siempre a punto de nacer. Cada día de Benjamín Hassler era un nuevo día: sin ataduras, sin temores, sin inseguridades, como los de ella cada vez que se asomaba a indagar qué de cosas sucedían a su alrededor. Su alrededor eran sus padres y su hermanito menor, unas vecinas que hurgaban y se comparaban a diario. En Santa Beatriz, por la avenida Cuba, estaba esa maldita quinta color azul concebida como un cruel hormiguero de chismes y escobas compartidas, donde nadie, a excepción de Maruja Montenegro, se atrevía a barrer la entrada. Ella lo hacía con la secreta esperanza de que estuviera limpia, si no reluciente, el día que llegara Benjamín Hassler hasta su propia puerta, la puerta de su casa, ubicada en uno de los extremos con esa letrita a un costado de la puerta: A, B, C, D, hasta sabe Dios qué letra. A falta de escaleras, buenas son escobas. Pero la escoba, tal como no tardó en reconocerlo, era también su alrededor. Ella y las cholas de las vecinas se la pasaban los sábados por la mañana limpiándole la cara a la quinta. La escoba no era el instrumento que la sacaría de allí, de esa urbanización cargada de fatiga, con un pasado a cuestras, con un estigma, como que fue una de las primeras escapadas de la clase media del centro de la ciudad.

Maruja Montenegro sufría intentando imaginar cómo se sentirían esos músculos poderosos al interior de su vivienda, interior F, hasta allí llegaba el abecedario, cuando ella abriera la puerta y él tropezara con una escalera que crujía siempre que alguien subía por ella, Dios mío, y daba a una pared de escarchas, para luego voltear y subir aun más, luego del descansillo de ley, como si Benjamín Hassler tuviera necesidad de descansar con el estado atlético que se manejaba en esas épo-

cas, para llegar, por fin, a la sala, al comedor, a la sala-comedor, de ese departamento ubicado en el segundo piso de una quinta. Maruja Montenegro lo imaginaba todo, paso a paso concebía el recorrido de Benjamín Hassler hasta la sala-comedor donde se encontraban su padre y su madre. ¡Cierren, por favor, la puerta de la cocina, que el olor a frituras impregna la casa...! Su padre, un señor honrado que se pasó la vida en una dependencia pública, dependiendo como nadie de la dependencia, lo esperaría en el tramo final de ese agónico trayecto. Ya de pie, sonriente, bonachón, le extendería una mano doméstica, mientras su madre, ay madre, no aparezcas así, como si salieras del infierno que es la cocina a estas horas, toda secándose las manos en la falda, dándole a entender que es una mujer que trabaja en su casa, cogiéndose el cabello, arreglándose, enderezándose, estirándole la mano húmeda, por estar metida en esa cocina que es un infierno.

Dicen que las madres son el espejo donde los hombres proyectan a las hijas, y aunque ellas sean delgadas, dueñas de una cintura de avispa, se parecerán, a la larga, a esas señoras maniáticas, obesas, apretadas en sus vestimentas. Tendría que aceptarla llegando de la cocina vaporosa y envejecida, con un lavatorio renegrido y las cañerías siempre goteando, con la pared verde, humedecida y descascarada, donde ella y Maruja se encargaban de alimentar a los miembros de una familia ejemplar. Al hermanito menor había que correrlo de allí a como diera lugar. Fijo que va a pedirle una explicación, merodeando y llamando la atención. Este hermanito menor no servía para nada, porque otros hermanitos, en otras circunstancias, eran los hermanos que ponían orden ante una situación creada por el intruso y con su sola presencia le daban a entender que se cayera con unos cobres o que se fuera de allí con su carrazo de mierda que no los asustaba para nada.

Que tome asiento... Que tomara asiento... Papá, dilo papá, por favor dilo, que está allí parado hace ya dos minutos insoportables y eternos. Dile que se siente, que tome asiento,

con la venia esa tan sumisa, la que te sale tan bien cuando estás entre hombres y no me hablas de la necesidad de que tenga un trabajo y deba defenderme sola en la vida. El sofá está dispuesto, tal como lo programamos; ya le pasamos mi mamá y yo el plumero encima, por el respaldar, los brazos, sin poder sacarle esa grasita que se le mete por el forro. Dile, dile por favor que tome asiento...

Pero Benjamín Hassler había descubierto, muy a su pesar, que el único lugar habitable era el sótano de cualquier sitio. Su vida no había cambiado del todo, pero su padre le estaba enseñando que, de no mediar un impulso propio, podía amenazar ese destino transparente que se plasmó con el viaje a Alemania y que había caracterizado su infancia, su adolescencia y su juventud. A estas alturas de la vida, después del primer cuarto de siglo, le resultaba insultante estar metido en un sótano durante ocho horas al día. Sus dos hermanos no podían entenderlo. Benjamín Hassler era el ídolo indiscutible de su generación deportiva, el único que fue capaz de poseer los récords nacionales y sudamericanos de estilo libre, y llegar hasta los cuartos de final en la olimpiada... Herman ya era un locuaz estudiante de abogacía y andaba metido en todo tipo de negocios y romances, con bastante éxito a pesar de su estatura, pues se las ingeniaba para seducir a las mujeres más bonitas y altas de la sociedad. Alfonso, por su lado, había decidido abandonar sus aficiones por la música y la bohemia e intentar dominar el inglés y trabajar en una empresa norteamericana. Benjamín era el único zonzó que estaba desperdiciando sus mejores años en un sótano sin futuro.

Herman estaba enamorando a Lidia Madueño, una escultural mujer de color casi de ébano, alta, distinguida, alegre, dispuesta y culta, que sonrosaba su rostro con una espectacular sonrisa bañada en yoga. Herman se empinaba para no hacer notar que era demasiado bajo. Su gran virtud se resumía en esa mezcla explosiva: inteligencia y simpatía, que le dio muy buenos ratos. Alfonso, a su vez, se las traía con una mujer de

temple, amplios senos, una cabellera salvaje y una carcajada de dinamita: Carmela Lizarzaburu, un verdadero hembrón que salpicaba el ambiente de la sociedad con una natural sensualidad, desprovista de dolo.

Hasta hacía muy poco tiempo, Benjamín Hassler era el más reverenciado de los tres hermanos. Era un Olímpico, y eso debía escribirse con mayúsculas. El retorno de Alemania fue apoteósico, y lo acompañó por un buen tiempo, hasta que la vida, qué otra cosa podía ser, le dio a entender que si bien todo tiempo pasado fue mejor, todo tiempo pasado es recuerdo, y vaya que era un maldito recuerdo. En el año '39, cuando todavía trabajaba en el Banco Alemán, tuvo que pedirle permiso a von Olderhausen, sí, a él, carajo, para poder asistir al Sudamericano de Guayaquil.

—Espero que en esta oportunidad le vaya mejor, señor Hassler.

El muy maricón se refería al fracaso que tuve en el Sudamericano de Lima cuando las benditas amebas destrozaron mi estómago. Tuve que pedirle permiso cuando toda la ciudad, hacía muy poco, había despertado con la finalidad de recibirme en la dársena del Callao y tuve que escaparme por la ruta de Ancón. Von Olderhausen me envió donde Herr Dietrich, el nazi del Banco Alemán, el hijo de puta Jefe de Personal, cuyo lema de vida en el banco era el siguiente: «a los pobres se les paga poco, porque están acostumbrados. Y a los hijos de los ricos, como no necesitan, también se les paga poco».

—¿Entendí, señor Hassler...? ¿Me hice entender...? ¿Quedó todo claro...? Una vez que culmine el torneo Sudamericano, regresa inmediatamente a su centro de trabajo. Lo estaremos esperando. Usted tiene su lugar.

Maruja Montenegro, durante esa época, salía muy temprano en dirección a su trabajo. Le incomodaba oír el taconeo de sus zapatos sobre las losetas donde la tierra acababa por solidificarse. El polvo de la ciudad ingresaba por cualquier resquicio y se apoderaba de los objetos de su casa como si fuese

una llovizna de excrementos. Ella estaba espantada de que le sucediera lo mismo. No había envejecido del todo, pero notaba que ya no era la muchachita que fue hasta hacía muy poco. Ese período de gracia duraba poquísimo. Hasta hacía un tiempo se recordaba haciéndose un moño, jalándose la cabellera por las sienes y mostrando al mundo entero su rostro juvenil, perfecto. Su vestido blanco dejaba al aire unos hombros finos, y una piel canela suave como si el agua rozara una piedra pulida en el río. Su talle apretado. El vestido volviendo a extenderse a la altura de los muslos, mostrando sin contemplaciones un par de piernas contorneadas, sostenidas por unos zapatos negros, de tacones altos. En su moño aparecía un lazo rojo como si apretara su cerebro, y la hiciera pensar que ese momento correspondía a la belleza inaugural, aun no contaminada con el argumento de alguna tragedia.

Sin darse cuenta, hacía ya algún buen tiempo que Maruja Montenegro salía a trabajar bajo la atenta mirada de las vecinas. Recorría el pasillo desde su casa hasta la entrada de la quinta, para luego virar a la derecha y esperar su movilidad. Luego vendrían la avenida Cuba, la plaza Cáceres, la Salaverry, unas callecitas, la Arequipa; allí descendía y se trasladaba a otro vehículo y enrumbaba al centro de la ciudad, hasta llegar al banco. De antemano imaginaba el transcurrir de una jornada despojada de sucesos. Una vez en el sótano, cambiaría su vestido por un guardapolvos que dejaba ver, como única marca de su feminidad, las pantorrillas que tanto le agradaban a Benjamín Hassler. Pero ahora que él ya no estaba allí, el día era soso e intrascendente.

Llegó a entender que durante el tiempo que compartió con Benjamín Hassler ese sótano como lugar de trabajo, él y nadie más que él la habría podido mirar como mujer. Veinte años sólo se tienen una vez en la vida, y no deben, por ninguna razón, despilfarrarse. Sus padres protegían esos veinte años, proyectándolos a cuando se convirtieran en cuarenta, el doble de un solo papazo, porque en un guiñar de ojos, hijita, los vein-

te se escapan de las manos. Todo en su casa, llegaba a pensar, era o se volvía viejo en la concepción de sus padres. Curiosamente, los dos estaban hechos para pensar que vivirían muchos años, dándose siempre un tiempito para imaginar el futuro. No vayan a creer que fantaseaban y programaban inversiones; no, los objetos, incluida la casa, sus cuerpos, sus ideas, se preparaban a resistir una vejez de la manera más estoica posible. El asunto era durar. Los vecinos y las vecinas duraban. Las casas de la quinta se convertían en degradados fuertes apaches que debían resistir todas las avalanchas del destino, todos los embates, las furias de una naturaleza que se infiltraba con los polvillos inservibles de los basurales de los parques contiguos. El futuro no se presentaba necesariamente promisor; vaya que no, a juzgar por la manera como su padre empezaba a arrastrar los pies, por las formas en que su madre asumía su conducta en las comarcas de la cocina. Sus veinte años eran poca cosa, cosa de mocos, de babas, y en un abrir y cerrar de ojos, hijita, se transformaban paulatinamente en eso que llamamos mujer adulta, madura y vieja.

El sótano, curiosamente, era el lugar ideal según sus padres para que fuera evolucionando hacia el cuerpo de una señora al borde de la jubilación. Presidio o internadero, les encantaba saber que Marujita estaría allí protegida de todas las amenazas de esta sociedad, y que no ingresaría ningún intruso a levantársela y llevársela hasta cielos que ellos no pudieran alcanzar. Ni cielos ni pantanos, porque según su madre no era fácil distinguirlos en esta tierra, ya que los hombres se presentaban de manera confusa: anegados y transparentes. Nadie podría raptarla mediante cuentos e historias sin asideros en la realidad. Esos veinte años eran la bolsa de valores de la ciudad, cuya inversión les tomaba todo el tiempo del día y todos los insomnios de la noche.

Mientras Maruja Montenegro esperaba que fuera la hora en que acostumbraba recogerla a la salida, observaba a esos tres hombres que se quedaban en el sótano y compartían con

ella, en absoluto secreto, su destino. Pensaba que todo hombre que comparte como sigiloso testigo el destino de una mujer, está en dificultades para acercarse como hombre y asumirla a ella como mujer. Eso no le ocurría a Benjamín Hassler. Él nunca fue testigo ni cómplice de su destino, porque nunca pudo imaginárselo; no tenía la distancia ni la capacidad de imaginar el destino de Maruja Montenegro o de suponer que esa muchacha delgada, de cortos cabellos negros, de tan sólo veinte años, pudiera tener un destino en esta vida. Para Benjamín Hassler era una apetecible mujer en uno de los mejores momentos de su destino; qué hacía en ese sótano, era una pregunta que nunca se formuló. No puedo imaginármelo en esos almuerzos a la volada, en ese café de empleados bancarios, preguntándole qué demonios hacía esa belleza trabajando como los roedores en las zonas húmedas de ese edificio. El banco, Marujita. El banco. Veinte, veinticinco años madurando y evolucionando, ése podría ser tu destino, pero ni lo pienses, no cierres los ojos y pienses que el tiempo vuela, que la vida vuela, y los veinte años se catapultan como un porrazo de arena en el rostro.

Maruja Montenegro había aprendido a observarlos en los últimos minutos de la jornada, cuando ya los empleados se preparaban a partir; a dejar su escritorio, abandonar ese recinto iluminado por la lamparita y las luces fluorescentes. Era consciente de que entre ellos se creaba una espantosa solidaridad que consistía en que nadie podía salvar al otro, bajo esa convicción terrible de que se hundirían juntos. Ese hecho era el que separaba a Benjamín Hassler del resto, y estoy seguro de que Maruja Montenegro debía darse muy bien cuenta de que ese joven atlético, seguro de sí mismo, jamás podría percatarse del destino de las personas que convivían en el sótano.

El empleado encargado de los archivos podría ser su padre: se trataba de un hombre resignado a su suerte, sin la fuerza necesaria para superarla. En esas condiciones no le interesaban en absoluto las hermosas pantorrillas de Maruja Monte-

negro, ni esos muslos que se mostraban cada vez que cruzaba las piernas o cuando esbozaba una sonrisa y la blusa se le reventaba de las energías que bullían dentro. Los otros dos empleados eran unos jóvenes asistentes que empezaban la carrera terrible de la vida, sin escalera alguna, sin una novia cercana al Gerente General, que no disponían de tiempo para gozarse con las pantorrillas de Maruja Montenegro. Estaba segura de que les gustaban sus piernas, pero que las miraban como pasteles ajenos o con dueño, con un jinete que la montaba todas las tardes en un hotelito de por allí, la dejaba luego en la esquina de su casa, para que no atisbaran el auto, y se las picaba donde su familia. Maruja Montenegro era como ellos dos. Como esos dos jóvenes asistentes, hijos de ese empleado que perdió la cabellera y la dentadura y el humor y el amor en ese sótano de mierda, como si fueran una familia, una familia feliz, funcional, resignada, empobrecida, en busca de los aires perdidos.

Por esa razón fue que aceptó aquella ya lejana vez su invitación a salir al cafecito de los altos, en la esquina, donde almorzaban todos los empleados de verdad, ufanos de servir la causa financiera de esa institución sólida gracias a su desempeño. Y luego, a todas las invitaciones a que se subiera a su automóvil, regalo de matrimonio de sus padres, como si fuese todo un empujón para salir adelante, y del sótano, por supuesto, porque la cara de su esposa tenía ahora la soberbia de la cazadora con la presa en una mano y el garrote en la otra. Los jóvenes asistentes no la mirarían nunca como lo hizo Benjamín Hassler desde el primer día: de una sola mirada le sacó de encima el guardapolvos azul que ocultaba ese cuerpo frágil, que se encontraba en su esplendor; un vestido que nadie, allí, se había atrevido a desabotonar.

A Benjamín Hassler le importó un rábano lo que dijeran esos tres hombres asexuados y la invitó, de frente, a almorzar. Él, sí, él, y lo constataría tiempo después, era el verdadero bicho raro en ese sótano; el único tráfuga que podría sacarla

de allí, aunque fuera para respirar. Maruja Montenegro ansiaba respirar. La quinta, su casita, los vecinos, ese barrio trajinado por vehículos públicos, repleto de bodegueros, de niñitos traviesos, cubierto de tierra, la ahogaba sigilosamente.

Cuando llegó al Banco Hipotecario no se había percatado de su existencia, porque esa niña de dieciocho años aún no se había parado delante suyo, con toda esa transpiración desbordada. Era blanca, muy blanca. El color de su piel, acompañado del negro de su pelito recortado, hacía brotar unos labios carnosos en una boca de manzana que estaba esperando el primer mordisco. Venida a menos, esta niña era una mujer venida a menos, que trabajaba en el banco apenas salida del colegio, porque al señor Montenegro le fue mal en ese negocio de trabajar toda una vida, darla, entregarla, en una sola institución. El parque de la Reserva, el asiento de su automóvil y la casita de Magdalena fueron testigos de su pasión y de su entrega infinita.

Desde el momento en que Benjamín Hassler dejó el sótano, éste recuperó toda su atmósfera lúgubre. Se había perdido, y qué falta que le hacía, ese contacto con el mundo exterior, con las brisas desatadas, aquel vínculo representado por ese organismo trabajado en varias piscinas internacionales, que mencionaba, naturalmente, casi de manera risueña, porque es verdad: lo decía con un encanto infantil, con una timidez desconcertante, que la piscina de Berlín estaba situada en uno de los costados de ese monumental estadio con una capacidad de cien mil personas, diseñado a escala humana y con una evidente vocación fascista. Desde la torre, ubicada en uno de los extremos del jardín que rodeaba el estadio, era posible tener una visión panorámica de la ciudad. Allí acostumbraba ir con su amigo mexicano Enrique Martínez. Berlín, Baden-Baden, Hamburgo, Munich, el Hotel-Pensión Steinplatz —donde marcaba con aspa la ventana de su habitación en la postal que enviaba a su casa o a Clara Hamann, si se acordaba de su romance primero— surgían de su conversación sin la pedantería de un jo-

ven indispueto; los entretenía, los divertía, y hasta el empleado sin nombre, verdadera aspa en las listas de los seres vivientes, levantaba la cabeza, abría la boca, esbozaba una melancólica sonrisa. Sus historias gozaban de un realismo sorprendente, y lograban sacar el olor de la cubierta de los vapores Santa Clara que lo llevó de Lima a Panamá, e Iberia, que lo trasladó de Panamá a Hamburgo, en los cuales se marchó a estudiar medicina a Alemania en 1932. La puerta de Brademburgo, miren, el ajeteo de esas calles pulcras, como aquella bajo las ventanas del Hotel-Pensión Steinplatz, en Berlín W. Charlottenburg. Uhrlandstr. 197.

Maruja Montenegro lo quería más cuando lo escuchaba contar las historias sobre esos sitios tan lejanos y, sin duda, tan lindos, ¿no es cierto, Benjamín...? Sus padres fueron a verlo competir en Berlín en el vapor Orbita, en julio de 1936, tan sólo unos meses antes. Esa foto caminando con sus padres emocionaba a Maruja Montenegro y a Clara Hamann, porque se le veía tan varonil, tan elegante, tan privilegiado, caminando en Berlín por la Hardenbergstrasse o en Dresden por los alrededores de Rundfahrt Durch Grob.

Creo que Benjamín Hassler fue consciente de su capacidad de transportarlos hacia otras historias durante los años que estuvo en el sótano; y ese recuerdo lo llevó a la idea de representarlos siempre, aun en las competencias de viejos, en las que ellos jamás podrían participar, no porque fuesen viejos, sino porque no se imaginaban fuera de ese sótano. Aunque fuera nadando, pensaba mi padre, con lo que es y con lo difícil que resultaba nadar en este país, podría llevarlos en su recuerdo.

Cierto, ciertísimo. Benjamín Hassler fue el único capaz, quizá con la excepción de Daniel Carpio, «Carpayo», de representar físicamente aquella dificultad ancestral de las gentes de sentirse libre en las placenteras aguas de una piscina, aunque fuese a través de su horripilante rutina. Nadar no era solamente el atributo de un grupo de privilegiados, sino también

la expresión más convincente de un cierto tipo de personas que encarnaban un desprendimiento ante la conducta resignada de la mayoría. Daniel Carpio, el eterno rival de los blanquiñosos limeños, era un mollendino muy fuerte, nacido en 1910, unos cinco años mayor que Benjamín Hassler. Se había trasladado al puerto del Callao en 1930 y se hizo famoso con la patada «bicicleta» en el estilo espalda. Había establecido los récords de 100 y 200 espalda en el Sudamericano de Buenos Aires de 1935. Aquellos que nadaban, lo hacían porque tenían tiempo y dinero; o dinero y tiempo. A Maruja Montenegro nunca se le ocurrió nadar. A sus padres, menos. Sin proponérselo, suponían que nadar correspondía a determinados grupos sociales, a personas privilegiadas y, además, con un cierto desenfado, con una naturalidad que iba con la desnudez de la ropa de baño.

Benjamín Hassler soportaba todos los olores de las piscinas en las que estuvo. Las horas del insomnio lo tranquilizaban en la medida en que esas aguas empezaban a cubrir las sábanas de sus intermitentes sueños. Todas, a los setenta y cuatro años de esa maldita edad, se le introducían con el Rohypnol por la nariz, empezaban a ahogarlo, se le pegaban en las sienes y le empujaban la cabellera de cloro, cochinada y sudor.

La piscina del Country, en Lima, la primera de la ciudad, en 1927, una piscina absurda, pues no era reglamentaria y tenía, en cambio, su trampolín. La del Pellejo; su primera juventud, flaco, entusiasmado, descubriendo los secretos de la física en su propio cuerpo. La del Tennis. Esa que ahora lleva su nombre, donde yo, su hijo, hice el primer papelón de mi vida: me «ahagué» y tuve que salir antes de la meta. La del Callao, que luego fue bautizada con el nombre de Daniel Carpio, y que ahora, a los setenta y cuatro años de mi maldita edad, es un basurero de papeles, documentos y recuerdos de amantes arrechos: un depósito. Esa piscina es un depósito del olvido y del carajo, de la verdadera mierda que es este país con sus glorias y sus jóvenes. La Dársena, pero eso no es piscina, eso es el

mar, el inmenso mar, el truculento mar que le gusta a Dicky Wieland, pero un mar bañado en el aceite de los lanchones, de las barcasas, de los buques que se orinan por los desagües de hierro en el puerto del Callao. La de Fort Lauderdale, la piscina del Hall of Fame, neutra y pura, porque allí solamente nadé de viejo y para mí mismo, para mis recuerdos de viejo verde, de viejo podrido, de viejo solitario, porque acabamos solos, Benny, si me oyes, digo... La Nipón. La Nipo. Un donativo del gobierno del Japón destruido por uno que fue alcalde y ahora encima una calle lleva su nombre. ¡Destruye una piscina y tendrás una calle de regalo! Así es mi país, lindo y equitativo. La Nipo estaba al costado del Estadio Nacional, hasta el año 1952, cuando lo remodelaron y la tapiaron. Era tan sólida, que tuvieron que echarle tierra encima, como a los muertos. La rellenaron. Relleno sanitario. La de Berlín. La Olímpica de Berlín. La de Munich, que de haberme quedado allí hubiera tenido dónde entrenar. La del club Regatas: la grande y la chica. En la chica, a mis setenta y cuatro años malditos, nado entre todos estos niños que se agarran de mis pies y yo los pateo, se me cruzan y yo les meto un manazo, se me arriman por los costados y yo los empujo. En la chica del Regatas hago piques apenas veo un vacío entre estos niñitos de sus papás. Así me entreno de viejo. Y la mía. Mi piscina, por supuesto, la de mi Academia...

Benjamín Hassler mantenía aún esa aureola de haber participado en todos los torneos nacionales y sudamericanos; sobre todo, haber representado al Perú en la Olimpiada de Berlín, allá, con todos los atletas del mundo. Esa trusa apretada, ceñida al pecho y a la espalda, le agrandaba los testículos y le contorneaba las nalgas; así se lanzaba a unas piscinas limpias y sucias, antiguas y nuevas, del barrio y del mundo. En un inicio, se trataba de las competencias entre la ciudad y el puerto, antigua rivalidad que Benjamín Hassler, de un lado, y «Carpayo», del otro, lideraban. Benjamín Hassler, en compañía de los jóvenes Paz-Soldán, Ortiz de Zevallos y Álvarez

Calderón, era el eterno rival del corpulento «Carpayo», identificado con los grumetes y comerciantes del puerto. Una verdadera fortaleza física invadía a esos nadadores al interior de un círculo de mágica libertad, frescos, con las gotas de agua confundidas con el sudor y la sangre siempre caliente. En la piscina del Pellejo o en la del Lawn Tennis de la Exposición, la juventud fue un símbolo inamovible, que se prolongó hasta la piscina Nipón, al final de su carrera, ya casado, cuando nadaba sin el placer y la certeza de antaño, si no para salir de la rutina de empleado bancario.

La piscina Nipón era oscura como el sótano. Carecía de sistemas de reciclaje y el agua, densa, hasta dura, se le pegaba al cuerpo como si fuese un muro de quincha, y él, dale que te dale, vejancón, treintón, casado, con un hijo, yo, caray, yo metía un brazo y luego el otro, pataleando, siempre pataleando, con los ojos abiertos y sin distinguir nada con claridad.

Maruja Montenegro contaba impaciente los minutos para salir ordenadamente del sótano, subir por el ascensor hasta el hall de la entrada, tropezar con los empleados que efectuaban los mismos movimientos; cerrar las máquinas de escribir, cubrirlas con un protector de plástico, cerrar los cajones con llave, despedirse, tropezar una vez más y coincidir en la puerta de salida, que era un inmenso portón donde se ubicaba Grieve, el portero, vestido de negro, que despedía a cada uno de los empleados con su amplia sonrisa. Maruja Montenegro se preparaba a recibir el resto de la tarde, una tarde ya empezada hacía buen rato, con un sol desplazándose entre las fachadas de los edificios contiguos. Las horas de la tarde, poco antes del anochecer, eran su tarde. Imaginaba los espacios de la ciudad reservados para errar junto a mi padre; pocos, mal iluminados, serían los lugares que recibirían ese amor de sombras, íntimo, mal entendido, sin ningún cálculo de parte suya. Probablemente se sentía una mujer hecha para el amor. Solamente tenía dieciocho años cuando lo conoció, y ya estaba envuelta en un amor que la perturbó desde el momento en que ese joven hizo

su aparición por la escalera, pero en sentido contrario: descendía y sonreía y se disponía a ubicarse en ese escritorio designado para él.

En su cabeza sonaban los cuchicheos imaginarios que revoloteaban como pájaros desconcertados, y mientras caminaba hacia la puerta, trataba de pasar desapercibida. Eso, ciertamente, no era un asunto fácil. Maruja Montenegro era una muchachita puesta allí por su padre, utilizando las poquísimas varas con que podía contar, y estar en el sótano no la convertía en una mujer fantasma. Todo lo contrario. A la salida, entre el hall y la puerta, los hombres la acechaban con la mirada, algunos se atrevían a acercarse, y los empleados, no tardó en comprenderlo, diferían de esos tres hombres apiñados en el sótano. Incluso los directivos, los profesionales, los abogados del banco, le hacían ojitos, se le acercaban con cierta prudencia, pues siempre la veían salir de prisa, ignorando, vaya uno a saber, que eran los brazos de Benjamín Hassler los que la esperaban. Maruja Montenegro, despojada de su guardapolvos azul, era una muchacha esbelta, con unos enormes ojos negros que hacían juego con su cabellera corta y su silueta ajustada. El guardapolvos colgaba como un espantapájaros de un garfio en la pared detrás de su escritorio.

Cuando Benjamín Hassler intentaba expresarse en un tema, el mismo tema se lo prohibía. ¿Cómo podía despacharse, como si nada hubiera pasado, sobre su permanencia en Alemania, narrándole su vida de estudiante en Wurzburg, enumerándole la cantidad de torneos en los cuales había participado representando a su universidad? De su amor por Ethel, la primera mujer con la cual mantuvo relaciones y con la que descubrió la intimidad después de esa experiencia de putas en el 20 de Setiembre, cuando con un grupo de amigos fue a los diecisiete años y tuvo que salir entre las burlas de la mujer que lo señalaba con el dedo y gritaba: «su amigo es un desperdicio. No funciona. Impotente, impotente...» Ese burdel de putas polacas, con ventanas indiscretas, era el refugio perfecto de

los tímidos, de los tráfugas que caminaban por esa calle observando a las putas en vitrina.

Cuando Benjamín Hassler logró ser el jefe del sótano, cosa que irritó a Clara Hamann y enloqueció de felicidad a Maruja Montenegro, ella le envió una nota que, en lugar de firma, llevaba la forma de sus labios en el beso de un rouge.

—Huachafísimo —gritó Clara Hamann cuando se enteró, tiempo después, de esos mensajes silenciosos—. ¡Una huachafita! Una muchachita que de mayor será una puta. De eso no me cabe la menor duda.

Maruja Montenegro se entregó íntegra a Benjamín Hassler una vez que logró subir hasta la cafetería de los altos. Salían todas las veces que podían, hasta cuando mi madre se casó. Estoy seguro de que antes de la boda, durante la boda, durante la luna de miel, mi padre pensó las veinticuatro horas en su cuerpo. Mi padre contrajo matrimonio pensando en Maruja Montenegro.

¡No sabía de qué hablar! ¿De él? El tour que hizo con sus padres por el sur de Alemania, después de los juegos olímpicos, no guardaba relación alguna con la atmósfera de ese lugar de trabajo. Las fotos estaban allí, perfectamente pegadas en aquel álbum de páginas negras, sobresaliendo unas fotitos ridículas, ahora arrumadas en algún rincón muy parecido a los de las telas de araña del sótano de aquel entonces: ese restaurante parisino lo tenía en la nariz, *La rotisserie de la Reine Pèdaunque*, en la rue de la Pepinière, 6, sí, rue de la Pepinière, porque cuando quería recordar se iba directo al álbum, memoria ingrata, coladera de los recuerdos. O esa ridiculez que era la Mesa del Kaiser con los 50 asientos que se ponían a diario. O el restaurante Barberina. Benjamín Hassler había regresado de una temporada de estudiante y lo recibían unos personajes grises, incapacitados para seguirlo en sus relatos de viaje. Era verdad que aún lo convocaban para participar en algún eventual torneo sudamericano, como ese estropeado del '38, y ese de Guayaquil del '39, y aquel otro, en que ya casa-

do cumplió una digna performance, nada menos que en 1947, en Buenos Aires, incluso conmigo en tierra, a los treinta y dos años de edad. Pero eran torneos alejados de los ecos maravillosos.

Sí, Benjamín Hassler estuvo en la olimpiada de 1936. Había logrado pasar a los cuartos de final en esa distancia que era la suya, los 400 metros libre, sacando del camino al campeón sudamericano, el brasileño Rocha Vilar. Él no estaba en capacidad de conocerlo, ni de oírlo siquiera, porque Benjamín Hassler vivía como exiliado, como recluido, como abandonado, en un pueblito de tirolese, de alemanes campesinos, donde había una universidad y donde realizaba sus estudios de medicina. Había logrado clasificarse para disputar las semifinales y después la gran final, la finalísima, porque Benjamín Hassler estaba seguro de sí mismo, seguro de sus fuerzas, de su capacidad, de su inteligencia, para derrotar a Jack Medica.

No habría otra olimpiada para él... Benjamín Hassler no competiría en otro torneo de esa magnitud nunca más. La olimpiada de 1940 en Londres fue cancelada por la guerra. En 1936 tenía solamente veinte años. Llegó a Berlín jalado por las fuerzas del destino y debido a una tenacidad que lo convirtió de un debilucho muchacho en un fornido deportista. Pero nunca más... En Londres hubiera contado con veinticuatro años, edad perfecta, incluso mejorada por la experiencia europea, pero ya no existiría otra posibilidad de grandeza, de estar bien parado encima de un poyo, respirando y mirando hacia adelante, hacia el infinito, hacia el otro lado de la piscina, como miran los campeones, me indicaba, cuando de niño competía en la piscina temperada del Estadio Nacional, esa piscina hongueada, listo a sumergirse en esa libertad de movimientos controlados, al medio, entre los dos andariveles. Ahora su destino empezaba a perfilarse. A contornearse. A configurarse. ¡Escoje la palabra que más te guste y convenga, Benjamín! La palabra que te garantice el sueño. Que te dé tranquilidad. Que sea capaz de funcionar como compensadora de todas esas posibi-

lidades que nunca funcionaron, porque la vida no es perfecta, y no todo tiene que salirte como tú te lo has propuesto. Este país, el tuyo, en definitiva, jamás pensó que tus éxitos, que tus triunfos, que tus alegrías, serían las de esa legión de desamparados por la gracia divina y de este gobierno y de los otros gobiernos.

No sabía, pues, de qué hablar... ¿De él...? Pero cómo, cómo podría, si hacerlo era invitarla a su mundo, y su mundo se diluía sin percatarse de esa magia y de ese encanto con el cual funcionó con una naturalidad extraordinaria, tanto que ni él mismo se daba cuenta de cómo es que podía ser así de perfecto y transparente y excelente, mientras se convertía en adolescente y luego en joven. Su mundo se cubría de inesperados nubarrones, anunciaba una vida en tierra, en esta ciudad, en su futura familia, en su trabajo, y Maruja Montenegro, en tanto tabla de salvación, estaba condenada a hundirse bajo su peso, porque toda tabla de salvación sirve solamente para salvar a quien se acomoda encima, pero nunca es recogida por ningún pescador cuando se aproxima a la otra orilla. Es un mero buque de carga; un carguero...

Benjamín Hassler la ahogaría, de eso se daba cuenta muy bien Clara Hamann, y la dejaba hacer ese papel de imbécil que se entrega íntegra por amor, porque ella se lo comería todo una vez que Maruja Montenegro lo hubiera transportado por las agitadas aguas de ese sótano humedecido. Benjamín Hassler la hundiría de pies a cabeza, hasta el fondo de esas piscinas de El Pellejo, la Nipón, la Olímpica, la del puerto, recintos que cobijaban el agua sin dejarla salir por sus costados. Estoy seguro de que la recogería inerte, empapada, con su cortísima cabellera pegada a las sienes y escupiendo agua. Benjamín Hassler la sacaría de allí y la tendería en el borde de la piscina matándola con su respiración artificial, esos besos, como lapas, en su boca abierta, introduciendo una lengua triste y buscando por los interiores un sabor que la devolviera a la vida. La besaría resucitándola. Hundiría sus dos manos en su

pecho con la intención de sacarle el agua por la boca y devolverle la respiración acompasada. Pondría su oído en su corazón. Hundiría las palmas de sus dos manos juntas en su pecho. Sus senos serían dos promontorios extraordinarios, pequeños pero erguidos, cuando la hiciera tropezar contra las losetas al borde de la piscina.

Maruja Montenegro lo estaba esperando en una esquina, no muy lejos del banco. Se sabía contemplada por los transeúntes de andar cansino y sin brújula, porque en esas zonas de la ciudad, en la parte más antigua, no existían muchachas como ella con las cuales se pudiera fantasear con una próxima vida en común. Ella estaba colocada, de golpe, sin mayores explicaciones por parte de su familia, en el área financiera y comercial de Lima. No era la tan temida jungla de las urbes cosmopolitas, pero a esa hora de la tarde bullía por sus arterias una sangre licuada por las pasiones del dinero y la soledad. Benjamín Hassler no tardaría... No debía demorarse tanto, sabiendo cómo era esta gente al salir de las oficinas.

Se mantuvo erguida mirando con displicencia hacia la otra vereda. Todos los automóviles que rozaban su silueta se detenían y esos tipos la contemplaban como para llevársela a un arrabal y tirársela con desesperación. Los peatones, más moderados, se limitaban a cirlarla o a mirarla con angustia, como si hubiesen estado enjaulados en cubículos parecidos al de ella en el sótano del banco. Todos le parecían o viejos o depravados o ridículos o pendencieros, dispuestos a comprarle por unas horas su cuerpo. Alquilar, mejor. Pagarle a plazos unas horas de su compañía. Maruja Montenegro nunca supo por qué ningún hombre, jovenzuelo o caballero, se le acercó las veces que ella esperaba a Benjamín Hassler en una de las esquinas aledañas al banco, bien paradita, con su carterita sostenida del antebrazo, mirando a diestra y siniestra con tanta ansiedad. Es cierto que tampoco se formulaba esa pregunta. Pero la verdad es que nadie se le acercó. De repente, en su rostro yacía un extraño gesto de mujer comprometida con su destino, que im-

pedía que los hombres se le acercaran sin correr el riesgo de alterar las grandes fuerzas del tiempo, programado para modificar esa delicada figura en un cuerpo de tempestades no calculadas. Vaya a saber qué, pero no pasaban de los gritos, los silbidos y hasta de los insultos:

—Bomboncito, ricura, mamita...

No puedo creer que esos oficinistas no contemplaran la posibilidad de que una mujer a esa edad, parada allí, en esa esquina, más de diez minutos, pudiera ser abordada civilizadamente con el propósito de ganársela, engañarla, invitarle un té o un café y luego desaparecer por los recovecos de esta ciudad, sacarla del damero, llevarla hacia el malecón y acompañarla a su casa mancillada, bien culeada, porque se lo merecía esta chiquilla que juega con su cuerpo, con su destino, con sus cartas, escasas, sobre la mesa, parada en esa esquina esperando a un jefe, a un directivo, a un señorón, a un muchacho de alcurnia que la tiene como si fuera puta en plena calle. Porque después de ocho horas de oficina, incluyendo el refrigerio, esta muchacha debería detenerse solamente para tomar un ómnibus que la trasladara directamente a su casa. Alguna razón, pues, debía de tener para no dirigirse inmediatamente allí.

Benjamín Hassler sobrepasó el vehículo y la invitó a subir con un ligero movimiento de cejas. Previamente había levantado el pestillo para que la puerta se abriera con un leve movimiento. Maruja Montenegro ingresó tomándose todo su tiempo, se acomodó en el asiento y se dignó mirarlo casi de costado. El automóvil se desplazaba lentamente por una callecita congestionada del centro de la ciudad. Buscaba un rumbo que los sacara del movimiento descontrolado, de esas personas que salían de sus guaridas e intentaban ganarse unas horas de descanso, aprovechando los establecimientos a la luz de la tarde. La tarde se estaba yendo, además, y Benjamín Hassler era quien tomaba las decisiones, pues sabía perfectamente que Maruja Montenegro estaba a su entera disposición. Podía

invitarla a tomar lonche; a pasear por lugares reservados; a un hotel, un hotelito barato o uno no muy barato, dependía de sus economías pues a mi padre no le iba mal, pero tampoco le iba bien. Mi abuelo, prácticamente un alemán, consideraba que un hombre casado es un hombre casado, responsable de sus actos, de su mujer y de su economía doméstica. Mi padre me contaba, a manera de advertencia, que mi abuelo una vez le había dicho con toda la claridad del mundo que las entradas del cinema se las debía pagar él mismo; la de él y la de su esposa, porque estaba muy bien que toda la familia fuera a la vermouth del Metro, pero que no podía pagarle la entrada a un hijo que estaba casado. Ya le había pagado, además, su educación inconclusa en Alemania. Lo había colocado en el Banco Alemán. En el Hipotecario. Le había entregado una sección independiente de la casa de Arenales. ¡Por lo menos podría pagarse la entrada al cinema!

Benjamín Hassler debía adivinar, al menos por su tono de voz, adónde le provocaba ir a Maruja Montenegro. ¿Dónde...? ¿Dónde...? Llevaba dos años de casado, y tres años saliendo con Maruja Montenegro prácticamente todas las tardes, después de recogerla de una de esas esquinas repletas de gente, para que pudiera pasar desapercibida. Ella todavía tenía el límite de la noche. Su familia empezaba a preguntar si regresaba demasiado tarde, aunque ambos sospechaban que algo deberían suponer esos dos viejos. Nunca supo a ciencia cierta lo que éstos harían si averiguaran que ella frecuentaba la compañía de un hombre casado; o si Maruja se formulaba, ella misma, ese tipo de interrogantes; por ejemplo, si esa posibilidad les parecía correcta o indigna o si ya no les importaba porque se encontraban en los tramos finales de una vida que valió muy poco, que no le interesó a nadie, y si no la hubieran vivido nada hubiera dejado de pasar. Nada, par de viejos reblandecidos roncando delante de su radio, mientras se les paseaba el alma, y la Marujita, la joyita, la inversión de su vejez, se entregaba a los brazos y a las piernas de ese atleta en los hoteles menos imaginados.

Demasiadas preguntas para que fueran de la mano de una aventura que empezaba a parecerse a una preocupación, como suelen concluir las aventuras una vez que nadie es capaz de detenerlas. Benjamín Hassler sostenía el timón con una sola mano y con la otra intentaba acariciar los dedos de Maruja Montenegro.

—Te has enfriado —le dijo.

—Sabes que no me gusta que te demores. Pasan muchos hombres y me dicen groserías por culpa tuya.

¡El brillo de una aventura en una ciudad sin aventuras! Porque ésta, podía empezar a reflexionar, va perdiendo el ímpetu de los primeros momentos, y aunque esta mujercita fuera todo lo joven que una mujer pueda ser, a Benjamín Hassler se le hacía difícil olvidar que ya estaba casado. Al menor descuido, la aventura podría adquirir el cariz de un compromiso.

Porque mientras iban avanzando por la avenida Wilson, tratando de salir de los atolladeros del centro de la ciudad, rumbo al sur, para tomar luego la Arequipa y desaparecer entre las sombras de los árboles y el silencio de los lugares apartados, Maruja Montenegro pudo muy bien haberle preguntado, por ejemplo:

«Si has decidido casarte con ella, por qué sales conmigo...»

Pero no lo hizo.

Mantenía su rostro cerca de la ventana del automóvil, concentrada en pensamientos difusos, como si la noche de hoy fuera diferente a la de la vez pasada, o si este mes pudiera diferenciarse de los anteriores, y así, de año en año, hacía años que su amor se había convertido en una aventura, y su aventura, ahora, se transformaba en una serie de escapadas programadas alrededor de la oscuridad.

También pudo haberle preguntado:

«¿Eres feliz con ella? Y si eres feliz, ¿por qué insistes en buscarme...?»

Peor aun:

«Si eres infeliz, ¿por qué te casaste...?»

Pudo haberlas hecho, pero entonces hubiera tenido que interrogarse a sí misma con preguntas que no estaba interesada en plantearse.

«Por qué salgo yo contigo, si tú decidiste casarte con ella...»

O:

«Si decidiste casarte, eso querrá decir que la amas más que a mí... O que a mí no me amas realmente... O qué es amar realmente... Quizás amas a las dos; o a mí, al no casarte conmigo...»

¿Podría hacerse Maruja Montenegro esas preguntas? Podría hacerlas sin romper la armonía de esos cinco años, saliendo como una gata de los sótanos de la ciudad para fornicar con ese joven estupendo, sin ser por ello considerada una verdadera puta que vende, no su cuerpo, sino los mejores años de su vida, esos años que nunca volverán, muchachita, porque sigues sin entender nada de nada, de lo que se trata es justamente de sacarle provecho a estos años en que tienes ese cuerpo, porque después, pequeña imbécil, no saldrás a ningún lado y serás la sombra de una mujer, esa cosa que los hombres ni miran cuando pasan a su costado. No; no podía hacerse esas preguntas. Maruja Montenegro tenía una fuerte conciencia de la realidad, de los movimientos en un presente tangible, y estaba dispuesta a recorrer esas noches en la compañía de Benjamín Hassler, porque era la única forma de salir de ese barrio de quintas, vecinas, escobas, pasajes, números, letras, fachadas descascaradas, batas y zapatillas de levantar, que eran su vida, la vida, hijita, trabajando en ese banco puesta allí por su padre utilizando los pocos contactos que le quedaban.

Esas preguntas eran medio tontas, como para perder tiempo o para ganarlo, ahora que el automóvil avanzaba sin rumbo preciso por unas callejuelas de uno de esos barrios semiperdidos: Magdalena o San Miguel, viejos barrios que avergüenzan a quienes se han tenido que quedar allí, a aquellos que no han podido salir de sus linderos. Mujeres resignadas a tener

que ser recogidas en automóviles que las tipifican como mujeres que hay que ir hasta allá a recoger, para traerlas luego hasta acá, sin ser mostradas. Porque Maruja Montenegro, esta pequeña y bella mujer de unos veintidós años, nunca había sido mostrada al público. Era una relación de barrios como éstos, por los que el vehículo de Benjamín Hassler transitaba a no más de treinta kilómetros por hora, porque algo buscaba. Buscaba un lugar. Un sitio. Un hueco.

Banalidades, tonterías, bellaquerías; cosas de mujeres, tan preocupadas como siempre por los detalles de la vida diaria, como si no los conocieran, como si no midieran las consecuencias de sus actos, como si no supieran que la pasión es una calentura buscada en todos esos prolegómenos que van desde las caricias, las agarradas de pierna, hasta la manera como le levantaba el vestido, mientras la mano recorría sus muslos, se prendía de la cintura, rebuscaba por las nalgas, la alzaba un poco del asiento y se la colocaba en la raya, bien puesta, agitando los dedos. Con la otra, claro que reconocía el trayecto de la otra mano, desabotonaba la blusa, la abría toda, desabrochaba torpemente el sostén y empezaba a besarle los pezones, el vientre, bajaba y bajaba, descendía con sus labios, debía desabotonarle la falda, la falda estaba apretujada por arriba y por abajo, ahora debía, entonces, subirla encima de él, treparla y sentarla con las piernas abiertas para que su sexo, ya tenía desabotonado ese cierre de mierda, se introdujera en esa pulpa caliente, ahora incrustada encima de él, y podría moverse lentamente, aumentando la velocidad, apretándola y sintiendo que llegaba a un orgasmo apresurado.

Porque la pregunta era:

«¿Soy como ella...?»

Y si no lo era:

«¿Cómo soy...?»

Y si lo sabía, a qué la pregunta, ya que ella era capaz de distinguir esa manera de formularla de aquella otra, que podría ser más o menos así:

«Sé qué o quién soy. Falta saber cómo soy, para que me trates como me tratas, obligándome a fornicar en tu auto. En el parque de la Reserva, donde estoy segura de que no has llevado a tu esposa; por qué a mí y por qué fui. Sí: yo había aceptado. Desde el primer momento, con mis buenos dieciocho años, acepté que me hicieras el amor entre los arbustos».

Porque también podría hacerse la última pregunta:

«¿Somos iguales...? ¿Al menos lo mismo...?»

No sabemos, no lo sé, en verdad tampoco sé si mi padre supiera si Maruja Montenegro se formulaba ese tipo de preguntas cuando iba a su lado, en ese automóvil, rumbo a lo desconocido. Pero eran las preguntas que Maruja Montenegro se debería hacer a sus veintidós años, porque ya tenía veintidós años, y tuvo, en su momento, veinte años, aquellos que no se vuelven a repetir, porque estaba allí, en ese preciso instante, en San Miguel o Magdalena yéndose con Benjamín Hassler a recorrer el tramo inicial de la noche. Es muy probable que se hiciera esas preguntas y no con la cabeza necesariamente. No con el corazón ni con el hígado. Era muy joven para hacer funcionar el hígado. Las preguntas tendría que hacérselas con su sexo, con su bellissimo sexo oculto bajo una mata casi transparente de vellos tan negros como sus cabellos y tan cortos como ellos. Un sexo dispuesto a abrirse lentamente al compás de un estiramiento a lo largo de su cuerpo.

Iban en silencio.

Llegaron en silencio.

Lo hicieron en silencio.

Ya habían estado en esa casa, propiedad de unos amigos que trabajaban en el banco y que respondía al apelativo de El Matadero. El único que asistía con regularidad era mi padre, y siempre con la misma mujer; con Marujita, la pequeña diabla con la cual se había en verdad desposado, porque mantenía una fidelidad asombrosa. Desde su experiencia burdelera en el 20 de Setiembre, Benjamín Hassler mantenía con las mujeres una relación bastante precavida, y solamente llegaba a la inti-

midad de la desnudez de los dormitorios después de largas y dilatadas aproximaciones. De alguna manera, tenía que sentir algo que se pareciera al amor. Amor no era, de eso estaba seguro, porque quién iba a ser tan calzonudo de hablar de amor cuando se estaban desnudando para hacer sexo. Sexo y amor, viejos temas que se replanteaba a su antigua manera, necesitado de un lazo, de un vínculo. Benjamín Hassler estaba obligado a crear una relación para poder funcionar como un caballero. Se diferenciaba de Cucho Rávago, compañero de estudios en Alemania, que se jactaba de enumerar y rememorar a todas las mujeres a las cuales él había hecho el amor como si fuera una bestia entendida, fuerte, sin retener sus nombres.

Sus estudios de medicina, por fin, le servían de algo: lo terminaron por convencer de que hacer el amor no tenía necesariamente que ver con el amor, y que el amor, ese sentimiento romántico, no estaba en la obligación de traducirse en atracción sexual.

Ésos eran viejos temas en las lucubraciones de mi padre, pero ahora estaba decidido a aceptar que el cuerpo de Maruja Montenegro lo transportaba a un cielo maravilloso de lujuria. Ella no era una puta. Nunca lo sería. Su olor desprendía una ternura inmediata, como si fuese una cabaña abandonada en un bosque de estrellas dispersas.

Ese sentimiento romántico... ¡eso era el amor! Un sentimiento, solamente un sentimiento. Trataba de convencerse a sí mismo de que Maruja Montenegro estaba allí, a su lado, en esa casa que empezaba a apestarle porque guardaba los olores de otros cuerpos y de otras transpiraciones y de otros alaridos. A pesar de descubrir en sus ojos una mirada acechante, Benjamín Hassler insistía en postular que el amor era sobre todo un sentimiento romántico.

El cuerpo de Maruja Montenegro, y la manera como se le entregaba, lo hicieron dudar con mayor frecuencia. Ese cuerpo era único, y no necesitaba conocer otros cuerpos para co-

nocer el amor. El amor se presentaba tal cual a través de esos movimientos placenteros, diestros, frenéticos, como una forma de decir: «esto soy, esto es, esto somos, Benjamín».

Pareciera ser que cuando su cuerpo se dirigía hacia el de él, Maruja Montenegro encontraba el momento necesario de libertad, olvidándose, incluso, de ella misma, casi como si se apartara de su cuerpo, como si levitara, y lo dejara actuar con todas sus consecuencias. Eso era entregarse. Sentir que en el movimiento mismo, permitiéndole que ingresara, ella misma se entregaba. Y lo gozaba con locura. Y empezaba a moverse muy lentamente. Buscaba sentir aquello que no existía fuera de ese momento. Lo buscaba como si se le fuera a extraviar. Lo miraba a la cara, ya que gozaba haciendo el amor con los ojos abiertos. Mirándolo.

La forma como la fui tocando con los dedos y las palmas de las manos la ponían fuera de sí. No conservaba una postura sino que la cambiaba por otra y por otra, hasta que se relajaba y se estiraba boca arriba, de costado, con las piernas semiabiertas a un extremo, su tronco al medio de la cama. Yo miraba su progresiva transformación y la sentía, de pronto, como si me perteneciera. Entreabría los labios, suspiraba bajo, cerraba tenuemente los ojos y esperaba a que la lamiera íntegra, como si yo fuese una serpiente. Su sexo era una gruta de aguas cuya procedencia ignoraba. Estaba lista a recibir un balazo en la cabeza. Se me ofrecía como la naturaleza ofrece sus dones: sin nada a cambio, sin recompensas, sin deudas. ¡Era mi tabla de salvación en alta mar! Hasta que no ingresara del todo, mantenía esa compostura de viento en calma, pero una vez que yo estaba totalmente encima, separándome de ella tan sólo con los brazos semiextendidos, la oía musitar, desvanecerse en un acto tan simple y oscuro a la vez, que podría hacerlo exactamente igual con otro hombre; con otro empleado u oficinista del banco, con el hijo de ese gerente general o de crédito o de moneda extranjera, con todos ellos podría Maruja Montenegro gozar como lo estaba haciendo ahora con mi

cuerpo; sí o no, sí o no, en un lugar como éste al cual había ido exclusivamente para hacerlo.

Para hacer el amor y no otra cosa, a eso habíamos ido. El sexo. Eso significaba que ella, desde las cinco de la tarde, mientras contemplaba el reloj, ya fuera en su oficina, en el hall, en la puerta, en la esquina, se anticipaba a este momento único. Lo tenía fijo en la cabeza. Lo recreaba, porque lo había hecho conmigo o con otros. Era capaz de imaginarlo y anticiparse a cada uno de sus momentos, y por esa razón es que deseaba volverlo a hacer. Maruja Montenegro estaba, de acuerdo a la lógica, casi desnuda y fornicando en plena calle mientras esperaba erguida, soportando las insinuaciones de esos hombres grotescos que se le mandaban de hacha: pimpollo, ricotona, un polvito, una chupadita, esperando el momento en que yo la trajera hasta esta casa.

No era, por cierto, la primera vez; y cierto también que sí hubo una primera vez. La famosa primera vez después de los almuerzos fugaces en el café de los oficinistas del banco, después de los atardeceres o de tomarse una copa en el Suizo de La Herradura; porque después de las miradas solamente quedaba una cosa por hacer.

El amor, Benjamín, anímate a compartirlo con ella, a ser esos cuerpos ávidos de estar en una cama revolcándose, lamiéndose, cambiando de posturas, de miradas, dejándose llevar por un camino en el cual tu automóvil los llevará, sin lugar a dudas, a la casa de los colegas del banco, porque eso eran esos oficinistas. La época de los parques, de las caminatas, de los hoteles a salto de mata, había terminado y daba paso a la casa de San Miguel administrada por los bancarios.

Maruja Montenegro está ante ti ahora como un terrible dato de la realidad. Existe, incluso ahora, en el momento en que te vuelves a vestir —saco, pantalón, zapatos— alejado ya de su fragancia escondida en la cabellera húmeda de las sienes. Muy bien podrías haber dicho: «viví unos instantes en ese cuerpo, estuve en ese color ocre cuando la piel se oscurece en el esfuerzo; una candela entre las extremidades».

Como haya sido, en todo caso, fue.

Después dijiste algo de ese hijo que aún no conocías. Se trataba de una experiencia nueva, llena de expectativas, de temores, de frustraciones, de responsabilidades. Le hablaste de un hijo. Lo nombraste. Le diste vida desde el momento en que, mirándola por el rabillo, cuando sorbías el café con leche en el Romeo de la avenida Brasil, antes de la despedida, lo pronunciaste en voz muy baja.

Y ella dijo algo así: «esa carnecita con alma».

Qué habrá querido decir, pensaste; qué es lo que me habrá querido decir. Pero eso lo pensaste después, cuando ya la habías depositado en su casa y retornabas a la nuestra, donde mi madre aguardaba tu llegada entre acechantes preguntas.

Después fue cuando dijo:

—No podemos continuar.

O fue: «no podemos seguir juntos». ¿Qué fue lo que dijo? ¿Qué fue...?

La dejaste en la entrada, sin siquiera cruzar la reja, solamente esperando desde el automóvil a que la abriera para internarse en ese corredor oscuro, no sin que antes te hiciera adiós con la mano. No subiste su escalera. No conociste a mi familia. No la conociste. Yo me había preparado tanto para ese momento. Lo había imaginado como una película nítida y era capaz de repetirla sucesivas veces, exactamente igual, verla mil veces, me encantaba la historia, su argumento, el galán, los actores. No pude presentarte a mi padre; un buen hombre, honesto, recto, envejecido. O a mi madre. Benjamín, Benjamín.

Si fue así, debió ser de ese modo.

Porque ya era tarde, estaba apurada, y debía dar una serie de explicaciones a su familia.

V

Por más que en algunos momentos me asalten pensamientos sobre lo que somos capaces de recordar, me es difícil volver a esos años en que mi padre se fue de casa. ¡Es que no lo sentí irse! Lo hizo de noche, a escondidas. Se fue como los caballeros, llevándose su ropa y algunos libros; imagino que se liberaba del peso de todos los objetos que fue acumulando durante sus años de casado. Se fue, y al día siguiente, muy temprano, escuché ese nombre que nunca podré olvidar:

—¡Ruth Ostolaza! ¡Que Dios te maldiga!

Las mujeres establecen una extraña complicidad que les permite dividir al mundo entre quienes resultan leales al grupo femenino y entre quienes, traicioneramente, atentan contra él. Las mujeres que son capaces de robarle a una su marido, son unas rateras. Esas mujeres son de lo peor. De la peor especie. Y Ruth Ostolaza encarnaba con una claridad meridiana ese tipo de mujer.

Lo que sí recuerdo, es la casa. A los veinticinco años, edad que tenía en ese entonces, no solamente somos afortunados si nuestro organismo funciona bien, sino si la casa es desde la infancia un organismo excelentemente sincronizado entre las personas que comparten una misma vida, y allí, la mía, debo decir que encajó perfectamente. No recuerdo peleas. Mi padre jamás le levantó la voz a mi madre ni le puso la mano encima.

Un poco como que mi infancia se clarifica en el momento en que nos mudamos a la casa de San Isidro, cuando mi padre

inauguró la piscina. La Academia de Natación que le devolvió, de golpe y porrazo, la seguridad extraviada en esos penosos años en que depositó su vida en el sótano del banco. De eso sí que no me acuerdo. Era probablemente un pequeñín súper cojudo. Después me convertí en una especie de sobrado, en ese barrio de calles protegidas por todos los árboles de la ciudad, como si solamente en esas zonas pudieran crecer y solamente allí lloviera. Jugábamos todos los juegos imaginables, y las mañanas y las tardes, durante el verano, las pasábamos en la piscina. Tenía que sacar pecho. Yo todito era un pecho levantado. Aunque un poco esmirriado, me esmeraba en levantar el pecho, meter la barriga y ser un adolescente contento conmigo mismo, como si todo fuera un verdadero hobby.

La vida en hobby es macanuda, y muy difícil de explicar en un país como éste, en que toda actividad es el resultado de un esfuerzo agotador, de una travesía miserable, y el encanto, el juego, la fascinación, solamente son lujos entre unos cuantos privilegiados. La palabra privilegiado suena como una cachetada a la pobreza. Es un insulto que tiene, al mismo tiempo, una oculta atracción. A los privilegiados provoca matarlos, aplicarles la justicia de los pueblos, y simultáneamente tomarse un trago con ellos al borde de la piscina, tirarse a una de esas hembras que están buenísimas, que conocen de tantas cosas y no acostumbran vegetar entre las cocinas, como irremediablemente lo hacen nuestras señoras, mi estimado dirigente, dirigente de esta recua de misios cagones, cuando podría yo también convertirme en uno de esos privilegiados. Y claro que los hay: privilegiados que se llaman reyes, de la papa, del camote, de la pasta, de las blancas, de los chibolos, una serie de reyezuelos que son unos verdaderos privilegiados: de los partidos políticos, de los sindicatos, de los gremios. Pero la vida en hobby es otra cosa, muy difícil de explicar, porque está asociada a la idea de los privilegios y de los privilegiados.

Éramos, sin querer, los rubios de una ciudad en la cual los rubios todavía teníamos la raza de hacer las excentricidades más

radicales, porque no es que todo nos estuviera permitido, sino, más bien, creo, porque no le debíamos explicaciones a nadie. No solamente éramos parte activa de la vida en hobby, sino que actuábamos sin responsabilidad. Llana y sencillamente porque nos daba la gana.

Después he debido dar muchas explicaciones. Incluso excusas. Pero cuando estuve en el colegio inglés no tuve necesidad de dar ninguna explicación. Es una sensación difícil de transmitir. Es algo así como si la vida fuese un hobby, un asunto de prolongar la infancia con ama, empleada y cocinera, cuidándonos siempre, para que hagamos lo que verdaderamente nos pase por la cabeza. Hasta que vi el espectáculo de ese atleta, creo que me impactó o hubiera debido impactarme si es que no lo hizo, haciendo ski en Ancón y pasar por encima de un cuerpo que resultó ser el de una muchacha en su plena juventud, y decapitarla de un zarpazo como inesperado corolario de esta cultura hobby. Con toda la velocidad de esa madera que sostenía a ese muchachote cotizado, que por un acto de irresponsabilidad del piloto se acercó a la orilla para que la gente pudiera ver y admirar a esos mastodontes esbeltos y adinerados practicando su hobby, sin dar explicación alguna, mientras el agua se ponía roja, un charco de sangre en la herida del pueblo, y luego la sal lo cubría y lo escondía y su cabellera se desplazaba por entre el espanto. En esas épocas los hobbies no estaban bajo el aburrido resguardo de la ley. El asunto era justamente cagarse de risa en la ley.

Al color rubio se añadían todos esos instrumentos que perfilan mejor la vanidad. Tuve una excelente bicicleta en el momento preciso, entre los once y los trece años. No como otros amigos del barrio que llegaban tarde a las etapas de su vida, y a quienes la bicicleta les servía para fines prácticos. Qué era eso de tener una bicicleta para que me llevara o me trajera de la Gran Unidad Escolar donde tramitaba un par de cursos en la vacacional para desaprobados. La Gran Unidad Escolar Alfonso Ugarte donde iban todos los jalados del colegio a meter

vicio, pasearse en el cursito de inglés y tirarles las matemáticas por la cara. La bicicleta era parte del cuerpo; al mismo tiempo era un objeto que no tenía nada que hacer con el cuerpo, como una camisa, cambiando de camisa, las dejábamos a la entrada de las casas de Ancón, las dejábamos en el malecón, las abandonábamos, nadie, nunca, se preocupó por su bicicleta. A los catorce tuve mi moto. Y la tuve antes de los quince, porque la gracia era tenerla antes de la edad permitida, el asunto era romper la norma, y tener la moto que envidiaban todos, y que me permitiera visitar a Bonnie, una gringuita que sí chapaba desde los doce años, le gustaba que la manosearan, venían de todos los barrios con moto, y le metían la mano por entre las piernas. Yo también lo hice gracias a mi moto de los catorce años. Y Bonnie se me echó y yo no miraba a nadie. La gracia era no mirar. La vida en hobby significaba sobrada, tenías que ser sobrado, porque no necesitabas dar explicaciones.

Imposible andar metido en los veranos anconeros sin ser un miembro exclusivo de la vida hobby, en este país que miraba los hobbies como practicados por marcianos capaces de hacer extravagancias carísimas, sin siquiera mirarlos. De alguna manera eran los espectadores lejanos de esos acróbatas y de esos culos que jamás tocarían, como si el color blanco no existiera y no lo pudieran ver. Esos culos anconeros que la televisión reproducía en blanco y negro en su programa dominical *High Life*, se paseaban por la playa estrecha o se lanzaban al agua desde unas lanchas o yates para volver a aparecer refrescantes y bellísimos. Me encantaba hacer ski cuando nos invitaba mi tío Herman a su departamento en el Neptuno, ese edificio moderno, en una de las curvas del malecón, desde donde los espacios de la bahía resultaban amplios y muy propios. Mi padre se contorneaba entre las olas con los dos pies en una misma madera, mientras mi tío Herman y mi tía Lidia se recostaban en el asiento de atrás de la embarcación. Mi primo Carlos Fernando y yo acompañábamos al conductor, el

gran cholo Elías, verdadero artista de los encontronazos y escapadas entre las eventuales olas de la bahía más mansa del mundo. A mí me encantaba sentir la brisa en la cara y no necesariamente retener la mirada de los bañistas sin distinción de edad o color. La inutilidad del pueblo resultaba pasmosa. El pueblo miraba todo lo que los miembros exclusivos del privilegiado mundo de la vida en hobby realizaban ante sus narices y barrigas, cuando se acercaban para asustarlos, alejándolos hacia la playa, corriendo de espaldas, tropezándose entre ellos, sosteniendo sus gastadas ropas de baño o calzoncillos.

La gracia estaba en lucirse ante las hembritas de la vida en hobby, que miraban seducidas la destreza de esos jóvenes en el mar. Muy rara vez nos íbamos donde los cholos se bañaban, a un costado de la bahía. Exactamente igual que en La Herradura, todos apiñados en la zona de Las Gaviotas, donde la gente estaba, porque la otra era la mancha o una eventual escapada y vamos a asustarlos, compadre, de repente liga con una choli-ta linda, sus ojos negros avispados de terror, y su piel colibrí suavecita como la cáscara de un mango. Cualquier lugar adonde los exponentes de la vida en hobby fueran, el pueblo se convertía inmediatamente en el público espectador: carrera de motocicletas, de motonetas, de motos, avioncitos conducidos a control remoto, avioncitos de madera balsa, carritos de carrera, carros de carrera, ski, ski en el agua, ése, ése tenía además un mágico encanto porque el ambiente era de lujuria y perezoso peligro: este pueblo no sabía ni nadar, nadar era un verdadero lujo, el entretenimiento por excelencia de estos privilegiados, porque a la primera brazada te das cuenta si es una bobalicona, una mujer del pueblo, una riquísima hembrita de la esencia del hobby o un muchachote diestro en todas las actividades del cuerpo, fuera y dentro de la lancha, fuera y dentro del departamento, fuera y dentro de la camisa semiabotonada, de sus mocasines sin medias, de su bicicleta, motoneta, carrazo, primo, una vuelta, una sacada de mitra, un polvito, su buitreada, su dormidita, y después la voz de la querida mamá,

sírvanse jóvenes, pasábamos a la playita cerrada y privada del Yacht Club, y a su cuenta Carlos Fernando y yo nos pedíamos, por lo menos, sus buenos cuatro vodkas cada uno.

No todos eran rubios, pero el sol de esos veranos anconeros volvía rubios los cabellos castaños y castaños los cabellos negros. Era como una corona en el cráneo que garantizaba y permitía y perdonaba eventuales errores. Nuestro apodos, por ejemplo, brillaban como la luz dando de golpe en un ventanal: Mango, Colorao, Chiqui, Chichi, Pocky, Pinky, sonaban a fruta, a sal, a arena, siempre con plata, pero a plata distinta: tropical, ganada sin esfuerzo, sin esos horarios, esos ternos, esas reuniones de directorio, ganada misteriosamente, porque las pocas veces en que estos señores han salido de personajes, nunca trabajan. Son unos verdaderos laucheros de los negocios. Esos gringos del hobby pagaban carísimo por sus juguetes, porque si los juguetes ya son caros, los juguetes de los grandes son recontracaros: unas vueltitas de carrera por el Campo de Marte, unos veleros, una carrera por las carreteras del Perú, a pulso, Chato, a puro nervio, dándole vueltas a la geografía porque me sale del forro, dispongo de tiempo, tengo de dónde: apellidos complicadísimos, Block, Bradley, Hearns, Cockburn, todos esos locos del hobby con plata, eran los principales personajes de la película y en technicolor para esta tanda de cholos en calzoncillos, con la boca abierta y la panza al aire, que se chupaban el dedo de emoción y gritaban ahhh... ahhhhh... mira... y zumbaban las motos, las bicis carísimas, armadas pieza por pieza en Italia y las lanchas, qué te digo, los skis, los carritos para mantener feliz a esta población indígena que se emociona como si le mostraras un espejo y que al mirarse la cara sale corriendo de espanto. A ellos se unían apellidos más nuestros, como Peter Herrera, Tony Benavides, el Flaco Barreda, el Gordo Bossio, el Pecoso Belmont, chuchas, todos chuchas, chuchanboys, tiraban caminadas por el malecón, puesto allí como un escenario donde esta geografía, esta ruma de cerros, ríos, desiertos, pampas, cuen-

cas, lagos y lagunas, pudieran sentirse pletóricos, representados, y ganarse así con esas pintas punta en blanco, sin medias, por supuesto, bronceados al bronce, la admiración de este pueblo noble, al fin y al cabo, de buen gusto.

Mi papá acababa de dar su círculo con el ski y me cedió el turno. Lo recuerdo clarito. Mi tía Lidia me daba ánimos con la mirada, con su sosegada y bella mirada, porque mi tía Lidia fue la tía más hermosa del mundo. Mi tío Herman ya estaba en otra. Por lo general, nunca estaba en el lugar que ocupaba su cuerpo, porque su mente se adelantaba a los sucesos y fijo que ya estaba pensando en el momento de los drinks y en el almuerzo y en todas esas personas importantes que empezarían la reunión informalmente en el Yacht Club y luego subirían al departamento del Neptuno, no sin antes darse otro baño, pero esta vez en la dársena del edificio, una playita sin arena a modo de piscina salada, donde había una especie de embarcadero privado y un trampolín de piedra. Mi primo Carlos Fernando me sacaba pica porque sabía que el anconero era él y no yo. Yo estaba entre ser un gordito deportista, un sobrado con motoneta o un imbécil que empezaba a darse cuenta de las angustias y amarres que ocurrían alrededor, en este alrededor tan diluido en la resolana, pero no por ello menos drástico. La hermosura de la bahía se podía apreciar muchísimo más desde la perspectiva del mar, puesto que se trataba de una semiluna, con su plaza principal recostada hacia la izquierda, su iglesia, su cinema caluroso, su café D'Onofrio, su chino clásico en la esquina, las callecitas paralelas al gran malecón, con sus portales de madera y sus casas blancas y excelentemente ventiladas; con su Casino colocado al medio como si fuese el justo equilibrio, cerca del gran conjunto de edificios y, más hacia la derecha, dando la curva, topábamos con el Neptuno, el edificio de los drinks eternos del tío Herman, para desembocar en el Yacht Club y luego en la playa sin personalidad, la grande, Playa Hermosa, la que años después sería invadida por los pobladores del Cono Norte.

Salí bien, de entre las aguas, al primer empujón. El cholo Elías era mi amigo y lo hizo tomando todas las precauciones. Una vez en la superficie me sentí libre y empecé a mirar el perfil de los edificios bordeando la bahía. Era un verdadero Acapulco en pequeño. Un Acapulco sin hoteles, sin restaurantes, sin bienvenida a los foráneos: Ancón era un balneario *inn*, sólo para nosotros, y si por casualidad no han entendido y confunden esta playa con la de Santa Rosa, los sacamos a balazos. En Ancón nunca hubo un hotel ni un restaurante. Los extranjeros estaban allí, lejos, arrumados en esa playa amplia y sin gracia, donde la gente del pueblo hizo su sitio. Elías intentó acercarse a la orilla, pero sentí que mi tío Herman se lo impedía. En ese instante, cuando intentaba dirigirse hacia el fondo, donde el agua es aun más fría, notamos que la gente se arremolinaba alrededor de uno de los espacios de la playa. Ése es un típico espectáculo playero: gente curiosa que mira a un ahogado que sacan a rastras los salvavidas. Pero en esta oportunidad el drama no ocurría en la playa. Pasaba en el mar. Esos muchachotes que cruzaron con su lancha junto a nosotros y me quisieron sacar del surco y saludaron a mis tíos, se fueron encima de una muchacha que ahora está decapitada. No saben si fue la lancha o el madero del ski. La desnucaron. La decapitaron. El blanco y negro del programa *High Life* no sacó absolutamente nada de ese trágico accidente. La sangre se secó con la sal, desapareció y se llevaron a la chica a la playa, fuera de Ancón, a la ciudad, al hospital, a la morgue, al velorio y al cementerio.

Se bañaba, me imagino, como todas las muchachas tímidas de esos años, muy cerca de la orilla, pero debió meterse imprudentemente sabiendo que a esa hora y en esos días las lanchas son unas navajas sueltas. Estaba de espaldas. Jugaba con una amiga a tirarse el agua en la cara. Dicen que tenía un novio. Ni cuenta debió haberse dado. Lucianito estuvo en el interrogatorio de la comisaría y después en el del Palacio de Justicia. Los padres de la muchacha, que conocían a los padres de

Lucianito, ¡quién demonios no conocía de lejos a los padres de Lucianito!, intentaron que la justicia actuara, que entrara en acción, pero qué era la justicia en ese lamentable accidente, cometido lamentablemente por Lucianito, hijo de don Luciano, en Ancón, un sábado antes del mediodía, cuando no hay joven de esa edad que no quiera ser reconocido, arrastrado por su lancha en su ski ante la mirada de todas las chicas que miran hacia allá y no dan la espalda, como esta muchacha, la señorita González del Villar, crucificada en el mar, descabezada, eliminada por una tontería, señor, escribirían los periódicos de don Luciano, los amigos de don Luciano, que eran amigos de lejos del señor González del Villar, pero un poco menos, lo reconocían, sí, lo recordaban, un ejemplar empleado de una firma amiga que nunca se metió en líos ni participó en la vida de los sindicatos, a veces frecuentaba algunas veladas de trabajadores, pero jamás las altas finanzas y los negocios donde sí estaba don Luciano y muy pronto, qué duda cabría, Lucianito.

Fue un accidente y así tenía que quedar. Así debía quedar bien grabado en la memoria de los bañistas, de las personas, de la historia. Sobre todo en el corazón de los padres de esa infortunada mujercita que, aun sin cabeza, alguien descubrió que tenía un talle excelente, una cinturita de avispa, una delgadez con formas, una flexibilidad, porque deben entender que no hay accidente que no sea dramático por la casualidad, porque aquí nadie tuvo la culpa, y usted, señor, debería explicarle a su esposa todos los favores que ha recibido de nosotros, porque en última instancia, en la instancia suprema, su hija, la señorita González del Villar, ingresó a la institución por recomendación nuestra, le ruego que haga hincapié en este punto cuando converse con su señora, que la decisión, la última palabra, la firma, comprenda usted, es asunto de nosotros. Sepa usted que lo siento mucho por su señora esposa. Esto es una lástima. Mi hijo Luciano le expresa sus más sentidas condolencias.

A los diecisiete años, tiempo en que frecuentaba Ancón, sentí, además de la seguridad de tener un padre a la mano, su admiración. En alguna medida, era respetado, y curiosamente querido. A Benjamín Hassler lo quería la gente. La gente del pueblo y los anconeros viejos. Él hacía lo único que siempre hizo bien: nadar. Vivíamos al borde de una piscina, nos ganábamos la vida, qué feo suena, nunca nos la ganamos, la vivimos, la gozamos, la hicimos nuestra, al borde de una piscina en donde crecí, sin ser un nadador. Yo nunca fui nadador. Mi madre lo acompañó en la Academia durante numerosos veranos, desde la clase de las ocho hasta la clase de las cinco, de lunes a sábado, caminando como caminan las alemanas, llevando en la mano la lista de las clases y preparando sus cakes para todos aquellos que descansaban durante los quince minutos de gimnasia.

Ella nunca entendió las razones que Benjamín Hassler pudo haber tenido para dejarla por Ruth Ostolaza. Que Ruth Ostolaza lo quisiera, era comprensible. Que ambicionara ser su amante, podría llegar a entenderlo desde un razonamiento de mujer. Pero que Benjamín Hassler le viera algo; qué podría haberle visto, se desesperaba mi madre. Si esa mujer no tiene nada, ni arriba ni abajo...

—Ruth Ostolaza. ¡Que Dios te maldiga!

Cuando al día siguiente de la partida de mi padre encontré a mi madre, recién me di cuenta de su ausencia. Desde ese momento, las historias descabelladas, persecuciones de celos de parte de mi madre, histerias, gritos contra la tal Ruth Ostolaza, adquirieron un perfil mucho más claro y dramático. Una especie de soledad presente y futura cogía los nervios de Clara Hamann, endureciéndole el rostro y marcándole aun más su mentón, su nariz, los nervios de toda la cabeza, que se ponía rígida como una estatua hecha en piedra dura, hasta que el tono mismo de su voz se hacía alto, asumía la delgadez de un silbido y perforaba los tímpanos como si te estuviera gritando siempre, castigando siempre, informándose de las desdi-

chas de las otras mujeres con el propósito de compararse y saber cuánto daño le hizo a ella el abandono de Benjamín Hassler.

—¡Ruth Ostolaza! —gritó Clara Hamann—. ¡Chola de dos por medio! Debes darle gracias a Dios que por ti haya dejado su casa.

Y lo dijo así, de golpe, sin mirar a nadie. Ni siquiera le importó que yo estuviese observándola y tratando de acompañarla, porque desde el momento en que Benjamín Hassler se fue de la casa, habló esencialmente para ella misma. Lo dijo como si Benjamín Hassler hubiera abandonado el país, el país que ella conocía: este barrio con todas las calles y significados trazados; esta esquina, acogedora y apacible; esta gente, mi gente, tu gente, porque no podía comprender cómo la corona rubia que adornaba su cráneo pudo haber rodado hasta zonas desconocidas y muy probablemente anegadas. Siempre en esos barrios las aguas corren en desorden. Se atorán las cañerías. Son un solo de baches. Y una debe pasar tapándose la nariz para no oler esas inmundicias.

Yo veía a mi madre rebuscar en sus cajones en busca de un indicio que le diera la clave para entender el misterio que encarnaba Ruth Ostolaza. No para cogerlo in fraganti, con las manos en la masa, que ya lo había chapado y no solamente con todas las manos en la masa, sino en la casita que seguramente le había puesto el muy idiota por Maranga. Ruth Ostolaza era una maldita, y el tarado de Benjamín Hassler, el idiota. Toda la ciudad sabía lo de su marido. Media ciudad, porque la otra mitad es esa gentuza que debe estar de su lado. Su solo nombre motivaba en Clara Hamann una risita tosca. Se atoraba pronunciándolo, porque descubrí que esa risita tenía mucho de espanto, y la razón era que hacía muchos años que sabía de la existencia de Ruth Ostolaza, porque mi madre sí sabía de su existencia: primero como sospecha, luego como un nombre, después como un apellido y, por último, como persona.

Cuando comprendí ese asunto, me dio una verdadera pena, porque mi madre no tuvo más remedio que aguantar todo este tiempo unos celos de mentira, porque ya sabía, mi madre ya sabía, y la ciudad lo sabía. Entonces, a qué tanto escándalo con la historia de Ruth Ostolaza, con sus salidas, sus escapadas, su doble cara. Su cara dura, caray, maldecía Clara Hamann.

Salí —la escuché decir a mi madre— apenas tuve las pruebas suficientes y fue fácil seguirlo y encontrar su auto aparcado en esa callecita con olor a costurera, sin un solo árbol, cubierta por la grasa de la neblina. La callecita tenía todo el aspecto de un cadáver. Vacía. Blanca. Sucia. Quienes la transitaban apresuraban el paso ante el temor de quedarse petrificados en ese pequeño espacio de pobreza y soledad. Lo seguí enfurecida. Yo sabía muy bien que iba hacia ese lugar. Le di tiempo a que se bajara, abriera la puerta con su llave, e hiciera sus cosas. Luego bajé y toqué el timbre una vez que él se hubo marchado. Esperé a que se fuera. Era un asunto entre las dos. Sentí, claro que sentí las miradas de las vecinas detrás de sus ventanas. Ventanitas enanas protegidas por unas cortinas rasguñadas por la tierra. Me mantuve serena y apenas la puerta se abrió tímidamente, ingresé como un animal listo a destripar a mi enemigo. No le di tiempo de hablar. No le pregunté por Benjamín. La grité, la abofeteé, y rompí todos sus retratos, no me importa quiénes hayan sido, si sus padres, sus hermanos, sus sobrinos —esa gente siempre tiene sobrinitos— tantos familiares, todos esos sinvergüenzas quedaron destrozados, cayeron al suelo y no la escuché ni cuando gritó como una loca, esta cualquiera:

—Son mi familia, tenga usted más respeto, señora.

Me dijo señora la muy relamida bandida, me llamó la atención, se creyó con el derecho de dirigirse a mí, levantarme la voz, darme una explicación.

—Ellos no tienen nada que ver en este asunto. Está usted destrozando mi privacidad...

—Mi privacidad —tuve que decirle— eso es lo que me ha

arrebatado. Qué derecho tiene de hablar de privacidad o de sus cosas. ¡Me ha quitado mi marido!

Y seguí tirando al suelo toda esa hilera de retratos tan llenos de colorinches que hasta parecían maquillados y con unos marcos horribles. Tenían unos rostros cachetudos y sonrosados estos cholos achinados, juntos, en familia, como si respetaran la vida de familia e ignoraran que esta cualquiera, sea hija, sobrina o pariente lejana, se robaba el marido de una mujer como yo.

Me miraba llorando. Todavía tenía fuerzas para llorar. Casi me corto con uno de ellos porque estaba como atornillado a la mesita ésa, cuando descubrí que había otros retratos en la pared. Odio a la gente que tiene retratos familiares en su sala. Y ya no los aguanto cuando los tienen en el comedor. No tienen idea de que para eso están las salitas y los escritorios, y no la sala atiborrada de caras horribles, mirándola y riéndose de una.

—¡Que se mueran todos estos! —grité, y me lancé a destrozarlos, rompiéndoles el vidrio y sacándolos de los clavos, tirándolos al suelo. Me provocaba patearlos. Pero ella me agarraba de los brazos y lloraba y gritaba como una loca.

—¡Son mi familia! ¡Son mi familia, señora! ¡Por favor, más respeto! Por el amor de Dios, ellos no han hecho nada malo. Nada malo, señora...

Salí enfurecida. No tenía voz. Sentí las manos agarrotadas, rojas de sangre y calor. No me digné voltear para ver cómo estaba esa sala de muebles enormes y pegajosos, los retratos tirados. Su voz, como un silbato, iba disminuyendo su potencia y bajaba y se adelgazaba en el silencio de la calle. No circulaban autos. Un silencio atroz se arrastraba por la neblina del atardecer y la negrura de la noche ya empezada. Me metí al carro, prendí el motor y salí buscando una calle que pudiera decirme dónde rayos estaba.

Ésa fue la primera vez que la vi. Todavía Benjamín no se había ido de la casa, y aunque la frecuentaba, llevaba una do-

ble vida, o una sola de dos caras: la oficial, y esa otra que a mí me resulta desconocida e incomprensible. Y sí, sí hubo otra vez, claro que hubo otra vez, cuando la pobre idiota tuvo el atrevimiento de acercarse a la Academia, en plena temporada, a la hora de mayor concurrencia. La infeliz creería que podría camuflarse entre la gente y llegó con unos enormes anteojos ahumados, un pañuelo en la cabeza y con un vestido blanco, como intentando pasar desapercibida, tremenda chola. Yo no fui la primera en verla. Ni el tarado de Benny que piensa siempre en otra cosa, y ni siquiera estaba. Alguien me pasó la voz... Una de las personas que esperaba a que saliera su hijito del vestuario me dijo: allí está la fulana. Parece que la conocían. Que sabían. Y me la señaló con el dedo, mostrándome a esta desfachatada que entraba de puntillas, para darle un encargo a Benjamín, ponerse de acuerdo en una cita porque él tenía el teléfono prácticamente interceptado por mí. Yo misma fui y la saqué a empujones. La muy idiota no tuvo ni ánimos para reaccionar. Simplemente la boté y di la orden para que Daría Montes llamara a la policía.

—Hay una ladrona, Daría. Por favor llama a la policía rápido.

Varias veces la escuché decir en aquellos té s con Madame Felix, que una mujer abandonada a su edad no está en condiciones de ganarse la vida. Ella no había trabajado jamás, ni en un sótano ni en una terraza, en una oficina o en un jardín. Era completamente inútil, a pesar de su extraordinaria habilidad en la repostería, que muy bien pudo llevar a la práctica como tantas de sus amigas que se vieron de la noche a la mañana en la calle por las disposiciones de ese gobierno militar, que lo único que fue capaz de hacer fue quitarle a sus maridos su manera de ganarse la vida. Sus amigas preparaban cócteles, té s, banquetes, almuerzos, y también participaban de ellos metidas unas veces en la repostería y otras en el comedor. Clara Hamann se pasó de largo esa posibilidad y prefirió seguir de por vida como la Señora Hassler, aunque ya no viviera con él,

aunque ya supiera que se iba con la otra, aunque se hubiera ido de casa y no durmiera bajo su techo. Ella era e iba a ser de por vida la Señora Hassler.

La recuerdo en una oportunidad, en medio del té con Madame Felix, cuando desconcertó a sus amigas que practicaban con ella el francés:

—Me ha dejado en un momento en que ni puta puedo ser.

No le gustaba que la miraran con compasión, y para ello aprendió a emplear el mejor de los recursos de la ciudad: el chisme, con el propósito de enterarse de todos los accidentes por los cuales las personas tienen que pasar, invariablemente, en esta vida. Estaba al tanto de todo. No se le escapaba ningún detalle. Gozaba escuchando y contando historias dramáticas, aquellas en las cuales las personas sufrían y les iba pésimo. Tenía que encontrar otros dramas en otras gentes. Las historias que más le interesaban eran las que combinaban dinero, traición y malas artes. Pensaba mal. «Piensa mal, y acertarás», ése parecía ser su refrán favorito.

Yo sé muy bien que mi madre supo, desde el primer día, de la existencia de Ruth Ostolaza. Estaba feliz con la desaparición de Maruja Montenegro, porque mi madre, como todas las mujeres, tiene el olfato desarrollado. Benjamín Hassler dejó de oler a Maruja Montenegro y adquirió un olor muchísimo más peligroso, un olor doméstico, de mujer que tiene el sudor a flor de piel, muy propio de las actividades diarias. Supo, pero debía averiguar. Supo que su vida consistiría en seguirle los pasos a Benjamín Hassler, porque este muchacho convertido en un adulto oficinista, y ahora en un próspero director de una escuela de natación, nunca la había amado. Nunca supo qué era amar a una mujer.

—Todos los hombres tienen otra mujer —me dijo mi madre—. Yo sé muy bien que a los hombres no se les puede tener amarrados. Ese gringo idiota, por ejemplo, que le cuenta tantas historias. O ese Cucho Rávago, que apiña monedas y mujeres sin distinguirlas. Pero ninguno ha dejado a su mujer.

Su hermano Herman lo critica por haber tomado esa decisión, me lo ha dicho y yo le he escuchado decir que abandonar a su esposa, a la madre de sus hijos, es un pésimo negocio. Que después uno se queda sin sogá ni cabra.

Benjamín Hassler solía dirigirse perpendicularmente, haciendo zigzag, cada vez que iba a la casa de Ruth Ostolaza. Ella se encontraba en el corazón mismo de Jesús María, como si fuese el Corazón de Jesús, a la entrada de una de esas casas. Jesús María es un distrito muy católico, como su nombre lo indica. El corazón del distrito es una plazuela donde se encuentra, orgullosa, la iglesia de San José, una iglesia gótica que se deja ver a cierta distancia. La plazuela suele convertirse en un enjambre de mercaderes, especialmente en la época de navidad. Pero en esos años, cuando cogía la avenida Cuba y desembocaba en la plazuela y luego se extraviaba en una de las callecitas donde vivía Ruth Ostolaza, todo en la ciudad era mucho más agradable y sosegado. Ahora es un tropel de kioskos que se expanden entre las arterias aledañas.

Benjamín Hassler terminó por entrar en esa casa con el único propósito de sacar de allí a Ruth Ostolaza. Generalmente prefería a las mujeres de otra condición social, como decía mi madre en esos tés de Madame Felix, porque es un maricón, un cobarde, un egoísta. Lo insultaba a su regalado gusto, y empezó, creo, a convencerse de que su afirmación era cierta: un tremendo maricón porque se metía con mujeres que no daban la cara, que le aguantaban todo, que no pertenecían a su mismo círculo.

Elenita Moncloa había sido la gran excepción en esa actitud que lo llevaba a escoger a una mujer de otra condición, como se quejaba Clara Hamann, porque no ha madurado, no ha desarrollado, y estas cholitas, si tienen algo mejor que yo, es que no le dan miedo. En el fondo es un gran maricón. Le debe encantar que lo arropen en esas casitas horribles de Maranga o San Miguel o sabe Dios dónde, pero lo cierto es que nunca ha salido con mujeres de mi condición.

Las amigas del té francés conocían a Elenita Moncloa, divorciada hacía varios años de un señor, sí, un señor respetable por su dinero. Ni me preguntes cuándo ni cómo ni en qué circunstancias Benjamín le sacó los cuernos a esa Ruth Ostolaza con Elenita, porque llanamente no lo sé. Elenita tampoco quería algo serio con Benjamín y menos aún establecer un compromiso.

—Es que se comportaba como una mujer cualquiera —intervino Florencia Samuelson—. Siempre fue medio rara.

—No, hija, lo que quería era tirar con Benjamín, eso es todo. Y con esas palabras: tirar. Yo sé, me lo han contado, ni creas que me chupo el dedo, que iba a la Academia los domingos, cuando no hay nadie, y se pasaba el día tirando en la piscina, en la terraza, en su cama. Era como si no salieran. Eran amantes.

Ruth Ostolaza vivía acompañada de su familia, porque esa gente vive como manada, toda junta. Aparte de sus padres, estaban sus tíos, sus sobrinos, dale con los sobrinitos, una hermana y un pariente lejano que alojaban por caridad cristiana. Benjamín Hassler necesitaba visitarla a solas. Debía ponerle una casita donde pudiera visitarla sin dar tantas explicaciones y sin necesidad de comprarse a todos los familiares. El señor Benjamín Hassler era todavía un joven para los padres de Ruth Ostolaza, aunque, en verdad, siendo un joven ya era un señor casado que trabajaba en un banco. Los padres de Ruth Ostolaza no estaban en capacidad de distinguir a un banquero de un bancario, a un gerente de un empleado u oficinista, pero Benjamín Hassler estaba por encima de esas consideraciones, exclusivamente por la presencia de mi abuelo en el universo de las finanzas, su porte deportivo y sus éxitos defendiendo la divisa nacional. Aún no era un señor hecho, pero tampoco un muchacho. Estaba casado, me tenía a mí, y en verdad estaba dedicado a complementar sus ingresos ejerciendo diversos oficios. Los padres de Ruth Ostolaza le perdonaban porque sabían que llegaría más lejos que ellos juntos, que contaba con

una protección o con un arma secreta que saldría a relucir de un momento a otro.

Yo no puedo entender qué tipo de relación era ésa; en mi caso, de adolescente, cuando me dirigía a los barrios como los de Ruth Ostolaza era para sacarla, no para entrar; uno la sacaba sin llevársela, en verdad uno la trasladaba, la movía un rato y luego la volvía a depositar, esa horrible palabra que tanto odiaba mi padre cuando trabajaba en el banco. La depositabas como un saco de papas, culeada. Y cuando entrabas, era solamente para saludar a la volada a toda esa familia que se agrupaba alrededor del enorme televisor Andrea, como cubriendo o protegiendo al viejo que no quería saber ni ver absolutamente nada de nada.

Uno no puede quedarse en esas casas ni un solo minuto, me decía mi madre, porque acabas como el amigo de tu padre, Felipe Anderson, enamorándose de una costurerita humildita en esos barrios bien humildes, llenos de moscamuertas y pamperas, forajas de la puta madre, sobre todo cuando son medio gringas, esas gilas a la europea que tiran porque tiran desde que nacen, sin rendirles cuentas a sus padres que, además, los hacen pasar a sus casas, a sus cuartos y los aplauden cuando tienen con qué.

Norma Haller, por ejemplo, ahora que la recuerdo, fue una muchacha extraordinaria que dejé de ver desde el momento en que desapareció en un viaje sin retorno a los Estados Unidos, y que me permite imaginar la casita de Ruth Ostolaza, según como la imaginaría mi madre. Cuando mi madre entró a la casa de Norma Haller, casi me mata a mí, en lugar de irse contra ella. Me recordó a mi padre, y me señaló con su dedo amenazador, acusándome de ser la persona ideal para ser pescado por estas gringas pobres, que por blancas y altas y rubias se creen con el derecho de pescar a cualquier muchacho con nombre y apellido, como sería el caso, según mi madre, de Norma Haller, cuya vida, corta, es cierto, estuvo entre dos aguas: aquella que le abría posibilidades infinitas, siempre y cuando supiera a

conciencia que todos los hombres con quienes tropezara en el camino eran, llana y simplemente, instrumentos de su carrera vertiginosa y ascendente; o quedarse allí, en el mismo sitio, esperando al hombre que se enamorara de ella, simplemente porque era ella: de sus rasgos, de su silueta, de su talle, de sus manos algo gruesas, sonrisa, culo, piernas, esas yucas que, lo sabía bien, enloquecían a los muchachos y a los pilotos de esos vehículos que aminoraban la marcha apenas la veían acercarse.

Yo siempre viví con la espina de Norma Haller porque no estaba acostumbrado a asociar libremente la belleza extrema con la pobreza dignamente asumida. Norma Haller era una mujer que entendió que podía manejar su belleza para alcanzar sus propios fines. En todo caso, su belleza le abría las puertas, pero para mi madre, se las abría para llevarla directo a la cama. Durante los años que la frecuenté en la Escuela Diplomática la vi salir con casi todos los futuros colegas, proponiéndose, supongo, no salir con ninguno seriamente. Cuando pusimos fin a nuestra relación nunca había visto ojos más bellos que los suyos. Me contó que hacer el amor la fascinaba, y que el jadeo de los amantes durante los movimientos eróticos le parecía lo más poético del mundo. Yo ni siquiera tuve la oportunidad de comprobarlo, porque a esa edad, estaba en medio del lío de mis padres, y mi madre casi se vuelve loca cuando su apellido no le sonó a nada. Norma Haller me miró en el Sunset de Miraflores, el día que ella misma llamó el de nuestra despedida, y con los ojos más maravillosos del mundo, me dijo que no nos hablaríamos en el futuro. En el futuro solamente la vi salir con todos los colegas que se mataban de risa contándose entre ellos las poses que más le gustaban. Eso del jadeo, eso de los cuerpos que se rozan, eso del amor físico como un poema los desternillaba de la risa. Después se fue a los Estados Unidos, porque, como me dijo, seríamos la pareja tempestad de la diplomacia peruana: Hassler-Haller, los representantes del velasquismo en el Tercer Mundo y los más amigos de los 77 países más pobres del orbe, que se reunían en el Cen-

tro Cívico de Lima en esos mismos días. O Haller-Hassler, como rime mejor, mi amor. Sus ojos: dos uvas tristes en uno de los mejores cuerpos de la humanidad.

Benjamín Hassler inició y mantuvo su relación con una mujer que trabajaba como dependiente en una tienda del centro de la ciudad. Me dice que fue bella. Para muchos, más bien, llegó a ser bella. Yo, cuando la conocí, era una señora que había perdido el combate en el cual despilfarró íntegras sus energías, sus mejores años, sus buenos músculos. En el cuello tenía un collarín, producto de un choque. Choque ton-tísimo, porque estaba detenida ante un semáforo en rojo, y un imbécil, de los que nunca faltan, se le estrelló por atrás. Según mi padre sufre de unos dolores espantosos. La cervical, la columna, cada una de las vértebras rechinan como si estuviesen en un aserradero. Le ha caído el huaico. Es una señora envejecida. Una viejita.

Durante esos tiempos de mi infancia, cuando mi padre tendría unos treinta y cinco años, debe haberse encontrado ante un futuro incierto. Llevaba una vida de casado con Clara Hamann, y llegó a pensar que el matrimonio era aburridísimo o que, de pronto, había contraído nupcias con una bruja, con una persona que logró cautivarlo de una manera irracional. Ni ella ni yo éramos capaces de brindarle una felicidad excluyente y exclusiva. No resultábamos suficientes. Como si el matrimonio fuera algo contrario a las fuerzas profundas de las personas, empezó a obsesionarse con la idea de llevar a cabo el proyecto de una academia de natación. Su matrimonio lo entendía como un compromiso, con sus reglas, con sus deberes y responsabilidades. Un compromiso serio.

Clara Hamann se sopló con un estoicismo propio de su cultura toda esa dilatada carrera deportiva de Benjamín Hassler, esperando el preciso momento en que asentara cabeza, se pusiera a trabajar, hiciera dinero, heredara el monto que le correspondía y pudiera casarse con ella. Ese larguísimo trayecto duró casi unos doce años. A los catorce decidió que se casa-

ría con ese hombre. Y ahora, juraba que se conservaría como la Señora Hassler hasta el día de su muerte. Lo miró jugar en la plaza Washington conservando una cierta distancia, porque en su casa los juegos estaban prohibidos. La muerte de su madre la colocó en una situación de seriedad tal que nunca pudo conocer qué era el humor, el chiste o la risa. El rostro de mi madre es como el de una piedra por pulir: de contextura. Si le pusiéramos un faldón, su mandil y un casquete en la cabeza, sería una de esas campesinas alemanas que hacen cosas y no hablan. Pero ella sí que habla. Siempre de lo mismo, de las desgracias de los otros, de los dineros depositados en los bancos, de las amantes que se manejan algunos.

Logró casarse. El día de su boda lucía un bellissimo traje blanco muy ceñido al cuerpo, con una cola larguísima. En casa, en el álbum familiar, están las fotografías de boda de mi madre y de sus amigas. La de Licia Elguera, con ese perfil de marfil y una mirada lánguida, porque su infancia fue triste, según me cuentan, porque fue casi huérfana. Clara Hamann también era casi huérfana. Su padre trabajaba en la Sierra Central y ella se encargaba del cuidado de sus cuatro hermanos. Clara Hamann era una mujer tosca. Le encantaba cruzar las piernas, sus largas piernas, y hablar en voz alta. Fuma. Mi madre fuma, y mira a los ojos como una manera de intimidar, no necesariamente de conocer. Se crió en un ambiente de lucha, la defienden sus amigas, y es de mucho mérito que se defienda en inglés y hable bien el francés, además del alemán y del español, por supuesto. Cuatro idiomas y una pasión muy mal encaminada. Se sulfura. Discute sin argumentos. Lee, pero no retiene. Sería cruel de mi parte decir que es limitada, incapaz de entender sutilezas, claroscuros, matices. Pero su cerebro funciona de manera dicotómica: blanco o negro; ella o Ruth Ostolaza. Que decidiera, que Benjamín Hassler se decidiera, cuando, debes reconocerlo mujer, tomaste la decisión en el momento en que media ciudad sabía ya de las andanzas de tu maridito.

Dicky Wieland sabía que Clara Hamann mantuvo en su juventud relaciones con Benjamín Hassler. Era ardorosa, de eso puedo darme cuenta, y era ella misma quien lo convencía para ir a la casa de Arenales, cuando la familia entera iba a la función de vermouth del cine Metro. Mi abuelo mandaba al chofer a sacar las entradas por la mañana. Durante el almuerzo, en el comedor principal, sentados a la mesa, oíamos la voz pastosa del viejo banquero hablar sobre los problemas que se avecinarían en Europa si no se detenía el avance del Nacional Socialismo. Le preocupaban tanto la política nacional como los sucesos de Alemania. Era un fanático de la radio, y todas las tardes sentado en su sofá escuchaba como podía las noticias del mundo. Una dormitada, una siesta y la casa de Arenales ingresaba al terreno del soponcio, para luego despertar y arreglarse con el propósito de asistir a la función de vermouth del Metro.

Yo convencía a Benjamín de quedarnos. Y nos quedábamos a veces. La casa a nuestra disposición, escapando de las miradas de los sirvientes, que se movían como una familia entera por las comarcas de la repostería y el patio. Creo que eso nos humanizaba. El hecho de que hiciéramos el amor nos ponía en mejor consideración ante sus ojos. Como que nos volvíamos buenos. El joven Benjamín se encerraba en su dormitorio y yo misma lo desnudaba. Me encantaba desabotonarlo mientras veía la transformación de su rostro. Suavemente, le gustaba que le hicieran las cosas suavemente. Me había contado lo del 20 de Setiembre, y siempre tenía la duda de si funcionaría o no. Y sí, sí funcionaba, porque yo misma lo hacía funcionar. Ese reto me excitaba el doble. Me hacía sentirme una medium, un instrumento de su placer. Lo del pantalón se lo dejaba a él o lo empujaba, de espaldas, en la cama, logrando sacárselos de un tirón. Lo besaba íntegro. Los muslos. Le abría las piernas, le lamía los costados de los muslos y me trepaba hacia las ingles. Me comía su sexo, cuidándome de que no se fuera a ir en un orgasmo apresurado. Luego me tendía a su la-

do y me dejaba hacer. Dejaba que me besara, despertándose de un sueño de inseguridades, pero es él, no yo, quien debería contar esa parte.

El mundo de las piscinas le era completamente desconocido, un asunto de hombres, una actividad de solitarios, de tímidos, que salían muy de madrugada y se acostaban temprano. Algunas mujeres se dedicaban a la natación, pero pocas: Yolanda Prato, creo que una de ellas se llama Juanita Carriquirí, porque Benjamín me ha contado que se la encontró en uno de esos torneos raros a los que va cuando viaja a Estados Unidos. Vive en Oregon, imagínate, la Juanita Carriquirí, una de las nadadoras de sus épocas. Después Benjamín se fue, se marchó a Alemania. Lo estoy viendo alejarse lentamente de la dársena del Callao, donde también hubo competencias de natación, y yo moviendo desesperadamente el brazo diciéndole adiós, adiós, mi vida. Mis hermanos no entendían mucho de esto. Y la familia de Benjamín fue siempre tan adusta que me daba miedo llorar o reír de pena ante ellos. El barco desapareció finalmente en el mar y tuve que regresarme a la casa para empezar a esperarlo. Lo esperé todos los días. Le escribí todos los días. Y lo recibí cuando llegó por Ancón, la vez que una multitud anhelaba aclamarlo en la misma dársena del Callao, después de lo de la Olimpiada de Berlín. Yo estaba sentada en el sofá principal de la sala de su casa, entre sus padres.

Clara Hamann soportó las carreras de todas las distancias; la de los 100, 200, 400, 800 y 1 500 metros libre, récord absoluto de todas las distancias en libre, libre como un pez, libre entre sus manos, escabulléndose. En El Pellejo, en la Dársena, en la Nipo, en la del Callao. De la piscina olímpica de Berlín no sabe mucho, porque todo se lo contaron una vez que los sucesos se convirtieron en historia nacional. Lo supo por el propio Benjamín y por sus padres que fueron a verlo nadar en aquella cita ecuménica del deporte. Mi suegro era un plato. Iba a todo con su terno, su chaleco y su sombrero. Lo vi nadar todas las distancias, hasta que le di a entender que debía

asumir el momento que le estaba tocando vivir: el banco, el maldito sótano y la necesidad de salir lo más rápido posible de ese antro de ratas y cucarachas.

Clara Hamann tenía una conciencia muy despierta de que la natación era un lujo, un lujo que se había dado, un verdadero lujo, que otras personas ya quisieran por un día de fiesta. Un empleado de banco no podía nadar con toda la naturalidad del caso, así nomás porque sí. Pancho Wiese sí quería lo podía hacer, porque Pancho Wiese era uno de los dueños del banco. Pancho Wiese participó en varios torneos, representó dignamente a su país, y se retiró una vez que fue obligación usar saco y corbata, asumir responsabilidades, hacer una carrera, una carrera de verdad, en la vida. Benjamín Hassler no podía estarse nadando en la piscina Nipón, toda oscura y sucia, mientras yo esperaba un hijo, y menos cuando yo tuve a mi hijo. Sé muy bien que entre las brazadas te despedías de un momento de tu vida. Que en cada brazada que dabas sentías que era la última. Por esa razón, me imagino, cuando Benny te vino con la idea de que participaras en los torneos de viejos en los Estados Unidos, te pusiste como un mocosito insoportable. Nunca llegaste a entender que la natación era una diversión y no una carrera. Un juego, y no un asunto de dejar en esas aguas la vida. Después de un premio o una medalla, solamente hay vacío, tú mismo me lo has explicado, una sensación de nada en el pecho. Sobre todo si no tienes un dinero que respalde y convierta ese triunfo en un hecho anecdótico, en una fotografía, en un recuerdo tipo miscelánea. Algo así como «lo hice y listo, ahora vayamos a lo nuestro, a lo serio, a hacer fortuna». Ése es el Benjamín que quería ver. Fuerte, saludable y con dinero en el bolsillo, especialmente en la cuenta bancaria. Porque la piscina, Ben, corresponde, entiende, a un fin de semana. La piscina de tu hermano Herman o esa piscina tipo laguna que tiene, tan linda, cerca de Orlando, tu hermano Alfonso. Porque nuestra piscina es de trabajo, pero felizmente la tenemos ahora, Ben.

Benjamín Hassler vivía los primeros años de su compromiso sin Maruja Montenegro y buscaba otra relación sin comprometerse. La pasión, que vive aun en las personas apáticas, cede después de la juventud a los intereses. Interesándose, motivándose, confundiendo deseo y realidad, debía abandonar las piscinas por un presente que se hacía imperativo. El banco existía más que nunca en el centro de la ciudad. El café City humeaba en las escapadas a media mañana. El pasaje Acuña recogía los vientos invernales y atrapaba al sol en las tardes de los veranos. La bolsa de valores. Las tiendas. El reloj inmenso y puntual de la Casa Welsch, elegantemente instalado en la esquina. Benjamín Hassler sentía fascinación por ese reloj adusto, de forma circular, cuyas manijas andaban a paso lento, como si arrastraran al tiempo. Ese reloj reflejaba el tiempo de la ciudad. Lo ordenaba. Intentaba darle un sentido. La hora de entrada, la media mañana, el café en el City, el refrigerio, la tarde, los bostezos, la hora de los gatos, la salida; los hoteles, los comercios, el mundo intenso de los pequeños pasajes, el del Olaya, atolondrado a la entrada del Atlantic, cuando ingresaban por la puerta lateral o por la Plaza de Armas.

Benjamín Hassler ingresó a la Casa Welsch empujado por la curiosidad. Acababa de estar acompañando a un colega en el City, mirando de reojo al político Luis Alberto Sánchez, asiduo concurrente matinal que conversaba entre varios en una mesita contigua. Necesitaba caminar un rato, salir de ese banco infernal, y decidió curiosear los artículos y joyas de la Casa Welsch. La famosa platería de la cual le hablaba Clara Hamann, a pesar de la cantidad de fuentes de plata que había recibido como regalo de bodas. Y los relojes. Los famosos relojes de la Casa Welsch. Relojes de todo tamaño y precio, aunque siempre caros y siempre buenos y siempre importados. Marca, antigüedad y precio. En una oportunidad le compró uno a Maruja Montenegro. Le encantaba hacer regalos a las mujeres. Muchas de ellas pensaban que así las compraba, en lugar de que se los regalaba, pero eran las mal pensadas, como

su esposa, como Clara Hamann que de repente le decía que qué querría si le regalaba algo... En esta oportunidad entró como empujado por un impulso. Apenas atravesó el umbral distinguió a una mujer joven, relativamente esbelta, que llevaba puesto su uniforme con una gran seguridad. Eso le impactó. Porque no se trataba de una seguridad agresiva, sino de una manera de ser que se rebelaba al mandil que llevaba puesto, pero que no se quitaba. De alguna manera lo soportaba. Esa misma actitud se dibujaba en su rostro, de gestos suaves pero decididos. La manera de ser mujer estaba, en su caso, en ese conflicto interno de sobrellevar con altura las condiciones que imperaban a su alrededor. Llevaba, como todas las empleadas, tacos altos y medias encima de la rodilla. A ella le daban una cierta elegancia y le embellecían aun más sus extraordinarias piernas.

Benjamín Hassler se acercó y se reclinó lo necesario sobre el mostrador. Debajo del vidrio se acumulaban relojes muy bien ordenados. Cuando levantó la mirada, se encontró con la de ella. Gracias a su ayuda obtuvo una valiosa información y una cita:

—Me llamo Ruth Ostolaza. Mi hora de salida es a las cinco.

VI

La época de la Academia resplandecía en mí como un eterno verano. Andábamos semidesnudos, apaciguándonos con el correr de la tarde. A esa hora llegaba hasta nosotros un viento de mar que se desperezaba luego de haber arrojado de su lomo al movimiento incesante de las olas. Era la época de las Temporadas de Verano. La época del trabajo duro. De recoger dinero para mayo y el resto del año. El famoso arqueo, cuando mi padre se convertía otra vez en empleado bancario y empezaba a contar el dinero con mi madre y la secretaria Daría Montes, una mujer de su total confianza. Yo me recuerdo con las gotas de sudor en el cuerpo, con las gotas del agua de la piscina brillando, siempre con la luz encima de los ojos.

Enero, febrero, marzo... la felicidad... fuera del colegio... mirando a los grandes nadadores que entrenaban en los intermedios, entre clase y clase: soltura, pateo, brazos, piques. Nosotros los mirábamos; éramos los mocosos que nos metíamos entre las piernas de los grandes, entrenábamos con ellos, pero en los carriles de los extremos. Nos fascinaba la partida de Raúl Risso, el único en introducir primero los pies y después el resto del cuerpo. El más musculoso era Raúl Ríos. Alberto Urqueaga se interesaba en saber qué podíamos pensar a nuestra corta edad, pasándonos toda la mañana allí echados, perdiendo el tiempo, haciéndonos creer que éramos o íbamos a ser los futuros campeones. Alberto Urqueaga quedaba destrozado después de un exigente entrenamiento, y demoraba como

dos días en reponerse. Augusto Ferrero, en cambio, estaba poseído por una pasión extrema. Empezó tarde a practicar la natación y llegó a ser campeón nacional de 100 espalda. Su padre jamás tuvo la menor idea de qué cosa era la natación, para qué servía, porque para él su hijo era sobre todo un melómano. Eso es lo que era, y quizá debido a ello escuchaba unas músicas celestiales salidas desde el fondo de esa piscina asea-da con esmero.

Hasta ahora acostumbra entrenar en la Academia de mi padre durante los veranos. Cuarentón, nos visita dos o tres veces a la semana, y se introduce a la piscina como quien decide estar durante cuarenta y cinco minutos lejos de este mundo; de sus ajetreos, ruidos, temores. Simplemente fuera. Porque mi padre no llega a entender del todo su actitud.

—Si no piensas competir —le dice—, no entiendo las ganas tremendas que le pones.

Augusto Ferrero no venía, ciertamente, a bañarse, ni mucho menos; venía a sacarse la mugre, como un condenado, un poseído, un masoquista, como le grita el profesor Castro:

—¡Masoco! ¡Masoquista! —Y escribía en un pizarrín cada uno de los tiempos de cada una de las series en las cuales descomponía sus entrenamientos—. Estás listo para ganarle a los gringos. Anímate... El torneo de este año es en la piscina olímpica de Indianápolis. —Pero Augusto Ferrero era un melómano, como bien lo dijo su padre en su momento. Benjamín Hassler estaba seguro de que escuchaba una música arrancada de los cielos.

Aquellas lejanas Temporadas de Verano resultaron ser completamente distintas a como transcurren ahora los veranos. Dos o tres profesores se mantienen en actividad, y mi padre vive solo en una especie de «piso de soltero o buhardilla de balneario». Me es difícil explicar la sensación de hogar y trabajo que ha logrado complementar, porque a primera vista la Academia no es una casa y su casa no es una academia. Algunos domingos, cuando lo visito, descubro el paso de los años,

la manera como se ha reducido, como se ha agrietado cuando sale con la ropa de baño puesta, su gorro en la cabeza, los gajos en la mano, y su inmensa toalla roja.

—Es una joda esto de los setenta años.

—Te ves espléndido, viejo. Estás macanudo.

Macanudo era su expresión favorita. La usa siempre. Ha conseguido que sobreviva a todas las otras expresiones que intentan reflejar, con vaga dificultad, ese estado de ánimo que se sobrepone a las adversidades, cuando logra superar las dificultades de esta vida del carajo.

—El tiempo está macanudo. El agua encima de 24. Un domingo así no lo puedo desperdiciar.

Eran los domingos perfectos. La soledad total. El silencio completo. Le gustaba que lo visitara un rato en compañía de su único nieto, mi único hijo, un niño encantador al que todavía no le fascinaba el agua.

—La lleva en la sangre —afirmaba con gran conocimiento de causa el profesor Castro. Al profesor Castro se le había muerto uno de sus hijos, pero conservaba, a pesar de esa tragedia, su generosidad a flor de piel para enseñar a los muchachos y entregarse a la práctica de la natación—. El otro verano entra —afirmaba.

Al atardecer, cuando amengua el calor, acostumbra llegar Sonia. Ella es muy consciente de que esos domingos soleados le pertenecen en exclusividad. La piscina se convierte en un altar, en el altar de la soledad perfecta, sin cuerpos que muevan esa agua que está allí, quieta como una lámina, esperando que su cuerpo le forme el ligerísimo oleaje.

Mi padre, desde el día que se fue de casa, nunca retuvo a una mujer. Las botaba, más bien. Ruth Ostolaza jamás alcanzó a vivir con él y Sonia estaba prohibida de quedarse por más de una noche. Si lo hacía, a la mañana siguiente debía marcharse. Además, no necesitaba dar excusas o explicaciones. Era así como era, suficiente.

Ruth Ostolaza nunca puso un pie en la Academia. ¡Nunca!

¡Y ni que se atreva!, gritaba Clara Hamann. Mi madre era capaz de matarla en ese mismo instante y en ese mismo sitio. Ruth Ostolaza estaba prohibida por Benjamín Hassler de entrar a la Academia, de visitarlo, de llamarlo, ni que levantara el fono, prohibida de pensar en él, porque Clara Hamann disponía de un sexto sentido, el sentido de saber qué demonios haría esa mujerzuela del diablo, de adelantarse a sus movimientos, intuir su próxima movida, despejar cualquier camino con la exclusiva finalidad de encontrarla, encontrarla por fin, caray, les repetía a las amigas del té francés con Madame Felix, a Licia Elguera, que seguía bellísima, a Mela Bossio, a Florencia Samuelson, grandes amigas de mi madre, porque Madame Felix no estaba en capacidad de entender nada de nada acerca de lo que sucedía a su alrededor, cuando por fin terminaba la sesión de francés y pasaban a tomar lonche. En los veranos pasaban al jardín, al maravilloso jardín de cualquiera de sus casas, y Madame Felix por fin podía sentirse más cómoda, siempre en francés, para que ella se sintiera cómoda, de verdad, Madame, en francés, y las muchachas entraban con los helados, los sándwiches, los sanguchitos, los bocaditos, y el té, siempre té, en invierno y en verano.

A mi madre le encantaba esto del té francés, porque encontraba en esos momentos una sana camaradería entre sus amigas de infancia. Licia era, definitivamente, su uña y carne. A veces, cuando Madame Felix entraba en detalles gramaticales, su mente se extraviaba entre los aires de la adolescencia, y la recordaba ingresando a su casa vestida de blanco, con su sonrisa tímidamente diseñada en la cara y su cerquillo sobre la frente. Compartía con ella la ausencia prematura de la madre. Y hoy, cuando la veía tan desenvuelta, tan dulce, pensaba que la vida posee una curiosa vara de justicia, porque cuando quita de joven, repone de adulta. Rosita, más bien, había recuperado después de su divorcio con un francés extremadamente atractivo, su coquetería innata, y nunca faltaba al té francés porque, como ella misma decía, le encantaba esa lengua que

todo lo convierte en un asunto sensual. Además, nunca se sabe: de repente reincido.

No puedo negar que esos tés en francés, a pesar del aire estúpido que tienen mirados con los ojos de hoy, le daban a mi juventud un cierto equilibrio, porque cuando las miraba en el verano parlotear en el jardín, antes del momento de los sanguchitos, encontraba en mí una tranquilidad rara. Mi madre recobraba un poco la calma, y amigas como Florencia Samuelson hacían lo indecible por tranquilizarla. No estaba sola en el mundo. El té francés la hacía pensar que el mundo no comenzaba ni terminaba en el Perú, y que era amplio y hermoso, que existía Europa para recorrerla en francés, y cuando Rosita mascullaba un *tu vas à coucher avec moi*, muerta de la risa, con un excelente acento, imaginaba la sonora carcajada de mi madre.

Madame Felix no entendía esto de las andanzas de Clara Hamann tras los pasos de Benjamín Hassler, a quien había dejado de ver desde el día en que se fue. Madame Felix estaba viejísima, sola, pobre y abandonada como para interesarse en aquellas tribulaciones sin límite en que andaba Clara Hamann, levantando cada vez más la voz, incomodando hasta a los vecinos, insistiendo en que la oyeran —Madame Felix estaba sorda, pero las otras no, las otras tenían su edad, sus... sus... cuarenta años y estaban entre ese sanguchito que está riquísimo, o este otro, y Madame Felix que se le iban los ojos, y pensaba en el más suave, porque sus labios, su boca estaba reducida en medio de un mar de arrugas.

Clara Hamann hasta había olvidado la historia de Madame Felix por pensar exclusivamente en la suya. Licia Elguera se la recordaba cuando la veía medio ida, alejada de este mundanal ruido, por más que el jardín estuviese alejadísimo de todos los ruidos de esta ciudad, en uno de los barrios donde no había ni ruido ni olor ni gente. Madame Felix hizo su aparición en el país ya hace muchos años, por lo menos, recuerdo que discutían entre ellas cuando me dirigía a mi cuarto, sus buenos

treinta años. Vino para encontrarse con su único hijo que trabajaba en Ica contratado por los propietarios de los viñedos Tacama. Era un especialista en vinos. Un francés de verdad. Cuando Madame Felix llegó, su hijo tuvo un fatal accidente automovilístico. Un accidente tonto, como todos los accidentes y como todas las muertes. Madame Felix no alcanzó a verlo. Entre Lima e Ica demoró lo suficiente para no alcanzarlo. Está enterrado allá, encima de una de las lomas de arena, porque como sabrás, mi querida Clara, le repetía Licia Elguera, Ica es un oasis en un verdadero desierto. Madame Felix se quedó sola en el mundo. En esos años tendría sus cuarenta y cuatro, por lo menos. Sola, completamente sola, porque su único familiar era su hijo. Le daba lo mismo vivir en Francia que en el Perú. Se había convertido en una especie de Flora Tristán, una paria, reducida a encontrarle un sentido a la vida entre estas señoras que la convocaban al té francés de cada quincena.

Eran encantadoras, como solía repetirles. Además, con un muy buen acento. Licia Elguera sí había viajado, había pasado sus temporadas europeas, pero Clara Hamann, esta alemanzota hecha a la dureza de la vida desde los catorce años, sí que era un mérito, porque el alemán no tiene raíces con el francés, y su acento era excelente a juicio de Madame Felix, que soñaba ya con los sanguchitos, soñaba con el tecito, con ese helado de lúcumas en los veranos, porque allá no se conoce la lucumá, ni la guayabá, ni el maracuyá, allí sí, Madame, allí sí, la corregían todas. Yo siempre la vi de vieja, de negro, muy delgada, muy arrugada, y cubierta del cuello a los tobillos.

Las tribulaciones de Clara Hamann no alcanzaban a tener éxito, porque la vida diaria de Ruth Ostolaza transcurría por otros parajes de la ciudad, entre otras gentes o con sus familiares, todos esos retratos destrozados por sus propias manos, que vivirían todavía con ella en esos barrios tan alejados, por Maranga, creo, por allí le había puesto, con su plata, una casita Benjamín Hassler. La ciudad también crecía por esos sitios,

Clara, no te imagines que todos son como nosotros, hay un sinnúmero de mundos ahora que ni conocemos. Y ciertamente, Clara Hamann no tenía ni idea del mundo de Ruth Ostolaza.

Benjamín Hassler le hacía muchos regalos. Primero, porque puede, como repetía mi madre, porque tiene y puede hacerlo. Así no tiene gracia. Pero ni creas que los regalos son desinteresados; Benjamín, hija, no da puntada sin hilo. Si le regala algo, es porque algo quiere o espera. La casita esa de Maranga, por ejemplo, bien que sé la historia. Esa casita forma parte de la urbanización de Cucho Rávago, su amigo de las épocas de Alemania, y creo que ni la ha pagado siquiera. Las casitas salen juntas, como bloques, tú sabes cómo vive esa gente, una detrás de la otra, y a Cucho le va y le viene si vende o regala esa casita donde no viviría ni regalado, estoy segura. O sea ni creas que son regalos los que hace. Yo más bien pienso que con la casita tan lejos la mantiene alejada, no la deja acercarse, porque tengo el pálpito de que esa tal Ruth Ostolaza no ve las horas de casarse con Benjamín Hassler, pero está loca si piensa que yo voy a darle el divorcio. Yo soy y seré para siempre la Señora Hassler.

Benjamín Hassler también le regaló una serie de viajes. Ruth Ostolaza debe haber viajado como si fuera millonaria, una especie de Reina del Camote, hija, porque no creas que la plata hace a las personas. Aunque te vistas de seda, mona te quedas... Y Ruth Ostolaza debe ser chimpancé, con esa facha de puta que se maneja, esa voz, no te imaginas su voz, tan grosera, tan chillona, tan repulsiva, no imagino cómo Benjamín puede soportarla.

—Algo tendrá, Clara.

Ni pensar, ni pensar por un segundo siquiera que Ruth Ostolaza pudiera tener algo que ella misma no tuviera, a pesar de todos estos largos años en que Benjamín estuvo envuelto con esa mujer, durante su matrimonio, prácticamente durante todo su matrimonio, todos, qué asco, todos estos años en que Benjamín estuvo conmigo, en mi cama, haciéndome el amor, al

mismo tiempo estaba con ella y le metía esa cosa que me metía a mí. No puedo creerlo. No puedo ni imaginármelo. Le hacía lo mismo que a mí. Le metería esa cosa larga como lo hacía conmigo. No le perdonaré nunca a esa mujercuela el habérmelo robado.

Ruth Ostolaza hizo dos giras completas por Europa, las dos sola, y una tercera con Benjamín Hassler. Completísimas. De Londres a Roma y de Lisboa a París. ¡Y dos veces! En relación a su familia, la vida de Ruth Ostolaza parece un sueño. Un cuento de hadas. Conoce Europa bastante bien. Y a Estados Unidos hemos ido un montón de veces, a Nueva York como unas cuatro y a Miami, claro, a toda La Florida. Fort Lauderdale. El Sea Ranch. Sí, Ruth Ostolaza conoce muy bien el Sea Ranch. Le encanta a Francisco Noriega porque la confunde, no me lo ha dicho, pero lo huelo, con una de las prostitutas del Embassy, allá por la plaza San Martín. Como que le trae recuerdos. La siente una chola maciza. Esas cholas bien hechas, sólidas, como para darles en el suelo. Yo le leo la cara. Siento su transpiración cuando la roza en ropa de baño, cuando estamos en una de las lanchas de Dicky Wieland.

Dicky la miraba de costado, apenas la conoció cuando la traje por primera vez, pero después se ha acostumbrado y hasta le tiene cariño. Porque una vez me dijo:

—Eres un maricón, Ben; solamente la muestras fuera del Perú. Te cagas de miedo de sacarla en Lima. Te churreteas de miedo. ¿Sí o no...? ¡Sí o no, maricón! Fijo que le tienes miedo a Clara, que te chantajea con no saludar a los amigos si por casualidad uno de ellos se atreve a darle la cara o a invitarte con ella.

No sabía si debía responderle a esa falta de respeto por mi persona, pero una vez le respondí:

—Somos amigos, pero eso no te da derecho a meterte con mi vida, porque pienso que nadie debe juzgar a nadie y mucho menos estoy dispuesto a vivir para satisfacer tus expectativas sobre mí. Ni creas que voy a estar en el mundo para dar-

te gusto. Yo me llevo muy bien con Ruth y ella sabe cuál es su sitio. Fuera del Perú la gente es otra cosa...

—Cuál otra cosa —lo interrumpió Dicky Wieland—; cuál otra cosa, no seas conchudo. Esta gente es la misma, y acá, incluso, peor. Acá saca su plata sin vergüenza, te la muestra y te la frota por la cara por si no te has dado cuenta. Acá solamente eres un billete. Y tu tal Ruth... cómo se apellidaba... les llega altamente. Ni les interesa. La miran y no la miran. Si yo acá casi no existo para ellos.

En los primeros años de su relación no iba con ella a los lugares donde pudiera encontrarse con sus connacionales. En Lima, por cierto, nunca salía a lugares donde pudiera ser visto. Empezó a descubrir, pero para ello ya gozaba de una buena trayectoria con Maruja Montenegro, una serie de barrios en la ciudad por los cuales jamás irían Clara Hamann o sus amigas. Su hermano Herman los visitaba de vez en cuando, pero no tenía un interés especial por Ruth Ostolaza ya que no tenía nada que sacarle. Su hermano Alfonso, en cambio, los recibía en su casa en las afueras de todas las ciudades de La Florida, porque estaba a mitad de camino de todas ellas, en una de esas salidas en las que si te pasas, por casualidad, no podrás regresar nunca. Alfonso sí los recibía y Clara Hamann sabía de eso, pero no podía evitarlo. En parte porque se veían en el extranjero, y en el extranjero como que no importaba, en parte porque no salía de su casa, Alfonso se había vuelto muy sedentario desde el momento en que decidió jubilarse de esa inmensa transnacional que lo sacó del Perú, donde estaba la Subsidiaria, y lo llevó a la Casa Madre, en un pueblo de La Florida, su casa, de nadie más, que da a un lago. Son unas cuatro casas enormes, de un solo piso, que dan a ese lago donde su hijo Brian era el rey del ski, instrumento que dominaba a la perfección y le servía para seducir a cuanta señora se inscribiera en sus cursos.

Brian era extremadamente guapo, fuerte, simpático, y conservaba la sonrisa latina entre un montón de pecas y ese cabe-

llo castaño completamente revoloteado, con su mechón en la frente. No había concluido sus estudios secundarios, cosa increíble en una familia como la de Alfonso, considerado por mi abuelo como el más talentoso para las letras y la música y que, aunque se dedicó a los negocios en aquella transnacional, fue un ávido lector de Frank Kafka y James Joyce, y ahora se entretenía leyendo diarios y revistas, mirando los noticieros de la televisión porque estaba gordísimo, tan gordo que no salía de su casa, no salía de su cuarto, y si pudiera, no saldría de su cama. Su esposa estaba igualmente gorda, pero mantenía esa carcajada fabulosa con la cual despertaba a quien insinuara dormirse, y la mantenía conservada, sin moverse o moviéndose lo indispensable. Brian era su único hijo, su única alegría, su única preocupación, su única razón de vivir: pensando en él, importándoles un rábano, dejándolo ser, preocupados, convenciéndolo de que concluyera, por su propio bien, su High School: no serás nadie en este mundo, menos en este país, y acabarás de mesero, de gigoló mientras el cuerpo aguante, y Brian soltaba esa sonrisa con la cual trasladaba directamente a las mujeres a la cama, a la arena, al mar, porque se las tiraba a cualquier hora y en cualquier lugar.

Benjamín Hassler gozaba con su compañía cada vez que visitaba a su hermano Alfonso solo o en compañía de Ruth Ostolaza. Con frecuencia separaba un hostel cercano porque acostumbraba quedarse casi un mes, haciendo gimnasia con Ruth Ostolaza, para obligarla a mantener el cuerpazo que se manejaba, especialmente esas piernas que lo sacaban de sus casillas. Brian le presentaba a todas sus *girl friends*, pero se guardaba para él solo a las tías, tú sabes tío, esas señoras tienen sus ideas. Les gusta que las muevan un rato y se van corriendo después donde sus maridos. Un mete y saca. Una movidita de hombros y se escapan. Estas chicas, en cambio, sí que se me enamoran, me llaman por teléfono, y mi viejo no sabe ya qué hacer con tanta llamada. Cada vez que hablo se acuerda de que debo trabajar, y que para trabajar debo terminar el High School, y

para terminar el High School debo cambiar mi modo de vida, ponerme a leer estos libros y tú sabes tío cómo es... tú sí sabes... porque tú eres mi tío modelo, rey de reyes, el campeón de las mujeres, del ritmo, del entretenimiento, de la mecida, eso me han dicho... No... No te me pongas así, tío, que mi viejo acepta de todo, porque dice que este país ya está maleado y si voy a vivir acá mejor empiezo a conocerlo por dentro...

Clara Hamann estaba furiosa con Alfonso porque recibía a esa mujerzuela, y le daba más cólera todavía que no le hiciera ningún caso, ni siquiera su esposa le hacía caso: déjala a la loca con su monotema, déjala que hable por toda la ciudad, y no podía hacer nada por evitarlo. Alfonso venía de visita a Lima muy de vez en cuando e iba directo a Ancón. De eso ya hace mucho, pero mucho tiempo después de esas épocas en que Herman conservaba su departamento en el Neptuno. Del aeropuerto se dirigía directo al balcón del departamento de unos amigos en Ancón, y allí se quedaba mirando la bahía que intentaba traerle los recuerdos de una infancia en una ciudad que se transformó llevándose su infancia y sus recuerdos.

Ya desde esa carretera nueva que atravesaba Ventanilla como un látigo, sin querer siquiera detenerse, porque la única manera de saber que Ventanilla existía, con esas casuchas que se multiplicaban por la ladera de los arenales, era cuando se malograba el maldito carro. El by pass del Zapallal o como se llame esa mole solamente tenía la finalidad de llevarte lo más rápido posible a Ancón y sacarte lo mas rápido posible de Ventanilla. Esa pista es sumamente peligrosa; cómo era posible que hubieran ido por allí, porque la otra, hija, la otra pista ya es la ciudad, esa calle horrible que se llama... cómo se llama... Zarumilla, el puente Dueñas, la urbanización Pro... mejor Alfonso, mejor es que hayas venido por Ventanilla, y ya estás acá, hombre, qué te sirvo, qué desean, qué gusto verlos, cómo está ese niño, años que no lo veo...

Mi pobre madre se la agarró con esa pobre mujer que era

la Negra Carrizales, una prima de mi abuela, una mujer oscura y con un pasado completamente desconocido para la familia. Yo la recuerdo yendo de visita, siempre de visita, y cuando uno va de visita es que no te invitan, simplemente vas y caes, y te sirven el té con gracia o mala gracia, depende. La Negra Carrizales tuvo la pésima ocurrencia de aceptarle una invitación a Benjamín Hassler para ir a un excelente restaurante de Miraflores, nada menos que El Carlín en El Suche, un pequeño complejo comercial. Ella estaba feliz. Benjamín Hassler la invitaba, ella se arreglaría íntegra, hacía años que no salía a la calle. La Negra Carrizales era la madrina de Alfonso, y Alfonso le hizo prometer a Benjamín que la llamaría y la invitaría a salir a un buen restaurante. Le traía, además, un regalito.

La nostalgia lo mataba a Alfonso. El lago se convertía en mar y el agua dulcete se transformaba en sal. Lo estaba matando de pena, pero era incapaz de regresar. Este gordo melancólico se había nacionalizado norteamericano y estaba hecho un verdadero gringo: gordo, gordísimo, como si fuese un judío jubilado de Miami Beach. Fumaba puro, tomaba café a lo largo del día y se sentaba debajo del ventilador. La Negra Carrizales se apareció como una luciérnaga en su imaginación y obligó a Benjamín a jurarle que la sacaría a comer. Benjamín Hassler lo hizo, y fue a recogerla con Ruth Ostolaza. La Negra la saludó cariñosísima, no la conocía, ni de nombre, quién creería que era esa mujer, una mujer, sí, una señora, porque el tiempo empezaba a pasar también de a pocos para Ruth Ostolaza, conservada, no digo que no, pero asentándose.

En el trayecto iban conversando sobre un sinfín de temas. En El Suche estaba feliz. No escatimó en nada: a ver, a ver, un pisco sauer, sí, por qué no mi Benjamincito, y cuéntame cómo está Alfonsito, su mujer, su hijito, todos bien, qué gusto; y tú, todos bien por casa, sin preocuparse por indagar quién era esa mujer que tan cómodamente estaba allí, un poquito tiesa, quizá, rígida, a la hora que tuvo que dar explicaciones, porque

Clara Hamann contaba con cientos de radares en esta ciudad, un montón de amigas, de espías, de ojos disparando hacia todos lados, y cómo fue que se le ocurrió a Benjamín escoger ese sitio, en el mero Suche, qué conchudo, pero si ya no tiene ni vergüenza...

La Negra Carrizales comió de todo esa noche, si la vieras... Entrada, segundo y postre. Y repetía esas ensaladas ubicadas a uno de los costados del restaurante. Creo que no nos vio. Estaba en lo suyo, mientras Benjamín Hassler digería lentamente, haciéndose el que la seguía, y Ruth Ostolaza, así se llama, miraba distraídamente el local. La pobre no conoce a nadie, Clara; no sé qué es lo que puede haberle visto. No vale nada. Lo que se dice, nada.

Clara Hamann la llamó por teléfono al día siguiente para reprocharle que cómo había sido posible que estuviera con esa mujerzuela a vista y paciencia de todo el mundo. No le importaba tanto que hubiese salido con Benjamín Hassler, sino el hecho de que hubiera estado en ese sitio vetado a Ruth Ostolaza. Si Ruth Ostolaza se atrevía a salir a esos lugares con Benjamín Hassler y con una de sus tías, eso quería significar que estaba avanzando, que seguía con pretensiones, con la pretensión de ocupar su lugar, no solamente en la cama, sino en la vida social. Y eso era inaceptable, Negra.

—No sé de qué me hablas —le dijo desconcertada—. No conozco a esa señora Ruth Ostolaza, así dices que se llama, hijita.

—No te me hagas. Zonza nunca he sido. Todas mis amigas te han visto anoche en El Suche comiendo con esa tal Ruth Ostolaza y con mi esposo; ¡con Benjamín!

—Con él sí he estado. Muy amable de invitarme. Tú sabes, Clarita, que salgo muy poco. A mis años son escasas las almas bondadosas que se acuerdan de los viejos. Benjamín está muy bien. Dice que estuvo con Alfonso y que...

—Negra —la interrumpió Clara Hamann—, ayer has salido a comer con Benjamín y Ruth Ostolaza. Eso sí debes reconocerlo. Todo lo demás me importa muy poco.

—Ruth... qué...

—Ostolaza. Ostolaza, carajo. O estás sorda vieja de mierda...

—Clarita, modera ese lenguaje. ¿Pasa algo...? ¿He hecho algo malo...?

Y colgó. Clara Hamann colgó y se puso a gritar por toda la casa, tanto, que me vi en la obligación de ir después que los vecinos me llamaran de urgencia. Estaba fuera de sí. Y repetía como una loca suelta que Ruth Ostolaza ganaba terreno poco a poco, si se descuidaba llevaría puesto el apellido Hassler, como si fuera un abrigo, y ni cuenta se daría esa cómplice de la Negra Carrizales que, por salir a la calle y comer un poco, era capaz de vender su alma, negarla tres veces y hacer las paces con esa diablo. Eso es lo que era esa mujer: una bruja.

VII

Ruth Ostolaza se sentía feliz con esos regalos que Benjamín Hassler le hacía, como invitarla a viajar en esos tours perfectos, o escapándose con él, cuando seguía casado, y ahora, aunque los años van pasando, en su compañía, anclando siempre en la casa de Alfonso. Alfonso había dejado de participar de los almuerzos en el Sea Ranch desde que optó por alejarse de Fort Lauderdale. Ya el cuerpo no le aguantaba. Esos almuerzos en el Sea Ranch tenían un parecido impresionante con los almuerzos en el Yacht Club de Ancón. Los del Sea Ranch eran distintos porque allí no se hablaba de política ni de negocios; en Ancón, en cambio, los tragos iban acompañados de fugaces firmas de cláusulas y contratos o de contactos entre unos y otros, averiguando de reojo cómo estaban las cosas en el gabinete de Manuel Prado, qué pasaba con «Chupito» Ortiz de Zevallos o el «Cabezón» Cisneros. Herman estaba metido en la política. Se burlaba de Benjamín, a quien consideraba un hombre de ideas simples, un deportista, a secas, un simple deportista. Herman hablaba y hablaba, y luego de los cócteles interminables en el Yacht Club, sus invitados subían al departamento del Neptuno.

En el Sea Ranch, Ruth Ostolaza podía estar como jamás hubiera imaginado estar en esa playita del Yacht Club, metiendo uno de sus pies en esa agua petrificada, plagada de yuyos y separada tan sólo por un muelle de la playa contigua, de esa playa larga y abigarrada. Ese muelle mantenía un ritmo incan-

sable de lanchas que salían y entraban, y Ruth Ostolaza hubiera podido subirse a una de esas lanchas y hacer su ski, naturalmente, mostrando esas yucas sólidas, esa cadera entrada, como las cholas, Benny, date más bien con una piedra en el pecho de que te haya salido riquita, y su cabellera negra dando de vueltas en el viento. Podía imaginárselo, porque Clara Hamann la mataría de una cachetada en plena playita, si se atrevía a dar un pasito adelante.

En el Sea Ranch sí que podía. Allí, aquellos peruanos con visa de residentes o de múltiples entradas, como que se estaban descerebrando con tanto sol, democratizando por la distancia, y lo cierto es que recibían a Benjamín Hassler sin hacer ningún escándalo cuando llegaba acompañado de su amiguita.

—Amiguita... qué concha. Ya le pusieron chapa a tu gila, Ben, y tú de mosca muerta. ¿Hace cuánto tiempo que paras con ella...? No creas que a las hembras les gusta estar de putas en la cama. A las mujeres les encanta frecuentar los salones, respirar el aire libre, ser mostradas, porque les encanta vestirse para lucirse, y que las otras le digan a su hombre lo regias que están. Deberías conocer de mujeres, Ben...

Benjamín Hassler llegó con Ruth Ostolaza hasta el condominio del Sea Ranch. El día estaba espléndido y ellos dos también. Toda la mañana estuvieron en el gimnasio. Benjamín Hassler ya contaba con unos cincuenta y cinco años y Ruth Ostolaza, con diez años menos, estaba muy bien conservada. Durante un mes no hacían sino descansar, hacer gimnasia, tomar sol, visitar eventualmente a su hermano Alfonso y pasar algunas horas en el Sea Ranch, una especie de territorio peruano lotizado a la usanza de los de la barriada, gregarios, mirándose las caras y sacándose la vuelta de vez en cuando, porque mantiene joven, Benjamín, entretiene, y a esta muchachita no le pasan los años, Francisco Noriega se le mandaba siempre, se contenía por no meterle un alcides, sumergir la mano en ese potito que se quiere descolgar y no se cae, como que se mantiene flotando en el aire esperando a que pase uno a la volada

y se la zampe todita, Ruth, así te llamas, Ruth, y ella siempre sonriendo, como si la educación se redujera a sonreírle a todas las imbecilidades que le dijeran.

La rutina estaba establecida: drinks, drinks como cancha, bien rociados; para eso estaba la playita como la del Yacht Club y las nostalgias, una playita privada al interior del privado condominio, porque había como varias playitas, cada clan del condominio dominaba una, aunque lo hemos invadido casi todo, y allí, extrañando las empanadas, los drinks les sacaban un rojo a la carne volviéndola violeta en el sol. El almuerzo se hacía en uno de los departamentos. Dicky Wieland, como que era un marginal en estos asuntos, sobre todo con el correr de los años, rara vez los recibía. Francisco Noriega había logrado casarse una segunda vez, y con una mujer de fortuna, nada menos, esa palabra que era una seña, una clave que abría las bóvedas del corazón. Pero no creas que Francisco Noriega no ha sufrido en esta vida, le decía Benjamín Hassler a Ruth Ostolaza, cuando se quejaba de sus insinuaciones. Ha sufrido mucho. Su primera mujer murió atropellada por un carro en la Carretera Central, rumbo a Chosica, cuando se les bajó la llanta y con los tres chicos dentro del auto. Ella salió a ayudarlo. Era de noche. Se puso al costado del auto y fue allí que pasó un bólido, no la vio, por supuesto, y se la llevó de encuentro arrastrándola varios metros.

Pero ahora no le iba nada mal. Tardó tiempo en recobrase, sobre todo de la visión de aquella noche en que tuvo prácticamente que recogerla entre las llantas de ese carro, porque estaba despedazada a lo largo de la carretera. Ruth Ostolaza lo veía con sus piernas largas, delgado, con esa mirada cansina, hablando lentamente como era su aburrida costumbre. No se le acercaba. Francisco Noriega era de los que se iban a contemplar a las calatas, y tenía con las mujeres una fama de mano larga, como si fuera un eterno pajero. Estaba sentado en un silloncito de mimbre, con un short blanco y una camisa casi abierta, totalmente bronceado.

Contaba que el otro día, y todos se mataban de risa, lo asaltaron en una de las salidas de la autopista. No tenía gasolina y le dio miedo quedarse botado en plena carretera en compañía de una mujer que nunca se supo si era un familiar o una gringuita. Salió para ponerle gasolina al auto y le metieron un palazo al vidrio, que le salpicó por todo el cuerpo. Allí mismo lo cogieron por la garganta y lo cuadraron. Estaba aterrado. Ella ni miraba. Lo sacaron a empellones del vehículo, le patearon las costillas y se llevaron el efectivo, las tarjetas de crédito y los documentos. A ella ni la tocaron, felizmente. Y todo por no tener el tanque lleno para venirme de Miami hasta acá.

—Nunca salgas del Sea Ranch, mi amor —le respondió una peruanita de la que nadie sabía ni su nombre, ni qué diablos hacía allí—. En el Perú hay que saber por dónde moverse. Me imagino que acá no todos son gringos.

Dicky Wieland se mató de risa con la expresión de esta mujercita que era como Ruth Ostolaza, pero no lo era. De repente, Ancón ya no es como era antes, y Miami, mi amor, tampoco. Pero como que se estaba adelantando en el tiempo, se proyectaba, porque Ancón, y Alfonso estuvo hace un mes nomás, está de las mil maravillas, no te imaginas lo bien que está Belaúnde, aunque no lo creas, está regio, a pesar de que crean que es un manganzón. Después de su discurso en lo de Punta del Este, la gente está contentísima. El gobierno...

Esa palabra jamás se había escuchado en el Sea Ranch: el gobierno... hasta que llegó ese generalote de Velásquez, Velasco, Alvarado, ese cholo quiero decir que no solamente se metía sus escapadas en el Sea Ranch, al estilo de Ruth Ostolaza, en cada una de las conversaciones, entre los drinks, en el almuerzo o los bajativos, sino que fue capaz de ir hasta el mismo Ancón, chupó como un condenado, se comió todo de un solo bocado sin distinguir primero, segundo y postre, y todavía tuvo el descaro de echarle una miradita insinuadora nada menos que a la menor de las Lavalles, que está regia, dicho sea de

paso. Imagínate, claro que le gustó, parece que el cholo ése tiene buen gusto, porque hasta preguntó cómo se llamaba.

El gobierno hizo su ingreso por todos los ventanales de ese condominio, remeciendo sus estructuras con aquello del cambio de estructuras, con las reformas que los tienen locos, pobres peruanos, de pronto sacaban una cuarta porque no te puedes imaginar los sustos que pasan y las dificultades que tienen para salir. Es un verdadero enredo esto de los dólares. Tienen, imagínate, una cantidad tope. Unos dos mil dólares, piensa qué ridículo será este cholo, que cree que una puede vivir con dos mil dólares en el extranjero. El Gobierno... y Revolucionario... todavía... de las Fuerzas Armadas... para colmo, ha dictado una serie de decretos, de leyes, de decretos leyes, que todos se la pasan leyendo *El Peruano*, te imaginas, *El Peruano* sirve para informarte si te han expropiado o si te han despedido o si te han sacado lo poco que tenías. Los Iglesias están desesperados... Han perdido todas sus tierras en el norte. No te los puedes imaginar. Son otros. Están deshechos. El gobierno se hizo presente durante esos largos siete años en las conversaciones del Sea Ranch que parecía, por momentos, un cuartel de contrabandistas encargados de llevar, traer y meter dólares en todas las cuentas habidas y por haber. Cuentas corrientes y complicadas, traspasos de cuentas, me pagas allá, me llevas esto, mientras Ruth Ostolaza sentía que el tiempo transcurría, que sus preocupaciones eran otras y su cuerpo empezaba a no ser el mismo.

Por fin Benjamín Hassler se había marchado de casa, por fin abandonó a Clara Hamann, la que es y será de por vida la Señora Hassler, por fin me dejó a mí, que me encontraba entre dos aguas, urgido por optar entre uno o el otro. Benjamín Hassler iba con Ruth Ostolaza a todas partes, siempre y cuando fuera en el extranjero. Hace veinte años que dejó la casa y todavía no muestra a Ruth Ostolaza por ningún lugar digno de ser mostrada, porque no tiene gracia, como dice mi madre, que la pasee por Maranga, por Jesús María, por Breña, por to-

da esa zona al otro lado de la Brasil. Fuera, sí. El muy conchudo, porque no hay otro calificativo, se la lleva como si fuera su esposa. Eso la saca de sus casillas. La trastorna. Le hace un daño terrible, porque entre los cigarros que se fuma y el monotema en que se encuentra, mi madre es capaz de enloquecer a cualquier interlocutor. Su táctica fue siempre elemental: hacerse la víctima. Echarle la culpa a ese esposo que no fue capaz de controlarse o, como decía Herman, tirarse una cana al aire, pero sin echarlo todo por la borda.

Benjamín Hassler no era tampoco tonto, y empleaba la táctica del desprendimiento. Prácticamente le dejó todos sus bienes, incluso le pasaba una excelente mesada y cuando vendieron la casa compraron dos departamentos: en uno vivía ella y el otro se alquilaba. No podía quejarse, pero debía hacerlo. Una esposa que ha sido abandonada debe quejarse, de lo contrario, la gente pensará que ha sido por su culpa o que ella fue quien se lo buscó. Si no era capaz de llorar, debía mostrar su ira. Insultarlo. No rehacer su vida. Mostrarle que él se la arruinó. Que la dejó mutilada, dependiente, sin la capacidad de reconstruirla; eso jamás, eso sería hacerle el juego, y una mujer calculadora no podía caer en esa trampa fácil.

En todo caso, no podría casarse de nuevo. En fin, ni lo había pensado siquiera. Su único hombre fue Benjamín Hassler. No había conocido a nadie más. Jamás le fue infiel. Ni antes ni durante ni después del matrimonio. Cuando Benjamín Hassler estuvo en Alemania, durante esos cuatro largos años, ella no miró a ningún hombre a pesar de que en esos años sí era guapa, recia, de gestos duros pero afilados. Una alemana de esas que te hacen puré, compadre. Tampoco pensaba en la posibilidad de tener o mantener un amante. Menos aún una aventura. En Lima todo el mundo se conoce, hija, sales a la calle y ya eres *vox populi*. Una aventurilla en el extranjero le parecía impensable. Una vieja, porque eso es lo que ya soy, pagando por una aventura. Y ni siquiera se atrevía a salir sola a hurgar los rastros de Benjamín Hassler cuando se escapaba con la

Ruth Ostolaza a Miami o a Fort Lauderdale. Sería de muy mal gusto, Clarita. Conserva tu lugar.

Era una vaina ser mujer. Le resultaba completamente imposible tener una relación con uno de esos señores que pertenecía a su mismo círculo social. No podía entender que tuviera que empezar otra vez una vida de pareja, que tuviera que constituir un matrimonio y tener o no otra vez hijos, cuando con las justas me tuvo a mí, porque Benjamín sí quería un hijo, pero uno nada más, uno que no funcionase como lastre. Muchas de sus amigas tenían una relación semiclandestina con hombres de su propio círculo social, incluso, Clarita, mira bien, tú que lo miras todo, incluso manteniéndolos. Porque qué otra cosa es lo que hace Lucy del Villar si no es mantener a ese apellido que deambula por San Isidro sin un sol en el bolsillo. Pero se da sus gustos, de eso no cabe la menor duda. No puede quejarse: no vivirá con él, pero es *su* relación. Eso es lo que es: *su* relación, no *su* compromiso.

Ni creas que los hombres tienen más libertad que nosotras, le refutaba Licia Elguera. No es que yo sepa mucho de estas cosas, pero me he preguntado por qué Benjamín no sale con personas como nosotras... Por qué tiene que salir con mujeres de otra extracción social... Por qué crees que no sale con una amiga tuya o con alguien que tú conozcas... Eso me parece un misterio.

—Maricón, eso es lo que es: ¡un maricón!

Ese calificativo podrían ahora disputárselo Dicky Wieland y Clara Hamann, quitárselo de la boca, porque Dicky pensaba que Benjamín Hassler engañaba a su amante haciéndole creer que podría verse a sí misma como su esposa, y Clara Hamann pensaba, llana y sencillamente, que era un cobarde y un egoísta.

—Piensa solamente en él —decía todo el tiempo—. Solamente en lo que le interesa. La bendita natación, eso sí que no lo perdona por nada del mundo. Cuando entrenaba de joven nadie lo sacaba de esa obsesión, porque eso es lo que era: una verdadera obsesión. Su egoísmo no tiene nombre. Pero así son

los Hassler, no sé si por la rama paterna o materna; él, Herman y Alfonso son unos grandes egoístas. El mismo Alfonso, qué te crees... cuando viene de visita se instala de frente en ese departamento en Ancón donde lo seban los tres meses del verano. No saluda a nadie. No pregunta por nadie. Y dice que es un romántico, que toca el piano en su casa gringa pensando en las musarañas y con unas nostalgias terribles, que sólo son depresiones y esas cosas que no son otra cosa que egoísmo, Licia, egoísmo. Y Herman... Ese Herman es un gran conchudo. Utiliza a la gente para sus propios fines, a los políticos, a los hombres de negocios, a la pobre Lidia, tan buena, tan bella, tan cojuda, diría yo, que le prepara almuerzos todos los fines de semana para atender a esos señorones que toman y comen como heliogábalos.

Benjamín Hassler nunca se puso a pensar por qué, efectivamente, tenía relaciones con mujeres de otros estratos sociales. Estratos, qué palabra más fea la que utilizaba Benny, que se ha puesto de lo más analista desde que trabaja en la cancillería, cuidándose de que no lo saquen los revolucionarios del Gobierno Militar y volviéndose revolucionario para instalarse bien en su carrera, sabrá Dios... Lo cierto es que usa unos términos de lo más extraños e intenta explicarme que mi relación con Ruth a nada bueno conduce, sobre todo cuando han pasado tantos años.

La última vez que vimos a Alfonso encontramos un clima bastante sombrío, porque su esposa no alcanzaba a reponerse del terrible accidente que tuvo Brian en una de las autopistas. Nosotros pensamos que ese dolor debía pasar con los años, porque los años aminoran la pena, teóricamente, por supuesto. Pero la muerte de Brian no fue otra cosa que un acontecimiento más de una larga lista de tragedias familiares, capaces de enlutar la atmósfera tropical de La Florida. Nadie va a La Florida a sufrir, eso era un hecho. Ni los cubanos, chico.

Benjamín Hassler pensaba que la familia política de su hermano Alfonso estaba signada por la desgracia. Desde su no-

viazgo convivió con una serie de tragedias que empezaron a teñir a su familia de un extraño hálito de muerte y soledad, que fue, quizá, el verdadero motivo de su paulatino alejamiento del Sea Ranch, luego de su casita a orillas del lago, para enterrarse en vida en esta aldea sin plazuela, en un punto olvidado de La Florida. Lo que le ocurrió a uno de los hermanos de Carmela fue el inicio de esta recatfila terrible de accidentes. Su hermano menor, un muchacho, porque eso fue lo que era, regresaba con un amigo por la Panamericana Sur conduciendo con esa elegancia que lo caracterizaba, con uno de los brazos sobre la puerta lateral, cuando un camión rozó su vehículo y le sacó el brazo de un arañazo y lo dejó así, sangrando, aterrado, gritando y maldiciendo. ¡Le arrancaron el brazo, carajo!

Ruth Ostolaza sabía a medias cada una de estas historias, porque la pobre mujer intentaba meter la nariz, y no la dejaban, para ver si comprendía algo de lo que sucedía en ese mundo de carcajadas y negocios, de mujeres que se desnudaban por o sin el famoso billete y de hombres que contemplaban el atardecer en el momento de la caída con el propósito de conmoverse. Nada. Ruth Ostolaza enumeraba tragedias de los familiares del hermano de Benjamín a quienes no conocería jamás, como esa hermana de Carmela, la bella, la otra, la simpática, la que se llevó todos los dones divinos, asesinada por su amante, según el juicio de algunos, y que murió de un trágico accidente según el buen entender de otros, en la bañera de su casa. Forcejeaba con uno de sus amantes, porque era de cascos ligeros esta mujer, imagínate, y acabó con dos disparos en el cuerpo. Lo curioso es que el atestado policial decía que se había suicidado. Éste debe ser el único caso en la historia de los suicidios de la FBI, perdón hija, de la PIP, en el que la víctima tiene dos impactos de bala en el cuerpo. Dos, caray, pero al caballero no le pusieron ni un solo año, porque era la época en la cual los apellidos valían y apellidarse esto o lo otro tenía su precio y su significado. Qué te crees, Clara, parecía encontrarse discutiendo con su mujer Benjamín Hass-

ler, cuando lo que en verdad trataba era de hacerle entender a Ruth Ostolaza que el Sea Ranch también teñía sus apartamentos de sangre y lágrimas, además de licor y lujuria.

La desgracia mayor fue la muerte de la madre de Carmela, cuando la secuestraron en Lima, hace ya algunos años, y sus captores, sea cual haya sido la razón, terminaron quemándola en uno de los despoblados de la ciudad. Se llegó a pensar en el pobre Brian como el culpable, qué bestias, si la gente no tiene principios, acusar al muchacho por el simple hecho de no tener oficio ni beneficio conocido. El padre de Carmela era un famoso millonario que se consumía en vida con la plata metida en las bóvedas de todos los bancos, dejando a sus hijos en la dulce espera de saber cuándo se muere este viejito, que no da su brazo a torcer, y vive y vive... ahora en Lisboa... sabe Dios la razón que tendrá para escoger una ciudad de neblinas y tristísimas canciones, sobre todo cuando las entona la inigualable Amalia Rodríguez. Lo cierto es que allí está, mientras Carmela y sus hermanos esperan la noticia: falleció, por fin, don Francisco Javier Lizarzaburu, en la habitación del hotel donde pasó sus últimos dieciocho años, pero nada, eso parecía que no ocurriría jamás. Quien se murió, en cambio, fue Brian. Increíble, inimaginable que Brian, ese joven pletórico, hijo de la sensualidad y la simpatía innata, no esté ahora con mi hermano Alfonso, ahora en la soledad de la nostalgia y en el café interminable de cualquier *snack* que tenga aire acondicionado a full, el muy gordo, atacado indirectamente por la mala suerte de su familia política.

La muerte de Brian no hace sino cerrar un triste capítulo de tragedias que ha postrado a Alfonso en una terrible soledad. Ya prácticamente no vamos a visitarlo, y Ruth siente una pena profunda porque en su casa se sentía cómoda y bien recibida, ya que le hacían creer que era una mujer con roce social, que frecuentaba los salones, que podía lucirse para beneplácito de Benjamín Hassler. Pero Benjamín Hassler tuvo la pésima idea de discutir con su hermano, una noche en que es-

tábamos todos cansados, después de ver las noticias en la televisión y expresar un punto de vista que a mí me lo pintó de cuerpo entero como un egoísta. Un verdadero egoísta, que me dejó, de verdad, asustada. Le dijo:

—Alfonso, depende de cómo lo veas. Brian fue un muchacho encantador, pero sumamente conflictivo. Te ha ahorrado un sinnúmero de problemas. Su vida misma ya era un problema. Tú me dijiste que ni siquiera había terminado su High School. Yo pienso que su muerte es un alivio para ustedes.

—Cómo puedes pensar eso, y decírnoslo. Increíble, Benjamín. Increíble que se te cruce esa idea por la cabeza. Un hijo es un hijo, y Brian era de los mejores. Bueno, cariñoso, y ya iba a enrumbarse. Eso era sólo cuestión de tiempo.

—Yo conversaba con él, Alfonso. Sus amiguitos, que no te gustaban nada, lo arrastraban por unos caminos que no sé dónde lo conducirían al final. Marihuana, mujeres casadas, discotecas... Tú conoces este país mejor que yo.

—Era un muchacho, ¡qué te sucede...! No tenía enfermedades. Era sano, sanísimo, buenmozo y honrado.

—Eso sí, pero creo que su muerte puede ser vista como un alivio. A veces las muertes recogen a personas que no están en capacidad de... afrontar la vida en mejores condiciones. Piensa qué hubiera sido de él si no estaba capacitado para trabajar y constituir una familia.

Carmela lanzó uno de sus gritos, y los botó a los dos.

—¡Salgan de mi casa inmediatamente, Benjamín! No te permito que te refieras a Brian de ese modo. No sé qué tienes en la cabeza. Y hazme el favor de sacar a esta ramera de mi casa.

VIII

—A ver... Déjame ver... Con Ruth Ostolaza en total estuve cuarenta años. Cuarenta años de mi vida que los podría dividir... en treinta años de felicidad extrema, aunque te rías, que van de 1944 a 19... 7... y... 4... porque si me casé el cuarenta y dos, durante veintiséis años de casado estuve con Ruth Ostolaza. Yo me fui de la casa en el setenta. Exactamente en el setenta, una tarde de junio. No creas que todo fue felicidad... la felicidad duró unos treinta años, hasta 1974.

—Un montón —le dije.

—Claro, como sucede en la vida, con el tiempo las cosas se van relativizando y a la hora de los recuerdos y los balances ya no sabes con exactitud si fue verdadera felicidad o no. Ruth Ostolaza fue un amor auténtico, un amor de verdad. Después la relación cambió bruscamente, como un viraje. Ciertamente que los siete años siguientes no resultaron malos, no como los otros de verdadera pasión, pero no fueron malos del todo si nos ponemos a recordarlos en su justa medida. Es a partir de 1981 que la relación se fue malogrando. Como las frutas, como las mujeres, los amigos, hasta los hijos, después de un tiempo las cosas como que se pudren. En el '81 yo tenía sesenta y cinco años. Ella cincuenta y cinco, porque siempre le llevé diez. En el '83 terminamos.

—Eso sí lo recuerdo, aunque las cosas no quedaron tan establecidas ni tan claras, según mi mamá.

—Terminamos la relación. Los compromisos siempre se conservan —me dijo.

Y me dijo también que la razón por la cual su relación, su compromiso, su auténtico amor, su amor de verdad, esa relación y ese compromiso que fue Ruth Ostolaza terminó, fue porque a ella se le dio por hostilizarlo cuando íbamos a casas de amigos casados, y allí fue cuando empezó a acariciar la absurda idea de casarse.

Benjamín Hassler se dirigía ahora a la casa de su hermano Alfonso. Era relativamente temprano, había revisado el plano con bastante minuciosidad, incluso llamó por teléfono a Dicky Wieland pidiéndole ayuda. Había logrado recorrer algunas calles, acceder a unas cuantas avenidas y ahora se encontraba, por fin, en una de esas autopistas que atraviesan toda La Florida con dirección a Orlando, donde su hermano Alfonso se había mudado después de la muerte de Carmela.

No lograba sacudirse del todo de ese accidentado viaje en lancha con su amigo Dicky Wieland. Ni las dos tandas de Rohypnol lograron que tuviera un verdadero descanso, de esos largos, que tanto le gustaban. ¡Maldita vejez de mierda! No tienes nada que hacer, lo que desees ya no lo puedes hacer, y tienes horas de horas para mirar el recorrido de los bichos en el techo. Con las justas se te para, y la mayoría de tus amigos o yacen en sus tumbas o roncan como los alacranes.

Conservaba su derecha, no iba muy rápido, había prendido la radio buscando una música que le dijera algo, no la encontró, por supuesto, apretaba la brújula con sus cinco dedos y en el asiento del costado estaba abierto el plano del estado, espantado de perderse. Dicky le había contestado de mala gana el teléfono, pero lo ayudó bastante. Alfonso, le dijo, está hasta el wing. El Gordo está sumamente deprimido. Yo diría que está enfermo, porque esas depresiones lo van consumiendo, y si ya no te queda nadie en este mundo, lo mejor es irse de una vez por todas. No vayas, Benjamín. Mejor no vayas.

—¡Para qué vas a ir! A las personas cuando están mal les gusta estar solas.

Benjamín Hassler le explicaba que tenía que verlo, que no

lo había visitado desde la vez aquella en que Carmela los botó de su casa, y con razón, creo, Ruth estaba muy apenada con ese incidente, tanto que dejó de hablarle durante el viaje de regreso y tuvieron que acelerar el retorno, porque yo había sido quien cometió el gravísimo error de entrometerme en sus asuntos íntimos y herir, qué bestia, sus sentimientos en relación a la muerte de Brian.

—Sé la historia —le había dicho Dicky Wieland—. La conozco muy bien y en todas sus versiones. No olvides que fue la comidilla del Sea Ranch y uno de los motivos por el que se fue. Alfonso ya no daba más en el Sea Ranch. La casa del lago fue una excelente época... Ahora se ha recluido en no sé qué barrio escondido de un pueblito cercano a Orlando. La vida no es otra cosa que la suma de encuentros y desencuentros. ¡Quién lo iba a pensar! ¡Quién, Ben! Si Alfonso fue el más simpático... es verdad... el más inteligente, el más preparado, el más intelectual.

—Es el filósofo —le había dicho Benjamín Hassler.

A mí siempre me había hablado del tío casi desconocido que logró marcharse a los Estados Unidos justo en el momento preciso, como si hubiese sido calculado; como si lo hubiese programado, anticipándose a todos los movimientos sociales que produjo en el país esa explosión llamada Velasco que, a la semana de tomar el poder, sin pestañear, asumió el control de los yacimientos de la Brea y Pariñas en octubre de 1968, buscando con desesperación una página extraviada días antes, en donde se encontraban, seguramente, los contratos mancillados, y nacionalizó la International Petroleum Company, izó la bandera rojiblanca en la desértica ciudad de Talara, bautizó ese día como el de la «Dignidad Nacional». Todo ese movimiento de sucesos justo a la semana de haber asumido el gobierno. Pero el Gordo ya no estaba. Alfonso se había ido hacía rato a Nueva Jersey donde estaba la Casa, la Central, la Madre de esa fabulosa transnacional.

—Se libró de todo ese barullo de botas y gritos mandones

—se reía Carmela, que lo idolatraba, considerándolo el mejor de esos Hassler dedicados al deporte o a la política.

—No lo ve nadie —le había repetido Dicky Wieland antes de colgar el teléfono.

Nadie supo a ciencia cierta la causa de la muerte de Brian, y la de Carmela se la volvió a refrescar de una manera intensa. Manejaba, llovía, era imprudente, podría estar marihuaneado, podría estar con tragos, podría estar con mujeres, Brian podría estar perfectamente bien y terminar estrellado contra un árbol fuera de la carretera, clavado contra el timón, la cabeza descolgada y el estómago hundido contra los fierros. Podría... Pudo... Pero a ciencia cierta, ni Carmela ni Alfonso supieron las razones. El estado de la pista, esa lluvia que es un verdadero peligro, la irresponsabilidad propia de los muchachos, lo que haya sido, no le daba derecho a Benjamín a decirle a su hermano que lo tomara con sabiduría porque el muchacho era un problema, iba a ser un problema peor, podía terminar en la cárcel, todo eso le había dicho aparentemente para calmarlo. ¡Imagínate...!, aullaban las mujeres del Sea Ranch, sumamente molestas con el desatinado de Benjamín Hassler.

Yo había escuchado —explicaba Carmela— un sinfín de razones esgrimidas para calmar a los padres cuando tienen la terrible tragedia de perder un hijo. «Hay que tomar las cosas como vienen» había sido, sin duda, la expresión más descarnada de todas. O que «lo tomáramos con calma, porque la vida podía ser larga». Y los dos nos mirábamos y casi nos la chuzábamos para ver cuál se iba primero y dejaba al otro solo en esta vasta tierra de aire caliente y lluvias sucias. Cuál de los dos se quedaría abandonado mirando el redondo lago de aguas artificiales.

—Alfonso está destrozado —fue lo último que logró decirle Dicky Wieland—. Pero es tu hermano. Y le debes explicaciones. Te va a recibir. Anda, carajo. Esa debe ser la razón por la que has venido, ya que no estás compitiendo como un viejo reblandecido.

Benjamín Hassler se desplazaba a buena velocidad y se dejaba llevar por la fluidez de ese tráfico que no conoce de baches, conservando prudentemente su distancia. Debía estar pendiente de la salida. Todo lo tenía claro y apuntado. Salida. Exit. Fuera. Últimamente recordaba con demasiada frecuencia ese club del cual se hubiera hecho socio si tuviera que decidir entre vivir dependiendo de los otros, porque ya estaba hasta su queso, o suicidarse. El club Exit era una idea genial de los ancianos del mundo desarrollado, que se daban fuerza unos a otros para marcharse de esta tierra sin hacer ruido y sin perturbar la paz de los vecinos. Buscaba el libro como un desesperado entre las diversas librerías de La Florida, y aún no lo encontraba. Le contaron que fue un *best-seller* en su momento; una serie de indicaciones precisas para evitar el dolor, reducir al mínimo los ingredientes, no ensuciar los muebles y no darle molestias o malos ratos a los parientes.

Pero estaba manejando, ahora mismo estaba manejando su carrazo alquilado, en eso los gringos no se andan con tacañerías, a sus setenta y cuatro años bien entrados, yéndose para los setenta y cinco, los cumplía en octubre, y estaba como cañón, como cuando se fue en uno de esos cruceros por el Caribe con Ruth Ostolaza, en una de esas escapadas durante sus largos treinta años de felicidad extrema, precisamente cuando se marchó de su casa y pudo salir de viaje sin los momentos de angustia propios de las escapadas, y cachaban, como recordaba muy bien, *matiné*, *vermouth* y *noche*.

Estaba aproximándose a la salida indicada y no debía distraerse un solo segundo. Se colocó definitivamente a su derecha y esperó el momento en que debía salir de esa enorme autopista para internarse por una de las vías laterales, seguir las indicaciones, sentir que ya empezaba a transitar por algo que podría denominarse cuadras, veredas, bodegas en las esquinas, pero no: en una hilera de casas separadas por inmensos jardines empezó a buscar ese número, ese buzón, esa fachada blanca de un solo piso con dos ventanas a los costados de

la puerta principal. Detuvo el auto. Descendió. Se dispuso a tocar el timbre.

La puerta la abrió Alfonso Hassler. Antes había preguntado por el intercomunicador quién era... Dejó pasar unos cinco minutos antes de decidirse a abrir esa puerta y tropezar con la cara y la facha de su hermano mayor. Pero el mayor parecía él. Y siempre había sido el menor, el menor de los tres, que rehuyó el mundo del espectáculo, de los deportes y de la política intrigante de los políticos de su país. Lo miró un rato. No disponía de fuerza alguna para decirle algo claro y contundente. Algo tierno, cálido o duro. ¡Un ándate a la mierda!, por ejemplo. O ¡qué alegría! ¡Qué sorpresa! No estaba de ánimo para ninguna de esas expresiones.

—Pasa.

La casa era sumamente práctica, tal como había terminado sus días Alfonso Hassler: práctico, pragmático hasta la médula, como los mismos gringos, porque hablaba como ellos, vestía como ellos, comía como ellos y pensaba como ellos. La sala comedor era la sala-comedor-repostería-cocina. La repostería estaba al centro, con una enorme mesa de madera giratoria que le permitía acceder a todo tipo de viandas, muy cerca de la cocina, la nevera y los otros aparatos eléctricos.

—Vivo solo.

Pero eso no era todo. Muy pronto vio en la cara de su hermano una profunda preocupación, que le hizo tomar la iniciativa y mostrarle, solamente apuntando con el dedo, aquel rincón donde se encontraba el piano y una biblioteca algo desordenada y polvorienta. Esos libros se arrumaban como única compañía, pero necesitaban, como las personas, cuidado y atención.

—Allí están algunos de los libros de nuestro padre. Tenía buen gusto para ser un banquero exitoso —le dijo irónico Alfonso.

—No olvides que fue poeta en su juventud.

—En la juventud uno fue de todo, Benjamín. Solamente tú,

que te has propuesto prolongarla hasta edades impertinentes, creyendo que al ser un eterno nadador, puedes alcanzar eso que Milan Kundera podría titular la inmortalidad.

—Vamos, Alfonso... Muéstrame el piano... Saber que conservas el piano me dará la tranquilidad necesaria. Porque no me vayas a decir que ya no tocas el piano.

—Toco todo lo que se mueve, Benjamín, menos el piano. Para tocar piano debes tener manos de artista, y mira las mías: comidas por la artritis de esta ciudad húmeda hasta los huesos. Más fácil resulta tocar un buen par de nalgas, sobre todo si pagas y te la deben. Aquí las mujeres son muy profesionales...

—Estaba preocupado por ti después de la muerte de Carmela.

—No te creo; la de Brian te dio más bien tranquilidad. Una especie de alivio existencial. Me diste a entender que hay vidas que sirven y otras sencillamente que no. Vidas absurdas. Desperdicios de vida. Y que la de Brian era una de éstas.

—Alfonso, por favor... De eso ya hace mucho tiempo, por favor, te he explicado en varias cartas mi error, mi terrible error, como te lo dijo por teléfono Ruth.

—Y qué fue de Ruth, hablando de la Reina de Jesús María, viejo cabrón... Unos la trataban como tu putita, otros como una señorita y yo intenté tratarla como tu mujer. Tú no me dejabas, andabas escondiéndola, no querías que te vieran con ella...

—De eso también hace ya buen tiempo.

—Bueno, siéntate. La casa es tuya. Eres mi hermano y no tengo a nadie, no conozco a nadie en este país de dos costas y 360 millones de habitantes.

La casa tenía una sola habitación y un rincón-escritorio donde estaban los libros y el piano. No se parecía en absoluto a los ambientes iluminados de las mansiones de La Florida, con grandes ventanales enfrentándose al mar, a un lago, a un canal o a una calle ancha, limpia y solitaria.

—En verdad, imaginas, Benjamín. Tienes un ojo estereotipado de postal. La gente huye de Miami por los ladrones y la droga callejera y se manda mudar a Fort Lauderdale y si pueden al Sea Ranch. Pero no te imaginas la cantidad de calles y condominios donde la gente se hincha las venas por esta vida que no vale un medio. No te imaginas, Benjamín. Lo que sucede es que te pareces a ese actor de nuestra adolescencia, Reginald Denny, que acostumbraba pasar sus vacaciones en su cabaña cerca del lago Arrowhead, nadando una milla diaria, dando un paseo de diez millas a caballo y cortando leña durante dos horas consecutivas. Así de sano, bueno, noble, deportista y simple eres tú, mi hermano mayor, el campeón nacional absoluto en estilo libre.

—De eso hace mucho tiempo, Alfonso.

—¡Y me lo vas a decir a mí! Parece ser que el único a la redonda que no siente el paso del tiempo, eres tú. Algo de infantil debes tener. Y no sólo en la mente, sino en el cuerpo, en tu organismo. Esa sencillez y esa salud es propia de un niño sin traumas, que conserva intacto el egoísmo propio de la infancia. Pero ése no es mi caso. Aparte de que nunca practiqué natación o deporte alguno, ni me tiré a esa poza inmundada del Pellejo, la vida me ha tratado mal. Me ha golpeado.

—Eso no es cierto. Por todos es conocida esa virtud tuya de adelantarte a los acontecimientos y sacarle provecho a las circunstancias; parecías el político sin serlo, el político de verdad, incluso eras muy superior a Herman como político, mucha gente te consideraba el más dotado de nosotros tres.

—Eso no tiene nada que ver. Es como el cine parlante que dejó a una serie de estrellas en la más terrible oscuridad una vez que apareció el sonido. A mí debió sucederme algo parecido. Si no, recuerda el destino fugaz de Seena Owen, la heroína indiscutible del cine mudo, y sus éxitos *Blue Danube* y *Sinners in love*, cómo cayeron en el olvido unos cuantos años después. A James Ford... Yo me parecía a James Ford antes de quedarme calvo. Su cabello rubio y lacio, duró solamente

un año: del '28 al '29. *Outcast*, ésa fue su famosa película, con Corinne Griffith.

—¡Qué memoria! Me había olvidado de que tenías una estupenda memoria. Yo, en cambio, no retengo nada. Puedo ver una película por la televisión mil veces y no me acuerdo absolutamente de nada.

—La vejez llega por algún lado, pero eso es tener suerte, más bien. Yo recuerdo todo, y no puedo vivir nada. Esta casa es como un cinema. Imagínate el Roxy, todo oscuro, matiné, vermouth y noche, viendo solo la película de una vida que pasó.

—Me has hecho recordar, mira cómo es la vida, a Lupe Vélez. Lupe Vélez se entendía con John Gilbert, y tenía una hermana llamada Reina Vélez.

—Eso se llama memoria lejana, la de los viejos. Te apuesto a que no recuerdas el camino para venir hasta acá, ni la dirección de tu hotel ni las personas que almorzaron contigo en el Sea Ranch.

—Recuerdo una frase que dijo Gary Cooper, el enamorado de Lupe Vélez, cuando terminaron. «El divorcio entre novios es mejor que entre casados, y más barato.» Tres años duró su idilio. Mi matrimonio, en cambio, duró más de veinticinco años.

—Tu matrimonio no ha terminado, Benjamín. El mío, sí. Carmela no está más conmigo y vaya si la extraño.

—*The cuban love song*, esa película sí que fue un verdadero éxito. Actuaban Lawrence Tibbett y Ernest Torrence. Era un drama comedia musical, y Lupe Vélez era una bonita vendedora de maní de La Habana. Lupe Vélez no cantaba, ella bailaba.

—Es el cine parlante el que se llevó de un manotazo a todas las estrellas del cine mudo, porque se pusieron de moda, acuérdate, las películas de revistas y operetas. De eso sí que me acuerdo yo. Yo me las veía todititas. Era la época de Al Jolson, Maurice Chevalier, Fifi Dorsay, Cliff Edwards. Era la

época en que todos los actores debían cantar, y hasta Gloria Swanson y Bebé Daniels hicieron sus gárgaras.

—Debes recordar a Marlene Dietrich cantando...

—Pero si estábamos en el mismo colegio, en el Alemán, Benjamín, qué te pasa... *Marruecos*, *El ángel azul*, con esa voz cálida y rara que tenía. Hasta me acuerdo de *Whoopee*, con el grajeo y simpatía personal de Eddie Cantor.

—Veo que sigues extrañando Lima, Alfonso. Hace tiempo que no vas...

—Y para qué; ni las películas ni los cinemas que hemos mencionado existen. No la reconozco. Además, me han dicho que Ancón está irreconocible y que para visitar a la gente tienes que viajar como cien kilómetros al sur, a una serie de playas donde no tengo idea de cómo llegar. Perdí el tren, Benjamín. Perdí el tren. No; mi tren, más bien, ya llegó a la estación y no hay conexión alguna. Sencillamente llegué a mi destino. Ni Brian ni Carmela ni tú ni Herman existen, ya no me queda nadie. Estoy solo, como tantos viejos gringos por acá.

—Eso no es verdad.

—Es verdad. Tú estás de visita, ya sea para disculparte o para pedirme algo. Pero me intriga saber qué puedes pedirle a este hermano ermitaño que recibe su pensión puntualmente sin necesidad de salir a ventanilla alguna. ¡Odio las ventanillas de las oficinas limeñas! Ventanillas trajinadas, infames, que esconden el rostro de una burócrata que lo único que desea es que te parta un rayo. Mis compras las hago por teléfono. No veo a nadie y nadie me ve. No los necesito. Mi casa es mi cinema, mi biblioteca, mi escritorio, mis recuerdos y muy pronto será mi tumba. Conozco el mundo por los noticieros. Como los poetas románticos... encerrados en su propio mundo, como el orate de Holderlin metido en su torre, yo habito en esta casa funcional en las afueras de Orlando, que es las afueras de *nowhere*. La CNN, la CBS, se encargan de informarme. Hasta los escucho en español. La voz de Blanca Rosa Vélchez por Univisión me tiene cautivado, por ejemplo. Y además no

necesito ni quiero moverme, porque estoy tan gordo que me duele mi humanidad: desde los tobillos hasta la nuca, hueso por hueso, nervio por nervio, músculo por músculo.

—Deberías hacer ejercicio, no te digo que hagas natación, conozco la aprensión que le tienes a las piscinas. Pero es lo mejor.

—La natación es la silla de ruedas acuática de los ancianos, Benjamín, es hora de que lo reconozcas. A veces desde la ventana descubro a uno de esos viejos gringos que envejecen sin escrúpulos, correr o caminar o enrumbarse hacia desconocidos parajes, con el único propósito de atrasar su muerte. Yo la acepto. Es más: que venga, porque no tengo el coraje tuyo para quitarme la vida si enfermo.

Alfonso Hassler no miraba a su hermano de frente ni de costado. Sus párpados enormes poseían demasiada grasa, reduciendo sus ojos a mínimos detalles en un rostro de abultados cachetes, amplia frente, escaso pelo, sostenido en un cuello breve y musculoso. Estaba arremolinado en uno de los sofás, donde más enfriaba el aire acondicionado. Empezó a encontrarle el gusto a la conversación, meses que no cruzaba palabra con nadie, y decidió sacarle provecho a la visita de Benjamín, empujado seguro por un insólito y tardío sentimiento de culpa. Algo tramaría este Benjamín, porque cuando se ponía a entrenar no lo sacaba nadie de la causa, como gustaba exclamar.

—O sea que no has venido a competir —le preguntó Alfonso.

—No. He venido solo, además.

—Y Benny... ¿No ha venido tu hijo...? ¿Y Ruth...? ¿Qué es de Ruth...? Clara le sigue haciendo la vida imposible, seguro. ¡Cómo se molestó conmigo, por el solo hecho de invitar a Ruth Ostolaza a la casa del lago! Si hubiera venido a esta casa estoy seguro de que se lo perdona. Clara conmociona con su cotorreo el gallinero del Sea Ranch. No te imaginas la estela que deja. Ninguna de ellas queda en buen pie y la intriga y la sospecha son dignas de una Agatha Christie tropical.

—Mi relación con Ruth, ahora, es otra. En una palabra ya no tenemos una relación.

—¡Cómo que no...! Esa mujer ha estado contigo demasiados años, Benjamín. Para muchos, y considérame entre ellos, Ruth ha sido tu verdadera mujer. Cierto que no ha sido tu esposa, pero tu mujer sí.

—Lo cierto es que mantengo otra relación.

—A tu edad me parece una inmoralidad.

—Una inmoralidad —repitió Benjamín Hassler— por qué; no entiendo por qué puedes pensar así.

—A nuestra edad, si bien me llevas unos seis años, lo que tocamos se ensucia. La vejez ensucia todos los objetos, los banaliza, y las mujeres son objetos demasiado ligeros para que los acaricie un viejo. No has escuchado a las mujeres más jóvenes decir, cuando le cuentan que un viejo está con una de sus amigas, «ay, qué asco...» Damos asco, Benjamín. Y la ciencia nos está jugando una mala pasada. La vida puede ser tan larga, que podríamos dividirla en varias etapas, muchas de ellas sin ninguna relación con la anterior, y así sucesivamente. En Estados Unidos hay gente que empieza una vida nueva a los cincuenta, a los sesenta e incluso a los setenta años. Muchas personas realizan oficios tan distintos, que podríamos decir que no guardan relación alguna con lo que anteriormente hacían o fueron. La reencarnación se da en este mismo reino, como escribiría Carpentier, sin necesidad de irse al otro.

—Citas nombres para darme a entender que soy bruto.

—Bruto, no. Y no estoy en capacidad de decir si eres un hombre de suerte, aunque dinero tienes, fama, salud y ni qué decir de mujeres... Clara, Ruth, unos cuantos amoríos sueltos que vienen de los chismes del Sea Ranch y anclan en esta isla de pelícanos gordos, imagínate; porque tengo la certeza de que lo has planificado todo en tu vida, que crees en lo que haces e incluso crees en lo que piensas. Eso no está nada mal para ser un deportista. Y de natación, un deporte tan poco carismáti-

co en estos tiempos, cuando la televisión, que es lo único que veo, no le da espacio. Reconozco que Estados Unidos es una verdadera potencia en natación, pero si revisas la programación pareciera ser que las piscinas están repletas de tiburones.

—No creo en la suerte ni en el destino. Conoces mis convicciones, Alfonso.

—Claro que las conozco, y más aún: debes jactarte de haber proyectado la disciplina del deporte a la totalidad de tu vida, como si la vida entera funcionase con la misma lógica de la piscina. ¡Me parece fabuloso! Ciertamente es un enfoque interesante, que podría tener su interpretación psicoanalítica, algo así como si esas aguas iluminadas en cloro fueran un inmenso vientre materno donde chapotean niños, jóvenes, adultos y ancianos, pero sin necesidad de demostrarle a los eventuales espectadores quién es el mejor o quién ganó la carrera. La piscina solamente como un lugar de salud y diversión.

—Esa piscina es la que detesto; mira si no la piscina temperada del Regatas durante el invierno. No sé qué hacer en una piscina si no puedo nadar.

—No volvamos a los tiempos de nuestra juventud, Benjamín, que no disponemos de tiempo. ¿Te quedas a dormir o piensas zarpar temprano...?

—Pensaba quedarme a pasar la noche.

—Bueno, es una excelente idea. No tengo inconveniente. Todo está a la mano y estamos en la cultura del *self service*, del *self man*, del *self love*. Sírvete lo que te provoque y éste podría ser un buen lugar para que descanses. Te veo un poquito demacrado por el viaje y seguro por la tensión de verme después de tantos años. Los hermanos también se distancian, Benjamín, eso no es un pecado ni una rareza. Los hermanos suelen ser unos desconocidos el uno del otro. Tú, Herman y yo no tenemos nada en común. Nada. Y eso no debería preocuparte. Las parejas tampoco tienen necesariamente un parecido y menos un sustrato común, pero ese tema lo manejas tú mejor que yo. Me contabas que tienes otra relación...

—Se llama Sonia. Tiene veintiocho años.

—Eres un hombre de suerte, y lo tienes todo calculado, hasta el cambio de mujer. Porque no me vas a negar que has cambiado a Ruth cuando ya se te ponía pesada, cuando quería casarse contigo, cuando te hostilizaba, te tenía hasta la coronilla, comparando, señalando, hablándote de las otras parejas, y ella que no podía: no estaba a su alcance contraer matrimonio contigo.

—Yo no me separé de Clara, ni me fui de la casa para casarme con Ruth Ostolaza. Yo me marché porque la quería y porque no soportaba un día más el carácter empecinado y la persecución implacable de Clara. Me revisaba de arriba abajo todo el santo día, carajo.

—Hubieras podido vivir con las dos.

—Viví con las dos durante veintiséis años, como bien sabes.

—A Clara eso no le gustaba.

—A Ruth no le molestaba, y Clara lo aceptó, creo, durante un tiempo, a regañadientes. No sé, más bien, las razones que tuvo para exigir que optara entre ella y esa intrusa, así la llamó.

—Y ahora que Ruth envejece la abandonas como a un saco de papas.

—Si alguien la quiso y la quiere, a su manera, he sido yo. No te me pongas moralista buscando que tenga un sentimiento de culpa que no tengo. La mantengo, debes saberlo: le compré su departamento en San Isidro, le paso una mensualidad, la visito.

—Sólo falta que digas que la sacas a tomar aire. Debe estar mal esa mujer. Dio su vida por ti; sus mejores años.

—Quiero hablarte de Sonia. Necesito un consejo, y nadie mejor que tú.

—Que yo; vaya, vaya, el hermano mayor recurriendo al hermanito, al que nunca le dejaban sitio en los juegos o un pedazo de torta. Era el último de la cola cuando había que meter la cabeza debajo de la falda de Anita. Pero bueno, qué se te ofrece, campeón...

—Sonia está embarazada. Ella quiere el hijo. Quiere un hijo mío.

—Eres, definitivamente, un hombre con suerte. Todavía funcionas, o es eso lo que quieres darme a entender: que eres aún un verdadero macho cabrío hablando con su hermanito que vomita el colesterol por los poros, convertido en un buey horrible. ¿Es eso, Benjamín? Porque no entiendo la consulta.

—No quiere abortar.

—Y por qué demonios va a tener que abortar esa muchacha de veintiocho años, como me dijiste; por qué la obligas a pasar por esos trances, tomar esas decisiones. Cuánta gente tiene hijos sin darse cuenta de que los tiene.

—Ella desea un hijo mío. Con mi nombre y mi apellido si es hombre.

—Dile que ya tienes un hijo con tu nombre y tu apellido. Debe escoger otro nombre; veamos: uno medio alemán, uno que vaya con esos cabellos rizados, no muy rubios, no muy castaños, color café de los Hassler. No le pongas Otto. Otto Hassler me parece espantoso. ¿Y cómo es ella? ¿Es una choluta, como las que te gustan?

—Es una mezcla de razas: blanca con chino. Tiene una piel de marfil espectacular. Unos ojos no muy rasgados, pero que se abren como una flor en la selva. Y...

—Basta: una china nacional, lo mejor que has podido encontrar. Es como el chifa, el zumo de todos los ingredientes, el fondo interminable de la cultura peruana, el pozo sin fondo, donde todo lo que cae rebota y crece y se reproduce. Sonia es el aporte peruano a la cultura universal. Que tenga su hijo. Imagínate, Benjamín: Alemania, China y el Perú revueltos y revolcados. ¡Debe salir una maravilla! Eso no podría ocurrir ni en Alemania ni en la China, sólo en nuestro glorioso suelo nacional. Pero anda pensando un nombre de mujer. Una combinación de nombre chino y apellido alemán...

—Veo que te causa gracia, Alfonso. Primera vez que una visita mía tiene un efecto terapéutico positivo.

—¿Qué quieres que te diga?; ¡que aborte...! Va contra mis principios. Brian, mi hijo, murió, y tú te alegraste. Yo no puedo hacer lo mismo con el tuyo. Yo no puedo desear la muerte de ese niño, se llame como se llame. Menos aún si es mujercita. Siempre quise tener una hija, una mujer que ahora me acompañase, por ejemplo, que no dejara por nada del mundo que estuviera solo como estoy ahora. Por nada del mundo, Benjamín.

IX

Benjamín Hassler volvió a leer la invitación del alcalde de Lima, Alfonso Barrantes Lingán, conmemorando el Cincuentenario de la Olimpiada de Berlín. El evento principal tendría lugar, curiosamente, en un parque que sería inaugurado, por esa ocasión, en el novísimo distrito de San Borja. Benjamín Hassler dejó de lado la tarjeta de invitación y se dispuso a contemplar, melancólicamente, la piscina vacía de su Academia. Estaban en julio, y la piscina daba pie a una serie de reflexiones sobre el tiempo, las ganas de tener una motivación para levantarse de la cama, la adicción al Rohypnol, qué bien haría esa pastilla en darle más horas de sueño y dejarle solamente las necesarias en la vigilia.

A partir de mayo, cuando cerraba la Academia, el resto del año se organizaba en torno a los pequeños placeres de la vida, entre ellos, vaya uno a imaginar, el de entrenar diariamente para conservarse en forma y tentar algún éxito en un nuevo torneo. El otoño daba paso a un invierno húmedo y gris, que le hacía pensar que la rutina de los viejos se hace más evidente durante la estación que perennizara los últimos años de la agitada existencia del Marqués de Bradomín, tan citado por su hermano Alfonso. Una resolana se posaba distraída sobre ese paisaje tan suyo, y que, sin embargo, había sufrido tantas modificaciones. Detrás de su piscina, al interior de un generosísimo espacio, tan poco frecuente en las numerosas academias que la sucedieron, desfilaba, a lo lejos, un impresionante perfil

de edificios residenciales que miraban directo al jardín más grande y cuidado de la ciudad: el Golf, edificios que se multiplicaban como conejos de variados colores y daban por la zona de servicio a la Academia de ese señor un tanto rematado ya, de carácter irascible, al que tanto bien le hacía nadar durante dos horas casi todos los días del año.

Desde su separación de mi madre había convertido parte de la azotea de la Academia en un acogedor espacio que él llamaba, sin mayor pretensión, su casa. Tenía lo elemental. Qué flojera enumerar esos objetos prácticos, que se acompañaban de dos grandes óleos heredados de sus padres. La salita, un hueco que era su comedor, la *kitchenette*, su cuarto con el baño. Eso era todo. Así ninguna mujer acariciaría la peregrina idea de intentar quedarse. En esta casa solamente hay lugar para una persona, y esa persona soy yo.

Sonia iba de visita, pero después debía retirarse. Hacía unos dos años que mantenía esa relación en la más oscura clandestinidad, porque en esta ocasión le había sido infiel a Ruth Ostolaza, después de haber sostenido con ella una relación de cuarenta años. Sonia tenía veinticuatro años excelentemente puestos en un cuerpo menudo y grácil, suave hasta el espasmo y tierno hasta la calentura. Estaba concebida para el amor. Como si hubiese sido educada para practicarlo sin cansancio o desesperación, se sostenía con la cautela de los gatos, la emoción de los pájaros y el silencio de los orientales. Benjamín Hassler sentía que llegaba a los orgasmos sin darse cuenta, y sin tener que pasar por ese terrible umbral de preguntarse en voz baja si funcionaría o no en esa precisa oportunidad. Cierro es que estos primeros años con Sonia eran como un acicate tormentoso, un nuevo estímulo, un cuerpo sumamente joven como para despertarle el apetito al anciano más introvertido.

Mi padre soportaba sus setenta y un años en un espléndido estado físico. Se sentía como cañón: como cohete. Su rutina giraba en torno a sus entrenamientos y a cómo debía sostener esta relación con Sonia, sin comprometerse, sin involucrarse,

sin embarrarla. No debía quedarse en la casa más de dos noches, por ejemplo. Ruth Ostolaza nunca pisó la Academia y menos aún su nido en la azotea, como intentó bautizarlo, imaginarlo, sin poner un solo dedo en la alfombra. Ruth Ostolaza tuvo su casita por Maranga y luego su señor departamento en San Isidro, qué se creen, nada menos que en la Dos de Mayo, antes de que esa avenida de árboles frondosos se fuera desdibujando en un área comercial, arrabalera, bullanguera. Ruth Ostolaza tenía un departamento que era muchísimo más que un piso; quería ser su casita, pero no lograba alcanzar ese anhelo. Benjamín Hassler, en los buenos momentos solía visitarla, se quedaba una que otra noche y se marchaba antes de las diez. Almorzaba allí a diario. Por las noches prefería hacerlo en su propio lugar, como terminó denominando a ese nidito de la azotea. Poco a poco, con los años, iría encerrándose, hasta que, de pronto, apareció en su vida Sonia Valverde.

Dudó varios instantes si debía participar en los actos conmemorativos del Cincuentenario de la Olimpiada de Berlín, ciudad que ha quedado perennizada entre los peruanos a raíz de esa precisa olimpiada. Benjamín Hassler ya estaba harto de recordarla, la había recordado durante muchísimos años, casi como si fuese una mujer, y ya había logrado encontrarse totalmente sosegado. Pero era el país el que no lo dejaba descansar en paz. En Talara habían construido un estadio de tierra y arena con el nombre «Campeones del 36». El país entero temblaba de emoción cada vez que se conmemoraba un año más de ese gran evento deportivo, donde tuvimos que retirarnos por culpa de ese dictador, de esos nazis, esos alemanes que se creen lo mejor del mundo.

Con la invitación en la mano, le vino a la memoria esa pequeña ciudad alemana donde encontró a la mujer que lo desvirgó de verdad, no haciendo esos ridículos papelones prostibularios, y donde aprendió los fundamentos básicos de la medicina e intentó entrenar en un lugar que justamente no tenía una piscina. Wurzburg era una aldea conocida por su pres-

tigiosa universidad, que contaba con un excelente hospital, conservaba como centros turísticos el castillo de Barba Roja y los jardines de Weisswehheim.

Al llegar a Lippstadt con una docena de connacionales, después de viajar en el vapor Santa Clara de Lima a Panamá y con el Iberia de Panamá a Hamburgo, se instaló en casa de la familia Timmer. Ethel vivía a unas cuantas leguas de distancia, en Paderborn, donde iba con frecuencia a visitarla. Su estancia en Lippstadt duró unos tres meses, y se reducía a practicar el idioma que había aprendido en el Colegio Alemán de Lima. La rutina era sencilla y hasta bucólica, se podría decir. Idiomas, paseos a los jardines Weisswehheim, viajes más largos a Munich, donde sí había dos piscinas, y donde hubiera debido quedarse para estudiar y entrenar. Hasta allí llegó con Ethel a pasear en remo por el lago del Englishe Garten.

La piscina vacía de su Academia le rompía el corazón. Le daba a entender que era como un cuerpo sin alma. Existen cuerpos sin alma, y almas sin cuerpo, de eso estaba seguro, y sin ser en absoluto religioso estaba convencido de que el alma era un requisito necesario en la vida de los cuerpos: sobre todo en esos cuerpos mojados por el cloro de las piscinas transparentes, quietas como unas láminas brillando de dolor al sol. Abrió las cortinas de su ventana y se animó a mirar despiadadamente esa piscina vacía, ese jardín lateral sin público y la silueta de los edificios residenciales al fondo, como queriendo decirle que su horizonte tenía su límite. Dejó la tarjeta en una de las mesitas de la sala y con las manos vacías asumió que estaba en pleno invierno. El terrible invierno. El invierno que lo obligaba a entrenar en la concurrida piscina temperada del Regatas, aun durante las mañanas de entre semana, porque los viejos como él se disponían a nadar y a chapotear y a patalear en esa piscina recalentada, humeante, atiborrada. Cada vez que un viejo lo reconocía y lo saludaba, Benjamín Hassler colocaba en su rostro el rictus antipático que desconcertaba a los demás. Detestaba ser viejo, pero sobre todo detestaba a los viejos.

Ahora no estaba tan seguro de la ironía histórica de desembarcar en una ciudad alemana que carecía de piscina, porque en el fondo, empezó peligrosamente a cavar, no estaba quizá decidido a entrenar en exclusividad, como lo hacía ahora con la absurda y ridícula pretensión de competir entre viejos. Le importaban un rábano la universidad y el hospital de Wurzburg, si el pueblo carecía de piscina.

Este Cincuentenario me va a presentar una imagen aterradora de aquellos deportistas que hace muchísimos años no veo. Probablemente estén los futbolistas del escándalo, todos esos héroes que la ciudad entera recibió como si fuesen los olímpicos uruguayos del '24 y del '28. Me escribieron que el recibimiento había sido apoteósico; un espectáculo inolvidable fue aquel recibimiento que una nación, expresada en su ciudad principal, les tributaba en el puerto del Callao.

De ese mismo puerto había partido rumbo a Europa, rumbo a Alemania, rumbo a Berlín la delegación peruana, una de las más completas, perfectamente uniformada, a poner bien en alto el nombre del Perú. Muchos de los gastos fueron sufragados por la propia ciudadanía, que colaboró con su dinero para que estos ejemplares deportistas pusieran su grano de arena en un evento universal. El costo por atleta fue de 1 600 soles, que incluía el pasaje de ida y vuelta en barco, alimentación y alojamiento. Y en ese mismo puerto desembarcaba ahora una delegación con la frente en alto, que resistió los embates de un fascismo racista que no fue capaz de soportar la supremacía de los deportistas provenientes de otras razas, culturas y países.

Benjamín Hassler pensaba que su participación en la olimpiada había sido la de un marginal, puesto que ni partió ni regresó con la delegación. En algún sentido, eso lo incomodaba, y pesaba a la hora de tomar la decisión de ir o no a ese parque escondido de San Borja, a develar alguna placa, seguramente, en recuerdo de esos valerosos deportistas. Cuando la delegación partió rumbo a Europa, rumbo a Alemania, rumbo a Berlín, Benjamín Hassler tenía, por lo menos, cuatro años vivien-

do en Wurzburg. El Comité Olímpico Peruano le mandó una invitación oficial para que representara a su país en la disciplina en que había logrado tantos éxitos.

Lo habían cogido prácticamente de sorpresa. Como nunca había tenido entrenador, decidió practicar en seco, corriendo, colgándose de cuanta cuerda, sogas o liana existiera, y nadando en las aguas de un río manso por naturaleza, excesivamente civilizado, que hacía las veces de piscina durante los meses de poco frío o calor. Estaba en forma e intentaba parecerse a su ídolo máximo, Johnny Weissmuller. Cuánto hubiera dado por tener a Bill Bachrach, el *coach* de Johnny Weissmuller. Solamente Ethel lograba sacarlo de esa obsesiva rutina así como algunos eventuales viajes hacia otras ciudades, representando a su universidad, que le daban a entender que se trataba de un país rico y variado.

Ethel intentaba meterse a su cuarto de estudiante. Benjamín Hassler, picoteado por un instinto de independencia, hacía lo indecible para que ella no dejara sus bártulos y se instalara en ese cuartito sumamente acogedor, pero que estaba concebido para una sola persona. Él no estaba hecho para la vida de pareja. No tenía la personalidad adecuada. Era un verdadero Hassler: independiente, egoísta, voluntarioso.

En los dos primeros años visitaba con cierta frecuencia a algunos peruanos que llegaron con él y estudiaban medicina en otras ciudades. Durante unas vacaciones que él mismo se encargó de prolongar más de lo debido, logró vivir en Berlín. Lo alojaba una familia alemana que tuvo, por unos días, como huésped a Julio Balbuena, un peruano simpático que le repetía al oído que la señora guardaba una cierta y preocupante simpatía hacia los nazis. Benjamín Hassler estaba interesado en saber de qué trataba todo ese barullo y, en cierta forma, la llegada de un peruano amigo de su familia, mayor que él, lo mantuvo bastante informado, frecuentando cafés y grupos de peruanos.

—Nosotros nos conocemos —le dijo Jorge Basadre cuan-

do se lo presentaron—. Nuestras familias son tacneñas. Lo que sucede es que soy mucho mayor que tú, pero a tu padre lo conozco bastante bien. Te puedo decir, por ejemplo, que debe haber nacido en 1877, hijo de don Benjamín Hassler, ciudadano alemán y conocido hombre de finanzas, y de doña Sara Neuhaus, distinguida dama tacneña, autora de *Recuerdos de la Batalla del Campo de la Alianza y de la ocupación de Tacna por los chilenos*.

—Es totalmente cierto —respondió Benjamín Hassler—. Mi padre nació el 3 de noviembre de 1877.

Jorge Basadre, a diferencia de Benjamín Hassler, había llegado a Alemania desde Nueva York, desembarcando en Bremen, pasando unos días en Hamburgo, para luego trasladarse a Berlín. La travesía la hizo en el Europa. La mayor parte de los viajeros habían sido hombres y mujeres jóvenes; algunos en los linderos de dicha edad se encontraban ansiosos de conservarla, y no faltaba quien, ya más entrado en años, vivía en esa desesperada rebelión contra el tiempo que alguien ha llamado «el demonio del mediodía».

Al igual que Benjamín Hassler, tenía raíces puestas en Alemania, y el viaje resultó una excelente oportunidad para reencontrarse con el idioma que aprendiera en el mismo colegio al que había asistido mi padre en Lima. Se alojó en casa de la señora Fera, quien distraía sus ocios haciendo el bien a los profesores o estudiantes que llegaban a Hamburgo de distintas partes del mundo. Hamburgo era la ciudad natal de su abuelo paterno, un puerto lleno de historia y de vida.

—Pero me pareció inútil —le contó a Benjamín Hassler— seguir la indicación que se me hizo de indagar acerca de los parientes. Quizá hubiese sido una búsqueda satisfactoria para la vanidad familiar, pero sin ninguna consecuencia importante.

Benjamín Hassler tampoco demostró interés en conocer el árbol genealógico que procedía de esta parte del planeta y, más bien, extrañaba con inusual frecuencia su vida familiar en

el Perú. Ethel hacía lo indecible para que dejara de recordar los almuerzos en esa casa que no podía imaginar, pero que, sin duda alguna, debía ser una mansión de ricos sudamericanos.

—El otro día, Benjamín, me encontré con mi viejo maestro, el antiguo director del Colegio Alemán de Lima, el doctor Erich Zurkalowski. Ahora es director de un colegio estatal en Berlín —le había contado entusiasmado Jorge Basadre.

El grupo de peruanos estaba conformado fundamentalmente por José Jacinto Rada, secretario de la Legación; Alberto Diviza, un veterano de la vida alemana; los doctores Mario Bocanegra y Enrique Encinas, hermano del rector de la Universidad de San Marcos, a quien llamaban el «Anacoreta Aymara». Benjamín Hassler dejó momentáneamente sus amistades deportivas —especialmente la de su amigo Tano Paz Soldán— y se enfrascó en estas conversaciones sobre arte y cultura. En parte le recordaban las que sostenían en su casa de Arenales su padre con su hermano Alfonso, y que él seguía con bastante displicencia. No todo era agua, cloro, carreras, Benjamín, gruñía furioso su padre, desesperado por esa terca voluntad de nadar todas las mañanas en la poza del Pellejo.

Ese Berlín de 1932 que le tocó vivir a Jorge Basadre, durante unos cuantos meses, le permitió abrirle los ojos a Benjamín Hassler, mostrándole un mundo que ciertamente desconocía en Wurzburg. Jorge Basadre venía de estar en los Estados Unidos en esa época dura de la «depresión» y por ello, quizá, tenía despierta una conciencia crítica preparada para descubrir, aterrado, lo que sucedía en Alemania.

A Jorge Basadre le encantaba caminar con el ánimo de desentumecer las piernas y mirar el presente con los ojos del historiador que ya era; el espíritu epicúreo del Berlín de esos años se mantenía a pesar de la tradicional rigidez prusiana y de la creciente sicosis política y social. La ciudad estaba plagada de cabarets, cafés, bares y lugares de recreo que encendían sus luces en las noches de aquella primavera, aquel verano y aquel otoño. A todos nos gustaba pasear por la calle Kurfurstendam,

donde en algunos cafés se bailaba en un piso con música moderna, a otro piso se iba a escuchar música clásica y en el piso tercero ya no había orquesta alguna.

—Vamos a la Haus Vaterland —propuso Julio Balbuena.

Se trataba de un enorme establecimiento con diversas secciones que tenían bebidas y comidas de las distintas zonas del país, servidas por muchachas con vestidos típicos. Eso le encantaba al «Anacoreta Aymara». Esas muchachas típicas, con vestidos típicos, le parecían un típico encanto nocturno antes de irse a dormir.

—Vamos por la calle Kant —propuso Mario Bocanegra—. Por allí van y vienen hombres pintados, vestidos de mujer. —Esa calle era bien conocida por sus cabarets de homosexuales, mujeres y varones—. Sólo para mirar —añadía graciosamente.

—Vamos a la Haus Vaterland.

Nos sentamos alrededor de una inmensa mesa redonda de madera, al fondo de un bullicioso establecimiento algo oscuro, pero sumamente acogedor. Los alemanes gritaban en exceso. Allí iban muchas muchachas de buenas familias burguesas, representantes típicos de una generación nacida dentro de las tensiones de la Primera Guerra Mundial, crecida en la locura increíble de los años de la inflación en la década de 1920, distanciada de toda norma de estabilidad y continuidad en la vida. Salían a buscar un poco de aturdimiento después del trabajo gris o en contraste con el hogar triste o pobre o inseguro o ya inexistente.

—¿Crees realmente que la situación está así, Jorge? —lo interrumpió, preguntándole, José Jacinto Rada.

—Sí; así es. Si quieres recordemos, en el caso de la pintura, el movimiento expresionista que nació a comienzos del siglo y recibió su nombre en 1911, pero que adquirió renovado impulso en 1918 con el «Grupo de Noviembre». Ese movimiento simbolizó la protesta de una generación joven educada en el seno de una sociedad fundamentalmente jerárquica que re-

cibió luego, de modo brusco, el traumatismo de la guerra y reaccionó contra un mundo mecanizado.

—Grosz —continuó Jorge Basadre— se dedicó por ejemplo a reiterar su odio a Berlín y a sus ciudadanos, símbolos de la decadencia burguesa. Hombres de negocios repulsivos, gordos y muy dispuestos a exhibir su dinero; oficiales con monóculo y rostros agresivos, a veces sin pantalones; ramerías cínicas; matronas de pechos colgantes; asesinos sexuales, auténticos o posibles, con hachas o cuchillos; multitudes grotescas atrapadas en calles sin árboles que los tranvías, el ferrocarril subterráneo o los edificios ladeados en ángulos siniestros, afean más: ése fue el mundo berlinés de Grosz. Un mundo atroz y amargo; pero quien lo contempla no puede menos que reconocerlo ya que está pleno de vida.

Benjamín Hassler estaba muy interesado en todas esas conversaciones, pero no dejaba de nadar, por nada del mundo, en una piscina que había descubierto muy cerca de la casa de la familia Bruggemann, comandada por la viuda de un jefe militar muerto en la Primera Guerra Mundial, en Trautenausttasse. Benjamín Hassler compartía, en cierto sentido, algunos espacios y momentos con el único hijo de aquella señora, un ferviente miembro de la semimilitarizada juventud nazi.

Recordaba a Jorge Basadre diciéndole que, durante algún tiempo, había estado prohibida la exhibición de uniformes de los partidos políticos, pero que el gobierno de Papen los había autorizado de nuevo. Benjamín Hassler estaba angustiado con el goce intenso del joven Bruggemann el día que salió a la calle con sus lustrosas botas, su limpia camisa parda, y su brazalete de color rojo y la cruz gamada. Cada vez que salía a la calle veía grandes cantidades de muchachos con ese uniforme. Algunos vendían los diarios del partido: *Der Angriff* o el *Volksische Beobachter* de Munich. No le cabía la menor duda acerca del amor de los alemanes por el uniforme, su orgullo de llevarlo. Una vez vi a un hombre ya maduro, de aspecto imponente, recorrer, solemne, la estación, y estuve convencido de

que se trataba de un alto personaje oficial; cuál sería mi asombro cuando descubrí que se trataba de uno de los empleados encargados de dar la señal de salida de los trenes.

—¿Practica la natación? —me preguntó una mañana relativamente soleada el joven Bruggemann—. Porque si es así, me parece una decisión sensata. Espero tener el honor de verlo competir en Alemania.

—Represento eventualmente a las universidades de la región de Wurzburg, porque quizá usted sepa que justamente en Wurzburg no hay piscina —le contesté.

—Espero que no utilice ese argumento como excusa al conocer el resultado de su carrera.

—Por cierto que no —respondí sin perder la calma—. En la piscina cada nadador bracea ordenadamente en su carril. El puesto que ocupe dependerá exclusivamente de él; de las horas que ha dedicado a su entrenamiento. Cosechará, sin duda, lo que haya sembrado.

—Ojalá tenga la ocasión de verlo nadar en una competencia en Alemania —me dijo, despidiéndose, y lo vi alejarse con su andar excesivamente marcial.

En verdad, empecé a hacer mía la descripción que de Berlín hacía Jorge Basadre en las reuniones en la Haus Vaterland. Berlín, como una ciudad de granito, piedra y concreto sin el misterio de viejos rincones que descubrir, o de hermosas y evocadoras huellas: calles largas, rectas, uniformes, frecuentemente grises, y casas que ostentaban letreros para orientar al que por ahí transitaba. Águilas y escudos sobre los edificios oficiales cuya solemnidad era turbada por el ruido del ferrocarril urbano colgante como en una gigantesca juguetería. Museos llenos de reliquias. La avenida de Unter den Linden, donde solía caminar durante horas con mi entrañable amiga Aimée Torre Brons, una muchacha sumamente blanca, hermosa, de largos y ondulados cabellos negro retinto, anchas caderas y extraordinarias piernas, hija de padre peruano y madre alemana, con sus edificios de estilo neoclásico, sus hoteles para ricos o enri-

quecidos, sus agencias de turismo y unos leones esculpidos al final de uno de sus extremos que, según se afirmaba, rugían al mirar a una virgen.

—Será por ti que rugen desesperados estos felinos —bromeaba cariñosamente con Aimée, que abría ante mis palabras sus enormes ojos con extraña y tierna inocencia.

Jorge Basadre vivía en aquellos tiempos en casa de Edith Faupel, alumna de su curso inaugural en la Facultad de Letras en 1928, y que ahora trabajaba en el Instituto Iberoamericano.

—No sé si su esposo, el general Wilhelm von Faupel, es un nazi —me dijo—. Él asegura que está dedicado exclusivamente a los llamados «batallones de trabajo» destinados a obras públicas, aunque se dice que son cuerpos «semimilitares». Ella —continuó Jorge Basadre— tiene, más bien, simpatías hacia el partido Nacional Alemán de los «cascos de acero», en el que hay muchos monarquistas.

Con Edith Faupel había ido la noche anterior a una ceremonia nacional-socialista en el Palacio de los Deportes, el Sportpalast de Berlín. Estaba conmovido con los discursos que pronunciaron Goebbels, primero, y Adolfo Hitler después.

Sentados todos alrededor de esa enorme mesa redonda, en uno de los rincones más acogedores de la Haus Vaterland, escuchábamos interesados a Jorge Basadre.

—Había que buscar asiento muchas horas antes de que la ceremonia se iniciara y el público era embriagado de antemano sistemáticamente con música, himnos y listas de muertos en luchas callejeras. Edith Faupel y yo nos distraíamos del tedio hablando en castellano, cuando un hombre se levantó de su asiento y dirigiéndose con enojo a nosotros, exclamó: «Ésta es una reunión para alemanes y aquí no se habla sino alemán». Edith, muy cortésmente, se identificó y dijo que yo era un profesor de una universidad de América del Sur, con sangre alemana por mi lado materno, interesado en el nacional-socialismo.

Josef Paul Goebbels no era rubio ni atlético, símbolo solar, expresión viva de la superioridad racial aria. Tenía, por el contrario, una figura menuda, un rostro pálido, con ojos y cabellos oscuros y semblante hundido. Daba la impresión de una fragilidad engañosa, pero en la tribuna era impresionante y su magnífica voz de barítono resultaba ayudada por las manos expresivas y por la diversidad, la agilidad y la cáustica agudeza de su talento.

Y esa misma persona —continuó Jorge Basadre— afirmó que el movimiento nacional-socialista llegó a ser hecho por Grandes Oradores y no por Grandes Escritores. No le importó que los llamaran vulgares porque hablaban «como el pueblo», no con el objetivo de imitarlo, sino para «atraerlo poco a poco a nuestro lado». Debían escucharlos con admiración, con odio o con temor. Ellos eran vistos como revolucionarios por los conservadores y como conservadores por los revolucionarios.

Alberto Diviza, por entonces un veterano en Alemania, tenía bastante información anterior, y señalaba por ejemplo que ya en 1928, en las elecciones de mayo, Goebbels dijo en su periódico *Der Angriff*: «Vamos al Reichstag para capturar un botín de sus propias armas en el arsenal de la democracia. Vamos a ser diputados del Reichstag para destrozarnos la mentalidad de Weimar con su mismo tipo de instrumentos. Si la democracia es tan estúpida como para dar los boletos de entrada y sueldos por este servicio lujurioso, es su propio asunto... ¡Nosotros entramos como enemigos! ¡Nosotros llegamos como el lobo que se mete en el corral de las ovejas!»

—Goebbels fue el único dirigente nazi con título universitario —afirmó sonriente José Jacinto Rada—. Por eso, por su estatura y por sus intrigas lo llamaban «el pequeño doctor».

La parte final estuvo a cargo de Adolfo Hitler. Lo vi de lejos, frescos los carrillos como los de un niño, suave al principio la voz para llegar, en el momento oportuno, dentro de un torrente de palabras, al grito y al paroxismo acompañados por

golpes en la mesa. Estaba vestido con el uniforme del partido, dentro de una limpieza y una sencillez absolutas. Como era su costumbre, se manifestó totalmente decidido, totalmente enfático, totalmente seguro de sí mismo y de su causa.

«¿Qué sería de mí sin todos ustedes?», exclamó. Se veía con claridad que estos encuentros le producían un orgasmo emocional. Hitler, que a lo largo de casi toda su vida no quiso tener una esposa ni una amante fija, sentía una pasión por la multitud equivalente al connubio con ella. Es difícil negar el hipnotismo de su carisma sobre las muchedumbres.

—Ya Bertold Brecht ha examinado minuciosamente el tema de la «teatralidad del fascismo» —dijo José Jacinto Rada—. Brecht, sirviéndose de un texto dialogado, dice, por ejemplo, que «no es posible dudar de que los fascistas se conducen de una manera absolutamente teatral». Hitler ha tomado horas de lecciones con el actor Basil de Munich, no sólo en la técnica del recitado sino también en lo tocante a la manera de conducirse y moverse.

—No hay la menor duda —dijo Jorge Basadre— de que anoche vi surgir a mi alrededor el clima de entusiasmo infeccioso que hace y ha hecho posibles los mesianismos y los milenarismos, fenómenos increíbles de todos los tiempos y de todas las latitudes. Vi mujeres fuera de sí y en trance sólo porque miraban y escuchaban a este hombre por tanta gente despreciado.

A la mañana siguiente, después de un sueño bastante alterado por las narraciones de Jorge Basadre en la Haus Vaterland, recibí una llamada de Ethel, cómo se las habría ingeniado para encontrar el lugar donde me hallaba alojado. Decididamente no había resultado fácil todo el procedimiento al que se vio obligada a recurrir, pero luego, ante mi insistencia, me contó que había sido a través de Tano Paz Soldán. Este compañero de natación y estudios de medicina le contó que estaba en Berlín, en casa de una familia alemana, escapándose momentáneamente de los cursos de la universidad, solamente por

un rato, visto que se había hecho amigo de unos peruanos mayores que él, pero cercanos por vínculos familiares. Ethel no estaba de buen humor. Seguía en Paderman, y me soltó de golpe la noticia de que estaba embarazada de mí. Que esperaba un hijo. Nada menos.

No lo podía creer. Recién tenía dieciocho años y me encontraba envuelto en un asunto que no me interesaba en absoluto. Ciertamente su compañía resultó grata y reconfortante desde todo punto de vista, pero de ninguna manera podía hacerme cargo de esa responsabilidad. Y, además, no había certeza de que fuera mío. Ni que Ethel hubiera sido virgen. Le encantaban los sudamericanos. Si paseáramos cerca de aquellos leones, al final de la Unter den Linden, estoy seguro de que ese par de robustos felinos, excelentemente esculpidos, no iban a rugir un solo segundo. Podría haber sido yo como Tano o como tantos, que llegamos primero a Lippstadt, donde la conocimos al mismo tiempo, y luego nos dispersamos a distintas universidades. Nadie sabe si se veía con otro peruano por allí...

Lo negué varias veces, y varias veces insistió con sus impertinentes llamadas telefónicas. Por fin me decidí a enviarle dinero. Empecé con una cantidad considerable, no exagerada tampoco, con el propósito de que se serenara si, por casualidad, el problema era exclusivamente monetario. Ése era el nivel que deseaba mantener, porque el de la paternidad era un tipo de relación que no tenía interés en despertar.

Durante las semanas que duró esa turbia relación a distancia con Ethel, busqué la compañía de Jorge Basadre, sobre todo para caminar por los bosques de la ciudad. Jorge Basadre me contó cosas de mi padre que yo no conocía en absoluto. Me dijo que fue un autodidacta por su cultura, que se educó solo desde los trece años. Se abrió camino mediante el trabajo cotidiano y perseverante. Fue auxiliar de contador a los catorce años, poeta a los diecisiete, crítico y cronista teatral a los veinte, cuajado hombre de letras a los veintitrés, subgerente de

un importante banco a los veintiséis, viajero por Europa a los veintiocho, miembro de importantes instituciones financieras y bursátiles a los treinta y cinco, escritor financiero a los cuarenta y dos.

—Tu padre, además de ser un hombre de finanzas, es un literato —me dijo—. Es cierto: en 1895 fundó con otros jóvenes de entonces el «Círculo Literario» de Iquique. Y en 1897, a los veinte años, fundó con Carlos Velarde y Fuentes y Luis Orrego la *Revista Literaria*. En 1899, en Iquique, publicó un libro de cuentos. ¡No me digas que no sabías estas cosas de don Benjamín Hassler!

—Hablábamos muy poco. Podría decir que no lo recuerdo cargándome en sus brazos, contándome una confidencia o dándome un consejo. Yo prácticamente me escapaba a nadar en las madrugadas a la poza del Pellejo. En la casa lo recuerdo leyendo en su escritorio o preparándose para ir al cine Metro. Yo no lo vi reírse. Era adusto.

—Tu padre ha sido un escritor, y es un poeta, porque eso no se pierde aunque ahora esté dedicado a la banca y a las finanzas. El hecho de que se traslade a Lima en 1904, creo, después de trece años de labor en el Banco de Chile, para ingresar al Banco del Perú y Londres, donde estuvo un año, para luego asociarse al Banco Alemán Transatlántico, institución donde ha ocupado varios cargos, no lo convierte en el hombre de hielo que intentas presentarme. Nuestras familias son muy parecidas. Mi madre, por ejemplo, mi madre Olga Grohmann, porque no olvides que tengo la misma sangre alemana que tú, hija de un comerciante alemán exactamente igual que en tu familia, no permitió que estudiara en el liceo abierto por los chilenos en Tacna con pedagogos alemanes. Yo estudié en el liceo Santa Rosa, escuela peruana que funcionaba clandestinamente en Tacna durante la ocupación chilena, en casa de una antigua maestra, Carlota Pinto de Gamalla.

—El libro de cuentos que mencionabas hace un instante se llama *Ensueños*. Pero fíjate: mi madre me cuenta que el día

de su boda, inmediatamente después, le dijo «debes saber que te quiero. No esperes que lo repita todos los días». Así es mi padre, Jorge.

X

Sonia estaba desperezándose en uno de los muebles de la sala, dejando sus menudas piernas al desnudo. La envolvía un baby doll transparente y su cuerpo felino se estiraba y se estiraba como si quisiera atrapar un pequeño ratón y comérselo íntegro. Apenas lo vio le sonrió plácidamente. La noche llegaba presurosa y estuvo esperándolo toda la tarde, creyendo que se iba a zafar de esa ceremonia aburrida, a la cual fue con tanto desgano.

Mirarla, pensar que la tenía cerca, a su disposición, que esa mujer podría o no amarlo, desearlo, en fin, atraparlo, le parecía un regalo macanudo de la vida; un regalo quizás injusto, inmerecido, pero en todo caso ganado a pulso. Esa mujer estaba allí esperándolo. La sola idea lo salvó de pronto de una depresión terrible.

La ceremonia fue motivo del reencuentro que tanto temía, porque el tiempo qué va a perdonar, Benjamín. Dicky Wieland era siempre el primero en recordárselo, y en esta oportunidad no necesitó de su voz de ultratumba para darse cuenta que de esos deportistas solamente quedaba el pasado glorioso, una memoria que hacía agua por todos los canales y unos cuerpos humillados por la miseria y el olvido. Claro, Benjamín, el tiempo no perdona y da, en cambio, su golpe en la cabeza, el hacha del tiempo, la puñalada de la historia en la mera espalda.

Allí se topó con los hermanos Alcalde, con el legendario «Lolo» Fernández, el hombre que jamás quiso usufructuar de

su talento de futbolista y dejó pasar, porque así lo deseó, los mejores momentos de su vida, los que jamás vuelven. «Lolo» estaba en su silla de ruedas. Koko Cárdenas, viejo amigo de Benjamín Hassler por su afición a los salones del Lawn Tennis de la Exposición, fue en cambio uno de los pocos que lo saludó con el cariño de conocerlo, ya que los nadadores brillaron por su ausencia. Daniel Carpio, el conocido «Carpayo», vivía en Buenos Aires, con la nacionalidad argentina y una pensión que le garantizaba llegar a fin de mes sin salirse de la piscina, aunque a él en verdad lo que le apasionaba era el mar: el mar abierto, salvaje, sin pasado. El suertudo de Daniel Carpio sí le había sacado el jugo a la vida. Hubiera sido, de ir, uno de los nadadores que mayores reconocimientos obtuviese, porque Benjamín Hassler sólo se sacaba el clavo en los torneos de viejo. Ese viejo de setenta y seis años había cruzado el Río de la Plata, desde Colonia, en Uruguay, hasta Buenos Aires un 29 de enero de 1945. Luego repitió el plato a los setenta y dos años. En 1947 cruzó el Canal de la Mancha, y en 1948 el Peñón de Gibraltar, desde el Peñón hasta Tarifa y viceversa, cosa que repitió en 1977. Viejo loco y maravilloso, incluso la gente lo quería más que a Benjamín Hassler, porque era del Callao, hombre de puerto, mollendino, del pueblo, bien cholo, fuerte y corajudo, había nadado a lo largo del río Paraná, desde Rosario hasta Buenos Aires. Y por todo ello le habían otorgado La Orden del Sol en 1948, chúpate ésa, Benjamín, se lo recordaba y se lo repetía frenético Koko Cárdenas, mientras Alfonso Barrantes Lingán, el alcalde que jamás practicó deporte alguno, hablaba y hablaba ante estos viejitos, viejas glorias de la patria. Lo que muy pocas personas sabían era que Gertrude Ederle había cruzado el Canal de la Mancha antes que Daniel Carpio, y haciendo un tiempo menor, y que aquella travesía fue llevada al cine por Bebe Daniels.

El rey de la ceremonia era, sin duda alguna, Koko Cárdenas, ya que había asistido a la Olimpiada de Berlín como integrante del equipo de básquetbol y a diferencia de Benjamín Hass-

ler, que se había quedado con los crespos hechos, como una vez se lo soltó en su cara Clara Hamann, Koko Cárdenas tuvo la suerte de asistir a las Olimpiadas de Londres, en 1948, después de la Segunda Guerra Mundial. En esa sombría olimpiada, hija de la destrucción de la guerra, el deporte peruano consiguió la única medalla de oro en su historia: Edwin Vásquez Cam, en la modalidad de pistola libre. En esa olimpiada la delegación peruana participó con cuarenta y dos deportistas. Ninguno tenía chance. Fueron solamente a competir. Koko Cárdenas contaba que cuando ganó la medalla Edwin Vásquez, él se encontraba viendo las pruebas de atletismo en el estadio de Wembley. La noticia causó un gran alboroto entre los miembros de la delegación y a su regreso, por supuesto que fue recibido como un héroe, pero como un héroe con una medalla de oro en el pecho, y no como Benjamín Hassler que regresó con los crespos hechos, la cola entre las piernas e ingresó al país por Ancón, esquivando a la multitud. Koko Cárdenas sí que era un lechero, porque casi estuvo en todas las olimpiadas. Benjamín Hassler solamente en una, en una miserable olimpiada donde sí pudo ganar, caray, sí pude ganar. Koko Cárdenas fue a la Olimpiada de Tokio en 1964, pero ya como periodista, a mirar nada más y nada menos, porque en esa olimpiada el equipo de su deporte preferido, el básquetbol, ganó en su primer partido al Brasil, campeón de ese entonces, y Ricardo Duarte se convirtió en el mejor canastero de las olimpiadas. Pero salimos en el penúltimo lugar...

En verdad, este Koko estuvo en todas: en la de México, en 1968, donde Johnny Bello llegó cuarto en la final de 200 metros combinado y debido a una lesión Fernando Acevedo no pudo continuar después de que pasó a la semifinal de los 200 metros planos. En la de Munich, donde ninguno logró resaltar; en la de Montreal, donde la suerte sí que lo premiaba a este deportista que con los años se volvía más parecido a un oso. En 1976 se celebraban los cuarenta años del básquetbol como deporte oficial, y con ese motivo premiaron a todos los bas-

quetbolistas que participaron en la Olimpiada del '36, aquella, la de Berlín, en la que Benjamín Hassler no pudo nadar y le bajaron la bandera del asta ante sus propios ojos, dejándolo con los crespos hechos, sí, Benjamín, se lo soltó en la cara una noche de celos y rabia Clara Hamann. Y no había ninguno más que él. Lo anunciaron en francés justo antes del partido entre Estados Unidos y Canadá. Incluso estaba la reina Isabel presente, le contó, se lo contaba, se lo estaba contando ahora mismo durante la ceremonia del Cincuentenario y se lo contaría de por vida cada vez que lo viera en el comedor del Tennis, qué duda cabe, caray, ahora, durante la ceremonia del Cincuentenario de la Olimpiada de Berlín, de los Olímpicos, de los Héroes sin medallas. Y este viejo zorro, si deseara, le podría contar toda la historia de las olimpiadas al alcalde Alfonso Barrantes Lingán, si a éste le interesara, porque estuvo en la de Moscú en 1980, la vez del boicot norteamericano y en la de Los Ángeles en 1984, la vez del boicot de los soviéticos, donde se alegró con la medalla de plata lograda por Pancho Boza, haciéndole recordar la de oro alcanzada por Edwin Vásquez, logrando que volviera a llorar, como cuando estuvo en el estadio de Wembley y se enteró de la buena nueva, la de oro, Benjamín, le diría el viejo metiéndole un codo, un codazo, viejos y gastados y con su latón de lata en el pecho de manos del alcalde. Mira la suerte: estaba la reina Isabel, Benjamín.

Sonia se levantó del sofá y colgándose de su cuello le dio un besito en la boca. Y le dio dos más en las mejillas, y otro más en la boca. Le provocaba comérselo, pero siguiendo una viejísima tradición oriental se controló, porque quien debía insinuarse primero era el hombre o, en su defecto, ella debía despertarle, sin que nadie se diera cuenta, ese instinto que anda escondido durante las insípidas horas de esta vida. Lo rozó. Suavemente una de sus piernas se introdujo entre las suyas y con la placidez de su sonrisa le estampó otro beso, esta vez en uno de sus ojos, dejándole pasar una lengua natural, húmeda,

como si durante el sueño se hubiera remojado en una de las cascadas que inundaba su deseo.

Se alejó mediante unos pasitos pequeñísimos, aprovechando que estaba descalza. Benjamín Hassler la contempló en vivo y en directo, y aunque su imaginación era mucho más barroca que las líneas clásicas, le gustó contemplar ese cuerpo flexible que se disipaba con las corrientes de aire. Sonia sabía perfectamente que iniciaban el juego erótico, cuya duración se dilataba en un tiempo que ninguno de los dos se atrevía a interrumpir. Las ganas de Benjamín Hassler demoraban en coger viada. Sonia nunca le mostró intranquilidad o desesperación; en cambio, empezó a gustar de esos tiempos muertos, pasmados. Sentía, de pronto, que una de las manos de Benjamín Hassler le arañaba el rostro o la despeinaba. Pero estaba segura de que dentro de unas horas, esas mismas manos plagadas de lunares, con unos dedos afilados, la acariciarían por todo el cuerpo, se posarían en su blanquísimo vientre, descenderían por su pubis y se introducirían en su sexo, tan lentamente que la iría mojando como lo hace el mar en la orilla.

Benjamín Hassler se sentó en el sofá como invitándola a que ella lo hiciera encima de él. Estaba de espaldas al jardín lateral de la piscina, y las cortinas cerradas y el peso de la noche le dificultaban la posibilidad de imaginar la soledad de esa alberca totalmente vacía, abandonada al viento peregrino de la oscuridad. Ahora la tenía al frente, sonriente, ligeramente despeinada, acercándose como una gata fina, los ojos abiertos y la boca ligeramente humedecida. Se la imaginaba trepándose lentamente a su cuerpo, abriendo las piernas, cogiéndolo del cuello, acercándose y alejándose, moviéndose estrictamente lo necesario para que Benjamín Hassler no fuera a creer que debía hacer el amor con ella, allí, en el sofá, a esa hora.

Los dos recordaban que las mejores horas eran las de la tarde, pero el tonto de Benjamín Hassler había prolongado demasiado su permanencia en esa conmemoración, perdiendo horas valiosas un sábado como éste, uno de los días favori-

tos, junto a los domingos, dedicados a la holgura y al sexo. En los meses de verano, preferían hacerlo en la piscina. En verdad, duraba horas el juego erótico, empezaba en la piscina cuando Sonia se daba cuenta de que el número de largos, como solía decir Benjamín Hassler, llegaba a su fin, y lo dejaba laxo, no exhausto, sedado pero no dispuesto a dormir. En los últimos tramos de su entrenamiento ella no se dejaba ver, luego se hacía notar, se colocaba su ropa de baño y se introducía a la piscina por uno de sus costados para no hacerle agua, ni siquiera levantando un leve movimiento que alterara esa paz que Benjamín Hassler parecía alcanzar a través de sus parsimoniosas brazadas.

Empezaban en la piscina, pero terminaban en la cama. Buceaba, la buscaba, la perseguía, y Sonia se dejaba hacer. Ella, luego, lo perseguía con insistencia, y si bien carecía de su estilo, lograba pescarlo, posarse encima de su espalda y dejarse arrastrar como si fuese la última mujer del naufragio. Le quitaba su trusa y le acariciaba el sexo. Benjamín Hassler sentía que se erectaba lentamente y que el agua y el cloro cubrían ese armatoste de piel tensa como si fuese una lluvia golpeando la ventana de una buhardilla. Sonia se colgaba de su cuello y se dejaba rozar, moviendo las piernas con agilidad de peces enloquecidos. Benjamín Hassler la llevaba a uno de los extremos de la piscina, la sentaba en uno de los bordes, le abría lentamente las piernas e introducía su cabeza en ese sexo mojado y maravilloso. Sonia dejaba reposar los brazos en sus hombros, hundiéndolos con fuerza. Luego ponía las piernas en esos mismos hombros y se dejaba estar y llevar hasta sentir un calor intenso de mediodía, quemándole la cara, los senos, el vientre y las piernas.

Sonia sabía perfectamente que a Benjamín le encantaba hacerlo a esas horas y durante esos meses de estío, recalentándoles el alma de deseo y prendiendo en sus mejillas la dicha de la pasión. A finales de mayo, con esa resolanita tímida, cuando la piscina había sido despojada del agua, no les quedaba más

remedio que iniciarlo y concluirlo en el nido de la azotea, como ahora en pleno invierno. Siempre empezaban en la sala y terminaban en la cama. A Benjamín Hassler le gustaba, durante los domingos de invierno, salir a almorzar y regresar a eso de las cuatro. Sonia sabía, de eso estaba segura, que la paz de los domingos, el silencio de su barrio, la ausencia de vecinos, la inexistencia de bocinas o de visitantes inoportunos, garantizaba el relajamiento en Benjamín Hassler y el anuncio de una pasión que lo visitaba como uno de los últimos regalos de los dioses.

No le cabía la menor duda, y me lo repitió cuantas veces pudo, que hacer el amor con una mujer joven, para un viejo como él, era el mejor de los regalos. A los setenta años estar con Sonia era la maravilla de las maravillas, no le hacía mal a nadie y no le debía explicaciones a persona alguna; que Clara Hamann se fuera al demonio si no le parecía bien o correcto o lo que fuese, y mi opinión lo tenía definitivamente sin cuidado. A los setenta años todo, pero todo, era un regalo. Hacer el amor, y con una mujer de veinticuatro años era, sin duda, mejor que una torta de chocolate, el mejor de los premios, la evidencia de que algún dios le guardaba simpatía.

Sonia estaba encima de él introduciendo la lengua en su boca abierta. Pegaba su rostro al suyo y se movía suavemente como si estuviera sobre un colchón en un mar traicionero, que a la primera modifica su tranquilidad por una convulsión desde el mismo eje que atrapaba el océano. Se apartaba, se tiraba para atrás, hacía equilibrio y evitaba caerse sosteniéndose con los muslos. En esa posición lograba distinguir el sexo de Benjamín Hassler que crecía como una ola, rugiendo voraz y espumosa, como si lograra levantarla. Se movía de arriba abajo, dejando que él tomara la iniciativa. Benjamín Hassler estaba totalmente despierto, ávido, furioso, y rugía como si tosiera, hablaba como si recordara. Sonia consideró oportuno quedarse quieta, retomar la posición inclinada, acariciarle el rostro y besarle totalmente enloquecida.

Acabaron en la cama. Cuando Sonia yacía bocabajo, semidormida, Benjamín Hassler decidió levantarse para tomar un poco de agua. Eran las diez de la noche. La televisión era pésima los sábados. Hojeó los diarios. Se aburría. Se acercó a la ventana y la noche le cayó como un derechazo cuando empujó con los dedos la cortina. Afuera no había nada, todo estaba adentro. Todo era Sonia. Ni los nombres de los Olímpicos del '36 lograron hacerle sentir lo contrario. Contempló un rato los álbumes de su viaje a Alemania que Sonia probablemente estuvo curioseando mientras hacía tiempo durante la tarde. Su madre había pegado todas las fotografías y recortes de ese momento de su vida, porque eso es lo que es la vida, huevón, lo recriminaba Dicky Wieland: momentos, etapas, que luego se desbaratan en la memoria. Rebuscando en el estante, descubrió que había un álbum de fotografías y otro de recortes. Cantidad de recortes de diarios y revistas que daban cuenta de una vida dedicada a la natación, una vida ejemplar, constante, disciplinada, que bien merecía un trago, le gritaba Dicky: bien merece un brindis, para que nadie olvide, menos tu ego, tu corazón puro, tu cerebro deshidratado en cloro, esos buenos años en que todo era piscina, arriba y abajo, saltando de acá para allá. Esos memorables largos en los entrenamientos que se convertían luego en el rugido de los 400 metros libre, encima del agua, pero sobre todo muy bien agarrado al agua.

Estaba en la hora de tomarse la primera mitad de la pastilla salvadora: las diez de la noche, hora en que los caballeros ingieren ese pedacito de tranquilidad en el alma alborotada, aun cuando el cuerpo venga de uno de esos desfogues macanudos, porque su cuerpo había arrojado toda la piedra de los Andes en ese otro cuerpo que se contraía en los momentos cruciales del placer. Sonia asumía el placer seriamente, esbozando una estupenda sonrisa. Con el Rohypnol dentro de su cerebro, Benjamín Hassler se iría descolgando lentamente como las hojas de este invierno, cogiéndose de los muros que in-

tentaban separar una propiedad de la otra con los enormes edificios residenciales al fondo.

Llevaba nadando años de años. Por lo menos dieciséis como nadador en actividad oficial. Desde 1931, cuando empezó como un muchachito esmirriado en la poza del Pellejo, hasta 1947, cuando asistió al Sudamericano de Buenos Aires con hijo y todo. Mi abuelo estaba designado por el gobierno de Bustamante y Rivero como embajador del Perú en la Argentina, para ver si este señor de las finanzas resolvía el grave problema del pan en la mesa popular, porque el problema de la importación de trigo había sido muy mal negociado. Don Benjamín Hassler fue un embajador tan serio como su cara y tan formal como su vestimenta. En esta ocasión no asomó por la piscina de ese torneo sudamericano, que cogía a este adulto ya casado, con responsabilidades, sumido en una trusa ridícula a los treinta y dos años. Benjamín Hassler participó como un muchachito en el desfile oficial y le dio la mano a Eva y a Juan Perón.

Sonia se quedaba esta noche. Y bien merecido que lo tenía, pensó. Una mujer que lo estruja como ella hizo con su cuerpo esta noche merece, sin ninguna duda, que se quede en la cama con la sonrisa estampada en el rostro. ¡Qué mejillas! Las mejillas de Sonia tenían un color rosado profundo que brotaba como una llamarada de marfil en su piel. Los pómulos ligeramente salidos revelaban su origen asiático, como dos pequeños promontorios. Sus labios eran sumamente carnosos, y ahora con la boca entreabierta estaban más grandes. De nariz pequeña y cabello negro, esas mejillas le recordaban a Benjamín Hassler un cierto atardecer. Que duerma. Mañana será otro día.

Benjamín Hassler abrió uno de los álbumes de recortes periodísticos y su mirada quedó atrapada en esa notita absurda que le cambió parte de su vida. Era un tal «Athos» escribiendo un despacho para Lima de la última noticia de los Juegos: la decisión oficial del Perú de retirarse de los Juegos Olímpicos.

cos de Berlín. La heroica y radical medida peruana de mandar todo al diablo y castigar, dentro de lo posible, con esa actitud de principio al gobierno alemán. ¡Qué le podía importar a Alemania el retiro del Perú...! Cómo podía hacerle mella una decisión de ese tipo... Definitivamente, intentó recordar Benjamín Hassler, que el alcalde de Lima, don Alfonso Barrantes Lingán, debió hacer una mención de ese hecho crucial, de ese hecho que hizo de la Olimpiada de Berlín un motivo de conmemoración cincuenta años después.

El nueve de agosto de 1936, un día antes de que yo nadara los cuartos de final en los 400 metros libre, el equipo peruano de fútbol había derrotado a su similar de Austria por 5 goles a 3. Parece que los negros peruanos se hicieron un verdadero partidazo despertando las diabólicas iras de los organizadores alemanes, llevándolos a cancelar el encuentro y a programar otro, para dentro de cuarenta y ocho horas, creo. ¡Cómo habrá sido...! A ver... déjame leer lo que escribe este tal «Athos», antes de que el Rohypnol me deje sin memoria. ¡Qué había estado haciendo Sonia con todos mis álbumes, si yo ya ni los hojeo!

«Athos» escribe: «Ha sido muy mal comentada entre los aficionados peruanos las actuaciones de nuestro ornamentalista Arturo Álvarez Calderón y de nuestro nadador Benjamín Hassler, no tanto por su performance en la piscina, sino porque dicen que tomaron parte después de que se habría retirado la delegación peruana de los Juegos Olímpicos de Berlín». ¡O sea que eso escribía! Le daba cólera que hubiésemos participado. De repente yo era visto como un alemán traidor; un alemán podría ser, pero un nazi, jamás. Y eso que había peruanos nazis. Este «Athos» era una especie de espía, porque mira lo que dice, que Arturo Álvarez Calderón compitió a las nueve de la mañana y yo a las tres de la tarde, insinuando que probablemente él no estaba al tanto, pero yo sí.

Lo que sí creo saber es que la FIFA ordenó a las ocho de la mañana que el equipo peruano de fútbol se presentara en la tar-

de para sostener un nuevo partido con Austria. A las cinco de la tarde el Perú anunció su retiro formal de los Juegos Olímpicos. ¡Bendita esta Sonia que le da por mirar mis álbumes!

Sonia quería conocer los detalles de esa olimpiada que motivó una serie de comentarios y gruñidos en Benjamín Hassler, que ya no tenía fuerzas, eso dijo, para conmemorar nada. ¡Qué iba a conmemorar...!

—Debe ser bonito estar con el alcalde y que te dé una medalla —le había dicho Sonia.

—La única medalla que merecía y no tuve es la de los 400 metros libre. La de Barrantes no me interesa.

—Pero es bonito que el alcalde te dé una medalla.

—Las medallas cívicas me importan poco. Por favor, Sonia, cambia de tema. De eso hace cincuenta años. Cincuenta años... y seguramente encontraré a un conjunto de ancianos felices de recibir su medalla de manos del alcalde. Ése no es mi caso.

—Cuando te pones así, me pareces un sobrado. Me gustas más cuando eres el hombre sencillo de siempre.

—Sencillo... no sé qué puedes entender por hombre sencillo.

—Natural. Bueno. Generoso.

—Eso creo ser.

—A veces no. Como ahora, por ejemplo. Yo te espero, verdad, anda, saluda a tus amigos y regresas como un hombre sencillo.

—Eso sí puedo hacer. Lo que no me pidas es que sea un hombre modesto. Detesto la modestia. Esas personas, como los argentinos, que siempre empiezan diciendo «humildemente», y son los menos humildes del mundo. Debemos distinguir entre la pretensión y la vanidad. Una persona está obligada a ser pretenciosa, porque es su autoestima. Todos debemos saber lo que valemos. Ni más ni menos. La vanidad es otra cosa... las personas vanidosas son detestables.

Benjamín Hassler no se animaba a entrar a su cuarto y tropezar con Sonia metida en su cama. La cama compartida está

concebida para la pasión; para descansar, dormir, estirar las piernas, solamente debe haber una persona. Miró un rato por la puerta entreabierta y distinguió ese rostro chino apacible, con los ojos cerrados y cubiertos por unos inmensos párpados blancos. La repucha: una mujer dormida despierta ternura o indiferencia.

Lo que no escribió ese tal «Athos» es que el 10 de agosto de 1936, cuando nadé los 400 metros libre, todo el mundo me felicitaba. Los argentinos, los brasileños, hasta los alemanes se me acercaban para darme un fuerte apretón de manos. Una vez que estuve en la mesa de la Villa, contentísimo, caray, hasta ahora puedo sentirlo, Claudio Martínez me puso la mano en el hombro y me dijo con esa voz de limeño cocido:

—Mañana no nada la semifinal, Benjamín. El Perú se retira de la olimpiada.

No nadé la semifinal, y como que rodó por la alfombra trayéndose abajo un jarrón de la tatarabuela tacneña, que la puta de su madre trajo hasta acá, encima de la mesita de la sala. Un resbalón... Un traspíe... Y se sentó de espaldas, en su sofá, a la noche aquella, al silencio y a la piscina vacía de su Academia. Mira lo que es la vida: un tiempo. La vida ingresando íntegra en un tiempo que lo apretuja a uno y luego lo arroja. Nada trascendental. Nada es trascendental en ese tiempo que lo coge y le pone un récord.

Yo había calculado esa carrera de los cuartos de final como un intelectual. Sabía, cómo no iba a saber, que Jack Medica era definitivamente el mejor. Jack Medica llegó primero con 4 minutos 55 segundos y 9 décimas. Yo, de cerca, observaba su desplazamiento seguro, piscina a piscina. Yo estaba a su lado. Era su inesperada escolta. Llegué segundo con 5 minutos 5 segundos y 5 décimas, y así me llegaron a conocer y odio aún que me conozcan así: el famoso 5-5-5. Hassler 5-5-5... Después llegó tercero Rolland Stam con 5 minutos y 7 segundos. Último llegó el brasileño Da Rocha Villar con 5 minutos y 18 segundos. No; último llegó un tal Bremmer, porque éra-

mos cinco los nadadores que participamos en esa serie de los 400 metros libre, y de eso, maldito Barrantes que me lo has hecho recordar hoy, en tu conmemoración del parque de San Borja, hace cincuenta años exactos. Cincuenta años que el Perú quiso castigar moralmente a Alemania retirándose de sus Juegos, y en verdad al único que castigaron fue a mí.

—Mañana no nadas la semifinal. El Perú se ha retirado de la olimpiada.

Lo que no sabe Barrantes Lingán, y no tiene por qué saberlo, es que nos habían eliminado en todo... Khum fue eliminado. Tano Paz Soldán fue eliminado. Alfredo Álvarez Calderón fue eliminado en los 100 metros libre. Los atletas fueron todos eliminados, desde el arranque. Barrantes Lingán no sabe, por ejemplo, que Valdez Bravo, un semifondista especializado en los 800 y 1 500 metros planos, un atleta ya mayor, se pasaba la mayor parte del tiempo tirado en la yerba. La Villa Olímpica era una verdadera maravilla, y probablemente Valdez Bravo nunca había estado en un pasto tan verde y cuidado como el de la Villa Olímpica. Una vez, echado muy cerca de la poza de los saltos, me acerqué a él y le dije:

—Estos atletas entrenan dos veces al día. Deberías hacer lo mismo, Valdez.

—No es bueno cambiar su costumbre —me respondió.

—Estoy seguro —le dije— de que ya está usted cambiando una de sus costumbres, porque no me lo imagino echado en la yerba del parque de La Reserva un día de la semana.

—Cuéntame historias de cómo era la olimpiada, Benjamín —le dijo Sonia—. Nunca he estado en una olimpiada, y creo que en ésa no había ni nacido.

—Nunca has estado y nunca estarás —le respondió Benjamín Hassler—. Participar en una olimpiada es un acontecimiento único, irrepetible. Puede ser la felicidad máxima.

—¿Y había atletas de todo el mundo, como ahora...?

—De algunos. Era mucho más pequeña. La de Berlín fue la olimpiada número once. Participaron cuarenta y nueve países

y solamente se competía en quince deportes, de eso sí estoy seguro.

—Me encantaría participar en una olimpiada, Benjamín.

—Una olimpiada en la cama; allí no te gana nadie.

—Malcriado.

—La cama también es vista como un ring por mucha gente.

—O como una piscina —lo corrigió cariñosa Sonia—. Yo me siento como en una piscina: toda mojadita. Me encanta nadar encima tuyo.

—Vamos, Sonia...

—Yo te voy a esperar de todas maneras, y muy bien arreglada. No te demores, pero anda. Quiero que vayas y recibas la medalla de manos del alcalde.

—Te cuento: antes de la Primera Guerra Mundial hubo, déjame ver, como unas cinco olimpiadas. La primera olimpiada de la Época Moderna fue la de 1896. Después vinieron las de 1900, 1904, 1908, 1912. La de 1896, en la ciudad de Atenas, fue la primera Olimpiada de la Era Moderna. Esta idea de las olimpiadas, Sonia, fue de Pierre de Coubertin, un hombre bajo, con unos bigotes concebidos para un hombre alto. Este tal Pierre de Coubertin participó muy poco en deportes.

—Yo ni había nacido. No conocía ese nombre.

—Tú no habías nacido ni en la de Berlín. Yo te llevo cuarenta y seis años, Sonia. Cuando yo tenía veinte, tú estabas en otro mundo.

—¿En cuál, Benjamín? Sólo conozco este mundo: tú, tu cama, nuestro nido.

—Veo que no te interesa.

—Es que te has ido muy lejos. No me gusta la gente vieja. Perdón... tú para mí no eres viejo. Pero esas olimpiadas son súper lejanas, no me digas que no.

—Y los del '36 que voy a ver ahora más tarde también están viejísimos. Y enfermísimos, estoy seguro.

—Ven, te escojo la camisa y te vas. Ya va a ser la una.

Ni una, pensó Benjamín Hassler, ni una me ha ido bien.

Manuel Solimano, ese dirigente eterno de la natación peruana, lo primero que me dijo al verme fue:

—Te hubieran eliminado en la semifinal, Benjamín. No te hagas mala sangre.

—Falso: no se sabe lo que hubiera pasado.

—Es el destino, Benjamín. Te hubieran eliminado.

Este «Athos» me tiene verdaderamente cojudo. No sé por qué el álbum, de lo manoseado que está, se abre siempre en esta hoja. Ése sí es el destino. «Al no nadar semifinales, esperamos que el público peruano cambie esa mala idea que tenía de estos dos buenos deportistas que se esforzaron para dejar bien puesto el nombre de nuestra patria.» O sea que me iban a tildar de traidor, de falta de nacionalismo, de no honrar a la bandera peruana que la vi con estos ojos, con mis propios ojos, bajar del mástil donde estaba en el Estadio Olímpico. Mis padres no podían creerlo. Viajaron hasta Alemania para verme nadar, para ver competir a su hijo. Vaya, vaya que vaya, el Hitler éste se las traía.

—Tengo que contarte ésta, Sonia, pero presta atención. Adolfo Hitler, supongo que sabes quién demonios es Adolfo Hitler, le tenía un odio profundo a los judíos y a los negros. Jess Owens fue en la Olimpiada del '36 el atleta por excelencia; un negro estupendo, sin rival en los 100 y 200 metros planos, así como en salto largo. Cuando hubo que decidir la conformación de la posta 4 x 100, los norteamericanos decidieron, por diplomacia, no poner en ella a sus cuatro negros geniales. Sacaron a dos y colocaron a dos blancos. Así, de esa manera, Adolfo Hitler no se molestaría en el momento en que ganarían, porque los dos blancos eran bastante buenos y con Jess Owens en la posta no podían perder. Cuál sería el asombro de los norteamericanos al conocer la ira de Hitler: ¡los dos corredores blancos eran judíos!

—¿Y qué hizo ese señor...?

—Se fue del Estadio Olímpico. Allí sí que se fue, porque mucha gente dice que no le quiso estrechar la mano a Jess Owens

cuando ganó la distancia de los 100 metros planos. Pero eso no es cierto.

—Qué gracioso. ¿Quiénes son los judíos, Benjamín?

—La raza maldita.

—Qué... Crees en el vudú...

—Sonia... O me voy o me quedo. Si quieres me quedo. Yo quiero quedarme.

—Ándate. Yo te espero.

Sonia seguía durmiendo con la placidez de la mujer que ha dejado sus energías más sagradas en las sábanas. No la despertaba ni el ruido que estaba haciendo Benjamín Hassler por la sala y la cocina, moviendo y removiendo papeles. Ese 5-5-5 lo iba a rebajar de todas maneras. Solimano está convencido de que nada bueno podemos hacer nosotros. A mí no tenían por qué eliminarme. Para la semifinal se esperaba que hiciera un 4'50". Jack Medica ganó la carrera en 4 minutos y 44 segundos y 5 décimas. Señaló un nuevo récord mundial y olímpico. Sé que era un gran nadador, pero no se las tuvo que ver conmigo. Cuando el brasileño Da Rocha Villar supo que yo nadaba en su serie de los cuartos de final, dijo el muy desgraciado: «qué bien, ya no voy a salir último». Lo que pasa es que nadie me conocía, yo estudiaba en Alemania, no competía desde 1932, creo, cuando era un muchachito esmirriado en Sudamérica; por eso Villar ni idea de que ese Hassler que estaba en su serie era bueno. ¡Yo era bueno!

—Eliminaron a todos, Benjamín, por qué crees que tú serías la excepción —me dijo Manuel Solimano.

Recuerdo su tamañazo inútil, porque nunca fue nadador, no sabía ni flotar con ese tamaño, su cuerpo algo encorvado, su rostro redondo y sus bigotitos al estilo de un falso Clark Gable, este Manuel Solimano es el ejemplo típico del dirigente deportivo de mi país. Estoy convencido de que hasta el día de hoy sigue beneficiándose y viajando en representación de la patria.

Los 1 500, los 1 500 también los ganó Jack Medica, y yo ni

siquiera estaba ya en la Villa. Mis padres vinieron por mí y me invitaron a hacer un tour por Europa para alejarnos de este ambiente que tan tristes los había puesto.

—Qué es la Villa —le había preguntado Sonia—. La última pregunta y después te vas.

—La Villa es un paraíso. Todas las olimpiadas tienen como centro de sus actividades una Villa, donde los atletas entrenan, se alimentan y descansan.

—¿Nada más, mi Benjamín? ¿Seguro que nada más...?

—Nada más. Por lo menos en la de Berlín, porque los hombres y las mujeres estaban separados. En verdad, en Berlín hubo dos Villas: para los hombres y las mujeres. Pero... solamente dos mujeres podían ingresar a la Villa de los hombres... Dos mujeres.

—Y ¿quiénes eran esas dos afortunadas? Yo me muero por los deportistas. ¡Tienen unos cuerpos...!

—Ellas eran Eva Brown, la enamorada de Adolfo Hitler, porque nunca se casó con ella, y una tal Riefental, una fotógrafa, una *cameraman*, pero en mujer. Eva Brown nunca llegó a ir, pero la tal Riefental sí, ella también era amiga de Adolfo Hitler.

—¿Y fotografiaba a los atletas desnudos?

—Especialmente a los negros y a los judíos —le dijo Benjamín Hassler para bromear.

—¿Y había muchos negros...?

—En el Perú había negros. Los futbolistas y los boxeadores eran negros. «Manguera» Villanueva, Adelfo Magallanes eran negros.

—¿Y van a ir ahora más tarde...? Deben estar pobres esos pobres negros. No tuvieron la suerte de ser negros gringos, como ese del que me hablabas.

—¿De Jesse Owens? Ese negro era como los nuestros, súper pobre, Sonia.

—Sí...

—Requetesí... Jesse Owens fue tan bueno como Carl Le-

wis en 1984, en Los Ángeles, o al revés, Carl Lewis fue tan bueno como el buenazo de Owens. La diferencia estriba en que Lewis sí hizo dinero, y mucho, y el pobre de Jess Owens se quedó tan pobre como nació. Un día después de las olimpiadas había declarado: «me convierto en profesional. Los de mi raza tienen dificultades y si yo tengo dinero podré ayudar a los de mi raza y convertirme quizás en un Booker T. Washington». Imagínate, Sonia, un club de Harlem dijo que podía ganar 10000 dólares «*for one night stand*». Eddie Cantor le ofreció 50000 dólares por un tour personal. Pero la mejor de todas fue la oferta del gobernador de Kansas, Alf Landon, para que dijera sus discursos en su campaña contra Roosevelt. Y Owens dijo sus discursos, pero solamente ganó en los estados de Vermont y Maine. Fue su peor carrera —tal como lo dijo— pero le pagaron un montón de plata. En diciembre de 1936 le pagaron 2000 dólares por derrotar a un caballo en La Habana. Owens no le tenía miedo a la oferta, porque con un balazo previo ponía nervioso al caballo. Dijo: «la gente piensa que es degradante que un campeón olímpico corra contra un caballo. ¿Pero qué es lo que se suponía que debía hacer? Uno no come de las cuatro medallas de oro...»

—Pobre hombre. Pero tuvo las medallas, no es cierto, Benjamín...

—Yo, sin las medallas, he vivido mejor que él. Jesse Owens creció pobre, eso es lo que pasa, en Alabama. Su familia entera recogía el algodón. Después de la Olimpiada de Berlín viajó con un circo de basquetbolistas, que se llamaba el Indianapolis Clowns, pronunciando discursos... A veces pienso, Sonia, que las cuatro medallas de oro que logró este monstruo del atletismo, son una burla, una ironía del destino. Porque los personajes de las olimpiadas son mucho más interesantes que yo y que toda esa sarta de viejos que van a recibir su latón de manos del alcalde Barrantes. En la de 1948, por ejemplo, está un asiático flaco llamado Sammy Lee y en la de 1960, ya habías nacido, supongo, Cassius Clay y Abebe Bikila. Bi-

kila ganó descalzo las Olimpiadas del '60 y del '64. Era flaco y alto. Solamente el emperador Haile Selassie tenía más estatura que Bikila entre el pueblo etíope.

—De qué épocas me estás hablando, mi amor...

—De los sesenta. Mira la memoria que tengo cuando se trata de tiempos lejanos. Ésa es la memoria de los viejos, que olvida lo que pasó ayer o lo que tiene enfrente. Este maravilloso atleta murió a los cuarenta y un años de una hemorragia al cerebro. Los últimos cuatro años de su vida los pasó en una silla de ruedas. Y Bikila había declarado, a diferencia de Jesse Owens, que un atleta olímpico es sobre todo un amateur que compite por la bandera de su país.

—¿Y tus amigos negros de la olimpiada, irán esta tarde...?

—«Manguera» Villanueva murió hace años, Sonia. Magallanes de repente va. Depende de su salud. Y de su bolsillo.

—¿Eran tus amigos, Benjamín...?

—Sonia, yo soy una persona sencilla. Todos los que merecen mi respeto son mis amigos. Pero el fútbol nunca me gustó, menos ahora, después del escándalo en el partido con Austria.

—¡No me digas que anularon el partido porque eran negros!

—Por eso lo anularon. Pero después les tocaba jugar contra Italia, y ya no tenían piernas. Sabe Dios si eran realmente buenos. A mí no me gustan los deportes en los que el azar desempeña un papel decisivo. En el fútbol la suerte siempre juega su papel.

La suerte está en todas partes y en todo momento. Yo también, si debo ser sincero, debo creer en la suerte. Hasta en el destino debo creer, porque si no hubiera sido peruano, si a mi abuelo no se le hubiera ocurrido migrar hacia América del Sur, hacia el Perú, yo hubiera sido un alemán y hubiera ganado sin ninguna duda a Jack Medica en los 400 metros libre; hubiera competido en los 1500. Porque ni siquiera les costé un centavo. Yo recibí una comunicación oficial fechada el 26

de marzo en la cual Eduardo Dibós Dammert me invitaba a representar al Perú en la disciplina en que tantos éxitos había alcanzado. Al costado estaba la rúbrica del secretario del Comité Olímpico Peruano, Óscar Torres V. Y esa «V» no era la «V» de la victoria, te lo puedo asegurar, Sonia.

Fui el primero, sí, el primero en llegar a la Villa Olímpica. Llegué con los japoneses, porque el destino y la suerte me indicaron que iría a Wurzburg, ciudad que tenía un excelente hospital, pero no una piscina. Durante dos semanas enteras estuve con Tano Paz Soldán, con los japoneses y una excelente piscina olímpica a nuestra disposición. Yo nunca tuve entrenador. ¡Nunca! En El Pellejo yo les enseñaba a los demás, y ya desde la época en la poza del Pellejo empecé a entrenar con pesas. Cuando se abrió la puerta de la Villa sentí hincharse mis pulmones: una piscina alemana en Alemania. ¡Maldita «V» de Óscar Torres! Me invitan y después me sacan. Yo ya estaba en Alemania y no le costé un cobre al Estado peruano, que no hizo nada por mí. Y si no iba a clasificarme, eso no era asunto de ellos, porque yo ya estaba allí y me fui directo a la Villa a entrenar.

—¿Es verdad que no se frecuentaban los hombres y las mujeres...?

—Sonia, parece que es lo único que te interesa. Jamás se podrá comunicar un viejo con una muchachita como tú. Demasiado pasado. Demasiado recuerdo.

—Digo que sería un desperdicio que jóvenes atletas no se conozcan en el mejor momento de su vida. Con esos cuerpos, y separados todavía.

—Salíamos de la Villa... no es como ahora, que después de lo que pasó en la Olimpiada de Munich, todos los países tienen terror de organizar una olimpiada. Salíamos y entrábamos ordenadamente. Mis padres ingresaban a la Villa solamente proporcionando sus nombres. Afuera, en Berlín, había una cafetería, mira, no recuerdo su nombre, donde íbamos los latinoamericanos a ligar con las mujeres alemanas. Y es completa-

mente cierto, Sonia, que los sudamericanos, especialmente los que tienen pinta de indios o los negros, eran los más apetecibles para las alemanas arias.

—Eso molestaría al señor Hitler.

—Hitler había dado la orden de ser educados con los olímpicos uniformados. Pero en ese café había mesas que tenían cada una de ellas un número y un teléfono. Cada mesa llamaba a la otra por el teléfono, y nosotros, los peruanos, escogíamos las mesas donde estaban las alemanas gringas. Así como a ellas les gustaban los indios y los negros, a nosotros nos gustaban las gringas altotas.

—Y a ti, cuáles te gustaban...

—A mí me gustan las chinitas como tú.

—Te creeré.

—Pensarían que éramos unos salvajes. Los futbolistas se aprendían las palabras claves: «Vamos a cachar...»

—Benjamín... ¡qué grosero!

—Éramos directos, y se mataban de risa. Muchas aceptaron. Les haríamos gracia o pensarían que de repente lo hacíamos mejor. A las alemanas les gusta probar.

Ya el Rohypnol mellaba a esa hora las escasas habilidades mentales de Benjamín Hassler. En un estado de total confusión le era difícil, a pesar de intentarlo con verdadero ímpetu, recordar las conversaciones que sostuviera con Jorge Basadre cuando éste intentaba explicarle una serie de cosas que a él mismo le ocurrían en Alemania; por ejemplo, esos muchachitos bien uniformados, como el hijo de la señora Bruggeman, les aconsejaban que no salieran con muchachas judías. No les importaba que esos sudamericanos cortejaran a sus mujeres, pero definitivamente no les parecía apropiado que lo hicieran con judías. Jorge Basadre lo apabullaba con su erudición:

—Se ha estudiado —le contaba con natural concisión— cómo nació el antisemitismo contemporáneo en Alemania, cuyos antecedentes se remontan hasta Lutero. Entre 1879 y 1880

alcanzaron enorme repercusión unas palabras del gran historiador Treitschke, figura cuya autoridad fue tan grande que se le llamó «Preceptor Germaniae». En relación con la judería llegó a escribir: «Hasta en los círculos de la más elevada cultura y más allá de su ambiente, óyese como si emanara de la misma boca: los judíos son nuestra desgracia». Y el gran hombre, a quien era atribuido el dominio sobre la verdad histórica, no fue discutido aquí por sus connacionales, y es que las latentes actitudes agresivas de ellos sobre los judíos obtuvieron una coartada intelectual.

Basadre hablaba de una manera que hacía sentir a Benjamín Hassler que aprendía siempre que paseaba con él por las calles que el mismo Basadre le sugería. Pasaban de Tacna a Berlín a una velocidad asombrosa. Tanto Hassler como Basadre compartían esa sangre alemana que los hacía sentirse en casa, a pesar de ser unos sudamericanos que los alemanes miraban, aceptaban y rechazaban al mismo tiempo.

—No olvides que soy Grohman por el lado materno —le decía Basadre—. ¡Aleman y judío! ¡Las dos cosas! Y una de ellas se ha convertido en un pecado muy grave en este momento de Alemania.

Wilhelm Marr fue el primero que introdujo en el idioma alemán la palabra «antisemita». Él fue el autor del panfleto «La victoria del judaísmo sobre el germanismo», aparecido en 1873, con once ediciones hasta 1879.

—El año de la guerra con Chile —dijo sonriente Benjamín Hassler—. Tu abuela, por el lado materno, debe haberte introducido ese nacionalismo tacneño desde muy joven. Era una mujer extraordinaria. De temple, como ya no hay.

—No creas. No me gustan los nacionalismos.

—Marr —continuó Basadre— fue quien organizó la «Antisemiten Liga» y dirigió los voceros *La Guardia Alemana* y *Cuadernos Antisemitas* con la finalidad de difundir sus ideas con violento lenguaje. La campaña antisemita no halló gran eco en la aristocracia ni en la alta burguesía, sino en las capas

bajas de la clase media y en zonas rurales. Hubo las excepciones del historiador Heinrich Treitschke, que ya he mencionado, y la del genial músico Richard Wagner para quien el judío es «el demonio plástico de la descomposición de la humanidad».

El luterano Adolf Stocker es la figura máxima de este movimiento, ya que llegó a ser miembro de la Cámara de Diputados de Prusia en 1879 y del Reichstag en 1881. Hubo un Congreso Internacional Anti-Judío, por ejemplo, en Dresden, en 1882; una frustrada Alianza Anti-Judía Universal en Chemnitz en 1884; un Congreso Anti-Semita en Bochen en 1889. En 1886, para que veas, surgió un fugaz partido alemán-social-antisemita, y al año siguiente, en 1887, el año que nació tu padre, Benjamín, apareció el *Antisemiten Katechismus* de Theodor Fritsch. Mira cómo son las cosas en la historia: en menos de una década, la palabra inventada por Wilhelm Marr se había divulgado con gran amplitud.

El buenote del alcalde Barrantes, pensaba Benjamín Hassler, no debe saber que casi ninguno de la delegación participó realmente en la famosa y recordada Olimpiada de Berlín, gracias a la cual esa ciudad vive eternamente en el corazón de todos los peruanos. Los boxeadores fueron los que más pena me dieron. Ellos competían al último, después de que se realizaran las otras pruebas olímpicas. Como la mayoría de ellos pertenecía a los pesos ligeros, a esos pesos pluma o mosca, no podían comer a sus anchas. No te puedes imaginar, Sonia, la cantidad de comida que los alemanes ponían diariamente en la Villa. Pero los boxeadores peruanos estaban prohibidos de comer en exceso para que no superaran su peso. Se trataba de verdaderos banquetes que en su vida habían visto y menos aun probado. Quizá Quiroz, un peso pesado, podía comer a sus anchas; o Carty, un semipesado; pero definitivamente el mosca Luque, que era buenísimo, o el pluma «Cabezón» Valdez, debían controlarse. Y todo esto por gusto, por darle la contra a los alemanes y asumir el castigo moral, porque ellos se sacri-

ficaron a la hora de las comidas y al final no compitieron. Estoy seguro de que esos boxeadores no deben estar vivos o la alcaldía no debe saber sus direcciones para que puedan asistir al acto conmemorativo del Cincuentenario al parquecito de San Borja.

Pero lo mejor de la olimpiada, mi querida Sonia, fue la historia del «Pavo Glorioso». Ya hasta me he olvidado de su nombre, pero era el más conocido en toda la delegación, no solamente por su apodo, sino por la historia que descansaba incólume detrás de ese nombre misterioso. Un año antes de la Olimpiada de Berlín, me imagino que por 1935, este individuo fue al Sudamericano de Atletismo de Santiago en condición de «pavo»: viajaba gratis, sin invitación, y sin pagar su boleto, por supuesto. Lo más probable es que se haya escondido en la cabina del avión o entre su enorme maquinaria. Descubierta, declaró que era maratonista, y deseaba competir en la famosa prueba olímpica por excelencia: la gran carrera de los 42 kilómetros. Y así lo hizo. Lo más interesante de esta historia es que ganó. El «Pavo Glorioso» debe su nombre a su rutilante triunfo en el Sudamericano de Santiago de Chile.

Ni me preguntes cómo quedó este individuo en Berlín. Probablemente se retiró de la prueba con esos calambres terribles... Y así... uno a uno los deportistas peruanos fueron eliminados, y otros ni siquiera pudieron participar. Daniel Carpio no participó, por ejemplo. Yo tampoco lo pude hacer en los 1 500. Y no pude estar en el poyo triunfal, cerca de Jack Medica, en aquella semifinal o final de los 400 libre. Manuel Solimano me fastidia siempre que me ve, diciéndome: te hubieran eliminado a ti también, Benjamín. Deja que la historia te convierta en leyenda, deja que te recuerden como la posibilidad que no pudo ser. A la gente, y a los peruanos en especial, le encanta soñar con la posibilidad no plasmada, con el gol que no metimos o con la pendejada nazi que nos atropelló, ésa fue la palabra, nos pisoteó humillándonos con su prepotencia aria, y nos dio, sin proponérselo, un verdadero

regalo que va a durar cincuenta años, Benjamín, cincuenta años por lo menos, piensa en mí, recuérdame siempre, cincuenta años:

—Te han hecho un verdadero favor, reconócelo, Benjamín. Nunca le ibas a ganar a ese monstruo de Jack Medica. No olvides que ganó batiendo el récord mundial y el olímpico. Si lo hubieras ganado tú serías el campeón mundial y olímpico de la distancia, y eso, lo sabes muy bien, no hubiera sido posible.

—No se puede saber antes el resultado de una carrera —le refuté—. Porque si fuera así, no tendría sentido competir.

—Sabes bien que eso es teoría. Nunca hubieras sido capaz de ganar esa carrera ni la otra ni ninguna, Benjamín. Métetelo en la cabeza. Y agrádecele a Hitler que no te haya dejado participar. En el momento mismo en que descendía la bandera peruana de su mástil, en ese mismo instante te convertiste en leyenda. Si no, recuerda cómo, con qué fervor, con qué entusiasmo fue recibida la delegación en la dársena del Callao. ¡Como héroes! ¡Como víctimas! Como lo que somos: ¡peruanos! El fútbol lo entendió perfectamente, y ha sabido vivir de ese momento trágico durante mucho tiempo. Finlandia y Austria eran, por si no lo sabes, unos principiantes. Lo que pasa es que Austria ya estaba aliada con Alemania en su asunto racial, y por eso se les fue la mano, pero dejémonos de tristezas, que mal no te ha ido en la vida. Tienes tu Academia, tienes tu nombre, tienes tus medallas, porque en Lima, en el Sudamericano del '38, tampoco te fue del todo bien, y el cuento de las amebas se lo redactas a otro periodista. «Los 4 Mosqueteros del Guayas» nos hicieron puré en nuestra propia casa.

—Si no fuera por lo de Berlín —le decía agrio y sarcástico y convertido en hijo de puta este dirigente amigo de los deportes peruanos— seguirías metido en el sótano de ese banco. De repente, hasta la chiquilla ésa... como se llamaba, caray, te hubiera dejado por otro. Benjamín, Benjamín, mal no te ha ido. ¡Agrádecele a Berlín!

—Es hora de que te alistes para asistir a la ceremonia —le dijo Sonia—. De premio, si te portas bien, te espero como te gusta.

XI

El matrimonio es como el trabajo, llegaría a pensar mi padre: tienes que estar allí metido como si fuese un puesto. Tengo que rendir, hacer méritos, marcar tarjeta, dar explicaciones, saber quién es el jefe y quién no, dar y recibir órdenes. Benjamín Hassler logró alcanzar cierta felicidad trabajando como empleado bancario; sabía que de las veinticuatro horas del día, ocho debería dedicarlas a la oficina. Pero sabía también que las horas restantes eran suyas, completamente suyas, y podía hacer con ellas lo que deseara. Ir al cine Metropolitan, en La Victoria, o al Beverly, frente a Manco Cápac. Definitivamente, escaparse solo al Ritz, cerca de la avenida España, era un verdadero placer de la libertad. Eso era la soltería: lo opuesto al matrimonio.

El amor pudo haber sido esa relación sin compromiso con esa muchachita encantadora, bien que la recordaba el desgraciado de Manuel Solimano, bien que la gente sabía que se entendía conmigo esa muchachita que iba a perder, según la opinión generalizada, sus mejores años con el buenmozo de Benjamín Hassler. Ella se enteró de mi matrimonio el mismo día de mi despedida de soltero, cuando los colegas del banco me organizaron una fiesta. Yo, si era soltero, no le debía ninguna explicación. Eso fue lo que pensé. En verdad, nunca sabré si le molestó o no enterarse así nomás, por la gente. Ella tampoco me lo dio a entender, incluso seguí saliendo de casado hasta que desapareció, cuando me dijo algo como

esa carnecita con alma, justo cuando le conté que iba a ser padre. Recuerdo que tenía ilusiones de tener un hijo, pero también miedo, porque pensaba que un hijo es para siempre, y ella se miraba a sí misma sin que yo pudiera entender su mirada.

La despedida de soltero fue una reverenda cojudez. Los bancarios encuentran en cualquier situación una excusa para evadirse, sacarse el bendito saco, aflojarse la corbata y tirarse unas copas por allí y después ir de putas. La colección de burdeles de los oficinistas me tiene sin cuidado: si el 20 fue el Huatica, si el burdel de la avenida México se confunde con las inmediaciones de no sé qué corralones y así: unos tragos por el Benjamín que nos deja, otros por el Benjamín pendejo que nunca nos dejará y por último unos secos y volteados por la muchachita que has dejado tirando cintura, esperando su pieza en otro zambo, porque qué es mejor para una hembra, vestir santos o desvestir borrachos, esa muchachita está a punto Benjamín, ¡ese mi Benjamín!, campeón fuera y dentro de las piscinas.

Los dos o tres primeros años de matrimonio con tu madre fueron como se suele decir de engrase: ir haciéndose de a pocos, lentamente, a esa nueva vida. El matrimonio para muchos imbéciles es compartir la experiencia de vivir, pero en el fondo, no es otra cosa que una carrera absurda y contra el tiempo en carriles separados. Mientras se construía la casita futura donde se instalaría su familia por venir, Benjamín Hassler y Clara Hamann ocuparon uno de los ambientes de la casa que mi abuelo había separado para la nueva pareja. Herman y Alfonso tenían novias, pero aún no se decidían a dar el paso, ese paso que funciona como una frontera entre los que se mantienen a este lado y los que se van al otro. Mi padre estaba como resignado, raramente resignado, porque su rebeldía no se había manifestado en este trance. Al contrario, la resignación de su mirada solamente adquirió vida cuando empezó a descubrir que la verdadera opción del amor era la aventura del sentimien-

to romántico: esa arrechura con afecto, esa tembladera erizada de la piel se daba en los márgenes de una relación extramatri-monial. Allí podría vivir con la picazón del verdadero estre-mecimiento.

Porque él se había casado con Clara Hamann enamorado de Maruja Montenegro, ¡que ése es su nombre, Manuel Soli-mano! Enamorado, pero no para casarse, que tonto no era. Quizás ella —que venía de una situación económica difícil, su padre había perdido lo poco que tuvo— veía en este mucha-cho demasiado peso, demasiada fuerza, porque era demasiado conocido en esta aldea grande.

Mi madre también venía de un momento difícil. Su madre había muerto dejándola al cuidado de sus cuatro hermanos menores, asumiendo una responsabilidad aun mayor, pues mi abuelo materno debía viajar al interior y distraerse un poco para no caer en la depresión. Clara Hamann llevaba puesta, sin embargo, una extraña confianza en sí misma, y ésa fue su es-trategia de guerra: su pertenencia a una cultura superior, blan-ca, europea, alemana; en pocas palabras, venía a esta tierra de indios haraganes a labrarse un porvenir. Eso la vinculaba a Benjamín Hassler, pero eso, justamente, también la diferen-ciaba, porque mi padre nunca tuvo ni esa confianza ni esa cer-teza y no le interesaba labrarse un porvenir en el sentido que lo entendía Clara Hamann. En verdad, ese porvenir se lo ha-bía labrado a pulso mi abuelo, en ese periplo que fue de Tac-na a Iquique, de Iquique a Tacna, de Tacna a Lima, del Banco Alemán al Banco Hipotecario, y así, escribiendo sobre asun-tos serios acerca de las finanzas entre los amigos del *Mercurio Peruano*. Ese camino ya estaba recorrido, Clara, y muy bien re-corrido. Lo único que le quedaba a Benjamín, ahora que el tiempo de la piscina había terminado, era sobrevivir y hus-mear en los cilindros y la papelería de ese sótano, hasta que fuera recogido, estimulado y zamaqueado por Clara Hamann que reaparecía en su vida como un hada madrina rubia y exa-geradamente ruda ante los embates del destino.

Cuando descubrí a Ruth Ostolaza me impactaron sus piernas contorneadas, cubiertas por sus medias color piel que descollaban en esos zapatos de taco alto. Las nalgas estaban estupidamente bien puestas y era la dueña de una cintura rolliza pegada a los huesos de la cadera, para dar salida, desde allí, a un par de pechos erectos apuntando a lontananza. Su rostro no era perfecto ni necesariamente bello. La cara de Ruth Ostolaza era de pómulos anchos, boca directa, ojos negros y unas cejas maquilladas bajo un pelo que tenía el trazo de una peluquería evidente. La cara de Ruth Ostolaza era la de una empleada que prefiere dar el culo que la cara, vaya que sí, tanto que el jefe de personal o el de la planilla ya le había echado el ojo. ¡Y adónde crees que se plasma el ojo si no es en ese rabo, en ese tarro que deambula por el hall de la entrada y se esconde detrás del mostrador, apretado en su uniforme gris!

Su facha pertenecía a esas mujeres que están concebidas, podría decir hasta educadas, para hacerse de un sitio en la sociedad, utilizando esos recursos que están a la mano, entre la sombra y el atisbo, una vez que ya andan por encima de los veinticinco años. Ruth Ostolaza era una mujer, como se dice, hecha a la vida. Si bien no la podía conocer en todas sus variantes, la olía. Debió trabajar desde muy joven, debió estudiar en un colegio de monjas de barrio, debió haber frecuentado esas arterias que van entre la Brasil y la parroquia Don Bosco o los cinemas que ralean entre la Garzón y el Hospital del Niño. Sabrá Dios... Ruth Ostolaza tenía grabado en su cuerpo el ahínco, la gota del esfuerzo y el rouge barato. Transpiraba una mezcla de sudor, perfume y hechizo que fascinó a Benjamín Hassler.

Eso es lo que nunca pudo entender mi madre, durante los cuarenta años de relación que sostuvo con Ruth Ostolaza, y que yo me he roto la cabeza tratando de buscarle una explicación. Benjamín Hassler tampoco lo entiende. Yo creo, ya que no he podido encontrar sólidos vínculos de contacto con mi padre, que Ruth Ostolaza fue una alternativa al mundo que

Clara Hamann introdujo sin consultárselo del todo, sin negociarlo, y en el cual Benjamín se sentía tremendamente infeliz e inseguro, a menos que tuviera la posibilidad de arrojarle a una piscina.

Fuera de las piscinas, Ruth Ostolaza podía representar ese aire de libertad que tanto le gustaba a Benjamín Hassler. Su cara, tallada por los cosméticos baratos, era una invitación a continuar en ese trajín de aventuras relativamente prohibidas. Ruth Ostolaza descubrió, desde el primer minuto, que su relación sería tal como se la propuso con la mirada Benjamín Hassler, cuando se apoyó en el vidrio del mostrador de la Casa Welsch dejando de lado los relojes que lo cronometraban, arrojando las horas, posponiendo las citas, abandonando por completo el compromiso que todo futuro reclama.

Su vida de empleado bancario se complementaba perfectamente entre esa oficina —que ya era algo en relación al sótano inicial—, su casa con Clara Hamann, ese niño que ya estaba creciendo, y Ruth Ostolaza, la hembra que se maneja Hassler y guarda en su escondite de Maranga. Benjamín Hassler no tenía por qué ver el asunto de esa manera, pero yo, yo sí, estoy segura de que no te has puesto a pensar en mí, y tengo todo el derecho de verlo con estos ojos.

—Fueron años felices, Benny —me decía siempre que tocábamos el tema—. Ahora, si a ti o a tu madre les resultó incómodo, yo no tengo nada que decir. La vida es la vida, y las cosas suceden fuera de la voluntad de las personas.

Pero sí era su voluntad: deseaba, imploraba, instintivamente buscaba una mujer que aceptara una relación como la que le proponía a Ruth Ostolaza. Durante años, Ruth Ostolaza fue la excelente piscina en la cual Benjamín Hassler encontró la paz anhelada, a las horas que la necesitaba, distribuyendo su tiempo, los barrios de la ciudad, las amistades, las responsabilidades. Mi madre lo intuyó como toda mujer que defiende a su hombre desde el momento en que regresó con un reloj de regalo comprado en la Casa Welsch: un Longines, el gran reloj

justo para su muñeca, para que lo luciera, ese mismo día, Clara, mientras se preguntaba a sí misma qué querrá este hombre, que es su marido, cuando le traía un regalo como ése, seguramente para negociar una libertad condicionada y salir de la vida matrimonial, ahora que ya no entrena, cuando Benny crecía, ahora que la vida en familia transcurre exclusivamente en tierra.

Durante varios años, mi padre practicó el juego de los «matrimonios informales». Nunca me lo contó a mí directamente, y menos a mi madre. Incluso, pienso que ella no lo sabe o que no le convenía saber. Yo me enteré hace un tiempo, gracias al tío de un colega de la cancillería. Se trataba de unas cuatro parejas de amigos que mantenían, todos ellos, una relación aparte. Las cuatro parejas se habían comprometido a festejar, costara lo que costara, los cumpleaños de cada uno de ellos, las navidades y el Año Nuevo, veinticuatro horas antes. Si el cumpleaños caía un sábado, las cuatro parejas lo festejaban el viernes, y si caía un domingo lo festejaban el sábado. Solamente se perdonaban la vida si había que festejarlo un domingo, porque ese día, como cantaba la griega Melina Mercouri, las familias van a misa, asisten al concierto, a la playa, almuerzan juntas o salen al teatro o a la vermouth.

Benjamín Hassler encontró en ese grupo de «matrimonios informales» a un psicólogo y un cineasta, todos ellos personas sumamente gratas que se juntaban alrededor del viejo y misántropo millonario Isaías Mujica, conocido entre sus amigos como «Cocodrilo», por su tendencia heredada, vía materna, al descanso entre las sombras del fango, antes de lanzar su arañazo a una de sus víctimas: una muchachita pera en dulce o a la sombra de una flor.

Benjamín Hassler encontró en ese círculo, cerrado por naturaleza, una atmósfera que permitió que su relación con Ruth Ostolaza se desarrollara sin que ella pretendiera otro tipo de aspiraciones. Ruth Ostolaza estuvo feliz, tenía un referente, compartía el destino de las otras mujeres y aprendía a desen-

volverse en ese microclima sin relación alguna con la verdadera vida, con la verdadera sociedad.

Ese hecho le permitió durar bastante tiempo con Ruth Ostolaza, incluso más de lo pensado, porque mi padre estuvo con Ruth Ostolaza cuarenta largos años, llevando una vida que, en varios pasajes, se parecía a la de un matrimonio, pero sin serlo. En verdad, nunca convivió con Ruth Ostolaza. Mi madre piensa que la compra de la casita de Maranga y luego el departamento en la Dos de Mayo, en pleno San Isidro, cuando ya no tenía vergüenza de mostrarla a diestra y siniestra, porque ya no necesitaba ocultar su relación, tuvo como motivo alejarla de la posibilidad, nunca descartada, de que esa mujercita se instalara en su departamento. Pero Benjamín Hassler, por esa misma razón, mandó construir un pequeño espacio encima de la terraza de su Academia, con lo indispensable, para que ninguna mujer se instalara en su vida.

Las reuniones extremadamente formales de los «matrimonios informales» calmaban las ansias de Ruth Ostolaza. Las otras mujeres conocían de corazón las reglas del juego y no aspiraban a más: ni tontas que fuéramos. Isaías Mujica cambiaba sus parejas a menudo y sus amigos, el psicólogo y el cineasta, concebían ese juego como una manera de mantener contento y juvenil su espíritu. El único que cayó en la trampa fue Benjamín Hassler; sin embargo, como pienso, llegó a sacarle provecho a su propia trampa. Ruth Ostolaza tomó la actitud de una mujer casada, se reunía con relativa frecuencia con este grupo de amigos y hablaba, aprendiendo, de cosas muy interesantes. Las otras mujeres la creían un poco tonta, pero en el fondo de su ser la envidiaban, porque en esas reuniones ella era la esposa indiscutible de Benjamín Hassler: la señora Hassler.

Entre las reuniones de los «matrimonios informales» y los viajes que lograba emprender con Benjamín Hassler, o sola, para que se aireara y no confundiera las cosas —signo de inteligencia que esta Ruth parece tener de manera muy escasa—,

su vida pasaba y pasaba como la señora Hassler, pero sin Hassler al costado.

—La pobrecita es una esposa sin marido. Ha confundido las reglas.

—El desgraciado de Benjamín la engaña como lo hace con Clara. La diferencia está en que esta cholita no se da cuenta.

Todo el té francés de Madame Felix, menos Madame Felix, trataba de meter su cuchara en este asunto que conmovía Lima a los gritos de Clara Hamann, seguida de las explicaciones racionales y sosegadas de sus buenas y comprensivas amigas.

—Ruth... Ruth dices que se llama... esa Ruth me da una pena en el fondo porque cree todo lo que Benjamín le dice. La invita a unos tours inimaginables por las Antillas o los Estados Unidos, y hasta a dar unas vueltas por Europa como si pudiera entender lo que ve.

De reojo, sus amigas miraban como en un espejo las primeras arrugas de Clara Hamann, soportaban su timbre de voz, se acostumbraban a la rutina de sus temas, y sentían por ella una terrible compasión que las llevaba a perdonarla en todo. Hasta comprendían a Benjamín Hassler, podían darle la razón, eran capaces hasta de eso, pero antes estaba su lealtad a esta amiga monotemática que debía acostumbrarse de por vida a llevar una rutilante soledad, en una espantosa soltería, asumiéndose, a su vez, como la Señora Hassler.

—Porque jamás tendrá de mí el divorcio. Esa mujer nunca me sacará de mi casa. No me quitará mi nombre. Eso he dicho: Hassler. Clara Hamann de Hassler.

—Clarita...

—El asunto ha terminado. Esa mujer debe quedarse en el sitio que le corresponde.

Ese sitio adquirió forma y estilo en los «matrimonios informales» convocados por Isaías Mujica, entre los cuales Benjamín Hassler cayó encantado, porque su relación con Ruth Ostolaza no podía darse exclusivamente en los recovecos de una relación clandestina. No era para tanto. Ruth no era muy

dotada. Carecía de las luces elementales, aunque tratara de ilusionar a Benjamín con su interés por el universo de la cultura, ya sea con el teatro, por ejemplo, asistiendo a las funciones del Club de Teatro en la Colmena o frecuentando el local de La Cabaña, ya en esos años en que no se encontraría con nadie. Le gustaba, es cierto, la actuación de Helena Huambos y la del exagerado Alfredo Bouroncle, un joven actor talentoso que, según ella, le hacía ojitos.

Benjamín Hassler encontró también un espacio invalorable de conversación para un ex deportista, en esos momentos duros en los cuales los días empezaban a hacerse largos, porque debíamos añadirle las horas del entrenamiento que ya no hacíamos, las horas dedicadas a la competencia, las del descanso obligatorio y las de la ilusión. Eran muchas horas, ahora. La oficina, luego la Academia, la familia, yo, en alguna medida Clara, supongo, sus dos hermanos, hasta que se marchara Alfonso, constituíamos su rutina básica. Estas reuniones de los «matrimonios informales» resultaron ser una excelente idea y les agradeció mucho que lo convocaran, porque mi padre fue aprendiendo, sacando poco a poco sus conocimientos de cine, y los sacaba contento, opinaba sobre asuntos existenciales y cautivó, por su manera espontánea, al psicólogo de barbita cana y a ese cineasta tan reconocido en el país, es un verdadero honor estar con todos ustedes.

—El honor es nuestro, Benjamín —le dijo generoso el cineasta. Hemos sido tus admiradores. No solamente por lo que hacías en la piscina, sino por lo que haces fuera de la piscina. Debes ser el único deportista con alma en este país.

—Gracias —había respondido Benjamín Hassler—. El honor es mío. —Casi explica que estuvo en Alemania estudiando medicina, que había logrado conocer personalmente a Jorge Basadre cuando pasó unos meses por Berlín, ahora un destacado historiador, que frecuentaba el cine, hablaba dos idiomas, aparte del español, pero no lo hizo, qué lo iba hacer, sería un tarado impresionante, un deportista, un nadador.

Benjamín Hassler pasaba por un excelente momento físico, espiritual y económico. No le cabía la menor duda de que existe un vínculo muy sólido entre esos tres aspectos. Después de los cuarenta años, sobre todo en los cincuenta, una cuenta corriente bastante próspera llena las energías, y con una mujer diez años menor que tú, eres campeón. El mundo realmente le sonríe a uno.

Con la excepción de Isaías Mujica, los otros miembros de los «matrimonios informales» eran más jóvenes que Benjamín Hassler. Claro que parecían mayores, porque a Benjamín Hassler le encantaba confundir a la gente y que la gente se confundiera con su edad: parecía mucho menor que estos intelectuales fumadores y bebedores y trasnochadores, que entendían el deporte como una bajeza del espíritu, una actividad propia de las almas simples, una simple alma: porque entre todos los deportes, Benjamín Hassler tuvo que escoger el más rudimentario, el más escueto, el más simple. En todo caso, el más aburrido. Nadie que no estuviera enfermo optaba por la natación.

—¿Qué sientes cuando nadas?

—Nada. Además, ya no nado. Durante largos quince o dieciséis años nadé y no entendía la vida sin hacerlo. La natación le daba un sentido a mi vida.

—Pareces religioso —le dijo el psicólogo—. El deporte no tiene nada de trascendente.

—Ya sé —se defendió Benjamín Hassler—. Además, yo no soy religioso. Soy de las personas que piensan que la vida termina acá y que carece de sentido. Uno es quien le da un sentido.

—Es un poco tajante tu posición; en todo caso, me gustaría que nos dijeras que tampoco puedes darle un sentido, así serías más categórico. Darle sentido a las cosas es tomar una posición y encontrarle una razón de ser subjetiva.

Benjamín Hassler no quería enredarse. A lo lejos distinguía a Ruth Ostolaza conversar con esas mujeres que se habían conseguido este par de intelectuales para pasar unos meses dis-

tintos, porque algo se traían ese par de hembras. La mujer de Isaías era la misma de siempre. Isaías había dividido la vida jerárquicamente: su esposa oficial, su querida, sus amiguitas. El viejo misántropo millonario las tenía a todas contentas, porque las mujeres aceptaban su condición a cambio de dinero. Eso es lo que decía. El resto son vainas, tanda de pajeros, conversadores, porque lo único que hacen es confundirse en sus propias palabras.

—O sea que después de ésta no hay otra vida. ¿No crees en el más allá, Benjamín?

—¡Y a quién le importa lo que Benjamín crea! —intervino Isaías Mujica—. De repente aterras a las mujeres con la idea del infierno y que allí se van a ir directo por lo pamperas que son. Déjalas que nos den sus rabos a cambio de mantenerlas contentas. ¿O creen que podrían comer, salir y divertirse así, sin nosotros? No hables del más allá que se asustan...

—No creo en el más allá —respondió Benjamín Hassler.

—Dime, ¿ni siquiera imaginas el cielo como una piscina inmensa, transparente, nadando sin fin, para siempre? —El cineasta lo miraba a los ojos. Le tenía admiración a este nadador infatigable, que durante las noches, una vez que se separó de su mujer, le encantaba salir y frecuentar piano bars con amigos como ellos, sencillamente para conversar. Parecía que de tanto haber nadado le faltaba soltar la lengua. Benjamín Hassler deseaba hablar, sin necesidad de tragar agua si abría la boca—. Los artistas tenemos imaginación: si debo imaginar el paraíso, una vida que no sea ésta, para mí sería como una pantalla en blanco. Una pantalla iluminada por el proyector en una matiné un día de semana.

Isaías Mujica estalló de risa.

—Te aseguro que los matrimonios formales son aburridísimos. Nosotros nos damos una manito. Si uno se cansa, habla el otro. Y así...

Benjamín Hassler estaba contento. Veía a Ruth conversar animadamente con las otras muchachas, algo menores que ella,

y eso, estaba seguro, debía preocuparle. Ruth pisaba ya los cuarenta años, muy bien puestos, eso era cierto, pero una mujer a los cuarenta años siente que lo tiene todo, que está cerca de algo o que definitivamente lo perdió, sin consideración alguna a su edad o a su posibilidad. Notó una cierta preocupación fugaz por su rostro, y cambió de posición. De pronto se encontró con el rostro plácido del cineasta, un hombre sumamente alto, robusto, de barba blanca y cabello largo, juvenilmente asumido. El psicólogo era más bien bajo, delgado, algo nervioso, que lo miraba escrudiñándolo. De pronto le dijo:

—A veces pienso que la vida es una. Imagino una vida compacta. Algo así como que quien entra a la vida ya no puede salir. Pienso también que la muerte es parte de la vida. Algo me hace ver que no hay interior o exterior; en ese sentido es que no hay otra vida, porque sólo hay una, con su muerte que nos lleva y nos transforma y nos comunica. La vida como una enorme caja cósmica de resonancia y energía.

—Más que psicólogo, pareces parapsicólogo —intervino Isaías Mujica—. Benjamín se va a aburrir con ustedes. No olviden que es un deportista.

—Los deportistas también piensan, Isaías —respondió molestandose Benjamín Hassler—. El hecho de que practiquemos una actividad inofensiva, no significa que no tengamos pasiones. La pasión es también una manera de pensar. O de sentir. Un deportista explota en pasiones. Lo que sucede, y no lo deberíamos olvidar, es que el deporte es un juego.

—Como dice Brandes: lúdico. O lúdrico.

—Y ahora vas a decirnos que une a los pueblos, que salva a los jóvenes y mantiene juntos los matrimonios. Que es un canal para que los padres conversen con sus hijos. Los países socialistas lo utilizan descaradamente.

El cineasta hablaba. El cineasta era un hombre de izquierda, un hombre de ideas liberales, un hombre que intentaba ser libre, pero veía en el deporte una jaula de buena conducta, a jóvenes incapaces de rebelarse, sumamente obedientes, prestos

a acatar sin murmuraciones lo que su entrenador les ordenara, porque los deportistas, carajo, no hacían otra cosa que repetir y repetir su entrenamiento hasta el infinito, al pie de la letra, siguiendo las instrucciones de su entrenador, de su preparador, de su dirigente. Los deportistas...

—Cuál es la libertad que puede tener un deportista, Benjamín, si su vida deportiva está programada de antemano, si su entrenamiento está escrito en un pizarrín, si conoce los movimientos de memoria, si no hace otra cosa que repetir y repetir esos mismos movimientos durante semanas, meses y años... ¿Dijiste quince o dieciséis...? No puedo creer que hayas nada-do con treinta y dos años en un Sudamericano...

—Eso le sucede a todo el mundo que quiere hacer algo bien hecho en la vida. Yo no puedo entender a una persona que se levante de la cama sin tener una meta para ese mismo día. Durante años, no lo podría negar, he nadado pensando que era lo mejor que podía hacer, y eso me hacía pensar que el día podía ser bueno. Hacer un minuto y dos segundos en los 100 metros, por ejemplo, o... Además, los artistas tienen la misma rutina. Debemos tener una rutina para ser libres. Para ser creadores.

—Eso se refiere a mi campo —intervino el cineasta—. La creación necesita de disciplina. El mismo Claudio Arrau contaba que incluso durante sus viajes en avión practicaba con un pianito mudo, para que sus dedos de pianista no se endurecieran. La praxis. La fatigante repetición hasta alcanzar la explosión libre de la creatividad. ¿Cómo demonios se logra eso en el deporte? Y con la natación, todavía, actividad donde ni siquiera interviene la suerte, la jugada inesperada, la inspiración: ¿cómo se inspira un nadador, Benjamín?

—El nadador carece de esa inspiración. Ni siquiera se da cuenta de que transpira. ¡Está mojado! Pero yo, que he entrenado solo, aprendí a gozar del contacto con el agua. Puedo decir que he nadado a conciencia. No he sido un robot o un deportista mecanizado. Eso no; quizá mi temperamento indi-

vidualista me llevó a nadar según mi propio ritmo, manteniendo una armonía con esa atmósfera que no nos resulta natural: sumergido lo suficiente en el agua, sintiéndola, estirando las extremidades, alcanzando un cierto tipo de paz. Otras épocas. Otros entrenamientos.

—Estoy seguro de que no has visto la película que han pasado en el Country —dijo el cineasta, moviendo su larga y canosa cabellera—. Es excelente. Está basada en un cuento de John Cheever, un gringo genial, y actuada por Burt Lancaster, nada menos. Creo que la dirige Frank Perry.

—Claro que recuerdo a Burt Lancaster —lo interrumpió Benjamín Hassler, como para no quedarse—: *Veracruz*, excelente bribón al lado de Sarita Montiel y con un Gary Cooper ya envejecido; o la del predicador con la cual ganó el Oscar... *Duelo de titanes*, al lado de Kirk Douglas. A Burt Lancaster lo conozco...

—En esta película hace de un nadador totalmente marginal, que atraviesa las casas residenciales de una ciudad californiana entre piscinas. Imagínate a un nadador ya entrado en años que va de casa en casa, trasgrediendo todas las normas, zambulléndose en las piscinas cabronas de esas gentes adineradas que ni lo ven, y acaba metido al final de la película en una piscina municipal repleta de gente. Ése no es un deportista, Benjamín: es un solitario atormentado. Es nada menos que Neddy Merrill, el personaje, que decide volver a casa nadando. Mira: él imagina que las piscinas del vecindario están distribuidas de tal forma que constituyen una especie de río discontinuo. ¿Qué ha sido la travesía de Merrill, Benjamín? ¿Una odisea a través del tiempo? ¿Un viaje hacia la soledad? Cuando Merrill llegó a su casa ni su mujer ni sus hijas estaban allí, y todo parecía indicar que nadie había habitado su hogar durante años. Eso es el cine. Presentar al hombre que está detrás del deportista. ¿A quién rayos puede interesarle la vida de un deportista por el deporte mismo! ¡A nadie!

—Como los chismes de la gente de cine. A quién rayos le in-

teresa el artista como actor —respondió Benjamín Hassler—. Que yo sepa, a todos les interesa saber acerca de sus vidas fuera de la pantalla. Los amoríos de Richard Burton con Liz Taylor son más importantes que su talento interpretando a Hamlet.

Las mujeres se acercaron al grupo de los hombres, tal como lo hacen las esposas con sus maridos convencionales. Les interesaba Liz Taylor. Les encantaba repetir esa expresión suya con la cual adquirían un toque de modernidad e inteligencia femenina: «una mujer debe ser bella de joven, tener una fuerte personalidad de adulta y mucho dinero de vieja». Liz Taylor podía darse el lujo de beber sin preocuparse de su silueta; con los ojos que se maneja, basta, hija. Los rollos, si tienes dinero, hasta asientan. Las mujeres se miraron entre sí con cierta lástima. De qué habrían estado hablando estos hombres, de una manera tan entretenida, si cuando estaban con ellas no abrían el pico.

En esta ocasión no festejaban ningún cumpleaños y menos aun una fecha importante. Llana y sencillamente le daban la bienvenida a Benjamín Hassler y a su señora, Ruth Ostolaza, convertidos por ironías del destino en una pareja muy convencional y monogámica, pues desde que se entendían, sobre todo a raíz de la separación de Benjamín Hassler, ninguno de los dos se era infiel. Sobre todo él, porque ni pensar que Ruth Ostolaza lo iba a echar todo por la borda yéndose con sabe Dios quién, si ya andaba bordeando los malagradecidos cuarenta años.

XII

El camino de regreso a Fort Lauderdale se le hacía largo, debido, sobre todo, a que la noche en casa de Alfonso no fue todo lo tranquila que él hubiera deseado. Las remembranzas y la extraordinaria memoria de su hermano lo fatigaron e incluso llegaron a atormentarlo. El efecto del Rohypnol no logró contrarrestar esa andanada de frases e ideas sueltas que lo herían como un latigazo arremolinado en el aire. Alfonso había estado rápido en su conversación y le sacaba todo el jugo posible a esa lentitud ya característica de Benjamín cuando de hablar se trataba. Benjamín Hassler había sido un poquito tartamudo de joven, y si bien ese defecto fue secundario y ahora pasaba totalmente desapercibido, le quedó un cierto aire distraído cuando conversaba y aún mantenía cierta dificultad para encontrar las palabras.

La autopista era la misma, pero en sentido contrario. Ahora, en lugar de que lo esperara Alfonso, lo haría su amigo Dicky Wieland. Estaba seguro de que le preguntaría por el estado anímico de su hermano, pero sin esa curiosidad malsana de los habitantes del Sea Ranch y, menos aun, por supuesto, la curiosidad perversa de Clara Hamann. Conducía cogido del volante, mirando la pista, temeroso de perder el control. Qué bien se sentía en el agua, y qué mal estaba en esta autopista repleta de vehículos, cada uno en su carril, como en las piscinas, pero con la posibilidad de atravesarse sin consulta previa o anunciándotelo mediante luces que se prendían y se apagaban intermitentemente.

Alfonso había tenido razón cuando mencionó ese libro que estaba a punto de olvidar, si no hubiera tenido la brillante idea de apuntarlo en un papelito, incluso con la peregrina idea de comprarlo en una librería, porque el libro, Benjamín, le había dicho Alfonso, está en inglés y al final la historia se diluye y te va aburriendo. Pero recordaba esa breve reflexión del autor que tanto lo había herido, porque Alfonso, de eso estaba seguro, se estaba vengando mientras salía de su espantosa soledad. Le había dicho algo así, más o menos, con el libro en la mano:

—Acabo de terminar este libro bastante bueno, y pienso que podría interesarte. Está escrito por un joven novelista norteamericano, Richard Ford. Sé que se trata de un nombre bastante corriente para ser novelista, pero tiene un buen dominio de su oficio. El libro salió hace cuatro años y se titula *The Sportswriter*; traducido sería *El periodista deportivo*. Debo declarar que lo compré pensando en ti. Solamente por esa ridícula y sencilla razón.

—Y por qué habría de interesarme, si yo no escribo —le había respondido mi padre—. Los libros sobre deporte son aburridos. El deporte es para los deportistas.

—Nadie que sea inteligente escribe una novela sobre deportes; es solamente un pretexto, Benjamín. Pero deja que te repita una de las ideas del libro que sí me hizo pensar en ti. Ford escribe: «los años de entrenamiento deportivo enseñan eso: la necesidad de renunciar a la duda, la ambigüedad y el autoanálisis, en favor de una agradable y unidimensional auto-superación que obtiene su inmediata recompensa en los deportes. Con los deportistas —continuó Alfonso, esta vez acentuando sus palabras y levantando uno de sus dedos— puedes estropearlo todo si les hablas en tu tono normal, un tono seguramente lleno de contenido y especulación. Les asustaría mortalmente, les demostraría que el mundo —un lugar donde a menudo no se desenvuelven muy bien e incluso caen en depresiones, líos financieros o cosas peores cuando se termina su

carrera— es más complejo de lo que les ha enseñado su entrenamiento».

Alfonso había levantado la vista y esbozaba una pequeña y furibunda sonrisa. Pensaba que lo había cogido infraganti en lo más profundo de su ser, como si una persona sintiera que le han descubierto los oscuros mecanismos que lo mantienen en vilo, indemne en esta larga existencia. Benjamín Hassler no entendió del todo el contenido de esa oración sobre el deporte y los deportistas, pero sí retuvo la palabra entrenamiento, la idea de prepararse para alcanzar una meta, un objetivo.

—Lo del entrenamiento sí lo he entendido.

—No me digas que no has entendido las razones por las cuales te sientes mejor en la piscina que en tierra; por qué prolongas como un viejo loco tus entrenamientos para alcanzar objetivos que son el hazmerreír de la gente y que le importan un comino al común de los mortales. La piscina, mi querido hermano, es tu refugio. Es un inmenso útero lleno de agua tibia. Dentro de ella no existen los peligros de la vida real. Allí tu piel se reseca con ese cloro, pero logras abstraerte de todos tus problemas, y tus problemas son poca cosa para los grandes problemas de la mayoría de la gente. Con tal de estar la mayor cantidad de tiempo en la piscina, crees que has justificado la razón de estar acá. Vas y vienes como un enfermo mental, caminando por los pasillos interminables de tu imaginación. Ir y venir, nunca en mi vida he visto un entrenamiento tan aburrido como la natación.

Benjamín Hassler se había quedado sin respuesta, y ahora la voz de Alfonso resonaba en su cerebro como un eco gango-so, golpeando en el sitio que más le dolía. Mi padre tenía una serie de ideas acerca de la vida en base a un entrenamiento continuado, pero lo que Alfonso le había dicho iba más allá: intentaba herir el motivo mismo de su vida, y le daba a entender que era un miserable cobarde cobijado en la idea de ser campeón.

—No conozco a ese Ford —le había respondido indignado

Benjamín Hassler—. Estoy seguro de que no es pariente, ni lejano, de los verdaderos Ford. De esos que se hicieron solos y alcanzaron la grandeza a partir de su esfuerzo y crearon toda una industria automovilística.

—Ford hay muchos —Alfonso Hassler se movía muchísimo mejor que su hermano en el terreno de las palabras y las ideas, sobre todo en el de la información, y jugueteaba con él a su regalado gusto—. El presidente Ford, por ejemplo, no puede caminar y masticar chicle al mismo tiempo, porque tropieza. Ese Ford, por supuesto que llegó al poder de pura casualidad. ¡Pero es un Ford! Y Richard Ford no es un mal escritor. Su personaje es un divorciado como tú.

—Perdóname que te corrija —lo interrumpió Benjamín Hassler— pero yo no estoy divorciado. Soy un separado. Vivo solo y tengo un compromiso; ni siquiera es un compromiso: una relación.

—Un affaire con el cual vas a tener un hijo. Eso es lo mejor que te puede suceder, porque tu hijo Benny parece que no tiene remedio. Siempre pensé que los hijos únicos son un verdadero dolor de cabeza. Tú tienes uno, yo tuve uno. Mi Brian, a quien tuviste en tan poca estima.

—Eso no es cierto. Tú y yo lo sabemos. Y para probártelo estoy acá.

Benjamín Hassler mantenía la misma velocidad y no se decidía a cruzar al otro carril para pasar a ese auto que iba yendo más lento que él. Se puso conscientemente a contemplar el paisaje y, sobre todo, a alejar esa parte de la conversación. Alfonso se había puesto verdaderamente mal; tosía, alzaba la voz, sus mejillas frondosas se pusieron coloradas y su cabeza calva brillaba bajo la luz de la única lámpara prendida en esa habitación asfixiante. No logró descubrir nada nuevo. El paisaje de La Florida era urbano en el fondo, desparramado, pero ciudadano. La autopista no ingresaba a los conglomerados, pero desde esa velocidad se intuía el ritmo de los poblados y de las urbanizaciones periféricas. Benjamín Hassler se aproximaba al

hotel Gold Coast donde encontraría una cama húmeda, un poco de comida en la nevera y una grata soledad en el balcón mirando el horizonte colocado encima del mar. Decidió no acelerar.

Entonces no había más remedio que recordar durante el tramo final del recorrido la cara redonda y sudorosa de su hermano Alfonso, gesticulando y moviendo los labios para dar cabida a todas las palabras imaginables.

—Si las muertes sirven para algo, Ben, es para mejorar la imagen que las personas tuvieron en vida. Yo también me reía mucho con esa expresión mundana que le acuñaban a los políticos cuando morían: la muerte los mejora; la muerte los maquilla; el recuerdo es selectivo y siempre queda lo mejor de ellos. Pero maldita sea, Benjamín, maldita sea: si una muerte no mejora la imagen que tuvimos en vida, para qué mierda vivimos. Lo único que nos queda es la muerte. El resto es pasajero. Todo esto es pasajero. La muerte de Brian y la de Carmela es lo único verdaderamente cierto y tangible que existe en mi vida. Mi vida, Ben, no sería nada, no existiría, si no fuera por el recuerdo que despiertan en mí.

Benjamín debía concentrarse para no dejar que la conversación iniciada por su hermano lo alterara o le fuera a despertar viejas tristezas en su ya amable soledad. Mi padre logró pensar que la soledad de Alfonso respondía a una decisión totalmente asumida. No era un gringo como para casarse de nuevo con el único propósito de buscar compañía. Sin lugar a dudas, prefería esta soledad de jubilado de transnacional, cabeceando a distintas horas del día, ingiriendo alimentos a distintas horas del día, viendo televisión a distintas horas del día, leyendo los diarios y las revistas y uno que otro libro que refrescara sus viejos gustos intelectuales, o ciertas novedades, como la de este tal Ford, del cual también había leído un librito de relatos, antes de tener que compartir este asunto en sus finales.

—Y tú piensas —había continuado Alfonso reponiéndose

de una súbita tristeza— que la muerte de Brian fue un alivio. ¡Falso, Benjamín! ¡Totalmente falso! Ni la muerte de un hijo delincuente es un alivio. Ni la de un hijo enfermo mental. Ni tú ni yo sabemos la tragedia solapada que es criar a un retardado mental, a un hijo que es una sombra, un fantasma, y ni un hijo así siquiera es un alivio cuando muere. —Alfonso cogió su puro y se puso a masticarlo—. Onassis perdió a su hijo en un accidente aéreo y ni todo el dinero del mundo, que lo tenía, pudo aliviar su pena. Ese viejo, a las finales, encontró el único dolor que pudo tumbarlo o, a lo mejor, dotarlo de un conocimiento que no hubiera podido tener de no ocurrirle esa desgracia. No te imaginas cómo extraño a Brian, Benjamín.

Mi padre no estaba en capacidad de interrumpir a su hermano. Carecía de las habilidades mínimas con el lenguaje y, además, se sentía totalmente incapaz de sostener una conversación de ese tipo. A la piscina no entraban los muertos. A la piscina ingresan los niñitos antes de caminar, antes de que les dé miedo la misma piscina, porque cuando pisan tierra creen que en la piscina los peligros son los mismos. A la piscina se entra para entrenar. Antes, y con qué placer lo hacía Benjamín Hassler, se realizan unos ejercicios de soltura, de aflojamiento, de es-ti-ra-mien-to: flexiones de liviandad. Una vez hechos, uno se para en el poyo; luego se tira uno a la piscina y siente, por un breve y maravilloso instante, estar sostenido en el aire, luego se ingresa al agua, generalmente fresca, y es allí cuando uno empieza a dar las primeras brazadas. Se puede vivir en la piscina hasta la vejez. Uno puede morir nadando en una piscina: es exactamente igual a morir sobre el cuerpo de una mujer en medio del orgasmo: el agua ingresando por la nariz y la boca semiabierta, hundiéndose de a pocos, recibiendo esa frescura por la nuca y la espalda hasta quedarse boca abajo, tendido sobre una superficie blanda, que no nos recibe sino que nos sostiene.

La piscina, en la mente de Benjamín Hassler, era sinónimo de vida. El recuerdo de una tragedia absurda, cuándo no, le

pasaba a veces por la cabeza, porque él estuvo allí, porque él sabía nadar y a él, precisamente, le pidieron que se arrojara a ver si la niña que nadie fue capaz de encontrar, hacía horas, estaba en el fondo de esa alberca repleta de hojas de los árboles de su alrededor, porque la piscina era la piscina de una casa-hacienda que hacía las veces de un hotel sin estrellas, exclusivo para los amigos del propietario. Y allí estábamos, riendo alrededor de un bar extraordinario, cuando nos llegaron los gritos de un ama totalmente congestionada porque no encontraba a la niñita que cuidaba. ¡La niña no estaba por ningún sitio! Habían buscado y rebuscado por todos los rincones del inmenso jardín, de la inmensa casa-hacienda, y ahora llegaban al bar donde los señores departían con unos aperitivos y Benjamín mostraba su cuidada fortaleza en un atuendo sport en compañía de mi madre.

—¡No sabemos nadar, señora! ¡No sabemos nadar! ¡Ninguna de nosotras sabe...!

¡Benjamín, Benjamín, Benjamín!, gritaron todos; los padres de la niñita, nosotros, todos; ¡Benjamín, por favor, tírate a esa piscina! Y lo hice. ¡Sí que lo hice! Primera vez en mi vida que me tiraba a una piscina en ese estado de excitación, nervioso, vestido, pensando que si encontraba a esa niñita ya estaría muerta. Tres minutos, tres minutos dura una niña viva bajo el agua. Y me tiré. Fue como zambullirme en medio de una hojarasca. No veía nada, pero podía tocar las paredes del fondo, el mismo fondo y sus cuatro rincones, hasta que mis dedos se asieron a una textura blanda y entonces la agarré y empecé a subir. Era como un trapo. No respondía a los estímulos. La cacheteé. La cacheteamos. La golpeábamos para devolverla a la vida, pero cuando uno ha atravesado el umbral, esa línea tenue que separa los dos mundos, no hay camino de regreso. Que no lo hay, casi lo interrumpe Benjamín a Alfonso, cuando su hermano esbozaba la idea del sentido de la muerte. La muerte dándole un sentido a la vida. Mi amigo, la mujer de mi amigo, nuestros amigos, todos, entramos en un completo

silencio. La niñita boca arriba, completamente helada y muda y vacía, parecía contemplarnos desde otro aire, con una sonrisa pegada allí por el susto.

—No; no creo Alfonso —se atrevió a argumentar mi padre—. La vida, y ése es mi parecer, no tiene un sentido. Más bien es un sin sentido, y puede ser muy cruel. Cada quien está en la obligación de darle un sentido. Si logro expresarme con claridad, los entrenamientos no son válidos en sí mismos, sino que le dan un sentido a mi vida. Porque entreno debo dormir las horas que debo dormir, y comer los alimentos que realmente debo comer. Los entrenamientos son la columna vertebral de mi rutina. Y aunque todo esto te parezca un disparate, una verdadera cojudez, cada uno le da un sentido a su vida.

—Puede ser —le había respondido Alfonso—. Pero yo creo, si debo haber comprendido bien, que la muerte de Brian es el sentido de mi vida. Y sólo quiero decirte que lo imagino como era en vida: joven, pecoso, sonriente, travieso, bonachón, sinvergüenza, mujeriego, amiguero, marihuanero, si quieres, que dejó de estar con nosotros cuando su maldito carro se estrelló contra el maldito árbol en esa maldita noche lluviosa.

Mi padre había abandonado a mi tío a eso del mediodía, una vez que pudo reconciliar el sueño, tomado un excelente duchazo, gozado con el desayuno especialmente preparado por Alfonso; porque Alfonso seguía siendo el gran gozador de la vida a través de los sentidos, y se dispuso a prepararse a partir a eso de las once y media, haciendo su maletín y calentando el auto. Lo dejó con una mano levantada diciéndole adiós, después de haberse abrazado y dado un beso (creo que el primero de nuestras vidas), mirando cómo Alfonso lo contemplaba alejarse lentamente de ese suburbio norteamericano que lo enterraría con sus artefactos, sus libros, su piano, en esa casa tan funcional, que parecía el preámbulo de su muerte.

Llegó a Fort Lauderdale y sintió una secreta alegría cuando reconoció la habitación del Gold Coast; justamente porque no era suya, porque era fugaz y debía pagar por pasar la no-

che allí, es que la sintió auténtica: el lugar propicio para pensar en Sonia y en el hijo que, según ella, esperaba de él. ¿Cómo confiar en las mujeres? Todas ellas quieren aprovecharse de uno, y uno siempre debe defenderse de ese instinto natural y espontáneo de las mujeres. Antes de que ellas tomen la iniciativa, ya debemos estar a la defensiva. Lo primero: tirar siempre con preservativo. Ése fue el primer consejo y regalo que me dio cuando cumplí los quince años. Mi madre puso el grito en el cielo, pero qué mejor regalo y consejo puede haber, sobre todo, a esa edad de la arrechura sin límite.

Me desperté pensando en Ethel y en Sonia al mismo tiempo. Si bien el recuerdo de Ethel se conserva en la juventud eterna, el de Sonia es el presente que por ninguna razón se debe desperdiciar. A mi edad no se puede desperdiciar ni un solo minuto de satisfacción o placer, porque a mi edad todo es cuesta abajo. No puedo dejar de sonreír cuando pronuncio estas palabras tan cojudas, como si las dijera mi hijo Benny, funcionario titular y exitoso de la cancillería peruana, y no por ello menos cojudo y pomposo. Curioso destino el de los hijos...

Sonia llegaba calatita a mi cerebro, y me despertaba unos apetitos sexuales insólitos a mi edad. Un viejo pajeándose debe ser horrible para el imaginario de la gente, como si fuera un orangután que se la corre en su jaula, pero no hay nada más falso que esa visión. El común de la gente piensa que solamente los jóvenes se corren la paja. ¡Falso! Los viejos también, sobre todo porque conseguir una mujer es sumamente difícil si no es con putas o con mujeres a las cuales se les paga; es decir, con putas también. En mi caso, además, hacerme la paja me excita, me pone en contacto con la vida, me llena de imaginación y estímulo y nada mejor que hacerlo pensando en la mujer que está a la mano, con la cual se hará el amor unas noches después. Sonia llegaba con ese baby doll que no creas que me gusta tanto: le he repetido a Sonia mil veces que el sexo siempre y, especialmente a mi edad, es intelecto, imaginación, sofisticación, mañosería: medias negras, ligas, calzones

con bobos, sostenes que ocultan y muestran esas protuberancias sutiles, piel suave como el deslizamiento del agua en una piedra años pulida.

La pequeña nevera tenía lo necesario para empezar el día con un buen desayuno. Jugo de naranja (aunque de caja), pan negro y repleto de fibras (con el propósito de empezar el día siempre defecando), yogurt, café con leche y una porción de cereales. Decidió llamar a Dicky Wieland para contarle cómo estaba su hermano Alfonso y ver si podían salir juntos uno de estos días. Así lo hizo. Dicky, feliz, le decía que la hierba mala nunca muere. Para botón tres muestras: los tres Hassler seguían vivitos y culeando, haciéndole la vida imposible a las mujeres. La excepción, claro, era Alfonso. ¡Tanta soledad, tanta cultura gringa, tanta incapacidad para conversar con el vecino!

—Seguro que no quiere saber nada con la gente del Sea Ranch —fue lo primero que dijo por teléfono—. Ese Gordo es un maricón demasiado inteligente. Prefiere hablar solo que con este ganado. Por lo menos sabrá de qué va a morir, porque como decía mi vieja: «si quieres morir sin saber de qué, átate un tonto al pie».

Quedaron en verse al día siguiente. Hoy aprovecharía para nadar un rato en el Hall of Fame y darse una vuelta por el pequeño museo, por darle un nombre, que honraba a unos personajes totalmente intrascendentes. Mientras tanto, estaba ese fabuloso balcón que daba íntegro al mar. Se puso a contemplar el movimiento de los bañistas y descubrió que la gente durante las horas libres está siempre como desamarrada de algo, que carece de sentido e importancia. Si le tocara morir en ese instante, con setenta y cuatro años, no podría competir, como lo tenía pensado, en noviembre, en el primer Sudamericano de Masters' que se realizaría en Mar del Plata, lugar donde definitivamente iba a ganar en todas las pruebas, y viajaría acompañado de Sonia.

Enrumbando una vez más hacia el Sea Ranch, sintió que co-

no sabía muchísimo mejor el trayecto que lo llevaba donde su amigo Dicky. Inclusive distinguía cada una de las alas que se enfrentaban al Public. Pero en esta ocasión, Dicky Wieland le dijo a través del intercomunicador que lo esperara al borde de la segunda piscina, allí estaban los amigos peruanos del condominio. Benjamín Hassler atravesó el hall de los espejos y de pronto tropezó con un mediodía azul y transparente. No le costó esfuerzo distinguirlos por los gritos y las risitas que salían de las colchonetas al borde de la piscina. Mientras los saludaba se percató de que estaban hablando de visas y de residencias, de los verdaderos y de los falsos peruanos; fue así que empezó a contarles que a Sonia no le habían dado visa y por esa razón no conocía Estados Unidos.

—Debes comprender que como están las cosas en el Perú, Benjamín, lo menos que puedes pedirle al gobierno americano es que tome sus precauciones. El Perú está muy mal visto. Da una imagen desastrosa —comentaban las mujeres del Sea Ranch ubicadas alrededor de la piscina. Habían esperado a Benjamín y estaban ansiosas por tener noticias de Alfonso. Estaban en la hora grata de los aperitivos—. O somos terroristas o narcotraficantes... Solamente Colombia nos gana y no me voy a decir que Miami no está lleno de esta gente nueva.

—Nuevos empresarios, querrán decir —había interrumpido burlonamente Federico Pizarro—. La manera como invierten y se enriquecen ha cambiado Miami de raíz, se ha tirado su *downtown* de golpe y porrazo y ha traído tanto maleante como en Lima y Bogotá. El otro día le sacaron la mugre al pobre Francisco Noriega...

—Ésos fueron negros fumones. Lo que pasa es que a Pancho lo cuadra cualquiera. Pero cuéntenos Benjamín por qué no le dieron visa a... cómo se llamaba tu nuevo cherry... —intervino Eduardo Valdivieso, sin zeta, como se escribe ahora, y con ese como se escribía antes. El hecho de que haya futbolistas que se apelliden Valdiviezo, como Olaechea, no quiere decir que sean nuestros parientes.

—Si te oyen, te busca Sendero, viejo.

—¿A mí...? Al Sea Ranch no entran esos desgraciados. Yo del Sea Ranch no me muevo, porque me atropellan de lo viejo que estoy.

—A Sonia no la dejaron venir porque los gringos están sumamente cautelosos. Pero no creas que las únicas razones son por ser terrorista o narcotraficante. Las mujeres tienen otra traba: si son solteras y jóvenes y bonitas, no las dejan entrar. Y Sonia, ella se llama Sonia, Eduardo, es las tres cosas a la vez. Entonces recurrí a Benny. A los contactos de Benny con la embajada de los Estados Unidos y me contactó con un joven cónsul que iniciaba su carrera en Lima y tenía como misión descartar a la mayoría de las personas que se acercaban a su ventanilla, en Grimaldo del Solar, solicitando una visa. El cónsul le había contado a Benny que el promedio diario de personas solicitando visa era de seiscientas; imagínate al pobre gringo, que probablemente debería venir de Idaho, tener que lidiar en un lapso de seis minutos si se la daba o no.

Y Benjamín Hassler les empezó a contar que le había dado el nombre de Steve Woodman, un gringuito que estaba en sus primeros pininos, en Lima, por supuesto, más rígido y puritano que un dedicado alumno del Medio Oeste. Benjamín Hassler lo había llamado por teléfono a la misma embajada, porque aun teniendo el de su casa, prefería no interrumpirlo para hablar sobre cosas de trabajo: pedirle como favor que le diera una visa a una muchacha soltera, joven y bonita, un verdadero trabajo de excepcionalidad.

La lógica de mi padre reposaba en la siguiente premisa: este joven cónsul debe atender diariamente a unas doscientas personas, porque si los cónsules son tres y el promedio de personas que solicitan visa son seiscientas, este joven cónsul debe calcular que de las doscientas, por lo menos cien mienten y se desean quedar definitivamente en los Estados Unidos. Es cierto que Steve Woodman estaba seriamente preparado por las autoridades de su país para decidir, en un cerrar y abrir de

ojos, quién sí y quién no. Era prácticamente un curso acelerado de sociología, del cual, sin duda, pensaría que yo era su profesor principal. Una especie de profesor de San Marcos que le enseñaba por el modo de hablar, de pararse, de defenderse y justificarse, a qué clase social pertenecía esa persona; o si rumiaba la truculenta idea de afincarse en ese país sinónimo de progreso, bienestar y felicidad. Pero lo cierto es que Steve Woodman ya sabía mediante un curso acelerado si la persona iba o no a quedarse ilegalmente en los Estados Unidos.

—Yo le ahorro ese problema, señor —le había dicho mi padre—. Yo soy Benjamín Hassler y le doy mi palabra de honor de que esa señorita trabaja para mí, que va a acompañarme a los Estados Unidos: unos días en Miami y el resto en Fort Lauderdale, y después los dos regresamos al Perú. Se lo prometo. Es mi palabra la que está empeñada. Y si desea verlo de una manera práctica, le estoy ahorrando un problema, porque con ella no tendrá la menor duda y sí la certeza de que no va a quedarse.

—Los métodos son otros, señor. —Steve Woodman recurría a su *handbook*, a su *homework*, y le dijo que ése no era el procedimiento.

—Qué exagerado ese gringuito —interrumpió de pronto Eduardo Valdivieso—. ¡Si vieras la cantidad de auquéridos que llegan al aeropuerto de Miami! No sé cuál puede ser el criterio de estos gringos para dar las visas. Yo he visto a gente como uno a quien se la han negado, y a unos cholitos adefesieros, que sin preguntarles nada, se las otorgaron así nomás.

—¡El nuevo Perú! ¡El nuevo Miami! ¡Los nuevos negros y los nuevos pachucos! Todo es nuevo, ahora. Lo único viejo que va quedando somos nosotros. —Las palabras de Francisco Noriega sonaban como si golpearan un metal, y movía la lengua como si estuviera saboreando un dulce o una gran idea—. El Sea Ranch se pone viejo. En los tiempos del traidor de Velasco Alvarado, sí servíamos para algo: sacábamos los dólares, movíamos las cuentas en los bancos de acá, hacía-

mos de enlace. Ahora somos prescindibles. Los cholos se ayudan entre ellos y si nos descuidamos nos ayudan a nosotros también.

—El otro día, que regresaba de una visita relámpago a Lima, no puedes imaginarte lo que fue la cola de el American en Jorge Chávez. Un verdadero pandemónium. Una de controles... Una pelotera... —La cara de Tinina Bentín no alcanzaba a tener color, pero sentíamos que se ruborizaba de algo. Y continuó—: Me hacían una de preguntas: si yo misma había hecho mi maleta (y quién otra); si alguna persona había metido la mano en mis cosas (qué se habrá creído esa muchachita); si llevaba pistola (yo); si tenía dirección en los Estados Unidos, parientes, conocidos; que para qué venía (una serie de impertinencias, como si no supieran quién soy); un verdadero interrogatorio, una de cosas, una de gente, de colas interminables... para después llegar al aeropuerto de Miami y hacer otra cola, otra vez con esa misma gente que no sé de dónde habrá salido, serían los hijos del Velasco del que ustedes hablan, unas caras, unas cosas que eran como para dar miedo. En cambio, acá los de la aduana ya no te preguntan tanto, saben distinguir. La cosa terrible es allá, en tu propio país. No veía las horas de llegar al Sea Ranch, quitarme toda la ropa, darme un buen baño y ver esta televisión tan tonta para algunos, pero que a mí me encanta.

—Las cosas en el Perú han cambiado demasiado, porque ustedes ni recuerdan las épocas gloriosas de don Pedro Beltrán...

—Y Espantoso —interrumpió graciosamente Tinina Bentín a Francisco Noriega, que adquiría gravedad en su composición—. ¿Y a qué viene esta memoria esclerótica?

—Espantoso, correcto. Don Pedro Beltrán pertenecía a ese sector exportador agrario que le daba al país un rostro de riqueza, y no de pobreza como en estos días.

—¡Pero qué épocas!, ¡de qué cosas hablan...! Parecen unos viejos, y con este paisaje tan, pero tan sereno, una vez que el

Jorge Chávez quedó atrás *for ever* —musitó con una de sus sonrisas cachacientas Tinina Bentín.

—Hasta que llegaron los dolorosos momentos de la revolución de ese Velasco, del cual te ríes tanto, Tinina —dijo Federico Pizarro.

—Entonces no se la dieron —interrumpió de pronto nerviosa Tinina.

—¿A quién?

—La visa a la amiguita de Benjamín.

—Pero no interrumpas de ese modo, Tinina —le insinuó Francisco Noriega—, que Federico, de la casta de los Pizarro, acaba de agarrar viaje con este Velasco.

—¿En qué año murió don Pedro?, Federico...

—Mira, me acuerdo muy bien: murió un 17 de febrero de 1980.

—Hace diez años. ¡Qué horror! —exclamó Francisco Noriega—. En diez años el Perú ha seguido yéndose a la porra.

—Lo que no saben ustedes —intervino Eduardo Valdivieso— es que don Pedro Beltrán Espantoso murió en los Estados Unidos, como moriremos muchos de nosotros. Había escrito un libro titulado nada menos que *Realidad peruana*. ¡Qué les parece...! Tremenda tomadura de pelo que le jugó la famosa realidad peruana, que de realidad tiene poco, y de peruana, menos.

—No se la dieron. Y eso que yo le dije al joven cónsul que era mi asistente en la Academia, que yo respondía por Sonia —les explicaba Benjamín Hassler—. El gringo era demasiado gringuito, que es lo peor que puede pasarle a un gringo.

—Como si hubiera senderistas en Miami —exclamó Eduardo Valdivieso—. Los senderistas están en Europa donde los cobijan; en Suecia, en Francia, por allí andan, les gustan las cosas viejas. Imagínate a un senderista bañándose en la playa o haciendo ski. Sería un mate de risa.

—Acá están los narcos peruanos y colombianos, Eduardo, y eso sí debería preocuparnos. Esos negros que me asaltaron

son el producto de esos desgraciados, que les envenenan el cuerpo y el alma con una droga mal hecha. Los negros casi me matan por unos cuantos dólares.

—Y seguro agujereados —intervino risueño Eduardo Valdivieso.

—¡Calla cholo! Te estás comportando como un cholo al que le han dado permiso para echarle un vistazo al Sea Ranch. Y eso que ni siquiera conocías el Yacht Club.

—Con S... Con S... mi querido Francisco. Con S...

—La manera como escriben ahora es una verdadera confusión —había intervenido Tinina Bentín—. El Cuzco antes se escribía con Z. Ahora les ha dado por escribirlo con S. Dicen que así es menos español y más inca. Tienen un alcalde que le da por cambiarlo todo. Es un quisquilloso. Ahora está peleando para que el Cuzco se escriba no sé cómo, complicadísimo. Ahora entiendo por qué Valdivieso lo escriben con Z, Eduardo.

—Entonces Sonia... Sonia no ha podido venir. —Francisco Noriega le pedía con los ojos que les contara algo más acerca de esa misteriosa muchacha a la que le negaron la visa y que al parecer estaba buenísima. De repente se parecía a ese lomo que traía Benjamín Hassler hace ya un buen número de años: esa chola caderona que no decía ni pío cuando le rozaba el muslo y se le insinuaba. De pronto esta Sonia era una versión actualizada de la chola aquella de Benjamín, pero mucho más suelta, como van los tiempos. Con tal nomás de que no sea terruca—. Cuéntanos de Sonia. Una mujer a nuestra edad, Benjamín, es toda una suerte. Y nos dijiste que tiene menos de treinta años...

—La próxima vez que venga, le prometo que tiene visa y está aquí con nosotros. Lo más probable es que regrese por octubre, porque hay un torneo que me puede servir para el Sudamericano de Masters' de noviembre, en Mar del Plata. No olvides que en octubre cumpla setenta y cinco, y voy a estar como cañón en mi nueva categoría.

—O sea que estás en forma —lo coqueteaba Tinina Bentín—. Hombres así da gusto tener cerca. Te debes estar preparando.

—Todos los días. Ayer estuve entrenando en el Hall of Fame, una piscina espectacular, limpísima, agradable con este clima.

—Hace un calor espantoso —dijo Tinina Bentín—. Todos deberíamos acompañar a Benjamín en esos entrenamientos. No te imaginas lo que es este condominio con tanto peruano dentro: un verdadero bulín, si no te incomoda la palabra. Pero la pasamos regio. Cuando venía tu verdadera mujer, la que yo conozco, y la única que deseo conocer, se entretenía montones. Esto es un paraíso. Y felizmente no entran los terroristas de sende... como se llame eso, ni los narco... traficantes, ni esa gente del otro día en el aeropuerto. Porque lo que es yo, no piso Miami.

Benjamín Hassler entendió perfectamente el mensaje enviado como un torpedo por Tinina Bentín, una mujer casada numerosas veces, pero casada, y bien casada como le gustaba repetirlo a quien se lo preguntara, no como Benjamín, un defensor de los arrejuntamientos poco reglamentados. Tinina Bentín era muy delgada. De un lado, porque cuidaba su figura como nadie; de otro, porque era medio anoréxica, medio nerviosa, medio frívola y bastante inteligente. Su olfato era rapidísimo. Se daba cuenta de todo lo que ocurría dentro de ese mundo complejo y jerarquizado que era el Sea Ranch, donde el dinero era, sin lugar a dudas, un ingrediente básico, pero no el único. En el Sea Ranch convivían las fortunas de diferentes generaciones, ganadas de manera diferente, consumidas de diferente forma, y conseguidas, muchas veces, a través de matrimonios y alianzas que unían el terror a la soledad, el espanto a la calle, las depresiones profundas en la amplitud de la cama con contactos y vínculos familiares, porque también se casaban entre ellos, y así las continuidades funcionaban perfectas en el Sea Ranch, nieto legítimo de Ancón, como decía con su voz ronca y pasmada Francisco Noriega.

—Trae a Sonia cuando vengas —dijo roncamente Francisco Noriega—. Hay quienes queremos conocerla.

Y acto seguido, para desviar la atención y romper el hielo que había creado su intervención, Tinina Bentín le preguntó cómo había sido su entrenamiento de ayer en el Hall of Fame.

—¿Y dónde queda el Hall of Fame, Benjamín? —le había preguntado sosteniendo su mentón en uno de sus brazos, mirándolo fijamente, con cierta pasión perversa—. Yo nunca he ido por allí, porque con la piscina que tenemos acá basta y sobra. Y este mar es perfecto; una perfecta taza de agua.

—Queda por el Atlantic Boulevard, si quieres ir un día de éstos. Más o menos al fondo del Atlantic Boulevard. Cerca del hotel donde estoy.

—Y te hospedas en un hotel, no lo puedo creer —lo recriminó Tinina Bentín—. Eso es un verdadero desperdicio. ¿Cómo se llama tu hotel, Benjamín...?

—Es un hotelito. El Gold Coast.

—La Costa de Oro —rió Eduardo Valdivieso—. Qué nombre tan gracioso. Conocía la Costa de Marfil y la Costa Verde, esa que de verde no tiene nada, en Lima, pero el Gold Coast, ni de a oídas. ¿Quién te lo recomendó?

—Nadie, Eduardo, lo descubrí solo, dando vueltas. Buscaba un hotel con vista al mar.

—Pero acá tienes un hotel inmenso y todo tuyo —se le mandó Tinina Bentín—. Y da todito al mar.

—Él viene solamente donde Dick Wieland. A nosotros no nos da bola —dijo Eduardo Valdivieso—. Es un milagro que esté con nosotros ahora, porque seguro que está haciendo tiempo para darse una vuelta en lancha.

—Parece que no escarmientan, porque hace unos días, solamente unos días, estos dos personajes se vieron envueltos en un lío que dio la vuelta al Sea Ranch en 80 minutos —dijo Tinina Bentín. Y sacó de su rostro una sonrisa maravillosa, como diciéndole: si nos hubiésemos conocido de jóvenes, porque me debes llevar fácil unos veinte años: yo tengo mis cin-

cuenta y cinco bien puestos, como la Brigitte, pero sin animales, y la falta que me hacen. Una cincuentona con unas ganas de comerte increíbles, y estos manganzones no hacen otra cosa que mencionar a la tal Sonia que te debe estar sacando todos los morlacos que te quedan, sin que te des cuenta, a punta de polvazos—. El otro día me cuentan que se las vieron negras. E insisten en dar vueltas en este mar que de tranquilo no tiene nada, porque pareciera ser que los affaires ocurren en alta mar. Estoy segura de que la mujer de Dicky se hace la mosquita muerta, porque de tonta no tiene nada. —Lo miró de frente a Benjamín Hassler y aseveró con una sonrisa—: En el Sea Ranch lo pasamos de lo más bien. No sé por qué tienen que internarse en las profundidades marinas donde uno se vuelve a encontrar con todo el mundo.

Benjamín Hassler sonrió y dijo:

—Gajes del oficio, Tinina. Turbulencias del mar. Dicky dice que el mar es la vida. Cada vez que lo mira desde las ventanas de su apartamento, exclama: ¡como el poto de mi negra! Así de espumoso es.

—Es que Dicky es un grosero. Pero también es un encanto. Pocas veces se deja caer por acá. Pero cuéntame del Hall of Fame. Dices que quedaba por tu hotel... y no nos detengamos en su nombre, Eduardo, que escribo tu apellido con Z y no la cuentas. Al final del Atlantic Boulevard... allí estabas...

Benjamín Hassler empezó a contarles cómo le había ido el día anterior, que dedicó buena parte de la jornada a entrenar y a visitar el pequeño museo del Hall of Fame. Conversando con la señora encargada de esa intrascendente habitación, se enteró por boca de ella que su ídolo máximo, Johnny Weissmuller, había sido en el año 1961 administrador del Hall of Fame. No podía aceptar que su hermano menor, el Gordo, el antideportista, el intelectual, el filósofo, tuviera siempre la razón: los deportistas se comportan muchísimo mejor en la rutina de su entrenamiento que en la vida real. Y Johnny Weissmuller no era, por cierto, la excepción.

Lo primero que hizo fue ponerse la ropa de baño, encasquetarse su gorro, embadurnarse todo el cuerpo con esa crema que le daba un poco de humedad y colocarse los gajos por pura costumbre, ya que la piscina del Hall of Fame no usaba el tipo de cloro que irrita tanto los ojos. Luego fue que se dedicó a revisar ese museíto con los nombres más importantes de la natación mundial. La figura de Johnny Weissmuller resultaba imponente. Estaba en la entrada, casi en el centro de la sala principal, y solamente competía con la del hawaiano, Duke Kahanamoku, el héroe máximo de las olimpiadas previas a la rutilante aparición de Johnny Weissmuller.

Había leído que en la Olimpiada de 1924 el Duke perdía por primera vez, y en la de 1928 ya reinaba de manera absoluta Johnny Weissmuller. Si mal no recuerdo, obtuvo cinco medallas de oro, nunca perdió una carrera y batió sus propios récords 51 veces. Solamente después de cuatro años, en 1932, el japonés Miyasaki le batió su récord de 100 metros libre.

—No olvides, Benjamín —lo interrumpió lentamente Francisco Noriega—, que en la Olimpiada de 1928 el argentino Alberto Zorrilla, olvidado incluso por los propios argentinos, fue medalla de oro en los 400 metros libre.

—Claro: y Johnny Weissmuller puso en 1928, nada menos que 58 segundos. En el Perú, el primero en bajar el minuto fue Ismael Merino, recién en 1952.

—Y se puede preguntar, señores, qué hacen todos ustedes con estos conocimientos tan entretenidos... O debo pensar que almacenan conocimientos inútiles con el perverso propósito de aburrir a las señoras del Sea Ranch. Nunca he oído una conversación más ridícula. No me digas, Benjamín, que desees invitarme a conocer esa piscina con el fin de culturizarme de esa manera. ¿Ese Johnny Weissmuller es el mismo que hacía de Tarzán? —preguntó después de un silencio, coquetamente, Tinina Bentín—. Si es el mismo, ¡claro que lo conozco! Era muy bien parecido.

—Johnny hizo como doce películas interpretando Tarzán y

muchas interpretando a Jim de la Selva. Fue nuestro verdadero héroe. Un ídolo. —Francisco Noriega había empezado a interesarse por la conversación ya que sentía respeto por el secreto encanto de Tinina, y viéndola tan animada, se animaba él también—. Lo que pasó con Johnny es que no sabía comportarse fuera de la piscina.

—No me van a decir que los nadadores solamente saben comportarse en la piscina —gritó Tinina Bentín—. En ese caso, hacen bien en advertírmelo para ir a la cita provista de mi ropa de baño. Porque ustedes se llenan la boca con el tal Johnny Weissmuller y no dicen ni una sola palabra de Esther Williams. La Reina, con mayúsculas, con sus hermosas cataratas de trasfondo, en esos escenarios de ensueño que se construían en Hollywood, no como ahora en que todo se reduce a una violencia callejera insoportable.

Después de un breve silencio, Tinina le preguntó a Benjamín:

—O sea que a los deportistas también les puede ir mal en la vida. Debes cuidarte mucho, Benjamín, porque ahora te veo de lo más bien, pero no sabemos cómo te podrá ir mañana.

—La vida es como el clima, variado: puede empezar soleado y terminar lluvioso.

Evidentemente, Benjamín Hassler no pudo dejar de pensar en su hermano Alfonso apenas terminó de pronunciar aquella frase. El buen Gordo la estaba pasando pésimo en las finales, acompañado únicamente del recuerdo de sus dos seres queridos. Y así suele ser la vida: una infancia, una adolescencia y una juventud verdaderamente felices, de pronto quedan exterminadas por una vejez espantosa; quince años de Parkinson pueden, por ejemplo, relativizar todos aquellos años maravillosos en los cuales nuestra existencia transcurría radiante e inconsciente.

—Johnny Weissmuller terminó hasta las patas —dijo Benjamín Hassler—. Eso sí lo sabía, y no porque lo dijeran los textos del museíto del Hall of Fame, sino porque era vox po-

puli que el bueno de Johnny terminó totalmente loco, pesando cuarenta y cinco kilos, exactamente la mitad de su peso habitual. No olvidemos que era un toro, que era Tarzán, el mejor de todos los Tarzanes hollywoodenses, que llegó a pesar en sus mejores tiempos noventa kilos.

—Tampoco es el único nadador que fue actor. Recuerden sino a Buster Crabb, campeón si mal no recuerdo en la Olimpiada de 1932 de los 400 metros libre. Y no solamente hizo de Tarzán, sino de Buck Rogers y Flash Gordon. Lo que pasa es que Johnny Weissmuller fue pobre desde chico, criado solamente por su madre, cocinera en el club deportivo alemán de Chicago, un equivalente, supongo, al club alemán cerca del óvalo Higuereta, en Lima.

—Johnny Weissmuller —continuó Benjamín Hassler— murió, eso sí lo decía el museo, en enero de 1984, a los setenta y nueve años de edad. Tuvo cinco mujeres. La última se llamó María y debió haber sido mexicana porque los últimos años de su vida los pasó en Acapulco. No ha habido en la historia mejor nadador que él. Ni siquiera Mark Spitz o este Biondi, que brilló en las Olimpiadas de Seúl. La diferencia con todos ellos es que Johnny Weissmuller no sólo representó el papel de Tarzán, sino que se creía Tarzán.

—Acabó loco, entonces —intervino Tinina Bentín, un poco asustada—. Si no estaba enterada de que había sido nadador, tampoco supe que terminara loco. Veo que no se puede confiar en los nadadores, esos seres aparentemente ingenuos; perdón, Benjamín, pero los nadadores tienen fama de ser personas simples.

Y hasta el propio Eduardo Valdivieso se permitió hacerle una broma, ¡habráse visto!:

—Dicen que el cloro les lima el cerebro; una conversación de nadadores se reduce a cuánta agua tragaste, cuántos metros hiciste, saca el codo o mete bien la mano... ¡Ese pateo...!

—Por lo que me cuentan no es así la cosa. Ojalá que Benjamín no se crea Tarzán a estas alturas —musitó Tinina Bentín.

—¡Con esta musculatura...! Pierdo peso todos los días. Por más que engullo unos desayunos memorables no alcanzo a recuperar mi peso. Johnny murió esquelético. Estaba irreconocible. Dicen, quizá Francisco sabe de esto, que gritaba en su habitación del hospital como si fuera Tarzán. Daba unos alaridos espantosos. Retumbaba enloqueciendo a los pacientes de todo el piso, hasta que se veían en la obligación de embutirlo de calmantes, inyecciones y pastillas.

—No sólo eso —añadió Francisco Noriega—: cuentan que un pariente suyo grababa sus alaridos y después hizo una pequeña fortuna con ese grito que lo hizo famoso, el famoso grito de Tarzán...

—¿Y todas esas cosas espantosas son las que me querías mostrar en tu famoso Hall of Fame, Benjamín? No es justo que traten a una dama del Sea Ranch de un modo tan poco considerado.

XIII

En verdad, ese momento de tu vida es el que más se me enreda, cuando debería ser justo al contrario. De acuerdo a todas las versiones fue el momento de mayor esplendor, el mejor momento de la Academia, en todo caso, en un país a la altura de nuestros sueños. Una ciudad con los signos de pobreza lejos, bien lejos, dejándonos los mejores lugares. Y tú, por lo que me cuentas, estabas como cañón, fuertísimo, visitando los gimnasios, viajando, escapándote seguramente con esa mujer. Los maravillosos cincuenta años llevados perfectamente... Yo mismo me recuerdo todavía buscando mi independencia, tratando de zafarme de tus éxitos, porque así como hay padres tímidos y vergonzosos de su falta de triunfos, los hay demasiado notorios, demasiado musculosos y demasiado impositivos. Claro... ya ni te acuerdas de cómo eras. Ahora no vale, viéndote como te veo, demacrado, extinguiéndote, eso es: las personas acaban sus días consumidas, y a pesar de que comes como un rumiante, no asimilas. Pero durante esos años, en esos tiempos dorados, todo fue diferente.

Los días aparecían en el horizonte limpios como una sábana. La rutina exacta. Mi madre pasaba la lista de los alumnos y preparaba los bocaditos. Los profesores confiaban en el éxito de la temporada. Y mis amigos entrenaban para competir en torneos importantes. Los muchachitos de los tiempos primeros se habían ido: el «Chato» Roberto Buckley, Fernando Izaga, los hermanos Zarikey. Ahora los grandes entrenaban bajo

tus órdenes y te veíamos a pesar de que tú ya no me mirabas, ni siquiera de reojo. Prácticamente ya no era tu hijo, porque decidí no ser un nadador competitivo.

Fue un verdadero drama familiar el hecho de que tu único hijo desertara, ésa fue la palabra que empleaste, del deporte que nos había hecho famosos en este país. Yo no tenía la culpa, y en cierta medida sí la tenía, y tú te encargabas de llamarme la atención y recordarme todo el tiempo ese maldito momento en el cual mi vida cambió radicalmente, sacándome de la posibilidad de ser un Augusto Ferrero o un Ricardo Harten. Probablemente hubieras deseado ser padre de uno de esos muchachos atléticos, deportistas, de pensamientos simples, que ordenaban el tiempo de acuerdo a los entrenamientos desagregados en fuerza y velocidad. Dejaste de tener confianza en mí, de hablarme, de quererme, y no me digas que no te diste cuenta o que fueron actitudes inconscientes, porque yo sé muy bien que desde ese momento ya no me quisiste igual, ya no podías tener expectativas a través mío ni podrías realizarte viéndome quebrar récords.

—No le di mucha importancia —me dijo mi padre—. Ese día que te ahogaste, cuando no terminaste la carrera en el Lawn Tennis, no le di importancia porque eras un niño. Entiéndeme: un niño.

Era un niño... Era un niño, qué creías, claro que era un niño, que por razones que nunca sabré, no pudo terminar esa carrerita de 50 metros libre junto a otros niñitos de su misma edad. No, no me ahogué; me paré, me quedé a mitad de la segunda piscina totalmente desconcertado. Sé que reías porque era un niño y a los niños no hay que darles importancia para que no se traumen. Pero tampoco me cogiste de la mano ni me sacudiste la cabeza o me cubriste con la toalla cuando salí por un costado de la piscina, tratando de pasar desapercibido. Lo más desapercibido posible, porque todos miraban al otro extremo de la piscina, donde el vencedor era felicitado y el hijo de Benjamín Hassler, justo el hijo de Benjamín Hassler, te-

nía que pararse como un borrico a la mitad de la competencia.

—No le podía dar importancia. Debía restarle importancia, más bien.

—Eso fue justamente lo que no debiste hacer. Yo considero que a los hijos hay que darles seguridad, nada más. Ésa debería ser la única tarea de los padres: decirles, todo el tiempo, lo buenos que son.

—Y tú eras bueno.

—Si hasta le ganaba a ese Tony Bello, el primo de Johnny, que desapareció por obra de magia sin necesidad de haberse ahogado en una piscina. A ése se lo tragó la tierra. Pero a mí me veías siempre en relación a la piscina. Querías que fuera nadador, querías que emulara tus pasos y te superara y fuera a una olimpiada para sacarte el clavo. Te hubiera encantado que venciera a Don Schollander en Tokio.

—Mira, Benny, de eso hace mucho y creo que las cosas cuando no se conversan en su debido momento, pierden peso, contexto.

En ese momento, ahora empiezo a recordarlo, la luz brillaba muchísimo más, porque no existían los edificios de ahora alrededor del local de la piscina, y San Isidro era un barrio sin tráfico, repleto de jardines y avenidas discretas donde deambulaban unos ómnibus celeste con blanco, marca Mercedes Benz, cómodos y tranquilos. La Academia era un éxito total en todos los sentidos. La Academia de Natación de Benjamín Hassler, la única en su género, en el mejor barrio de la ciudad, se traducían en la seguridad de su rostro y le sacaba una sonrisa comprensiva, porque cuando a uno le va bien, comprende hasta las penas, las miserias y el dolor ajeno. Vestido de blanco, con tu gorrita de capitán, vigilabas a cierta distancia la mecánica del funcionamiento de la Academia, y te dabas tiempo para echarte una siesta, conversar con los nadadores en la repostería de casa y atenderlos hasta en los problemas de su vida privada. Yo sí te quería y respetaba, incluso cuando te mar-

chaste de casa con esa mujer. Más me molesté por mi mamá que por mí, porque yo sí te tenía en alta estima y consideración.

—Esas palabras parece que están de más, Benny. ¡Estima y consideración suenan a jerga de trabajo bancario! Dime que me querías, y me sentiré tranquilo.

—Te quería, es verdad, pero tú no me querías tanto, y te comprendo: debe ser horrible entrenar a los amigos de tu hijo, mientras éste se encierra en su cuarto para no pasar por la vergüenza de que le digan por qué te has retirado, si no eras malo, si todavía estás en edad... Pero yo me retiré como una consecuencia lógica de algo a lo que no sabré nunca ponerle un nombre: me retiré porque le tenía pánico a las piscinas, desde esa mañana en que me quedé parado a mitad de la competencia en el Lawn Tennis de la Exposición.

—No recuerdo haber pensado que podía haber sido tan grave. Me llama la atención que conversemos de esto, ahora, Benny. Será...

—He debido esperar que envejeczas para conversar sobre ciertos temas contigo, porque cuando tuviste cuarenta, cincuenta y hasta sesenta años, preferías a esa mujer que a tu único hijo. Ésa es la pura verdad. Optaste. Decidiste. Quizá ni yo ni mi madre éramos lo suficientemente entretenidos para conservarte, y menos si yo me había alejado de la piscina, si encontré en otros ambientes una atmósfera de cariño y comprensión. En verdad, hace años que no conversamos.

No le había conversado mucho, pero sí retenía, cuando nadaba de niño en la Academia, la manera como me daba maña para verlo a través del único ojo que sale del agua cuando uno mueve la cabeza para respirar en estilo libre. Lograba ver su pantalón blanco y sus zapatos blancos, sin medias. A veces caminaba al borde de la piscina y seguramente observaba nuestros movimientos con el propósito de corregirlos: el estilo perfecto de Benjamín Hassler, el gran estilo que hace que todo el mundo, esté donde esté, distinga el estilo aprendido en

la Academia de Natación de Benjamín Hassler. Yo lograba mirarlo cuando iba de ida, porque de regreso miraba hacia el otro extremo de la piscina, y lograba ver caminando, en shorts, al profesor Castro, con sus piernecitas delgadas y su barriguita incipiente. Pensaba gustoso que el director de la Academia fuera mi padre. Que fuera conocido. Que no tuviera que dar explicaciones en el colegio, porque con sólo decir Hassler, ya sabían que era hijo de Benjamín... el único inconveniente era que lo escribieran con una sola S o que me dijeran que en verdad Hassler llevaba una diéresis en la A, porque de otro modo debería escribirse Haesler, y esta vez sí con una sola S. Los inconvenientes de llevar un nombre alemán, que tenía la bacanería de no ser un García o un Sánchez o un Ramírez del montón.

Hablábamos muy poco. Él me decía que con su padre no habló nada, ni siquiera cuando hicieron ese famoso tour post-olimpiada de Berlín, y que de joven no podían hacer uso de la palabra durante la hora del almuerzo. Pero mi abuelo sí se quedó en su casa, y tú, en cambio, preferiste a esa mujer que a nosotros dos.

—No te juzgo, papá, como te dije la primera vez que tocamos el tema. No te juzgo. Tú y yo somos dos adultos que podemos conversar civilizadamente sobre este asunto, pero no me negarás que optaste por la otra persona. Eso es todo y eso sí que duele.

—La vida es la vida, Ben. No opto. La vida discurre por ese camino y no puedo evitarlo. Entre tu madre y yo no existe nada. Hace años que no existía absolutamente nada, y si tú has tenido la desgracia de ser el hijo de ese matrimonio, que ya no puede vivir bajo el mismo techo, es pura y absoluta mala suerte.

—No te juzgo. Detesto a los hijos que se vuelven fiscales de sus padres, sobre todo de sus madres. Mi madre ha sido demasiado convencional, nadie le ha conocido ni siquiera un amigo romántico que la saque al cine o la invite a comer a un buen

restaurante. Pero debes reconocer que los dos sentimientos que preferías a esa mujer.

—Esa mujer se llama Ruth, sé que lo sabes, entonces no veo el motivo para que obviés su nombre.

—¿Para qué me llamaste, papá? —le pregunto con el ánimo de saber si hay un motivo especial para esta reunión—. No sé para qué estoy acá, intento un tema y me lo cortas. Por lo menos déjame aprovechar el momento y decirte un par de cosas. De esas que guardo en el pecho como una piedra.

—Piedra... Creo que Dicky tiene razón. Algo te pasó...

—Y cómo no me va a pasar: de chico, justo tu hijo, se ahoga como un pobre huevas en la piscina y tú me dices que le reste importancia. Después, cuando ya no nado, cuando tengo unos diecisiete años, decido no competir más en nombre de la Academia. Por último, cuando tengo veinticinco años te vas de la casa y me dejas con mi madre hecha un atado de nervios. Felizmente que me decidí por la diplomacia y he logrado vivir mis buenos años fuera del país. ¡Y muy bien vividos! Independiente, a mi manera, cultivando la cabeza y no el cuerpo, sin ser un huevón. Y menos un cojudo. Y no soy rosquete: estoy casado y mi hijito, que lleva nuestro nombre, porque me matarías si le pongo una huevada como Christian o Marcelo o simplemente Juan: Juan Hassler, por ejemplo, jamás será nadador y será lo que le nazca del forro.

—El profesor Castro ya lo está esperando. Ni lo traigas que lo meten al agua.

—Y dices que no debo preocuparme, qué tal raza. Porque lo del Lawn Tennis no fue todo el asunto, y bien lo sabes. Como me ahogaba en estilo libre me pusiste a entrenar en espalda. Así no tendría problemas con la respiración, porque creo que nunca te lo dije: el problema era psicológico, pero se manifestaba físicamente; no tenía aire, simple y llanamente no tenía aire. Una sensación de ahogo invadía mi cuerpo, paralizaba las extremidades y decidí detenerme. Como un borrico, como un huevón, pero no me gristaste. Decidiste dedicarte a

los nadadores grandes, que los chicos ya tendrían su oportunidad. En ese estado competí en la piscina temperada del Estadio Nacional, húmeda como era, plagada de hongos. Logré llegar a la meta deteniéndome como en tres oportunidades. Al final ocupé el segundo lugar, después de Raymundo Morales. Yo me detuve varias veces y escuchaba los gritos de los de la Academia en aquella banca de arriba donde, inclinándose, miraban la competencia, requintándose por imbécil. Fue entonces que tú dijiste tu famosa frase, como único consuelo, que es casi tu lema de vida: «el segundo, pierde». Después leí en un artículo que el padre de Mark Spitz le había dicho de muchacho: «compiten ocho, gana uno».

—Creo que exageras, Benny. En todo caso, has podido vivir varios años con ese trauma sin que nadie se diera cuenta.

—Eso crees, papá. Eso crees. Nunca te conté que la vez que íbamos a competir al Callao, a la piscina que llevaba el nombre de ese amigo tuyo, Daniel Carpio, tuve que esconderme para que no pudieras obligarme a ir. De eso no te acuerdas. Me escondí bajo la cama de la empleada, en el cuarto del fondo, donde nunca podrían dar conmigo. Pero lo cierto es que yo no estaba en capacidad de estar con ustedes durante ese viaje, compartir las risas y la camaradería de los deportistas, hacer tiempo, calentar, hacer tiempo otra vez, esperar mi turno, esperar que llegara el momento de *mi* carrera, de *mi* serie, de *mi* momento, sin que se me aflojara el estómago y sufriera como un loco. De eso no te acuerdas...

—Ni idea, Benny. De saberlo te hubieras dedicado al aeromodelismo. O a la lectura, que ahora sé que te entretiene. Tanto te gusta la lectura que me recomiendas libros y los leo. Este último me parece oportuno y por lo que veo es una pequeña venganza.

—*Las vidas de Dubin*. Se llama *Las vidas de Dubin* y el autor es nada menos que Bernard Malamut.

—No me acuerdo de nada, Benny, eso lo sabes. Tengo setenta y cuatro años, no lo olvides, y cuando conversemos, no

busques que me moleste o me sienta mal. Estoy volviéndome viejo.

—Es ahora o nunca, como cantaba Elvis. Cuando eras joven, porque estabas en otro lugar, en otra hora y con otra persona, con Ruth, si deseas que pronuncie su nombre, con Ruthhhh Ostolazaaaa, con esa hembra, que según me contaste en una oportunidad era una buena mujer, tan buena que no te ha sacado nada, lo que tiene se lo diste tú, que no se aprovechó de ti, que su intención, porque hay mujeres intencionadas, no fue sacarte el dinero de tu bolsillo ni pasarla de lo más bien a costa de tu costilla, que la costilla era ella, en esa época no podía conversar contigo. Y ahora que estás viejo, tampoco, porque te has vuelto sensible o blando o viejo, y hay temas que prefieres no tratar. O sea que, de ese modo no podemos conversar nunca, porque si quieres que te cuente cómo me va en mi vida matrimonial o sexual y en la oficina, te diré que bien... *Good... Fairly good...* como las calificaciones que me ponían los profesores en el colegio, en el *prep-book*, ese de carátula roja donde Mister Caselaw o Mister Clark ponían, además de sus notas, sus apreciaciones personales: *fairly good*, Mister Hassler... *You can do it better; much better*. Supongo que tú y yo pudimos hacerlo mucho mejor. Visitar a Clara un poco más, porque ni tú ni yo la soportamos ahora que ha perdido el control de sus nervios. Está loca de atar. Cree que es tu esposa y lo es legalmente, pero es el hazmerreír de la gente que la quiere escuchar, y la gente que la quiere escuchar ahora es el verdulero, el boticario y la empleada doméstica. Ni el grupete de Madame Felix, que en paz descanse al lado de su hijo en Ica, como fue su deseo desde que puso un pie en el Perú, y no se moría nunca esa pobre mujer, la desea escuchar: ni Licia, su íntima amiga; ni Florencia, que es la más buena de este mundo.

—Debo decir que durante esos años yo abandoné mi familia. Y no sólo mi familia, sino que abandoné mi grupo social. Salir con Ruth Ostolaza significó dejar de salir con mi gente.

Ahora que me tocas el tema, debo confesar que por ella cambié mi círculo social.

—Y por otras personas, también.

—Frecuenté un grupo de intelectuales, los únicos capaces de comprender esa situación. Debo decirte que cambiar una mujer por otra, si esa mujer es tu esposa, significa cambiar de rutina, de amistades, de espacios. Sobre todo si ella no es aceptada por tu grupo social.

—¡Y cómo querías que la aceptaran...!

—Si has estudiado diplomacia, Benny, debes reconocer que el mundo no es solamente pasiones, sino también intereses. Y los intereses se negocian, se conversan. Los matrimonios son como los países; cuando tienen intereses encontrados, negocian o se enfrentan. Y tu madre no supo negociar bien su relación matrimonial, porque ella sabía lo de Ruth... conocía su existencia... Claro que lo sabía, pero sus amigas del té francés, esa huevada sin límite, cuando todas viajan a Miami, donde ahora se habla más castellano que inglés, le pusieron la idea en la oreja: que era una tonta, que qué me había creído yo. ¡No las conoceré!

—Por lo menos me da gusto que reconozcas que desapareciste.

Benjamín Hassler estaba en la obligación de recordar esos momentos en los cuales la vida fue generosa con él, porque de alguna manera fue capaz de resolver los problemas que él mismo generaba mediante la actitud calculadora que tuvo a través de su dinero; y no era que le sobrara, pero sí le alcanzaba para resolver las circunstancias de su situación: algunos viajes ligeros por el Caribe, unos viajezazos geniales por las Antillas, los Estados Unidos, con este lomazo que lo capturó con su cadera revoltosa y su par de piernas cubiertas casi de manera transparente con las medias color carne, esas que se ponía hasta en verano solamente para gratificarlo y darle gusto, porque a Benjamín, a mi Ben, ¡Ven pa'cá papito!, le producían una súbita erección con sólo verlas. ¡Mi Venni ven pa'ca...! ¡Venni papito a mi costadito!

Esta cholita, convertida luego en una señora chola, nunca llegó a ser la esposa chola del gringo despistado que pudo haber sido Benjamín Hassler, visto interesadamente por la parentela de la cholita que quedó encandilada con la posibilidad de que si este gringo vino hasta acá, Venni, Venní, hasta la plazuelita de San José en Jesús María, podía internarse aún más, hasta su cuarto, y por qué no, qué de malo tiene, cuáles principios son los que rigen la conducta de los hombres, Josefa o como se llamara esa tía metete y vieja e intencionada, ella sí que sí, porque la cholita podía convertirse en una potona nomás, en una potona que lo pone por unos centavos, y en cambio lo tenemos a este maceta parado en la sala y que se quede o que se la lleve, pero que no se la levante ni se la tire o la tire en la calle como un saco de papas con su potazo al aire.

Todo ese período me fue totalmente desconocido y, por supuesto, a mi madre, que por más informantes que buscara, no lograba seguirle los pasos entre esos amigos raros, entre esos barrios por Maranga, hasta que la ubicó en la Dos de Mayo, en pleno San Isidro. Desde ese momento fue que Clara Hamann sospechó de las intenciones de Ruth Ostolaza. Quería robarle su sitio. Esa mujer anhelaba convertirse en la Señora Hassler, y eso no se lo iba a permitir nunca.

Su estrategia consistió en dejarla sola y abandonada, castigando a cualquier persona que se le acercara, que osara hablarle, que la buscara o recibiera su visita. Si le era difícil llegar hasta la guarida del enemigo, mi madre impediría que el enemigo llegara hasta sus territorios; y sus territorios estaban muy bien demarcados: eran estas calles, estas familias, estos restaurantes, estos cinemas, estos té y lonches y estos hombres. Ruth Ostolaza estaría en cuarentena y Benjamín Hassler debería aislarse con ella junto a esos maricones que conversan entre hombres o en esas noches de piano bar: (ex nadador, súper ex nadador, ahora convertido en el hombre de la noche y la bohemia y el alcohol, tú que jamás habías ingerido licor, amaneciéndote con esos amigos marginales que la reciben para

sacarme pica, nada más, solamente para estropearme el plan fríamente calculado de mantenerla a raya, alejada de sus intenciones). Ruth Ostolaza nunca llegaría a su meta y Benjamín vería pasar sus mejores años encerrado en ese mundillo de jaranistas y profesores de no sé qué universidades de segunda clase.

A Clara Hamann llegaron a contarle que Benjamín se la había llevado a la tal Ruth Ostolaza a dar una vuelta por Europa, como una manera de tranquilizar su ánimo y conciencia, porque llegó a enterarse de que Ruth Ostolaza, la muy lisa, pero qué se habría creído la muy tonta, concibió un hijo, y Benjamín se vio en la necesidad de tener que convencerla de que abortara.

El muy desgraciado la convenció, con no sé qué argumentos, de que era mejor para los dos que abortara. De eso se enteró mi madre. Mi mamá tenía muy buenos informantes, y no cejó hasta recibir una confirmación de ese rumor, de ese chisme que empezó en el barrio de San Miguel y llegó nada menos que a San Isidro, a su departamento que le había puesto Benjamín por Alfredo Salazar, ni muy cerca ni muy lejos del Golf. La muy bribona quería atraparlo con la idea del hijo. Y el desgraciado sin alma, sin sentimientos, el egoísta por naturaleza, como todos los Hassler, la obligó a abortar. Ése era un rumor que debía confirmarlo por todos los medios, hasta pagando a un detectivito de la PIP. Pero no necesitó de detectives. Bastaba con llamar a uno de los médicos amigos buscando un poco de información para que le confirmaran el dato: la mujer de Benjamín Hassler estaba encinta. Estaba... Estuvo... No sé... No han vuelto, Clara. Si me entero de algo te llamo.

Benjamín Hassler estaba acostumbrado a pensar fríamente, calculadamente, allí donde lo ven, tan deportista y tan natural y tan bueno, resultaba ser como aquellas personas que asoman sin corazón. Porque el corazón, me dijo, estorba a veces. El corazón obnubila. No deja que el pensamiento corra

por sí mismo, sino que se involucra con una serie de prejuicios y taras, que no dejan pensar en frío. Y debíamos pensar en frío.

—Qué es pensar en frío —tuve que decirle—. A veces siento que no nos conocemos o que no hemos buscado los momentos claves para conocernos.

—En frío quiere decir pensar correctamente. Hacer lo que se tiene que hacer. Todas las personas, en el fondo, saben lo que tienen que hacer, pero frecuentemente no lo pueden hacer por tomar en consideración una serie de aspectos que dan vueltas y confunden y enredan el simple hecho que motiva pensar en frío.

Me miró a los ojos y no fue capaz de sonreír. Tampoco entendía bien cómo llegaba a este punto de la conversación, ni por qué me había llamado; quizá para decirme que pensaba viajar a Fort Lauderdale uno de estos días. Pero lo cierto es que estaba a punto de contarme uno de los secretos mejor guardados de su vida, y que yo imaginaba a partir de las sospechas y averiguaciones de mi madre. Pensé que iba a visitar también a mi tío Alfonso, que acababa de quedar viudo.

—Fríamente... poner todos los puntos en consideración relacionados directamente con el asunto que nos compete. Eso es pensar en aras de tomar una decisión. Quizá cuando uno tiene treinta o cuarenta o hasta cincuenta años le sale mejor que cuando ya alcanzó los sesenta o los setenta. Ahora que tengo los malditos setenta y cuatro años no me creo capaz de pensar fríamente; uno de viejo llora más, llora como por gusto, llora por cualquier cosa. Tengo unos amigos viejos como yo que lloran con los dibujos animados. Son unos viejos totalmente acojados.

—Pero me imagino que tuviste que convencerla —le dije.

—A quién...

—A Ruth Ostolaza. Estamos hablando de ella, ¿no es cierto? Estamos hablando del aborto de Ruth Ostolaza. Del hijo que iba a tener de ti y que hubiera sido, de no haber inte-

rrumpido el proceso natural —acentué esa palabra y hasta la repetí—: natural, hubiera sido mi hermano. Mi medio hermano menor. Mi hermanito medio. ¡Cómo chucha hubiera sido esa huevada! —Lamenté mi mal humor y le pedí disculpas—: Perdón, viejo, creo que me he extralimitado. Perdón.

—No se qué puedes haber aprendido en esa escuela de diplomáticos, pero lo que sí es cierto es que no sabes nada de la vida. No tienes capacidad negociadora, no buscas los consensos, no sabes perdonar.

—Te pido perdón —repetí—. Perdón, papá. Pero no puedes negar que me altera la idea de saber que hubieras podido tener un hijo con Ruth Ostolaza.

—De eso hace ya mucho tiempo, Benny, y no veo razón alguna de remover los conchos. Esa pobre mujer está viva, está vieja, está muy adolorida y tiene un terrible sentimiento de culpa. Le debemos respeto.

—Ya no tengo nada contra ella, papá. En verdad, nunca lo tuve. Pero debes reconocer que destruyó un hogar, que separó una familia, que dejó a mi mamá en un estado de nervios y que yo dejé de verte. Casi no te vi desde que dejaste la casa. A ella sí la respeto como persona. En todo caso, me da igual. Si vive o está muerta... Yo también tengo derecho de pensar fríamente.

—Pensar fríamente no significa pensar como un hijo de puta o como un desgraciado. Yo solamente hice lo que se debía hacer. Los dos no estábamos para tener un hijo. Los dos no estábamos para casarnos. Éramos una relación. Un compromiso. No éramos, y yo no lo deseaba ser, un matrimonio. Yo me había separado, había dejado mi casa, había roto sentimentalmente con Clara y ese hijo no debía venir al mundo.

—Pero iba a venir por ti y a través de ti. Tú lo trajiste. Ese hermano mío iba a existir, crecer y quizá morir, gracias exclusivamente a ese momento único que fue el polvo que le metiste a Ruth Ostolaza. Eso es todo. A eso se reduce el famoso Big-Bang de nuestras vidas: a un momento de total in-

consciencia. —Tenía que continuar. Exactamente no sabía de dónde procedía mi lógica, mi manera de pensar, de razonar, de hilvanar las ideas y los argumentos, pero lo tenía cogido. Era importante continuar. Y le dije—: Hacerla abortar era corregir un error. El aborto es entendido como la capacidad humana, consciente y racional, de corregir ese error producido en la total inconsciencia. En ese sentido nos sentimos como Dios, creadores, como los artistas, pero en el camino inverso: destruimos, no creamos. Solamente aquellas personas que piensan que están en condición de corregir los errores, sus propios errores, cometen un aborto.

—¿Y por qué piensas que el aborto es la corrección de un error...?

—Porque visto de otra manera, como pienso yo, el aborto es un error. Que ese acto inconsciente, ese polvo abortivo y ciego, es lo correcto; responde naturalmente al acto mismo de la humanidad, y el aborto es una decisión fría, posterior, allí sí fría, que lo borra de un plumazo, lo saca de esta vida porque es tu decisión, solamente tuya, y de nadie más. Pero tú crees que pensar fríamente se reduce al momento de tomar la decisión, al instante del aborto mismo, del acto que corrige un error. Falso. Falso, papá. Porque la vida fluye y continúa, la vida no es solamente el momento presente, es también su pasado, la suma de su pasado, todo su pasado, y la manera como vuelve, como regresa, como impacta en nosotros.

—Es una manera de pensar. Yo pienso que en cada momento uno está obligado a tomar una decisión. A reaccionar. A responder. En ese momento, solamente en ese momento. Y después, todo el después, si quieres, es otro asunto. Pensar fríamente quiere decir que las cosas no tienen por qué articularse.

—Perdón, papá, pero creo que eres un conchudo. Y creo, de eso estoy convencido, que a una pareja, porque eso eran, espero, una pareja, a una pareja como ustedes dos que viven con un aborto de por medio, debe producirles un terrible resentimiento. Algo se debe enfriar, allí sí. No sé cuándo habrá

sido, pero estoy seguro de que a partir de ese momento, no todo fue igual. Un aborto marca, aunque lo hagas fríamente. Ruth Ostolaza, para que veas que me acuerdo de su nombre, no puede quererte de la misma manera como lo hizo antes; imposible, papá, imposible, porque esa decisión, esa fría decisión, le mostraba una faceta de tu personalidad que ella desconocía. Ella nunca amó esa cara de tu personalidad, y estoy seguro de que hubiera dado todo el oro del mundo por no conocerla jamás.

—Quizá tengas razón. Quizá... Pero de eso ya hace muchos años.

—Pero cuéntame; cuéntame cómo fue tu vida sin nosotros. Yo te puedo contar acerca de las histerias de Clara Hamann, porque yo fui quien se las sopló.

—Hace como treinta años. Hace treinta años, Benny. Estamos hablando de un asunto que pasó hace treinta años. Era por los años sesenta, unos años antes de la Olimpiada de Tokio, de eso sí me acuerdo. Yo tendría unos cuarenta y cuatro años y la pobre Ruth unos treinta y cuatro, porque siempre le llevé diez.

—Eso para demostrarte que la vida que vivimos es una y no un conjunto de episodios dispersos. Esa vida en Lima, con la Academia, con tus nadadores, con Clara, conmigo, con Ruth Ostolaza son parte de ti; explican, en alguna medida, al viejo solitario que ahora eres, con esta Academia sin el bullicio ni el resplandor de antaño... y esa muchacha que te visita cuando tú lo deseas, porque estoy seguro de que la manejas, la manipulas y la tienes a tu disposición, ha surgido para llenar ciertos vacíos, aunque sea mediante el dinero, porque todo cuesta, nada es gratis, papá, eso lo sabes bien: nada es gratis.

—En eso te pareces a Dicky Wieland. Los dos se han vuelto a la vejez viruelas, unos materialistas desconfiados. Todo es plata para ustedes. Ya no creen...

—Ya no pues —le dije—. No nos engañemos por gusto. En la vejez se compra todo, como tú dices: la vejez misma es

la demostración de que la vida es un mercado, porque nada, exclusivamente nada que no sea dinero, le sirve a un viejo. Solamente con una enorme billetera ese viejo hijo de la guayaba es una persona. Como escribe Baudelaire, para que te culturices con tu Benny, cuando se refiere a las viejitas: «y pensar que en algún momento fueron mujeres». ¡Cuéntame! Dice mi madre que la sacaste a tomar aire a Europa. Que le pagaste un tour para que se le pasara el mal humor. Y sobre todo la mala conciencia. Una mujer de clase media como ella es siempre una persona religiosa. Así dice mi madre. La pobrecita tuvo que soplarle Europa en todos los idiomas, y sin conocer ninguno, porque ni a España la llevaste. ¿Es cierto?

Mi padre no podía olvidar ese viaje que hizo a Europa, cruzando el charco, el inmenso océano Atlántico en uno de esos vuelos de lujo de Air France, allá por los años sesenta, en los cuales sentías que flotabas suspendido entre la partida y la llegada, sin tiempo definido, como para que ella se fuera preparando. Tenía que ablandarla. Jugar con sus ideas y con sus sentimientos, que en su caso iban juntos. Ruth Ostolaza era incapaz de separar cabeza de corazón. Por supuesto que su relación no era como aquella que repetían los criollos machistas, «de cabeza a culo», que no pueden jamás sentarse a conversar. Ruth Ostolaza temblaba y lo escuchaba, lo seguía con la mirada y el mundo dejaba de serle familiar.

Esta vez no se trataba de los viajecillos de lujo y descanso, de aventura y sexo en los cálidos mares de las Antillas. A Benjamín Hassler le encantaba andar con sus mocasines blancos y sin medias, con sus pantalones largos y blancos y su camisa roja, porque no le gustaban ni el short ni la sandalia, pero sí sentir el calor en ese atuendo fresco, de lino, ropa ligera. Esta vez la cosa era en Europa; en la vieja y triste y sería Europa. Los amigos de los «matrimonios informales» les tenían unos celos brutales, pero ignoraban el verdadero motivo de ese viaje de ensueño, de hadas, Ruth, eres una suertuda de lo peor. Ignoraban que temblaba todas las noches porque ya es-

taba convencida de que no podría convencer a Benjamín Hassler.

Isaías Mujica les llegó a proporcionar un plano con los mejores museos y restaurantes de cada una de las ciudades que deberían visitar. El cineasta y el psicólogo se mordían las uñas de las ganas de acompañarlos, muy conscientes de que Benjamín Hassler estaba haciendo un gasto por gusto yendo con Ruth Ostolaza, pues ella era pura sensiblería y mal gusto, para colmo. Pero era buena, buenísima, un pan de Dios; por ese mismo motivo, tonta, zonza, incapaz de distinguir una obra de arte de un mamarracho.

Ruth Ostolaza aceptó hacer ese viaje que empezaría por Francia, para calentar motores con unas visitas a esa ciudad que no necesitas ser muy entendido para darte cuenta de que es hermosa, pasear sus calles, frecuentar los *bistrots*, y como a Benjamín Hassler no le decía mucho, partirían rápido a Londres, donde la someterían a la operación. Ése era el nombre... Ésa era la palabra... La operación trueno, como la película, como la serie de James Bond que empezaba con el *Dr. No* y que a él le había encantado, y a ella, en cambio, le pareció aburrida, salvo las escenas jamaquinas que le recordaban los viajes a las Antillas.

Iba a ser en Londres. Ruth Ostolaza no tenía ni la menor idea de cómo sería esa ciudad, de la cual no tenía referencias. Con las justas la reconocía como una isla, porque en el fondo, no había razón para que Londres habitara en su corazón. Y tampoco en el de Benjamín Hassler: su Europa se reducía a Berlín y a aquellas ciudades pequeñas donde fue feliz e infeliz al mismo tiempo; es decir, feliz. Allí irían después de la operación en lugar de la clásica vueltita tradicional por Italia, España y Francia; Ruth Ostolaza conocería algunos de los lugares donde Benjamín estudió y compitió antes de conocerla en la Casa Welsch.

No sería humano de mi parte preguntarle cómo encontró Londres o cómo fue todo ese proceso previo a la operación

que yo podría denominar, si quisiera joderlo, «manos sucias». Mi padre tiene sus convicciones, y estoy seguro de que ésta es una de ellas. Era, y sigue siendo en gran medida, muy cuidadoso de su propia vida, de su vida privada. Por nada del mundo deja que otras personas metan sus narices en su *vi-da*, como le encanta acentuar. Ruth Ostolaza formaba parte de una rutina articulada a sus intereses. Ya no estaba con nosotros, pero tampoco estaba con ella. Mi padre considera a Clara Hamann una idiota; la quiere a su manera, es decir, la protege, la solventa, pero no la estima. Para mi madre, Benjamín Hassler y Ruth Ostolaza son un par de imbéciles, por distintas razones, pero lo son. Y yo soy el gran tarado de la familia, que no aprovechó para nada el prestigio de mi padre y dejó pasar la gran oportunidad de ser un deportista, un gran campeón y un verdadero heredero de ese emporio en que se ha convertido el *sport bussiness*, y optó, en cambio, por la mariconada de los diplomáticos que les encanta leer e incluso la música clásica. No parece hijo tuyo, Ben, como le repite cada vez que se encuentra con él, Dicky Wieland.

Londres se redujo al hospital especializado, como en estos casos de operaciones, probablemente un pequeño hospital muy práctico, tan práctico que no estuvo ni un día y tuvo que salir a las horas casi por la puerta falsa, para dar sitio a otras pacientes. Ella fue, sin embargo, la única que estuvo acompañada. Las otras mujeres iban solas, sin un hombre o sin *su* hombre. Ésos deberían ser unos rosquetes, que las llenaban y luego las dejaban a su antojo en esas clínicas donde ingresaban como conejas embarazadas y salían como leonas flacas, infladas y cabizbajas. Ruth Ostolaza salió como un trapo. Miraba a todos lados con la idea de encontrar rápido a Benjamín que la esperaba en la salita del costado. Salió a su encuentro. Salí... En verdad, fui... La esperaba... La miré, la recogí, la sostuve, la cogí del brazo y salimos por esa puerta porque la cuenta ya estaba cancelada desde el principio, nadie nos despidió, nadie estaba en esa obligación, aquí no se había venido por una en-

fermedad o para hacer amigos. No, señora. No, señor. Estaban acá de paso, transitoriamente, para botar la pepa. Expulsar ese feto. Y punto. Un taxi nos esperaba en la puerta rodeada de taxis. Ingresó con dificultad y nos dirigimos al hotel. Allí permanecimos como cuatro días. Los dos primeros Ruth Ostolaza no comió ni habló. Solamente lloró. Solamente musitó. Solamente quería estar sola. Yo me iba a dar unas vueltas por el parque Saint James, al que le agarré cariño porque no era muy amplio, recibía siempre algún tipo de sol, conservaba unas lagunas con patos y las personas caminaban o sentadas leían algún diario y preferían estar calladas. En una oportunidad me fui hasta el Regent's Park, bastante lejos, y descubrí un zoológico. Era un parque maravilloso, salvaje, libre, desordenado, donde los pequeños cafés se solían ocultar bajo el follaje. Una persona me documentó diciéndome que John Nash trazó los planos del parque. Si asumo que esa persona sabía lo que me estaba diciendo, el parque tenía sus buenos años, pues John Nash había muerto en 1835.

Pensé empujar a Benjamín Hassler hacia el barranco, insinuándole que ninguna mujer en su sano juicio pensaría fríamente en abortar. La idea de abortar viene del hombre, de *su* hombre. Ruth Ostolaza, en todo caso, más allá de la coartada de quedarse con él en los momentos en que podría desinteresarse de ella, lo hubiera tenido de todos modos. El problema no era económico. No era la plata, ese vil metal. No se trataba de unos pobres migrantes que verían morir a su niño en el frío helado de Nueva York o en la humedad tuberculosa de Lima. No, señor: Benjamín Hassler tenía plata, contactos, una verdadera posición. El problema era otro, entonces. Nada de irresponsable, en cada puerto un polvito, no era un reguero de polvos, sembrando hijos por donde pisara su caballo. Benjamín Hassler no era un mujeriego ni un promiscuo. El hecho de tener más de una mujer durante su vida no equivale a ser un chuchanboy, un hombre que se tira una cana por acá y otra por allá. Ruth Ostolaza era su pareja desde hacía muchos

años, y lo siguió siendo, hasta convertirse en la viejita beata que es ahora, encogida y encorvada, musitando tonterías. Pero fue su mujer. Su relación. Su compromiso.

Podría preguntarle, ahora que lo veo desprotegido, respirando desde la ventana de su apartamento los ecos de la piscina vacía, por qué lo hizo. Por qué no lo quiso tener. Por qué carajo no dejó tener un hijo suyo a Ruth Ostolaza.

—Por qué —le pregunté—. Por qué, papá...

—Por qué qué...

—Nada. Sigue. Sigue contándome de ese viaje a Europa que hiciste con Ruth Ostolaza cuando todavía no te habías ido de la casa. No creas que las cosas no se saben, papá. Mi madre conocía muy bien que te habías marchado a Europa, y no te creyó ninguna de las razones y las excusas que le diste... Es cierto que no quería ver... Que sospechaba algo... Tus andanzas... Resumía tu vida fuera de casa con esa expresión: qué será de sus andanzas...

Londres no había sido nada del otro mundo, me dijo. Hasta le pareció sucio. El palacio de Buckingham era insignificante; bueno, los parques, los parques le habían gustado. La tropa montada en sus briosos caballos blancos alrededor del palacio donde residía la familia real, le importaba un verdadero rábano. El viaje, me dijo, empezó y terminó prácticamente en Alemania, donde respiraba su aire, hablaba su idioma y con los años, Benny, uno descubre mejor sus raíces. Recordó, visitó, algunas partes habían cambiado radicalmente después de la guerra, ciertas plazas, ciertos hoteles, ciertos restaurantes y cines no existían más. Y había un muro que separaba la ciudad; un muro en el medio, que no dejaba que los del este se pasaran al oeste y viceversa, aunque unos querían escapar y otros sólo iban de visita.

Yo quería ir de visita para reencontrarme con mi vieja amiga Aimée Torre Brons, a quien no veía desde mi estancia como estudiante en Berlín. Prácticamente no había tenido noticias de ella. La vez que estuve con Clara, en ese viaje a Europa

de casados, tuve noticias de ella y no pude verla. En cambio sí supe que Ethel jamás tuvo el hijo con el cual me chantajeó y me puso de cara a una realidad de responsabilidades que no fui capaz de asumir. En verdad, Ethel me utilizó en todos los sentidos y yo solamente en uno: recuperé mi confianza sexual, alcancé a reconocer el placer, y la nefasta experiencia en el 20 de Setiembre la logré manejar de la mejor manera posible. No puedo entender cómo existen hombres que solamente tiran con putas. Yo soy todo lo contrario.

Berlín Occidental se diferenciaba de Berlín Oriental sobre todo por la iluminación de sus calles. Ahora que las acaban de unir ésa es la única diferencia, pero en esos años la luz significaba progreso, alegría, movimiento; las sombras, en cambio, hostilidad, desconfianza. Ruth misma tenía miedo cuando logramos pasar el muro en esa búsqueda loca de Aimée Torre Brons, que vivía nada menos que en Karl Marx Strasse 233, llena de orgullo de repente, porque ella, pudiendo salir, se quedó en ese lado de la ciudad. Ciertamente tenía posibilidades de cruzar el muro, pero lo hacía muy pocas veces según pude enterarme.

Hacia ese Berlín pasaba primero un gentío impresionante de turcos, toda aquella mano de obra a la cual tuvo que recurrir Alemania para lograr su reconstrucción. En estos veinte años habían logrado cambiarle su faz, pero las heridas estaban a disposición de un buen observador. El muro no era muy alto, pero mantenía una altivez y una sobriedad pétrea. La entrada, esa entrada, era casi la de una estación de metro resguardada por varias metralletas ubicadas en lo alto y bajo de la estación. En el lado oeste se aglutinaban sobre todo los turcos que trabajaban en Berlín Occidental e iban por el día al otro lado de la ciudad a comprar sexo con sólo unos centavos o cigarrillos o medias para las mujeres. Esos rostros cetrinos y adornados de unos poblados bigotes negros, cejas negras y cabello negro y ensortijado, miraban ya con lujuria, y miraban a Ruth confundiéndola con una mujer turca o marroquí o tunecina o lo que hayan creído. La miraban, pero no la tocaban.

En cambio sí tocaban a las alemanas que caminaban cerca de ellos pensando que podrían ser las alemanas del otro lado, confundiéndolas y arriesgándose. A quien tocaron, le metieron la mano y casi se la levantan en vilo, fue a una europea que confundieron con una alemana pobre y muerta de hambre del sector oriental de la ciudad, que tuvo que correr hacia nosotros (yo era el único que estaba acompañado por una mujer) y buscar refugio en mi pinta de alemán a rasgos generales, pero que se asustó cuando descubrió mi acento y terminamos hablando en inglés para calmarla.

Ruth quería regresar al Berlín iluminado, pero creo conveniente contarte el resto de la historia, ya que eres un diplomático peruano (y no alemán) y estos asuntos deberían concernirte, me imagino. Lo vagones, unos seis u ocho vagones, ingresaron al otro lado de la ciudad repletos de turcos. Una vez que descendimos del tren, los turcos empezaban la caza despiadada de las alemanas blancas, hijas legítimas de la guerra, flacuchentas, pálidas, ojerosas, tristes, todo lo que te han contado desde la parte iluminada de la ciudad; unas veces eran ellas quienes los perseguían y se les ofrecían por unos cachivaches; otras veces eran ellos los que iniciaban la pesquisa, entrando a los bares, buscando un rato a unas hembras sueltas o negociando una posterior relación. Ese mismo día regresaban al Berlín iluminado y ese mismo día se preparaban para emprender el viaje de regreso y cosechar al día siguiente lo que ya habían sembrado. Y así volvían lo más pronto posible al Berlín oscuro, y rápidamente, sin dilaciones, capturaban a su presa.

Nosotros nos dimos cuenta de este asunto oscuro por naturaleza y contenido y nos apartamos en dirección de Karl Marx Strasse, buscando el número 233. No sabíamos si encontraríamos a Aimée Torre Brons, pero nos divertiría la aventura de encontrar la calle, demostrarle a Ruth que mi alemán no era del todo malo y toparnos por allí con algún lugar casero donde comernos una buena salchicha alemana. Tardamos en lo-

grar nuestro propósito. Pero, por fin, llegamos. Aimée Torre Brons no estaba o nadie contestaba a su puerta. Bajamos los tres pisos de su edificio y volvimos a recibir ese aire fresco que ya se ponía frío. Ruth empezó a entristecer. En el fondo, Europa la entristecía y sin que me lo dijera estaba seguro de que lo único que deseaba era regresar al Perú. No podíamos ir al cine o al teatro porque todo era en alemán. Los parques, que son bellísimos, estaban atravesados por un viento casi invernal. Nuestro paseo por los parques cercanos al Reichstag tuvimos que cancelarlo por el frío. Yo recordaba muy bien ese extraordinario edificio quemado por los nazis durante su ascenso al poder y atacado, hasta creo que recuerdo la fecha, en mayo de 1945 por la artillería soviética. Recuerdo a mi padre escuchando por la radio de su escritorio, allá en la Arenales, la caída de la capital de la Alemania Nazi. Fue exactamente un 8 de mayo de 1945, le explicaba a Ruth para atraer su atención, después de una guerra que costó la vida a 55 millones de personas en todo el mundo. Ruth me miró, como suplicándome que cambiara de tema. Los muertos la tenían espantada. Hacía frío. Prefería no ir a visitar ese edificio... Benjamín... por favor. Es que fue la locura, Ruth. Un día, cuando bombardeaban Berlín, declararon la pena de muerte por el simple hecho de gastar energía para cocinar. Goebbels llenaba la boca de la gente con 500 gramos de carne, 250 gramos de arroz, 100 gramos de café de trigo y con 30 gramos de café verdadero. Pero de qué servía todo eso, Ruth, si no se podía cocinar. Pero la verdadera locura fue que los nazis actuaban como si fueran a vivir mil años más. Niños de diez años eran iniciados en la Juventud de Hitler, cuando los rusos ya estaban en Pankow y los ingleses en Potsdam.

Y la vez que me animé a ir al Estadio Olímpico, la obligué a caminar por la amplia calzada de su entrada principal, por sus hermosos jardines aledaños, por la pista atlética alrededor del terreno de fútbol. La convencí de dar toda la vuelta hasta llegar a la enorme torre del reloj, donde hacía casi treinta años

estuve conversando una mañana entera con mi amigo mexicano Enrique Martínez. Por fin, en medio de su silencio, la llevé a la piscina olímpica. Tuvimos que pagar una entrada general, convencer a la guardiana de que llevábamos ropa de baño, era requisito para entrar, y allí le mostré esa alberca ahora utilizada por los berlineses como distracción.

No entré en detalles, porque Ruth no mostraba demasiado interés. Hubiera tenido que entrar en detalles como la ubicación de los andariveles, la importancia de las series, la distancia de los 400 metros (cuatro piscinas de cien metros u ocho piscinas de cincuenta metros) que no entendería porque la vi mirando hacia el cielo que empezaba a amenazarnos con unas nubes negras, preámbulo de unas muy probables lluvias. La imagen de mi padre, en cambio, se me vino de golpe a la cabeza. De pronto a él sí que lo vi con su atuendo de banquero: su terno, su chaleco, su sombrero, sus polainas y su bastón. Así fue él a verme nadar esa tarde de agosto en que salí segundo. Pero no pude controlarme y le conté lo maravillosamente bella que fue la Villa Olímpica, la inversión que hizo el tercer Reich en la Olimpiada del '36: 30 millones de dólares, una impresionante inversión, con la cual se construyó este estadio, la piscina y seis gimnasios. No olvides, Ruth, que en la olimpiada anterior, en la de 1932, los alemanes solamente habían obtenido cuatro miserables medallas. Ah... y en la Olimpiada de 1936 se utilizó por primera vez el télex. Y ése fue el último gusto sádico que me di en ese medio día que se ponía bruscamente feo y frío: ver la placa de los ganadores, en una de las columnas cercanas del Estadio Olímpico. Y hasta allí fui con una Ruth a regañadientes, medio encolerizada y bastante desganada, a leer en una placa color bronce enmohecido los nombres de los ganadores de cada una de las distancias y disciplinas. Por supuesto que estaba el nombre de Jess Owens. Y por supuesto que estaba el nombre de Jack Medica: ganador en los 400 y 1 500 metros estilo libre. El tiempo no había podido borrar esos nombres; sólo los había ensuciado.

—Eres un egoísta —me dijo Ruth—. No has hecho otra cosa que pensar en ti. Hace rato que me muero de frío, no hemos comido la salchicha que me ofreciste y ya van a ser las tres de la tarde.

—Creí que te interesaba saber un poco más de mí en estos momentos en que podemos pisar la tierra del Estadio Olímpico. Casi como si estuviéramos en Olimpia, esa ciudadela de ruinas dispersas alrededor de un museo central.

—Benjamín: de eso hace treinta años. En cambio, hace dos semanas que me hicieron esa operación.

Lo habíamos llamado así: la operación... y cada vez la mencionábamos menos. Con los años la mencionaríamos menos aun y con el largo correr de los años estaría prohibido mencionar la palabra operación. No fue un pacto, pero a buen entendedor pocas palabras. Ruth me miraba. Quería acentuar las sílabas: la o-pe-ra-ción, Benjamín. Me duele todo el cuerpo, pero sobre todo las ingles, las piernas, el vientre. Siento un vacío terrible. Me duele la cabeza, el corazón, la boca del estómago. La cara está caliente y afuera hace frío. Benjamín, entiéndeme un momento; entiéndeme por un instante, por un instante no seas hombre y piensa que tu mujer está a tu lado, que la han sometido a una operación y que está muerta de hambre aunque no me provoque comer una salchicha, una salchicha, por Dios, eso es lo último que me metería a la boca en estas circunstancias.

—¿Que te provocaría hacer ahora, Ruth? El taxi nos va a dejar en el hotel, pero podríamos salir esta noche.

—No me siento bien. Si quieres llama a uno de tus amigos que hiciste en Berlín durante tu época de estudiante, y me dejas en el hotel. No te preocupes por mí. La televisión me entretiene aunque no la entienda.

—Pero este viaje es para relajarnos, para olvidar, para desterrar todo mal pensamiento, Ruth. Ése es su propósito. Podemos regresar a París. París es más divertido que Berlín. Debo reconocer que los estragos de la guerra todavía se sienten.

La gente no tiene ganas de conversar. Mira: no hemos podido encontrar ni siquiera a Aimée Torre Brons. En la portería me dijeron que sí vive allí, pero que a veces se ausenta. No vive siempre en ese sitio. La he perdido. Antes, eso hubiera resultado imposible.

—Ya nada es como antes, Benjamín. Para mí ya nada podrá ser igual. —Me miró con unos ojos irreconocibles, y me di cuenta de que le costaba mover los labios—. A mí tampoco me provoca conversar. A veces me parece que no vale la pena. Siento que cada uno tiene su propio mundo, y que nadie lo va a sacar de allí. Eso lo constaté cuando estuvimos en la piscina. La piscina es el único lugar donde te veo bien...

—Pero hace años que no nado, Ruth. La última vez fue cuando tenía treinta y dos años. En 1947... Claro, fue en Buenos Aires...

—No volvamos al tema. Me dejas en el hotel y estoy tranquila. ¿Por qué no llamas a ese arquitecto alemán tan amigo tuyo durante tus años de estudiante? Se llamaba Mijail, un nombre ruso...

—¿Y cómo te acordaste de Mijail Polenski? ¡Hace años que no lo menciono!

—Soy una buena oyente, Benjamín. En cambio a esa Aimée Torres nunca la habías mencionado.

—Torre, Ruth. Torre Brons. Una buena amiga de los buenos tiempos de Berlín, que ya pasaron, por si no te has dado cuenta. Mijail Polenski... Claro, podría ser una buena idea. Los estudiantes peruanos ya se regresaron todos. Me encantaría caminar con Jorge Basadre por los mismos sitios, por ejemplo, escuchando sus comentarios sobre la posguerra y la reconstrucción. Qué piensa de Adenauer, cosas así; de Charles de Gaulle; de Nikita Kruschov; de John Kennedy, si viviera... Te hubiera encantado.

—Me encantan las personas que no hablan solamente de ellas mismas. Y si él sabe tanto... mejor.

La miré y comprendí que el viaje no lograba ser el antído-

to perfecto de la operación, pero cumplía, de eso estaba convencido, su cometido: ablandar su corazón y evitar que se endurezca. Un viaje siempre es un viaje; aunque estemos en Berlín, Ruth tiene que ver la diferencia sustancial que existe con Lima. Por más guerra que haya habido, Berlín es Berlín, carajo. Y sobre todo la diferencia global con Jesús María. Las iglesias góticas de acá son las de veras: la de Colonia, y no esas tortas rococó como la de la plazuela San José, entre la Cuba y la Garzón, arañando la Brasil. Y si Ruth no se da cuenta, es una verdadera ignorante. Ya le pasará. Y si no le pasa, pues que el tiempo lo decida. Voy a terminar pensando como Isaías Mujica: qué desperdicio viajar a Europa con esa mujer incapaz de distinguir entre una obra de arte y un mamarracho.

XIV

Mi madre no pudo imponer una sonrisa entre los gestos de su rostro. Prácticamente no la conocía, y en verdad nunca la vi reír. Con los años encontré que predominaba el gris austero de unos rasgos rígidos, que alargaban la nariz y el mentón. Ciertamente, los años le impusieron las arrugas con total naturalidad, y a ella no le incomodaba recibirlas en esa piel que de joven, las fotografías así lo demuestran, era fina como un mantel de Bruselas.

A los quince años —y ese tema es el único que no repite en su maniática obsesión— perdió a su madre y tuvo que hacerse cargo de sus cuatro hermanos varones. Benjamín Hassler consideró siempre que ese dato era clave para entender su personalidad, pues en una sociedad donde ser rubia ya era una virtud, y provenir de una etnia nórdica era más que suficiente, aunque no se tuviera respaldo económico, esos dos valores supremos en una sociedad mestiza no lograron que ella tuviera una personalidad frívola. Todo lo contrario: era empeñosa, disciplinada, y con los años, durante la época de la Academia, por ejemplo, su facha fue la de una alemanzota hecha para el esfuerzo de sacar adelante el proyecto. Nadie sabe para quién trabaja... pero cuando se enteró de las andanzas de mi padre con Ruth Ostolaza, perdió los nervios, simplemente se volvió histérica, y no solamente por celos, sino porque no entendía las veleidades de la vanidad ni el regocijo egocéntrico de su marido, siempre su marido, aunque ya no durmiera ni tirara

con él. ¡Como si eso importara!; como si una tuviera una intensa vida sexual cuando está convencionalmente casada.

La casita, en una esquina algo cerca de la plaza Washington, acercaba a los Hamann y a los Hassler con un espíritu de vanguardia, pues ambas familias se ubicaban en las zonas de frontera urbana, donde la ciudad casi no llegaba y los extramuros se confundían con las áreas rurales. A diferencia de los Hassler, que habían comprado esa casa en la Arenales, inmensa, llena de empleados, con jardín y patio trasero, la casa de los Hamann era alquilada. La Arenales se configuraba como una avenida hacia el sur de la ciudad acomodando a una incipiente clase media sin lugar en el centro.

Su madre fue recordada como una mujer sensible y frágil, que murió de un cáncer generalizado cuando contaba con no más de treinta y cinco años. Fue algo fulminante. Y a Clara la dejó sin sonreír y con unos gestos que se fueron agudizando con los años, hasta dejarla como la veo ahora, cuando debo verla de visita un ratito, ya que casi no reconoce a nadie en su obsesión maniática contra Ruth Ostolaza.

Desde ese día no dejé de pensar en él. Algunos dirán, como tú, que me educaron exclusivamente como mujer; otros, por supuesto, no dejan de pensar que soy una egoísta, que vivo obsesionada en mi orgullo de mujer, ahora sí, y no logro zafarme y despejar mi cabeza con otros hombres; y no faltan quienes consideran que soy una calculadora, una mujer con ideas y metas y fines y que nadie me saca de mi objetivo... Para todos los gustos hay, porque así como yo me he despachado a medio Lima, medio Lima habla de mí, pero se está cansando, porque dicen que la Lima de la que hablo ya no existe, que sólo está en mi cabeza, que si no fuera porque Benjamín Hassler me mantiene para chismear por los salones de la Lima que queda, tendría que sacar mis narices a esta buena porquería que es la Lima de estos años: guerras que no entiendo, terrorismo, capturas, secuestros, si supieras a quién han secuestrado ahora, Clara: al español Onrubia, el cuñado de Ro-

mero, para que entiendas de quién estamos hablando, hasta llegar a unos apellidos horribles, que ni en pintura he visto.

Cuando me habla de la plaza Washington logra captar mi atención, porque, si así lo consideran, privilegio una perspectiva histórica de las cosas. Quizá sea mi deformación profesional, el ensayo de la diplomacia, la necesidad de buscarle un contexto a los sucesos. Le hago preguntas y miro sus ojos azules, metidos en ese rostro plagado de arrugas, y atisbo unos labios pequeños, una lengua muy pequeña que se relame y como si tomase fuerzas empieza contando que la plaza Washington era un lugar sumamente tranquilo, que sólo existía para ellos, porque durante sus años de adolescencia la avenida Leguía era una lengua hacia el sur, un lampo abriendo trocha y arrimando las haciendas suburbanas hacia ambos costados. Al medio de la plaza estuvo siempre esa extraña construcción de casi mármol y un poco de cemento, como un semicírculo donde las mujeres se sentaban a cuchichear y los varoncitos a jugar a que mataban algunos insectos. Las palmeras como que estuvieron desde siempre, aunque la plaza existió a la par que ellos. Los Hamann y los Hassler pioneros, los alemanes locos que no le temen a nada, que se internan en las selvas tropicales de Oxapampa o van a vivir con los nativos con el propósito de mejorar esa raza degradada por los mosquitos, el alcohol y la soledad.

Los Hamann y los Hassler eran de la misma estirpe, pero en lugar de extraviarse por Oxapampa, forzaron a extender la ciudad, a ampliar sus fronteras junto a esa plaza que por ironías del destino tomó el nombre de George Washington, como tenía que ser Clarita, como la avenida Wilson, que te saca del centro, y como la callecita paralela que también hace honor a George Washington. O como dice la placa de la estatua: «La Nación a Jorge Washington. Lima, 1924».

A diferencia de los muchachos que jugaban a pelearse todo el santo día en la plaza Washington, Clara y sus amigas leían con avidez los rumores que circulaban en el mundo del espec-

táculo. Era una forma de ser señoritas y lograr que esos despatarrados muchachos alzarán la vista por una sola vez en el día, pero nada. Clara Hamann, ni sus amigas Licia o Florencia, lograban interesar a esos locos. Ya por 1932, cuando los muchachos fueron creciendo y sí las miraban y alguno de ellos lograba escaparse con alguna de ellas a lugares secretos, todas querían ser como Greta Garbo, la más peligrosa de todas las mujeres de Hollywood. Algunas veces preferían a Gloria Swanson, otras veces a Janet Gaynor; las más osadas, como Rosita, pretendían ser como la francesita que cautivó Hollywood, Lily Damita, y las más tímidas deseaban parecerse a Clara Bow, que pasó de encarnar «eso» a un sanatorio, lugar donde estuvo hasta 1951, las cinco fieras del celuloide, las cinco vampiresas, las más bellas entre las bellas, pero todas les quedaban grandes, por supuesto, a estos muchachitos sucios de la plaza Washington.

Todas le decían a Clara que se parecía muchísimo a Norma Shearer, la verdadera reina de las vampiresas modernas, que dejó de un año para otro de ser la joven tímida que solía aparecer en la pantalla, allá, por 1928 en *Su secretaria*, por ejemplo. O a Virginia Bruce o a Jean Harlow o a Tala Birell, todas ellas rubias y suaves, poseedoras de una breve melena ordenada que se dejaba caer sin aspavientos. Pero Clara no se lo creía. Eran demasiado bellas y sobre todo demasiado suaves. Sus rostros eran sosegados, como si nunca les hubiera pasado nada ni les fuera a pasar, como si nunca estas mujeres de fantasía fueran a envejecer. No; no es verdad, no es verdad, y ellas que sí, sobre todo Rosita, una encantadora mujercita pequeña y rellenita y lista a descubrir los misterios y placeres del cuerpo.

Pero Clara sí tenía en mente el parecido que ella misma le estableció a Benjamín Hassler con Clark Gable. No le cabía la menor duda. Clark Gable era ya el nuevo ídolo, a pesar de no poseer la presencia y el atractivo de Valentino. Según Clara, tenía el atractivo de los hombres bien hombres, como Edmund

Lowe o como George Bancroft. No era feo. Definitivamente no era feo. Le encantaba. Y le encantaba que Benjamín Hassler se le pareciera cada vez más, mientras más lo miraba de cerca, crecer y convertirse en el joven apuesto que ya era, cada vez más fuerte, más perfecto, más deportista y más simpático. Ambos tenían una estupenda dentadura. Y ambos tenían eso que se llama «empaque». Benjamín Hassler no era ya el esmirriado jovenzuelo a quien Dicky Wieland protegía. Ahora era el campeón nacional de natación estilo libre, y estaba por hacer un viaje demasiado precoz, según su madre, a Alemania. A los dos, y eso le encantaba a Clara, al reír se les hacía un hoyuelo a ambos lados de la boca. Pero Benjamín Hassler, medio crespito, no podía peinarse al estilo de esos jóvenes conquistadores de los salones mundanos, cuya vista enloquece a las muchachas de todas las edades y categorías, como dice el chismoso de Lorenzo Martínez cuando escribe de Clark Gable. Clara había visto todas sus películas: *Painted desert* y *The easiest way* al lado de la famosa Constance Bennett. Leyó que tuvo una juventud loca y aventurera. Que era el hijo de un contratista de perforaciones de pozos de petróleo en el estado de Ohio y que, al verlo montando a caballo, una escritora dijo: «tiene tal gallardía y sabe conservar de tal modo su apariencia personal que por primera vez puede decirse al verle pasar: ¡qué hermoso caballero!, ¡y no qué hermoso caballo!»

Clara Hamann estuvo feliz, muy feliz, cuando logró que Benjamín Hassler la invitara al cine Metro a ver la primera película en la cual Clark Gable hizo de galán: *Susan Lenox*, y nada menos que al lado de Greta Garbo. La «insigne sueca», como ya la llamaba su hermano Alfonso, me cautivó desde la primera vez que la vi, y también la vi con Ramón Novarro en *Mata Hari*. Después volví a regresar al cine Metro con Benjamín a ver nada menos que *Amor en venta*. Esta vez era con Joan Crawford y decidí que, después de la función, tenía que hacer el amor con este hombre que se había vuelto una bestia de fuerte, pero que era educadísimo conmigo.

Rosita ya se había iniciado, y Benjamín me encantaba. Yo quería ser Joan Crawford en aquella noche, que al ver pasar el lujoso tren especial por la humilde estación de su pueblo, se preguntó por qué ella no podía disfrutar también del esplendor de la riqueza. Todas mis amigas tenían establecido a quién se parecían: Carmen Sosa estaba idéntica a Rose Hobart, con su bonito traje de amazona color canela claro; con las botas, la corbata y la cinta en el sombrero color café. Coco Velarde estaba exacta a Carole Lombard. Y yo estaba decidida a ser Joan Crawford esa misma noche, después de la función. No podía entender, y no estaba dispuesta a entender, cómo era que Gloria Swanson estaba en su cuarto matrimonio. Acababa de obtener su divorcio del marqués Henri de la Falaise y se acababa de casar de nuevo con Michael Farmer, para borrar toda duda sobre la legalidad de su primer casamiento secreto en Nueva York cuando todavía no estaba legalmente divorciada del marqués. Y el marqués, de puro picón, se había ido con Constance Bennett, nada menos... Y Helen Costello, la hermana de Dolores, daba los primeros pasos para divorciarse de Lowell Sherman. Y Clara Hamann pensó: yo nunca me divorciaré de Benjamín. ¡Nunca! Si me caso será por una sola vez. Y me casaré con Benjamín, y esta noche, esta misma noche, entraremos a su casa. No; mejor el domingo. El domingo es mucho mejor. Dejaremos que su padre salga con su esposa y con Herman y Alfonso y nosotros argumentaremos que preferimos descansar. Subiremos a su cuarto y allí lo haremos. Yo nunca voy a divorciarme. Los sirvientes son nuestros cómplices. Les encanta vernos juntos; nosotros somos su cinema, la pantalla donde sueñan sus sueños.

Ella se sentía Joan Crawford —fulgurante estrella de la MGM— y Benjamín también podría ser Douglas Fairbanks Jr. Había visto todas sus películas: *Our blushing brides*, *Dance, fools, dance*, *The modern age*, *The miracle*, pero ella no se creyó por nada del mundo la farsa que montó la MGM sobre su romance, y cómo una vez casados el amor moría entre ellos

dos. No: ¡el amor nunca muere!, nunca, ni siquiera desfallece, como solía burlarse Alfonso de los sentimientos femeninos: desfallecer, Clara, desmayarse... porque el público se había cansado de verlos juntos en todas partes. A la gente, pensarían los de la MGM, le repugna pensar que esa estupenda e inquietante rubia que es Joan Crawford, destine los mejores años de su vida a la prosaica vida doméstica; a hacerle tejidos para alfombrillas. El público quiere que sea la muchacha tentadora, ágil, pizpireta, frívola que fue antes de encontrar AL GRAN AMOR DE SU VIDA: a Doug Jr.

Entonces, leía con avidez Clara Hamann, entre todo el ruido de sus cuatro hermanos, durante los prolongados viajes de su padre por las sierras del país, sus agentes de publicidad suspendieron sus fotografías a dúo. Buscaban un enfriamiento a propósito. Y entonces Clara Hamann se arremolinaba mejor en uno de los sofás de la sala de estar, dentro de la quintita, y leyó que hubo dos versiones: ésa, la del fingimiento, o la que ya no: que el amor entre los dos había concluido. Pero eso no se lo creía Clara Hamann, porque ella, desde que fue niña, pensó que el amor verdadero nunca muere. Como el de papito por mi mamita, que ya está en el cielo, pero él la sigue queriendo mucho, muchísimo, y todas las noches, antes de dormirnos, rezamos por su eterno amor. No le podía creer al chismoso de Sánchez Escobar. Le encantaban las fotografías en que estaban juntos en el jardín de su casa en Beverly Hills.

Siento, hijo, que la mejor etapa de mi vida se me escabulló de las manos sin que me diera cuenta. En un abrir y cerrar de ojos me encontré persiguiéndolo en esos años horribles cuando trabajaba en el sótano de ese Banco Alemán, tan antipático, y en el Hipotecario. Ya ni sé cuántos años fueron esos de estrechez y humillación. Pero me sobrepuse. Los mejores años duraron poquísimo; solamente aquellos antes de su partida, porque después tuve que mantenerlo a mi lado a través de la correspondencia epistolar. Hubiera preferido mantenerlo así,

porque cuando regresó estaba cambiado, y durante los largos años de matrimonio no hice otra cosa que perseguirlo, y buscar en los bolsillos de su saco qué cosa podría encontrar. Y encontré, ¡ni te creas que no! Ésos son los años en que alejé a todas mis amigas que tuvieran algo que ver con Benjamín y, por supuesto, con Ruth Ostolaza.

La que pagó el pato fue la Negra Carrizales, nuestra tía viejita y ahora con un Parkinson terrible, que la hace temblar de arriba abajo. Mi madre la ha castigado de por vida. No la visita desde la noche ésa en que Benjamín la invitó para entregarle unos recuerditos de su hermano Alfonso, que de puro nostálgico, de puro engreído y de puro huevón, le mandó a través de Benjamín instándolo, a su vez, a que la invitara a salir a un buen restaurante. Y el imbécil de Benjamín salió con Ruth Ostolaza, se fueron al Carlín, en Miraflores, por la Benavides, y fue allí que la pescaron. Desde ese día Clara Hamann le ha echado la cruz.

Antes, si yo mismo lo recuerdo, iba a visitarla y le convidaba los cakes que ella misma preparaba; los chifones de naranja, los dulcecitos, los postres, y la Negra Carrizales se ponía feliz de la vida. Hasta a ella la ha castigado. Pero eso yo no se lo perdono, porque se le ha prendido a la más pobre, a la que tiene menos recursos, menos vínculos de familia. Pobre Negra Carrizales, no entiende nada de nada, y todavía pregunta por Clara, pregunta por su cake, pregunta por qué no viene como antes a visitarla. Yo tampoco la visito. Me da pena y asco. Tanta vejez me fatiga y entre todos nosotros hemos contratado a una buena mujer, que se la pasa viendo televisión con ella en la salita de los bajos. Esta señora de compañía, se llame como se llame, ni sabe quién es Clara Hamann cuando la tía pregunta por ella. Jamón, le dijo una vez; pero qué es lo que quiere, señora Negra, qué es lo que busca. Jamón, jamonada, Hamann; ay, que no la llevo a entender señora Negrita.

Buena parte de sus ingresos los gastaba Benjamín Hassler en sus dos mujeres, porque, como acostumbraba repetir mi

padre en sus buenos tiempos, siempre tuvo dos mujeres... a veces una... A mi madre le puso sus dos buenos departamentos: uno para vivir y otro para alquilar. Ella todavía vive en ese lujoso edificio de Alfredo Salazar, en San Isidro, ni muy cerca —que te quemes— ni muy lejos —que te enfríes— del Golf. La distancia exacta. Y Clara Hamann está feliz de la vida, no se cambia por nadie del mundo. Habla a su regalado gusto, hasta con el servicio doméstico, pero, en el fondo, es la enciclopedia mejor informada de la alta sociedad limeña. ¡El Libro de Oro! ¡No se le escapa una...! Ahora sus amigas la obligan a caminar un rato por esos parquecitos escondidos que hay por la zona, llegamos a veces hasta Miguel Dasso donde la llevan a tomar un helado y a mirar gente; si ya no le puede hablar, por lo menos la mira. A veces la razón de todo un día radica en la posibilidad de salir y comerse un helado. Así son las expectativas en la vida, se reducen con los años y se concentran en una sola actividad, sobre todo cuando esa actividad es tangible, cuando verdaderamente existe.

Pero la Negra Carrizales está mucho peor, porque la Negra Carrizales no tiene hijos ni un marido como tú que le pase una mesada, una remesa de billetes que la tenga económicamente digna, como exclama esta ciudad que se desbarajusta toda, pero que se mantiene altiva, como las letras de sus valses. La Negra Carrizales se come textualmente las uñas. La señora de compañía se come toda su pensión y nosotros la ayudamos con un dinerito para el diario. El Parkinson no es caro, felizmente. Una o dos veces al año hace su control en la clínica San Felipe y después toma su pastilla, eso sí, religiosamente, dos al día, y cuando tiembla, tres. A la pobre no la visita nadie porque ya no tiene nada que decir. Con las justas mueve los labios y te mira directo a los ojos con una intensidad que solamente llama a la piedad, a la profunda comprensión de que esta vida se prolonga con el exclusivo fin de hacernos sufrir y cumplir una condena que no llegamos a entender.

Clara Hamann era una mujer de empuje. Todavía soy ca-

paz de recordarla como una esposa dedicada a su marido y a su trabajo, intensamente febril en sus incesantes movimientos. Cuando aceptó que su marido le era profundamente infiel, que siempre le había sido infiel, tuvo que tomar una decisión y salir del dilema en el cual anduvo como en una cuerda floja: hacerse la boba o dejarlo, obligándolo a que se marchara de la casa. Y es que la conducta de la tal Ruth Ostolaza ya se estaba excediendo, se pasaba de la raya y empezaba a amenazar su territorio. Eso no lo podía permitir. Por esa razón, además, es que mi madre no le hizo mucha oposición a Sonia Valverde y, más bien, la convirtió en su aliada contra Ruth Ostolaza, en la mujer que encarnaría su castigo. Eso: castigaría, como víctima que era, a Ruth Ostolaza, utilizando a la amable chinita.

Me llegaron a contar, y verdaderamente no lo podía creer, que esta sinvergüenza, porque otro nombre no puede tener, se tomó a pecho eso de los «matrimonios informales». Imagínate que se reunían una vez a la semana, todos los sábados, y festejaban a lo grande los cumpleaños de cada uno o el 28 de Julio y el Año Nuevo o las Navidades también, pero un día antes... Cuando me lo contaron casi me caigo de espaldas, pero me sobrepuse. Me intrigó saber cómo se comportaría esta mujer de medio pelo y llena de ambiciones y petulancias, y me la imagino azucarada cogida del brazo de Benjamín. Pobre diabla, debe ser una cojuda si le creyó a Benjamín el cuento de que se casaría con ella. Pero, sea como haya sido, a mí, debo aceptarlo, sí que me fregó. A mí me malogró la vida. Me rompió el matrimonio, me quitó a mi marido y me dejó sola en este mundo. Vaya que si le tengo cólera; odio a esa mujer que ahora debe tener exactamente sus sesenta y cuatro años, y a los sesenta y cuatro años una no es amante de nadie. Es una vieja como yo o como tú. Como todas nosotras. Y Benjamín, el egoísta de Benjamín, la cambió sencillamente por otra, así de fácil, por una muchachita que le ha hecho lo mismo que ella me hizo a mí, y eso me da una tremenda alegría.

Que sienta en carne propia lo que es perder a su hombre,

aunque el de ella no haya sido legítimo ni bendecido por el cura ni por la ley. Que sienta... yo ya sentí lo mío y ahora no puedo dejar de gozar con la situación que esta mocosita ha logrado hacer por mí. No la conozco ni me interesa, pero lo cierto es que me parece fabuloso imaginármela abandonada en su departamento, en pleno San Isidro, en la Dos de Mayo, que se fue al abismo de lo comercial y sucia que está, pensando sabe Dios en quién. Vieja y sola como yo.

Yo nunca le he deseado mal a nadie, ésa es la pura verdad, ni al mismo Benjamín, pero a esa mujer sí que me gustaría que se las vea negras y sufra por lo que nos hizo. Dios siempre castiga. No es posible que una persona se salga con la suya. Debe haber un castigo, y si los hombres no son capaces de llevarlo a la práctica, para eso existe el castigo divino. Ruth Ostolaza está viejísima, porque esas cholas son fuertes, pero se engordan todas, se ablandan, y sus cuerpos antes agarrados a dos buenas piernas, se convierten con el tiempo en unas bolas sostenidas por unas piernas llenas de várices. He tratado de sonsacarle algo a Benjamín, y no me cuenta nada. Pero sé, y mis servicios de información se han encargado de corroborarlo, que le ha dado por ir diario a misa de once en San Felipe. Esa iglesia es altísima y fría, y me imagino que se siente tan mal, que busca consuelo en esas bancas vacías a esa hora de la mañana.

La única maldad que hice en mi vida fue inventar una mentira contra Maruja Montenegro, pero de eso hace muchísimos años, tantos, que imagino que son muy pocas las personas que la recuerdan. Y pensar que pesó tanto en mi vida, que logró sacarme de mis casillas, que despertó en mí unos celos tan desgarradores que lo único que me quedó hacer fue inventar una gran mentira y sacarla de circulación.

No necesité buscarla personalmente, pero me las ingenié para que uno de los jefecitos que deambulaban por el Banco Hipotecario la sorprendiera en el hall y la llamara a un costado. Su carita debe haberse puesto colorada o pálida, sabe

Dios, pero debe de haber temblado todita. Ese jefecito tenía el poder suficiente para asustarla y el escaso para que no llegara a otras esferas. Esos jefecitos están siempre dispuestos a todo por el solo placer de asustar a las empleadas bonitas que no pueden seducir, y a Maruja Montenegro la deseaban todos los jefecitos de los cuatro pisos del edificio. La cosa era asustarla, nada más. Asustarla, insinuando una amenaza. Insinuando que si no hacía caso la podría raptar y forzar. Podría hasta forzarla en el baño, porque llana y sencillamente había perdido piso.

—Mujercita —le dijo, jalándola a un lado, ocultos por una de las robustas columnas del hall de la entrada del Banco Hipotecario—, ya todos están enterados que te has portado mal, muy mal, y que no has sabido corresponder a la confianza de tus padres. Las salidas con ese muchacho Benjamín Hassler... se han convertido en una... verdadera comidilla entre nosotros...

Por supuesto que Maruja Montenegro se molestó, y lo obligó a que la soltara del brazo, y casi pone el grito en el cielo. La muchachita tenía su clase, porque chola-chola no era, más bien pertenecía a una de esas familias venida a menos, que nunca faltan y que, para mí, es el peor castigo que nos puede suceder.

—Le digo que me saque las manos de encima. No lo conozco, y por favor, si no se va en este mismo instante, llamo a Juan Somavía, Jefe de Personal.

Por supuesto que casi grita, por supuesto que se puso brava, algo de casta le queda a la gente blanca. Pero el jefecito hubiera podido besarla en pleno hall y ella hubiera tenido que contenerse. Y es que no las tenía todas consigo, porque quien a solas se ríe, de sus pecados se acuerda, y Benjamín ya estaba casado conmigo y yo ya pronto esperarí un hijo de él: la situación se volvía realmente insoportable. Intolerable... Y le dijo, entonces:

—Abortar no es cosa buena, muchacha. Es un pecado, y

podría ser un verdadero pecado mortal, de esos que te llevan directo al infierno, sin necesidad de pasar una temporada en el purgatorio.

—De qué demonios habla —gritó—. Hágame el favor de salir de aquí o llamo a...

—Shiii... Más bajito que nos pueden oír y eso no le va a gustar a la gente. Estoy por ir yo mismo donde Juan Somavía, o cree que no lo conozco, para decirle lo que usted es capaz de hacer con tan sólo sus veinte añitos. El banco es un sitio serio y no está dispuesto a tener gente sin escrúpulos como usted.

—Primero, no es verdad; nada de lo que usted dice es verdad. Sáqueme la mano de encima. ¡Váyase! No es verdad. Yo nunca he...

—Todo es verdad si yo quiero que así sea. No se sulfure. Usted mantiene relaciones con Benjamín Hassler desde hace cuatro años, por lo menos, y usted, porque así me lo ha dicho su esposa, ha engendrado un ser de él y ha tenido el descaro de visitar esas clínicas donde algunos médicos, sin ética, se prestan por dinero a hacer esas intervenciones... Debería darle vergüenza seguir con ese muchacho prometedor y todavía trabajar en una institución insigne en el país. En todo caso, para no continuar esta absurda cháchara, acá tengo el nombre del doctor que la vio.

—No sé de qué me habla. No lo conozco...

—Guillermo Reyes, subgerente de crédito... qué sabrá usted... y si desea puedo ofrecerle mayor información, pero no considero que sea de su interés. Volvamos al tema, más bien: una mujer que es capaz de hacer lo que usted hizo no puede seguir aquí. La invito a renunciar y, de paso, que deje tranquilo a ese muchacho recién casado que sí va a tener un hijo muy pronto y con la persona que le corresponde: su mujer. ¿Entendiste?

—Yo le pido que...

—No me interrumpa, carajo, putita de mierda. Quieta... Quédese quieta, y si no entendió este mensaje, se las va a ver.

O desaparece en un mes o va a conocerme de verdad. Aquí tengo el nombre del doctor y está dispuesto a desembuchar. Usted los conoce: ellos funcionan solamente con la plata en mano. Y ahora siga su camino a la puerta, y si por mí fuera, no regresaría.

Ésa fue la única vez que me porté mal con la gente, porque a Ruth Ostolaza nunca le hice nada, y eso que estuvo metida en mi vida como unos cuarenta años, sus buenos y largos y bien vividos cuarenta años sin que yo verdaderamente le haya hecho algo malo. La vida se encargó de ponerla en su sitio. Ya no necesito de mis informantes, y si sé que frecuenta la misa de once en San Felipe, menos la de los domingos, por supuesto, porque los domingos no se la pierde el curita de la risa floja que atrae a las señoras bien del barrio. Además, Lima es una ciudad chismosa y mis amigas no pueden con su genio, se pasan la voz entre ellas, nos entretenemos con las desgracias de las personas y nos sentimos mejor sabiendo que las que sufrimos en este valle de lágrimas no somos nosotras exclusivamente.

—No me dirás que te pusiste contenta —tuve que decirle.

—Contenta, no. Pero sí me sacó una sonrisa. Y tú sabes, hijo, que la vida no me enseñó a reír, lo que se dice reír. Pero sí, sí debo reconocer que me dio risa imaginármela con su mantilla y su chal arrodillada en esas bancas de San Felipe. La hua-chajería siempre me dio risa... Una mantilla... Un chal... Y pena, increíble, aunque no me creas, me llegó a dar pena.

XV

Benjamín Hassler empezó a asumir la situación que se le presentaba como un hecho inevitable: Tinina Bentín hacía lo imposible por conquistarlo y llevarlo directo a su departamento y de allí a su cama. Dicky Wieland se demoraba y la tarde empezaba a ponerse húmeda y gris. Incluso pronosticaban lluvias. Sería muy peligroso, sobre todo conociéndolos, emprender un viaje en lancha. Con los ojos le decía quédate. No seas tonto. No soy una vieja pasa, soy una vieja conservada y que ha hecho del amor un arte total. En todo caso, llevo muy bien puestos mis cincuenta y cinco años. Brigitte Bardot los lleva regios. La gringa-alemana-boliviana, Raquel Welch, está estu-penda. Y ni qué te digo Sophia Loren: una verdadera mujer elegante a pesar de su origen humilde y las hambrunas de la guerra.

—Puedes pensar que soy Raquel Welch. —Benjamín Hassler debería suponer que escogió ese nombre por su lado latino, porque se sentiría más confiado con alguien que tenía su poco de allá y su otro poquito de acá—. Claro: yo soy mucho más delgada, algo huesuda, pero no importa.

—Cualquier mujer me da lo mismo, con tal de que no se parezca a una puta.

—Lo que dices, Benjamín. Debería molestarme.

—Tengo una experiencia nefasta con las putas, porque deberás imaginar que nosotros nos iniciábamos con putas a la vida de verdad. Y a mí me fue pésimo.

—Y cómo debo comportarme para no recordarte a una de esas damiselas.

—No llevándome tan rápido a la cama. Necesito mi ritmo, mis modales, crear mi propio romanticismo.

—No te quepa la menor duda, Ben. Si lo que más adoro es la conversación y la seducción y no tanto el acto mismo. Eso es lo que dicen todas las mujeres, además.

—Eso me parece perfecto —dijo Benjamín Hassler, sonriendo—. A mí me gusta tanto estar afuera como dentro; y a veces, por supuesto, estoy más tiempo fuera que dentro.

—Estemos donde tú quieras, pero cómodos, que ahora empiezo a sentir frío. No sería mala idea que me acompañaras a mi departamento.

La piscina del condominio del Sea Ranch estaba vacía y la mayoría de los peruanos hacía la siesta con la idea de volver, renovados y bañados, a pasearse como si estuviera allí, para ellos, intacto el malecón de Ancón. Era cierto: lo más probable es que lloviera y la noche estaría agitada, trayendo a sus corazones su poco de inquietud. Tinina Bentín lo cogió de la mano y se ayudó a levantarse. Se puso encima una coqueta bata de felpa y miró directo al mar. Se arregló el corto cabello y sus ojos irradiaban una luz que provenía de tiempos inmemoriales. Benjamín Hassler no podía negar que se trataba de una mujer muy atractiva, que seguramente fue un mujerón en sus buenos años, y que gozaba de una fortuna familiar, muy inteligentemente manejada.

—Vamos —le dijo.

—Vamos.

Benjamín Hassler estaba vestido, temeroso de contraer un resfriado en esos climas tan volubles. Más bien se puso encima una chompa ligera y se alisó sus escasos cabellos. No había duda alguna: irían a tirar. Haría el amor. Le sería infiel, de alguna manera, a Sonia. No pudo dejar de sonreír cuando pensó: no sólo tengo como compañera a una mujer cuarenta y seis años menor que yo, sino que me doy el lujo de sacarle la vuel-

ta. Qué cojones. Pero ésa no era su principal preocupación. Su preocupación, para ser totalmente honesto, era si realmente podría funcionar con una mujer de cincuenta y cinco años. A esa edad, aunque él tuviera setenta y cuatro (le llevaba diecinueve años), a todo el mundo le llevaba años, y un montón de años, además, una mujer era una vieja por más que haya mencionado los nombres de la Bardot o la Loren. Mientras caminaba detrás de ella pensó que lo mejor era dejar que las cosas fueran ocurriendo por sí solas, sin angustias, sobre todo sin angustias.

—Me he olvidado mi llave. Pero no puede ser: dejé la llave en el departamento.

—Y ahora... —gritó Benjamín Hassler—. Y ahora qué hacemos.

—Tendrás que meterte por el balcón. Vas a creer que te estoy raptando o que me estoy comportando como una mujer de la vida alegre, pero lo cierto es que vas a tener que entrar por el balcón.

—Todavía puedo. Eso sí puedo.

—Ahora, si deseas, tu ingreso por el balcón puede ser de lo más romántico. Una especie de Romeo cantando desde el jardín o introduciéndose por la ventana. Puedes ser un verdadero caballero medieval. O si deseas soy una puta completa, pero fina. No te olvides que cuando una tiene cuna puede jugar a que es una puta. Y eso nunca ocurre a la inversa. Estoy convencida —y lo miró a los ojos como miraba al mar: directo— de que no has conocido a una puta de salón, francesa, como las que le gustaban a Henry Miller. Lo que pasa es que los deportistas son almas simples, y los nadadores deben ser, no es difícil de imaginar, las más simples de todas. Henry Miller tenía que gorrear sus polvos... Benjamín, y tú los tienes a la mano, si te provoca.

Los dos miraron hacia abajo y Benjamín Hassler se asustó al comprobar que ella vivía muy alto, altísimo, y que el supuesto jardín estaba muy abajo. Ciertamente: lo más arriesgado consistía

en saltar hacia el balcón, porque una vez dentro, todo se reducía a jalar esa puerta de vidrio e introducirse al comedor. El departamento debía ser exacto al de Dicky Wieland, porque quedaba en el mismo bloque C, el mejor de todos, pero mucho más fino, mejor arreglado, sin tanto espejo y con sus antigüedades bien puestas.

—Qué esperas —le dijo sacudiéndolo ligeramente del hombro—. Un saltito y estás dentro. Después, si te provoca, puedes salir...

A Benjamín Hassler le pareció absurdo y cobarde proponerle que fueran a buscar la llave de reserva en el hall de la entrada donde el administrador tenía un sinfín de llaves para todos los usos, incluso una sola llave con la cual podría abrir todas las puertas y ventanas del Sea Ranch. Pero no se lo propuso, y por eso saltó al balcón. Felizmente realizaba diariamente, antes de su duchazo, defecación religiosa y desayuno gringo, los básicos ejercicios de calistenia/estiramiento, porque con los años, como repetía jocosamente, todos nuestros músculos se ponen rígidos, menos el necesario.

Una vez dentro, se encontró con un departamento acogedor, muy bien arreglado como diría su esposa, con un gusto puesto a prueba. En la mesita de la repostería, de vidrio, estaba el pequeño manojito de llaves. Lo cogió a la volada, tomó aire, se preparó anímicamente a lo que viniera y se dispuso a abrirle la puerta a Tinina Bentín, que estaría ya con la carne de gallina en el largo e inhóspito corredor.

Benjamín Hassler se consideraba a sí mismo difícil sexualmente. La gente guardaba de él otra idea, como suele suceder con los hombres, y lo consideraban más bien un mujeriego e incluso un promiscuo. El hecho de tener casi siempre dos mujeres, a veces una, no lo convertía en un hombre de costumbres ligeras, que cambiaba de mujeres como de camisa. Él había tenido sus mujeres una por una, repartidas en el tiempo, y a veces, casi siempre, digamos durante treinta o cuarenta años, tuvo dos en lugar de una.

Benjamín Hassler sí tenía competencia en el Sea Ranch, sobre todo en el aspecto financiero. En este paraíso cerca del mar los adultos andaban ya por los sesenta y tantos y los viejos entre los setenta y cuatro (esos malditos setenta y cuatro) y los ochenta y noventa años *and over...* tal como clasificaban a los viejos en las competencias de Masters'. En unos cuantos meses, mi padre podría competir en la categoría 75/79, y él sería un jovencito que arrasaría con todos esos viejos de 76, 77, 78 y 79 años. ¡Un pichoncito...! Y estaba feliz con la idea de vivir unos cuantos años más con la meta fija en competir y ganarle a esos viejitos que en la piscina no dan pena, sino todo lo contrario: admiración.

Ese sentimiento no lo podía conocer sino en la piscina, y bien dentro de la piscina. Su desnudez no debía ser vista porque no despertaba admiración; allí sí, todo lo contrario: era una desnudez que daba vergüenza, no le gustaba que lo vieran así, desnudo, cubierto solamente por esa trusa inmoral, por mostrar lo que mostraba, y su gorro en la cabeza. El resto era su cuerpo, exclusivamente su cuerpo, y con esa desnudez iba a tropezar dentro de un rato, y compararía la suya con la de Tinina Bentín que ya estaba desesperada, porque Benjamín Hassler confundía de puro nervioso las llaves del llavero.

—¡Me congelo! —gritó—. ¡Hazme el favor de abrir! Si quieres, después te vas.

—Un minuto. Creo que es ésta. Solamente me falta probar dos.

—Pero si no son más de seis llaves; ni que viviera en una mansión.

—Por fin —gritó casi mudo Benjamín Hassler, cuando la llegó a ver erguida, hasta altiva, con la toalla sujeta de la parte superior de su ropa de baño. En esa media oscuridad, con el sol en la espalda y lejano, atravesando uno de los ventanales, llegó a contemplar un rostro bastante juvenil y recuperado bajo un cortísimo cabello negro que logró, porque la vida es así, caray, recordarle otra vez a Maruja Montenegro.

Tinina Bentín le desplegó una de sus mejores sonrisas y le preguntó con una suavidad y una educación insuperables si podía pasar:

—¿Puedo...? —le dijo.

—Claro. ¡Es tu casa!

—Te equivocas. En verdad ya no sé de quién es el departamento. Mi segundo marido era un verdadero caos de lo ordenado y maniático que es con sus cosas: nada estaba a su nombre y sus propiedades las distribuía entre sus diversos familiares. ¡Por supuesto que yo me convertí en uno de sus familiares más cercanos, hasta que nos divorciamos! Sin embargo, nunca me ha reclamado nada ni hemos discutido de dinero porque nunca hemos discutido y siempre hemos tenido mucho dinero.

Lo miró coquetamente mientras ingresaba muy segura a su propio departamento observando, casi sin querer, cada uno de sus objetos y lo bien que quedaban en cada lugar preciso. Unos cotizados cuadros modernos hacían juego con las antigüedades contadas con los dedos de la mano, prudentemente colocadas en Fort Lauderdale. Todo lo demás, como logró comprobarlo personalmente Benjamín Hassler, era simple y llanamente funcional. Su dormitorio, los aparatos eléctricos, los muebles de la repostería, las cómodas y los armarios.

—Una mujer sola no puede andarse con rodeos. Si todo está a la mano, es suficiente.

Benjamín Hassler vivía solo desde hacía muchos años; no podía ni deseaba recordar desde hacía cuánto, y su pisito, su departamentito encima de la azotea de su Academia garantizaba la funcionalidad y el desorden propio de los varones solitarios. Ni siquiera Sonia pudo darle el toque femenino necesario: ese «*women touch*» que cantaba Doris Day, y los modales y las formalidades de su casa de Arenales, primero, o los de su casa de la avenida Orrantía, después, desaparecieron definitivamente de su vida. Incluso, Ruth Ostolaza llegó a olvidar que ese señor fue hijo de un reputado banquero y que había vivido como estudiante privilegiado en Alemania.

—Voy a tomar un baño. Estás en tu casa, siéntete cómodo.

Benjamín Hassler tomó asiento en un sofá que pareció hundirse bajo su cuerpo hacia las profundidades de un mar azul y vaporoso. Sabía que no podría escapar del encanto de Tinina y que acabaría encamado de todas maneras. Le encantaba escuchar las historias de sus amigos de los «matrimonios informales» cuando se comparaban con animales que se tiraban todo objeto que pesara más de treinta kilos y se moviera. Isaías Mujica se jactaba de haberse tirado a cuanta mujer osó tropezar en su vida y el psicólogo, el de la perita blanca y los cabellos canos, era un verdadero arrecho que no perdonaba una, ni una sola, sea cual fuese su color, tamaño y coeficiente intelectual. Mientras más bruta, mejor, por supuesto, porque...

—Ya estoy —apareció después de unos minutos Tinina Ben-tín, vistiendo un pantalón blanco totalmente transparente. Una blusita negra y ceñida le daba un aire de mujercita desenvuelta, de mundo, del alto mundo, del mundo altísimo, del mundo cosmopolita, respaldado por unas cuentas interminables en múltiples bancos del planeta. Ni ella misma sabía cuánta plata poseía, porque siempre la tuvo, y nunca lo supo—. Qué te sirves... Hay de todo, felizmente.

—Agua, aunque parezca aburrido.

—¡Pero qué volada que soy! Me había olvidado de que eres un deportista, y entre los deportistas, dicen que los más sim-plones son los nadadores. ¿Será verdad, Benjamín...?

—No tanto. En todo caso he pasado mis buenos años vi-viendo de noche. Aunque no lo creas.

—¿De noche, tú...? ¡Ni me lo hubiera imaginado! En el Sea Ranch te conocen como una persona que se acuesta tem-prano.

—Y con un Rohypnol de por medio, porque de otro modo no puedo dormir.

—Bueno, eso mejora tu imagen ante mis ojos, porque los que tienen insomnio son más interesantes que las personas que se duermen de un solo porrazo. Los que concilian el sue-

ño a la primera es porque tienen la conciencia tranquila. Me alegra saber que ése no es precisamente tu caso.

—Bueno, lo que yo deseo es dormir como si fuera un mocoso; sus buenas ocho o diez horas. No te imaginas lo largo que se me hace el día despierto.

—¡Imaginación, Benjamín, imaginación! Ése es el don de los artistas. A los atletas los educan para vivir de espaldas a la vida, fuera de sus peligros, y por esa razón los esconden en los circuitos cerrados de las competencias, en la rutina de los entrenamientos, en las absurdas lógicas del ánimo competitivo. Les ocultan los encantos de la vida... Al artista, en cambio, como nosotros, si quieres, nos sobra imaginación para soportar el tedio de la realidad.

Tinina Bentín era una mujer de mundo; no una mujerzuela, qué va: era lo que se llamaba por los años sesenta, una mujer superada, enorme diferencia con la maroca o pampera de esos remotos tiempos que me cogieron a mí en la juventud y a mi padre en una serena y muy bien remunerada adultez. Tinina Bentín era el tipo de mujer que Benjamín Hassler no conocía y creo que temía conocer. De una gran personalidad y decisión, sobre todo con una abultada cuenta bancaria que le quitaba las inusuales arrugas de un solo porrazo. Delgada, bastante delgada, no tenía necesidad de hacer dieta. Sabía comer y tomar; pero, sobre todo, Benjamín, practico la dieta del lagarto... Y lo miraba con unos ojos negros y brillantes colocados como dos alucinados faros en medio de una tez blanca y suave como el papel. Cruzó una de sus piernas, se recostó ligeramente en el sofá, al costado de Benjamín, y le cogió la mano.

—Entonces, no tomamos nada... Pero algo haremos... ¿Prendo la televisión...?

—Me parece una buena idea. Me gustan esos programas como los de Cristina en los cuales la gente habla y uno no tiene que prestar atención.

—Te pareces a mi marido anterior que se quedaba como un

idiota viendo deportes todo el día. Los hombres nunca crecen. No maduran. Son como niños que demandan atención.

Benjamín Hassler empezó a sentirse cómodo y a tomar vida y confianza pensando en lo bien que se lo tiraba Sonia, como si nada sucediera, como si no tuviera que quedar bien y hacerse un gran partido o un carrerón, como ella le decía después, ya arreglándose el cabello, ya poniéndose su baby doll, ya tapándose, buscando su calor apretándose a su cuerpo, hueso y pellejo, que ella cubría con una almohada para tomar la distancia necesaria y sentir más calor todavía. Tinina Bentín estaba muy relajada. Y ni vaya a creer este viejo que me lo quiero comer. Las cosas evolucionan solas y con un empujoncito también.

Los programas de la televisión eran todos los mismos, con ese mismo acento gringo de inagotable pop corn; Tinina pasaba de canal en canal buscando una aprobación de parte de Benjamín Hassler para quedarse allí, pero este viejito: horror de horrores: viejito o viejo de mierda o viejo atractivo, como que empezaba a cabecear y de repente hasta roncaba sentado delante de la pantalla.

—Benjamín: si quieres dormir tengo toda una cama para ti. Ven: vamos... Vamos... allá estaremos más cómodos.

Y aprovechó el excelente momento para levantarlo de ese sofá de plumas de ganso y arrastrarlo por la sala y el comedor, por ese hall tan parecido al departamento de Dicky Wieland, donde topó con Leonor, para ingresar al dormitorio: un verdadero paraíso de paredes despejadas y con los espejos suficientes para contemplarse haciendo el amor, a menos que cerremos las ventanas y los ojos y apaguemos las luces y soñemos que tenemos veinte o veinticinco años o treinta o cuarenta o cincuenta años y amamos estos cuerpos y estas almas: tú pensando en Ethel, en tu mujer, en tus amoríos, y yo pensando en toda esa galería de hombres que me he levantado con sólo alzar una de las cejas, aquí y allá, en España, en Italia ni qué te digo, en Grecia, siempre mediterráneos, siempre europeos,

porque Benjamín, además de mis dos maridos y tres amantes, he barrido con todos los hombres de vellos y piel tostada y espaldas anchas y sonrisas blancas y ojos transparentes, que mi cuerpo y mi voz y mi encanto permitieron... Vamos, vamos, descansa, es temprano y los viejos no duermen mucho y cuando roncan su mismo ronquido los despierta.

Benjamín Hassler se dejó hacer, se despojó de su atuendo veraniego y se colocó boca arriba en una cama amplísima y comodísima, cerrando los ojos y entrando en ese agradable mundo del sueño. Sabía que cuando se despertara, Tinina Bentín haría de las suyas, se lo comería íntegro, lo lamería con la mirada y luego se pondrían a conversar sobre tantas cosas comunes.

Definitivamente, no se comportaba como una puta, y si lo hacía como una cortesana, ni cuenta se daría, porque su mundo, a juicio de Tinina Bentín, era precario, insuficiente, bastante doméstico a fin de cuentas. Mucho viaje, mucha competencia, mucha piscina, pero de mujeres: es decir, de mujeres en serio, cero balas. Era cuestión de revivir ese *charme*, ese encanto que siempre tuvo con los hombres en base a una educación ligera, sin ser frívola, que le permitía el dinero. Qué se creían estos hombres: estuvo en La Sorbone, hablaba francés bastante bien; estuvo en Oxford, su inglés con su acentacho le asentaba perfecto; en Roma, porque España, ajjj... en sus años todo era cura y monjas, todo era pecado, y eso no le hacía nadita bien a su piel húmeda como las mañanas limeñas. Qué bien se sentía siendo una mujer adinerada, permitiéndose todos los refinamientos, sin necesidad de trabajarlo o de protegerlo, porque ni idea de cuánto dinero tenía y dónde lo depositaría su último marido, amigo de su primer marido, por supuesto, socios ambos de los mismos negocios y de las mismas mañoserías, pero así era mejor, mucho mejor, porque de ese modo los intereses de ella estaban muy bien protegidos.

Tinina Bentín se echó a su costado y cogió el libro que reposaba en su mesa de noche. Por supuesto que era una fer-

viente lectora, costumbre que su padre le inculcó desde niña y practicó durante todas las etapas de su vida. El libro lo trajo de Lima. Lo compró en El Virrey y el título le encantó por lo desenfadado que era: *Novela con cocaína*, vaya título, y el autor, un ruso desconocido incluso por él mismo, pues carecía de nombre. La novela la entretenía, porque como buena mujer de mundo que era, le encantaba vivir situaciones, ambientes y personajes alejados de su propia experiencia. Eso de estar en el Moscú prerrevolucionario, y sentir que los bolcheviques hacían de las suyas mientras ese muchachón conchudo se tiraba a probar cocaína y a robarle todos los objetos a su pobre y abandonada madre, para financiar su vicio, era una gran experiencia, contemplando, sobre todo, por el ventanal de su dormitorio el apacible mar dorado del Sea Ranch.

Tinina Bentín intuía perfectamente el estilo de hombre que era este tal Benjamín Hassler. Conocía a su familia. ¡Y a él quién no lo conocía en Lima!; sobre todo los de su generación, que desaparecía a pasos agigantados porque ya eran pocos los que recordaban las grandes reuniones en la poza del Pellejo o las jornadas natatorias en la piscina Nipón. El crecimiento de Lima y la cantidad de nuevos apellidos lo había echado todo a perder. Si pudiera, si se atreviera, se pondría a inhalar cocaína como ese muchacho ruso ante la inminencia de los cambios sociales. Pero su Sea Ranch sí que era una verdadera isla, y qué isla, no como la de los cubanos que se mueren de hambre justo al frente, porque si nos descuidamos, los hambrientos de los cubanos se nos meten por el mar, por donde no están los controles de guardianía y de televisión interna vigilando a quien ose aproximarse a este condominio de diversos frentes y múltiples entradas.

Antes de que lleguen y toquen inoportunamente la puerta de mi vida, me como a este viejo que se juega los últimos instantes de placer, aunque me han chismeados que sale con una mocosita de tipo oriental, muchísimo menor que él. Será verdad... Será verdad tanta belleza... Estoy segura de que se la ha

comprado sutilmente, de manera que aun pagando, ella no le parezca una puta. Pero qué viejo no compra a una mujer. De cuándo acá a las mujeres no se las compran.

Le empezó a doler la espalda y se paró a mirar por la ventana el brillo del mar en la noche entera. La claridad de Fort Lauderdale permitía que el mar enseñase sus movimientos bajo una supuesta luna, cuya existencia no aparecía, pero Tinina Bentín era muy consciente de que allí estaba. Volteó y contempló el rostro de Benjamín Hassler: su piel convertida en pellejo cubría el hueso y lo mostraba delgado y transparente. Estaba plagado de lunares. Su cráneo lo protegía una escasa cabellera. Sus labios eran finos. Los párpados, en sus ojos cerrados, se hundían como un toldo empujado por los vientos de la tierra. Empezó a roncar. Faltaba poco: esos mismos ronquidos lo irían despertando de a pocos.

Benjamín Hassler estaba satisfecho mientras se tomaba uno de esos baños matutinos que tanto le agradaban. La noche no había estado mal del todo; pensándolo bien, no había estado nada mal. Tinina Bentín era una verdadera estrella en su habilidad de llevar al hombre hacia ese terreno de la inconsciencia que es cuando los hombres mejor se comportan. Compartía con Sonia esa maravillosa capacidad de la ensoñación, y le hacía sentir a uno que se movilizaba hacia el territorio del placer sin compromisos, sin responsabilidades y le decía con los ojos que en ese aprendizaje ambos saldrían satisfechos. La miró arreglarse su cortísimo cabello y volvió a pensar en Maruja Montenegro. Maruja Montenegro representaba la eterna juventud, la juventud entregada gratis a la vida, el amor y la pasión. Tinina Bentín lograba que la delgadez de su cuerpo tuviera el sex appeal necesario en base a una cintura de la cual nacían dos largos muslos, dos excelentes piernas. De la cintura para arriba su piel lograba conservarse tersa. Su cara era una mueca graciosa y relajada, plena de diversas sonrisas.

—¿Te gustó?

—Me gustó mucho.

—¿Más que los que practicas con esa muchacha en Lima... a la que le negaron la visa? Si lo hubiera sabido hablo con el cónsul para que nunca se la otorguen.

—Eres una mujer extraordinaria, porque como puedes imaginarte no solamente soy un viejo que tiene una mujer muchísimo más joven que él, sino que le saco la vuelta. Es la primera vez.

—Me lo imaginaba. Temblabas de miedo. Pero no te preocupes: la mayoría de los hombres que se han acostado conmigo han tenido miedo. Inseguridad... aunque no lo creas...

—Caminó un rato por el comedor, miró el eterno mar por una de las ventanas y suspiró—. Le has sacado la vuelta por culpa mía. Eso debería ponerme contenta, pero en mi caso no existe la competencia ni la rivalidad: simplemente las cosas ocurren cuando deben ocurrir, y contigo, debo admitir, tuve que apurarlas un poquito.

Tinina Bentín se movía de un lado hacia el otro mediante movimientos casi felinos, como si estuviera suspendida en el aire. Su delgadez era muy agradable, porque transpiraba lo que comía: frutas, ensaladas, pescado, un pollito sencillo, y casi ni sudaba ni olía. Hasta era poseedora de un aliento perfumado.

—¿Por qué —le preguntó— nunca seduces a mujeres como yo, de tu misma condición social? No digo que las conviertas en amantes, pero por lo menos seducirlas.

—Pero claro que sí: puedo mencionarte a Elenita Moncloa, una mujer que es como tú.

—¿Cuándo fue eso...?

—Incluso intenta regresar, pero es muy tarde. ¡Sería el colmo que le sacara la vuelta a Sonia con Elenita Moncloa! ¿La conoces?

—Sí, la conozco. La diferencia entre ella y yo es que su marido le administra el dinero y no le deja un ápice de tiempo para gastarlo. Detesto a ese tipo de hombres. A esos hombres que pretenden dominar a la mujer dosificando la cantidad de

plata que le dan. Que para la semana... para la quincena... para el mercado... para tus compras... Esos hombres deben irse a la mierda. Sí: a la mierda, porque yo también soy una *lady* que sabe decir sus lisuras cuando se debe. Dime Benjamín dónde le hacías el amor a Elenita Moncloa...

—En la piscina. En la piscina de mi Academia. Nos encantaba encamarnos en el agua.

—¡Me encanta cómo hablas...! A veces me gusta que me susurren al oído palabras como verga o pichula. Hasta Mario Vargas Llosa, qué te crees, le ha puesto a uno de sus personajes Pichula o Pichulita. Pero me encanta que me ensucien el oído con groserías. A veces, no siempre...

—Bueno —tartamudeó Benjamín Hassler—, de eso ya hace algunos años. Fue cuando dejé de frecuentar a Ruth Ostolaza.

—Y quién es esa mujer, por Dios santo... Me encanta ese nombre de cabaretera. ¡No me digas que la conociste en el Embassy! ¿De dónde me la has sacado? ¿No te digo que te encantan las mujercitas de medio pelo? Todos ustedes: Dicky, el mismo Francisco Noriega, el Valdivieso ése, son unos machistas. Les encanta comprar a las mujeres como si fuesen un mercado de esclavas, y poseerlas en todo el sentido de la palabra. Felizmente que yo tengo mi dinero y no los necesito. Bueno... qué quieres de desayuno, o prefieres escaparte por la ventana por donde ingresaste como un romántico de antaño... De repente quieres regresar donde Dicky, que debe estar desesperado buscándote por todas partes. Eres una graciosa combinación de Rodolfo Valentino y Porfirio Rubirosa...

—No creo. Pero un desayuno sí me caería bien. Me has quitado las energías.

—Tú eres mi Johnny Weissmuller, entonces, Benjamín. Mi Tarzán, y no vayas a lanzar uno de esos gritos estúpidos. Mi Tarzán es calladito. Silencioso, inteligente y sensible. ¿Existen hombres así?

Benjamín Hassler devoró ese desayuno medio gringo y me-

dio francés, como le gustaban a Tinina, porque Tinina Bentín había residido por años en Francia, en España y en Italia. Su buen café negro pasado, su pan baguette, sus mermeladas extrañas y una estupenda omelette en lugar de huevo frito con tocino al lado. La mesita del repostero era íntima y la vista perfecta. La luz del día los mejoraba considerablemente. No había duda alguna: hacer el amor era un remedio perfecto y esquivaba los rebuscados recuerdos de la memoria.

—No me irás a decir que tú también tienes un pasaporte extranjero... porque acá todos en el Sea Ranch tienen dos pasaportes: el peruano y el de un país europeo de donde provienen sus antepasados. Tú serás medio alemán... Porque yo, aunque parezca mentira, soy bien cholita: sólo tengo el pasaporte verde. Ese pasaporte que nadie desea tener en el momento de cruzar una aduana. Los europeos están insoportables últimamente, ¡ya no saben distinguir!

—Yo también tengo un solo pasaporte. Lo de alemán es puro pasado y antepasado.

—Aquí son huachafísimos, peruanísimos a la hora de las borracheras y los cánticos, pero a la hora de la verdad, todos son suizos, italianos todititos, franceses y hasta ingleses. Pareciera que en Lima existiera una *Little Italy*, cuando con las justas hay la calle de las pizzas. En París conocí a un peruano que tenía su pasaporte británico y no sabía ni pío de inglés. Un montón de terroristas son ahora europeos.

—Si hubiese sido así, nadaba la final en Berlín...

—¿Dónde...?

—Es una historia larga de explicar.

—Me encantan las historias... Vamos... Otra taza de café... con leche como le gusta a mi Tarzanito... Con su Milo para que cuando sea grande sea como el Lobo Feroz y me coma de nuevo... Su huevito pasado para que me cuente su historia...

—Tinina...

—Benjamín...

—¿Qué quieres que te cuente? En la Olimpiada de Berlín no me dejaron nadar por ser peruano. La delegación peruana se había retirado y...

—Conozco las trágicas historias de nuestro querido Perú. Aunque detesto los vales. No sé cómo Alicia Maguiña puede cantar esas letras tan lastimosas y vestida de *folklore* en el teatro Segura.

—¿Has ido al teatro Segura? ¿Vas al Centro?

—¡Ay, Benjamín...! Por qué los hombres serán tan idiotas cuando hablan de las mujeres. ¡Claro que voy al Centro! Antes y ahora.

—Pero vives más tiempo en Fort Lauderdale...

—Vengo por un tiempo, pero ni creas que me gusta. Prefiero Europa. Pero Europa es un pésimo lugar para envejecer. Fort Lauderdale, en cambio, es maravilloso. Ocurren cosas como las de anoche. Además, estoy a cinco horas de Lima. Y Miami es como si estuviera en Lima. Deja París para los jóvenes... Dicky hace lo mismo, además. Y Francisco Noriega. Solamente con el Velásquez ése tuvieron que quedarse más tiempo del debido, ¡y cómo sufrían!

—Creo que es Velasco, Tinina.

—Ése: el odiado Chino Velasco. Pero no hablemos de política que vamos a parecer dos viejos tontos y aburridos que están preocupados por su dinero. Quiero saber de ti, quiero que me cuentes todo antes de que te vayas... si es que te quieres ir... porque yo aquí tengo sitio de sobra en mi apartamento y en mi cama. Una cama enorme y una mujer sola son una horrible combinación. Y Sonia no tiene por qué enterarse... ¿O frecuenta a esta gente...? Seguro que ni la sacas a tomar aire. Me han contado una de cosas terribles con tu cabaretera ésa, que no la sacabas por nada del mundo, que la tenías encerrada y que la pobre aceptaba de todo con sólo mantener viva la idea de casarse algún día contigo. ¿Es eso verdad, Benjamín? Porque si es verdad me vas a desilusionar.

—No es verdad. Teníamos otro círculo.

—Y todavía cínico. Vaya, vaya, todos los hombres son iguales, incluyendo a los nadadores. ¿Y Elenita Moncloa? ¿A ella también la encerrabas?

—Ella le sacaba la vuelta a su marido. Cierto que la historia era conocida, pero Elenita cuidaba las formas. Para mí mejor...

—¿Y Sonia?

—Sonia es una mujer moderna. Tiene su vida. Su independencia.

—¿Se parece a mí, entonces...? ¿Tiene mi plata? ¿Mis gustos? Mis...

—No. Es una mujer de otro origen.

—¿Origen?

—Procedencia...

—¿Procedencia? ¿De dónde? Qué lenguaje tan feo es ése...

—El que se usa ahora. Mi hijo Ben lo usa. Según él, todas las personas tienen una procedencia distinta; yo tengo una, tú tienes otra, y Sonia otra.

—¿Cuál es la de Sonia? Será por eso que le han negado la visa. De dónde procederá, Benjamín... Ten cuidado... ¿Cómo puedes frecuentar a una persona cuyo origen motiva que no le den la visa a los Estados Unidos de Norteamérica o U... S... A... The States... como pronuncia artificialmente Valdívieso sin la Z...?

—Me tomas el pelo, Tinina. En eso en nada te diferencias de mis hermanos, porque siempre fui un inútil con las palabras. Lo que quiero decir... es que...

—No perdamos el tiempo, Benjamín. No podemos darnos el lujo de jugar. Vayamos al dormitorio. Mira: sigue sin llover y el día se pone pesado. Estoy segura de que Dicky no te extrañará y yo sí empiezo a extrañarte. Sonia tiene todo el tiempo del mundo para estar contigo en Lima... ¡tiene toda una vida por delante! Ése no es nuestro caso... Ven... Mira cómo estoy: con carne de gallina... con muerte chiquita... me muero de frío... Y en Fort Lauderdale... Antes de que llueva, si llueve, metámonos a la cama.

XVI

Mi padre aún no había puesto un pie en el American que lo traería directo a Lima en tan sólo cinco horas. Los viajes últimamente le apretaban el corazón en sus malditos setenta y cuatro años de edad y solamente descansando en el hotel del aeropuerto era capaz de soportar la fatiga de la conexión Fort Lauderdale-Miami-Lima. Felizmente ya empezaba la primavera en Lima y podría entrenar tranquilo en la piscina olímpica del club Regatas. Fin del invierno húmedo y de carraspera, de frazaditas y estufitas, con Sonia metiéndose en la cama cada vez que podía.

El aeropuerto de Miami era un conglomerado de gente de diversa procedencia que esperaba ya en la puerta que anunciaba el vuelo a Lima, donde las fachas se peruanizaban con una naturalidad asombrosa. Sentado en una de las sillas alrededor de esa puerta número 8 ó 13 ó 21, empezaba a reconocer y a ser reconocido. Sin lugar a dudas, no podría vivir fuera de su país, porque no soportaría estar en un lugar en el que pasara desapercibido. Unas inclinaciones de cabeza, unas venias cortesés y una cara de asombro por reconocer a tanto peruano sospechoso, capaz ya de viajar ida y vuelta a Miami y con visa, sobre todo, en un acto de generosa democracia gringa, sin pasar por la desagradable experiencia que tuvo él con Sonia hacía tan sólo algunos meses atrás.

Benjamín Hassler empezaba a asumir la identidad del peruano que no es reconocido como peruano en el extranjero,

hecho que le granjeaba una gran simpatía hacia sí mismo. Para muchos era argentino: ¡qué horror!, pero cierto, cierto Benjamín, la verdad es que no pareces peruano, un peruano promedio quiero decir, no sé si me entiendes... y para otros era de cualquier país sudamericano, pero por nada del mundo del Perú, Bolivia o Ecuador, ese triángulo indígena que cargó con ese lastre y perdió el tren de la modernidad, la industrialización y el progreso; una mezcla de chileno, argentino o brasileño, mira: hasta como brasileño podrías pasar, pero peruano... de ninguna manera... quizá chileno por eso de la inmigración alemana que le da ese porte militar a sus soldados rotos que tanta envidia nos dan...

Con el tiempo, Benjamín Hassler empezó a saludar a más y más personas. Era grato ser conocido en su medio, y sobre todo darle satisfacciones a su país, aunque fuesen deportivas y a su edad, en estos terribles y melodramáticos torneos de viejos. Él era, y eso no podía olvidarlo, no podía porque le daba la única autoestima, un verdadero campeón en torneos de gente vieja, y a las personas les gustaba eso, aunque en los Estados Unidos —no olvides que es un continente este país— esos eventos pasaran completamente inadvertidos. No podía verse de la manera como la gente lo miraba a él, un poco chupado, envejecido, somnoliento, casi calvo, con sus bigotitos y su gorrita veraniega y su atuendo sport, sentado allí, solo, pero valiéndose por sí mismo, lo cual es un gran mérito, un verdadero mérito, aun cuando estas personas ignoraran el cariño y el éxito que tuvo, hasta hace muy poco, hasta anoche, compadre, con Tinina Bentín en las últimas tres semanas.

Ella había sido capaz de enseñarle que las mujeres que proceden de la clase alta también eran buenas para el sexo, y que los colegios de monjas donde se educaron no habían eliminado por nada del mundo ese talento para la vida sensual, a flor de piel, húmeda, sofisticada. Tinina era una dama en la sala y en la cama, superando ese viejo dicho limeño de «dama en la sala y puta en la cama», y nada de confundirse, por favor, como

solía ocurrir con relativa frecuencia. Tinina era una dama refinada en ambos ambientes, y eso fue para Benjamín Hassler un verdadero descubrimiento, aparte de Clara Hamann, una mujer ardiente pero tosca, solamente había conocido esporádicamente a Elenita Moncloa, el fuerte de Benjamín Hassler había sido el turbio mundo de las empleadas de grandes almacenes, de las mujercitas de medio pelo, con las cuales sentía, en verdad, un aire de superioridad que le daba prestancia y don de mando. Tratar a las mujeres blancas de su sociedad: blancas, blanquísimas, tostadas por el sol, suponía una confianza que él no lograba asumir, y eso que mal no le había ido, y podría darse recursos para torear a esas señoronas que consideraban que se merecen todo y de lo mejor por el solo hecho de haber nacido en un país de indios y cholos.

—Benjamín Hassler, es un honor saludarlo —le dijo de pronto una voz gangosa, cuya dicción no era lo suficientemente clara porque no abría bien la boca—. ¿Podría estampar su firma en este papelito? Es para mi hija. Usted sabe, ella lo respeta mucho.

Benjamín Hassler dejó de lado sus pensamientos acerca de esta gente que esperaba impaciente la salida del American y miró a un tipo que le sonreía tímidamente.

—Sólo unas palabras, si fuera tan amable.

—¿Le gusta la natación...? ¿A su hija le gusta la natación...? —le preguntó Benjamín Hassler.

—No necesariamente, señor Hassler. A usted lo admira, y cada vez que tiene la suerte de verlo en la televisión, le interesa lo que dice.

—No siempre lo que digo es conveniente —comentó sarcásticamente Benjamín Hassler—. Pero bueno; me gusta, me parece bien que haya gente joven que comulgue con algunas de mis ideas...

—Y con su actitud ante la vida.

—Ah, eso no sabía —respondió Benjamín Hassler—. ¿Cómo se llama su hija?

—Sonia. Sonia Valverde.

Benjamín Hassler no pudo retener el aliento y soltó una ligera tos colocando su mano en la boca. Levantó la vista, casi se levanta del asiento, pero las piernas no le respondieron.

—¿Dijo Sonia Valverde...?

—Sí: las veces que viene a casa siempre nos habla de usted. Parece que fuera una fijación.

—¿Y qué edad tiene su hija?

—Ya es mayorcita. Sonia tiene, si no me equivoco, treinta años. No; para ser exactos, veintiocho.

Benjamín Hassler agarró un poco de seguridad y le ofreció asiento, al mismo tiempo que le preguntaba qué hacía Sonia, cuáles eran sus gustos, sus campos de interés (sí, fue así como se lo preguntó): sus campos de interés, lo que motivó que ese señor, su padre, se explayara bastante más de la cuenta y le diera a entender que su hija era lo suficientemente independiente para no saber mucho de lo que hacía; eso sí, estaba estudiando secretariado e idiomas, porque se trataba de una muchacha muy despierta, señor Hassler, muy inquieta, usted sabe cómo son las muchachas hoy en día y a decir verdad, Sonia los visitaba muy poco, últimamente menos, pero cuando lo hacía era buena y generosa y sabía que guardaba por usted, señor Hassler, un cariño especial.

«A Sonia Valverde, a quien me gustaría conocer en el agua, toda la suerte del mundo y que el éxito le sonría», fue lo que llegó a escribir Benjamín Hassler en el papel que ese señor le ofrecía. Luego de entregárselo, se puso de pie y constató que eran del mismo tamaño. Quiso contemplar en sus rasgos algunos de los de Sonia, pero felizmente no estaban en ese rostro, porque los rasgos orientales provenían exclusivamente de su madre y se habían estampado en su tez como un bordado finamente concebido.

—Espero que le gusten estas líneas —le dijo Benjamín Hassler—. No soy muy bueno escribiendo.

Luego de despedirse, se puso a pensar en si este señor sabía

realmente o no de la relación que mantenía con su hija desde hacía, por lo menos, cinco años, porque Benjamín Hassler la había conocido pichoncita, como se lo soltó en la cara don Paco, cuando la conoció por primera vez y Sonia tenía veinticuatro añitos. ¿Lo sabría? El encuentro parecía ser mucha coincidencia, pero por qué no, este aeropuerto parecía una parcela del territorio patrio, cogido a como pudiera y a como diera lugar de esa pichulita que era La Florida en el mapa de los Estados Unidos, con un montón de gente que ahora se paraba desesperada para encontrar un sitio en esa cola que empezaba a hacer zigzag y se desbordaba por ambos lados, de lo desordenada que era. Felizmente que todavía no era diciembre, cuando las fiestas navideñas invitan a toda esa gente a tener más regalos que maletas, porque cuando se viene de los Estados, Jefe, se viene del paraíso, y hay que demostrarle a los pobres peruanitos lo suertudos que son todos aquellos que han podido establecerse en este país de infinitas posibilidades.

Benjamín Hassler no tuvo más remedio que pararse otra vez y buscar un sitio en esa cola conversadora, bullanguera, llena de niñitos: esos niñitos chillones y movedizos que le trajeron de pronto el recuerdo de una Sonia embarazada, qué horror, encinta o como dirían los muchachos del barrio: «le llenaron el tanque de la gasolina y se olvidaron de la tapa». Qué rápido había pasado el mes y medio en Fort Lauderdale y con qué facilidad se pudo embarcar en el asunto de Tinina Bentín, y el bien que le había hecho, Sonia, porque nunca pensó que podría engañarla tan rápido, aunque en el fondo, no fue engaño lo que hizo, mi padre nunca había engañado a nadie, como la vez que le dijo a mi amigo, el cónsul Steve Woodman, delante mío para mi asombro:

—No olvide, señor Woodman, que yo le doy mi palabra de honor. Mi palabra de caballero. Porque yo nunca he engañado a nadie.

—Cómo puedes decir eso —le había respondido yo riéndome, porque no podía seguir molesto con el asunto de las re-

laciones extraconyugales si quería conservar el cariño de mi padre—; tú no haces otra cosa que engañar a mi madre.

—Engañar es otra cosa, Benny —me dijo en aquella oportunidad—. Engañar quiere decir hacer daño, y yo nunca le he hecho daño a nadie. Ser infiel no es engañar. Yo sí he sido infiel, de eso que no quepa la menor duda, pero jamás he engañado.

Una vez en el avión, se dispuso a esperar con tranquilidad lo que le sucediera en Lima. No distinguía al supuesto padre de Sonia, y tampoco quería verlo. El colmo de la mala suerte sería encontrarlo en el avión y en la misma fila o al lado suyo. Eso sí que sería mala suerte. Le gustaba viajar solo, dormir, dejarse llevar por los pensamientos o, simplemente, mantener la mente en blanco. Una vez en Lima, nadie, sólo yo, iría a recibirlo. Yo, quién más iría a recibirlo, a las nueve de la noche, todavía, en verdad a las diez o a las once, porque el asunto de las maletas es terrible en Jorge Chávez. Yo estaría allí para recibirlo, subirlo al carro y llevarlo después a la Academia. Mi madre no iría por nada del mundo, y Sonia era lo suficientemente astuta para no ir. La otra ya estaba desahuciada para estos trotes. Yo, su hijo, el descendiente, estaría como uno de los pocos Hassler que quedaban en esta ciudad, porque Brian estaba muerto y al hijo de Herman, Carlos Fernando, no lo veía casi nunca. Nuestros hijos resultaban ser los dos exponentes de la cuarta generación de los Hassler en el Perú: Benny IV y Carlos Fernando II.

Cuando Tinina Bentín le preguntó antes de partir a Lima cuál era su procedencia, Benjamín Hassler estuvo pensando un rato en aquel hilo delgado y trémulo que resultaba ser ahora su familia en el Perú, afincada a plazos y reduciéndose de a pocos, sintiéndose un poco diferente, aunque entremezclándose con mujeres como Ruth Ostolaza y Sonia Valverde, mujeres de entrecasa, «sombras nada más» o «esa maldita pared», una mezcla de polvitos furtivos, pasiones locas, pendejadas de señor con apellido y escapadas con matrimonio hacia algún

pueblo de la frontera México-Estados Unidos, como si fuese un cotizado actor de Hollywood.

—De dónde procedes tú —lo había increpado Tinina Bentín coquetamente en la sala de su departamento del Sea Ranch—. Ya me imagino de dónde viene, para ser más sencillos en el uso del lenguaje, que parece que no es tu fuerte, esa Ruth Ostola... ¿con Z o con S... ah? porque de repente resulta pariente de don Juanito Valdivieso... y también sé de dónde procede Sonita Valverde, que ésa sí me parece un melocotón de lo gordita que se te va a poner con los mimos que le haces... Esas procedencias sí que las conozco, pero la tuya, Benjamín Hassler, la tuya, ésa es la que me interesa conocer... Hassler Neuhaus, ¿no?

¡Cuál sería su procedencia, cuál...!, porque ni siquiera se fue a las selvas de Oxapampa como los otros alemanes que llegaron al país y tampoco pertenecía al ghetto alemán judío o judío alemán, que lograba tener una raíz más por la veta judía que por lo alemán propiamente dicho, tal como la tenían los judíos de procedencia rusa en Buenos Aires o como los judíos polacos o checos dispersos por las costas del Pacífico.

—No sé —le había respondido Benjamín Hassler con cierta timidez, hasta que recordó la famosa expresión de su hermano Herman—: «procedemos del dinero, compadre, porque mi padre fue banquero y mi abuelo, sabrá Dios, ya que se pierde en las leyendas del sur, entre Tacna e Iquique...»

—O sea que banquero. Ésa sí que es una buena procedencia. Pareciera ser que ustedes provinieran (se dirá así, lo miró coquetísima otra vez) del centro mismo de la raza del universo, porque quien no tiene de Inga o de Mandinga, tiene del Poderoso Caballero Don Money, que tanto aloca a los gringos, a los gringos-cholos y a los cholitos que llegan al paraíso. Mira si no, lo gringo que está Francisco Noriega y don Juanito Valdivieso... y cómo el colorado Dicky Wieland ya perdió toda nacionalidad, y el problema de la paternidad —te acordás hermano de las épocas del Lawn Tennis, le guiñó un ojo Tinina

Bentín— ya pasó a mejor historia. Ahora es un gringo nacido por error en el Perú, porque el Gringo Wieland, su padre, asiduo concurrente del Phoenix Club, frecuentaba el Lawn Tennis de puro democrático que quería ser. No sé si recuerdas a su papá, un señor totalmente colorado, elegantemente vestido, siempre para la ocasión, y de poquísimas palabras. Nunca supimos con qué mujer se metió, pero estamos seguras de que esa procedencia lo marcó muchísimo.

Benjamín Hassler estaba pésimamente ubicado en el avión o, como le pareció reconocer, con muy mala suerte. Estaba lejos de los gritos de los chicos, es cierto, pero le tocaron unas personas demasiado gordas para viajar en clase económica, la clase en la cual estaba destinado a permanecer ahora que la Academia no era el negocio de las primeras gloriosas décadas. Los dos gordos de sus costados tenían unos brazos demasiado rellenos y unas manos muy poco afiladas y unos dedos que parecían todos provenir del único y letal dedo gordo. Felizmente que tenían el sueño ligero y pronto los escucharía roncar, porque ahora, excitados, hablaban todos con todos, enumerando los parientes que tenían en diferentes Estados del Coloso del Norte y la cantidad de regalos que traían a los parientes de Lima. Lejos, al fondo, porque los vio ingresar rápidamente, estaban los hijos de sus amigos los Dubois, que lo saludaron al pasar por el angosto corredor del avión.

—Hola, Benjamín. De vuelta al barrio.

Y trató en vano de cerrar los ojos, dormitar un poco, antes de que las aeromozas empezaran a ofrecer los diversos servicios. Dentro de cinco horas estaría en el aeropuerto Jorge Chávez, en plena noche, tratando de divisarme.

No me costó trabajo reconocerlo entre toda esa cantidad de pasajeros que regresaban a Lima desde la ciudad más cotizada por los aduaneros, que no entendían cuando una persona llegaba de Miami con una sola maleta y sin la cantidad de regalos inútiles que arrastraba la mayoría de pasajeros. En ese momento, todo el fetichismo surgía desde lo más profundo

de nuestra idiosincrasia al topar con un aparato electrodoméstico; una vez detectado por esas personas de anteojos ahumados, casacas negras y bigotitos recortados que le hacían juego a una cabellera abundante y aplanada de gomina, esos empleados, los aduaneros, de gafas y casacas sospechosas, que se jactaban de haberse maltratado la noche anterior y se miraban entre sí sonriendo y aterrorizando a los demás, distinguían a los pasajeros por la facha, la cantidad de maletas y los maquillajes. Benjamín Hassler logró pasar la etapa de los pasaportes y se disponía a esperar el enredo de las maletas cuando, sin proponérselo, distinguió el bolsón que contenía todas las ropas de baño empapadas, sus gajos, sus gorros, sus toallas y la abundante ropa interior que había comprado para que Sonia se la pusiera en su nombre y gloria.

Viajar era un lujo persa. Desde la época del presidente Velasco Alvarado viajar se había convertido en una especie de escape, para unos, y de lujo asiático para otros. Las niñas que trabajaban en el mostrador de las compañías aéreas se pasaban el día entero chismeando acerca de la cantidad de artefactos electrodomésticos y la ropa elegantísima que se traían todas las esposas de los militares, cuando no las depositaban por Ancón, a través de embarcaciones que se bajaban mansiones enteras, y daban un montón de motivos para hilar historias, fomentar chismes y desplegar la mala leche de los tés limeños.

¡Que no se podían imaginar todo lo que se traía esa gente...! Entran y salen sin control, sin que esos aduaneros de lentes oscuros y casacas negras hagan absolutamente nada... por eso se las emprenden contra el común de los mortales, con nosotros, que no tenemos parientes militares. ¡No te imaginas la cantidad de cholitos que se traen el *mall* entero a la barriada, Clara...! Clara no estaba ni estaría ahora para recibirlo en este Aeropuerto Internacional Jorge Chávez, que era ya una barriada tomada, consolidada y tugurizada, repleto de esa gente que no sólo vino de la sierra a la costa, de algo que termina con Bamba a Lima, sino que se va a Miami, a Nueva York, a

Nueva Jersey o a Los Ángeles; unos cholitos adefesieros, te cuento Clara, que se las traen... eso sí: de modales no tienen nada, pero son unas verdaderas flechas, de lo listos que son.

Ahora, mientras Benjamín Hassler recogía su maleta, el aeropuerto se había convertido en el verdadero pulso del país. Se trataba de una construcción que contaba ya con sus buenos treinta años y recibía ahora una población de seis millones de habitantes. Qué lejos los tiempos cuando descendió por Ancón, para esquivar a aquella muchedumbre que generosamente deseaba brindarle su tributo por su éxito y fracaso en la Olimpiada de Berlín... a finales de 1936...

Lima era, en aquella época, una aldea grande y él un ídolo completo. El tiempo pasaba como una cachetada. Entonces lamentó la decisión de Herman de hacerlo bajar por Ancón como si fuese una mercadería de contrabando. Porque él no partió con la delegación y tampoco pudo regresar con ella ya que se fue de tour con sus padres, para relajarse del mal momento. Y cuando regresó como peruano exitoso, Herman lo hizo descender por Ancón y regresar a su casa de Arenales lejos del calor de su pueblo. ¿Su procedencia...? Berlín... ¿Qué...? No, muchacho: vengo de Miami. Ahora vengo de Miami, la otra vez...

Mi padre hizo el primer intento de verme cuando lo empujaron unos galifardos desesperados porque acababan de atisbar sus maletas dando vueltas. El viaje de ida tenía ahora en el Perú el significado de la huida de un campo de concentración, pero el de regreso respiraba un vaho de resignación. Los suer-tudos eran los peruanos que se iban a Miami con el problema infinito de las visas resuelto, porque los terroristas avanzaban con sus coches bomba y sus apagones en plena capital.

Viajar era un lujo, y viajar con el exclusivo motivo de nadar era el lujo de un viejo orate. ¿Quién rayos se divierte en el agua bañada en cloro, yendo y viniendo, como si el tiempo fuera un estanque que se rebalsa como los relojes de arena? Un tiempo que va y viene, avanza y retrocede, como esta are-

na limpia que comunica un vaso con el otro, cuando el tiempo lo invierte y la historia retoma su trama en ese camino recorrido y por recorrer, nuestro pasado y futuro, en ese ir y venir de los entrenamientos de natación...

Sería por eso que se sentía tan cómodo en la piscina; sería, quizá por esa razón, que Benjamín Hassler se relajaba tanto en la piscina, ya que el tiempo no avanzaba y sí daba vueltas concéntricas como si fuera capaz de hacerlo reventar en sus manos. El único tiempo dentro de la piscina era aquel que marcaba el cronómetro, un tiempo de fantasía, rapidísimo: ese tiempo que se le escapaba de las manos.

Todos los parientes de los pasajeros esperábamos en plena calle el momento en que por fin salieran, porque no estaba permitido el ingreso al aeropuerto. El paso por la aduana correspondía a la tercera etapa —luego de los pasaportes y las maletas— y allí uno se las tenía que ver con esos tipos de gafas y casacas negras muy sospechosas. Felizmente que Benjamín Hassler viajaba con lo mínimo, muy ligero de equipaje, funcional, como un viejo agringado que usa lo necesario. Si la abría, se iría de espaldas este aduanero achorado y malero con tanto calzón negro y de bobos, porque a mi edad, por si no lo saben, la ropa interior no es aquella que se reduce al mínimo, sino aquella capaz de despertar la fantasía. Que la abra, si así quiere. Me está mirando. Seguro piensa: este viejo pendejo algo trae, porque un viejo solo y regresando de Miami es un traficante o un lorna. Entonces me dijo que la abriera.

—Abra su maleta, señor.

—No traigo nada que declarar —respondió Benjamín Hassler—. Sólo cosas personales.

—Rutina —le dijo el aduanero—. A ojo de buen cubero.

Benjamín Hassler lo miró entre somnoliento y curioso cuando el aduanero empezó a remover todos los calzones negros, las medias color carne viva, las ligas, los portaligas, los fustanes, los sostenes, esa indumentaria que excitaba sus noches limeñas como si fuesen funciones privadas de placer sofisticado.

—Son para mis señoras —le dijo Benjamín Hassler, anticipándose a cualquier comentario—. Las tres son del mismo tamaño. Piensan igual, pero tiran distinto.

—Pase, pase. Los mayores siempre enseñan —le gruñó el desconcertado aduanero.

Cuando pude verlo, ya salía de la etapa del control y se disponía a mirar con sus ojitos chinos por la luna que nos separaba.

Una vez en la calle, entre los gritos de «taxi, taxi» o «lo llevo, señor, Miraflores, San Isidro, Centro de Lima», pudimos abrazarnos y lo trepé al automóvil.

Lo dejé en la Academia a eso de la medianoche, tal como lo había calculado. No me hizo pasar y tampoco se lo insinué, porque creo conocerlo. La soledad es una buena compañera, siempre y cuando uno no se sienta solo. Estoy seguro de que esa frase me la dijo él, en todo caso me la dijo con su cara agotada cuando le di un último abrazo y me despedí diciéndole que lo llamaría mañana a primera hora.

Mi padre abrió la puerta de su Academia y lo primero que distinguió fue su viejo Datsun estacionado en el hall de la entrada. Todas las fotografías colocadas en la pared izquierda se mantenían intactas en ese tiempo detenido por siempre, ya que muchas de ellas lo conservaban joven y fuerte, musculoso y en ropa de baño. Allí estaba él solo o en la compañía de sus mejores discípulos: la recordada Juanita Carriquirrí; su discípula más cercana y querida, «Choco» de Vivanco, y la posta, por si le interesa, de Viña del Mar en 1956.

Una vez que cerró la puerta y constató que el auto estaba en pie, aspiró, sin querer, el olor refrito de su piscina vacía, rara mezcla de pasto con loseta y rumor de viento alterando los perfiles de los edificios residenciales propagados bajo la tenue luz de una luna idiotizada. Decidió no hacer ninguna pesquisa por el jardín, ni tampoco por la terraza, e ingresó a su pequeño departamento.

¿Cuál era su procedencia...? Recordaba nítidamente la voz

suave de Tinina Bentín que le hacía esa pregunta al pie de su puerta, porque ni creas que te acompaño al aeropuerto, con las ganas que tengo, pero qué dirán... una dama como yo no es capaz de acompañar a su amante al aeropuerto. ¿Cuál sería...? Esas fotografías le recordaban solamente sus mejores momentos, aquellos de la gloria física, del cuerpo en su esplendor, cuando vivía con nosotros y salía a hurtadillas con Ruth Ostolaza y entrenaba a los muchachos y enseñaba a nadar, uno de los oficios, como se lo dijo uno de sus amigos de los «matrimonios informales», más ingenuos y menos dañinos que hay. Una persona así no puede ser mala.

Dejó la maleta allí y empezó a subir las escaleras alfombradas y se topó con la sala de su departamento, amoblado muy austeramente, como ya le gustaba, Herman —y no creas que me voy a morir por vivir así y ni creas que voy a despilfarrar mi dinero en cosas que no sean Sonia y nadar en la piscina—. Si piensas que soy egoísta, no creas que me diferencio mucho de ti, aunque hayas cometido la cojudez de casarte de nuevo, después de haber enviudado de Lidia.

—Es una reverenda cojudez casarse una vez, y ya ni te cuento lo que es casarse dos veces. Yo creí que eras el más brillante de los tres y ahora empiezo a pensar que el más inteligente soy yo: justo quien no concluyó sus estudios universitarios y el que no se fue a radicar a los Estados Unidos... Por lo menos, tengo una mujercita, y sin casarse ni tener que pagarle...

Al prender la luz distinguió los dos cuadros heredados de casa de su madre; uno en la pared de la sala y el otro en ese comedorcito tibio donde solía ser servido por Cupertina, algunos días de la semana, y por él mismo durante las noches, antes de ingerir el añorado Rohypnol. En verdad, dudaba entre tomar o no la pastilla esta noche; no había encontrado ninguna carta de Sonia debajo de la puerta y mañana sería un día difícil, que iniciaría, tal como era ya su costumbre al regresar de un viaje, con una visita relámpago a Ruth. La primera en

recibir su visita era siempre Ruth Ostolaza. Clara Hamann recibía una llamada por teléfono y con Sonia ya ve-ría cómo se iría desenvolviendo el día.

Se acercó a esa cocinita muy parecida a la del Gold Coast, cogió un vaso, lo llenó de agua y se empujó la mitad de la pastilla. Nada mejor que dormir bien para visitar a Ruth. Además, la avenida Dos de Mayo le traía tantos recuerdos y estaba tan mal conservada. Iría al mediodía, después de la misa de once. Le daría una sorpresa. O un susto.

¡Qué cansancio...! Mi cronómetro ya no le toma el pulso a los meses o a las semanas y menos aun a los días. Ahora todo se reduce a un asunto de segundos. Muy pronto será de día y tendré que tomar la otra mitad de la pastilla, aunque sea podré dormir hasta las ocho. Unas buenas horas de sueño, como cuando se era muchacho.

Cuando llegó a la cuadra dieciséis de la avenida Dos de Mayo no estaba seguro de tener la llave del departamento de Ruth Ostolaza. Encontró un sitio frente a la botica Las Flores y desde allí estaba en capacidad de distinguir la avenida de la iglesia San Felipe. No tenía las llaves del departamento; no las tenía, caray, porque el departamento era y estaba a nombre de Ruth Ostolaza, tal como constaba en los registros públicos. Su generosidad no tenía límites, y como necesitaba a falta de sólidas convicciones religiosas una autoestima, consideraba que no era justo abandonar a su suerte a una mujer que le había entregado sus mejores años. Y piernas, como diría Francisco Noriega, porque la chola de Benjamín Hassler estaba buenísima. Y Ruth Ostolaza no era una pichoncita ni una pimpollita ni un bomboncito o un *bocatto di cardinale*, nada de eso; Ruth Ostolaza era una chola muy bien puesta como para darle por el culo. Ese departamento era una especie de compensación por tiempo de servicios, y muy bien prestados.

No tenía las llaves... Pero cómo iba a tenerlas, si casi nunca la visitaba. Durante un tiempo, casi al instante de haberla dado de baja, cuando la despojó de su condición de amante

oficial, la visitaba con relativa frecuencia. Los motivos eran diversos, y no todos muy santos: una visita que alternaba el planchado de camisas o de pantalones, acompañarla a almorzar, compartir algunos programas de televisión y, cuando pasaron los años y los dos se fueron poniendo más y más viejos, ella le preparaba unos tecitos, unas agüitas, unos cafés con leche, pero por nada del mundo se quedaba en su departamento. Benjamín Hassler la visitaba... Le hacía sus visitas...

Bueno, sería ocasión de hacer algunas diligencias antes de ingresar al edificio. Podría averiguar el estado de algunas de sus cuentas en el Banco Continental, en cuya agencia trabajaba una empleadita como le gustaban a él, el pelo recogido y un cutis inocente entre ese uniforme y las renovadas tecnologías. Benjamín Hassler pertenecía a esa raza aciaga que gustaba enamorar románticamente a las empleaditas del banco... En eso se parecía a uno de sus amigos de oficina en el Banco Hipotecario, Luis Alberto Merino, que no cesaba de enamorarse y de soñar con esas mujercitas de uniforme, pensando que les haría un favor sacándolas de su destino de oficinas y de estar por siempre detrás de los vericuetos de las ventanillas. Podría también comprar algunas vitaminas en la botica Las Flores y saludar a ese caballero de enormes bigotes que tan bien ponía las inyecciones, porque a mi abuela, durante los años de su enfermedad, que fueron largos, la inyectaba dos o tres veces al día.

Incluso podría visitar la casa de su madre, el verdadero motivo por el cual alquiló y luego compró el departamento de Ruth Ostolaza, desde el cual podía divisar la casa de su madre, aunque bien sabía que la casa de su madre era ahora un edificio enorme, mucho más alto que el edificio en el cual estaba el departamento de Ruth. O podría ir a la iglesia San Felipe, porque ya iban a ser las doce, y podría acompañar a Ruth Ostolaza de regreso hacia su departamento. Pero hacía mil años que no pisaba una iglesia. Y menos ésa. La iglesia San Felipe le recordaba toda la época en la cual su madre asistía a diversas misas, sola o acompañada por don Isidro de Garnica, un caba-

llero español que se jactaba de haberse lesionado una mano combatiendo a los Republicanos durante la Guerra Civil, que continuó visitando Lima aun después de la muerte de mi abuelo, durante muchísimos veranos, porque siempre visitaba Lima en verano.

Qué iba a ir a la iglesia San Felipe, cuando en pleno ruido de campanas pletóricas, dando las doce, vio salir a un grupo compacto de personas. No tardaría en distinguir a Ruth... No tardaría... Pero nunca pensó, jamás, por la mismísima miseria humana, que esa viejita con una mantilla negra y jibándose y protegiéndose de los chiflones, arrastrando un poquito los pies, muriéndose de miedo de todas las cosas que podrían pasar a su alrededor, fuese ella: esa cholaza caderona que te has sacado al diario, Benjamín, un trago por ella, seguro que no la prestas, la quieres para ti solito, angurriente... Ella, sí, ella, la misma del uniforme apretado, la misma de las ropas de baño ajustadas, la misma de las medias color carne viva y humeante, la misma calatita culeando matiné, vermouth y noche, en esos viajes memorables por el Caribe.

Benjamín Hassler descendió del automóvil, y se dispuso a darle el alcance. La contempló pasar por el frente de la casa del general Francisco Morales Bermúdez y llegar a la esquina, temerosa por la cantidad de vehículos que surcaban la avenida a esa hora del día. Levantó la vista, no lo distinguió, e intentó cruzar. Benjamín Hassler la esperaba al otro lado de la pista, pensando cómo iniciaría la conversación, cómo le saldría esta visita, felizmente que tuvo tiempo de sacar unos cuantos billetes del banco, no había tenido tiempo de comprar gran cosa, aparte de la ropa interior que era todita para Sonia, qué mierda le podría traer a Ruth, qué le podría gustar ahora a Ruth, quién chucha era esta viejita que, por cierto, no le molestaba atender, mantener, sostener, porque no era capaz de abandonarla a su suerte o dejarla en la calle, tal como estaba ahora cruzando esta maldita pista a los sesenta y cuatro años.

—Ruth —le dijo—, qué bien te encuentro. Vienes de misa...

—Como siempre, Benjamín... No sabes el bien que me hace escuchar misa.

—Te ayudo.

—No es necesario, pero si quieres, no me opongo.

Benjamín Hassler cruzó esa avenida de árboles frondosos, ahora completamente transformada en una zona comercial, y empezó a subir lentamente las gradas de la escalera que conducía a la entrada principal del edificio. De pronto tomó conciencia de que Ruth Ostolaza no solamente era una viejita, sino que andaba tocada de la cabeza con esa enfermedad senil que es la beatería. Mierda: se había vuelto una beatita de lo más tonta y aburrida y monotemática y ni siquiera se daba cuenta de que su Benjamín regresaba de pasar una temporada en ese lugar que ahora consideraba un pecado, un verdadero santuario de Satanás: licor, costumbres relajadas, dinero.

Subieron por el ascensor y Benjamín Hassler la ayudó a abrir la puerta del departamento. Una vez dentro le desagradó el aire cerrado que tenía ese lugar y casi se puso a abrir la enorme ventana que daba a la Dos de Mayo. Ella se lo impidió con un gesto, mientras se sacaba de encima su mantilla, su chalina y su abrigo. Su rostro estaba demacrado. Había perdido peso. Pero conservaba esa amabilidad en los gestos, en el tono suave de su voz y en la manera de articular sus pensamientos.

Benjamín Hassler tomó asiento y no sabía si contarle dónde había estado o preguntarle, más bien, qué es lo que había estado haciendo, muy consciente, como que lo estaba, de que Ruth Ostolaza llevaba una vida sumida en el sentimiento de culpa y lo pagaba yendo a misa de once todos los días de la semana, menos los domingos, cuando la gente bien que quedaba en esa zona de San Isidro asistía a escuchar al padrecito chic, o a cualquiera, qué importaba, porque desde que falleció el cura alemán de la parroquia, sólo quedaban el padrecito chic y el cholito joven.

Ruth Ostolaza estaba con la mente en blanco, en ningún tiempo, recordaba poquísimo y necesitaba que Benjamín Hassler viniera de vez en cuando para revisar el estado de las cuentas y los pagos de los servicios elementales. Eso lo ponía de mal humor y en varias oportunidades llegó a pensar que su secretaria Daría Montes podía hacerle ese trabajo. Y así fue. Qué importaba a esta altura de la vida, cuando todos arrastramos los pies, si Clara Hamann se molestaba o no. Daría Montes se haría cargo de toda esa papelería y se la regresaría ordenada a través de Benjamín Hassler.

Antes, cuando empezó la etapa de las visitas, cuando empezó a sacarle cuernos con señoras bien, mi padre tenía algunos motivos para visitarla: que le planchara unas camisas, que le hiciera algunos dulces, que se preocupara por él si se encontraba resfriado o sufría del estómago o necesitaba una dieta especial.

Isaías Mujica se lo había soltado en la cara en una oportunidad:

—Pero mi buen y querido Benjamín, usted debe saber que para las mujeres los hombres tienen su momento. Cuando una mujer dice de nosotros que somos guapos, es que se trata de un varoncito de veinte años; cuando dice que somos atractivos, es que se trata de un hombre maduro y con muy buen dinero en sus cuentas bancarias; y cuando dice que un hombre es sano, se refiere a un viejo como tú o yo. Sano, Benjamín. Sin achaques, sin manías, sin la testarudez o los dolores de espalda que nos hacen in-so-por-ta-bles.

Isaías Mujica siempre tuvo la inteligencia de desprenderse de sus amantes, porque una amante no puede envejecer a tu lado, Benjamín, eso es contranatura y va contra las leyes fundamentales de los amores pasionales y fugaces. Quien envejece al lado de uno es la esposa, la madre de nuestros hijos. Pero la amante, jamás. Debe ser terrible convertir a una amante en esposa, y vieja, para colmo.

Benjamín Hassler la miraba con ternura, porque mientras

él nunca le dio nada (aparte de este departamento en el corazón de San Isidro y una remesa bastante respetable), ella había vivido exclusivamente para él. Podría pensar que nunca comprendió las reglas del juego, pero no estaba en capacidad de aceptar que esas mismas reglas la habían llevado a este estado de idiotez religiosa.

—Deberías pensar más en las cosas espirituales, Benjamín, y no tanto en el cuerpo. El pecado utiliza nuestro cuerpo para expresarse y atraernos a su lado y llevarnos al mal. No entiendo por qué sigues nadando y te preocupas tanto por batir nuevos récords. No te llego a entender...

Benjamín Hassler aceptaba a regañadientes su nuevo rol, casi de enfermero, cuando la vida le enseñaba que las cosas deberían ocurrir al revés. Los caballeros que alguna vez tuvieron la mala o buena fortuna de tener amantes, debían gozar, en su vejez, de la compañía de una enfermera, pero nunca, jamás de los jamases, deberían convertirse en cuidadores de la vieja loca y mal formada todavía, porque la chola no manejaba una cultura como para darse cuenta de... Felizmente Sonia ocupaba su lugar, felizmente tenía una mujer, una compañía, una enfermera que le daba calmantes, le regalaba el culo, lo atoraba de besos, gozaba de una suave sonrisa y le daba a entender que estaba muy bien, y todo ese botiquín a cambio de... a cambio... de... algo... pero saber eso le interesaba solamente al egoísta y envidioso de Dicky Wieland, que no sale de unos cuantos polvos de doscientos dólares en la siempre dudosa compañía de Francisco Noriega, con una putita que en Lima sería Miss Playa, Miss Verano, Miss Juventud y allá sólo vale cien lucas, ni que no lo supiera yo, tremendo, viejo traumatizado por meter la nariz en el 20 de Setiembre y no soportar el perfume de una puta aunque no lleve perfume, sea ella blanca, esté bronceada y te mire a la cara con aire angelical y acento gringo, purito, bien saludable, Ben, taipá, como diría el cholero del gringo Valdivieso.

—Te quedas a almorzar —le preguntó Ruth Ostolaza.

Benjamín Hassler había dejado volar sus pensamientos, no contaba los minutos porque había aprendido que mejor era dejar transcurrir el tiempo naturalmente, y miraba a lo lejos los árboles de la Dos de Mayo, se dejaba arrullar por las bocinas y el incesante trajinar de los peatones.

—No creo. Acabo de llegar. Estoy molido.

—Antes te quedabas, al menos tus visitas tenían un motivo. De cuándo acá este apuro.

—Te estoy diciendo que anoche regresé de Miami y estoy con los huesos rotos.

—¿Sigues yendo a los Estados Unidos? No te cansas nunca, Benjamín. Espero que hayas visitado a tu hermano Alfonso, la única persona que vale la pena en ese sitio de pecado.

—Ruth, no seas tan dura en tus juicios. No eras así...

—Pero ahora sí lo soy. No olvides, Benjamín, que nunca obtuve nada a cambio en todos estos años que estuvimos juntos.

—Seguimos juntos, Ruth, pero con la distancia necesaria.

—Si llamas a esto estar juntos, tu visión de la vida es completamente distinta a la mía. Nunca he estado más sola que en estos últimos años. No tengo amigos; mis parientes ya ni se acuerdan de mí; no tengo hijos, no te tengo a ti... que es lo más importante, Benjamín, ya no te tengo a ti.

Ruth Ostolaza se acomodó en el sofá de la sala y no estaba dispuesta a seguir hundiéndose en ese mueble de plumas, porque la humedad la mataba. Lo miró un rato, y prefirió no seguir hablando, pero paradójicamente tampoco estaba dispuesta a escuchar sus anécdotas de Fort Lauderdale.

—Creo que exageras, Ruth. Nunca te he olvidado. Tus remesas llegan... —dijo de pronto Benjamín Hassler.

—Benjamín, no toquemos ese tema por favor, que no me hace bien. Vengo de misa. Si crees que...

—Ruth, te agradecería que no te molestaras cuando vengo a visitarte; yo guardo por ti una gran esti...

—Benjamín...

—ma... Gratos recuerdos, grandes momentos, viajes esplendorosos, cuarenta años, Ruth, cuarenta años de felicidad extrema...

—Daría Montes ha cancelado todas las cuentas según tus indicaciones: luz, agua, teléfono, guardianía y un extra, así me dijo, un extra para mis caprichos... Para tus necesidades, ésa fue la palabra. Una linda mujer Daría Montes, desgraciadamente para ti, tiene ya sus años y es diabética.

—Solamente deseo aligerarte las cosas, resolverte los problemas, darte una mano, no quiero abandonarte, Ruth... Me gustaría que me comprendieras. Que te pusieras por un instante en mi situación.

—¿Y cuál es tu situación?, si no es indiscreción...

—Mi situación...

—Sí; tu situación, porque yo la veo muy bien. No te falta nada y lo tienes todo. Debes estar con una mujer, porque de otro modo vendrías a visitarme con más frecuencia, aunque sea para que te planche los pantalones.

—Vivo solo, como tú. Pero a mi edad tengo mis costumbres y no hay mejor placer para un viejo que estar solo, sin fastidiar a nadie.

—Eres un mentiroso. Yo también cuento con mis informantes, y sé muy bien que tienes una compañía.

—Duermo solo. Vivo solo. A la Academia, y eso lo sabes bien, no ingresa nadie.

—No te creo. Me has dejado cuando...

—Nadie ha dejado a nadie, Ruth, te vengo a visitar y mira cómo me recibes.

Benjamín Hassler comprendió que el tiempo concedido a Ruth Ostolaza llegaba a su fin. No le convenía quedarse ni un minuto más, a riesgo de empezar las interminables discusiones que pusieron fin a una relación de más de cuarenta años, porque sí que continuaba, la relación con Ruth Ostolaza terminaría solamente con la muerte.

Entonces se paró de imprevisto, se puso delante de ella, la

miró con una compasión que pretendía ser conocimiento, y le dijo:

—Debo irme. Me encanta saber que te encuentras bien.

—En la compañía del Señor siempre se está bien, Benjamín; felizmente el dolor al cuello está pasando. Aparte de ese dolor, casi no siento nada. He entendido que todos los años que pasé contigo estuve viviendo en pecado, pero como no me encontraba en el infierno por el amor que te guardo, no tomaba conciencia del pecado en el cual vivía.

—No sé de qué estás hablando, Ruth; francamente no te entiendo. Todo está bien, hemos vivido en el amor, pero debes comprender que las cosas no duran para siempre y yo necesito de la soledad para llevar adelante mi vida. El amor no termina; cambia.

—Y cambia tanto que ya no es posible reconocerlo.

—Debo irme. Verdad: hay un montón de asuntos pendientes.

—Entre ellos —lo interrumpió Ruth Ostolaza— visitarme.

—Lo primero que he hecho es visitarte. ¡Lo primero!

—Y ahora donde quién vas...

—Donde mi esposa... Donde Clara.

—Eso es asunto del pasado, como el mío. Donde quién más... ¿ah?

—Estás peor que mi esposa y te comportas como si estuviéramos casados. ¡De la que me he librado, Dios mío...! Voy también donde Benny, que tuvo la gentileza de recogerme anoche del aeropuerto y no he tenido tiempo de agradecerse. Después regresaré a la Academia a echarme una pestañada.

—Me engañas, Benjamín; sé que me engañas, porque te conozco y sé cómo engañabas a tu mujer conmigo. Ése, lamentablemente, es nuestro único parecido.

Benjamín Hassler se encontró de pronto en la Dos de Mayo bastante cansado, transpirando, en medio de una temporada invernal que no parecía irse. Si bien estábamos en setiem-

bre, la primavera aún no llegaba a su esplendor. Los árboles de la Dos de Mayo no recuperaban sus hojas y sus ramas se contorneaban como esqueletos arrastrados por el viento.

Estaba entre ir donde Clara o donde mí, porque definitivamente Sonia no había dado señales de vida. Si no fuera por el maldito embarazo hubiera sido la primera en llamar o en visitar, porque claro que lo hubiera estado esperando, hubiera ido a la Academia y lo esperaría allí, metida en la cama, con la luz apagada. Sonia tenía las llaves y Benny tuvo el buen tino de no intentar subir ni siquiera para ayudarlo con la maleta; Benny mejoraba en algo, sin duda, pero su precaución resultó innecesaria: hasta el momento, Sonia no daba muestras de vida.

Volteó y salió un rato a sumergirse en esa callecita entre la Dos de Mayo y la Javier Prado, justo delante de la botica Las Flores. Todas las transversales tenían nombres de flores sencillas, de tal modo que la politización del distrito de San Isidro no existía en absoluto, y daba pie, más bien, a una atmósfera ecologista a contrapelo con la vorágine comercial que invadía crecientemente esa arteria, una de las más verdes de la ciudad. Contempló desde allí la casa de mi abuela, convertida ahora en un enorme edificio con patrulleros estacionados en la avenida, y meditó sobre las razones que lo empujaron a comprar ese departamento, y a nombre de Ruth Ostolaza, como se lo repetía siempre, una muestra de su desinteresado amor, en ese preciso lugar, cuando su madre vivía. Desde la ventana del octavo piso podría contemplar, controlar y cuidar los intereses de su madre a partir de una relación clandestina y furtiva, entre la botica Las Flores y la iglesia San Felipe, dos sólidas instituciones a las que podría recurrir en caso de molestarle el cuerpo o el alma.

Pero en verdad no frecuentaba ninguna de las dos. No las necesitaba. No entendía las molestias producidas por la culpabilidad de la tonta de Ruth Ostolaza, que después de haberse dado la gran vida, se la pasaba ahora acucillada en esas

bancas de madera, rodeada de todas las beatas millonarias del barrio.

Clara Hamann se lo había contado, porque a ella se lo habían contado sus amigas, pero ya ni ganas tenía de ir a visitarla y romperle los cuadros de esos parientes horribles o jalarla de la mantilla —que le queda como la mona— y arrastrarla por ese espacio de paz hacia algún antro de donde probablemente procedía. La tenía a la mano, en uno de sus barrios, pero no le provocaba ajustarle las clavijas o hacerle un recuento de todas las pendejadas que le hizo en esos largos y dilatados cuarenta años. Pagaba sus culpas la buena de esta mujerzuela; pagaba sus pecados, pero sobre todo pagaba el mayor de los pecados, ese pecado por el cual sí sería capaz de ir a visitarla y sacarle la lengua en plena cara: Benjamín Hassler la cuerneaba de lo lindo, había sacado los pies del plato de esa relación enfermiza, la visitaba por pura compasión, ya no la aguantaba, porque ahora Benjamín Hassler mantenía otra relación que, si bien tenía que compartir con ella los cada vez menos generosos ingresos de su marido, le proporcionaba una alegría sin igual: esa chiquilla, esa mocosita, le había quitado de encima el peso de Ruth Ostolaza. Ella la había castigado, y ahora sí estaba a punto de ir uno de estos días a contárselo en plena salida de la iglesia. Un susurro... Un murmullo... Oiga, vea usted señora... Usted debe ser Ruth... Ruth Ostolaza... Usted no me conoce, pero quizá me recuerde, nos vimos una vez, hace mucho tiempo, en una de sus casas prestadas... Yo soy amiga de... Mejor así: yo conozco a Sonia Valverde, el nuevo compromiso de Benjamín Hassler, un viejito mañoso que usted conoce y la engaña con esa muchachita de dos por cuatro... Nadie da un medio por ella... Pero mire cómo es la vida... Adiós, ha sido un gusto. Adiós... Un verdadero placer...

XVII

Decidió venir a nuestra casa, saludarnos, almorzar lo que hubiese, darle un beso a María Pía y a su nieto, a quien no frecuentaba. Mi padre dudaba del amor de los abuelos. Consideraba que ese afecto baboso podría aburrir a los niños por el simple hecho de estar cada uno en el extremo opuesto de la vida. ¡Qué demonios puede interesarle un viejo a un niño...! Yo no conocí a mi abuelo, por ejemplo. Solamente lo recuerdo dormitando en su sofá de lecturas, ubicado en el escritorio prohibido de Arenales, en ese sofá de terciopelo que haría juego con los adustos estantes de madera.

Yo vivía en un acogedor departamentito en la calle Las Palmeras, por la cuadra seis de la Dos de Mayo y Javier Prado. Hacía unos dos años que radicábamos en Lima y sabíamos que pronto deberíamos partir de misión hacia algún lugar. María Pía era una muchacha de origen italiano, bella de cara, menuda y de andar elegante. Apreciaba a mi padre, pero prefería guardar las prudentes distancias. Además, mi padre no guardaba por la vida en familia un gran aprecio. En el fondo, me miraba con desconfianza, porque, al menos en las formas, yo guardaba una extraña monogamia.

Su visita nos cogió a la hora del almuerzo y, si bien lo esperaba, no creí que llegara tan pronto: conocía bien su itinerario afectivo y jamás pensé encontrarme en el segundo lugar del ranking de su corazón. No se había repuesto del viaje y la noche no había sido de las mejores. De eso no cabía la menor

duda: se le veía bastante cansado, algo maltratado, delgado, jibado para mi asombro y reducido según la observación de María Pía. Benny IV lo saludó con cariño y le contó de golpe que estaba en el equipo del Regatas; el profesor Javier Infante había logrado convencerme de que lo llevase a entrenar todas las tardes con el equipo Infantil «A».

—¿Qué edad tienes ahora? —le preguntó mi padre, sentándolo en sus rodillas—. Espero que seas mejor que tu padre.

Y mirándome de frente, me preguntó a boca de jarro:

—¿Qué pasó? ¿Cómo pudieron convencerme? Si cada vez te parecías más a tu tío Alfonso por esa fobia que le tienes a la piscina.

—No me gustan —le contesté—. Sabes bien que no soy mi fuerte. Pero el profesor Javier Infante lo descubrió nadando un domingo y allí mismo se me acercó para que lo inscribiera en el equipo. No negarás que lleva el apellido Hassler en la sangre. Y pensé que te gustaría, que la natación podría ser un raro pero válido lazo de unión entre nosotros tres. Quien no está muy entusiasmada con esto de las traídas y las llevadas, es María Pía. Ella sí que no tiene idea de qué rayos es la natación. Yo trato de tomar las cosas con calma, con humor e incluso con sabiduría, porque ignoraba las pasiones que despierta un deporte tan infantilizado como la natación.

—Son los nuevos tiempos, seguro. En mi época nadábamos solos, a ningún padre le interesaba lo que hacíamos y más bien nos escapábamos de madrugada a la poza El Pellejo. Ahora, con las mamás neurotizadas que los llevan y con los papás paranoicos que revisan los entrenamientos, no sale, qué curioso, ningún campeón.

—Yo no quiero campeones en esta casa —interrumpió, de pronto, María Pía—. Quiero una vida normal, y los campeones no son personas muy normales que digamos. Benny está excelente; estudia, entiende, lee, duerme tranquilo y está contento, que es lo principal. No me gustan los campeones —enfaticó

María Pía, que descubrió en el fatigado rostro de su suegro un desgarrador gesto de censura.

María Pía nos miró con preocupación y decidió atender a Benny IV que ya empezaba a cansarse de un abuelo que ni siquiera le había traído un regalo. ¡Pero qué abuelo es éste...! María Pía tuvo la esperanza de que por lo menos le trajera unos chocolates, pero nada. Todos los regalos fueron para la dueña de sus ojos, ese culito quinceañero y sinvergüenza, y por eso te va a pasar algo, casi se persigna la italiana de algún pueblo del sur de la península, criada en La Punta, por supuesto.

Benny IV se acercó una vez más al abuelo, husmeándolo, y descubrió que no le había traído ni un solo regalo. María Pía le puso las palabras que no tenía en la boca: y has venido todavía... has tenido el atrevimiento de venir sin un solo regalo para tu único nieto, el hijo de tu único hijo, no lo podía creer la italiana del sur de la península, criada entre un montón de parientes en una aldea clavada por el sol.

—¡Vamos, Benny!, debemos estudiar para que vayas después a tus entrenamientos. Eso pondrá contento al abuelo, que está muy cansado y se ha olvidado de...

—Bien dicho, María Pía —respondió para mi asombro mi padre—. Odio los campeones infantiles. Odio la natación de niños. Déjalo que se entretenga y que sea campeón de grande. A los veinte años. Yo tenía veinte años cuando en Berlín...

—Papá —tuve que decirle—, María Pía no sabe de esas cosas.

—Es cierto. Yo tampoco sé. Ahora he reemplazado Berlín por Mar del Plata, y me estoy preparando para ganarle a todos en ese Sudamericano dentro de dos meses. Estoy en forma. Y tendré setenta y cinco años, una edad perfecta para mi nueva categoría. Me fue muy bien en Fort Lauderdale, Benny. Te extrañé.

—Me imagino, aunque todo fue tan rápido. Ni siquiera te despediste. Me has escrito dos postales, máximo, y no recibí una explicación de lo apurado que estabas.

—Es cierto. Todo lo que dices es completamente cierto. Tengo unos asuntos que contarte, pero éste no es el momento.

—¿Algo grave...? ¿Puedo ayudarte...?

—No, Benny. Más bien cuéntame de los entrenamientos de mi nieto.

—Son aburridísimos, como lo puedes suponer, pero no dejo del todo mi lado intelectual, si quieres, y analizo cómo se comportan los padres. Los únicos que se parecen a mí son dos colegas que también tienen a sus hijitos de nadadores... No los conoces... Gutiérrez y Lohman. Por lo menos tenemos sobre qué conversar. El resto son simpáticos y se la pasan dando la espalda a los competidores a la hora de la carrera, brindando y peleándose entre sí, si por casualidad alguno de ellos tiene la mala suerte de tener un hijo del mismo sexo o que nade la distancia y el estilo del otro. En ese caso, son enemigos mortales.

Benjamín Hassler empezó a bostezar y no tuve más remedio que pensar que la natación, cuando no abordaba el tema de sus competencias, no le interesaba en absoluto. Su egoísmo era profundo. Lo que pudiera ocurrirle a Benny IV lo tenía sin cuidado.

—Mira lo que acabo de escucharle decir a una señora —le dije— que le ha dado por la natación, ahora que está viuda o sin marido: que Fernando Rodríguez es muy viejo para nadar con sus hijitos y debería retirarse para darle chance a las nuevas generaciones. Y es que tiene treinta y dos años ese nadador fuertísimo, la edad que tenías tú cuando competiste en el Sudamericano de Buenos Aires, ¡no me voy a acordar...! Pien-san que es muy viejo. ¡Qué pensará de ti esa señora, sobre todo cuando te estás preparando a los setenta y cinco años para participar en otro Sudamericano...!

—Ésa fue justamente una de las razones que tú sacaste de la manga para estimularme —me había respondido—. Me llegó al corazón, a la nostalgia, pero pienso sin embargo que las ganas se me están yendo. ¿Quién es Fernando Rodríguez... ah...?

—Ha sido campeón nacional de los 100 metros estilo libre hasta que se lo batió Luis López, un muchacho que vive por Denver. Fernando Rodríguez es una persona estupenda que ha decidido seguir nadando, porque le gusta, lo hace bien y acá todavía no lo ganan.

Benjamín Hassler recordaba perfectamente ese ambiente grato, de personas sanas, que se resistían a envejecer sin autoestima alrededor de la piscina olímpica del club Regatas; Martita, acompañada de las dos inigualables Saras, era una extraordinaria mujer de unos setenta y seis años que se metía al mar todas las madrugadas, lloviera o tronara; don Paco era otra persona una vez cumplido su entrenamiento diario; un doctor Romero sentía la vida en la cabeza cuando se daba el chapuzón matutino; el único que ya sentía la pesadez de la muerte en sus extremidades, que empezaba a ponerse achacoso, renegón y poco tolerante con las banalidades de la gente era, curiosamente, mi padre. Sin embargo, llegaba manejando su propio auto, conservaba una disciplina germana, saludaba a la distancia, reía poco, hablaba menos, y se zambullía en el carril del extremo, donde no pudiera tropezar con algún eventual nadador y el agua la moviera solamente él con sus desplazamientos.

—Y es que éste es un deporte solitario, para gente ensimismada —me dijo en una oportunidad—. Lo puedes practicar aunque el Perú esté bombardeado por los terroristas. No dependes de nadie. Yo nunca he tenido un entrenador.

—Pero no conversemos de natación, Benny, que acabo de llegar. Aprovechemos, más bien, este momento en que estamos los dos para contarte de Sonia. Yo sé que a veces la comunicación entre un padre y el hijo no es lo fluida que debería ser, porque, aunque hayas cambiado, el hijo acostumbra, a la larga, a fiscalizar a su padre. No es nuestro caso... ya sé, pero algo de eso hay... Yo lo siento así, y si lo siento así, así debe ser.

—Nadie se opone a que frecuentes a Sonia.

—¡Ya ves...! A punto de cumplir los setenta y cinco años, hablas todavía de oponerse. Estoy por morirme uno de estos días, y hablamos de oposición.

—Bueno, entonces cuéntame, yo me limitaré a escucharte como un amigo. Seré tu amigo. Estoy seguro de que te hubiera gustado viajar con Sonia a los Estados Unidos. La última vez que estuviste con ella en Buenos Aires les fue macanudo. Y créeme que estuve contento.

—Bueno, te contaré lo fundamental: Sonia espera un hijo mío, está encinta y ha desaparecido. —Yo intenté descubrir en su rostro algún gesto que delatara su estado de ánimo, pero no me fue posible—. Te lo quise decir antes de viajar a Fort Lauderdale, pero no fui capaz. Parece una telenovela, qué le voy hacer, pero es la pura verdad.

—Yo no sé —me encontré respondiéndole sin alteración alguna— qué es lo que deseas tú. Recuerdo haber tenido hace mucho una conversación parecida, y yo sí que estaba hecho una verga contigo, debo reconocerlo. Pero ahora como que me da lo mismo.

—A todos les da lo mismo, porque estoy viejo y debo morir dentro de poco. A tu madre le importa un carajo lo que me suceda, ni siquiera le importa la marcha económica de la Academia. Ruth está desvariando y cree que vivo en el pecado. Tú mismo... Hace algunos años hubieras hecho un escándalo. Hasta el dentista me hizo un arreglo superficial pensando que este viejo se moría en unos años y para qué mierda le voy a arreglar la dentadura, si ya está viejo y los dientes se le caen solos o ya se le cayeron y anda con la mitad de la dentadura postiza. Eso es lo que habrá pensado. Es la pura verdad, Benny.

—Puede ser —le dije—. Hemos vivido alrededor tuyo durante tantos años que parece ser que nos hemos cansado. Pero tienes razón... Los viejos fallecen antes de morir físicamente. La sociedad les quita el derecho a la vida, excluyéndolos de las pasiones, de la posibilidad de enamorarse o tirarse a una mujer o sentir alegría por estar en la vida un día más.

—Está encinta y ha desaparecido, Benny. Pensé encontrarla cuando regresé de Fort Lauderdale, pero no fue así. ¿Sabes qué es lo peor?; conocí, de pura casualidad, a su padre. Lo conocí en el aeropuerto de Miami y luego lo he llamado al teléfono que me dejó en una tarjeta. Lo llamé preguntándole por Sonia, porque él me dijo que ella era una admiradora mía.

—¡Una qué...! A ver... A ver... ¿Qué historia es ésta...? Dices que encontraste al padre de Sonia en el aeropuerto de Miami y que te dijo que su hija era admiradora tuya... Tu amante, eso es lo que habrá querido decir.

—Me dijo admiradora. No tenía por qué saber que Sonia y yo nos entendíamos.

—¡Esa expresión me parece fabulosa! He tratado de que algunas amigas me la expliquen, y no han podido. ¡Entenderse...! Ése debe ser el tipo de relación más laxa que conozco; una especie de polvito sin compromiso; una relación sin futuro; un bacilón por las puras albóndigas. O algo así. Entenderse... ¡una maravilla!

—Entenderse, no —me corrigió mi padre con un inusitado espíritu irónico, acomodándose en su asiento—. Entendíamos, en pasado. Cuando un hombre y una mujer deciden que van a hacer sexo, Benny, cuando deciden que van a quitarse la ropa y van a verse desnudos y van a hacer el amor, cuando van a cachar, que no tiene por qué ser sinónimo de amor, es que esas dos personas se entienden. Entienden un código, una clave. Si eso no lo sabes tú, no sé qué podrías saber, hijo. No toda la vida se reduce a Clara o a Ruth o a María Pía. Cuando la vida de los amantes se da exclusivamente en el sexo, se utiliza la expresión «entenderse». No es necesario que lo consultes con tus amigas. Para eso está tu padre. Para los de mi generación —y volvió a buscar una posición que le acomodara— la vida tenía dos grandes actividades: el deporte, todos éramos deportistas, le ganábamos a los argentinos, a los uruguayos, a los chilenos, y el sexo: tirábamos, pendejeábamos, éramos los hijos de puta más maravillosos que Lima haya co-

nocido en esos agradables años. Ahora todo se reduce al trago y a la cocaína.

—Olvidas a los intelectuales, papá. Esas personas que tanto detesta tu amigo Dicky Wieland.

—Ni creas. En Berlín frecuenté a Jorge Basadre. Mira cómo pasa la vida, lo recuerdo joven, mayor que yo, pero joven, lleno de vida unos años antes de que estallara la guerra. Jorge Basadre debe haber muerto en 1980, si la memoria no me traiciona, porque siempre me traiciona. Había nacido en 1903, de eso sí me acuerdo. Me llevaba doce años.

—Exacto —le dije—: murió un 29 de junio de 1980.

—Para algo sirven los intelectuales, Benny: citan fechas y le hacen sentir a uno que es un cojudo más. Mi hermano Alfonso es así. Le encanta desconcertarme con nombres y fechas.

—También sirven para salvar a los cojudos. Porque si piensas que el encuentro con el padre de Sonia Valverde en el aeropuerto de Miami fue casual, es que eres un ingenuo total.

—¿Qué insinúas? —me dijo—. ¿Que todo ha sido planeado por Sonia...?

—Seamos intelectuales y especulemos, papá. Primera idea: Sonia sabía la fecha de tu llegada, por lo tanto conocía el número de vuelo y la hora. ¿Cierto o no? Segunda idea: su padre estuvo allí para acercarse a ti y darte su tarjeta, sabiendo que Sonia ya no estaba en Lima y tú, en tu desesperación, buscarías contacto con él. Tercera idea o ergo: el padre de Sonia sabe dónde está ella. ¿Te dijo dónde estaba? Cuéntame deportista Don Juan, porque voy a pensar como tu amigo Dicky Wieland, que el cojudo eres tú y no yo, porque con todas tus mujeres te has visto envuelto en unas historias financieras de Padre y Dios mío.

—Me dijo que estaba fuera del país. —Mi padre me miró directo a la cara y descubrí de pronto una flaqueza, una debilidad en sus ojos. Quiso continuar, pero las palabras como que no encontraban el tono adecuado para expresar un senti-

miento que ni siquiera él mismo podía explicar—. Me dijo que estaba en los Estados Unidos. Que él tenía a dos de sus hijos viviendo allí, uno en Nueva Jersey y el otro no recuerdo en qué sitio, y que él mismo tenía un compromiso en los Estados Unidos. Sonia vivía con uno de sus hermanos.

—¿Te dijo que estaba encinta?

—No me atreví a tocar ese tema y él tampoco lo hizo.

—Entonces —tuve que decirle, sin levantar la voz— de repente no lo está. De repente Sonia te está haciendo la pendejada de la alemancita esa que me contaste, o de repente se ha ido a operar en los Estados Unidos y yo me quedaré otra vez sin mi hermanito. Estará haciendo lo que hizo Ruth. No sé. Ya me importa un bledo esta historia.

Hubo una pausa. Ambos nos mirábamos y nos evitábamos.

—No será que estás enamorado —le dije—. De repente eres un viejo enamorado, eso es lo que pasa. ¡Un viejo enamorado! Ésa es la maravilla de las maravillas. Un viejo que se templó de la chinita más pendenciera del barrio, que llegó a ti descalza, te miró a los ojos y te dijo que...

—No vayas a burlarte de mí. Creo que tu madre tenía razón en el fondo: lo que no se hizo a su debido tiempo, ya no debe hacerse. Berlín pasó, y...

—Todo pasó ya en tu vida. Todo, papá.

—¿Y para qué me has engañado con esto de los torneos Masters', entonces? No es más que un engaño... Una manera entretenida de esperar la muerte braceando como un loco y alejarme así de la conciencia de la realidad... de no saber qué hacer con mi tiempo. Ésa es la tragedia de los viejos: no saben qué hacer con su tiempo.

—Pero papá, si te escucho no lo creo. Tú, que durante toda tu vida no has hecho más que engañar a mi mamá con Ruth Ostolaza, y ahora a Ruth Ostolaza con Sonia Valverde, me vienes a mí con que te he engañado.

—Yo nunca he engañado a nadie.

—Eso fue lo que le dijiste a mi amigo Steve Woodman, el cónsul. Y ni siquiera él te creyó.

—Habré mentido, pero no engañado. Eso sí que no.

—Bueno... Bueno... Ya... No te alteres, que puede pasarte algo. Acabas de llegar y andas desesperado buscando a Sonia Valverde.

—Quieres vengarte por lo que le hice a tu madre, ¿no es cierto? Quieres que me vaya mal. Te encantaría verme arras-trándome por los suelos, porque Sonia me dejó, me dejó por viejo.

—Era sólo un culito. Por qué no puedes entender eso que es tan fácil. Hay mujeres que son solamente un culito. Vas, apuntas, le llenas el tarro, lo cierras, y te borras. Si quieres regresas, y lo abres otra vez. No tiene por qué ser otra cosa. Eso es lo que no entiendes y te complicas la vida. En cambio, ter-co como alemán que eres, a esta Sonia ya le pusiste una casita en su quintita de porquería; ya te comprometiste. Y es que eres viejo, pero viejo cojudo. Quieres manipularla, controlar-la, dominarla, conquistarla y poseerla a través de objetos, y eso te convierte en un viejo para ser desbolsicado. No aprendiste de Ruth, porque esa zorra sí que te sacó lo que quiso. Y ahora la tienes de vieja y no puedes zafarte de ella.

—No estoy enamorado. Pero no quiero que aborte. No quiero más abortos en mi vida. Debo estar poniéndome viejo, pero no deseo verla sufrir. Ruth, por si no lo sabes, sufrió muchísimo. Y yo la acompañé en todo ese periplo sin tomar conciencia de su sufrimiento. Es muy probable que ya esté viejo y no me importe qué pueda sucederle a ella o al hijo cuando yo ya no esté acá, pero lo cierto es que no tengo fuerzas suficientes para hacerla abortar. Y no quiero que esté en los Estados Unidos para hacerse eso...

—Te comprendo. Yo también te comprendo. Es verdad que estás viejo. —Hice un alto, pensaba en lo que iba a decir, y lo dije—. Estás como Anthony Quinn, que acaba de tener una hijita y ya anda por los ochenta, creo; en todo caso, no impor-

ta, está viejísimo, y es muy probable que no la vea entrar ni a la primaria. ¿Te das cuenta...? Anthony Quinn no estará en este mundo, y si lo está, estará hasta las huevas, pero ha traído a esta tierra un ser vivo, una niñita que lo va a sobrevivir por muchísimos años. Comprendo tus sentimientos... Ni creas que soy de palo.

—No comprendes.

Benjamín Hassler se quedó mirando y por un instante pareció que iba a devolver el almuerzo. Felizmente no lo hizo. A mí, a estas alturas del partido, las emociones de mi padre me tenían sin cuidado. En alguna medida, me daba hasta cólera que fuera capaz de sentir más intensamente que yo. Su problema era el de un verdadero adolescente, no el de un viejo de setenta y cuatro años, que se debate entre si asume o no la paternidad de su cherry con un culito que se le colgó del pájaro, lo engatusó y lo abrazó de la cintura y le abrió las piernas. Vaya viejo éste, para que todos estemos pendientes de sus asuntos. Porque lo que es de mi vida, él nunca se interesó. Le pareció aburridísima, aunque tuviera que viajar en misiones de cuello y corbata, tontas, como me lo repitió tantas veces. Que mi hermanito venga o no, me tiene sin cuidado. Por lo menos que se dé el gusto de competir ahora con estas lornas de Sudamérica, porque sus grandes rivales, ese amigo suyo, alto y estirado que no logra ganarlo cuando compiten en los torneos Masters' de los Estados Unidos, no podrá estar en Mar del Plata. Y menos Jack Medica. Será un torneo fácil, de calistenia, para que durante 1991 y 1992, cuando tenga setenta y seis y setenta siete años, gane en todos esos eventos gringos, dándose el gusto de estar vivo, de pensar dónde podrá estar su hijo si ella tuvo el buen tino de no abortar. En todo caso, sabe muy bien que Jack Medica se ha dedicado a la venta de seguros, y su territorio atraviesa Kansas o Texas; lo mismo me da.

—Te olvidaste de traerle un regalo al nieto —le dije—. Eso no te lo perdonaré. Hay que comprarse a los niños, papá.

—Yo no compro afectos —me respondió para mi asombro—. Para eso tenemos el Public o Wong y esas enormes cartillas para meter dentro todo lo comprable. Yo quiero a Benny IV y punto. No necesito venir con regalitos para demostrarle mi cariño. Eso me recuerda la conducta del gran egoísta, el egoísta *number one* de la familia, mi hermano Alfonso, ese tío que tú llamas el desconocido, que en la época de las navidades de antes decidió que no tenía que regalarle a todos los parientes. Solamente a nuestra madre y a su ahijado. Y como ni tú ni Carlos Fernando eran sus ahijados, resolvía el asunto prácticamente. Benny IV debe aprender que los afectos no se compran.

—¿Seguro...? Yo no lo estoy tanto. Piensa en tu nuevo compromiso, en esa muchacha que... va a ser madre.

—Benny, por favor... Me parece extraño que a los setenta y cuatro años, a punto de cumplir los setenta y cinco, me vengas con reclamos. Soy un viejo, un anciano que se puede morir uno de estos días, y tú todavía te crees con el derecho de pedirme explicaciones.

—Eso es también una forma de egoísmo.

—¿Por qué? ¿Por qué, Benny?

—Porque crees que puedes hacer lo que te da la gana.

—¿Y no puedo, acaso? ¿No puedo? Yo creo que sí puedo hacer lo que me da la gana. Por supuesto, siempre y cuando no le haga daño a nadie.

—Pues a mi madre sí le haces daño.

—¿A tu madre le hago daño yo? ¡Qué de cojudeces hablas! ¿En qué sentido le hago daño? Yo me fui de la casa en 1972, de eso hace casi veinte años, y todavía consideras que le hago daño... No lo puedo creer.

—Le haces daño, de eso no me cabe la menor duda.

—Y yo no tengo la culpa de que lo que yo haga le haga daño a ella. ¡Por Dios...!

—Así es. Qué le vamos a hacer: le haces daño, y punto. Cuando ella creía que habías terminado con Ruth Ostolaza

justo aparece esta nueva muchacha. ¡Y que ni se entere lo del hijo ése!

—Mi vida no tiene nada que hacer con la de ella. El único punto de unión eres tú. Y mis compromisos económicos los cumplo como un caballero. A eso se reduce nuestra relación. Si...

—Eres frío...

—No; soy consciente de que mi vida es una y de que no le debo explicaciones a otras personas. Clara Hamann no tiene nada que ver con la mía, y lamento que mi visita termine en un tema tan discutido entre nosotros, justo cuando regreso de viaje. Me hubiera gustado ver un rato más a mi nieto. María Pía ni siquiera me ha preguntado cómo me fue.

—Ellos también tienen su rutina. Si van a entrenar, es mejor que Benny IV aprenda de niño la puntualidad y el sentido de la responsabilidad de sus ancestros alemanes. No olvides que tú mismo lo repites: mientras menos gérmenes peruanos existan, mucho mejor para un deportista. Y ponías como ejemplo a no sé qué corredor de fondo del Perú en la Olimpiada de Berlín.

—Ya me olvidé. Ya me olvidé de tantas cosas. Soy una coladera, no recuerdo nada, no recuerdo que debo traerle un regalito a Benny IV, un regalo a María Pía, un regalo a ti.

—¿Y a mi madre le has traído un regalo?

—No.

—¿Y a Ruth Ostolaza le has traído un regalo?

—No.

—¿Y a quién le has traído un regalo, entonces?

—A Sonia le he traído una maleta de regalos... Le he traído ropa interior, por si quieres husmear... Calzones con blondas... Sostenes... Medias... Ligas... Fustanes... ¡Una maleta de perversidad!

—Ésos te los traes a ti mismo, papá. Yo te conozco. Esos regalos son para ti. No para ella. Además, no le van a quedar.

—Es mi vida, simplemente es mi vida. Si quieres te lo digo

crudamente: es mi plata, mi tiempo, mi cerebro, mi eyaculación, mi fatiga. ¡Es mi mierda, Benny! Espero que lo entiendas.

—¿Adónde vas...? No has terminado tu postre.

—Es que ya no están María Pía ni Benny IV. Creo que vine por ellos, porque tú, hijo, estás cada vez peor, como dice Dicky.

—No me menciones a ese viejo cojudo; porque tiene unos millones en los Estados Unidos, se cree la divina pomada. Es un ignorante. Un prepotente.

—No lo conoces. No tienes idea de lo que fue su vida. Su vida, por si no lo sabes, fue una buena porquería, porque su padre no lo reconocía, no le daba pelota, y era pobrísimo. Era un gringo pobre olvidado por su padre. Y aun así se hizo amigo de nosotros en el Lawn Tennis, aun así jugaba con nosotros en la plaza Washington, aun así trabajó en lo que pudo, sin distinguir trabajos, y se hizo de un sitio, de una fortuna. Vale más que tú y yo juntos. Y yo —continuó mi padre— tampoco me las vi fáciles, porque tu abuelo no me ayudó un milímetro con lo de la Academia, y si por él fuera me hubiera dejado en el maldito sótano del Banco Hipotecario. Si por él fuera seguiría siendo un oficinista.

—Tú tampoco has sido mejor conmigo —le dije—. Nunca me has comprendido. Nunca supiste qué era lo que yo quería. Lo que a mí me gustaba. Y todavía acabas dándole la razón a ese Dicky Wieland, que me insulta a su regalado gusto y delante tuyo, para colmo.

—Eso no es verdad, pero no negarás que desaprovechaste todas las oportunidades que te di.

—Cuáles oportunidades —le reclamé.

—Cómo que cuáles... La de que heredaras el negocio de la Academia o que fueras un verdadero campeón nacional, sudamericano, olímpico.

—¡Olímpico...! Ésa sí que me ha gustado. Benjamín Hassler Hamann representando al Perú en los Juegos Olímpicos de To-

kio en 1964. Hubiera nadado los 400 metros libre persiguiendo al fantasma de Jack Medica. O en vez de ese fantasma hubiera vivido con el de Don Schollander, por citar un nombre.

—Es una pena que terminemos en esto. Hubiera sido mejor no haber venido tan pronto.

—¿Tan pronto? ¿Cuál era tu itinerario?

—Ahora debo ver a tu madre.

—¿Y de dónde vienes?

—De ver a Ruth Ostolaza. Esa mujer que tanto odian ustedes dos.

—Y yo en el medio, como un ságuiche.

—Ya tienes tus buenos cuarenta y cinco años, Benny. Debes comprender algo de la vida, y si no, no tengo duda alguna de que Dicky Wieland tiene absoluta razón. No has entendido un ápice del problema en el que me encuentro.

Benjamín Hassler bajó por las escaleras los tres pisos del edificio, una moderna y acogedora construcción ubicada en una de las calles que había visto aumentar el tráfico de manera considerable. Hacia su derecha, estaba la avenida Dos de Mayo demolida por el tiempo, y en la cuadra seis, en la cual vivió durante los primeros años de su matrimonio, solamente quedaba en pie la casa de la familia Catanzaro. A su izquierda estaba la Javier Prado, un zumbido de automóviles, micros, camionetas y ómnibus la atraviesan de arriba abajo, dejando en el medio un intestino de jardín. Cruzándola, se dirigiría hacia su Academia, pero antes, recordó, debía culminar el protocolo y visitar a Clara Hamann que, sin duda, estaba más al tanto que él mismo de sus andanzas en Fort Lauderdale. Seguro que sabía todo el barullo de Tinina Bentín.

En menos de veinte minutos ya estaba en la calle Alfredo Salazar, ubicada en uno de esos huequitos sanisidrinicos que se defendían de las especulaciones inmobiliarias, formando una especie de paraíso rodeado de flores rojas y amarillas, ocultando, a como diera lugar, unos parques bien conservados porque allí nadie entraba, rodeados de construcciones de cuatro o

cinco pisos. El departamento de mi madre estaba en un lujoso edificio de unos cinco pisos, de ladrillo, protegido hasta los dientes. Todos se conocían, todos pagaban puntualmente sus obligaciones de mantenimiento, y un guardián, que lo conocía, lo hizo pasar.

Cuando Benjamín Hassler tuvo al frente a Clara Hamann, casi sentados cara a cara, en una especie de duelo bajo el sol, tuvo ganas de sacar una grabadora para conservar esas palabras que se atropellaban una tras otra, se metían zancadillas y se daban de codazos, en su vano intento de contarle todo lo que ya sabía y lo que sabría luego, una vez que se hubiera retirado. Estaba arrugada, quizá demasiado arrugada. Mi padre era muy consciente de que él mismo se estaba reduciendo; por un instante pensó que se convertiría en un enano, un insignificante, pero cuando la vio a ella, fuerte, alta, de voz potente, y convertida en una pasa, no supo qué era peor. Ciertamente, ninguna de las dos cosas, porque ambas eran versiones de un mismo tronco: la repugnante vejez, la maldita, la olorosa vejez, la insoportable, porque ya una mujer, en una oportunidad, le había hablado de los olores que segregaban los viejos, ¡y cómo iba a ser posible que una mujer más joven que él pudiera sentir arrechura con ese olor! Clara Hamann le arrojó toda la saliva que envolvía el abecedario, casi le escupió a la cara, le tiró una andanada de frases, insultos, amenazas, mientras le contaba que salía poco y que felizmente algunas de sus viejas amigas del té francés la venían a visitar.

—Estamos en la edad de las visitas, Benjamín —le dijo Clara Hamann—. Más vale que tengas motivos para que vengan a visitarte. Por lo que veo, a mí me van quedando cada vez menos.

—Acabo de regresar, si no, hubiera venido antes.

—Lo sé, sé todo, Benjamín, ésa es una de las razones por las cuales mis amigas todavía vienen. Les encanta contarme tus aventuras y en las cosas terribles en que te metes. Sobre todo cuando sales mal parado. Pero, según me cuentan, la has

pasado regio en el Sea Ranch. Con lo que me gustaría ir, no se te ocurre llevarme. Y sé que has ido solo. ¡Cómo me desesperaba cuando ibas con esa mujercuela! Me sacabas de quicio...

—Necesitaba estar solo, Clara. Alquilé una pieza barata y cómoda en un hotelito que da al Atlantic Boulevard.

—También conozco otros hoteles donde encontraste hospedaje, Benjamín. Por eso me da rabia, porque viejo como estás, consigues mujeres. Yo, en cambio, ni una cana al aire me puedo tirar.

—Clara... Qué dices...

—Viejo hipócrita, mira lo que acabo de leer en el periódico... Mira: las mujeres polacas, después de la caída del comunismo, prefieren casarse con hombres diez años menores que ellas. Imagínate... diez años menos... Mira, lee: «Ya fueron como setecientas las mujeres que se han casado con hombres al menos quince años más jóvenes que ellas. Por lo regular se trata de mujeres inteligentes que saben que la edad de sus parejas no es decisiva para el éxito del matrimonio y su felicidad», según afirma, necesito mis anteojos, caray, el doctor Andrzej Rogiewicz, jefe del Departamento de Tratamiento de Neurosis del hospital de Komorow. «A ello se añaden otras razones que favorecen a las mujeres. En primer lugar, ellas se esfuerzan por mantenerse en línea, cosa que otras mujeres no consiguen por falta de motivación. La segunda razón, es que los varones polacos suelen vivir nueve años menos que las mujeres, lo que significa que la inmensa mayoría de ellas está estadísticamente condenada a vivir los últimos años de su vida en la viudez. En Polonia abundan las viudas de menos de sesenta años e incluso menores de cincuenta. Esas mujeres son, además —continuó Clara Hamann—, más magnánimas con sus parejas y, por lo general, perdonan las canas al aire ya que conceden gran importancia a los vínculos intelectuales que las unen a sus parejas», concluye este doctor del que se me va el nombre y ojalá nos visitara en Lima para darnos unos buenos consejos.

Mi padre la miraba con desconcierto; sabía de primera mano que una mujer, cuando envejece, despierta sentimientos encontrados, como repulsión y ternura. Pero esta mujer que tenía al frente era aún su esposa legítima, pues por nada del mundo dejó de ser la Señora Hassler, la verdadera, porque la falsa, la que destruyó su mundo, era ahora tan vieja como ella. ¡Y de cuándo acá una vieja es una amante! ¡Habrás visto...! La mujerzuela era una vieja horrible como ella, y eso la tranquilizaba, porque el asunto de la mocosita Sonia o de la vivaracha de la Tinina Bentín la tenía sin cuidado. Ojalá hubieran sido siempre como Tinina Bentín, una mujer como una, y no como estas bandoleras de medio pelo que tienen la cucaracha sucia y los dientes afilados.

Por un instante, Benjamín Hassler sintió espanto al pensar que Clara Hamann pudiera estar al tanto de lo que le sucedía a Sonia Valverde. Cuando tuvo que deshacerse del hijo de Ruth Ostolaza, Clara Hamann estuvo al tanto de todos los pormenores: indagaba en los hospitales, perseguía a los médicos, llamaba por teléfono, hasta que se enteró de que su marido y la sinvergüenza habían salido disparados hacia Europa para hacerse la Operación Manos Sucias. Pero ahora... Benjamín Hassler la miró con atención y solamente pudo distinguir una cara maltratada por los surcos, una boquita que parecía la de una serpiente, una cabellera disipada y un cuerpo fornido, como traído de alguna comarca de Baviera. Clara Hamann era mucho más resistente que él, y era probable que lo sobreviviera.

—Soy una viuda con marido —le dijo—. La idiota de tu mujerzuela era una esposa sin marido. Me fastidia compartir algo con ella. Me fastidia compartirte a ti con ella. Pero qué le vamos a hacer. Veo que todavía le sacas el jugo a tus viajes al Sea Ranch.

—Solamente fui a visitar a Dicky. Está espléndido. Te manda saludos. Leonor...

—¿Y Tininita...? Esa flaquita es un bombón cuando quie-

re, y con los millones que se maneja, hace lo que le da la gana con los hombres.

—No necesito de plata, Clara, para hacer amigos. Siempre tienes que terminar hablando de plata. Si por casualidad fuera pobre o de medio pelo o una zampona de las nuevas que merodean el Sea Ranch, te hubiera dado una cólera terrible. Pero como Tinina es Bentín, le perdonas todo. Y me lo perdonas a mí.

—A ti no te perdono nada. Eres un egoísta de lo peor.

—Vengo de la casa de Benny, y siguen con la misma cantaleta. En todo caso, cumplo mis responsabilidades como un caballero...

—Como si eso fuese lo que te pidiéramos.

—Me voy. Entonces, me voy. Si es para esto, mejor estoy solo.

—Te espera tu nueva gatita, no te me hagas. Me acabo de enterar de que le traes muchos regalitos.

—Has hablado con Benny...

—Lo llamé para saber de tus andanzas limeñas. Me contó que venías y me arreglé para recibirte. Afilé mis uñas y me pinté los labios.

Era cierto: Clara Hamann estaba con los labios pintados de rojo vivo y con el cabello como recién salido de la peluquería. Su ama de llaves se encargaba de sacarla y llevarla una vez a la semana a la peluquería, donde loreaba como una verdadera mujer que está encerrada en su lujoso departamento de Alfredo Salazar.

Benjamín Hassler se convenció a sí mismo de que no tenía conocimiento de lo sucedido con Sonia Valverde que, más bien, no daba todavía señales de vida. Cuando pensaba en estas cosas, Clara Hamann lo interrumpió con una de sus sonrisas que parecían más bien humoradas:

—Viste, supongo, al pobre Alfonso. Ese hombre está pagando sus pecados de vida licenciosa, porque nunca supo distinguir a una dama de una puta.

—Lo dirás por Ruth, Clara, porque su mujer era una verdadera dama.

—Sabes bien por quién lo digo. ¡Por tu mujerzuela! ¡Vamos, Benjamín, no te me hagas...! ¿Pero lo visitaste o no...? Te diste el trote de viajar hasta Orlando, supongo.

—Sí; sí fui. Pero conversamos de otras cosas.

—Quienes sí me llaman son mis amigas del Sea Ranch. Me mantienen al tanto, y conozco toda tu aventura con Tininita Bentín. Ella es un encanto de mujer, no nos conocemos mucho, pero habla un francés regio. Es una mujer de mundo, y con todo el mundo a sus pies, por lo que veo.

Benjamín Hassler se dio cuenta de que Clara Hamann empezaba a fatigarse, cosa rara en ella, quizá debido a que él no hablaba y ni siquiera le hacía preguntas, no le refutaba, no le daba la contra, estaba allí como un pajarito con las alas mojaditas, temblando.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Clara Hamann.

—Cansado. Estoy muerto.

—Tómate una de esas pastillas que te dejan como zombie, y échate a la cama.

Lo veía viejo, bastante viejo para llevar esa vida mitológica de deportista sin límite de edad, con todas las canas al aire, conviviendo con una mujer muchísimo más joven que él.

—Voy a nacionalizarme polaca, Benjamín. Nunca es tarde. Cuando te fuiste de la casa me dejaste con los crespos hechos, hacías el amor en otro sitio, y cuando tomé conciencia, ya ni puta podía ser. Y dices que no eres un egoísta.

—Clara, debo irme —le dijo Benjamín Hassler, y se paró lentamente, como si quisiera cogerse de un pasamano inexistente. Hizo un ligero intento por besarla en uno de esos cachetes atravesados por las arrugas, y se abstuvo. En la boca hacía años, miles de años, que no le estampaba un beso. Casi desde la vez que fueron a ver la película de Greta Garbo con Clark Gable. Y un beso en la frente le parecía huachafísimo. Y en la mano, ni que esta vieja alemana proveniente de la pro-

vincia más recóndita de la Baviera, fuera de sangre azul—. Estoy muy cansado, Clara, llegué ayer por la noche y recién en la madrugada pude coger el sueño. Benny tuvo la gentileza de recibirme. ¿Es verdad que lo llamaste...?

—Siempre lo llamo. Hablo todos los días con él.

—¿Y María Pía? ¿Qué piensas de María Pía...? ¿Y de Benny IV?

—Ella es una chica que sabe guardar su sitio. No conozco mucho a su familia, pero no tengo ninguna queja contra ella. Pienso que sabe llevar muy bien a Benny, tú sabes lo complicado que es. Y el pobre Benny IV es un encanto de niño. Espero que la natación no lo malogre. A ti te hizo daño de viejo, porque cuando eras joven, te hizo muy parecido a Clark Gable.

Benjamín Hassler la miró una vez más y notó que tenía dificultades para levantarse de esa silla a medio camino entre el silloncito y la mecedora. Clara Hamann mandó llamar al ama de llaves, utilizando para ello una campanita. Cuando la vieja señora se acercó, mi madre le lanzó una de sus fulminantes miradas:

—Acompaña al señor —le dijo— que no tengo las fuerzas suficientes para levantarme.

Mi padre se encontró, por fin, en la calle. La Alfredo Salazar es una callecita muy cuidada y protegida del resto de la ciudad, incluso del propio San Isidro. En los minutos que estuvo pensando qué demonios hacer, ya había visitado a las tres personas más cercanas de su vida, y se encontraba vacío y solitario, vacío y desconcertado, pensando que la única persona a la que realmente deseaba ver, no estaba en el mundo: Sonia Valverde, el caldo húmedo de las culturas universales, la piel tersa, el ombliguito del planeta, la chuchumequita elegante, la chiquilla revejada, la juventud en su esplendor, verdadero regalo de los dioses, éstos sí que se portaban a las mil maravillas, éstos sí que le daban su regalito al viejito pendejerete y mazamorrero, ese gringo alemancito de los predios de Máxi-

mo Abril, de la calle Ramón Dañino, con los Rey, Mario Bresiani, Teófilo Barrios, del Estadio Nacional, de la iglesia Santa Teresita, al otro lado de la Arequipa, mi alemancito del Colegio Alemán, del Banco Alemán, de la Olimpiada en Alemania, todo rima en ti, Hassler, todo es una fiesta de los sentidos ahora que los dioses te regalan a esta pichoncita tan bien empaquetada, que hasta señorita parece; tu chifa, con los palitos entre las nalgas.

Llegó a la Academia y guardó su automóvil. Entró al departamentito y subió las escaleras que lo conducían a la salita-comedor, cada vez más parecida a la de su hermano Alfonso. De repente, Alfonso mismo era el Minotauro de Orlando, el centro y la razón de ser del laberinto inagotable de los restaurantes al paso. Benjamín Hassler sentía que perdía piso, y razón de ser, y entonces miró una vez más, como tantas veces, el jardín de su Academia con la maravillosa piscina al costado, vacía como estaba él en ese momento. ¡Lo que daría por un chapuzón! Un buen duchazo podría ser un excelente paliativo. Si fuera posible, se pondría a nadar en esa ducha que goteaba, porque con tanto edificio, me han quitado hasta el agua. Unas brazadas... Un pataleo... Un pataleo contra la vida, contra el destino, que esta vez sí empezaba a no controlar. Su viaje a Fort Lauderdale fue para no dar la cara, maricón de mierda, egoísta, porque debes saber lo que es una criatura sin padre, el famoso padre ausente, el que se tiró el polvo y desapareció como las nubes cuando surge el sol.

Eran las siete de la noche. Podría adelantar el Rohypnol y tomarse la segunda tanda un poco antes de las dos de la mañana, hora en la cual, frecuentemente, se sentaba a ver televisión. Ahora que estaba suscrito al cable, se sentía verdaderamente fuera del tiempo o metido hasta sus intestinos, porque el tiempo regresaba y se estampaba como un trapo mojado en su rostro, ahogándolo en el recuerdo. Estaban dando nada menos que *La Bohème*, con John Gilbert, el drama de los bohemios del Barrio Latino en el París de los años veinte, por-

que la película era muda, y muda no tendría ese rugido de palabras traducidas que lo invitaban al sueño. *La Bohème*... Una Clara Hamann rubia y elegante, sólida, con sus senos esbeltos, el cutis pálido, los ojos curioseando y los labios abriéndose en su búsqueda desgarrada de los besos auténticos del amor en el cine Metro...

Sonia le había explicado que la televisión se apagaba sola. Que se quedara tumbado, como si estuviese ebrio, en el sofá, si eso era lo que anhelaba tomándose esa pastilla. Ya conocía el camino a la cama. Ése sí lo conocía de memoria, como un perfecto acto reflejo.

XVIII

Hacía más de una semana que Benjamín Hassler no podía dar con el paradero de Sonia Valverde. En lugar de buscarla, esperaba que se comunicara con él, pues ella sí sabía cómo encontrarlo. El «nidito de la azotea» lo conocía de memoria, aunque no hubiera dormido, como Dios manda, muchas noches allí. Sus noches eran esas tardes alargadas de los inviernos, cuando pasaban de la mañana a la tarde y de la tarde al momento en que las sombras empezaban a cubrir los ambientes.

Al principio pensó que ella estaba apurando los pasos, porque sí bien Ruth Ostolaza tuvo su departamento en la Dos de Mayo, y antes su casita chuchumequera en Maranga, como justificado premio a toda una vida entregada a él, Sonia recién empezaba una relación que nadie sabía a ciencia cierta si podría convertirse, con el sabor de los años, en un compromiso. Sonia se la había sacado. Si por ella fuera, le sacaba todo lo que se le antojara, pero Sonia guardaba en los labios humedecidos de su volcánica pasión, el talento de sonsacarle de a poquitos todo lo que ella quisiera.

Se trataba de un departamentito justo como para ella, nada menos que por la Conquistadores, en una de esas callecitas que dan al Parque del Olivar, pero que colindan con unos callejones que nadie sabe cómo es que se colaron por allí, entre esas calles-vericuetos tan desordenadas por el comercio. El departamentito quedaba, además, en el interior de una quinta que conservaba el mismo significado que la quinta donde ha-

bía vivido Maruja Montenegro con su familia (y, de saberlo, con el departamentito hundido en la Espinar de Norma Haller).

Benjamín Hassler se lo puso allí, pero nunca colocó un pie encima. Ni la recogía ni la dejaba. Ni siquiera sabía bien el número. Sabe Dios cómo mierda se llamaría esa callecita que, según podía imaginar por la sonrisa que se traía, la tenía muy contenta.

Una casa es una casa, ¡déjense de cosas!, y esta mocosita empezaba a tener sus bienes materiales, que ni pensar podría tener una chica de su condición y de su procedencia... Gracias a Benjamín Hassler ella cortaba camino, porque la mocosita sí que se las traía todas consigo. Benjamín Hassler se defendía en las reuniones de los «matrimonios informales», donde todos consideraban que ella jamás podría estar enamorada de un viejo como él. Nadie se enamora de un viejo, parecían decirle todos, ni siquiera Oona O'Neil de Charles Chaplin, o de Henry Miller, con su japonesita que se quiere parecer a tu chinita, le insinuaba el cineasta, ni Martita de Pablo Cassals, nadie, ni de Goethe, ellas se enamoran de tu dinero, de tu prestigio, de tu talento, pero no de tu cuerpo, no de tu sexo, Benjamín... A Benjamín Hassler le encantaban esas conversaciones, discutía con el cineasta, con el psicólogo e Isaías Mujica se mataba de risa: un polvo es un polvo, ¡a qué tanta discusión!

Estaba intranquilo, y así reanudó sus entrenamientos en la piscina del Regatas, ya que el tiempo mejoraba. Su rutina se instalaba en medio de su soledad. Felizmente, intentaba decirle, puedes valerte por ti mismo y hacer lo que haces. Esos comentarios le parecían tontísimos y los dos empezábamos a darnos cuenta de que a partir de cierto momento vivir es un milagro, una especie de yapa, una suerte que muy pronto podría convertirse en una verdadera mala suerte, cuando el huai-co nos cae encima y nos aplasta como Dios manda. La primavera se instalaba en el calendario, y mi padre me visitaba de vez en cuando; raras eran las ocasiones, en cambio, en que se animaba a ir hasta los predios de mi madre.

Benjamín Hassler había conocido a Sonia Valverde cuando ella tenía veinticuatro añitos, casi como conoció a Maruja Montenegro, en los ya lejanos tiempos de su vida de oficinista bancario. La diferencia estribaba en que la vida sí había aumentado la brecha, porque mientras ellas dos conservaban esa edad juvenil, él era un hombre de setenta años; siete décadas, siete vidas, siete cualquier cosa... y Sonia se le aparecía de la misma manera como Maruja Montenegro se le echó entre los archivos del Banco Hipotecario, con la dulzura de su piel erizada, la sonrisa ancha de felicidad, sus pantorrillas, su uniforme apretado y su blusa zafándose de los botones para mostrar dos pechos plenos de curiosidad.

Había aparecido un buen día por la Academia con el propósito de venderle unas enciclopedias. Era cierto: Sonia Valverde tenía información sobre ese señor, porque en buena medida lo conocía de nombre. Una de sus tías había logrado tener una relación vaga con este señor generoso con sus amantes, porque las prefería ni rubias ni morenas, sino de medio pelo, empleaditas, así las prefería, quizá seguro para no alterar el mundo de su alrededor y menos aun su propio mundo, conservando su independencia, sus entrenamientos, sus viajes, ¡porque mi vida es mi vida!, y nadie, pero nadie, metería su nariz en mis territorios, en mis horarios, en mis hábitos. Sonia Valverde simplemente ingresó a la Academia una de esas mañanas atiborradas de alumnos, le preguntó por el señor a Daría Montes, logró distinguirlo de punta en blanco, con su gorrita de capitán, conversando con algunas jóvenes señoras al borde de la piscina. Entonces, decidió esperarlo en la entrada, cerca de la recepción.

Benjamín Hassler la atendió y la hizo pasar a su departamento. Ella le explicaba acerca de las bondades de la enciclopedia, convencida de que era una excusa para entablar una relación... sí... una relación, porque estaba arreglada a su medida: una faldita apretada en su cuerpecito de avispa, con una blusita blanca tímida que mostraba sus pezones como una ma-

riposa suele abrir sus alas. Le sonreía. Su cutis era bellísimo, se sonrojaba cuando debía, pero era blanco como un marfil. No se había maquillado en exceso. Solamente las cejas, como para darse un aire abierto a la pasión.

Benjamín Hassler le explicó que a su edad no necesitaba enciclopedias; la de su casa en Arenales y luego en la Dos de Mayo, la excelente Enciclopedia Británica, había ocupado toda una pared y se la había llevado Herman, porque según afirmaba matándose de risa, los políticos estaban obligados a conocer la historia para no meter las cuatro. ¡Claro que el gabinete de Manuel Prado fue bastante cosmopolita! La mayoría de ellos se defendía en dos lenguas y había viajado para desasnarse... Ella lo entendía... Sí, señor, llámeme Benjamín... señorita... Valverde... Sonia Valverde... No se moleste en regresar, si desea podemos entablar una... Usted me ha caído muy simpática. ¿Le gusta la lectura, señorita Valverde...?

Esa relación lo cogió en un momento en que no le importaba si Sonia Valverde se serviría de él, lo utilizaría, se aprovecharía, porque todo descansaba en un solo presente. La vida, tal como se lo estaba demostrando, sería una repetición de lo anterior, pero en peores condiciones. Nada que ya no conociera podría ocurrirle. Ni siquiera el sexo. El sexo sería el mismo, el mismo encontronazo de los cuerpos, las bocas buscándose, los cabellos en desorden y las piernas atadas en el movimiento. Su futuro sería un presente devaluado. Y esa niñita de veinticuatro añitos podría ser la compañía de su solitaria rutina. Podría, digo, es un decir.

Sonia Valverde dejó a un lado los catálogos, esa enorme enciclopedia fotografiada, y le empezó a contar de sus actividades que iban entre el colegio y algunos estudios superiores, unas academias que no eran como su Academia: diplomas trafeados, compitiendo en un mercado descarnado ante una juventud que se las tenía que ver de frente con la vida, plagada de muecas y tics nerviosos, una academia detrás de la otra, academias sospechosas, sacándoles el dinerito o convertidas en

academias terrucas, salían en los periódicos, todas ellas por la avenida Wilson, senderistas, por la Uruguay, por la Venezuela, esa academia, por ejemplo, donde chaparon a Arana Franco y Benjamín Hassler la contemplaba como si fuese una persona que proviniera de otro planeta.

Sonia Valverde se había presentado como la sobrina de Manuela Yon, a su vez prima de Ruth Ostolaza. Sí; sí conocía a Ruth Ostolaza, a veces iba a su casa, pero de eso hacía ya sus buenos años. Benjamín Hassler trató de escudriñarla y no pudo averiguar lo suficiente. Esa generación se le escabullía de las manos. La notaba segura de sí misma, como si pudiera distinguir aquello que no le pertenecía de lo que sí podría acceder, sin necesidad de remover todo un statu quo. Sonia Valverde se desplazaba por el departamentito de Benjamín Hassler con gran flexibilidad. Pertenecía a la cultura del hoy sí, mañana no y ayer ya pasó... Las reglas las ponían las circunstancias. Si Benjamín Hassler se moviera hacia allá, ella haría la jugada hacia acá. Conocía los nubarrones del futuro, era muy consciente de que los errores se pagaban siempre, sobre todo cuando fueran ineludibles o trajeran terribles consecuencias.

Ella, Sonia Valverde Yon, china por el tronco materno, criollaza por mi papito, zalamera, poseedora de un cutis de marfil extremadamente sensual y de un cuerpecito que si se descuidaba se ponía rechonchito, pero si se cuidaba mantendría altivo un aliño ceñido a la cintura, lo miraba de frente, humedeciendo lentamente los labios con una saliva que le venía de muy adentro.

Benjamín Hassler intentó entender los lazos familiares que la unían con Ruth Ostolaza, y se le complicó ese árbol de familiares que se juntaban y se separaban al ritmo de los primos y los sobrinos, porque si bien vivían cerca o metidos todos en una quinta, allá por ese mítico distrito de Jesús María, donde su compinche del banco, Luis Alberto Merino, solía recoger marocas. Sonia Valverde mantenía la prudente distancia como para hacer notar que pertenecía a otra ciudad, a otra generación y tenía unas metas claras y caminos distintos. A pesar

de sus años, Benjamín Hassler sospechó que él podría ser uno de esos caminos.

El primer año de su relación repitió el plato de Ruth Ostolaza, cuando hacía esos viajes por el Caribe, cachando matiné, vermouth y noche. No la dejaba dormir en el departamento, pero ella se las ingeniaba para pasar las tardes allí. Benjamín Hassler le financió sus estudios en todas las academias de Lima, y después de algunos años, Sonia Valverde acumulaba múltiples diplomas, pero las propuestas de trabajo eran bastante mal remuneradas.

Benjamín Hassler la obligaba a llamar por teléfono en busca de empleo, pero desde el otro teléfono seguía la conversación que él mismo había propiciado bajo instrucciones precisas: que negociara con altura, sabiendo que él estaba como respaldo. Lo cierto es que Benjamín Hassler funcionaba como un seguro de vida de Sonia Valverde, y a ella le encantaba el asunto, se reía por el hilo telefónico o en la propia cara del jefe de personal, de aquellas empresas que le ofrecían una bicoca, porque eres hembra, titulada en esas pocilgas y en otras ya no tan pocilgas, que Benjamín se ha gastado sus buenos miles y bueno... si no lo quiere, retírese, y ella se retiraba riéndose, levantando los brazos, e iba corriendo donde Benjamín Hassler y era cuando le metía uno de esos polvos que lo dejaban pensando lo generosos que eran los dioses con él.

Durante esos años, Benjamín Hassler se fue olvidando de Elenita Moncloa, que en su desesperación sesentona le escribía unos furibundos poemas de amor, con una letra tan rápida y complicada que Benjamín Hassler dejó de leerlos sin saber si poseían calidad literaria. A veces se los mostraba a Sonia, que andaba más preocupada por sus estudios de contabilidad que por esos versos desaliñados. Y por supuesto que dejó de visitar a Ruth Ostolaza, me explicaba, porque me va muy bien con Sonia, y dejé de visitarla cada semana y dejé el engorroso asunto del mantenimiento del edificio en manos de Daría Montes, siempre tan reservada y eficiente.

Esos años pasaron como unos bólidos. Pasaron miserablemente rápidos. Tan rápidos que se me escaparon de las manos y de las piernas, y pienso que fue una manera digna de soportar los momentos de inevitable envejecimiento, aunque sea si me sacaba plata, cuando le puse su casita en esa quinta de la Conquistadores, bien puesta, con su status, como hubiera dicho el pelotudo de Benny, con mis viajes a Buenos Aires, ya que le negaron la visa a los Estados Unidos, incluso con las influencias de mi hijo, que si por influencias fuera, se moriría de hambre, visitando antros del tango, al maravilloso «Polaco» Goyeneche con su enorme nariz colorada, que al ver a este bomboncito de mi Sonia Valverde Yon, con su vestido colorado y bien remangado, luciendo un pecho rosado de lo blanco que es, y sus dos senos en punta y su cintura relámpago y sus piernecitas contorneadas, exclamó, ¡como una bebé, como una damisela, como una muñeca, Benjamín!, si los artistas somos afortunados, pobres, pero entregados al amor... Incluso visitaron la embajada peruana donde los recibió el embajador y amigo Alfonso Grados Bertorini, y aprovechaba la oportunidad para recorrer los aposentos recordando la época en que mi abuelo estuvo ocupando el cargo de embajador, en la época de Juan Perón, porque en Lima no había trigo para hacer pan, y fue allí que mi padre compitió por última vez en un Sudamericano de Natación.

Sonia Valverde se las ingeniaba para no mencionar el nombre de Ruth Ostolaza, porque Benjamín Hassler ignoraba que ella tenía bastante conocimiento acerca de la vida de esa tía lejana, prima de su tía Manuela Yon, que tuvo el atrevimiento de salir con Benjamín Hassler sin que Ruth Ostolaza lo supiera: una sacada de clavo, unas ganas curiosas, una aventurilla, ya que las historias de Ruth Ostolaza con Benjamín Hassler crearon un vaho de leyenda extraordinaria en esa quinta de Jesús María. ¡Esa tía de yucas sólidas vivía como una reina...! Era la reina de los yates, de los tours, de los *drinks*, no creas que todas las reinas en este país son de la papa o del camote,

cojuda, porque sus fotografías no estaban en los cuadritos de la sala o del comedor, para desesperación de Clara Hamann, pero sí en algunos álbumes clandestinos, unas fotos de placer, tanto que Sonia Valverde decidió, bastante joven, en quinto de media quizás o después del colegio, en alguna de esas academias de la Wilson, que todos esos muchachos, esos hombres que la perseguían y le cerraban el paso con sus lisuras arrechas, no valían un comino. Equivalían a miseria, a estrechez, a callejoncitos o quintitas mal paridas, amor sin sentido, punto, mamá, punto, papá, que además este viejo se las entendía con otra y en verdad vivía, según las lenguas del vecindario, varios meses en los Estados Unidos, y no les pasaba ni un cobre a todas ustedes.

Durante los años de su relación, Sonia Valverde logró crear una vaga atmósfera de vida en familia, respetando el profundo sentido de independencia que caracterizaba a Benjamín Hassler. No se le pasó por la cabeza la extravagante idea de casarse con ese viejo tan bien conservado, pero con la piel pegada como cinta adhesiva a sus huesos; esa piel plagada de lunares. Ella ya tenía su casita, y seguía visitándolo. ¿Qué querría decir eso...? Benjamín Hassler no visitaba a Ruth Ostolaza; ahora recibía la visita de Sonia Valverde, una visita inflada de salud, a eso de la una de la tarde, después de sus entrenamientos en el Regatas. A esa hora almorzaban, veían televisión, les encantaban las telenovelas, el show de Gisela Valcárcel (por lo menos se quitó una ele, comentaban en el Sea Ranch) y ahora Sonia le manejaba la video casetera y muy pronto tendremos cable, mi pichulita, y no necesitaremos salir del nidito, hasta que te metas esa pastilla malcriada y me tendré que retirar, porque no soporto verte en ese estado dando vueltas, roncando con la boca abierta, los pantalones desabotonados y la televisión prendida... Mi amor...

Era una pena que no pudiera acompañarlo en sus viajes a los Estados Unidos, pero el asunto de las visas estaba en su peor momento, y ni siquiera Steve Woodman pudo solucio-

narle el problema. Mi padre tenía que ir conmigo a los torneos Masters', porque en el agua estaba perfecto, pero en tierra era un desastre. Los viajes a Buenos Aires compensaron en algo esa dificultad, pero no lograban escapar de los inviernos limeños, porque los inviernos en Buenos Aires eran mucho más fríos. Yo logré darle algunos nombres de amigos míos, como Hilda Herzer y Pedro Pires, pero ellos no eran asiduos concurrentes del local del «Polaco» Goyeneche. Sin embargo, lograron entablar una cierta amistad. Sonia Valverde guardaba una compostura a toda prueba; nunca desafinaba, no dejaba sentir su metálica voz, jamás incomodó, la lección la tenía aprendida, su tía Manuelita Yon se la contó con pelos y señales: hijita, quien fuerza a un hombre, sale perdiendo. Ruth Ostolaza tuvo su desgracia, su desplome, no cuando se le desmondongaron las piernas, sino cuando calculó, cuando tuvo la osadía de plantear intenciones, cuando jugó sus cartas y lo colocó entre la espada y la pared. Ese día, tu bendita tía le dijo adiós a los yates y a las lanchas y a los tours y a esa gente que se reúne en el rancho de no sé qué persona importante.

Sonia Valverde estaba muy bien premunida. Estaba armada hasta los dientes, sin armas defensivas, porque no tenía nada que defender, y sí provista de muchas armas ofensivas. Sonia Valverde era puro ataque en su estrategia de entrega total, ya sea porque quiero, me gusta, porque lo sé hacer, porque así me lo enseñó mi tía Manuela Yon, que se dio el gusto de estar su par de meses con Benjamín Hassler y luego irse, dejándolo tirando cintura, porque tenía compasión por Ruth Ostolaza, aunque supiera que esa relación ya estaba perdida, repitiendo como una loquita que su marido ya no la quería como antes, que una tal Elenita le escribía poemas; deliraba, la pobre, deliraba desesperada por un marido.

Cuando yo me lo agarré todito, y si bien el sexo tiene su lugar, le saqué el jugo a esa historia de fotografías que me corroía con una envidia de diablo: le saqué un viajecito por lo nacional, nomás, uno por los países vecinos, Cali y Cartagena, uno a Mé-

xico, qué te crees, todos en español, por supuesto, porque no podíamos perder tiempo en otras lenguas que no fueran las nuestras, que me dan una flojera terrible las del acento raro, y unos hoteles y unos almuerzos, que me los comía sola, porque tu nadador, Ruth, casi se me escapa, no come, solamente engulle pastillas: vitaminas, y una cosa horrible que lo deja como muerto antes de tiempo, y fuera de la cama, que es lo peor.

Benjamín Hassler era muy consciente de que esta relación con Sonia Valverde era el último regalo de los dioses, y no estaba dispuesto a perderla así porque sí. Analizaba sus sentimientos, y llegó a una importantísima conclusión: a su edad nadie se enamora, y si por casualidad se viera en el dilema de suicidarse, nunca sería por amor. Dicky Wieland tenía toda la razón del mundo: un viejo enamorado es un espectáculo deplorable. Entonces, tendría que mantener una relación sujeta a la seducción del dinero, le haría sentir que había dinero, no que se lo daría, no le pagaría uno solo de sus polvos, pero ella se movería en una atmósfera en la que el dinero la impregnaría naturalmente, porque qué tan naturalmente el dinero crea los ambientes del amor...

Esa atmósfera duraba lo que duraba la atmósfera, pero ninguno de los dos podía evitar que se instalara la rutina doméstica, que con tanta astucia manejaba Sonia Valverde. A los setenta años uno tampoco está para jaranas ni salidas nocturnas... No; Sonia Valverde le llenaba los momentos en que su soledad le incomodaba, y con sus ausencias le hacía sentir la importancia de su persona. Incluso el calculador y egoísta Benjamín Hassler le había propuesto, desde un primer momento, compartirla con otros hombres, si eso es lo que ella deseaba. Cuando Sonia Valverde estableció la rutina de almorzar en el nidito, le dijo:

—Sonia, debes saber que entre nosotros no hay nada.

—Cómo que nada —le había respondido Sonia, mirándolo como a ella le gustaba, a la cara—. Si no hubiera nada entre nosotros dos, no estaría acá.

—Digo nada que nos comprometa. La nuestra es una relación final. Déjame explicarte: una relación que tiene presente, pero no futuro. Yo no voy a encerrarte, no voy a celarte, y si quieres salir con hombres más jóvenes que yo, no te preocupes por mí.

Sonia Valverde fue clara en su explicación. Ella también era consciente de que la verdad debía estar sobre el tapete, y la única verdad era que lo pasaba muchísimo mejor con él que con los jóvenes con los cuales podría establecer una relación, un compromiso y luego un matrimonio.

—¡Ni hablar! —exclamó—. Si aun no estando enamorada de ti, me atraes. Desde que escuché hablar de ti en casa de mi tía Manuelita...

—Deja de mencionar a esa mujer que casi me saca el alma. ¡Parecía un huracán!

—No hablemos de amor, si no te apetece, Benjamín, hablemos de compañía, de ayuda, tú me ayudas, y te lo agradezco, pero por el amor de Dios no creas que me estoy comportando como una putilla de nuevo cuño...

—Ese lenguaje no lo conozco. Quizá mi hijo Benny podría explicármelo.

—Las prostitutas de nuevo cuño no se llaman a sí mismas prostitutas. Le hacen cariñitos a los viejos a cambio de una serie de favores, como por ejemplo, que le paguen la universidad, un ciclo en la de Lima, una academia, como tú, por ejemplo, un viajecito, y hasta la luz y el agua de su papá si está muy deprimido, enfermo o viejo, y lo han botado del trabajo. Es un ejemplo... te digo...

—He entendido. ¿Y tú formas parte de esas mujeres...? —Benjamín Hassler la miró con escasa curiosidad.

—Sí y no. Sí, porque tú me ayudas a cambio de cariñitos que me brotan naturalmente; y no, porque también me gustas y me provoca hacerlo. Me siento comprometida contigo.

—Mi esposa dice que eso es imposible. Que los viejos apesetamos a viejos.

—Créeme. No te cuesta nada.

Y Sonia lo volvió a mirar a la cara mientras rozaba la lengua con su labio inferior. Sonrió, cruzó su piernecita y se levantó la falda hasta encima del muslo.

—Si algo podría faltarnos, es tiempo.

Benjamín Hassler miraba con desconfianza esta relación plagada de vínculos familiares, y sin comprometerse un ápice, sacando su cuarta, haciendo las verónicas necesarias, la idea era meterse a la cama como con Ruth Ostolaza, y esta chica, porque eso es lo que era, no estaba aún en capacidad de usurpar y menos de exigir regalías desde un inicio.

Cierto que no se lo propuso, hasta que llegaron al arreglo de la casita en la Conquistadores; Maranga, Dos de Mayo, Conquistadores, Benjamín Hassler manejaba los bienes inmobiliarios con cierta destreza, no se le podía negar ese mérito, pero antes, mucho antes, Benjamín Hassler había intentando estar con ella y sacarla simultáneamente de su vida, consciente de que pisaba los tramos finales. La financiaba, pero le buscaba trabajo. La invitaba a Buenos Aires, pero no la dejaba instalarse en el nidito. Por último, le buscó unos gringos que ponían sus fotografías en unas revistas especializadas que buscaban mujeres latinas para casarse o convivir con ellas o simplemente negociar la *green card*, esa contraseña que hacía felices y llenaba de orgullo a todos los peruanos en el aeropuerto de Miami, cuando enfilaban hacia la cola de las personas residentes, sacándole la lengua a todos los gringuitos-blanquitos peruanos de San Isidro y Miraflores, ¡unos verdaderos cholazos en su cola para extranjeros!

Sonia Valverde no se negaba, por supuesto, incluso había intentado conseguir la visa en varias oportunidades, antes, mucho antes de mis contactos con Steve Woodman. En un tiempo, la posibilidad de migrar a los Estados Unidos fue la carta más recurrida de los jóvenes ante las arremetidas del terrorismo. Recuerdo una vez que paseaba con Steve Woodman por la playa de Villa, y una señora muy decente y muy furiosa se

nos acercó, y mientras le explicaba a su hijito de unos siete años que por culpa de ese señor no habían podido obtener la visa de los Estados Unidos, lo agredía verbalmente. Steve estaba acostumbrado a esos avatares. Sonriendo me dijo: la carga de los 600... Son seiscientas personas diarias las que se quieren marchar del Perú a los Estados Unidos, y todo para después extrañar su cevichito, su Inca Kola y su cholate Sublime.

Sonia Valverde Yon sí estaba dispuesta a hojear esas revistas y mandar cartas con su fotografía. Su cara era lo mejor: blanco pálido, sonrosada, pómulos ligeramente salidos, una frente transparente y el pelo retinto, combinaba sus rasgos orientales sutilmente con los que provenían de las diversas canteras. Se tomó varias fotografías y las envió a distintas direcciones. Obtuvo respuestas, estaba lista a empacar, pero en el fondo sabía que ninguno de esos viejos arrugados, por más intentos que hicieran por pasar como excelentes personas en sus respectivas fotografías, podrían ser más comprensivos y generosos que Benjamín Hassler. Esa posibilidad era excelente, para Benjamín Hassler, de zafarse de esta muchacha con la cual ya se había tirado los polvos suficientes, que justificaban a plenitud la vida en la tercera edad. Pero los gringos se fueron arrugando, afeando y sacaban en esa cara encorbatada y seria, o falsamente sonriente, una agresividad típica contra las damitas latinas, que terminaban sus días de empleadas o como esclavas en una putañera relación.

Así, Sonia se fue quedando... y colocando en su lugar a Ruth Ostolaza, la famosa prima de su tía que les había sacado pica en una retahíla de tours muy bien fotografiados, con su ropa de baño azul marino o esa negra que tanto la afinaba, porque de las yucas no se libraba y eran, bien que lo sabía la mojigata mañosa chuchumequera nacida para vestir santos, y no para desvestir borrachos, como decía de ella Manuelita Yon, el hazmerreír de la iglesia San Felipe, a juzgar por las carcajadas que ahora sí sacaba a diario Clara Hamann.

Sonia se hizo su rutina, le presentó a dos parejas amigas, una de ellas vinculada a un mundo desconocido para Benjamín Hassler, como son los evangelistas, y la otra un poco más mundana, aficionada a la música criolla. De alguna manera, yo tuve que encargarme de que no lo bolsiquearan, desconfiado como soy de las personas, porque estoy convencido de que los viejos lloran frecuentemente, no porque sientan pena, sino porque son viejos. Los viejos lloran como los manantiales, pero con aguas sucias.

XIX

Fue una verdadera suerte que el año en que me designaron Primer Secretario de la delegación peruana en Madrid, se realizara en Barcelona una olimpiada. Pensé obviamente en mi padre e incluso estuve tentado de invitarlo, pero María Pía, con esa racionalidad propia de las mujeres, me hizo ver que recién nos estábamos instalando y necesitábamos acostumbrarnos un poco más a esta vida de trajines. El gobierno de Fujimori estaba confrontado con más de la mitad del Cuerpo Diplomático, y unas vacaciones, por más cortas que fueran, podrían ser mal interpretadas. Además, mi padre estaba viejo, hacía años que no cruzaba el Atlántico, el cambio de hora, la necesidad de sacar entradas y un sinnúmero de complicaciones hizo que desistiera de mi primera y natural intención. En el fondo, deseaba compartir con mi padre la experiencia de una olimpiada. Llegué a averiguar el nombre de los principales nadadores; por España, el ídolo era Martín López-Zubero; Matt Biondi no estaba en su mejor forma y la espaldista húngara Kristina Egerszegi seguía siendo una de las verdaderas estrellas.

En esta oportunidad Alemania participaría unificada, y muchas de las nadadoras del Este habían perdido privilegios en el proceso político de unificación. Esto me interesaba sobremedida, sobre todo desde el momento en que recibí una invitación de la Casa de las Culturas del Mundo, para que diera una conferencia sobre las relaciones entre el Perú y Alemania.

Supongo que ellos tendrían un interés especial por la identidad cultural del presidente peruano Alberto Fujimori y por la sorpresa de que mis dos apellidos fuesen de origen alemán. Un nuevo eje, pensé burlonamente, cuando leía la carta de invitación: la combinación Fujimori-Hassler era muchísimo más rica que el binomio Hassler-Haller, aquella que causó sensación en la Escuela Diplomática, y seguramente los alemanes estaban intrigados por saber cómo es que la variedad étnica convivía en nuestros territorios de polvo y pobreza.

María Pía no estuvo interesada en acompañarme; en cambio, sí le provocaba arreglar un poco el pisito en Madrid, donde la vida estaba carísima. No le gustaban mucho los alemanes, porque su padre la había educado criticando la guerra en la que Italia los tuvo de compañeros de barbarie.

—Anda tú —me dijo—. Parece que tienes curiosidad por conocer la tierra de tus ancestros. Pero prepárate, ellos no tienen nuestra actitud improvisada.

Me preparé como pude. Llamé por teléfono a mi padre y le conté que dentro de unas seis semanas estaría viajando por un par de días a Berlín, invitado por la Haus der Kulturen der Welt, lo escribí en alemán para fastidiarlo, para hablar un poco sobre él, los Neuhaus, los Hamann y hasta de los Haller, pasando por los Umlauff, y llegar así a las entrañas del Perú. Podía ser un erudito de la Olimpiada de 1936, y cómo te robaron esa medalla o cómo Jesse Owens humilló a Hitler o cómo esa amiga tuya, Aimée Torre Brons enloquecía a los leones de la lujosa avenida Unter den Linden con el olor de su belleza. Me preparé. No conocía del tema, pero rebuscando un poco por acá y otro por allá, sobre todo entre los artículos de Estuardo Núñez, salí airoso del apuro.

Cuando tomé el avión vi el rostro de María Pía despidiéndose de mí con una belleza a la cual me había desacostumbrado. Estaba contenta. Por fin Europa, por fin una misión digna, un país donde Benny IV podría aprender sin desligarse de su propia lengua. En Berlín dejaba de hacer ese frío invernal y

surgía lenta la primavera. Marzo es un mes temible, qué duda cabe, y corren unos vientos que muy bien podrían empujar a una persona al suelo. Me recibió una señora llamada Beate Endriss, buenísima y gentil. Me trasladé al acogedor hotel-pensión Hansablick y me mostraron el programa. Al día siguiente hablaría de las relaciones entre el Perú y Alemania, el resto del tiempo estaba para que lo disfrutara, paseara, incluso rememorara.

Mi padre había estado en Alemania justo en los años en que en el Perú cerraban las universidades. Por allí podía empezar mi exposición. Años duros, años de perro. Alemania y el Perú convulsionados como en aquella película *El huevo de la serpiente*. «¡Oh Alemania, pálida madre! / ¿Qué han hecho tus hijos de ti / para que, entre todos los pueblos, / provoques la risa o el espanto?» Al inicio de la década del treinta se declaró la clausura de la Universidad de San Marcos por el gobierno de Sánchez Cerro, y a continuación siguieron las demás universidades nacionales, con la excepción de la Universidad de Trujillo. Benjamín Hassler fue a estudiar medicina en 1932, bastante joven, pero la mayoría de los intelectuales peruanos se dispersó. Muchos tuvieron que ir a estudiar a la Universidad Católica. «A Huber, el maestro, / la guerra le gustaba a rabiar.» Podría ser un buen comienzo: los turbulentos años treinta, las dictaduras, los militares, los gérmenes del fascismo: *Julia*, con la inolvidable Vanessa Redgrave, arrojada de un segundo piso por los jóvenes seguidores de Hitler. «Camisa parda y botas altas, / hijo mío, te regalé / mejor habría sido ahorcarme / de haber sabido lo que sé.» La Casa de las Culturas del Mundo, en todo caso, albergaba situaciones disímiles y exóticas, pero todas ellas arrastradas por un mismo caudal.

Pensé en otro comienzo, más lírico, bucólico, armonioso y diplomático, puesto que no iba en condición de persona privada sino de persona pública. Sí: podría empezar por el significado del Colegio Alemán, donde estuvieron mi padre y mis tíos Herman y Alfonso y muchos de los integrantes de la

generación de Estuardo Núñez Hague, así como los poetas Martín Adán, Emilio Adolfo Westphalen, Xavier Abril o Eugenio Alarco, Carlos Cueto Fernandini y Federico Mould Távara. El colegio fue fundado en 1910; era de tipo humanista y reproducía el modelo del Gimnasio alemán. Estuardo Núñez había ingresado, por ejemplo, en 1917, todavía durante la Primera Guerra Mundial y a inicios de la revolución bolchevique. Había lazos. Sí que los había. El auditorio podría quedar atónito apenas empezara a enumerar a los profesores, aquellos individuos que tuvieron que salir despavoridos cuando culminó el conflicto de la guerra. Augusto Weberbabuer ya vivía en el Perú y se acopló a ese selecto grupo de profesores a-le-ma-nes; él enseñaba ciencias naturales. Weberbabuer conocía el Perú palmo a palmo, más que los peruanos o tal como lo conocía Fernando Belaúnde Terry, pueblo por pueblo, montado en burro o como mi abuelo materno, ingeniero que recorría los desolados territorios andinos. Los alumnos hablaban un excelente alemán: Martín Adán lo dominaba muy bien, el mismo Estuardo Núñez y hasta José Carlos Mariátegui, que había regresado de Europa, pues había estado también en Alemania donde aprendió su poquito de alemán.

Una llamada interna me sacó de mis divagaciones, anunciándome que ya estaba en el hall del hotel la señora Beate En-driss para llevarme a la Haus der Kulturen der Welt, un moderno edificio según pude constatar con mis propios ojos, ubicado en John-Foster-Dulles-Allee 10. Estaba cerca de la famosa puerta de Brandenburgo, rodeado de bosques, y del Reichstag. Frente a la puerta principal había una fuente en forma de alberca donde sobresalía una estatua de Henry Moore. Era un edificio totalmente moderno, amplio, ventilado, en el que se alternaban exposiciones y conferencias. Beate me llevó inicialmente a la cafetería del local, un ambiente netamente universitario que me recordó los años de estudios en la Universidad Católica, en aquella cafetería del patio de Letras, llamada de Ramón.

En la cafetería se encontraban personas vinculadas a nuestra embajada en Berlín, estudiantes y alemanes interesados en otras culturas del mundo. Pedí un café caliente y tomamos asiento alrededor de una amplia mesa. Me encantaría, pensé, compartir estos momentos con mi padre y sentí hacia él un cariño inusitado. El viejo nadador no gustaba de la melosería del cariño y jamás llegó a entender en qué consistía mi profesión. Beate me miró y se dirigió a mí en inglés:

—¿Primera vez en Berlín?

—Así es. Nunca había estado en Europa. Mis labores las hice en los países vecinos.

—Espero que le guste.

—No tengo la menor duda. Mi padre estudió medicina en Alemania y llegó a competir en la olimpiada de 1936.

—Interesante. ¿Podría decirme cómo va a enfocar el tema de la conferencia?

—Podría ser... —intenté decirle— utilizando varias entradas.

En ese momento se me ocurrió que una de ellas podría privilegiar el aspecto cultural, y para ello nada más oportuno que las notas extraídas de los trabajos del doctor Estuardo Núñez. En una de sus introducciones empezaba diciendo: «Llegaron a nuestros oídos ingenuos de colegiales las letras de los *lieder* y las baladas de Goethe, Schiller, Uhland y otros poetas más, envueltas en el ritmo fácil e imperecedero de las melodías compuestas sobre esos poemas por Mozart, Beethoven, Schubert y Schuman.» Sentí que Beate me contemplaba con curiosidad como tratando de adentrarse en mi desconcertante silencio.

—Tenemos mucho interés en saber qué es lo que nos va a exponer.

Podría parecer excesivamente erudito si me refería a toda aquella abundante información que daba cuenta de la influencia alemana en los románticos peruanos, en aquellos primeros introductores de la literatura alemana en el Perú: Pedro Paz Soldán y Unanue, Ricardo Palma y Manuel González Prada.

Pedro Paz Soldán y Unanue anduvo con profesores alemanes llegados al Perú después de 1872, contratados por el gobierno de don Manuel Pardo para renovar los métodos de la instrucción pública, entre los que debemos mencionar a los doctores Leopoldo Cöntzen y Augusto Herz. En 1897, el profesor Cöntzen explicó en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos los orígenes de la literatura alemana y luego continuó analizando y revelando a Klopstock, Lessing, Wieland (me detuve asombrado: es muy probable que sea un antiguo antepasado del queridísimo amigo de papá), Herder y Winckelmann.

A la hora de pasar al auditorio, justo al frente de la acogedora cafetería, sentí un ligero escalofrío. Me di cuenta de que el auditorio estaba colmado cuando ingresé acompañado de Beate. En realidad, y felizmente, se trataba más de un acto académico que protocolar. Si bien la embajada peruana en Berlín estaba en pleno, incluyendo al embajador, me sentí rodeado de gente amiga, sanamente interesada en aquello que podríamos denominar la amistad peruano-alemana. Apenas inicié la conferencia propiamente dicha se me apareció el puente colgante sobre el río Apurímac, una de las atractivas ilustraciones del norteamericano George E. Squier, quien llegó al Perú en 1863, y casi lo cito, creyendo que era uno de esos viajeros alemanes que recorrieron el territorio peruano durante el siglo XIX.

Los cuatro viajeros alemanes eran nada menos —y así di inicio a mi charla— Bayer, Gerstaecker, Scherzer y Zoller. El padre jesuita Wolfgang Bayer (y los Bayer sí que son conocidos en el Perú, Sendero Luminoso había volado una de sus instalaciones ubicada muy cerca del Aeropuerto Internacional Jorge Chávez, a mediados de los años 80), estuvo en el Perú entre 1752 y 1766. Su obra *Viaje al Perú* se publicó en Nuremberg en 1776. En ella se relata su llegada a Lima, ciudad que le pareció algo así como una nueva Sodoma y Gomorra. Friedrich Gerstaecker fue un novelista alemán de aventuras en horizontes exóticos, muy leído en su tiempo pero hoy casi olvidado.

Claro, pude adentrarme en el terreno de los viajes y los contactos entre América y Europa, pero vi el rostro de Beate como insinuándome un poco más de actualidad, información sobre lo que realmente sucedía ahora en el Perú y su relación con Alemania. Por ejemplo, el terrorismo... Si no hubiera estado tan distraído, me hubiera percatado de los volantes escritos en turco dando vivas a Sendero Luminoso. El hall estaba plagado de esos volantes rojos, escritos en una lengua desconocida para el público que colmaba el auditorio. Me limité a mencionar el nombre de Alejandro de Humboldt, *El Perú en la obra de Alejandro de Humboldt*, escrito por el doctor Núñez en colaboración con Georg Petersen en 1971. Pero también pensé en hacer una breve alusión a Renata Hehr, una terrorista alemana que participó en varias incursiones militares de Sendero Luminoso. Si no recordaba mal, había sido capturada en el sur del país durante los primeros meses de la lucha armada.

Beate tuvo la gentileza de invitarme a un restaurante en compañía de algunos peruanos que frecuentaban la Casa de las Culturas del Mundo. Hernán Aguilar era uno de esos peruanos inteligentes y simpáticos que se ganaba la vida como profesor de quechua en la Universidad Libre de Berlín. Le había gustado mi charla, pero objetaba el hecho de que no hubiese mencionado las corrientes migratorias en los alejados parajes de Pozuzo y Oxapampa, territorios en los cuales la migración alemana fue muy significativa y la leyenda los recreaba vestidos de tirolenses, conservando sus costumbres y mejorando la raza cuando se cruzaban con los nativos suertudos, porque las mujeres eran bellísimas, blancas, rubias y de ojos azules, que tiraban, porque eran totalmente desprejuiciadas, con los chunchos de la ceja de montaña.

Hernán Aguilar era un ancashino blanco, buenísimo, muy bien formado, que vivía en Berlín desde hacía sus buenos quince años. Su castizo —si se puede decir— dominio del quechua, se explicaba porque lo había ejercitado en un seminario

en la ciudad de Huaraz, donde prácticamente se crió. Hernán vivía casi en carne propia las expresiones de racismo de la sociedad alemana, sobre todo entre aquellos peruanos que tenían un parecido con la población turca. No era su caso, porque Hernán era blanco como los nevados ancashinos y cubría su frágil humanidad con un enorme abrigo y se protegía el cuello con una elegante bufanda y el cráneo con un gorro como para soportar el más despiadado de los inviernos berlineses.

—A su conferencia le faltó reseñar el aspecto interétnico o, para decirlo más directamente, las expresiones de racismo que podrían existir tanto en el Perú como en la Alemania unificada. —Hernán Aguilar era una persona de hablar pausado, que empleaba un tono de voz sumamente agradable—. Ése es un punto candente en la actualidad. Con el proceso de unificación se han enardecido curiosamente las expresiones xenofóbicas.

—Es un proceso generalizado —le respondí. Su rostro amigable producía inmediatamente una sensación de simpatía, pero continué la conversación utilizando su mismo tono de voz: pausado, tranquilo, pacífico—. En España, por ejemplo. En Francia. Incluso en los Estados Unidos. En todos estos países la mayor preocupación es la ola migratoria hacia sus fronteras.

—Por esa misma razón —me dijo Hernán Aguilar— es que usted ha debido abordar el asunto. Además, no puede negar que esta migración sajona, por emplear un término que no aluda a la española, fomentó en el Perú un sentido de superioridad por el solo hecho de ser blancos y rubios. Los irlandeses en Arequipa. Los ingleses y los italianos en Tacna.

El tema empezó a fascinar a las personas que Beate generosamente había invitado, y como no había ningún representante de la embajada peruana, se hablaba con suma libertad. Beate misma intervenía en inglés, maravillando a todos con su humor, su carcajada y su disposición a vivir intensamente. A pesar de mis esfuerzos, la conversación seguía girando en torno

a mi charla, ya sea para festejarla o criticarle algunos olvidos, como los que mencionaba Hernán Aguilar.

Fue entonces cuando empezó a narrar la historia de Miguel Rufino Avendaño, un amigo suyo, becario del gobierno alemán para proseguir unos estudios de su especialidad en la Universidad Libre de Berlín que, a raíz de las expresiones de racismo y xenofobia, prácticamente no salía de su cuarto. Por esa razón no había ido a mi conferencia, a pesar de que le interesaba muchísimo el tema; además, su padre había estudiado en Berlín, antes de la Segunda Guerra.

Esta persona, continuaba Hernán Aguilar, estaba espantada de la posibilidad de caer entre los Cabezas Rapadas, esos jóvenes fuertes, con sus cabezas a coco y vestidos con pantalones y casacas negras, capaces de meterle una paliza a uno por el solo hecho de tener la tez oscura, atreverse a usar bigotes, no poder estirarse más los rulos de sus cabellos negros y tener como ojos dos boliches asustados, tenebrosos, y a la vez altivos.

Cierto, muy cierto, esa persona debía venir así del Perú, con esa paranoia exacerbada, porque quien no ha sufrido en carne propia los insultos del racismo a una edad temprana, no es capaz de sentirlo después. ¡Pero quién en el Perú no lo ha sentido! Quizá yo, quizás usted, me dijo siempre con su tono medido, quizás usted, porque es de procedencia alemana por ambos lados, como dijo en su charla, pero el resto, los llamados mestizos, miraba a Beate, y se explicaba en alemán cuando se dirigía a ella, los mulatos o los que tienen pinta de árabes o turcos, como este amigo, ellos sí que sufren en carne viva el racismo.

—Eso es complejo —le dije. Era consciente de que lo estaba provocando, y entonces le mostré una sonrisa conciliadora, recordé que trabajaba en el servicio diplomático y entendí la bronca que despertaba ese aire de superioridad de aquellos que tenían un apellido extranjero en el Perú, sobre todo inglés, alemán o francés—. Es complejo porque no necesaria-

mente esos gringos tienen dinero o una familia con reputación. Muchos de ellos no eran otra cosa que migrantes, Hernán.

Hernán Aguilar aceptó mis señas conciliadoras y continuó con su historia. Esta persona se llama Miguel Rufino Avendaño y es la mezcla biológica y cultural de un padre con formación alemana en medicina y de una madre de Ayacucho, con trenza y dejo en el castellano. Con la Segunda Guerra se vio en la obligación de regresar al Perú, a menos que decidiera colaborar con el Tercer Reich; entonces, hizo sus bártulos. Al padre de Miguel Rufino Avendaño le costó muchísimo acostumbrarse a la idiosincrasia criolla, relajada, corrupta, de la administración pública, y decidió migrar aun más lejos, hacia los exabruptos andinos. Así, recorrió el territorio sur del Perú y en uno de sus viajes conoció a la señora que hoy es la madre de mi amigo, y se desposó con ella. Tuvo dos hijos: uno salió parecido a él, blancón, y el otro salió a la madre, nativo, pero con el aire extranjero de los que ostentan una extravagante apariencia árabe, como si fuesen azulejos de patios sevillanos.

Hernán Aguilar lo había conocido en Lima, y le sirvió, en alguna medida, de tutor en su proceso de adaptación a la sociedad alemana. Lo conocían como el Moro, una manera elegante de no llamarlo Negro, aunque no lo era, era negro aceituna o aceitunado, no negro negro, no zambo, no mulato, no, qué va, y menos aun cholo. Miguel Rufino Avendaño era un turco o un árabe de andar elegante, esbelto, hasta pintón, atractivo, a juzgar por los comentarios que de él hacían sus compañeras de universidad. Pero Miguel Rufino Avendaño jamás pudo superar ese hecho; su padre libaba, no mucho, pero libaba; se había dejado estar en la intrincada sociedad peruana y su madre prefería reducir el universo al mundo de la repostería.

Todo esto no fue obstáculo —y me miró por si la historia despertaba en mí compasión o desesperación— para que desarrollara sus habilidades naturales en el campo de la investi-

gación científica, y tuviera ahora una excelente beca de posgrado. Lo lamentable de esta historia era el hecho terrible de que coincidiera con esta ola de racismo, que no es otra cosa que un terrible retroceso. Parece ser que este país no ha olvidado el daño que le hizo a la humanidad. Y miraba a Beate y me miraba a mí. Parecía reclamarle un tono más polémico a la conferencia, en lugar de ese tono pacífico, literario y cultural, en base a la bibliografía de Estuardo Núñez, excelente persona, pero poco representativa en el mapa racial del Perú de hoy. Y todo esto me lo decía sin soltar un solo carajo.

Antes del postre, y con varias botellas de vino sobre la mesa, Hernán Aguilar continuó con su narración. En Berlín, Miguel Rufino Avendaño había decidido esconderse. Tenía la obsesión de que lo iban a golpear con un palo de béisbol. Hablaba de una escafandra para protegerse la cabeza, y en un momento, antes de su reclusión total, acostumbraba regresar a su cuarto al atardecer.

Como andaba en plan de ahorros, una de nuestras amigas le dio el nombre de una pareja que estaba fuera de la ciudad por unos meses, y que pagando un alquiler de nada, podía alojarse en su departamentito. Así lo hizo. Una noche en que estaba repasando algunos experimentos, tocaron bruscamente la puerta del departamento. Eran unos golpes prepotentes. Miguel Rufino Avendaño estaba aterrado y no se decidía a abrir. Los golpes arreciaron; prácticamente despertarían a todo el edificio; entonces, pensando que podría ser una iracunda banda de cabezas rapadas, optó por esconderse en el último cuarto. Cuál sería su sorpresa cuando después de diez minutos seguían golpeando la puerta. Decidió abrir. Una vez dentro, después de saludarlo cortésmente, los hombres se pasearon por la sala y desordenaron algunos papeles. Ellos vestían una especie de uniforme gris, quizá de alguna dependencia del Estado.

Miguel Rufino Avendaño estaba lívido, la voz le temblaba, y les dijo:

—Soy Miguel Rufino Avendaño. De nacionalidad peruana. Estoy becado para seguir estudios de posgrado en química.

—Buscamos a Charles Abugre, nacido en Acraa, Ghana. Sabemos que vive acá con una señorita de nacionalidad alemana. Es un ilegal. ¿Sabe usted dónde se encuentra...?

—No conozco a ese señor —se atrevió a responderle Miguel Rufino Avendaño—. A mí unos amigos me propusieron que ocupara este departamento durante los meses en que sus propietarios estuvieran ausentes.

—Entonces se han escapado. Pero usted debe acompañarnos a la Unidad de Extranjería para informarnos los detalles que explican que esté ocupando este departamento. ¿Me dice que no conocía al señor Charles Abugre? Eso va a tener que explicarlo con mucho detenimiento. ¿Paga alquiler...? ¿Conoce a los propietarios...? Acompáñenos, si es tan amable.

Desde ese día, Miguel Rufino Avendaño no sale a la calle. Anda encerrado como un loco. Yo voy a visitarlo, nos explicaba Hernán Aguilar, pero no es lo más conveniente. Con mi esposa estamos pensando en llevarlo al doctor. Si lo hubiera visto, se dirigía a mí, estoy seguro de que su charla hubiera tenido otro matiz y habría incorporado elementos más dramáticos, más vivos, de actualidad. A los turcos les queman sus casas. Y los turcos, aunque vivan años o hayan nacido en Alemania, siempre son y serán exclusivamente turcos.

—Es que una persona no debe estar donde no la quieren —le dije.

—Ésa no es una buena respuesta —me respondió Hernán Aguilar, conservando el mismo tono pacífico—. A los turcos los trajeron cuando los alemanes necesitaban mano de obra fuerte y barata para reconstruir el país después de la guerra, y ahora, cuando ya no los necesitan, los arrojan como perros al basural. No puede decirme que eso es justo.

—No digo que sea justo. Digo que una persona debe marcharse del sitio donde no la quieren.

—Entonces, en el Perú deberían irse todos los indios...

—Por favor —le dije—, no me malentiendas. Intenté una broma y ha sido de pésimo gusto. Discúlpame.

Beate, encantadora, levantaba su copa y nos proponía un brindis. Yo veía perfectamente una sabiduría profunda en los incipientes surcos que atravesaban con benevolencia su rostro; era una señora de mediana edad, algo subida de peso, de movimientos elegantes y con una sonrisa transparente.

—Por nosotros —dijo—. Por nosotros que heredamos el mundo y podemos mejorarlo. Por el Perú y Alemania. Por las personas de buena voluntad que, estoy segura, existen en ambos países.

Al día siguiente Hernán Aguilar pasó por el hotel-pensión Hansablick con el propósito de pasearme por Berlín. Lo primero que hicimos fue visitar la Casa de las Culturas del Mundo y de allí fuimos al Reichstag que parecía un fardo funerario. Hernán Aguilar me explicaba entusiasmado que Berlín vivía un ambiente de sorpresiva fiesta después de que el viejo edificio del Parlamento fuera cubierto.

Cuando los berlineses oyeron que un tal Christo se proponía cubrir el edificio con una especie de sudario, me dijo, algunos se dieron cuenta de que no era casual que el artista se llamara Christo. Este artista, de origen búlgaro, materializaba ese deseo de exorcismo de muchos, para alejar, definitivamente, los espíritus malignos que el Reichstag todavía evocaba entre los alemanes.

—Tú sabes, Benjamín —me dijo alegremente, mientras paseábamos por el amplio espacio desde el cual se vislumbra la trágica historia de su fachada— que este edificio fue un regalo del emperador Guillermo al pueblo alemán. Hoy, antes de que se proceda a la restauración que le devuelva su forma original, Christo logra un golpe de efecto magistral que ya había intentado en otras ciudades, como en París, cuando cubrió el *Pont Neuf*. Pero en este caso —continuó examinando mis reacciones— se trata de una nueva expresión de arte contemporáneo de dimensiones políticas y sociales muy significativas.

Después de dar unas prolongadas vueltas por la zona, incluso alejándonos un poco hacia la portada de Brandenburgo, me atreví a preguntarle por Miguel Rufino Avendaño:

—¿Llegaste a decirle que nos acompañe esta mañana a dar un paseo «turístico» por Berlín...?

—Incluso fui hasta su departamento, antes de recogerte —me respondió exaltado—. Le dije que eras un diplomático joven, informado, interesante, abierto, sí, todo eso le dije, pero no quiso. Está verdaderamente aterrado. Ni siquiera ha visto el Reichstag tal como lo ha dejado Christo.

—Pero no se ha convencido, acaso, de que teniendo sus papeles en orden...

—Fue peor —me corrigió Hernán Aguilar—. En ese lugar espantoso, por más alemán que haya sido, en la Unidad de Extranjería, se encontró con todos los migrantes, marginales y negros de la humanidad. Fue un shock emocional. Estaba seguro de que a la salida lo esperaban los Cabezas Rapadas con los bates de béisbol listos, y que los mandarían a los basurales de las afueras de Berlín, como si fuese un campo de concentración para turcos, en lugar de judíos. Nadie le saca de encima esa idea. Mi mujer piensa que...

—Esta vez sí creo tener razón cuando digo que una persona debe irse del sitio donde no la quieren.

—Miguel Rufino Avendaño piensa que en el Perú la cosa es peor. Y yo estoy por pensar como él —me dijo Hernán Aguilar—. ¿Todavía te provoca ir hasta el Estadio Olímpico, como quedamos anoche?

—Gracias, Hernán. Se me han ido las ganas.

XX

En los tres años que estuve en España intenté mantener con mi padre una correspondencia más bien continuada; sin embargo, mis esfuerzos no lograron plasmarse. Mi padre es un convencido de la vida independiente y respondía con bastante retraso a mis cartas. Entre 1992 y 1994 he viajado al Perú solamente en dos oportunidades, y casi siempre para visitar a la familia de María Pía. Mi padre se ha convencido de que es un solitario lobo de las piscinas, que no tiene familia, que hace años la perdió y solamente vive para esperar el momento de su muerte. Los setenta y nueve años le duelen en todos los huesos. Como acostumbra decir, comparándose con un automóvil, su motor no está del todo mal y los frenos aún funcionan como una especie de aletargado alter ego; pero lo que está realmente pésimo es el chasis: le crujen todos los huesos, le duelen todos los músculos y no sabe qué hacer durante el día cuando está fuera de la piscina. Mira televisión mientras almuerza; lee y cabecea. Visita a algunos amigos (a los sobrevivientes del Titanic) porque la mayoría muere y muere como un reguero de moscas. Tiene su horario de entrenamiento en el club Regatas, pero la fatiga lo gana, sobre todo en invierno. Después del Sudamericano de Mar del Plata, y de eso hace ya sus cuatro años, no ha viajado a competir en los Estados Unidos. Mi tío Alfonso le escribió comunicándole la muerte de Dicky Wieland, en junio de 1992. Ya no existirá nunca más el Sea Ranch. Final de una época. El canto del pato, porque al cisne no lo conocen por esos lares.

Durante mi estancia en Madrid yo tenía una gran curiosidad por saber cómo administraba —ésa es la palabra, según me dijo— su relación con mi madre y Ruth Ostolaza, con quienes guardaba una relación económico-sentimental sumida en el pasado, pero que le cobraban sus intereses, y qué intereses... Recordaba su época de oficinista bancario, porque mi madre, por lo menos, lo llamaba recordándole que el costo de vida, la canasta, Benjamín, como le enseñé a decir yo, según ella estaba insoportablemente cara. Ruth Ostolaza se comía las uñas en su ascética vejez y como consideraba que el dinero inducía al pecado, llamaba a Daría Montes solamente cuando ya no alcanzaba ni para los tallarines.

Algunos amigos de mi padre, como don Paco, por ejemplo, me contaban escenas de su rutina en el club Regatas. No la pasaba tan mal, pero ya no tenía recursos para librarse de la imagen que la vejez le imponía entre el resto. Era el más viejo de todos los viejos. Estaba bien, de eso no había duda, aunque algunas personas mencionaran irresponsablemente que sus propios padres, mucho mayores que Benjamín Hassler, estaban sanos y bien de la cabeza. El mismo don Paco era amigo de un holandés cuyo padre montaba bicicleta a los noventa años... y su regalo de cumpleaños había sido precisamente una bicicleta. Mi padre pensaba que los viejos deben tener las agallas suficientes como para vivir solos y reconocer que ése es el destino de los viejos; los viejos viven solos porque a nadie, en su sano juicio, le gusta su compañía. Vejez olorosa, con esa mirada de los animales asustados de su instinto. Benjamín Hassler era consciente de que la manera como una persona llegaba a la vejez tenía mucho de suerte; podía haberse portado sanamente, haber nadado su vida entera, y adquirir a las finales un Parkinson lamentable, un Alzenheimer, y no te la cuento. Conocía hasta de adolescentes que se morían en sus camas sin dejar huella alguna de dolor, sin agonía, un tormento o una enfermedad; simplemente morían sobre sus sábanas inmaculadas.

De todo esto me escribía mi padre. Yo le respondía contándole acerca de mi trabajo, de María Pía, de su nieto y de algunos viajeitos que lograba hacer por la Península. Recuerdo su ira cuando le conté que no visité la piscina olímpica de Berlín, aquella vez que fui invitado por la Casa de las Culturas del Mundo. Tampoco había intentado comunicarme con Aimée Torre Brons, su entrañable amiga, de quien me había proporcionado el número telefónico, pero sabrá Dios si aún vivía allí, papá. Tampoco me puse en contacto con su amigo el arquitecto Mijail Polenski. Yo era, a su juicio, un egoísta, a pesar de que le explicara que cada ciudad significa cosas distintas en las personas, y que mi Berlín no tenía por qué ser el suyo, y que la historia de Miguel Rufino Avendaño, si bien se parecía a la de sus amigos en torno a la mesa de la Haus Vaterland, era distinta. Mi Berlín incluía a Beate y descartaba a la entrañable Aimée. Le explicaba, le escribía, pero la distancia era tan grande como el océano que se interponía entre los dos.

Esos años se desenvolvían en un verdadero limbo, para mi padre, porque la ausencia de Sonia era terrible y porque nadar carecía del encanto de antes.

El grupo de los «matrimonios informales» había casi desaparecido ya que muchos de sus miembros estaban incapacitados de conseguir amantes jóvenes que aceptaran jugar el exigente juego de la vida paralela. A Isaías Mujica, cuando una de aquellas muchachas que acostumbraba perseguir, se refirió a él como un «viejo afanoso», le entró una profunda depresión. Isaías Mujica sabía perfectamente que era un viejo afanoso, pero ninguna de esas damiselas de medio pelo se había atrevido a decírselo en su cara. Benjamín Hassler los miraba como había mirado hacía muchísimos años esa película diabólica, *El ángel azul*: el puntual profesor extraviado por la pasión termina el periplo cirquense atrás de Marlene Dietrich cacareando como las gallinas y recibiendo del cómico principal unos huevos reventados en la cabeza.

Benjamín Hassler visitaba poquísimo a Ruth Ostolaza, que

contaba ya con sus buenos sesenta y nueve años a cuestas, y una mujer a esa edad es todo antes que una amante. Estaba desquiciada. Mi madre ni siquiera la tomaba en cuenta, ni la miraban en la misa de San Felipe, y los curas —todos ahora peruanos, porque el cura alemán había muerto— no sabían qué hacer con esa mujer que desprestigiaba a la iglesia porque, en el fondo, no era más que una cholita cualquiera y estaba loca, completamente loca, y le había dado por asistir a la misa de once los días domingo, justo a la hora de mayor afluencia de feligreses. La mantilla era cosa de risa: agujereada, era una tela de araña que le cubría la cabeza y media cara, como si fuese una leprosa que contempla la realidad a través de un solo ojo. El faldón... El chompón... Los zapatos... Los curas peruanos estaban desesperados con esa mujer que no solamente iba todos los días, sino encima los domingos, cuando se les zampaba como un moscardón a las once de la mañana.

Con mi madre las cosas eran distintas, porque su astucia consistía en mostrarse tal cual, dando de gritos, mirando fijamente, asustándote... Ésa era su arma, a ella recurría, y en el fondo muchas mujeres saben que ante los hombres hay que mostrarse decididas y mandonas. Y Clara Hamann lo hacía de lo más bien con Benjamín Hassler: lo guapeaba, lo gritoneaba, le hablaba durante horas las veces que la visitaba, para aturdirlo, descorazonarlo y quitarle las pocas energías que aún le quedaban. Conocía la historia de Sonia Valverde... Algo sabía de ese hijo, de su desaparición intempestiva, temiendo que algún día apareciera por el Sea Ranch con toda naturalidad, porque las cholitas de hoy usan blue jean, traje de noche, beben trago fino y hablan inglés. La desaparición de esa Sonia la intrigaba muchísimo, pero estaba segura de que tarde o temprano habría de reaparecer en la vida de Benjamín Hassler, porque así de simples son las mujeres.

Lo del hijo le importaba un rábano. Odiaba a los viejos famosos que conquistaban con su dinero, solamente con su dinero, a las muchachitas que se fotografiaban felices de la vida

al lado de tremendos fardos funerarios. En todo caso, ese hijo no era de ella, no llevaba su sangre, no lo conocería ni lo reconocería en la calle. Y que ni se atreviera a reclamar su parte, porque allí sí que se las vería con ella. Además, todos estaban viejos, gastados, y el dinero alcanzaba con las justas para darse unos gustitos. Nunca pensó terminar así su vida. Tener que pedirle a Benjamín, recordarle que el mes tenía treinta días, a veces treinta y uno, y que no se olvidara de dejarle dinero para tantas cosas triviales, como eran las facturas de luz, teléfono o agua; los impuestos, la renta patrimonial, esas cosas horribles para una vieja como yo que ya ni le provoca salir a la calle, sobre todo ahora que Benny está fuera, que no tengo nieto ni motivo para pasear por Dasso, tomar helados en el Davory o jugar en las tardes por el hermoso parque Roosevelt. De la plaza Washington al parque Roosevelt, le dije en una oportunidad a mi padre, ése es el verdadero paso del tiempo.

En 1992, aprovechando que yo acababa de llegar a Madrid, mi madre logró convencer a mi padre de que hicieran un viaje a España para festejar sus Bodas de Oro matrimoniales. En el fondo seguían legalmente casados y los cincuenta años de vida conyugal merecían ser conmemorados. Y así lo hizo. Convenció a Benjamín Hassler a punta de hablar y hablar y hablar, de gritarle, zamaquearlo y abofetearlo con el movimiento incesante de sus labios, jalándolo de las solapas, alisándole los cabellos:

—No todos los matrimonios llegan a los cincuenta años, Ben —le había dicho mi madre—. Vayamos a Madrid y conmemoremos nuestro matrimonio junto a Benny, María Pía y nuestro nieto. Ésa es tu familia. Estás solo en Lima, acéptalo. Esa mujer está completamente loca y la pichoncita se marchó a la conquista de nuevos amoríos... Ben... Son cincuenta años. Por favor, hazlo por mí.

No lo pude creer cuando los vi llegar a Barajas agarrándose las manos para no caerse y la alegría que trasmitía el rostro de mi madre, como si fuese un lampo entre sus arrugas. Mi

padre aceptó a regañadientes que estaba contento, que había sido una excelente idea de Clara, pero en la intimidad me dijo que ni pensara que podría regresar a vivir con ella.

—Eso sí que no. Ni te hagas ilusiones.

Asimismo, me había precisado:

—Y tampoco separes entradas para la olimpiada, Benny. Estoy harto de olimpiadas, no quiero ver una sola competencia más de natación. En el fondo, todas se parecen. Si fuera un torneo de gimnasia, quizás iría, porque las diferencias entre un chino y un peruano resultan evidentes. O un encuentro de water polo en que la diferencia entre italianos y bolivianos es más que notoria. O los clavados. Una chinita arrojándose de cabeza al agua, esbelta, estiradita, siempre es una maravilla. Pero una carrera de natación... Todos lo hacen igual, solamente que algunos van más rápido. Por favor, Ben, no te preocupes por atendernos, no voy a ir a Barcelona ni a ninguna olimpiada, no te preocupes en llamar a Kiko Ledgard, el íntimo amigo de Dicky Wieland, que desea darme las condolencias por la muerte de nuestro común amigo. Hazlo por mí, sonríe, ponle buena cara al mal tiempo, estemos las tres semanas que nos prometimos y cuando regrese a Lima tu madre irá a su departamento de Alfredo Salazar y yo a mi pisito de soltero y sin compromiso.

Ruth Ostolaza ni siquiera supo del viaje de los dos a Madrid; Daría Montes se encargó de ver si todo estaba en orden, si necesitaba algo, y en caso de que llamara tenía indicaciones precisas para despistarla. Ruth Ostolaza era una loca con su hilo de cordura, y su olfato, ese olfato de hembra clandestina, de esposa sin marido, aún lo conservaba. Ruth Ostolaza tuvo siempre un sexto y un séptimo sentido: mi madre nunca pudo atraparla, jamás cayó en sus trampas, intuía las acechanzas y disponiendo de varias coartadas se mantuvo fuera del peligro de Clara Hamann. Solamente a las finales, cuando ya ninguna de ellas tenía las fuerzas suficientes, es que hizo su aparición en la iglesia San Felipe, y poco a poco fue adelantándose

en las bancas, porque empezó por la última, cerca de la pila bautismal, luego se arriesgaba a la de adelante, y así... así... de lunes a martes y de martes a miércoles, hasta atreverse a ir los domingos, siempre cubierta por esa mantilla que era un verdadero cague de risa, según Isaías Mujica, porque este Benjamín es tan raro que nunca la abandonó, y a las mujeres hay que dejarlas porque si no se te prenden como sanguijuelas.

Ruth Ostolaza tampoco supo de la presencia de Tinina Bentín, y mientras más avanzaba en su camino por llegar a la primera banca de la iglesia San Felipe, únicos pasadizos por los que pudo avanzar, más ignoraba lo que realmente hacía Benjamín Hassler. Tinina Bentín decidió visitarlo en Lima porque este manganzón, muerto de miedo, calculador y egoísta, no iba a aparecer más por el Sea Ranch, sobre todo si ya no contaba con la coartada de su amigo Dicky Wieland.

Dicky Wieland murió como un santo en su ley: un ataque fulminante, de esos que le dan a los deportistas, en pleno mar. Su lancha quedó a la deriva. Estuvo casi un día dando vueltas alrededor del sol con la cabeza sobre el timón y luego tirado en el suelo húmedo de su lanchita. Una muerte feliz, trataba de consolarlo su hermano Alfonso, como mueren los grandes hombres: en su ley, en su hábitat y en su soledad. Porque lo que es a mí, terminaba diciendo Alfonso, que no me vea nadie en ese trance, asunto que estaba totalmente garantizado en la soledad de ese pueblo de ancianos cerca de Orlando.

Tinina Bentín lo llamó por teléfono desde Miami y luego lo volvió a llamar desde su departamento de Lima. No quería sorprenderlo ni sacarlo de su rutina. A su edad, como decía Benjamín Hassler, las mujeres pueden ser un estorbo, y con frecuencia lo son. Esa idea de que los polvos rejuvenecen y que las mujeres son las mejores lociones de la juventud, no resulta cierta cuando vas a cumplir los ochenta años de esta maldita edad.

Por esa misma razón Tinina Bentín lo fue preparando mentalmente y estuvo mucho más decidida cuando confirmó la

ausencia de la chinita traviesa, la que se había mandado mudar sin decir ni pío. Cosas de otra cultura, enigmática, milenaria, y se mataba de risa Tinina Bentín, feliz por ser occidental y cristiana, sabiendo muy bien cuál era su sitio y su pasado. El departamento de Lima era de paso, funcional, y lo mantenía una empleada que era casi una secretaria de lo bien que respondía el teléfono, apuntaba las llamadas y por esa dicción tan elegante. Regia. Su empleada era regia, honesta, ejecutiva... qué más puede pedirle una a la vida, bromeaba Tinina Bentín... dime... qué otra cosa nos puede faltar, y sacaba un puchero, esbozaba una sonrisa, se arreglaba el único mechón de su cortísima cabellera negro chivillo, mientras cruzaba una de sus piernas.

—No es necesario que tengas tú una empleada, Benjamín —le explicaba por teléfono Tinina Bentín—. Prefiero que esté desordenado. Podemos comer en tu sitio, en el mío o en la calle. Me han dicho que Lima está rejuvenecida, y eso a mí me aloca. Que parece una ciudad del mundo semidesarrollado. ¿Puedes creerlo, Ben?

—Yo vivo acá —le había respondido Benjamín Hassler—. La conozco perfectamente, y prefiero almorzar en mi departamento.

—Vamos al Lawn Tennis —exclamó Tinina Bentín—. Hace años que no piso el Lawn Tennis. Dime que sí, Ben... ¿Sí o sí...?

—Bien: te espero a las doce, vamos al Lawn Tennis y después venimos a mi departamento. Pero no sé por qué tenemos que ir al Lawn Tennis donde todo el mundo nos conoce y vamos a ser la comidilla de la gente...

—Porque quiero ser una mujer a tu altura, Benjamín, no una clandestina, como me han dicho que es tu costumbre con las mujeres. Clara va a estar feliz de saber que sales con una mujer de tu círculo social, y aun mejor, si nos atenemos a las cuentas que manejan mis dos maridos, los dos financistas de éxito. ¿Sigues allí, Ben...? Mentira... Me gusta la idea de estar

contigo en un sitio que tiene sabor a infancia, a piscina, cuando la piscina era la única en Lima (si no contamos la del Country) y lo mejor que podía ocurrirle a una muchachita feliz y enamorada, era estar echada encima de su toalla y sacando uno de los pies para que el pasto le hiciera cosquillas. Me encantaría volver a sentir la picazón del pasto en mi piel. Quiero reconocer la piscina del Lawn Tennis, que lleva tu nombre, además, sobrado, una piscina muy anterior a la del club Regatas, que hasta chifa tiene, o a la del club de Villa, adorno superficial de su campo de golf. Llévame al Lawn Tennis —le suspiró Tinina Bentín.

Mi padre llenaba la ausencia de Sonia Valverde con las ocasionales visitas de Tinina Bentín, textualmente una mujer de mundo, ¡y de qué mundo!, o con los sobrevivientes del Titanic, como ahora se denominaban a sí mismos los miembros del fenecido grupo de los «matrimonios informales».

Muchos de ellos seguían casados, y las amantes eventuales habían pasado a mejor vida junto al calendario Bristol. Isaías Mujica se conservaba perfectamente y mantenía su gran sentido del humor, al igual que su tremendo sarcasmo. El cineasta y el psicólogo estaban más viejos, pero menos pobres, y aceptaban el paso de los años con resignación. En una de sus últimas reuniones, el cineasta trajo a colación las ideas de un novelista ruso sobre el deporte, que el mismo Benjamín Hassler trataba de explicarme, mediante numerosas cartas, cosa que no pudo hacer con la claridad requerida. Su primera carta empezaba así: «estoy cerca de cumplir los ochenta años de esta maldita edad. Mi único sueño, el único motivo y la única razón por la que ahora vivo es por ganarle a todos los viejos que se inscriban en el torneo mundial Masters' que se organizará en Londres, el próximo año...» Indagué por el libro, y cierto, existía: *Novela con cocaína*. La había escrito M. Aguéev y la publicó Seix Barral en 1984, prácticamente la rescató, porque al principio de los años treinta esta novela era solamente un paquete procedente de Constantinopla que llegaba a la revista

rusa *Números*, que aparecía en París, en el mundo cerrado de la primera emigración rusa. Como le respondí a mi padre, ni siquiera hay seguridad de que Aguéev sea el verdadero nombre de este autor que, en realidad, sería de origen judío. No se sabe en qué parte de Rusia nació, ni cuándo, ni en qué momento dejó su país. Le preguntaba por qué quería información sobre este escritor, y de este preciso libro, ya que no me lo imaginaba leyendo este relato que trata sobre el lento y lúcido descenso a los infiernos de la droga a principios de la revolución bolchevique.

Cuando mi padre me explicó que él no la había leído, pero que su amigo el cineasta había extraído unas citas sobre el deporte de esa precisa novela, me la tuve que leer íntegra. No me costó mucho esfuerzo llegar a la cita que había leído en voz alta su amigo el cineasta, porque la novela se leía de un solo tirón. Ahora mismo que tengo el libro en las manos y releo algunos capítulos sustantivos, reconozco una fuerza impresionante para narrar un universo que me es totalmente ajeno. En un pasaje el personaje explica: «El deporte, caballeros, es un gasto de energía física en condiciones absolutas de competición recíproca y de improductividad total. Para nosotros lo importante no es el deporte, no es su esencia, sino el grado de su acción, de su influencia sobre la sociedad e incluso, si lo tienen a bien, sobre el Estado». Ya imagino adónde iba el cineasta con estas ideas, que el pobre de Benjamín Hassler estaba incapacitado de entender porque no he conocido hombre más individualista e incluso egoísta que él. Después de una pausa, continué: «Permítanme decir algunas palabras relativas no al deporte, sino a los deportistas. No crean que sólo pienso en los deportistas profesionales, esos que cobran dinero por sus exhibiciones y viven de ello. No. Lo importante es no sólo de qué, sino en nombre de qué vive un hombre. Por esto, cuando hablo de deportistas, entiendo por tales absolutamente a todos los que nos son conocidos, independientemente del hecho de que el deporte sea para ellos una profe-

sión, una vocación, un medio de existencia o un objetivo en la vida».

El cineasta le había preguntado si todo este asunto de la natación no era otra cosa que vanidad. Que qué era lo que las otras personas habían logrado con sus récords y sus éxitos y sus alegrías, porque, lo interrogaba mirándolo a los ojos, alegría y satisfacción y felicidad es lo que debería sentir con un triunfo; ¿o no...? O no sentía nada, cosa que no le creía, porque en el fondo cuestionaba el hecho de que Benjamín Hassler creyera que sus éxitos en la natación le daban alegría a la gente o al pueblo o a su país.

—Eso sí que es una verdadera pretensión —le había gritado en la cara el cineasta, mientras Isaías Mujica los invitaba conciliadoramente a pasar al patio del fondo, como si hubiesen mujeres, cuando estaban, en cambio, completamente solos—. Benjamín, el ruso ése tiene razón cuando escribe: «Basta con fijar nuestra atención en la popularidad cada vez más creciente de tales deportistas para reconocer que no se trata ya de un éxito, sino de una verdadera adoración que se apodera de medios más y más amplios». Déjame saltarme unas líneas para que no te me duermas, pero escucha este párrafo: «Se puede incluso comprender que una nación se sienta orgullosa de sus Beethoven, Voltaire, Tolstoi (y aun así, qué pinta ahí la nación), pero que una nación esté orgullosa porque los muslos de Ivan Tzibulkin son más fuertes que los de Hans Muller... ¿No creen ustedes, caballeros, que semejante orgullo es menos una prueba de la fuerza y la salud de Tzibulkin que de la debilidad y el estado mórbido de la nación?»

—¡Quién es ese Tzibulkin y de qué mierda hablan! —los había increpado el psicólogo—. Háganme el favor de entretenerme, ex-Don Juanes, que para escuchar estas historias me quedo en mi casa de verdad, con mi esposa, la legal, y la paso muchísimo mejor. De eso no les quepa la menor duda.

—Y eso que a ti los *fans* ya te agarran de viejo, mi querido Benjamín —insistió el cineasta—, porque si fueras joven y tu-

vieras los muslos de Ivan Tzibulkin, estarías insoportable. La vanidad es lo único que une al deporte con el arte, a los nadadores con los cineastas. El resto es cuento...

El psicólogo le había explicado:

—Ya ni hembras conseguimos. Somos unos viejos de mierda. Antes, por lo menos, entre tantas cojudeces que tenía que soplarme de ustedes, había un potito al cual echar mano. Ahora parecen ñocos hablando de los muslos de... ya ni sé su nombre...

—Tzibulkin. Ivan Tzibulkin —había susurrado lentamente el cineasta—. Sabrá Dios si habrá existido, porque si ni siquiera el autor de la novela puede precisar sus datos de ley, menos aun lo hará este tal Tzibulkin. ¿Pero no les parece lindo? Benjamín Hassler está a punto de convertirse en un Tzibulkin nacional, y lo digo con todo el orgullo de la intelectualidad empobrecida de la patria, de los escritores mendigos, de los artistas devaluados, de los cineastas que no tienen écran y se pasan la vida discutiendo la ley de fomento del cine nacional. El único que bate récords aquí es nuestro querido amigo, ¡Benjamín Hassler! A eso voy. Eso es lo que quiero decir.

—Es que no sabemos si le tomas el pelo a Benjamín —intentó precisar Isaías Mujica.

—¿Pelos o pajas? No hay nada como la paja a nuestra respetada edad —retomó el protagonismo el psicólogo—. Podría decir que una buena masturbación, el onanismo bíblico, es la recopilación de tus mejores polvos, porque incluye los que te has echado así como los inventados. Esos maravillosos polvos con mujeres que nunca pudiste brincarte. Y a nuestra edad, aunque aquí el viejo de verdad es el bueno de Benjamín, un buen pajazo rejuvenece; ésa es la verdadera loción de la juventud.

—No le tomo el pelo a nadie. Anoche leía esta novela y me interesó el asunto del deporte justamente por mi amistad con Benjamín. Yo nunca en mi vida, y ustedes lo saben bien, he hecho otro deporte que no sea tirar. El pito, el pito es lo único que trabaja en mi cuerpo. Y lo hace como si tuviera su pro-

pia personalidad, su propio placer y recuerdo. Eso lo sabes tú, psicólogo, que es tu *métier*.

—Eso me pasa por meterme con intelectuales —les dijo Benjamín Hassler, buscando en su voz un tono amistoso—. Nadar es una actividad buena, como me dijiste una vez.

—Tan buena y tan sana, que la sigues llevando a la práctica. La praxis en un cien por ciento. La praxis, Benjamín, es nadar o tirar. La bronca que me da es que ya ninguno de los cuatro tira en esta casa; pero tú, por lo menos, sigues nadando. Al menos, tu vanidad está arriba. Tu ego, como diría el psicólogo, está en alza.

—De repente se nos ahoga —les gritó Isaías Mujica—. Es capaz de resbalar en la bañera y ahogarse en un hilito de agua. La vida es así. He visto tanta cojudez en mis ochenta y dos años.

—¿Ochenta y dos...? Eso sí que es inmoral. Yo cumplo setenta y tres dentro de cuatro meses —les precisó el cineasta—. No olviden que Dante comienza a escribir su *Divina Comedia* a los treinta y cinco años, a la mitad de la vida, según él. Eso quiere decir que después de los setenta todo es un regalo de los dioses, y como tal debe ser asumido.

—Y yo setenta y cinco —dijo el psicólogo.

—Yo me voy por los ochenta. Por los ochenta años de esta maldita edad —dijo Benjamín Hassler.

—¿Pero te preparas para alguno de esos torneos? —le preguntó burlonamente el cineasta—. Pregunto nomás... No me miren así...

—Si me quedan fuerzas.

—Vamos, vamos...

—Cumplo ochenta años e ingreso a una nueva categoría. Quizá vaya. Tengo chance. —Benjamín Hassler intentaba explicarles, pero...

—Tengo chance... A esa edad la gente se está muriendo y tú piensas en ganar una carrera... ¿En qué distancia, Benjamín... si no es indiscreción?

—Felizmente que no eres Ivan Tzibulkin —intervino bruscamente en la conversación Isaías Mujica— porque tendrías a toda la prensa detrás tuyo. Felizmente que sólo se trata de competencias de viejos, inexistentes para la televisión. Y pensar que hay personas a las que les parece mal que no salga ni siquiera una notita de las hazañas de Benjamín Hassler, cuando bate un récord o le gana a todos los viejos del mundo desarrollado.

Isaías Mujica sí había entendido las frases de este novelista ruso; las llegó a entender y estoy seguro de que miraría con cierta nostalgia a mi padre, porque mi padre, por la cara que les habrá puesto y por las cartas que me escribió después, pienso que no entendía muy bien el asunto del que hablaban.

—¿No conoces la novela? —le había preguntado el cineasta.

—No. Pero... como mi memoria es una coladera, quizá —le había respondido Benjamín Hassler.

XXI

Ayer cumplí ochenta años. Los pasé solo, porque Benny sigue fuera del país, en verdad no sé a ciencia cierta si en España o Portugal, lo único que sé es que le va de lo más bien, y cuando a un hijo le va de lo más bien, es que uno está de más: listo para emprender el viaje definitivo y sin compañía.

Por un instante pensé que recibiría una postal de Sonia, porque ya averigüé que está en los Estados Unidos, a pesar de los obstáculos que nos puso en su momento el cónsul Steve Woodman, miren, hasta me acuerdo de su nombre... Sonia radica en los Estados Unidos con sus papeles en orden, casada con un norteamericano, uno de esos gringos que buscaba a propósito una pasajera con maleta, o sea con un hijo. Su padre me lo explicó todo y yo le tuve que poner cara de tarado, pero ni él mismo se creyó la expresión de mi rostro. Sonia aceptó la propuesta de uno de esos caballeros que piden mujeres latinas porque, según ellos, son mucho mas arrechas, bailan bien, lo menean de lo lindo, cocinan, no conocen el inglés como para responderles, se quedan en casa, esas mujeres latinas les parecen maravillosas ante tanta gringa que parece hombre de lo independientes y autónomas que les han resultado.

Todavía recuerdo esos momentos en que Sonia se dejaba fotografiar por mí poniéndose encima toda aquella ropa interior que con tanto afán le conseguía en mis viajes a los Estados Unidos. Me convertí en un fotógrafo sensual, le sacaba partida a sus mejores ángulos, me sofisticaba; y ella me daba gusto, se

ponía vampiresa, cruzaba las piernas, las abría un poquito, separaba sus labios húmedos, sostenía sus senos. Las fotografías más arrechas me las guardaba yo para estimularme después, y las formalitas las enviábamos a los caballeros gringos que pedían las fotos y los datos y los gustos de las señoritas latinas que desearan viajar a los Estados Unidos, conocerlos, hacerse amigos y llegar a algún acuerdo definitivo. Sonia recibió varias ofertas. Estoy seguro de que su físico, su procedencia, sus rasgos orientales en una tez mestiza, su cuerpo delgado y su cinturita de avispa los retorció voluptuosamente. La latina está para la cama. De eso no me cabe la menor duda, porque así los he escuchado expresarse.

Su padre me informó que su viaje lo dispuso de un día para otro, y que su hijita (ha visto las fotografías) se parece a la hija de un gringo cualquiera. Es blanca, tiene el pelo castaño y la sonrisa delata a la madre, porque la hija sí es de su hija, eso lo puede garantizar con sólo observar detenidamente las fotografías que Sonia acostumbra enviarle.

—Se llama Andrea —me había dicho.

Esperaba de ella aunque fuera una postal, porque conozco la flojera de Sonia para escribir una carta, pero tengo la impresión de que no desea continuar una relación conmigo una vez que ha podido establecer una relación duradera con un caballero gringo allá, tal como los llamábamos cuando escribíamos las cartas de presentación.

Yo nunca tuve celos, y menos de ella, y menos aun con la edad que ya me manejaba. Al contrario; quería darle alas, no deseaba alardear de mi potencia sexual y estaba prohibido enamorarme, porque un viejo enamorado da pena, como me lo advirtió siempre Dicky. Además, no tengo vocación de cornudo. Veinte años ya es bastante diferencia, y cuarenta y seis, un montón. Sonia debe estar en los treinta y cuatro años... Muchos dirán que soy un viejo conchudo, y a mí qué puede importarme esa apreciación, cuando mi vida está lejos de interferir en la de ellos, y mi vida, por último, es tan sólo mi vida.

Pero todos tienen que meter su cuchara, emitir su opinión y hasta su juicio; que Sonia no goza de simpatía, que Sonia algo se trae o se las trae, así de simple.

Sé que los meses transcurren rápidos, aunque yo, en verdad, no haga mucho en esta vida. La conciencia de estar fuera de carrera es insoportable. Pero debo prepararme para la próxima temporada, quedan solamente dos meses y Daría Montes se encargará del funcionamiento de la Academia. El clima de Lima me está jugando una pésima pasada. Diciembre es casi un mes muerto, la gente viene poco, los muchachos siguen aún en la escuela y el barrio mismo, San Isidro, no tiene el mismo significado que en épocas anteriores. Me gustaría que Benny estuviera acá y me acompañara y me explicara estos cambios sociales que le han modificado la cara a mi rutina. Me ha escrito hace poco diciéndome que es muy probable que el próximo año regrese a Lima, que asume muchas responsabilidades y que María Pía y Benny IV se han acostumbrado a la vida europea. Es una lástima, eso sí, que ya no nade mi nieto; dice que no tiene las facilidades y como que la cosa le cansó un poco, y que le da la razón, increíble...

He debido hacer algunas inversiones en el mantenimiento de la Academia. Debo invertir en mí y en la infraestructura de la piscina, de los vestuarios, de las cañerías, es un pandemónium tener que luchar contra el deterioro de todas las cosas, empezando por mi cuerpo. Ruth, el otro día, tuvo el descaro de decirme que debía arreglarme la dentadura. Yo tuve que responderle que primero se mirara al espejo, cosa que hizo, y se persignó como si hubiera visto a la muerte posada en ese vidrio ajado. Que no podía ni masticar, me dijo; que las arrugas se empozaban alrededor de mi boca. Que fuera al dentista, que me dejara de ideas tontas y que no despilfarrara mi dinero; ella no quería nada, ella prefería dejar a la carne convertirse en un atado fofó amarrado por las pitas de su miseria, como si ése fuese el mejor camino para llegar a Dios.

Cosa que hice. Me he arreglado la dentadura no como un

acto de vanidad sino de sobrevivencia; ese período que va de la vejez extrema a la muerte no puede ser el de una agonía. Mi madre fue a la muerte arreglada, bien puesta. Eso se consideraba un signo de buena educación. Pintada... Con su dama de compañía al lado. Eso es tener modales, buenas costumbres, casta. No tiene nada que ver con el dinero ni con la alcurnia. A la muerte se le mira a la cara como lo hizo mi entrañable amigo Manuel Cabieses, sentado y amarrado a su silla en la Clínica Americana, picoteado por el cáncer, o como debe haber resistido Dicky Wieland en la lona de su lancha, abrazado al concho de agua empozada, o mi propio padre, ese hijo de alemán nacido en Tacna, que nunca me dijo «bien, hijo», porque esperaba que todo lo que hiciera lo hiciera bien.

Mi padre se había logrado recuperar, eso me dijeron, de los estragos que le causó la intempestiva ausencia de Sonia Valverde, y la temporada no le había salido del todo mal, sin olvidar, por supuesto, que los años de gloria habían pasado. Cuando me envió su carta fechada a principios de abril, me daba a entender que él también extrañaba las épocas en que la Academia era un club que competía en los torneos locales de natación. Entre líneas se podía intuir la tristeza de que yo no hubiera continuado con los entrenamientos, como sí lo hicieron los otros muchachos, y lo desalentador que había sido para él entrenar a un equipo en el cual yo no participaba. Castro lo seguía acompañando, pero no necesitaba del concurso de tanto profesor. Se adaptaba, se flexibilizaba, movía las piezas de su rutina, había viajado ese mismo año a Miami y a Fort Lauderdale, un viaje corto, un viaje de inspección para constatar la ausencia de Dicky y asumir que el Sea Ranch sería, ahora sí, verdaderamente distinto. Pasaba el tiempo, pasaba la tarde, pasaba la noche y empezaban a pasar los malditos ochenta años: ochenta años y seis meses exactos. La cosa se ponía buena.

Entonces decidí sacarle el jugo a la vida y pensé por qué no competir en el próximo torneo mundial Masters', ahora que tengo ochenta años y participo en la categoría 80-84... ¡Ah...!

No tuve a quién llamar para comunicarle mi decisión. La piscina de la Academia se estaba vaciando y tomé una terrible conciencia de que mi vida se vaciaba también y cuando quedara totalmente vacía yo mismo quedaría vacío. Nada me daba más pena que el cierre de la temporada, despedirme del profesor Castro, vaciar la piscina y dejar sedientas a las palomas sin esa agua con sabor a cloro. Al contrario, podía recordar con total nitidez el inicio de la temporada que empezaba para mí a finales de noviembre, cuando el cielo de Lima se sacaba la mantilla de la cabeza, cuando las ventanas se abrían, y llegaba diciembre con su calorcito y el agua de la piscina se llenaba de a pocos, lentamente, loleta a loleta, y luego le colocaba los banderines a ambos extremos en señal de triunfo.

Recuerdo que Benny llegaba del colegio inglés con su uniforme de saco marrón acompañado de su primo Carlos Fernando, cuando aún eran chicos, cuando Carlos Fernando todavía no veraneaba en Ancón, siempre corriendo, siempre ágiles, y entraban a los vestuarios a cambiarse. Castro los recibía con su amplia sonrisa y los llamaba «Balín» y «Balón» como si fuesen los dos muñecos de los dibujos animados, porque uno era flaco y el otro más bien gordo. Llegaban los dos primos hermanos, que parecían más hermanos que primos porque ninguno de los dos tenía hermano. ¡Qué era eso de tener hijos únicos!, nos recriminaba nuestra madre a Herman, a Alfonso y a mí... ¡no sean flojos, muchachos! Benny era flaquito y Carlos Fernando medio moreno y gordito. Llegaban con la temporada, con la piscina llenándose, con los últimos toques de perfección de Clara, con Daría Montes rebosante y acumulando inscripciones; todos, todos esperábamos el verano, un verano dilatado en tres buenos meses, y luego abril, mayo, junio y el invierno volvía, volvía como vuelve ahora en medio de los ochenta años.

Me hubiera gustado encontrarme con mi padre para desearle suerte o acompañarlo, de ser posible, en su viaje a los Estados Unidos. Había decidido participar primero en el tor-

neo nacional que se realizaría en un lugar extrañísimo, cosa que le pareció terrible, pero era una manera de prepararse para el Mundial Masters' que se realizaría en Londres, entre la última semana de junio y la primera de julio. Me escribió contándome que lo tenía programado a la perfección: estaría unas semanas en Fort Lauderdale, cerca de la piscina olímpica del Hall of Fame, luego partiría a Cedar Rapids, una ciudad que queda en el Estado de Iowa. La conexión implicaba pasar por el aeropuerto O'Hare de Chicago, ese monstruo, y allí tomaría un avioncito de Eastern que lo depositaría en Cedar Rapids. Felizmente iría a competir Juanita Carriquirrí, que vivía en Oregon, tan lejos y tan distante como tú de ese endemoniado lugar; cosa de gringos, le había escrito Juanita, pero iría, claro que iría, sobre todo si vas a estar tú.

Yo estaba muy preocupado por este viaje que cogía a mi padre a los ochenta años clavados, y estaba consciente de que se trataba de un viaje agotador, a pesar del descanso en Fort Lauderdale, sobre todo si pensaba seguir trayecto a Londres, a ese Mundial que empezó a capturar su atención. Si ya no tengo hermanos cerca, si ya no tengo capacidad de amar, si tú estás lejos y Clara y Ruth son las viejitas que ni siquiera recuerdan que en algún momento fueron mujeres, mejor me voy, me escribió; entreno, compito y de repente gano. La vida no puede detenerse porque de otro modo quedas fuera de carrera.

Ése era el Benjamín Hassler que siempre conocí y que tanto me opacó, sin querer, por supuesto, ya que su personalidad era de roble, tal como la de mi abuelo, que tampoco lo dejó a él sacar la cabeza, y mira ve... mira ve... de repente yo mismo desarrollo y me libero de las fuerza de este Tarzán que ya empieza a dar alaridos de loco cuando ve a una hembra pasar cerca de su vereda.

La piscina de la Academia estaba totalmente vacía y el inicio del invierno dejaba su aliento en la ventana. Era hora de viajar. Era hora de cerrar las puertas del departamento, llamar al taxi,

depositar la maleta en el lugar correcto, mirar a la muchachita de American, ingresar a la sala de embarque y llegar al atardecer al aeropuerto de Miami, después de esas largas cinco horas, dormir en ese hotel, alquilar un auto y aproximarse lentamente a Fort Lauderdale. Allí lo esperaba Tinina Bentín, eso sí que era tener suerte en este perro mundo, Benjamín, le decía Isaías Mujica, lo envidiaba el cineasta y lo analizaba el psicólogo. Te espera una muchachita de sesenta añitos, y muy bien cuidados, pulidos por la pasión de la elegancia. No hay nada mejor para un octogenario, lo fastidiaba Isaías Mujica, que una mujer elegante, que todo lo hace con *charme*, todo lo que toca es caricia, que sabe gozar con una puesta de sol, una verga y un cuarteto de Schubert. Lechero. Viejo lechero. Ni te quejes. Y además, para colmo, vas a ganar en esos torneos de viejos locos, sordos y mutilados por los años.

Benjamín Hassler cumplió con todos los rituales de seguridad en la entrada del Sea Ranch, pensando que no podría visitar a su único y gran amigo que vivió humanamente en esa mole de cemento y ventanales que apuntaban hacia el dorado mar de la ciudad del millón de embarcaciones. Leonor había vendido todas sus propiedades y regresó a Lima corriendo. En el Sector C, sí, el Sector C, podría preguntar por Mistress Bentín al portero, la encontraría, porque llegar a ella resultaba fácil si uno agudizaba el olfato, su olor se desparramaba por esa tarde de neblina en la ciudad del calor insoportable.

—Miss Bentín, por favor. Tinina Bentín.

—¿Podría darme su nombre?

—Benjamín Hassler. Hass-ler.

Volvió a mirar el enorme espejo cerca de los ascensores y topó con la imagen de un viejo que había dejado de lado las ganas de enfrentarse al deterioro inevitable, porque cada año, cada semestre, mes, semana, cada día, cada hora, cada minuto, segundo, que pasaba, estaba peor. Se arregló un poquito los cabellos, ya sin color, fueron castaños, dorados, estuvieron cucaracha por los sucesivos tintes, blancos, al natural, y ahora

eran de todos los colores. Apretó el botón del ascensor y a la vez contempló al portero que lo miraba ya no directamente, sino por la pantalla de seguridad y que lo volvería a mirar cuando se abriera la puerta del ascensor y lo depositara en el piso... a ver... en el piso noveno, donde se dirigiría directo a la puerta del departamento de Mistress Bentín... Béntin... *that charming lady*.

La puerta se abrió apenas hubo tocado el timbre. Así era ella: una dama jamás espera a su caballero con la puerta abierta. A lo sumo, juntita, como los deditos de los pies, un poquito separados para resistir los ímpetus. Benjamín Hassler ingresó y dejó la maleta a un costado. Luego le dio un suave beso en la mejilla. Tinina Bentín lo miraba, lo cogía del cuello, y le dijo:

—Es un gusto tenerte en casa. Me traes tantos recuerdos. Lástima que el tiempo no perdone. ¿Sabe Clara que estás aquí...?

—No. He venido sin despedirme de nadie.

—Tienes que despedirte solamente de ella.

—Ni creas: de mi hermano Herman, de Ruth...

—Verdad. Viejas deudas jamás saldadas. Y de tus amigos... Supongo que te habrás despedido de ellos... Felizmente no recuerdo sus nombres, porque la vez que me los presentaste me parecieron igualitos: unos mujeriegos sin corazón que no conocen ni pizca de mujeres.

Benjamín Hassler pasó una corta y agradable temporada en el Sea Ranch. Tinina Bentín hizo lo imposible por agradarlo sin ser melosa, sin exigirle, como había aprendido de esa chinita, capaz de sacarle hasta las tripas vivas con sólo recostarse en uno de los sofás de la sala, sosegada, como manifestación ardiente de su cultura ancestral. Vivía bien, me escribió en una postal; hacíamos vida de piscina, nos dábamos tiempo para un prolongado desayuno, contemplábamos el mar desde el ventanal de la sala, hacíamos siesta, veíamos televisión y sí, podría hasta contarlos, me sacó dos o tres polvos con esa gracia que sabía desarrollar en los momentos precisos. Dormí, recurrí al

Rohypnol, mi cuerpo estaba tranquilo. Era consciente de que días así anteceden a las tormentas.

Tinina Bentín lo acompañó al aeropuerto de Miami y se encargó de que se encaminara por los corredores acertados y tomara el vuelo que lo conduciría primero al aeropuerto O'Hare y de allí a Cedar Rapids. O'Hare es un monstruo de grande y él debía tomar aquella manga o ala gigantesca, propiedad de Eastern, que lo llevaría hasta las entrañas de este país-continente. Tinina Bentín pensó por un instante que podría acompañarlo, pero no lo consideró prudente: las piscinas eran su mundo, y ella no debería participar de él. Mundo de la soledad de los varones. Nadie mejor que ella para reconocer ese entreceño de desgracia.

Mientras caminaba por ese interminable corredor, desde el cual podía mirar una de las avenidas aledañas al aeropuerto, reconoció haber olvidado llamar a su hermano Alfonso. Era una bestia de egoísta, entre las caricias de Tinina Bentín y la obsesión por las competencias, Alfonso tenía razón: cuando vienes a competir, te olvidas de tu hermano menor. Estoy seguro de que ya ni recuerdas el nombre de Brian y, por supuesto, ignoras el dolor que su temprana muerte sembró en mí. No tienes ni la más puta idea, nadadorzuelo engréido, vanidad sin límites, de lo que significa vivir eternamente con el dolor de la muerte de un hijo ocurrida en el mejor momento de su vida, aunque la despilfarrara, como decías, y viviera para no saber dónde caerse muerto, como sostenías, porque sólo vienes cuando no hay piscina de por medio.

En ese momento introdujo su mano en el bolsillo del saco y tomó conciencia, una vez más, del papelito que Tinina Bentín le había metido antes de tomar el avión en el aeropuerto de Miami. Eran unos versos que Alfonso le mandaba desde su exilio en Orlando. El papelito le recordó los versitos apasionados que le mandaba subrepticamente Elenita Moncloa, como una manifestación de su tardío amor. Pero estos versos se los había leído Tinina en Fort Lauderdale... A Benjamín

Hassler le encantaba su acento europeo cuando pronunciaba las palabras en inglés, y le fascinaba el ligero movimiento de sus labios: «*Or a drowned swimmer whose imagination has outlived his fate, and who swims to prove, to no one in particular, how false his life had been*». Tinina se mataba de risa. Tu hermano es malísimo. Cómo puede enviarte un verso así. Tinina lo calmaba y le explicaba: el poema se titula «*Morning, Noon and Night*», te envía la tercera parte, de lo que deduzco que hay dos antes, y el autor es nada menos que Mark Strand. Strand. Spitz es el nadador, ya sé. Éste es Strand y tu hermanito se ha dado el trabajo de recortarlo del *Times Literary Supplement*, del 2 de febrero de este año. Tu hermano te adora, y tú ni siquiera lo llamas cuando vienes a Estados Unidos.

Benjamín Hassler arrastraba los pies y se detenía cada cien metros; su vieja costumbre de ir cronometrando cada uno de sus movimientos la había tirado al tacho de los olvidos, porque ahora, con este físico, con estos pies calientes de tanto andar, con este maletín que me aprieta el hombro y esta fatiga, lo del cronómetro es una tortura absurda. Recordaba que su manía por cronometrar todos sus movimientos lo había llevado a cronometrar la duración de sus orgasmos, solamente de sus orgasmos, antes del instante del descenso. Su récord: un minuto y algo. Uno de sus últimos orgasmos duró cuarenta segundos, *pas mal* para estos años. Transpiraba. Se recostaba en uno de los vidrios de esa manga interminable y el olor del pop corn le provocaba náuseas; miraba el desplazamiento silencioso de los pasajeros; ellos iban todos hacia una sola dirección, hacia el embarque de varias puertas que los conducirían a distintas ciudades y aldeas del país. Cedar Rapids... ¿Cómo será esa ciudadela en medio del corazón de los Estados Unidos: *in the middle of the heart of America*?

Llegó. El aeropuerto era pequeño y limpio, extremadamente limpio. En uno de los extremos se encontraba el lugar de las maletas, bastante a la mano, sin que existiera el peligro de un eventual robo. Durante el trayecto le dieron gaseosas y maní

y se la pasó observando su vida a través de la ventanilla. Qué hago aquí, podría muy bien haberse preguntado. Me hubiera encantado preguntarle: viejo, ¿qué haces en esa avionetita rumbo a Cedar Rapids...? ¿Vas a nadar...? ¿A competir...? ¡Viejo boludo! Pero en el fondo debería envidiarlo, porque se las entendía solo, él mismo financiaba su viaje —y mis gustos y mis caprichos y mis lujos asiáticos: venir hasta Cedar Rapids a ganarle a estos gringos sobrados de sus éxitos en olimpiadas, es un lujo mío, pero nunca podrán vencer a este venerable anciano que se pone encima su trusa, se llena el cuerpo de cremas, se coloca un gorro color oro en la cabeza, unos gagos, se tapa todos los huecos, menos el del culo, y se arroja a la piscina como si fuese el tibio cuerpo de una mujer que no envejece, limpia, transparente, porque en el departamento de Tinina Bentín tuvo que disculparse, tuvo que decirle que prefería dormir solo, hacía años que dormía solo, porque las noches no eran otra cosa que el tráfico de la intimidad entre gases, eructos y transpiraciones horribles: dos ancianos son horribles durante las noches, pero la piscina, la piscina, allí sí su cuerpo adquiriría un resplandor maravilloso como si fuese un inesperado bosque incendiado en un amanecer.

Me había explicado que su vida era la piscina y el Rohypnol, dos artificios extraordinarios que lo desalojaban de la rutina de la vida doméstica. Su capacidad de seguir vivo, y con ganas, se debía exclusivamente a que estos dos elementos existían y podían convivir dándole el añorado descanso a su mente, tranquilizando su corazón, olvidando que en la tierra, seco, vestido, afeitado, dispuesto a realizar las tareas que de él esperaban, había una serie de responsabilidades y unas consecuencias que debía asumir; felizmente las piscinas lo recibían como doncellas que estiraban sus brazos invitándolo a que se quedara dormido.

Un taxi lo llevó hasta el hotel y lo primero que hizo al día siguiente fue preguntar por el lugar de las competencias: la piscina de Cedar Rapids. Después llamó por teléfono al hotel

donde se alojaría Juanita Carriquirrí y le informaron que había anunciado su llegada para la tarde del día siguiente. Miró por la ventana y topó con un río de mediano tamaño que se desplazaba con flojera por el centro de la ciudad. Después descubriría unos puentes que lo atravesaban, pero se trataba en el fondo de una ciudad sobria del medio oeste, relativamente pequeña, que alojaba aparentemente almas serenas. Un taxi lo llevó al lugar de las competencias y se inscribió en los 50, 100 y 200 metros estilo libre. Suficiente. En el Sudamericano de Mar del Plata se había inscrito en los 400 metros libre, la tan recordada distancia de su especialidad, y aquello que iba a ser un paseo, hasta campestre por la ausencia de rivales en aquel torneo sudamericano, terminó en una verdadera pesadilla: se le adormecían las extremidades posteriores, le faltaba aire, los brazos eran dos plomos, maldita sea, el paseo se tornó lluvioso y solamente pensó en concentrarse en la meta, en contar lentamente cuántas piscinas faltaban. Fueron más de siete minutos de suplicio. En este pueblo de vaqueros no podía correr ese tipo de riesgos.

En su primera sesión de entrenamiento reconoció la piscina, se dio el gusto de compararla con la del Hall of Fame de Fort Lauderdale, incomparable por la paz que en ella encontraba, y aflojó su musculatura. Iba y venía. Se sentía cómodo. Era un delfín, como los periodistas ignorantes en este deporte suelen denominar a los nadadores: los delfines y las sirenas, nuestras grandes promesas, tal como lo llamaron a él en 1931 cuando lo venció «Chaqueta» Fernández. Se sumergió varias veces y contemplaba las burbujas de su respiración. El mundo se veía nítido en esas losetas del fondo, sin revoltijos, sin pendejadas. Una vez en la piscina olvidaba los trajines del recorrido, que en esta oportunidad habían sido muchos. Unos largos más de aflojamiento, unos piques, unas piscinas en espalda, para superar todos los achaques que allí se congregan, debajo del cuello, en los hombros, por la cintura, como puñaladas malditas de los años.

Como ya es una sana costumbre en los recintos deportivos de los Estados Unidos, había dos piscinas, lo que les permitía hacer sus sesiones de aflojamiento durante las competencias. Benjamín Hassler se estaba secando al aire libre, y cubría de vergüenza su cuerpo. En una oportunidad me había escrito contándome que invitó a la piscina de su Academia al escritor Julio Ramón Ribeyro, una vez que leyera unas declaraciones suyas en algún periódico de Lima, afirmando que no le gustaba que lo vieran en ropa de baño porque era sumamente delgado. Julio Ramón Ribeyro, debido a una grave enfermedad, pesaba menos de sesenta kilos y se veía obligado a buscar una playa alejada de la civilización para desnudarse y sumergirse en las aguas heladas del Océano Pacífico. Ribeyro era un nadador de mar, había leído emocionado mi padre, y entonces decidió invitarlo a pasar un domingo en la soledad de las dos parejas: él estaría con Sonia y Julio Ramón Ribeyro con una de sus admiradoras limeñas. Pero la invitación no se concretó. Lo único que Benjamín Hassler retuvo desde ese momento es que el cuerpo de los viejos es pavoroso. Un andrajo de músculos desgarrados. Miró alrededor y contempló una serie de viejos que se preparaba con el mismo ahínco que él. Tenía su enorme toalla roja encima de los hombros y se refregaba el vientre; unas sogas sueltas daban vuelta alrededor de su ropa de baño negra.

Almorcé esa comida sencilla, hasta tonta, para gente solitaria como yo, infantilizada, y regresé al hotel. Un hotelito con todas sus comodidades, sobre todo con su televisor, pero debo declarar que me sentía un verdadero extraño, lejos del país latino de La Florida. La llamada telefónica de Tinina me hizo un gran bien. Me devolvió la confianza, como si me sacara de la posibilidad de que me ocurriera un percance y terminara mis días de viejo en una de las callecitas de Cedar Rapids. Ésa era mi vida cuando salía a estas competencias: una rutina cojuda, metido en un hotel, cuidando las escasas energías que me mantenían vivo.

Al día siguiente, después de una buena dosis del programado Rohypnol, desayuné como en los tiempos del Gold Coast. Era mi último día de preparación, esa misma tarde llegaría Juanita Carriquirrí, y al día siguiente, a eso de las once, imagino, estaría compitiendo en los 200 metros libre. Buena distancia, entre la fuerza y la astucia. Seguramente estaría mi eterno rival en la vejez, Albert van Dewege. Hice una siesta moqueguana, entre el desayuno y el almuerzo, fui al baño, defequé, me miré la dentadura arreglada (costó un ojo de la cara) y salí con mi atuendo deportivo.

El local donde se hallaba la piscina se encontraba hacia uno de los extremos de la ciudad y debíamos atravesar un río semiindustrial y dirigirnos hacia las afueras, donde el inmenso territorio de Iowa empieza a anunciarse. El taxista conocía de memoria el trayecto. Sabía de nosotros a través de los diarios, y no salía de su asombro. No encontraría nada en esa piscina, reía, solamente hay agua. Las piscinas aburren, me dijo, porque no hay aventura, carecen de misterio y si por casualidad sientes que te ahogas, hay un salvavidas leyendo su diario que te insulta la madre por estarte ahogando con un calambre a la pantorrilla. Iowa no es un estado donde abunden las piscinas, precisó, sino de ríos, que atraviesan uno de los estados más prósperos y estables de la nación. Los Parques Naturales son famosos y usted debería visitarlos, me aconsejó, antes de regresar a su país.

—Perú. Perú fue lo que me dijo, ¿no...? —repitió el taxista.

—Perú, no Beirut —le precisé—. Siempre me confunden.

—Usted parece como salido de las aguas del río Cedar —me dijo—. Ignoro cómo es la gente en su país. Yo nunca me he movido de Iowa. Nací en Ames. No conozco ni siquiera Chicago.

—Soy de Lima —tuve que decirle en un extraño afán por encontrarle una identidad a mi vida—. Lima es la capital del Perú.

—Ahora esas cosas no importan con la televisión —me di-

jo—. Ahora puedes conocer el mundo sin salir de casa. Mientras tengas plata, una buena mujer y ganas de comer, la calidad de vida está resuelta. Usted parece haber vivido en Des Moines. Des Moines es la capital de Iowa. ¿Le dice algo?

Sabía que nos acercábamos, aunque el camino no fuera el mismo que utilizara el taxista el día de ayer. Sentía el olor del campo, el calor del aire y el zumbido de los insectos revoloteando en el ambiente.

—¿Por qué han organizado un torneo de esta naturaleza en un sitio como Cedar Rapids? —me preguntó, haciendo un gesto de desconcierto—. La gente de las costas es la que nada en piscinas. En el oeste medio somos como los patos, amigos de los lagos.

—Me parece una pésima idea —tuve que responderle, sin preocuparme por encontrar razones que reforzaran mi posición—. Me sale caro, además.

Cuando llegamos, descendió del vehículo, me ayudó a bajar, cerró la puerta con sumo cuidado y casi me acompaña hasta la entrada cargando mi maletín deportivo. Me deseó suerte, porque yo le había dicho que venía a ganar, ya que vengo de tan lejos, vengo a ganar, eso le dije. Había reído el taxista, me había dado un palmazo cariñoso y en su sonrisa reposaba un ligero gesto de sorpresa: algo así como nunca se sabe con los viejos o los viejos son como los niños.

Felizmente que no cruzó el umbral de la puerta, ya que en el hall de la entrada, entre todo el barullo de gente que pugnaba por inscribirse, ingresar al gimnasio o buscar un emparejado, me encontré con Sonia Valverde Yon; con Sonia, recostada en una de las columnas, vestida deportivamente con una blusa azul y un short blanco, con zapatillas y una colita sujeta por una vincha. Cogía de la mano a una niña de unos cinco años:

—Cinco años y siete meses, exactamente —me dijo apenas la reconocí—: es Andrea.

—Andrea...

—Andrea, saluda al señor.

Sonia actuaba muy segura de sí misma, madura, en su sitio, planificada la situación, porque como me dijo un tiempo después, ella ya sabía el trayecto de mi absurdo itinerario: la semana y sus días que pasé en Fort Lauderdale, en casa de la señora Tinina; mis ajetreos en el aeropuerto O'Hare, mis dos días en Cedar Rapids, porque ella vivía muy cerca, en Des Moines, sí, le dije, la capital de Iowa.

—¿Y cómo has llegado hasta acá, hasta Des Moines? —le pregunté—. No puedo creer lo que estoy viendo.

—Es Andrea. Tu hija, Benjamín. Ella no lo sabe, pero yo sí.

Andrea daba vueltas alrededor y tenía unas ganas locas de meterse a la piscina, pero Sonia no la dejaba. Me miraba con curiosidad, y no tuve más remedio que pensar en lo relativo que es la llamada de la sangre: esa niñita se había mimetizado con el país, lo poco que hablaba español, lo mal que se comunicaba con su mamá, lo lejana que estaba de mí, mi incapacidad de sentir algo por ella. ¿Debía sentir algo por ella? No lo sabía. Hasta pensé que ese sentimiento debía brotar naturalmente o no brotaría nunca.

—Sentémonos. Me encantará verte competir. Desde el momento en que mi padre me informó que viajabas solo, no dudé en venir. Es el destino... ¿Conoces el destino, Benjamín...?

—No, no creo en el destino.

Y sonrió. Sonia sonreía. Se le veía en paz, contenta, satisfecha.

—¿Eres feliz, Sonia? —tuve que preguntarle contra mi voluntad, porque esa pregunta siempre me pareció una reverenda tontería—. Te veo contenta.

—He resuelto mi problema económico. Es cierto que eso no lo es todo, pero es suficiente en los Estados Unidos. Vine cuando me contestó ese caballero gringo que le gustaban los niños, esa persona que tú mismo dijiste que debía ser buena gente, el de los anteojos chiquitos y casi calvo, ese caballero gringo que no podía tener hijos y había quedado viudo. Tú

estabas en Fort Lauderdale y justo llegó su carta pidiéndome que por favor aceptara sus condiciones; que podía venir si así lo deseaba, él pagaba todos los gastos, para ver primero y que luego decidiera. Tú no estabas, Benjamín, y sabía muy bien las pocas ganas que tenías de verte involucrado con un hijo.

—No fue justo, Sonia. Tener un hijo a mis años es una irresponsabilidad.

—Es lo mejor que nos puede suceder en la vida, Benjamín. Tú tienes un hijo y yo tengo una hija. Lo siento, pero así debe ser. George, mi esposo se llama George, es muy considerado con nosotras dos. Cuando se enteró —tal como le escribimos los dos— de que mi hijo o hija, en ese momento aún no lo sabíamos, no había nacido todavía, se volvió loco. Me escribió diciéndome que entonces sería como su propio hijo, que lo vería nacer, lo cargaría, lo besaría, lo alimentaría y sería su hijo, su verdadera hija, en este caso. Andrea lo llama *dad. Daddy*. Y me da gusto que tenga un padre, porque yo soy la única que sé que tú eres su papá, Benjamín, aunque no lo quieras reconocer.

Yo estaba helado. Debía alegrarme, sé que debía alegrarme. Cuando nació Benny yo andaba como un loco enamorado de Maruja Montenegro, y recordaba desesperadamente los días en que fornicábamos todas las noches en la casita de los empleados bancarios por San Miguel, mientras Clara estaba como embobada con la carita de Benny; yo, en cambio, sólo hubiera vivido por meterme un polvo con Marujita Montenegro, que debería estar como una pera de bella, enloquecida por mi tremendo troncazo. Benny nació desde mi inconsciencia, debo reconocerlo, pero de cuándo acá uno nace como si fuese un plan: uno debiera nacer de la pasión, de la locura, de la fornicada despiadada. Así había nacido Andrea. Andrea era la hija de una relación sin futuro, y ella pretendía convertirse en el futuro y arrastrarme a mí hacia el camino de su vida.

—Vamos cerca de la piscina, Benjamín. No pienses. No pienses tanto. En eso, yo sí que he heredado la sabiduría de la cul-

tura de mi madre. La vida es sabia, y así como entrega, te quita. Es una sabia combinación de momentos. Un largo camino hacia la perfección. Por eso deseo verte nadar, Benjamín.

Caminamos lentamente, con Andrea entre los dos. Fuera de ese atiborrado hall pudimos contemplar la impresionante dimensión de las dos piscinas de 50 metros, una de ellas arreglada para las competencias, con sus andariveles puestos y los banderines a cada extremo. El público se ubicaría en las terrazas de los altos y de los bajos y en una tribuna flexible que habían colocado los organizadores. Hacía sol. Andrea estaba nerviosa, bastante inquieta, y lo único que deseaba era introducirse en esa piscinita que estaba como oculta hacia uno de los costados.

—Mami... Mami... Ma-mi... *please*...

Nos sentamos en una de las mesitas al borde de la piscinita, como lo hacían los familiares de los niñitos que chapoteaban en esa agua tórrida, revoltosa, inquieta como la infancia. Sonia se puso encima unos enormes anteojos negros y sacó a relucir una sonrisa ambigua, como dándome a entender que las mujeres saben lo que hacen y que asumen sus actos. Como si los varones mojaran por instinto y luego se marcharan de puro civilizados que son, dejando de lado sus ineludibles responsabilidades. Pidió un jugo de tomate. Yo tomé agua mineral y pensé que mi entrenamiento se había ido a la porra, que ya me resultaría imposible entrenar, ya vería mañana cómo me iría en los 200 metros libre.

—George me pide que te agradezca la carta. La carta que redactaste. Dice que le cambió la vida.

—Sonia —me vi obligado a responderle—, me parece que la situación no amerita volver al pasado. Las cosas no te han salido mal, y yo, en cambio, te extrañé muchísimo cuando regresé a Lima y no te encontré.

—Pero encontraste a mi papá, Benjamín. Y no me vas a decir que no crees en el destino.

—Creo en tu habilidad para preparar las cosas.

—Las malas lenguas habrán dicho de todo, me imagino: que soy una mujer calculadora, que lo planeé desde que era una niña, cuando imaginaba a mi tía Ruth dando vueltas al mundo en yate, que a propósito te saqué un hijo, que vine a casarme con un gringo, de la que te salvaste, Benjamín, piensa en eso. George no es tan zonzo como nos imaginamos los dos la tarde en que le escribimos. ¿Te acuerdas, Ben...? Esa tarde en que me sacaste las fotos más sexys de mi vida, cuando me pusiste encima todo un conjunto de ropa interior negra. George es un conocedor de la cultura china. El otro día me dio una verdadera lección a raíz de un libro que se acababa de comprar. Mira: yo misma he copiado los diez mandamientos que son los Principios de Sun Tzu: 1) Aprende a pelear. 2) Enseña el camino. 3) Hazlo bien. 4) Muestra los hechos. 5) Espera lo peor. 6) Mide el día. 7) Incendia los puentes. 8) Hazlo mejor. (Ojo, Benjamín, que no es lo mismo que el tercero; uno es «hazlo bien» y el otro «hazlo mejor».) 9) Empujemos juntos. 10) Déjalos suponer. En inglés es «guessing» y George me ha explicado que puede ser suponer o adivinar. Bueno: 10) Déjalos adivinar. Sun Tzu vivió en la China hace 2,500 años, y sus principios siguen en pie, así me ha dicho George lo relativo que es el tiempo.

—Estoy cansado, Sonia... Estoy viejo. Yo tuve razón en ayudarte a que vinieras a los Estados Unidos y conocieras a este George que yo no deseo conocer; pero debo decirte que no he oído jamás el nombre de ese filósofo chino del que hablas con tanto entusiasmo.

—Sun Tzu, Benjamín. *The art of war for executives*. Un libro de Donald Krause. George lo sabe todo y me indica cómo es que debo vivir en los Estados Unidos.

—A primera vista este lugar parece muy apacible.

Sonia se arregló los anteojos ahumados y echó una mirada panorámica a la piscina, controlando los movimientos incansables de Andrea, su hija, porque para mí cuando la contemplaba de lejos, no era otra cosa que una gringuita, con muy

poco de chino, como si el ingrediente chino se hubiera diluido entre sus pecas.

—Parece una gringa —le dije.

—Ni me digas. Yo quiero que conserve su aire latino, su toque chino y su perfume peruano.

—Pero vive en Iowa, Sonia, y en plena guerra, según las lecturas que te ofrece ese George.

—Ahora se trata de *ese* George, Benjamín. ¡Qué gracioso! Antes se trataba de *esa* fulana, *esa* Ruth, *esa* Sonia. Mujeres de medio pelo. O como decía tu esposa: de media mampara.

Benjamín Hassler la contemplaba como se observa un objeto del que recién se percata uno de sus detalles, la aridez de su superficie o esos dibujitos escondidos que, a primera vista, como que no están. Sonia Valverde era una mujer de treinta y cuatro años, había perdido esbeltez, mantenía la lozanía de su piel y en sus ojos habitaba un secreto hallazgo, como si hubiera comprendido el mensaje elemental de la vida. La miraba a distancia, sin afecto. Le empezaba a perder afecto.

O será —pensé— que una mujer desenvuelta, segura, independiente, expresa a boca de jarro la debilidad masculina, nuestra inseguridad, nuestra timidez y nuestro descontrol ante un destino sin brújula. Pero lo cierto era que Sonia Valverde Yon me sacaba de mis casillas, de mi rutina, de mi entrenamiento, de mi pasado, de mi amor, de mis sentimientos. Delante mío había una mujercita muy cómoda en su piel y en su atmósfera, como si esto lo hubiera estado persiguiendo toda su vida.

—Y no, Benjamín, seamos honestos. Todo el tiempo me repetías que me fuera del Perú, que agarrara viaje con uno de estos caballeros gringos que mandaban sus fotografías en esa revista de pajeros, son tus palabras, Benjamín, incapaces de conquistar a una mujer y para colmo de males quieren casarse.

—Quería darte alas. No quiero ser como Anthony Quinn, que a los ochenta acaba de tener su segundo hijo con la que fue su secretaria. Alas, Sonia, alas. Alas para que te fueras lejos de mí, cuando encontraras tu destino.

—Y lo encontré. Sí que lo encontré. Y gracias a ti, Benjamín. Gracias a esa carta. A George le encantó la idea de vivir conmigo y con un hijo, un hijo que sería como suyo.

—Así es el mundo, Sonia. No lo juzgo, pero mañana tengo una carrera. La razón por la cual he venido hasta Cedar Rapids, es para nadar. *Na-dar*, aunque te suene a tontería. Y ya no quiero conocer a Andrea. No quiero ni llamarla Andrea, menos mi hija, no quiero saber que tengo una hija que vive en Iowa... ¿Te das cuenta...? ¿Me entiendes, Sonia?

—Correcto.

Sonia se quitó los anteojos y sus ojos estaban secos como probablemente lo estaba su corazón y su memoria. Cruzó una pierna y llamó al mozo. Era un joven universitario que se cachueleaba atendiendo en este club deportivo.

—No te preocupes, Sonia, pago yo. Pago como siempre.

Sonia esbozó una sonrisa.

—Encantada. Soy una mujer moderna, pero no tanto.

—¿George tiene una situación, Sonia...? ¿En qué trabaja?

—Es un ejecutivo. Trabaja de gerente en una empresa. Viaja mucho. Mejor, porque así gozo a Andrea. George, como todos los gringos que trabajan, lo hace de lunes a viernes. El sábado ordena la casa y el domingo duerme y mira televisión. Es la vida gringa entre gringos, qué quieres. No podemos tener todo, Benjamín y, además, qué me esperaba en Lima, si tú ya querías botarme y me hubieras botado si hubiera nacido Andrea. Gracias a Dios que no me obligaste a abortar...

—Por qué piensas eso... Yo...

—Ruth se lo contó a mi tía Manuelita Yon. Mi tía casi se muere cuando la obligaste a que abortara en Londres. Y sé por mi padre que piensas ir a Londres todavía para nadar con los viejos que no pudieron venir hasta acá, seguramente unos viejos más rápidos o más astutos o menos brillantes, que le sacan el clavo a la vida arrojándose a una piscina... Ruth está loca, Benjamín. Ruth solamente quería tener un hijo de su amor, de su único amor, y ya que no podía casarse contigo, quería un hijo.

—Sonia, me ha gustado encontrarte de nuevo. No pensaba, es verdad, aunque debí suponer por las conversaciones que sostuve con tu padre que estarías al tanto de mi viaje. Pero esta coincidencia me tiene atónito. Y la conversación se está poniendo incómoda.

—In-có-mo-da... ¿Incómoda...? Andrea está en esa piscina y ni siquiera te emocionas. Sin querer has hecho tres cosas en tu vida: me has dado una hija, cosa que te agradeceré siempre; has hecho feliz a un caballero gringo llamado George Madison y... y... has traído un ser a la vida... Has traído un ser a la vida y no lo has matado, Benjamín. Andrea V. Madison. George es un ejecutivo y quiere eliminar el apellido Valverde, porque sería un lastre en aquello que denomina la guerra de los ejecutivos. En cambio, Madison suena a un estado de la nación, a pradera nueva, y mírala, mírala, Benjamín, cómo nos saluda. Debe tener hambre, Dios mío. ¿Qué hora es...? ¡Las tres y media!, no puedo creerlo. Tengo que irme. Te llamo al hotel, Benjamín. ¿Vas a estar allí? Te llamo a las siete para cenar juntos.

—Viene a Cedar Rapids Juanita Carriquirrí —le expliqué—. Viene a eso de las cinco.

—¿Y quién es esa gatita? ¡Una gatita nueva...! Tinina, Juanita...

—Por favor, Sonia, es una excelente nadadora y una mejor amiga.

—Bueno: a las siete. Te llamo a las siete. Y gracias por el jugo.

—Si no es indiscreción, ¿qué edad tiene ese George...?

—¿George? Setenta años. La edad que tenías tú cuando te conocí. Setenta grandes y buenos años. Me lleva treinta y seis. Diez menos que tú.

Sonia se levantó de la mesa y se acercó a la piscinita, llamó a Andrea, la secó con una toallita llena de dibujos animados, le arregló el cabello y le indicó que se despidiera de mí.

Andrea movió una de sus manitas y me dijo adiós a lo lejos.

No pude responderle su despedida.

Una vez solo, tuve que reprogramar mi rutina porque no hay nada peor para un viejo que lo saquen de su rutina. ¡Amo la rutina! Me indica que estoy en la vida, que realizo una actividad y la hago bien, que tengo un horario y el día no ha sido despilfarrado. Estoy en Cedar Rapids, en cambio, y no he entrenado, ¡eso me parece el colmo! Me han sacado de mi rutina, pero no debo molestarme. Mejor regreso al hotel y espero la llamada de Juanita a eso de las cinco.

A las cinco llamó Juanita anunciando su llegada a Cedar Rapids; estaba alojada en otro hotel, uno más cómodo, pero ubicado al otro extremo del complejo deportivo. Yo había perdido energías y mi voz sonó desganada, como un metal sin brillo.

—¿Te sucede algo, Benjamín? —le preguntó Juanita con ese acento gringo que gustaba aquello de ir siempre al grano—. Te oigo preocupado.

—No es nada, Juanita. Más bien, me encanta saber que llegaste. El torneo empieza mañana y deseo acostarme temprano.

—Pensaba salir a comer algo sencillo.

—Mejor nos vemos mañana en el lugar de las competencias. Ya sabes cómo se ponen los viejos con la edad.

Benjamín Hassler se acercó a la ventana de su dormitorio y contempló una avenida desteñida. No entendía la razón de organizar un torneo en una ciudad tan alejada de las dos costas. Éste podría ser el verdadero Estados Unidos, pero como sucedía en el Perú, las zonas alejadas y tradicionales están buenas para una postal y no para eventos deportivos.

Me llamó por teléfono, y claro que me despertó de un timbrazo totalmente inoportuno, porque yo me encontraba casi al otro extremo del planeta. Si con Lima hay sus buenas seis horas de diferencia, con esa ciudad del medio oeste norteamericano nos separan todas las horas existentes. Lo oí bien, un poco cansado, y me contó que apenas colgara se tomaría la primera mitad de la bien amada pastilla, dormiría como un bebé

y al día siguiente, después de ejecutar toda su rutina madrugadora (defecar, estiramiento, duchazo, desayuno), iría a la piscina a competir en los 200 libre, una distancia de machos, mezcla de físico, inteligencia y astucia.

Fue, en verdad, una mañana de mierda. Me miré al espejo y descubrí un conjunto de arrugas que se retorcían por la frente, una boquita prácticamente sin labios, una barbilla sostenida en el hueso y un cráneo despejado, sin cabellos. No tenía hombros. Mis brazos eran unas cañas. Estaba, además, exhausto, porque definitivamente había dormido, pero mal. Recordaba el entretiempo, a eso de las tres de la mañana, sentado en el water del baño del hotel porque no había distinguido la mesita del cuarto y ya estaba cansado de instalarme en la rutina del entretiempo, y decidí, entonces, sentarme en el baño acompañado de mi café aguado, el cake Sara Lee y la otra mitad de la pastilla. Empezaba la segunda etapa de mi sueño.

Sentí que la vida era un círculo que no avanzaba, la cabeza la tenía mareada, controlándola, abiertos los ojos como un loquito que ha sido descubierto por su mamá masturbándose en el baño. Recuerdo incluso que me masturbé. Me masturbé pensando en ya no sé quién, si en Sonia, si en el recuerdo de Ruth o en Tinina. Me masturbé pensando en Maruja Montenegro, eso, en su boquita de manzana, atrapado por esos dos boliches y su cabellera recortada hasta el alma. Volví a mi cama muy cansado, con ese cansancio que significa que el cuerpo se encuentra envenenado, los músculos tensos y la cara agarrada.

Había contratado al mismo taxista y pensé llamar a Juanita para ver si deseaba que la recogiera, pero el tiempo se me escapó demasiado rápido. No estaba en las mejores condiciones para competir. Mi tesis de que la vida afuera de la piscina es solamente un obstáculo, cobraba más y más fuerza, mientras colocaba en el maletín todos los *Powerbars*, dos ropas de baño, el gorro, los gogos, la toalla roja y las zapatillas, la bata y... el taxi anunció su llegada. Lo distinguí desde la ventana.

Intenté decirle que bajaba dentro de unos segundos (ni siquiera minutos), segundos, que mi vida era así, disciplinada, pero que la noche había sido una pesadilla, una sudadera, un ahogo, una sensación de revolotear entre las sábanas.

Cuando llegué al complejo deportivo encontré un número bastante alto de competidores, desde aquellos que participaban en la categoría de la gente más joven, 25 a 29 años, una categoría de nadadores vigentes e incluso de olimpiada, hasta aquella otra de los más viejos, la que va de los 90 hasta la muerte. O sea que encima mío había dos categorías más; tenía esperanzas, la muerte no estaba a la vuelta de la esquina, aunque me sentía vomitar, estaba demacrado, el desayuno fue una piedra que ingresó directa hasta el estómago y debía esperar a la mañana siguiente para arrojarla por el culo.

Pero antes debía competir en los 200 metros libre. No sé por qué me sentía obligado a ello si ya tenía una edad en la cual nada debía comprometerme; no le debía explicaciones absolutamente a nadie y podría, simplemente, largarme o pagar la ridícula multa de cincuenta dólares, más o menos, por desertar y no pararme en el poyo.

El torneo Masters', entre los gringos, se parece a una acci-tada máquina de pruebas sincronizadas, sin pausa, como si fuesen ataúdes arrojados a las fosas numeradas de un moderno cementerio. Una tras otra. Una prueba y otra prueba. Se inicia una y empieza la otra y sigue la que sigue y el que sigue dónde está. Entre los que tienen veinticinco años y la muerte, hay una gran cantidad de series y de pruebas, de mujeres y de varones.

Los de mi categoría son todos sordos, ya no oyen bien el disparo, miran hacia la piscina y hacia el juez, miran al público y sonríen como sonríen los viejos (por nada y de nada), levantan los hombros, le dan importancia al asunto y simultáneamente se lo niegan, no saben por qué rayos están ahí parados para asombro de algunas personas que detestan ver nadar a los viejos, porque lo hacen mal, unos ni siquiera se arrojan

de los poyos, otros no conservan el estilo, les dan licencias, manotean, gimen, y para salir de la piscina hay que ayudarlos, jalarlos, devolverlos a la vida en seco. Un verdadero suplicio.

Sonia, la pude ver, estaba ubicada en la tribuna flexible, colocada frente a las terrazas. Soportaba estoicamente el sol, sin sombrero, pero sus gafas ahumadas le daban un encanto cosmopolita de nuevo cuño, porque Sonia, a no dudarlo, se daba sus gustos como si se vengara de alguien. No le di oportunidad de que me saludara. Me percaté de que gozaba haciéndola sufrir con lo prolongado del programa, un programa verdaderamente aterrador para quien deseara soplarse un asunto que solamente tenía un interés individual; yo, por si acaso, me preocupaba únicamente de mi prueba. Nada, antes o después, existía. Llegaba a la piscina, aflojaba, competía y me iba. El asunto era mío y para aquello me había preparado como un demente todos los días en Lima.

Sonia no entendió nada de nada de este absurdo juego. Como los nadadores de mi categoría eran escasos, creo que éramos tres, y en la prueba de los 200 metros solamente yo estaba inscrito, me pusieron en una categoría inferior. Era la única serie y allí había algunos rivales que tenían setenta y tres, otros setenta y cuatro, la mayoría setenta y ocho y yo mis ochenta años. Llegué segundo. En verdad, gané en mi categoría, pero en esa carrera, la que vio Sonia, llegué segundo. Me venció ese mocoso de setenta y tres años, un muchacho, porque a mi edad una diferencia de meses es una brecha enorme. Nada lo hago como lo hacía antes. Ni siquiera ayer. ¡Ayer estaba mejor! ¡El mes pasado estaba muchísimo mejor! Y ni te digo cómo estaba el año pasado, antes de que cumpliera los miserables ochenta...

—Andrea cree que eres un trome —exclamó Sonia, aproximándose como si fuese una gata de lo suave que eran sus desplazamientos. Estaba descansada y lucía un conjunto floreado bastante elegante. Su falda era corta y mostraba esos muslos que cuando los tenía ahorcándome por el cuello, sentía una

felicidad extrema—. Nunca te había visto nadar en una competencia, Benjamín. Lo haces muy, pero muy bien.

Nos alejamos del espacio cercano a la llegada y tomándola del brazo distinguí los ojillos despiertos de Andrea que me miraban con curiosidad. Estoy seguro de que nunca antes había visto a un viejo tan de cerca y prácticamente desnudo. No me cabe la menor duda de que verme con ese gorro frigio en la cabeza, muy ceñido al cráneo, con una ropa de baño que parecía un bolsón, la impresionaba bastante. Quise besarla, pero noté que como que le daba nervios ser besada por un viejo empapado. Cuando estuvimos en la parte donde el sol caía como un plomo, pude verla bien, distinguir sus pecas, reconocer lo lacio de su cabellera castaña y la suavidad de su piel, herencia directa de su madre, la piel más lisa que me ha podido acariciar: la piel de mi chinita, mi arroz chaufa, mi chifita, la piel de Sonia.

—Pregúntale si se cansó el señor —le dijo Andrea a Sonia.

—Pregúntale tú. El señor habla inglés. O hálble en español, el que sabes.

Andrea se quedó mirándome.

Yo la miré bien, casi por primera vez, y sentí un estremecimiento: ¡vivía! La hija de Sonia estaba viva. No es que ame la vida demasiado (he pasado en ella sus buenos ochenta años) pero descubrí, de pronto, que mientras esté viva, todo irá bien. Ese pensamiento resultaba nuevo para mí, porque hasta hacía un día, consideré que la vida valía la pena sólo si se la podía vivir en las mejores condiciones. Enfermo, tarado, pobre, idiotizado, no tenía sentido.

Sonia vivía a través de ella. Era lo único que me pidió. Yo le había preguntado hasta el infinito qué quería de mí, bajo la hipótesis de que una mujer siempre espera algo de la relación que establece con un hombre. Sonia había establecido una relación conmigo; Benjamín y su gatita, Benjamín y su pajarito, Benjamín y su pichoncita, lo que haya sido, siempre era la pendejaza y el tonto, porque amor, amor, ¡por Dios santo!, a

quién puede ocurrírsele que pueda haber amor entre una muchachita y un viejo.

En varias oportunidades yo le había dicho:

—No quiero que gastes tu vida al lado mío, porque después vas a ser una vieja sola y ya yo no estaré. Probablemente me habré muerto, o habré enfermado y seré un lastre, un viejo, Sonia. Quiero que busques a otra persona, es lo normal, yo te podré ayudar.

Así habíamos empezado este asunto de la búsqueda del pretendiente, porque yo era un padre para ella que le buscaba un esposo. No podía sentir celos, no debía por nada del mundo convertirme en un Otelio latinoamericano (pésima combinación), en verdad, no debía sentir, un viejo no debe sentir nada, me aconsejaba Dicky Wieland, porque un viejo está en inferioridad de condiciones. ¿Qué puede ofrecer un viejo, qué cosa, piensa, imagina, saca de la manga algo que un viejo pueda ofrecer en este toma y daca, que es la relación entre un varón y una hembra, mi queridísimo maricón?

Sonia estaba inquieta, la sentía inquieta, porque no tenía la intención de hacerme daño, pero estoy seguro de que su agenda se le estaba complicando. Andrea le pedía que le diera permiso para meterse un ratito en la piscinita: *just a second*, y Sonia trataba de explicarle que tenían poco tiempo, que no era el día adecuado, había mucha gente, Andrea, es un día de competencias.

—¿Vas a competir en otra prueba hoy? —le preguntó Sonia mirando el cielo.

—Hoy no —respondió Benjamín Hassler—. He programado nadar una prueba por día.

—Yo debo marcharme mañana, Benjamín. George me ha llamado y debo regresar.

—¿Le has explicado adónde venías?

—Claro. Mantenemos una relación adulta. Podría acostarme contigo si quisiera. Él lo sabe. Además, te guarda simpatía. Él no intenta ser posesivo, confía en mí, y sabe que yo no me

meto por allí simplemente por sexo, como dicen acá: *Just sex. Just do it*. Eso nunca fue conmigo. El sexo es amor, para mí, y hacerlo contigo fue siempre una delicia. Me encantaría meterme en tu hotel y darte todo lo que soy capaz.

Benjamín Hassler la miró directo a los ojos.

—Pero sé que no sería lo adecuado.

—Por qué...

—No sé. Así como nunca te traicioné a ti, tampoco deseo hacerlo con George.

—George es una invención, Sonia. Lo inventamos juntos, ha salido de las páginas de una revista alcahuetera, no puedes darle importancia. George es ficción.

—George existe, Benjamín, de otro modo cómo imaginas que pueda estar aquí, con nuestra hija, porque es nuestra, viviendo relativamente cómoda. George es de carne y hueso y tiene su corazón y espera que cumpla el contrato.

Sin darse cuenta, Benjamín Hassler había ido alejándose del ruido de la competencia, no escuchaba la abigarrada voz del parlante anunciando las pruebas, y se internaba hacia uno de los jardines del complejo deportivo. Andrea había convenido a Sonia y se arrojaba mil veces a la piscinita. Sonia lo atrapaba con sus gestos, con sus suspiros y sus palabras.

—Por supuesto que hay un contrato, Benjamín, exactamente como el matrimonio es un contrato, nuestro matrimonio reposa y se basa en un contrato muy claro.

—¡Y podrías explicármelo!

—No vale la pena. Lo que sí es cierto, es que el contrato coloca nuestra relación en la tierra y nos compromete a una conducta legal muy precisa, sobre todo en lo que se refiere al dinero y a la custodia de Andrea.

—¿Aun así estás contenta y lo quieres?

—Sobre todo así, Benjamín, porque tú eres el único hombre que conozco que cree profundamente en el egoísmo de la individualidad. Nunca te has puesto a pensar en lo que podría querer la otra persona.

—Hablas en difícil.

—Tal como tu hijo Benny —suspiró Sonia.

—No lo menciones en este preciso momento.

—¿Le vas a decir que tiene una media hermanita? De repente se preocupa, pero tranquilízalo, que parte del contrato se sostiene en que Andrea es hija de George Madison y llevará como nombre el de Andrea V. Madison. La V de Valverde, pero como «V» de vergüenza. No es la «V» de la victoria que tanto te gusta. Es rubiecita, Benjamín. Es blanquita. Puede ser una gringuita, casada con un gringo, y tendrá hijitos gringuitos. ¿No te parece una maravilla...?

—Sonia, estoy cansado, estoy viejo, he dormido pésimo, con pesadillas.

—Mi cuchi-cuchi, mi viejo verde encantador, te adoro. Te he amado desde niña, desde la época en que mi tía lejana salía contigo y nos sacaba a todas nosotras la lengua con sus fotos en yate por unos sitios de ensueño. ¡Te adoro! Nunca me preocupé por la diferencia de edad. Los de mi edad iban a llenarme a la primera, me iban a arrimar a la cocina, me iban a tener de doméstica entre sus amigos. ¿Tú crees Benjamín que yo hubiera podido conquistar, enamorar y casarme con una persona como tú, pero treinta años más joven, alguien que me llevara unos quince años?; ¿o con una persona que me llevara diez o cinco años: yo de veinticuatro y él de treinta o treinta y cuatro?; ¿crees, lo crees posible? Yo no. ¡Yo sí que no! Mi tía fue un excelente espejo donde nunca quise mirarme.

Benjamín Hassler había tomado asiento y se protegía del sol con un sombrero amarillo. Su bata roja le cubría los hombros y la espalda. Su rostro conservaba aún la crema que le otorgaba cierta suavidad, sacando de su piel de lagarto la famosa intrínseca sequedad.

—¿Por qué has venido? —le preguntó de pronto—. Por qué, Sonia...

—Porque te adoro.

—No es verdad.

—Para enseñarte a tu hija. Considero que debes conocerla. Tú la trajiste al mundo.

—Hubiera preferido...

—Ya sé: hubieras preferido no conocerla. Conozco tus argumentos, tus sentimientos, tu forma de reaccionar. Te conozco bien, Benjamín.

—¿Pero me amas? ¿Dices que me adoras?

—A mi manera. Debo decirte la *ra-zón* por la cual vine a verte, a partir de una continuada comunicación con mi padre. El contrato de mi matrimonio es muy claro cuando dice que Andrea no podrá salir de los Estados Unidos mientras sea menor de edad; es decir, hasta los dieciocho años. Tiene una nacionalidad: la norteamericana, y no podrá hablar en español con su madre, o sea conmigo, y en la escuela yo debo orientarla hacia el francés como segunda lengua, cosas así. Pero yo quería que tú la conocieras, ya que ella no podrá conocerte. Cuando ella cumpla los dieciocho años tú ya estarás muerto. Lamentablemente, no eres eterno, Benjamín.

—Pero le hablas en español.

—Por el momento, mientras aprendo inglés. Pero George Madison desea una familia norteamericana, sin interferencias sentimentales. Piensa que yo formo parte de una nueva cultura norteamericana, mediante el aporte chino. Le encanta eso de que sea peruana sin ser mestiza, una blanca con toques oscuros, oriental sin ser china. Dice que así será el siglo XXI en los Estados Unidos.

—¿Tú has firmado todo lo que el contrato dice? ¿Habla de perversiones, de mañoserías...? No me digas que le haces todo lo que te pide.

—Lo que hacía contigo. Me sale del alma. Él lo sabe. Por eso está seguro de que convive con un ángel. *I am his angel. A very sweet angel*, así me dice.

XXII

La Federación Internacional de Natación Amateur, a la cual se aferró durante muchísimos años el dirigente estrella Manuel Solimano, se había negado a reconocer formalmente los torneos Masters'. En la primera oportunidad, no olvidemos, había fallecido nada menos que uno de los participantes. Incluso, en uno de los últimos torneos, murió un nadador ni muy joven ni muy viejo, pero decididamente más joven que viejo, de unos cuarenta y tantos años. Después de dar una de las vueltas, se empujó y se fue hundiendo, no salía a flote, y cuando lo sacaron de la piscina ya había fallecido por más que le hicieran la respiración artificial.

No hay muerte más cojuda que la que ocurre en la piscina, y estoy seguro de que mi padre pensaba así porque lo consideraba el lugar más seguro del mundo, casi un altar, una esfera sagrada. En el mar podía ocurrir: ese mar picado del Pacífico, devolviendo sin vida los cuerpos imprudentes por pasar el empuje de las olas, pero en una piscina, la idea resultaba descabellada. Borracho, quizá, quizá ebrio: un cuerpo regordete hundiéndose pausadamente hasta la última loseta de la piscinita adefesiera (por lo redonda y sin formas) de un hotel de La Florida o, sin ir muy lejos, del hotel El Golf de Trujillo.

En el segundo día de la competencia en Cedar Rapids, sin embargo, justo había muerto una participante. Había ocurrido en la serie de su amiga, la brasileña María Lenk, que como él participó en la Olimpiada del '36 y en los Sudamericanos

del '38 y del '39; lo que se llama, una coetánea. Fue una gringa la que quedó atravesada por un punzón en pleno corazón y tuvieron que sacarla del agua con la boca y los ojos abiertos.

Benjamín Hassler se preparaba, en ese momento, a participar en la clásica prueba de los 100 metros libre, y no dio muestras de interesarse por lo que le ocurría a esa señora. Los norteamericanos en eso sí que son organizados y los primeros auxilios, las enfermeras, los médicos y la ambulancia funcionaron a la perfección para sacar el cadáver del complejo deportivo. Benjamín Hassler respiraba profundo en el extremo opuesto de la piscina. Levantaba los brazos y agitaba las piernas. Hacía los ejercicios de su espléndida calistenia, de la que se jactaba tanto, porque a diferencia de los otros viejos, que se ponían rígidos y eran incapaces de tocarse los dedos de los pies sin doblar las rodillas, él era extremadamente flexible. Tenía el gorro puesto y sabía muy bien que para su prueba faltaban solamente veinte minutos.

Se había ubicado bajo el sol, aprovechando que Sonia no estaba. El sol cumplía un papel espiritual sobre su cuerpo, recalentándolo su poquito. Un nadador debe estar suelto, relajado. No cejaba de moverse y su mente estaba concentrada en un solo punto fijo. Por un instante recordó la presencia de Sonia y de Andrea en esa tribuna de madera, y abrió uno de sus ojos para constatar si estaban allí o no. Su mirada se encontró, más bien, con los rostros de unos gringos horribles, que reían estruendosamente hasta que tomaron conciencia de la mujer que acababa de morir.

El recinto quedó en silencio, y Benjamín Hassler exclamó para sus adentros:

—Me jodí. Ahora sí que tenemos para rato. Me voy a enfriar.

Efectivamente, Benjamín Hassler tuvo que retirarse con los otros competidores hacia uno de los ambientes del recinto deportivo y esperar allí, durante unas dos horas, a que se reanudara el torneo. Ya le había sucedido algo similar en el evento

de Kentucky, hacía cinco años, cuando la lluvia irrumpió con una violencia salvaje sobre las aguas de la piscina y el torneo tuvo que suspenderse durante las horas que durara ese chubasco. Benjamín Hassler miró su reloj y empezó a extrañar a Sonia. La noche anterior lo había visitado y se despidieron un poco a la volada, porque Andrea estaba sola en su propio hotel.

—Quédate un rato —le había dicho Benjamín Hassler—. No hemos hablado casi nada. No puedes irte así nomás, como si nos fuéramos a ver mañana.

—Estoy acostumbrada a este tipo de despedidas —le había respondido Sonia, conservando la suavidad de su gestos—. No olvides que no me dejabas pasar una noche en tu departamento. Y aquí no lo puedo hacer porque Andrea está sola.

—Me dijiste que contrataste una *baby-sitter*.

—Por unas horas. Y ni creas que soy capaz de dejarla una noche entera.

—Hubieras venido sola.

—Quería que la conocieras, Benjamín. Es tu hija. Pero me da la impresión de que te da igual.

—Completamente igual —repitió Benjamín Hassler—. Es un mecanismo de defensa explicable. Esa niña no ha nacido para ser mi hija.

—Pero tú la trajiste al mundo, Benjamín.

—Quizá, pero para que lleve otro apellido.

Benjamín Hassler encontró un sitio vacío en uno de los aparatos de gimnasia, en capacidad de hacer las veces de una cama de campaña, y tumbado allí logró conciliar el sueño. Necesitaba descansar. La carrera de los 100 metros libre era una de las competencias clásicas y no podía confiarse de sus rivales. Una carrera nunca está ni ganada ni perdida de antemano, eso lo sabía él, a pesar de que Manuel Solimano le jurara y le recontrajurara que jamás hubiera podido vencer a Jack Medica. (Me lo puedo imaginar echado boca arriba, con las manos juntas encima de su pecho, la boca ligeramente abierta

y soñando tranquilo, como lo solía hacer antes de una competencia, sobre todo ahora que era capaz de controlar sus nervios, porque de joven sufría unas diarreas terribles.)

Venía, como se lo hizo saber Tinina Bentín, a hacer lo que no pudo de joven.

—Ésos son los peores viejos —le había dicho risueñamente, mostrándole una dentadura perfecta para su edad—. Y los más vitales, porque sienten, en el fondo de su ser, que no han hecho aquello para lo cual vinieron al mundo. Ése es tu caso, Benjamín. A mí me encantan las revanchas, los dobles intentos, una y otra vez, hasta que salga. Esos viejos son jóvenes porque su espíritu no está saciado. Si no mira a Juanito Valdívieso, a Francisco Noriega, apoltronados, viviendo de sus rentas.

Benjamín Hassler era consciente, hasta hacía algún tiempo, de que podía marcar tiempos mucho mejores de los que hacía treinta o cuarenta años atrás. Ésa era incluso la ambición suprema de «Choco» Vivanco, que ya hacía mejores marcas, pero anhelaba superar, a los cuarenta y seis, el famoso minuto 5 segundos que plasmara cuando no tenía ni veinte años de edad.

—Sacarse el clavo, Benjamín: eso se llama, en buen romance, sacarse el clavo. Me lo vas a decir a mí —le explicaba Tinina Bentín, con una gracia que lo tenía completamente zonzó, mientras abría y cerraba sus ojazos—. No hay nada más placentero que sacarse el clavo en esta vida, y la mayoría de los mortales vive con la bendita espinita clavada en medio del corazón.

Hasta que, como lo constataría dramáticamente Benjamín Hassler, empezó a empeorar y a no repetir aquellas marcas que estampaba tan sólo un año atrás. El tobogán. El maldito descenso. Nadar se convertía en un masoquismo que servía exclusivamente para constatar cómo es que la conciencia lúcida se agrieta en el cuerpo o cómo las energías se evaporan y cómo el doctor Cristian Barnard tenía razón, cuando escribió

«uno empieza a morir desde el instante en que nace». La quema de neuronas es mucho más dramática que el incendio de un bosque en California. Las neuronas mueren una a una, por millares, y las ganas de vivir hay que reforzarlas sacándose los clavos del hígado (desganos, depresiones) como si montaras a Tinina Bentín por praderas inclinadas.

Benjamín Hassler despertó bruscamente. Se levantó colocando toda la fuerza en sus codos y luego se sentó dejando sus extremidades cerca del piso. Constató que había logrado dormir veinte minutos exactos y, sin embargo, se sentía pesado, con la mente furiosa de imágenes. Recordó con claridad la voz de Tinina Bentín. Pensó que, entre broma y broma, esa maravillosa mujercita de sesenta años le sacaba los últimos polvos de su vida con un cuidado casi oriental, como si fuese pariente de Sonia Valverde Yon.

Sonia Valverde se había ido dejándolo solo en este recinto deportivo, porque incluso Juanita Carriquirrí se había marchado después de competir en los 200 metros libre. Sonia había ido personalmente a despedirse, a ese hotelito de cuatro reales, con su cocinita para prepararse los grandes desayunos y sufrir los infables insomnios.

—No me puedo quedar a pasar la noche contigo, como es mi verdadero deseo —le había dicho Sonia Valverde en el hall del hotel. Esta vez no tenía puestos sus enormes anteojos ahumados y sí unos falsos ojos azules con los cuales miraba directo al alma o al sexo, sabría Dios.

Cuando Benjamín Hassler la invitó a pasar a su dormitorio, tuvo que excusarse, y le dijo bajito:

—Aunque me muero de ganas de hacer el amor contigo, y hacerte todos los cariñitos que te gustan para que no me olvides tan rápido, debo partir. —En ese momento se puso un poco más seria, y continuó—. La razón de mi viaje fue exclusivamente para que conocieras a Andrea. No la verás nunca más. Nunca más, Benjamín, porque yo tampoco puedo viajar a Lima.

—Pero qué contrato es ése...

—Shii... —Sonia Valverde le tapó la boca con uno de sus dedos. Olía a sándalo. Seguía pequeñita, con el cutis de su rostro blanco como una porcelana china y esas mejillas que tanto le gustaban a Benjamín Hassler cuando se sonrojaba—. No hablemos más de eso. Pero tomemos un té o algo.

Los dos estaban en el hall del hotel y buscaron uno de esos rinconcitos ricos que existen en los hoteles, cualquiera que sea la cantidad de sus estrellas. Benjamín Hassler estaba agotado, mientras Sonia lucía un nuevo atuendo y su rostro mostraba la lozanía de una juventud instalada.

—Debo acostarme temprano, mañana me toca participar en los 100 metros libre.

—¿Y todavía me pedías que subiera a tu cuarto? Quién te entiende, Benjamín.

—En verdad, ni yo mismo me entiendo. Lo que sucede es que cuando salgo fuera del Perú controlo muchísimo mejor mi tiempo y nada ni nadie me saca de mi rutina. Amo mi rutina, Sonia. Tú bien lo sabes.

Sonia lo miraba encandilada y le cogía las manos cariñosamente.

—Yo sí te entiendo, pero debo aceptarte como eres y no como a mí me gustaría que fueses. En un momento intenté cambiarte, pero supe muy bien que mi intento sería en vano. Ruth fue el modelo de lo que no debía hacer por nada del mundo...

Benjamín Hassler estaba distraído.

—Calabaza, calabaza, entonces —exclamó lentamente Sonia, y se dispuso a levantarse cuando Benjamín Hassler se lo impidió.

—¿Te vas? —le preguntó. Se le notaba fatigado, pero no se decidía a despedirse. Había tomado conciencia de que se trataba, y justo en ese hotelito, de la última despedida. La gran despedida desganada.

—Calabaza —le volvió a repetir Sonia— porque tienes la

cabeza en otra parte, y prefiero saber que estás descansando y no aburriéndote conmigo. Conmigo solamente te gusta estar encamado.

—Sonia, no puedo más, se me cierran los ojos.

—¿Mi Tarzán está perdiendo las fuerzas?

—¿Tú también? No me digas que conoces a Tarzán...

—Tú mismo me has contado que Tarzán era un gran campeón, ¿sí o no? Ya no me acuerdo en qué olimpiada ganó todas las medallas de oro. A propósito, ¿cómo son las medallas en estos torneos?, ¿como las que te regaló el alcalde esa vez...?, ¿te acuerdas lo felices que éramos, cuando fueron a San Borja...?

Benjamín Hassler no tuvo más remedio que aceptar el ritmo de la vida que él mismo había trazado. Sonia estaba despidiéndose, había venido educadamente para enseñarle a su hija, no pedirle nada, no me ha sacado nada, Benny, no soy un viejo huevón, que además de pagarle mis polvos, su educación, su secretariado, sus caprichos, su ropa y su departamentito, tiene que aflojar para que no hable de la hijita tan linda que te saluda y te dice señor.

—Enséñale a nadar a Andrea —le dijo de pronto Benjamín Hassler—. Aunque por lo que vi en la patera, tiene sangre de campeona.

—Lo haré. En casa tenemos una piscinita, pero el verano aquí es un desastre por los bichos y el calor insoportable.

Benjamín Hassler quedó atónito cuando Sonia le dijo antes de despedirse:

—Me encantó verte competir. Solamente te había visto nadar en la piscina de la Academia. Me hubiera gustado tirarme a la piscina contigo, como se dice, para asumir una vida de aventura. No hemos arriesgado nada, Benjamín. Te conformaste con mandarme hacia otro tipo, y yo siempre obedecí, porque ése era el papel que debía cumplir.

Sonia Valverde no lo dejó responder y desapareció por la puerta rotatoria rumbo a la hilera de taxis que esperaban en

la calle principal. Vio cómo se la tragó la densa noche de Cedar Rapids. Benjamín Hassler se quedó un instante parado en la vereda intentado descifrar qué recorrido haría ese vehículo color amarillo, si cruzaría el puente, si su hotel quedaría lejos o cerca del complejo deportivo. Ingresó al hall, pidió su llave y subió hacia su cuarto. En fin, mañana era la mierda esa de los 100 metros libre. Buscaba superar su minuto 12 segundos, lo que en buen cristiano significaba que estaba obligado a hacer 35 segundos en el primer cincuenta y 37 en el segundo.

Benjamín Hassler se enteró de que el torneo se reanudaría dentro de quince o veinte minutos, y decidió comerse la mitad de un *Powerbar*. La prueba de los 100 metros convocaba solamente a cinco nadadores de su edad, y podría llevarse a cabo incorporando a tres mozalbetes de otras categorías. Benjamín Hassler deseaba tocar primero la meta, y eso de llegar segundo, aunque ganase su categoría, no le gustaba del todo. Los 100 metros, una distancia que nunca había nadado oficialmente en los buenos tiempos, ya que era la prueba de Tano Paz Soldán. Empezó a aflojar de nuevo y a sacarse de encima la voz de Sonia Valverde, incluso la de Tinina Bentín, que le llegaba tenue como si fuese una cascada desnuda.

Se colocó todos los tapones, en todos los huecos, menos en el del culo. En la cabeza se puso su gorro dorado. No oía prácticamente nada, pero poseía el olfato. Estaba, por derecho a su edad, en el carril central, en el número cuatro. Miró hacia la tribuna de madera y solamente había gringos, ni siquiera los de las caras espantosas, y menos aun las de Sonia y Andrea. Le hubiera encantado que lo vieran nadar los 100 metros libre. Pero todos se iban yendo de su vida, todos se iban yendo de la vida, y los que quedaban se encontraban en un estado bastante calamitoso: mi madre, para empezar, y esa Ruth, unidas las dos por los estragos de la vejez.

A la primera indicación puso un pie sobre el poyo y luego el otro. Miraba adelante, como lo hacen los campeones, así me lo dijo la vez que competí en las turbulentas aguas de la pis-

cina temperada del Estadio Nacional. Miraba adelante y respiraba sacando pecho. A la segunda orden se adelantó y se inclinó, colocando peligrosamente los dedos de los pies en el borde. Cuando sonó el disparo, voló, sentía que estaba sostenido en el aire, pensó en todos me imagino, en la ausencia de Dicky, en la soledad de Alfonso, pero, sobre todo, no pensó en nada, suspendido en un tiempo que ni su cronómetro estaba en capacidad de capturar.

Cuando ingresó al agua lo hizo con tal ligereza, que se desplazó como si fuese un alga hecha para vivir en las aguas aterciopeladas del cloro. Se dejó estar, pataleando. La cabeza entre los dos brazos extendidos. Cuando salió a la superficie, iba primero, y aún no había dado la primera brazada. Se dejó llevar. Era el primer largo. Después de los 25 metros empezó a bracear con mayor fuerza, moviendo levemente su cabeza hacia uno de los costados. En el carril contiguo estaba su coetáneo Albert van Dewege y en el otro uno de los mozalbetes, quizás un nadador de unos setenta y siete años. Estaba por llegar al extremo y se preparó para dar su vuelta, que olímpica no podía ser, tocó la loseta, aspiró aire, se reclinó y se empujó con fuerza. Solamente faltaban 50 metros y los rivales empezaban a levantar su velocidad. Era cuestión de mantener el estilo, mostrar esa armonía entre los brazos y las piernas, esperar que pasaran los primeros 25 metros y levantar aun más la velocidad. La disputa estaba entre él y ese mozalbete. Albert van Dewege sentía los estragos del esfuerzo, y el resto de los contrincantes nadaba simplemente por el placer de participar, por ese gusto de estar todos juntos, mientras mi padre empezaba a ponerse colorado con la idea de llegar segundo, aunque en verdad llegara primero en su categoría. Los últimos diez metros fueron como le gustaban a él: sin respirar, sin pensar. Solamente sufriendo, con todo el cuerpo laxo, sacando bien los brazos e introduciéndolos sin salpicar, como si los metiera entre las piernas de Sonia, como si metiera los dedos entre los labios de Tinina, y allí dentro, buscaba el agua nueva, creaba

un nuevo surco, jalaba y jalaba, hasta que tocó la pared. Había llegado a la meta, y el día volvía a recuperar su sentido.

Benjamín Hassler no solamente ganó en su categoría, sino que había llegado primero en la prueba. Salió de la piscina por la escalera ubicada en uno de los costados y fue directo a cubrirse con su inmensa toalla roja. Saludó al público mientras los nadadores de la siguiente prueba ocupaban sus respectivos lugares. Su turno ya había pasado. El siguiente turno... *Next... next...* Las competencias continuaban y uno debía desalojar ese sitio lleno de personas vestidas con ropa de baño: *if you are so kind... move... move... please move... Next...*

El último día fue a recoger sus medallas, antes de partir, por la tarde. En medio de un bullicio general, pensó en Sonia y en la alegría que hubiera tenido de saber que ganó tres medallas de oro. Tres, Sonia. Tres latones. Se los hubiera regalado a Andreíta... Tengo un montón de medallas en la Academia. Desde que empecé a participar en estos torneos de viejos, he acumulado varias docenas de medallas. A Andreíta le hubieran gustado, estoy seguro. Las doradas, *gold... gold...* un recuerdo de su papá.

Ese día de las despedidas, Benjamín Hassler empezó a llenar unos formularios con el propósito de que le enviaran la revista que daba cuenta de sus triunfos y de su ubicación general en el ranking, ahora sí reconocidos por la FINA. Pensó que quizá Manuel Solimano esbozaría una sonrisa si leyera su nombre: Benjamín Hassler, Perú. Benjamín Hassler pensó una vez más en Claudio Martínez, cuando le dijo que no nadaría... porque... el Perú se retiraba... de... En ese momento, una de las gringuitas maravillosas de uniforme le pidió que devolviera el formulario para depositarlo junto a los numerosos formularios ya llenados. Treinta dólares. La revista y el costo del correo sumaba exactamente los treinta *bucks*. Benjamín Hassler pagó, y esbozó su sonrisa de despedida.

El viaje lo haría al día siguiente, de mañana, siguiendo el mismo recorrido, pero a la inversa. Cedar Rapids/Chicago,

Chicago... Ésa era la duda: Fort Lauderdale o Nueva York, para luego dirigirse a Europa, a Londres, y participar en el torneo mundial Masters'. Ése era el clavo más grande, el más poderoso, el que tenía clavado entre las costillas; esos alemanes... Medica... Pero Medica era un vendedor de seguros que recorría los desiertos de Kansas o Arizona y tenía su casa por Omaha... Jack Medica y sus medallas oxidadas sería, de vivir, un gordito cervecero.

—Goza de la vida como un chanco —le había gritado su hermano Alfonso en una oportunidad—. El otro día salió un informe completo sobre su vida... —bromeaba sacándole pica a mi padre.

Benjamín Hassler llegó al hotel sin que nadie lo hubiera felicitado por ese carrerón que se hizo en los 100 metros libre. Nadie le apretó la mano o le dio una palmada en el hombro. Nadie, carajo. *Next... Next...* El paso siguiente es la muerte, gringos mecanizados, ni siquiera se percataron de cómo fui midiendo a mi rival en esos últimos diez metros, cómo había dosificado mis energías y fui capaz de sorprenderlo en ese rush final.

Una vez en el cuarto se metió un excelente duchazo y prendió la televisión. Todo el horario del evento se había retrasado a causa de ese fatal accidente y ya era tarde, como las cinco; en vez de nadar a las once, lo hizo cerca de las dos, y para colmo sin haber comido. El *Powerbar* me mantuvo de pie. Pero me muero de hambre. Ya no estaban ni Sonia ni Juanita. Solo, solo en Cedar Rapids. Y con tres medallas en el maletín; una menos que en Mar del Plata.

En ese momento sonó el teléfono.

—Aló...

—Benjamín, soy yo, Tinina.

—Tinina, cómo estás... Yo estoy bien. Gané los 100 metros libre.

—Benjamín —lo interrumpió Tinina—, te llamaba por dos cosas. La primera: Alfonso murió hoy en la mañana. Nos aca-

bamos de enterar en el Sea Ranch. Lo primero que pensé fue en llamarte. Lo siento, Benjamín. Créeme, lo siento muchísimo.

Mi padre tuvo que sentarse al borde de la cama. Estaba desnudo, cubierto por una toalla del hotel y sintió un vértigo terrible.

—¿Cuándo, por favor, Tinina, dime cuándo fue...!

—Hoy. Fue un ataque fulminante. No sufrió, Benjamín, los médicos dicen que no sufrió. Fue fulminante, fulminante...

La palabra fulminante le resonaba en el cerebro, y le recordó el fulminante de las pistolas de los niños con su ingenuo olor a pólvora. Esa tira de fulminante colorado en el tambor de las pistolas de la infancia.

—Ben... ¿Estás allí...?

—Sí.

—Tenía que llamarte. Todos en el Sea Ranch están contigo. Te esperamos, Ben. Por favor, no dudes en venir a nuestro apartamento.

—Mi hermano está solo, Tinina. ¿Quién se encarga de todos los asuntos?

—Está bajo control. Aquí el sistema funciona, Ben. Alfonso mismo lo tenía dispuesto. Lo enterrarán en Orlando, nada de llevar su cajón a Lima. No olvides que en Lima no tiene a nadie. Es más: mañana lo entierran. Él dejó por escrito su deseo de que lo enterraran y de que no lo incineraran. Deseaba estar cerca de Brian y Carmela. Los gastos están ya cancelados de antemano. Ésa era la razón por la que no se movía de ese pueblo horrible. Pero ya está descansando en paz, piensa en eso, piensa en eso... por favor...

—¿Le han avisado a Herman?

—Ya sabe.

Tinina Bentín hizo un alto, tomó aliento y le preguntó para cuándo estaba programado su viaje, si pensaba de todas maneras ir a Londres, si le gustaría estar unos días antes en Fort Lauderdale...

—No quiero forzarte a nada, Benjamín —le dijo—, pero me gustaría saber.

—Esta noche tomo mi decisión, Tinina. Te llamo a primera hora, antes de partir hacia el aeropuerto.

El viaje al aeropuerto lo hizo prácticamente zombie, pues la noche resultó un desastre, a pesar de las dos tandas de Rohypnol. Felizmente que había pedido un taxi desde la noche anterior, y que éste resultó puntual, pues el pequeño aeropuerto de Cedar Rapids no quedaba tan cerca de la ciudad. El vuelo fue cómodo. El aeropuerto O'Hare, en cambio, estaba congestionado como de costumbre, y tardó un poco en encontrar su lugar de embarque. Viajaba a Miami y de allí iría con Tinina a Fort Lauderdale. Manejaría ella, ella iría a recibirlo al aeropuerto, que no se preocupara: era su amante, pero sobre todo, su amiga.

Sin desayuno, estaba demacrado a juzgar por la imagen que le devolvió el espejo de uno de los extenuantes corredores de O'Hare. Llevaba encima su maletín deportivo, con sus ropas de baño, sus gorros, sus gajos y sus tres medallas de oro. La maleta ya estaba en el depósito del avión. El viaje tomaba su tiempo; Chicago-Miami, más o menos sus tres buenas horas.

Cuando despertó del primer tiempo de su sueño, lo hizo totalmente nervioso, repitiendo unas palabras que ni él mismo era capaz de recordar. La imagen de una ciudad cubierta por la niebla lo exasperó, y luego la de un río que podía ser el de Cedar Rapids, pero mucho más ancho y comercial, incluso atravesado por barcazas que transitaban debajo de numerosos puentes. El tañido de una campana enloquecía sus oídos. Esa ciudad tenía sus parques enormes, que se convertían en follajes impenetrables. Lluvias incesantes calaban hondo. No la podía reconocer fácilmente. La niebla turbaba sus movimientos y las personas eran hieráticas. Daba vueltas y vueltas, caminaba durante horas, hasta que fue llegando a la vigilia.

No reconocía el cuarto y, en verdad, estaba harto de dormir en esa cama adonde no llegó Sonia cuando él se lo propu-

so un día antes de su partida. Prendió la luz de la lamparita y se restregó los ojos. ¡Malditos sean estos ochenta años! Debo pasar la mayoría de las horas en seco, fuera de la piscina. Se levantó, se dirigió hacia el baño y se puso a orinar. Su próstata estaba en excelentes condiciones, porque rara vez se levantaba de noche para ir al baño. Qué vas a levantarte, le decía yo, cuando te metes ese porrazo de pastilla. De repente te me meas en la cama como tanto viejo...

No estaba con ganas de reconocer las siluetas que lo atormentaron durante su sueño. La ciudad se le presentaba como una cortapisa, llena de trampas, con caminitos que desembocaban en callejones de hollín. El parque... el parque... había un zoológico, había un restaurancito por una de sus civilizadas colinas... Paseaba. Horas de horas. No amanecía nunca en esa ciudad, la noche lo era todo, y la niebla lo era más.

Maldita sea la memoria de los viejos que se olvidan hasta de llamar a su hermano. Su voz... Aunque sea para escuchar su burlona voz diciéndome nadadorzuelo, te anda buscando como loco Jack Medica. Ahora es un empleaducho de seguros por Dakota. El papelito de los versos estaba entre las páginas de un libro en su mesa de noche. No recordaba el significado de la palabra «*fate*». Tinina se la había explicado con un ataque de risa. «*Fate*»... «*to prove, to no one in particular, how...*» Era una buena porquería la memoria de los viejos. Brian, el pobre Brian. Alfonso. Esta ciudad es oscura como un túnel interminable. Navegan voces de niños ahogándose. Niños sin extremidades, comidos por un inmenso monstruo saliendo de las aguas del océano petrificado. Benjamín Hassler se encontró de pronto sentado en la cama del hotel.

El viaje al aeropuerto lo hizo como si fuera un zombie. Lo repetía y lo repetía. Quería irse, dar la espalda, ser una estatua de sal. Solamente iba con su maletín deportivo colgado al hombro. Se cubría la cabeza con una gorrita veraniega y amarilla.

La segunda tanda del Rohypnol lo dejó *groggie*. Durmió

como si le hubieran metido un huaracazo. Bien estirado, las piernas abiertas, roncaba para sí mismo. La perfecta imagen de la muerte / el sueño total / la globalidad de la experiencia / la conciencia de no estar tumbado y atravesado por el hilo de la luz del poste de la esquina de Cedar Rapids. Lo despertó el timbre del teléfono del hotel anunciándole que eran las seis y treinta, la hora que había indicado para que lo despertaran.

En esa ciudad de niebla, siempre cobijados por el manto nocturno, no existían piscinas, por si las estaba buscando en sus enloquecidas caminatas. Nada de piscinas, esos lujos persas, para un viejo que espera el llamado eterno de los ángeles. Solamente existían unos desagües por donde va aquello prescindible; unos canales oscuros donde circulaba un ajeno salobre y rojizo, pedazos de cabellera, hocicos, láminas en blanco. Quiso arrojarle a uno de esos ríos suburbanos y se lo impidieron varios transeúntes desaliñados. Anhelaba el agua, sentirla, remojarse las sienes. La ciudad estaba atravesada por cuatro riachuelos que la alimentaban desde sus cimientos. Niebla y niebla. Y ninguna piscina.

Cuando Benjamín Hassler abrazó a Tinina Bentín, en el aeropuerto de Miami, ella sintió que su cuerpo sangraba por dentro, como si el sudor se le hubiera pegado y transmitiera un olorcillo a estanque. Conservaba el mal aliento.

—Ben, mi amor, qué gusto tenerte a mi lado. ¿Cómo resultó el viaje?

—Tinina, estoy destrozado. Siento que me muero.

Benjamín Hassler la besaba y la volvía a besar, de una manera poco acostumbrada en él.

—¿Sucedó algo, Ben? Alfonso descansa en paz, estoy segura. Y lo hace en Orlando, junto a sus dos seres más queridos.

—He dormido pésimo. Creo que tuve una pesadilla.

—¿Tú, una pesadilla con la pastilla que tomas? Deberías consultar con un médico, Benjamín. De repente te hace daño...

—Hace cuarenta y cinco años que la tomo. Lo de anoche fue diferente. Viví, sin poder zafarme, en una ciudad de nieblas, oscura, de callejones infinitos. Una ciudad espantosa que se reía de mí.

—Dios santo, Benjamín, ¿quieres tomar té o una manzanilla antes de ir al auto? Vayamos primero a lo de las maletas.

—Vamos... —dijo Benjamín Hassler.

—Qué maravilla viajar con un maletín solamente, y al hombro, todavía.

—Era de niebla...

—Qué, mi amor...

—La ciudad...

—Cuál ciudad...

—La de la pesadilla. No tenía piscinas. No había agua. Solamente existían desagües y canales subterráneos, como los de Huatica en mi juventud, donde quedaban los burdeles. Esos riachuelos que después tapiaron.

—Las cosas que te acuerdas —lo recriminó Tinina Bentín. Mientras lo llevaba del brazo, y lo protegía con su perfumado aliento, le preguntó la fecha de su viaje a Londres—: Para cuándo has pensado partir a Londres, Benjamín.

—Pienso que es mejor no participar en ese torneo. Me han abandonado las fuerzas.

—¿Por qué...? ¿Por qué esa determinación así porque sí? Recuerdo que lo tenías todo planeado.

—No soporto más noches solo en hoteles que desconozco. No quiero ir a Londres.

—Londres, Benjamín, es un sueño. De repente no tiene la belleza de París o Roma, pero tiene sus cositas... Si pudiera acompañarte.

—No guardo buenos recuerdos de Londres.

Ambos subían escalinatas tras escalinatas y luego las volvían a bajar hasta que llegaron al lugar de las maletas. Una vez que las descubrieron cogieron un carrito y enfilaron a la playa de estacionamiento.

—Eso quiere decir que nos vamos por un tiempo al Sea Ranch, Benjamín.

—No lo sé. Al Sea Ranch no creo.

—Entonces, dónde, mi amor.

—Yo duermo solo; hace años que vivo solo, Tinina.

Miró cómo acomodaba la maleta en el automóvil, la fuerza que tenía esta flaquita, lo linda que estaba a sus sesenta años con una blusita rosada, sin mangas, con su pantalón blanco y sus sandalias. Tinina acomodó la maleta en el asiento de atrás, dobló la casaca y ordenó algunas bolsas que traían compras absurdas de último momento.

—¿Y a quién le traes tantos regalos, Benjamín...? No me digas que son atuendos de la noche...

—Para ti, Tinina. Perfumes, cositas, espero te gusten.

—Pásame el maletín. —Tinina Bentín se le acercó y le estampó un besito en la frente—. Te veo mejor... Estabas muy pálido cuando bajaste del avión. ¿Quieres que partamos de frente a Fort Lauderdale o damos una vueltita primero por los alrededores? Siempre hay sitios lindos en Miami...

—En verdad, no lo sé, Tinina. Nunca había dormido tan mal.

—Es normal, Benjamín, tiene que haberte afectado la muerte de tu hermano. Además, no lo habías llamado, se te pasó. Te comprendo, Ben... A cualquiera le puede ocurrir un olvido así.

Salieron por una de las pistas de la playa de estacionamiento y los recibió un sol esplendoroso, que casi los ciega. Un sol que cubría toda la bóveda celeste.

—Pásame los anteojos, por favor —le pidió Tinina Bentín—. Miami podrá parecerte tonta, pero a diferencia de la ciudad de tu pesadilla, cuando sale el sol, sale el sol. Y mira cómo nos recibe... —Después de ponerse esos anteojos que le asentaban tan maravillosamente, le preguntó por qué se cogía tanto del maletín, por qué lo mantenía en sus rodillas con este calor, Benjamín, ponlo atrás, por favor, así viajarás más cómodo.

—¿Qué llevas allí? No me vas a decir que cosas feas... Parece sospechoso. Déjalo atrás y colócate la correa de seguridad. Acá te ponen multa, no olvides.

Benjamín Hassler demoró un tiempo en voltear y colocar el maletín en el asiento, con un cuidado que resultó excesivo.

—Llevas cristalería, seguro...

—Mis medallas, Tinina; unas trusas de baño y mis tres medallas.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de Escuela Nueva
el 13 de noviembre de 1996.

Libro impreso y editado
por Editorial Escuela Nueva S.A.

Serie del río hablador

Otros títulos de esta colección:

José B. Adolph

- *Diario del sótano*

Jaime Bayly

- *Fue ayer y no me acuerdo*
- *Los últimos días de La Prensa*

Alfredo Bryce Echenique

- *Dos señoras conversan*
- *No me esperen en abril*
- *Un mundo para Julius*

Peter Elmore

- *Enigma de los cuerpos*

Viviana Mellet

- *La mujer alada*

Luis Nieto Degregori

- *Señores destos Reynos*

Carmen Ollé

- *Las dos caras del deseo*

Laura Riesco

- *Ximena de dos caminos*

Oswaldo Reynoso

- *En busca de Aladino*
- *En octubre no hay milagros*
- *Los eunucos inmortales*

Edgardo Rivera Martínez

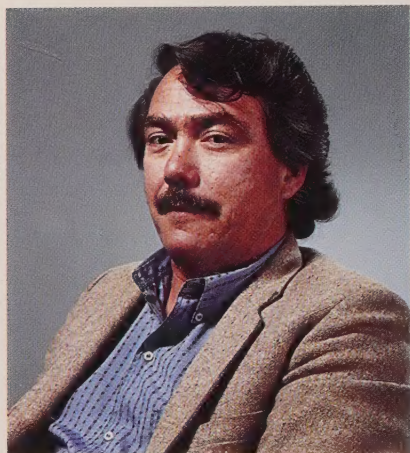
- *País de Jauja*
- *A la hora de la tarde y de los juegos*

Goran Tocilovac

- *Trilogía parisina*

Mario Vargas Llosa

- *Conversación en La Catedral*
- *La casa verde*
- *La ciudad y los perros*
- *La tía Julia y el escribidor*
- *Pantaleón y las visitadoras*
- *¿Quién mató a Palomino Molero?*



¿Contra quién compite un nadador cuando se lanza solo a una piscina? ¿Qué lo lleva a sacrificarlo todo en aras de una disciplina que termina por ser un valor en sí misma?

¿Qué significan para él esas medallas que va acumulando año tras año?

Benjamín Hassler forma parte del equipo peruano que concurre a las Olimpiadas de Berlín en 1936, pero, por un azar que la historia registra, no llega a participar.

Este hecho marcará su existencia. Durante décadas, compitiendo en forma casi absurda en campeonatos cada vez menos importantes,

rememorará el instante en que pudo, tal vez, alcanzar la gloria.

La soledad del nadador narra la historia de este hombre que se refugia en una vida sentimental secreta e intensa, pero a quien las oportunidades se le escapan hasta cuando, en su ancianidad, el amor lo visita bajo la forma de una joven mujer.

Abelardo Sánchez León confirma con esta novela sus grandes dotes de narrador: de una vida en apariencia anodina extrae una inmensa lección de humanidad. Hace de Benjamín Hassler un personaje profundamente conmovedor por su esencial autenticidad que, con toda certeza, se incorporará a la galería de los inolvidables de la literatura peruana.